LOS CELOSOS

SÁNDOR MÁRAI

narrativa
salamandra

Sándor Márai

LOS CELOSOS

Traducción del húngaro de
F. Oliver Brachfeld

narrativa
salamandra

In memoriam Lola

LOS CELOSOS

Carta y viaje

La carta estaba encima del escritorio, entre un impreso y un periódico. Péter llegó a casa un poco después de las cinco, el sol brillaba todavía. Era ese sol de principios de abril, extraño y desconcertante, que allí, entre las montañas, embadurna los fenómenos de la primavera con una luz fría, como de escenario. Desde hacía dos semanas se sentía igual que un personaje de opereta patriótica. Cruzó la habitación vacía y miró la carta de lejos; al reconocer la letra, redonda e insegura, lo supo de inmediato. Anna todavía usaba papel color hueso y tinta morada. Se acercó a la puerta del comedor y llamó: «¡Edit!» Pero a aquellas horas Edit estaba paseando a los perros a la orilla del río. Péter se detuvo al pie de la escalera y aguzó el oído; le llegaba el sonido de la máquina de escribir de la baronesa. Tecleaba con velocidad, casi como hablaba. De pronto el ruido cesó; algo había ocurrido allí arriba, en la habitación, en su cerebro. La baronesa vacilaba; quizá no encontraba una palabra, o se había asustado al calibrar las consecuencias de una imprudencia fatal y se había quedado absorta, como un asesino en pleno cometido sangriento. Sin embargo, pasados unos segundos, volvió a escuchar su teclear triste y delicado. No, la baronesa no se había asustado; seguía escribiendo. «No escribe mal», pensó Péter Garren. La baronesa tecleaba como quien se acuerda confusamente de algo y, alentado por la urgencia de contarlo, se esfuerza por dar con la palabra exacta pero sólo halla palabras evocadoras, palabras que lo recuerdan vagamente. Lo que ella quisiera contar ya ha

desaparecido; se ha perdido en la corriente de la vida, o en el caos generalizado del mundo, o tal vez ha sido devorado por una catástrofe natural y ahora yace en el interior de la tierra, bajo capas de granito, en un lecho de ámbar, como los mosquitos de la Edad de Piedra. Y es ese mosquito de tiempos inmemoriales lo que la baronesa querría sacar a la superficie, salvar del caos, de la catástrofe, arrancar del interior de la tierra, del granito y el ámbar. «Es muy difícil», pensó Péter, con indulgencia. Luego reflexionó: «Es posible que ellos, los simples aficionados, sean los verdaderos. A veces la baronesa demuestra una grandeza casi auténtica; a veces parece rozar lo sublime. Los personajes de sus novelas son de carne y hueso para ella; sólo tiene que "enfocarlos bien", contarlo todo sobre ellos, y luego ellos se reirán o llorarán, según le dicte la imaginación. Es impasible, y no podría ser de otro modo; es de esas mujeres que "creen" en el recuerdo, la caracterización, los detalles de la época... Ella tiene que creer en algo, por fuerza. Con todo, hasta sufre, la pobre. ¡Con cuánta disciplina escribe, con cuánto pudor!» Y entonces pensó: «Edit no está en casa, pero, en cierto modo, su ausencia me parece natural. Edit nunca se encuentra donde debería estar. Las dos vocales de su nombre, azul cielo la una, blanca y casi gris la otra, son como la insignia gastada y sucia de un club de fútbol. ¡Qué cobarde soy! Debo leer la carta». Se acercó a la mesa y abrió el sobre, con dedos fríos y temblorosos; primero miró la carta con gesto distraído y rutinario, pero luego se lanzó a leer con avidez.

La carta era de su hermana mayor, Anna Garren, la maestra: «Querido Péter, cumplo con un deber muy triste». Y: «Nuestro Padre guarda cama desde hace ya tres meses y los médicos han abandonado toda esperanza». Siempre le escribía cartas de este tipo. En realidad le decía: «Tengo el gusto de comunicarte que nuestro Padre está agonizando». Péter gimió. Desconocía los detalles de lo sucedido, pero la redacción de Anna lo había

herido; como si le hubiera llegado la mano de un ser querido envuelta en papel de embalar. Hacía doce años que su hermana le escribía una carta parecida cada trimestre, el último domingo de cada tercer mes, en el mismo papel color hueso y con la misma tinta morada: «Con suma alegría hemos recibido la noticia, gracias a tu amable carta, de que progresas en tu trabajo». Hacía doce años que el último domingo de cada tercer mes, Anna recibía con gran alegría la noticia de que Péter avanzaba en su trabajo (o de que su trabajo avanzaba, pues a veces las palabras se sublevaban contra ella, confabulaban, turbaban irónicamente sus hilvanes mecánicos). Hacía doce años que su hermana se alegraba de que él y su trabajo progresaran, y se había establecido entre ellos una relación vacilante, púdicamente enlazada. Hacía doce años que, con férrea persistencia, Anna se olvidaba de preguntarle de qué trabajaba: le daba igual si era compositor, traficaba con esclavos, o si había montado un negocio de exportación e importación, a ella nunca parecían interesarle los pormenores. En sus cartas se mezclaban de forma extraña imágenes oníricas y hechos cotidianos, que también expresaba con giros comerciales. «Te informo con especial satisfacción...», empezaba, para acabar diciendo: «que ayer por la tarde vi un pájaro». O bien: «Me es grato hacerte saber el profundo pesar...», pero al llegar a esta palabra había olvidado lo que pensaba hacerle saber con profundo pesar y mencionaba de pronto que por la mañana había llovido. En sus misivas empleaba las palabras como un artesano decorador se vale de sus herramientas, o como se maneja un aspirador, como meros utensilios para la vida. Ciertamente, las frases hechas también son necesarias para vivir, pero en alguna parte, detrás del aspirador y el «te abraza con cariño fraternal», vivía ella, Anna, que soñaba y había visto un pájaro por la tarde, como si exhalara un suspiro al terminar cada frase. No era posible de

otra manera: lo establecido obliga.

Y del mismo modo le había escrito ahora para decirle que Padre estaba muriéndose. «Los médicos más famosos de la ciudad rodean impotentes el lecho de nuestro pobre y bondadoso Padre. Estamos absolutamente seguros de que tan pronto como recibas esta carta cogerás el primer tren para acudir sin dilación a la cabecera de nuestro querido Padre. Edgar vendrá también. Albert ha telegrafiado diciendo que tomará el buque correo. ¿Te acuerdas? Aquel barco de tres mil toneladas en el que Tamás partió rumbo a las islas». Péter no se acordaba. Ahora veía el barco y a Tamás con un salacot blanco en la cubierta. Tamás, que tras la estela de su última mentira había desaparecido en la inmensidad del universo, donde ya no lo podían alcanzar ni la policía ni los recuerdos ni sus pensamientos. Nadie conoce su paradero, ni en qué piensa, ni qué quiere conseguir; sólo se sabía que se había ido con el buque correo. ¡Qué fácil parece todo! De todas formas, no cabe duda de que Anna, al escribir «buque correo» e «islas», había dejado volar la imaginación y soñado un poco. Luego, como quien vuelve en sí, como quien no soporta la realidad —la casa, la dolencia de Padre, los astros del programa de radio del domingo por la tarde, los cálculos del riñón, y que a veces no queda otro remedio que entrar en la habitación donde murió madre—, Anna se había puesto a gritar: «¡Ven enseguida!» Así gritaba en su carta, antes de acabarla humildemente, pidiendo perdón al destino y a las palabras: «Si aún deseas verlo con vida».

Era una carta impaciente, llena de faltas de puntuación y con exclamaciones e interrogantes superfluos. Péter miró el sobre: le había enviado la carta por avión. Para la mentalidad de Anna, usar el correo aéreo debía de ser una especie de aventura, tanto como para otro dar la vuelta al mundo en un zepelín de última generación. Se imaginó a Anna yendo

apresuradamente a la estafeta, abrochándose el abrigo para no coger frío durante el vuelo. ¡Por lo menos había volado un pedazo de su alma! «¡Al fin!», pensó Péter, y sonrió con tristeza. Anna había viajado por primera vez en su vida: unas cuantas frases escritas con tinta morada, impregnadas de algunas partículas de su alma, habían sobrevolado países y montañas. La vio esperando delante de la taquilla de la oficina de Correos, entregando la carta con una sonrisa nerviosa, como pidiendo mil perdones, seguramente con su sombrero de plumas en la cabeza. Anna se disponía a lanzar algo al mundo: el avión emprendería el vuelo con la carta —al fondo, se moverían los macizos montañosos y los bosques, como si un terremoto hiciera temblar la faz de la tierra— y la noticia de Anna, esa noticia terrible que estremecería a la humanidad, la noticia de que Padre iba a morir, seguiría su trayecto en medio de explosiones y zumbidos estridentes. Anna había asentido con la cabeza y luego había entregado el dinero al funcionario de Correos con un ademán solemne y las mejillas ruborizadas.

Péter salió a la galería y abrió una hoja de la ventana. El lago emergía envuelto por la niebla, como si hubiera hervido y despidiera vaho. La niebla se adhería suavemente al agua. En las fotografías de espiritismo aparece en la penumbra una niebla similar para representar la materia que se desprende del médium; esa obsesión que algunos cerebros enfermos y temerarios procuran condensar en materia. A lo mejor en el fondo del lago se revolvía un suicida arrepentido pidiendo auxilio... Sobre la niebla se levantaba un paisaje sereno y claro, de contornos perfilados con esmero, como esbozado por un alumno para su examen final. Las casitas de madera estaban pintadas de verde y los marcos de las ventanas de minio rojo; la catarata, como un nervio desnudo, vibraba sobre el tejido pardo y pétreo del monte. Por delante de la ventana pasó un cura viejo en bicicleta, seguido de un monaguillo joven que

llevaba a la espalda la cartera con los ornamentos sagrados. Probablemente salían de visitar y administrar los sacramentos a un moribundo que, agonizante, con ojos vidriosos, aterrorizados, mas sin perder las formas, había mirado de frente al cura y las tinieblas. El paisaje trascendía la muerte con contundencia, como al formular una frase en voz alta. Péter no sabía nada de la muerte; cuando pensaba en los muertos, sólo imaginaba flores pestilentes, muchos gastos y rencillas. No comprendía el sentido de la muerte. «Morir por algo», se dice, pero Péter negaba con la cabeza, ningún hombre «muere por algo». A veces la muerte le rondaba de cerca; tenía labios, barba y dientes atrofiados. Su aspecto era horrible e inverosímil, pero, con todo, resultaba muy terrenal, muy humana y un poco infantil; podía defenderse de ella perfectamente. Luego existía la otra muerte, contra la cual no había defensa posible, la muerte que todos llevamos dentro, nuestra muerte. Cuando una forma empieza a desdibujarse, no resiste ya mucho más, entonces una impotencia terrible paraliza el ritmo de la vida y el trabajo, y el sentimiento de culpabilidad ruge y nos dice que nosotros somos la muerte, que la hemos inventado nosotros y la divulgamos nosotros. Hace muchísimo tiempo, tal vez veinte años, un chico vestido con un traje claro se suicidó el mismo día en que había aprobado el bachillerato. En el restaurante de abajo sonaba la música; y nadie podía sospechar lo que estaba ocurriendo. Se llamaba Géza. ¿O era Ervin? ¿Ernő? Péter ya no se acordaba.

La noticia había salido volando e irrumpido en el mundo y los animales en los bosques habían mirado inquietos al cielo. «El sueño ha terminado; ahora será preciso soñar con otra cosa», pensó Péter. En aquel momento era incapaz de evocar el aspecto de Padre. La enfermedad, la agonía, aquella forma de vida nueva y desconocida, lo escondían por completo, como si se hubiera ido de viaje y ahora viviera en un entorno insólito

donde había adoptado costumbres nuevas: de pie, en medio de una plantación, vestido de blanco y rodeado de sus esclavos, o enfundado en un uniforme militar, dando órdenes en voz alta en el patio de un cuartel. Con Padre le ocurría algo imposible de entender racionalmente; tal vez lo pudiera explicar a través de la música, o quizá sin sonidos, como cuando una estación termina y entrega sus trebejos a la siguiente; pero ahora no sentía el más mínimo dolor. En su mano todavía olía el perfume de Karo; minutos antes, hacía una eternidad, en el pasado, se había tumbado en el diván de la habitación de Karo, frente a la ventana. Por las rendijas de la persiana a medio bajar, las siluetas de las personas y los objetos que pasaban por la calle se descomponían en los fragmentos constitutivos del tiempo y la materia: sólo se podía ver un segundo de paraguas, o un segundo de sombrero, pasando entre dos puntos geométricos. En la estancia reinaba el silencio; Karo se estaba bañando. Péter amaba con pureza y melancolía aquella media hora de su vida, cuando los sonidos y movimientos del amor aún estaban presentes y se percibían en todos los rincones de la habitación, lo mismo que las palabras o el perfume de una persona. Pero él ya no tenía nada que ver con todo aquello; algo lo arrastraba lejos de Karo, acaso hacia Edit, entre dos orillas, con una irresponsabilidad flotante e ingrávida. La vivencia amorosa había gastado en aquella media hora sus últimas fuerzas. Algo lo había llevado allí y algo se lo llevaba de allí, lentamente, con indiferencia y crueldad. Más tarde, Karo le había pedido dinero.

Péter decidió volver al piso de Karo, si salía ahora a las siete podría estar de vuelta. Karo dirá: «¡Oh!» y «¡Pobrecito mío!» y «¿Quieres un té?», o algo por el estilo; dirá exactamente lo que se debe decir, y entonces cobrará vida el contenido de la carta, rodeado de hechos, maletas, recuerdos y dolores, y habrá que mandar a alguien a por los billetes, imaginarse el rostro de

Padre enfermo, procurarse medicamentos contra el mareo, guantes y corbata negros. Karo dirá: «No te preocupes, los médicos de hoy día saben mucho». Aunque seguramente, al despedirse, añadirá: «¡Quién sabe! Tal vez sea lo mejor para el pobre». Péter olió su mano e inhaló hondamente el perfume barato e impúdico de Karo, como un cocainómano aspirando su veneno. No podía vivir sin ella. Luego, una ola cruel y profunda lo separará de ella y de nuevo lo arrastrará hacia Edit, y Edit se llevará la mano a la frente, se acercará a la ventana, tocará con la punta de los dedos el hombro de Péter y dirá en voz baja, muy baja: «Pobrecito, pobrecito». No dirá nada más y lo ayudará a hacer las maletas. ¿Debía coger ya un traje negro? ¿No será una suerte de asesinato presentarse en casa de un hombre a punto de morir con un traje de luto en la maleta? Quizá sea así como nos asesinamos unos a otros. Tal vez si metiera trajes de verano, un esmoquin blanco, como los que se llevan en el sur, una raqueta de tenis y novelas policíacas, contribuiría a la cura del enfermo. En este momento le deben de estar dando la medicina a Padre; Anna, junto a la cabecera del enfermo, estará contando escrupulosamente las gotas. Todavía vive. Péter sabía a ciencia cierta que aún vivía. Podía ver sus manos grandes y venosas, muy blancas, aquellas manos femeninas y crueles que Padre solía tender después del almuerzo y la cena para que se las besaran como si fuese el sumo sacerdote de un rito misterioso. Un día Péter rompió a llorar e incluso se hincó de rodillas; abrazado a sus piernas, sólo le veía el chaleco y la cadena del reloj, pues su cabeza se perdía en las alturas, amenazante y terrible, envuelta en una ligera neblina. Aquel brusco cambio de perspectiva lo distrajo y sorprendió tanto que, tercamente arrodillado, se olvidó de llorar. Padre soportaba que Péter se arrodillara ante él; con ademán vacilante, tocaba los rizos del niño murmurando palabras extranjeras. Nunca llegó a saber si en aquella ocasión

Padre lo había absuelto.

Péter tuvo el presentimiento de que debía darse prisa. Miró el reloj; la baronesa estaba a punto de bajar. Con su batín rojo como la sangre, se pararía en medio de la escalera y le diría: «Querido, ¡qué desgracia! ¡Cuánto lo siento! ¿Cómo llaman los ingleses al azúcar de uva?» Sí, debía darse prisa, porque primero quería pasar por casa de Karo y por la noche tenían invitados, Emmanuel y dos músicos, y además tenía que consultarle algo a Edit. Luego se iría a casa, a casa de Padre, para contemplar cómo se moría y ponerse el traje de luto, que siempre, cada mañana, había mirado con desconfianza. «Un día tendré que ponérmelo, en el entierro de Padre», pensaba todas las mañanas; así se va acercando uno a la muerte. Hasta entonces sólo había llevado el traje negro en recepciones, una vez para ir a la embajada y otra en un hotel de lujo, cuando quedó con ese pariente de Sumatra que se encontraba de paso en la ciudad. Siempre había utilizado aquel traje como un cuchillo agudo y afilado con el que se corta pan sabiendo que también sirve para matar. Debía darse prisa. De pronto tuvo una sensación extraña, como si alguien, en un lugar muy lejano, acabara de dar cuerda a una máquina infernal. Así pues, enterrarán a Padre y él se encontrará con sus hermanos; luego volverá aquí, a esta habitación, entre el armario tirolés de estilo rústico y la mesa de campesino, y ya no será posible aplazar lo suyo por más tiempo. Era una cuestión personal. Péter Garren tenía treinta y siete años. Su padre estaba muriéndose.

La oscuridad inundaba la habitación. En la mesa había un tarro de mermelada con flores; acacias amarillas y bastones de emperador verdes y rojos. Las zapatillas de Edit estaban al lado del sofá, y sobre el diván, el tarot que ella siempre consultaba después de la siesta. La estancia era espaciosa y parecía flotar sobre el lago; un ventanal enorme miraba de hito en hito la

montaña y la espesura, como si un señor elegante contemplase con su monóculo la masa humana. Sin embargo, se respiraba cierta afectación y faltaba comodidad; Péter siempre tenía la sensación de que en cualquier momento sonaría el timbre y entrarían unos hombres con algo, una lámpara o una silla. Entonces la decoración del cuarto sería perfecta; él estaría tranquilo y, por fin, se sentiría en casa. Pero aquella lámpara o aquella silla no llegaban nunca, tal vez porque, en realidad, tales muebles no existían en el mundo. Edit había comprado las cartas de tarot en la feria, pero ya parecían viejas; había dibujado «orejas de burro» en las más importantes y unos bigotes a la *novia* con lápiz rojo. Péter buscó la *carta*, el *viaje* y la *muerte*. Karo *carta* tenía la apariencia de una misiva como Dios manda, de un escrito oficial sellado con lacre rojo; el *viaje* mostraba a un chico con levita verde mirando tristemente una diligencia que se alejaba, y la *muerte* yacía en un ataúd pequeñísimo, como de niño, cargado de cruces y lirios. Metió la carta en medio de la baraja y se fue a casa de Karo. Así empezó todo.

Karo y el dolor

Karo era amante de Péter Garren desde hacía año y medio. Péter le daba dinero cada primero de mes; y también en otras fechas, siempre que ella se lo pedía. El padre de Karo era carpintero de armar en Wurzburgo. Oficialmente se llamaba Karola Thinne. A los dieciséis años, la sedujo y la raptó un contratista de obras de Núremberg; era un hombre de cierta edad, tacaño y respetadísimo, que al final le regaló trescientos francos y una cruz de oro. Karo hizo fundir una cadena muy

fina y se la colgó al cuello; cuando estaba desnuda, la cruz se deslizaba entre sus pechos opulentos, donde brillaba como un estigma incandescente y doloroso. Porque Karola era religiosa, profunda y serenamente religiosa. A veces, estando así, desnuda en la cama, el deseo la arrastraba y precisaba asirse a algo; entonces agarraba con ambas manos aquella crucecita, y el lecho, recipiente de su pasión, la engullía hacia el fondo; luego echaba los brazos hacia atrás, cerraba los ojos y dejaba caer la cabeza entre las almohadas. En aquellos instantes era un ser humano que se abandona de verdad, que se deja llevar por la corriente; ya no le preocupaba lo que pudiera ocurrirle, no le importaba que la atasen a un potro de tortura o la mataran. En esos momentos su cara, tosca e infantil, se volvía hermosa y seria.

Karo iba a misa todas las mañanas al despuntar el alba; directamente desde el café concierto, o entre un devaneo y otro, tras soltarse de los torpes y ebrios brazos de alguno de sus amantes ocasionales. Péter sabía muy bien que era inútil tratar de retenerla con imposiciones. Se habían conocido en la biblioteca; Karola Thinne había ido en busca de modelos, pues quería confeccionarse un disfraz para el baile del gobernador. Nada más entrar, intimidada por los libros, había mirado a su alrededor en busca de amparo. Con Péter, que acudió en su ayuda, había hablado durante la primera hora con voz asustada y reverente; como si una doncella descubierta in fraganti en pleno robo repitiera sin cesar: «Sí, señorito; no, señorito...». Sin embargo, cuando por fin encontraron el disfraz, Karola se rio satisfecha y confiada; cualquiera diría que en ese lapso de tiempo se había enterado de un suceso de la vida de Péter, como si él le hubiera confesado una intimidad y desde ese momento pudiera manejarlo a su antojo. Al salir, Karola quiso comer un helado y Péter obedeció a toda prisa. En el camino de vuelta le compró un par de zapatos, y una hora después de

conocerse, en una plaza muy concurrida, ya habían discutido como si estuvieran casados. Karola caminaba deprisa, persignándose cada vez que pasaba por delante de una iglesia, y de vez en cuando desviaba el ojo y sonreía complacida. Su mirada estrábica le daba un aire infantil que encandilaba; los hombres caían hechizados. Tenía veintiséis años y era tan divertida, tan inconscientemente bizca, que cualquiera diría que colocaba los ojos de esa forma por puro aburrimiento, para divertir a los adultos.

Los adultos eran siempre varones para Karola, que vivía en hostilidad perpetua con las mujeres, sólo le gustaban las religiosas. Todos los sábados llevaba un regalo al convento de las ursulinas locales, donde abrumaba con sus confesiones a la madre superiora, que solía escucharla con paciencia y escepticismo. Los hombres, decía, eran incapaces de vivir sin ella, pero ella no tenía la culpa, no deseaba que las cosas fueran de ese modo; los hombres, todos los hombres, daba igual cuál fuese su trabajo, construir una torre o dictar condenas a muerte, siempre tenían un asunto pendiente con ella, por la simple razón de que ella también habitaba este planeta y casualmente vivía cerca de ellos. Cuando la madre superiora la instaba a comportarse con más humildad, Karola le soltaba una perorata de las suyas. Ella, en realidad, era feliz con una taza de té y un trozo de pan duro; si fuera por ella, se pasaría el día desnuda y acurrucada en su habitación, hojeando revistas y jugueteando con alhajas pasadas de moda. La superiora suspiraba con desespero. Karola hablaba de los hombres como si se tratara de una durísima prueba impuesta por Dios para expiar sus pecados, como de una de las siete plagas egipcias, como si fueran langostas o las tinieblas. Los hombres irrumpían en su vida, igual que una desgracia, decía, y gritaba y gesticulaba arremetiendo contra ellos. Cuando vociferaba se ponía bizca, como una loca, en éxtasis, con el

cuerpo retorcido y desfigurada. «Tú eres una chica buena y sencilla; tu padre fue un carpintero de armar. ¿Por qué haces estas locuras? El padre putativo de nuestro amado Señor Jesucristo también era carpintero. Eres una hija del pueblo; tú también naciste cerca del pesebre. Tranquilízate, hija mía. Todos los seres humanos tenemos una parte animal, pero también una parte dulce e infantil. Es Dios quien infunde la pasión a los hombres. Sopórtala, es tu destino...», le decía la superiora. Karola rompía a llorar y besaba la mano de la madre superiora, a cuyos pies se había sentado gimoteando, de un modo infantil, haciendo un teatro insoportable. Sin embargo, la religiosa la toleraba, convencida de que, en el fondo, Karola era pura, y su pureza seguiría intacta incluso si aparecía magullada en un antro de mala muerte, pues no se había adentrado en los peligros de la vida *motu proprio*, sino por voluntad de servicio. Karola había venido al mundo con la misión de servir.

También Péter creía en su pureza. A veces Karola desaparecía y regresaba al cabo de unos días en plena tormenta, empapada, maltrecha, como salida de una lucha nefanda y primitiva, con sombras negras alrededor de los ojos y cardenales verdes por el cuerpo. Se acostaba en la cama, como si estuviera gravemente enferma, mientras apretaba la mano de Péter, y él luego tenía que prepararle una infusión de manzanilla, ponerle compresas y curar sus heridas. En cierta ocasión se la llevaron a la comisaría, por haberse resistido a las fuerzas del orden y haber maldecido al gobernador y al arzobispo; allí le habían pegado, como si hablara un lenguaje salvaje y primitivo, monosilábico, que sólo entendían ya un par de exploradores, como si hablara la lengua de una tribu salvaje olvidada. En alguna parte del mundo, en una tribu, vivían mujeres, las mujeres verdaderas, las salvajes; tenían el cuerpo tibio y moreno, adornaban sus pechos con coronas de flores, se sentaban día tras día a la orilla del mar y esperaban la llegada

de los hombres, la tempestad y el sol, entonando cánticos monótonos y quejumbrosos, parecidos a los salmos, como monjes orientales. Karola hablaba la lengua de una tribu así. Para el amor, en ella no sólo existían las caricias y el deseo, la melancolía y esa coquetería bizca, sino también una entrega ceremoniosa y constante, la misma que tenían las mujeres consagradas a los dioses en los templos del Antiguo Oriente.

Emmanuel despreciaba a Karola, la llamaba «prostituta» y ni siquiera le daba la mano. Ella se compadecía de él y le tenía miedo. «Un día vendrá a suplicarme. Se arrodillará aquí, en medio de la habitación; sus barbas se empaparán de lágrimas, lágrimas y barro. Pero es muy posible que entonces sea tarde y ya no pueda ayudarlo», le decía a Péter. Karola hablaba su idioma salvaje y tribal con acento bávaro. Los hombres chasqueaban la lengua cuando la veían; ella, la bizca, era la «buena chica», la aventurera del amor. Pero Péter ya sabía que era peligroso calentar con las brasas de la pasión la sustancia de aquella «mera aventura»; si lo hacía, le explotaría en las manos. No obstante, ahora había vuelto junto a Karo porque «había ocurrido algo» —había leído una carta donde se le daba una noticia que le había producido el mismo efecto que una pesadilla de la infancia, como si hubiese leído en el periódico que un terremoto había causado la muerte de trescientas mil personas en Japón— y tenía la sensación de que ella era el único habitante de la tierra capaz de transformar mágicamente la noticia en un dolor íntimo. Era imposible concebir o sentir la muerte del padre. Karo era la única persona que podía brindarle alegría y dolor, pues ella siempre extraía de la materia indiferente de la vida un jugo personal. Sin ella todo resultaba anodino y tan ajeno como una película de cine o las noticias de la prensa; las leemos y nos lamentamos de la muerte de los japoneses, pero al pasar página ya le estamos pidiendo al camarero nata para el té. Karo era el único ser

humano en cuya compañía Péter se atrevía a pronunciar frases como «Mañana iré a hacerme la pedicura y me cortarán las uñas», «No me gusta Debussy, me aburre», «Quédate en ropa interior». Ella pasaba revista a todo lo que incumbía a Péter; una sensación, una frase, un deseo o un dolor, y al calor de su mano y de su aliento todo se fundía milagrosamente y se convertía en algo íntimo y delicioso. Péter desconocía el dolor. Con la noticia de la muerte de su padre, iba a verla como quien lleva un bulbo de flores de Ceilán de regalo; un bulbo exótico que hubiera recibido por correo y fuese preciso colocar en agua fresca para que al poco rato se abriera y desplegase toda su pompa y aroma. Únicamente Karo era capaz de esa magia; sólo ella comprendía la alegría y el aburrimiento. Péter se aburría en compañía de Karo tanto como se aburriría un dibujante mal pagado con su novia, una joven peluquera, todas las noches de la semana, después de haberse amado, sentados y despeinados en el sofá, al darse cuenta de que no tienen dinero para ir al cine. Hasta el aburrimiento cobraba vida, se hacía palpable, alrededor de Karo; en casa o en la tienda, Péter vivía con otra clase de aburrimiento, más ligero e ideal, uno que no tenía sabor ni aroma; de hecho, todas las mañanas las encargadas de la limpieza barrían y quitaban con lejía ese aburrimiento, pobre y descolorido. En compañía de Karo, incluso el aburrimiento se volvía incandescente, como en la jaula de un león.

A aquella hora la calle estaba desierta. Los hombres se atusaban el pelo con un cepillo mojado delante del espejo del gabinete de su despacho y las mujeres se perfumaban presurosas por acudir a sus citas. No así las madres: éstas se quedaban en casa cosiendo, o repasando con sus hijitos una lección de latín, incomprensible para ellas, y conjugaban con desgana los verbos sentadas a una mesa de fórmica con los tazones de la merienda delante. Péter cruzaba aquella calle,

que le era tan familiar, llevando el dolor a casa de Karo como si éste fuera un jeroglífico que acabase de descubrir y sólo supiera descifrar un experto en toda la ciudad, como si Anna hubiese redactado su carta con escritura cuneiforme o con ideogramas. La noticia llegaba desde tan lejos que parecía un descubrimiento histórico, la carta de relación de una batalla de la Antigüedad ocurrida varios milenios atrás, especialmente sangrienta, llena de heridos, heroísmos, estratagemas y desfiles triunfales. Posiblemente alguno de nuestros antepasados había tomado parte en aquel combate ocurrido en tiempos terriblemente remotos, y quizá incluso había desfilado, triunfante, orgulloso y hierático, luciendo perilla, túnica azul y una cinta de oro en la frente. Y ahora acababa de llegar la noticia de ese antepasado. Mientras tanto, la humanidad había alcanzado la edad adulta; Voltaire había escrito sus obras, el hombre había aprendido a volar, se fabricaban suaves camisas de seda y Péter había conocido a Edit. Pero él sólo ahora se daba cuenta de todo esto; tenía que llevar luto por algo que había perecido hacía mucho tiempo pero que para él, de forma increíble, cobraba carácter de dolor vivo y real en ese momento. Péter pasó por delante de un palacio en cuya puerta se leía el nombre de EMMANUEL en un rótulo de vidrio negro y letras doradas. El portero se llevó la mano a la gorra de plato y lo saludó al estilo militar. «Sería inútil contárselo al portero», pensó Péter. Por primera vez, frente a aquel individuo que le era tan familiar, se dio cuenta de que no era posible explicar a nadie la dimensión y verdadero significado de la noticia, pues había ocurrido algo que sólo se podía comunicar al mundo en forma de esquela y ceremonias; luego la gente asentiría con la cabeza y enviaría telegramas y coronas. Nadie sabría traducir la noticia a su significado verdadero; nadie se atrevería siquiera a intentarlo. Hasta ahora Péter, al pronunciar la palabra «dolor», sólo había visto campos de batalla, heridos gimiendo y

dando alaridos tirados de bruces en el suelo, algún animal solitario perdido por las calles de una ciudad, una mujer vestida de negro y asomada a una ventana, o un niño que no se atreve a gritar y espera en vano a que el alba despunte en la habitación sumida en tinieblas. En este preciso instante, como si acabase de encontrar en un diccionario el significado exacto de aquella palabra extranjera, Péter miró maravillado a su alrededor.

El piso de Karo estaba vacío. En el fondo de la bañera había aún algunas gotas de agua y alveolos verdegrises y perfumados de la loción de baño. Péter cerró la puerta con llave, se paró en medio de la habitación, vacía y a oscuras, y aguzó el oído. En el dormitorio sonaba el teléfono, como una señal de alarma. Las aves de rapiña dan gritos parecidos cuando están en peligro. Péter entró en el cuarto y con dos dedos, como si tocara un objeto sucio, descolgó el auricular y se lo llevó a la oreja. «¿Oiga? ¿Eres tú, Karo? ¡Oiga! ¡Por favor!», exclamaba una voz masculina. Y continuaba con una impaciencia infantil e irritada: «¡Oiga, oiga!... ¿Quién habla? Oiga, por favor...». Péter contuvo el aliento. ¿Era posible identificar a alguien por el ritmo de su respiración? Aunque no lo conocía, a Péter le daba lástima el hombre que pataleaba al otro extremo del hilo, en algún rincón del mundo, en una habitación, en la calle o en la cabina de un teléfono público, inundada de bacterias y octavillas, en una atmósfera que olía a agrio. Por un instante, estuvo tentado de contestar. «Karo ha salido. Por favor, tranquilícese. Ya volverá. Lo mejor es llamarla por la noche, cuando yo no estoy aquí», hubiese podido decir. El hombre hablaba con un tono imperioso, como quien cree con terquedad que está reclamando un derecho. Era una voz desesperada, de poseso, la voz de un tipo solitario que se ofende de manera tremenda en cuanto no se responde de forma inmediata y servicial a su llamada. Péter, como para excusar a su amiga, se

decía que Karo no iba a estar aguardando toda la eternidad esa llamada. «Hace un rato aún estaba conmigo; luego ha salido». Por lo visto había otros que también acudían a ella como quien visita a un excelente médico especialista. A todos les llegaría su turno. Péter respiró lo más silenciosamente que pudo. El desconocido debió de darse cuenta entonces de que había alguien a la escucha. Unidos por el finísimo hilo telefónico, como dos delincuentes detenidos y esposados en una batida nocturna de la policía, se percibían en la oscuridad y oían el uno el aliento del otro desde la distancia. Esta comunidad física con un desconocido que quizá llamaba a Karo con un miedo parecido al suyo, esta intimidad y la voz extranjera, conmovían a Péter. Le habría gustado ayudarlo. En las tinieblas, en lo desconocido, había un hombre que invocaba a Karo pateando con obstinación, como un niño enfermo que llama a su madre. La voz era cálida y profunda. El aliento despedía sin duda un aroma suave a tabaco oriental. «Es una voz de hombre culto. Sabe hablar en voz muy baja y no mira a su vecino al espetarle algo sumamente cruel, al pronunciar la palabra que lo hiere de muerte», pensó él, con tristeza. Pero no podía decirle que colgase el teléfono porque Karo había salido para ver a otro hombre que debía de haberla llamado con la misma urgencia imperiosa aduciendo toda clase de mentiras, como que estaba en peligro de muerte. No podía decirle que Karo iba por el mundo como una hermana de la caridad por el campo de batalla, caminando entre los heridos. No podía decirle que era él, Péter, quien tenía en la mano el auricular y estaba escuchando la respiración de un extraño, los rumores y sibilancias emitidos por los pulmones de un hombre desconocido, como el enfermo que por casualidad está solo en la consulta del médico y se pone a jugar de manera distraída con el estetoscopio y las recetas. No podía revelarle que también él estaba buscando a Karo, a aquella Karo cuyo

número en el listín telefónico era tal y cual y que no hacía mucho había estado allí, a su lado, en la cama. Tampoco podía contarle que acababa de recibir una carta que Anna había enviado por correo aéreo, ni darle la noticia, ni mostrarle el dolor que deseaba entregar a Karo para descifrarlo y ponerlo en limpio entre los dos, como si fuera un hallazgo arqueológico de la Antigüedad. No podía decirle nada a aquel hombre. Por esta razón permaneció en silencio.

El desconocido ya se había dado cuenta de que al otro extremo del hilo lo escuchaba otro hombre que se encontraba en la habitación de Karo. Asustado y ofendido, se calló. Se quedó aguardando con un silencio impúdico, cobarde y vacilante, como hacen ciertos animales cuando se sienten en peligro, que se paralizan y fingen estar muertos hasta que el cazador o la amenaza pasan de largo. Karo fingía mucho cuando hablaba por teléfono; podía estar besando los ojos de Péter, con esos besos frescos que olían a camomila, y si el teléfono empezaba a sonar, alargaba la mano hacia el auricular con un ademán laxo y mentía sin más, de manera mecánica. «¡Se ha equivocado!», decía, y colgaba el auricular, o a veces improvisaba una conversación alegre con una amiga inexistente, hablaba de vestidos o de cosas sin importancia. Péter sabía que al otro extremo del hilo no había tal amiga, sino un hombre que llamaba en un momento poco oportuno. A veces era Péter quien descolgaba el teléfono y hablaba esperando una respuesta, pero no le contestaba nadie; el hombre, asustado, se quedaba callado y esperaba a que Péter se cansara de gritar «¡Diga!» de un modo ridículo y colgase el aparato. Pasados unos segundos, el auricular dejaba oír, fina e irónicamente, un sonido de timbre leve y en tono menor, la señal de que el otro acababa de escaparse de la trampa; se había quedado escuchando más tiempo que Péter y luego, como de puntillas, había salido de la habitación y se retiraba

de esa aventura estúpida. En ese momento los dos escuchaban satisfechos aquel toque de timbre brevísimo que significaba la despedida y los traicionaba a ambos. Karo reía entre dientes y se paseaba cabizbaja por la habitación, como quien no tiene la culpa de que se haya inventado el teléfono y los hombres. Karo no era culpable de todo aquello; miraba a su alrededor desconcertada y sonriendo. No había más remedio que perdonarla. El desconocido se aburrió de su fracaso y del silencio, colgó el aparato y echó a andar con pasos vacilantes por el mundo. Péter se quedó a solas en la habitación de Karo y miró en torno a él.

El lugar de autos

Aquella habitación formaba parte de su vida, pero Péter nunca se había quedado solo allí. Le sorprendía el desorden. Karo se había ido como quien huye del lugar de autos. La cama estaba sin hacer y una impresión cóncava en la almohada mostraba la forma de unos hombros humanos, como las escayolas que los médicos separan de un miembro cuando el hueso fracturado ya se ha soldado. Aquella impresión cóncava en la almohada eran los hombros de Karo. Péter, con cuidado, como quien teme romper la armonía sensible de una obra de arte muy delicada, recorrió con la yema de los dedos las líneas de la espalda y los hombros de Karo. La almohada y el edredón de seda, como bloques y fragmentos de una estatua de mármol blanco rota, se amontonaban en la cama con la arbitrariedad temible de los objetos en desorden, como vestigios de la obra de arte con la que antaño habían formado un todo. Aquella obra se había deshecho en pedazos por culpa de una catástrofe bárbara y

ruidosa. Péter contemplaba las almohadas, el edredón, el cojín de blondas delicadas que Karo había lanzado al pie de la cama con un ademán inconsciente y caprichoso. Por un instante Péter sintió que estaba en la excavación de una ciudad en medio del desierto africano, a sesenta grados y bajo un sol ardiente color crema, donde un arqueólogo y sus ayudantes se esforzaban en reunir los fragmentos de una estatua antigua, una estatua pagana e inmoral. En su época debió de titularse *Deseo*, *Afrodita* o *Placer*; era una estatua solemne y vulgar, intimidante e impúdica. La cama emanaba aún el perfume del cuerpo de Karo, conservaba huellas de sus movimientos y se veían por doquier las cosas que solía lanzar al suelo en un arrebato de pasión. Péter dedujo que Karo había salido corriendo, como si hubiera cometido un crimen y allí ya no fuera posible «poner orden». Sólo las mujeres malas de verdad arreglan la cama antes de salir, ponen en su sitio la colcha, abren la ventana para airear la habitación y, en un alarde de hipocresía, cambian el agua del jarrón de las flores. Y hacen todo esto como si después de la intensidad de la aventura del amor fuera posible volver al orden burgués; como quien, después de haber matado hombres y rinocerontes en el Congo, vuelve a Europa y nada más llegar a casa se pone a hacer limpieza a fondo, o a cocer frutas para preparar mermelada con una sonrisa inocente en la cara. Karo se había ido de allí dejándolo todo tal como debía dejarlo, tal como había quedado, porque no podía ser de otro modo. Péter comprendió que Karo aún tardaría un rato en volver. Tal vez había acudido a la llamada de un hombre en la otra punta de la ciudad, o estaba en el cine, soportando la música mecánica en la oscuridad, o quizá estuviese paseando sola a orillas del lago, gozando de la noche y el viento, esperando que muriese algo en su interior; el deseo, o el recuerdo, como si éste fuera un grito lejano, el alarido de un animal o de un desconocido que

nos cuenta una noticia inexplicablemente excitante y dolorosa que horas después todavía resuena en nuestra cabeza, cada vez más débil y de una forma menos íntima, pero que aun así se adhiere a los tejidos del alma, y que seguimos oyendo aunque sólo como percibimos las voces en los sueños. Para Karo no terminaba la vivencia en el instante en que se liberaba del abrazo de su enamorado y se ponía a calentar las tenacillas para rizarse el cabello, ella arrastraba el amor consigo durante bastante tiempo, y salía a la calle, en medio de la gente, en pleno mundo, como si guardase un secreto que le acabaran de contar, un secreto terrible y pueril como los misterios de los hechiceros. Tal vez su única razón de ser consistiera precisamente en el hecho de continuar siendo un misterio que estaba prohibido descifrar. Ella necesitaba tiempo para el amor; cuando estaba en la cama, no se apresuraba, todos sus movimientos eran lentos, como los de un soñador inconsciente. Tendía la mano al amor de la misma manera que las plantas se vuelven hacia el sol, con un gesto infalible, muy seguro, anhelante y grávido. Péter había contemplado muchas veces la cara de Karo en la cama. En esos momentos el semblante de la hija del carpintero era severo, como si acostada pensara con detenimiento en algo grave; miraba a lo lejos, inquieta, como un niño que se ha perdido en la selva y sólo quiere jugar y escucha el rugido de la tempestad mirando con cierto horror feliz las nubes negras del cielo entre las copas de los árboles. Entonces también acostumbraba a cambiar la atmósfera de la habitación, como si la voluntad de Karo sugiriera una zona ecuatorial en la estancia: un iceberg flotaba en algún punto del océano, entre el armario y el piano; en el otro rincón, las aves del paraíso, con su solemne estupidez y sus galas burdas y lujuriosamente policromas, se posaban en las ramas de las palmeras, donde unos monos daban alaridos. Igual que el embrión recorre todas las etapas de la evolución de la especie

en el seno materno, Karo experimentaba en la cama todos los estadios del amor; entre dos besos o dos caricias, era capaz de emigrar lejísimos, a los decorados prístinos del deseo, donde el amor no es más que luz y sombra, y poco a poco el deseo iba condensándose en los movimientos de su cuerpo. Péter nunca había conocido a una mujer con semejante curiosidad. Las habitaciones en las que había amado a otras mujeres olían sencillamente a perfume, y eran idénticas a las de los sanatorios de lujo, donde se disimula con cierta gracia doméstica un hecho asombroso, digno de Registro Civil, el hecho temible de que un cuerpo, a medio camino entre la vida y la muerte, esté buscando su equilibrio perecedero en el mundo. Las mujeres buscaban en el amor la ternura, la paz, el olvido o la pasión; Karo sólo buscaba el amor. Como si alguna vez hubiese oído hablar de él, como si su nodriza le hubiera contado que, en alguna parte, allende los océanos insondables, existía también algo llamado «amor». Péter había creído durante mucho tiempo que ya lo sabía todo acerca del amor, pero la primera vez que fue a casa de Karo se dio cuenta, asombrado, de que no se acordaba de nada. Allí estaba Karo, la enamorada, que cobraba dinero cada primero de mes y lo más probable era que lo engañara con otros hombres curiosos y anhelantes. Allí estaba su casa, la de Karo, que misteriosamente nunca dejaba de ser un cuarto de campesino. Daba igual que colgara cortinas de seda en las ventanas y llenara la cómoda de animales de vidrio con patas torcidas, o que inundara el tocador con cepillos de plata y frasquitos; en las paredes había «bendiciones caseras» invisibles y relieves de cera de colores sobre cristal. Péter no se habría sorprendido si en el armario de Karo, entre la ropa interior provocativa y los pantaloncitos de delicadeza teatral, hubiese descubierto tarros de compota o pepinillos en vinagre. Karo solía empezar mirando el céntimo para luego, con alegre desenfado, acabar tirando a manos

llenas las monedas y los billetes por la ventana. A Péter tampoco le hubiera extrañado si un buen día, al llegar a casa de Karo, hubiese encontrado un par de jamones o un lomo enorme ahumándose encima de la chimenea, en cuya repisa de mármol había apoyados varios cuadros de paisajistas franceses. Karo dedicaba todo su tiempo a su carrera de mujer. A veces, cuando dormía, daba la impresión de ser media tonelada de tierra muy antigua y cargada de historia, y que en sus estratos podían encontrarse vestigios del pasado. Nada se perdía en la materia primigenia del cuerpo y la conciencia de Karo, sólo se transformaba en algo diferente que se metamorfoseaba sin cesar: en sus profundidades podían encontrarse jinetes francos o gépidas, esqueletos de corceles con sillas de montar extraordinarias, alhajas históricas, e incluso el viejo sonajero con el que Karo había jugado de niña y el recuerdo de un golpe que para ella estaba ya fuera del tiempo y el espacio, igual que esos cráneos antediluvianos en los que se descubre una trepanación, como señal de un duelo o un accidente de caza. En Karo se reflejaban todavía los fulgores de fenómenos climáticos, desvaneciéndose, y vegetaciones rarísimas, como restos marchitos de helechos gigantescos. «Todos arrastramos el pasado con nosotros, pero ella parece embalsamarlo», pensaba Péter. Nunca tiraba nada, todos los recuerdos seguían latiendo un poco en Karo; en ella vivían tanto los recuerdos de esa existencia misteriosa y atemporal llena de objetos superfluos, como las leyendas y los pensamientos hermosos que se gestan en las grandes épocas de la humanidad. Aquella habitación, en la que Péter acababa de encontrar algo que antes había buscado en balde, era, en efecto, «el lugar de autos»; como si el delito fuese la vida misma: cierta monstruosidad, determinado olvido de sí mismo, con el único sentido de no sentirse culpable después. Karo era inocente en el amor, y sus cómplices, que eran a la vez autores y víctimas del atentado, se comunicaban

con ella en una especie de jerga de delincuentes. En aquella estancia, en la que Péter siempre entraba con una sonrisa curiosa y reservada, un poco ceremoniosamente, como un Sherlock Holmes mundano que, por si acaso, se da una vuelta por allí y habla con la dueña del piso, con el sombrero y los guantes en la mano, haciendo cumplidos, sonriendo y sin sospechar aún de nadie, aunque no se le escape el más mínimo detalle... En aquella estancia Péter había conocido algo real, algo que ninguna mujer le había brindado hasta entonces, más real que el amor de Edit; tenía buen sabor y un halo de aventura, pero no se podía contar con ello con seguridad. Este proceso de *conocer* tenía su aroma particular y la estancia era incapaz de contenerlo por completo; se esfumaba, se escapaba, como los perfumes extremadamente nobles, que se evaporan de sus frasquitos de cristal de roca. Estos perfumes orientales llegan a las metrópolis de Occidente en caravanas de camellos y barcos, pero un buen día se volatilizan, incluso a través del tapón de cristal, para volver a Oriente, igual que un sentimiento o un cuento de hadas. Este lugar era el «de autos», sí, y Péter lo examinó esta vez con todo el cuidado. En la pared había grabados franceses de temas sensuales, y tampoco faltaba en el cuarto la máquina de coser que Karo había comprado a plazos. Al abrir el armario, entre la cascada de telas perfumadas y de colores, emergió la figura de Karo, como si una actriz se perfilase sobre el montón de disfraces, pelucas y batines de su camerino aun sin estar presente. Pero esa actriz no actuaba ante ningún público, y no obstante las ropas policromas rebosaban el armario como chorros de agua multicolor del surtidor de una fuente en una fiesta popular. Ese rumor y ese susurro, esa sucesión de disfraces nunca puestos, arrugados y descartados, la exuberancia con que Karo pretendía expresarse, aunque acabara siempre por dejarla de lado, impotente, poniéndose al fin un traje de sastre liso;

aquellos rizos y cintas que parecían esperar una celebración, una fiesta monumental en la que Karo se lo pondría todo a la vez y luego bajaría la escalinata poco a poco mientras en la sala sonaba la música y los burgueses bailaban bajo luces de colores... toda esa teatralidad cotidiana y secreta era el misterio de Karo. Todo aquello solía encerrarlo con celo, bajo llave en el fondo de su armario, como también lo escondía en lo más hondo de su alma, igual que una novia oculta el deseo que siente no por su novio sino por aquel caballero barbudo, envuelto en un impermeable de reflejos irisados, que un día cruzó con su automóvil a toda velocidad su pequeña ciudad de provincias. Péter pensó, con compasión, que los niños suelen jugar a teatro de la misma forma, en secreto, con la *lipityanka* de mamá y la levita del tío. Sin embargo, ese teatro, ese deseo, esos objetos de escenografía a lo mejor eran la realidad para Karo. Llega un momento en la vida en que uno, por fin, se atreve a lucir todas las pelucas y disfraces que ha ido coleccionando con sigilo y se lanza a recitar un poema de algún autor altisonante, convencido de que con su patetismo huero se expresa mejor que con la prosa, cuyas palabras vulgares le han servido para expresarse hasta entonces. Mucha gente rompe a llorar en tales situaciones, pero otra parte del público se queda atónito y, incómodo, rompe a reír. Péter había pensado más de una vez que un buen día, un poco pálido y vestido solemnemente de negro, se presentaría ante Emmanuel «para decírselo todo». Ese deseo era tan pueril y no obstante tan violento, tosco y excitante como la ilusión juvenil de aportar felicidad al mundo. Péter se avergonzaba de ese deseo pero no podía renunciar a él. Cada vez que hablaba con Emmanuel, el deseo, la fantasía infantil de que llega un momento en que es posible decirlo «todo» —a Emmanuel y al mundo— temblaba tras las palabras de Péter, y era preciso vigilarlo, como se vigila a una fiera domesticada que cualquier día, entre juegos y

caricias, se revuelve y con un solo zarpazo mata a su desgraciado domador. Aquélla era la guarida de Karo, con el armario, los trapos y el secreto, y él se encontraba ahora frente a frente con el misterio. De pronto se dio cuenta de que se acercaba el momento en que el deseo encontraría las palabras y él podría decir aquel «todo» a Emmanuel y a Edit, a Karo y a su universo. Comprendía ahora que aquel discurso no sería muy extenso, tal vez dijera: «Basta ya...», o «Me voy...», porque una sola palabra podía contener lo que él había pretendido decir toda su vida. Sin embargo, sería incapaz de pronunciar esa única palabra siquiera con un instante de antelación, sólo podría decirla cuando llegase el momento apropiado. Ahora les estaba ocurriendo algo a él y a su entorno; quizá por primera vez desde que había nacido «estaba ocurriendo algo» de verdad. Se arrodilló delante del armario, hundió las manos entre los muelles de vestidos y tiró los disfraces secretos de Karo sobre la alfombra, cogiendo una prenda tras otra, arrugando y olfateando el tejido. Pero incluso aquellas ropas misteriosas fluían hacia él con aromas sencillos —olores caseros de ropa bien lavada y planchada—, como si todo aquello perteneciera al armario ropero de un ama de casa de pueblo, como si Karo se dedicase en secreto a lavar, blanquear con añil y almidonar. En Karo había cierto materialismo desesperante. «Karola Thinne», pensó Péter, levantando con ambas manos una capa de brocado bordado en oro y estampado de flores, como debían hacer los pajes en las cortes de los emperadores romanos de una nación germánica. Era una tela antigua y solemne. Karola Thinne anhelaba en secreto esos disfraces, pero en aquel momento debía de estar paseando por la ciudad con un sencillo traje gris de corte inglés y zapatos de tacón bajo. Péter contempló emocionado aquel brocado. Karo lo había adquirido en secreto y lo escondía esperando el día en que necesitara ese disfraz para transformar la vida, el amor, los

hombres y la sustancia del mundo en una fiesta. Pero ese día tardaba en llegar y ahora él sabía que jamás se presentaría una ocasión así en la vida de Karola. Los colgadores y disfraces se quedarían para siempre en el armario de Karo, y los hombres desfilarían, uno tras otro. Con suma atención, Péter observó la cama. Los hombres habían destruido a puñetazos esa obra de arte titulada *Deseo* o *Placer*, y tras esos invasores vandálicos sólo habían quedado aquellos fragmentos blancos y blandos. Con bastón, guantes y el sombrero en la mano, Péter se paseó, rodeando la cama y midiendo la habitación de punta a punta, como si fuera un visitante de una sala de exposiciones. Fuera casi era noche cerrada. Péter sabía que jamás volvería, y por esta razón procuraba mirarlo todo, cada uno de los objetos a la vista, como si se estuviera allí por primera vez. Algo se acababa, algo tocaba a su fin. Antes había vivido allí, entre los brazos de Karo, y ahora estaba plantado delante del armario como un aburrido tasador del juzgado que en sus horas de solaz intenta calcular el valor de la corona de Carlomagno. Fuera llueve y cae la noche, pronto terminará la visita a la colección privada. Péter se inclinaba con suma delicadeza sobre algún objeto, con la cortesía complaciente del perito y coleccionista. Cogió un peine y vio entre sus púas un pelo de Karo; olía a su perfume de cabello y a su brillantina. Apoyado en el bastón, miró la ropa que había encima de la cama y admiró, asintiendo distraídamente con la cabeza, como apreciando su auténtico valor, los zapatos de seda negra de la chica. «En Pompeya se paseaba así...», pensó. En otro tiempo vivió allí una joven que una noche murió sepultada por las cenizas de una erupción febril; su cuerpo y los objetos que la rodeaban se conservaron para siempre... En aquella habitación reinaba una inmovilidad espeluznante, fuera del tiempo y los sonidos, como en el fondo del mar.

«En otra época yo había vivido aquí», pensó Péter. Al día

siguiente iba a estar muy lejos de allí, en una lejanía absoluta, ni siquiera podía expresarse en kilómetros y horas aquella distancia a la que lo llevaría la aventura de la noche. Se acercó al tocador, admiró los pintalabios y los pequeños botes de colores, las borlas para el colorete, las tijeras y las pinzas diminutas; alguien había librado allí una lucha sin tregua, como un médico, por la vida y la belleza. Péter sentía una profunda compasión por Karo y por todo lo que iba a abandonar para siempre al salir de aquella habitación. ¿Cómo sería la vida? ¿Qué experiencias le aguardaban? ¿El amor? ¿La muerte? «Es como una novela. Siempre, siempre esa analogía con una novela barata: la vivencia del amor o de la muerte, con sutiles variaciones», pensó con hartazgo. Alargó la mano y tocó las pertenencias de Karo; volvió al pelo de la chica y siguió con la mirada la línea de su espalda entre las almohadas. Ahora que lo habían llamado y empezaba algo que no tenía nombre —y él no podía negarse a partir, como quien recibe una orden terminante de una organización misteriosa, al margen de la sociedad—, buscaba una palabra con la que pudiera entregar todo aquello a Karo; una palabra que lo explicase todo de tal manera que Karo pudiera entender al instante el sentido de todo lo que le había ocurrido a Péter. Hay palabras así. Iba a dejar atrás una etapa de su vida, como si saliera del sueño con los primeros sonidos del día; se sentía curioso y embriagado. Karo tampoco conocía el amor, sólo creía en él como el feligrés cree en el milagro y la redención. Entonces, de repente, la frase acudió a su cabeza, la palabra que Karo comprendería a la perfección. Se quedó asombrado ante la sencillez de aquella frase; había en ella algo inapelable. Aunque no podría contestarle, al leer aquel mensaje, Karo lo entendería todo de forma inmediata. Quizá lloraría un rato, pero luego daría cuerda a la gramola, se cambiaría de traje y bajaría al café. Péter tomó del tocador el lápiz con el que Karo solía retocarse

las cejas y escribió con letra torpe en el reverso de la factura de un corsé que encontró en la cómoda:

Padre se está muriendo.

Dejó la factura sobre la cama, se puso los guantes poco a poco, miró a su alrededor y salió de puntillas de la habitación, como si fuera el último visitante de un museo de provincias y hubiera roto un objeto sin querer.

«El sueño»

En el camino de vuelta, entre las habitaciones de Karo y Edit, ocurrió algo que Péter más adelante acabó por denominar: «el sueño». Hablaba de ello como de una ensoñación especialmente peculiar que era incapaz de olvidar. Lo contó sólo en dos ocasiones: primero, pocos años después, a la esposa de Edgar, Judit; y luego, diez años más tarde, al obispo János, admirado y moribundo. Nunca más lo mencionó. En realidad quiso contarlo una vez más, a Edit, pero en ese entonces ella ya estaba agonizando y no le prestaba atención. En las dos ocasiones lo contó con palabras idénticas, como si recitara un poema aprendido de memoria, como un actor declamando su papel; como si el sueño se hubiera grabado a fuego en su memoria de una forma determinada, invariable, como un fragmento donde cada palabra está fijada con rigidez, incluso con sus puntos y comas. Lo contó en estos términos: «Entonces, nada más salir del piso de una joven, me fui a casa. Aquella mujer era mi amante. Todos mis miedos y afanes, que en cierto modo habían dejado de tener carácter personal, los vivía con

ella en una habitación con teléfono, luz eléctrica y revistas baratas en los cajones, rodeado de todo cuanto se necesita para una existencia civilizada, pero vivíamos en aquella habitación como salvajes. No la había encontrado en el piso, y me fui sabiendo que no volvería a verla más, aunque no podía sospechar que Karola —así se llamaba— moriría poco después. Más adelante me dijeron que se había suicidado; es posible, en realidad, pero según las noticias de los periódicos murió como mueren las mujeres incultas: una chispa de la estufa del cuarto de baño prendió fuego a su batín y Karola se precipitó a la calle lanzando alaridos, como una columna de fuego humeante, para luego consumirse ante los ojos de los transeúntes. La gente decía que el humo de su batín, su pelo y su cuerpo ascendía verticalmente hacia el cielo, como en los sacrificios de purificación de la Antigüedad, pero eso sólo son explicaciones supersticiosas. De todas formas, no deja de resultar sorprendente, porque en aquella ciudad suele soplar viento. Aquel accidente triste y gratuito me perturbó durante mucho tiempo, pero no me dolió; pensaba en ello con la vergüenza del hombre culto; me hacía sonrojar que la mujer que había amado hubiera muerto de un modo digno de una «sección de sucesos». Pensé que ciertas formas de morir comprometen; una mujer a la que amamos puede morir de melancolía o matarse con sustancias químicas, pero no puede humear en la plaza pública como las viudas de la India. Aquella tarde había querido verla porque había recibido una noticia triste y amedrentadora de mi familia, una noticia cuyo sentido y significado no era capaz de sospechar en aquellos momentos. De pronto mi cuerpo se había llenado de malestar, como si notara los primeros efectos de un veneno lento y silencioso. Aún no experimentaba nada, sólo me sentía un poco torpe y embriagado. Había ido con aquella noticia a casa de Karola como quien lleva la nueva de un descubrimiento extraordinario, pero en un idioma desconocido;

esperaba que ella me descifrase su significado, me explicara el dolor, o acaso, murmurando unas palabras cabalísticas, me administrase un antídoto, y entonces yo sanaría y la infección dejaría de extenderse por mi cuerpo. Un día en que sufrí una intoxicación de nicotina, ella me preparó rápidamente un batido de leche. También esa vez esperaba algo semejante. Pero Karola no estaba en su piso; nada más entrar en su habitación me puse a curiosear entre sus cosas. Mientras miraba su ropa y los objetos de su tocador, me percaté de que me hallaba en medio de un accidente. Ya no dependía de mí lo que fuese a pasar con Edit, con Karola o conmigo mismo: los tres viajaríamos dentro del marco de esta historia en dirección a alguna parte, como en un autobús precipitándose por un barranco, y no podríamos hacer nada más que contemplarnos los unos a los otros, algo pálidos, y esperar el fin de ese viaje. Me daba cuenta de que una fuerza incomprensible me separaba de Karola y me separaría de Edit, que toda mi vida anterior se quedaría atrás, que en algún punto de la lejanía se hundiría también el negocio, con Emmanuel y todo. Era un proceso lento, fluía pausadamente, como las representaciones del sueño que se desparraman por nuestra conciencia un poco antes de despertar y que, en los primeros instantes de la vigilia, quedan fijadas entre las dos orillas de la realidad y el sueño. Un momento antes, todo es niebla y ensueño, y luego, como por arte de magia, los fragmentos del sueño son palabras y fragmentos de situaciones reales, y hasta podría dictárselas con todos los pormenores al taquígrafo de la comisaría como si se tratara de algo que hubiera ocurrido en verdad. En aquel lapso tan breve que pasé en casa de Karo fue como si todos los deseos y recuerdos que habían llenado hasta entonces mi vida se disolvieran poco a poco en aquel nuevo estado. Me sentía completamente poseído. Las capas de recuerdos del alma se reorganizaron en un orden nuevo. Si hubiera dependido de mí,

tal vez me habría quedado eternamente entre Karo y Edit, yendo todas las mañanas al despacho, escuchando a Emmanuel, leyendo la correspondencia y los pedidos que nunca acertaba a comprender del todo, aceptando que nuestros barcos recorriesen el Pacífico cargados con nuestras mercancías y que la instalación que habíamos vendido a la fábrica de hielo de Shanghái se hubiese estropeado. Todo esto, en aquellos momentos, no era más real para mí que si lo hubiera leído en un libro. Yo nunca había estado ni en Shanghái ni en el Pacífico. Y como un elemento de la naturaleza sacudido por un terremoto lejano, como si fueran tierra o agua, aquellas capas comenzaron a moverse de una forma brusca en mí, a ordenarse en variaciones nuevas; lo que había sido superficie y realidad se precipitaba a las profundidades y de éstas surgían corrientes nuevas, tibias o heladas. De todo eso en ese momento sólo era capaz de comprender que Karo, la habitación en que nos habíamos estado viendo y ella misma, dejaban de existir físicamente para mí. En las barracas de feria a veces se ven cosas parecidas: un cuerpo —por regla general de mujer— deja de existir ante los ojos de los espectadores y se hace invisible, convertido en cierta materia nebulosa. Uno oye todavía la voz de la mujer, pero la sustancia del cuerpo ya se ha volatilizado. Así dejó de existir Karo para mí, aunque escucharía su voz aún durante mucho tiempo. Cuando dejamos a una mujer a la que amamos, los ingredientes de ese amor van muriendo en nuestro interior poco a poco hasta que creemos haberlo olvidado por completo, pero de pronto, años después incluso, al pisar el umbral de una iglesia que visitamos por primera vez, en medio del tañido de las campanas y el zumbido del órgano, oímos con claridad, destacándose por encima de todo, la voz de la mujer olvidada. O a veces, mientras estamos comiendo, vemos su mano desaparecida y muerta ofreciéndonos un objeto, un cepillo o una flor. Primero muere el recuerdo de su cuerpo, los

rasgos de su rostro; luego su voz, su perfume y todo cuanto haya significado para nosotros. Pero aún entonces sigue subsistiendo algo —no su olor, ni su risa, ni su voz, ni siquiera un ademán—, sigue viviendo en nosotros eternamente ese algo indecible que fue ella, sólo ella. Ese recuerdo inanalizable es sólido y no se disuelve con el amor catalizador de otras mujeres. ¡Eso era ella!, pensamos al final de nuestra vida, cuando nos despedimos de todo. Los cuerpos que se han mezclado alguna vez en la aleación de la pasión se acuerdan uno de otro para siempre. Así salí yo por la puerta de la casa de Karo. "¡Se acabó!", pensé. Se había acabado en un sentido criticísimo e inapelable. Mas al mismo tiempo sabía también que nada "se acaba" nunca por completo y que tales determinaciones son ridículas. Qué vendría ahora y por qué se había acabado, me preguntaba, y no me sentía ni triste ni alegre. "Ahora tengo que tomar el tren; luego ocurrirá algo. ¡Dios mío, es muy triste todo esto! Padre aún está enfermo... Por eso no hay que pensar inmediatamente en ello pero... Volveré a ver a mis hermanos, la ciudad donde me crie, donde fui niño... Este ver de nuevo las cosas es algo molesto; tal vez, incluso, temible, porque hace latir más el corazón con mayor intensidad, pero no es difícil de soportar. Y si es preciso hay que prepararse para lo peor... Será muy triste, como es natural, pero ya pasará". Reflexionaba de esta forma, con palabras como las que Anna había puesto en su carta, palabras preparadas y defensivas. Caminaba por esa calle, bajo esos arcos por los que había pasado casi cada día durante más o menos diez años, por esa calle del casco antiguo, flanqueada por casas familiares, con sus tejados puntiagudos, donde, tras los visillos, vivían hombres y mujeres fantasmalmente íntimos —conocidos, desde luego, pero no más que los difuntos—, hasta pasar frente al palacio de Emmanuel. En la primera planta del edificio, en la puerta de un despacho, brillaba mi

nombre y en ese mismo pasillo se encontraba también la oficina de mi secretario. En un libro con broche y encuadernado en cuero del Registro Comercial podía leerse mi firma; otra de tantas realidades, prueba tajante de que soy comerciante: Péter Garren, socio del negocio de Emmanuel, un ciudadano honrado y estimado. En el piso, en un cajón, había mucho dinero que era mío y podía hacer con él lo que se me antojase, y tenía dinero también en otros sitios, en el banco e invertido en empresas industriales. Entonces, ¿por qué iba a separarme de forma tan irrevocable de Karola?, me preguntaba en la calle, al pasar por delante del palacio de Emmanuel. "¿Qué es lo que me lleva lejos de ella? ¿Y por qué justo ahora, cuando Padre está muy enfermo y es preciso prepararse para lo peor? ¡Por Dios! ¿Qué es lo que me está ocurriendo...?" Me detuve y miré a mi alrededor. Yo amaba la vida, todo lo que nos brindaba la tierra, el aire y el agua. Amaba el cuerpo de las mujeres e incluso su carácter, amaba la música, procuraba empatizar con los problemas y las tristezas de otros seres humanos —no era culpa mía si en los últimos tiempos Emmanuel tampoco desdeñaba el comercio con armamento; eso era asunto de la casa y no mío—, me consideraba del todo inocente respecto a lo que la gente hacía a mi alrededor. Entonces, ¿por qué todo cuanto me rodeaba me resultaba en aquel instante tan nefasto, tan fatal, tan grave y peligroso? En aquellos momentos me dirigía hacia una nueva etapa, hacia personas nuevas, y abandonaba todo lo que había constituido el escenario y sentido de mi vida. Hubiera querido volver atrás: hacia Karo, o hacia la juventud. De pronto sentí que algo estaba pasando en mi cuerpo; quizá estaba cambiando la composición de mi sangre, a lo mejor estaban aumentando o disminuyendo mis glóbulos rojos, y en un futuro me alegraría de otra forma, sentiría miedo de otro modo y me enfrentaría a mis semejantes con otra clase de valor. El mundo daba vueltas

a mi alrededor. Tuve que pararme. Ante mí se levantaban las torres truncadas de la catedral y una columna publicitaria con grandes carteles en rojo y azul que ensalzaban la programación de un circo. Estudié aquel cartel: había leones, un domador vestido con librea, una dama con un traje de tul ejecutando un ejercicio arriesgado sobre el lomo de unos caballos, y unos payasos con la cara enjalbegada. Esas pocas figuras, sobre todo los leones y los payasos, se grabaron hondamente en mi memoria. Allí, frente a ese cartel, empezó mi sueño. Me encontraba delante de la catedral, no muy lejos de Edit y de Karola, a poca distancia de la casa de Emmanuel y del palacio arzobispal. A pesar de todo, parecía impensable que, en una ciudad civilizada, dotada de los adelantos más modernos en sistemas de seguridad, pudiera ocurrirle a una persona algo parecido. ¿Dónde estaban los bomberos, las ambulancias, el ejército...? El que se ahoga puede tener tales sensaciones en el preciso instante en que sus miembros empiezan a anquilosarse: en ambas orillas hay gente charlando y en las terrazas de los restaurantes corren los vasos de cerveza con jovialidad veraniega; nadie oye sus gritos de socorro y el balsero está sentado tranquilamente en su barca, encendiendo su pipa... En medio de todo ese orden, los leones, el cartel publicitario, Edit y Karola, ¡mi mundo se hundía! En aquel momento, ese Péter Garren, al que hasta entonces había creído conocer bastante bien, dejó de existir, y otro Péter Garren, al que contemplaba con suspicacia y cautela, se puso en camino para salir de todo ese mundo que se hundía, de aquella extranjería condensada y ordenada que iba oscureciéndose, y se dirigía hacia un paisaje que se perfilaba poco a poco en el horizonte y al que tenía que volver. En efecto, como quien está caminando y oye de pronto una voz y cambia de rumbo mientras sus compañeros de viaje pegan alaridos incapaces de seguirlo, también yo volví hacia atrás en el tiempo y el espacio. Dejaba de ser el Péter Garren

conocido por todos, el comerciante honorable, y abandonaba un mundo que, en aquellos momentos, con simplicidad pasiva, se caía en pedazos y sus elementos se descomponían a mi alrededor. Me di la vuelta y vi una ciudad que me parecía misteriosamente familiar y espantosa a la vez, como si acabase de sufrir una catástrofe terrible, un incendio voraz o un terremoto; no, una desgracia todavía más atroz, pues la vergüenza de los hombres se pegaba a las paredes como en las ciudades de los cuadros medievales después de una nueva noche de san Bartolomé, cuando los mercenarios destrozaban la cabeza a los bebés golpeándolos contra las puertas. Tenía que volver allí. No podía hacer nada; ya había dado media vuelta, ya me había puesto en camino hacia la ciudad. Bien sabía que esa ciudad se parecía mucho a mi ciudad natal, adonde debía regresar por la mañana y donde mi padre estaba muriéndose, rodeado de mis hermanos, cabizbajos y carraspeando, en una estancia oscura que olía a humo de habano y agua de colonia. Pero la ciudad sólo se parecía a la mía en su contorno físico, como si la hubiesen fotografiado a vista de pájaro, desde un aeroplano; sólo su configuración recordaba la ciudad verdadera. Esa vez la miré con atención. Vi la antigua fuente y el roble que desde hacía siglos se erigía en medio de la plaza del mercado. Vi el gran campanario informe, de cinco pisos, el café y su mesa de billar, la cabeza de un actor calvo inclinándose, preocupado, sobre las bolas de marfil, con el taco en la mano y los ojos fijos y crueles. Sí, aquello era la ciudad, allí habían vivido mis antepasados. Y en el desván, en el arcón pintado de azul para guardar la leña, hubiera podido encontrar la linterna mágica con la que solíamos proyectar hermosos cuadros sobre la pared, y las obras de Boccaccio, con sus ilustraciones frívolas. Pero en el mercado se erguía ahora un obelisco que nunca había estado; la última vez que había visto aquel obelisco había sido en París, en el centro de la plaza

de la Concordia. Y más allá vi un puente de hierro que reconocí de inmediato: era el que está suspendido sobre la estación de Basilea. Delante del teatro daban vueltas las alas de un molino de viento parecido a los de las pinturas flamencas antiguas de la habitación de Emmanuel. Y sobre todo el conjunto se cerraba el manto de la noche de una manera tan inquietante como esa vez en Lyon en que una desconocida me dirigió la palabra en un café para contarme que odiaba a su marido y todas las noches se levantaba de la cama, se iba de puntillas a la cocina y planeaba su asesinato hasta que despuntaba el alba. Y vi la calle donde había vivido veinte años atrás, cuando era un estudiante en Heidelberg; estaba maravillado de que también formara parte de mi ciudad natal. Y el río, bordeado de álamos, desembocaba en el mar al final de la calle, y en la orilla vi a Edit, de pie, con su capa blanca, sonriendo con ojos miopes mientras me decía: "¿Usted no suele montar en bicicleta, señor Garren?" Entonces comprendí que todo aquello no era más que un sueño; una pesadilla, desde luego, y que no podía precipitar su fin. Mi ciudad había crecido de un modo inconcebible en los últimos veinte años; ahora tenía mar, obelisco e incluso a Edit... Nada de eso estaba allí antes. Al mirarla así, a vista de pájaro, su perímetro apenas parecía haberse extendido, pero si te acercabas se notaba enseguida que en los últimos veinte años se habían construido allí mil cosas nuevas. Y las montañas que enmarcaban la ciudad habían crecido de manera casi milagrosa; sus picos estaban cubiertos de nieve, igual que el Mont Blanc por encima de Chamonix. Hacía un año que había estado allí con Karola: se había dejado caer sobre la nieve diciendo que lo sentía mucho, pero era el Polo Sur y ella tenía una cita con sir Ernest Henry Shackleton. Miré angustiado a mi alrededor. Sabía que estaba soñando. A mi lado pasaban ciclistas; saludé al presidente de los Amigos de la Música, y el anciano caballero correspondió muy amablemente a mi saludo

con una mirada interrogadora. Caminé un poco, di la vuelta a la columna publicitaria, y me detuve ante el escaparate de una tienda de instrumentos musicales y admiré los violonchelos ventrudos y las trompetas con doble barbilla. Y fue como si todos aquellos instrumentos se pusieran a tocar; recuerdo incluso la música, una melodía popular. El sueño me acompañaba por dondequiera que fuera y se llenaba con los sonidos de aquella música. Entonces, muy lentamente, el sueño se desvanecía, pero al segundo se activaba. Era como entrar en un templo donde sonaba música sacra mientras el coro cantaba canciones populares. La iglesia estaba repleta de gente endomingada; los feligreses conversaban y reían con frivolidad, se comportaban de un modo indebido en un lugar tan solemne. El sol, como en una inundación, se derramaba a través del portal abierto sobre las losas de la iglesia; los ventanales brillaban con tonos vivos, como las ventanas de papel de color en los belenes de los niños cuando las ilumina la luz de una vela. ¡Qué ciudad más extraña!, pensé con inquietud. ¿Y allí debía volver yo ahora? ¿Qué tenía que hacer allí? ¿No había manera de aplazar este viaje? La vida hasta ese momento había sido bastante agradable en aquella casa que miraba al lago. Por las noches, la baronesa nos solía leer lo que había escrito durante el día, y hacia las once me iba a buscar a Edit, procurando que no se resfriara al salir del teatro, acalorada por el canto, en la noche fría y húmeda. A veces cenábamos en casa de Emmanuel y regresábamos a casa en barca cruzando el lago... Y en mi cuarto me esperaban libros que me había propuesto leer. Tal vez Karola hubiera vuelto por fin de su paseo misterioso. Algo me retenía y me encerraba allí como en una fortaleza de murallas gruesas y sólidas; raras veces bajamos el puente levadizo ante las vivencias del mundo. Y ahora era preciso abandonarlo todo y volver a aquella ciudad extraña y amedrentadora, donde las campanas tocaban a

difuntos y la iglesia estaba llena de gente que charlaba y reía en espera de algo. ¿Qué iba a ser de mí en aquella ciudad? ¿Por qué debía salir de los círculos seguros de mi vida actual y volver a aquella familiaridad nebulosa y temible de la que había renegado para siempre veinte años atrás?... ¿Quién me esperaba allí? ¿Mi padre? Pero no distinguía su rostro entre aquella muchedumbre; quizá ya había muerto y las campanas doblaban por él, proclamando su recuerdo con aquel tañido huero y de graznido. El gentío se disgregaba poco a poco; en la escalinata de la iglesia se veían señoras ataviadas con bonitos trajes de fiesta y caballeros elegantemente vestidos, con condecoraciones en el pecho y chisteras en la mano, como si salieran de una boda y la catedral hubiera sido escenario de un espectáculo agradable y alegre. Dos corazones se habían unido, el sacerdote les había hablado del amor eterno y un coche adornado con flores blancas los esperaba en la puerta; la novia repartía besos entre los familiares y el novio bajaba los peldaños alfombrados de rojo de la escalinata con ceremoniosa severidad, como quien ya se ha arrepentido pero aún no quiere confesarlo. ¿Qué buscaba yo en medio de aquella muchedumbre? ¿Qué clase de dolor o de felicidad ya olvidados? ¿Por qué tenía que regresar y abandonar todo aquello que atrofiaba el deseo que al menos yo creía atrofiado, aunque ya no me dolía... abandonar a Edit, a Karola, el dinero, el negocio de Emmanuel y mis grabados franceses? Tenía que hablar con alguien, tenía que volver allí y saldar un asunto pendiente; era imposible eludir más aquel encuentro. En ese instante salió del gentío un joven que se acercó a mí con lentitud y me puso la mano en el hombro. Tendría mi edad y parecía triste.

»—¿No me conoces? —me preguntó.

»Lo conocía, desde luego. Palidecí y murmuré algo.

»—¿Eres Ábel? —pregunté con la cabeza gacha.

»—Sí —dijo él en voz baja, y me cogió por el brazo—. Ven aquí... ¿Creías que podrías marcharte para siempre? —me preguntó entre taciturno e irónico—. No estaría mal... Pero las cosas no se consiguen pagando un precio tan bajo.

»Atravesamos la plaza del mercado en dirección al viejo caserón. Bajo el portal reconocí el rótulo de médico del padre de Ábel.

»—¿Qué es lo que no nos dan a un precio tan bajo? —le pregunté nervioso, y desasí mi brazo del suyo—. ¿Por qué me has llamado para que volviera? ¿Verdad que fuiste tú quien le dijo a Anna que me escribiese? ¿Qué queréis de mí?

»Estaba pálido como la cera y me temblaba la voz. Me daba cuenta de que acababa de ocurrir lo inaplazable: a lo mejor había caído en una emboscada y ahora tenía que prestar mucha atención, tener sumo cuidado con cada palabra, cada gesto.

»—¿De ti? —me preguntó a su vez Ábel, asombrado, y con esa voz cantarina con que solía hablar cuando éramos niños.

»Y luego miró a su alrededor como si se despertase de un sueño. Su cabello aún era sedoso y rubio; su traje azul marino se veía usado y le iba pequeño, como la ropa de los caballeros venidos a menos que se avergüenzan de su pobreza; sobre sus hombros había caído la nieve de la caspa. Tenía un aspecto extrañamente descuidado, como un aristócrata fugitivo que hubiera dejado atrás un castillo destartalado y llevase un tiempo durmiendo en desvanes o entre montones de paja. Entonces Ábel me miró orgulloso y malhumorado.

»—No quiero absolutamente nada de ti —dijo con lentitud, como si meditara cada palabra—. Te fugaste hace veinte años y ahora has vuelto: llega un día en que todos vuelven y entonces tienen que dar explicaciones. En aquella época nosotros jugábamos —añadió con voz todavía más baja, en un tono tan triste y acusador que me hizo llorar—. Pero tú huiste ante el juego. Los disfraces nos van pequeños. ¡Ven! —añadió con

decisión, y me cogió de la mano.

»La puerta se abrió y entramos en el patio del viejo caserón. En aquel momento todo volvió a oscurecerse a nuestro alrededor. Atravesamos un corredor húmedo y sombrío. Notaba el apretón de la mano de Ábel, pero no podía ver nada de nada.

»—¡Ábel, tengo miedo! —grité en las tinieblas.

»Pero nadie me contestó. Luego salió de la nada una voz femenina; al principio creí que me llamaba mi madre, más adelante me enteré de que aquella voz cálida y serena era de Judit. Así se inició la segunda etapa de mi vida, la madurez viril. Con el tiempo comprendí que esa noche, frente al cartel, había descendido en sueños a una especie de mundo subterráneo; me había sumergido otra vez en los callejones de esa ciudad tan familiar como amedrentadora porque allí había olvidado algo y no había contestado cuando tocaba a una pregunta. Entonces volví en mí. Rompí a llorar en medio de la calle y me metí rápidamente bajo un portal, donde me sequé las lágrimas. Ya era capaz de llorar e incluso de sentir dolor. Me puse a andar y el viento que azotaba las calles me secaba las mejillas. Desde el umbral de la puerta del jardín vi a Emmanuel y a los dos músicos dirigiéndose a mi casa por el sendero del jardín. Ya no les tenía miedo. Sentía el contacto de la mano de Ábel, ya estaba de camino a casa». Éste era el sueño que Péter explicó dos veces: una a Judit y otra al obispo János.

Emmanuel

Péter llegó a la puerta de su casa, se detuvo en el umbral y entonces vio a Emmanuel y a los músicos. El más joven, el violinista, sostenía con desgana su instrumento, como si lo

arrastrase tras de sí, agarrando el delgado mástil del violín y meciéndolo como el cazador mece el ánade abatido en el aire. El otro llevaba ceremoniosamente su flauta bajo el brazo y cada vez que daba un paso miraba en torno a él, como quien teme una conspiración. El flautista ya tenía cierta edad. Emmanuel lo había rescatado de la orquesta de un circo ambulante, donde no sabían apreciar su talento, tan sólo lo tenían por caridad y debía dormir en los establos, cerca de la jaula del oso, sobre las mantas de los caballos. A veces se olvidaba de su papel en plena función y soltaba de repente unos trinos alegres que imitaban a los pájaros, o una melodía inesperada, dulzona y nostálgica a cuyo son los caballos bailadores perdían el paso y los mapaches se ponían a dar gritos quejumbrosos. Emmanuel pagó doscientos francos al director del circo por el flautista. Se lo llevó e hizo que le arreglaran una vivienda bonita y cómoda en el pabellón del jardín, una especie de piso de soltera. También le compró ropa, una respetable levita negra con pantalón rayado, pero Josua —así se llamaba el músico— prefería ponerse la túnica de seda verde, bordada en oro, que era el uniforme de la orquesta del circo. Siempre que debía salir a la calle en compañía de Emmanuel llevaba la túnica verde bajo la levita negra, como un conspirador que llevase oculta la insignia que deberá mostrar cuando todo el mundo se ponga a dar gritos y los invitados se retuerzan las manos desesperados corriendo en dirección al teléfono. El viejo músico tenía modales distinguidos y hablaba con giros corteses y rebuscados. Emmanuel lo llamaba «maestro». En el cuarteto cometía las mismas faltas que lo hacían tan difícil de seguir en la orquesta del circo: se olvidaba de la pieza que estaban tocando, interrumpía groseramente, hacía un sonido estridente con la flauta, o se ponía a refunfuñar malhumorado, como si en ese preciso instante hubiera recordado una ofensa insoportable y necesitara explicarla de inmediato, aunque el mundo se

estuviera derrumbando, en pleno movimiento de una sonata de Mozart. En esas ocasiones los otros tres músicos dejaban de tocar educadamente y esperaban a que recobrase el conocimiento. Emmanuel daba ejemplo de paciencia y condescendencia. Los desquiciamientos de Josua duraban poco. Él mismo acababa por darse cuenta de que pronunciaba un discurso en el vacío; los otros miembros del cuarteto miraban cabizbajos las partituras, como si estuvieran turbados, y acariciaban sus instrumentos. Entonces, enseguida, como pidiendo perdón, tocaba tres o cuatro notas muy suaves y muy púdicas con su flauta, siempre las mismas, la peculiar música de su carácter y su ser, y que en su idioma particular significaba: «Estoy avergonzado, no puedo evitarlo, perdonadme». Cuando terminaba aquella melodía breve, «el perdón de Josua», todos respiraban aliviados; los músicos sonreían y, sin mirarse, seguían tocando la pieza por donde la habían interrumpido en el momento del desquiciamiento de Josua. Luego Emmanuel solía llamar al músico rebelde a un rincón del salón y lo reprendía amigablemente. Siempre le soltaba la misma monserga:

—Debe calmarse, Josua —le decía en voz baja y amable—. Ahora está usted en un puerto seguro. En mi casa tiene usted un hogar. Ya nadie va a obligarlo a interpretar marchas de caballería. Podrá usted consagrar el resto de su vida a la música pura.

—Es poco —contestaba Josua con humildad y rechinando los dientes. Movía la cabeza, pero nunca decía lo que era ese «más» que anhelaba y cuya falta lo torturaba de manera tan insoportable que en medio de un movimiento se sublevaba y comenzaba a tocar trinos.

Emmanuel lo trataba con ternura, como a un ciervo domesticado que si bien acepta el pan salado que se le ofrece en la palma de la mano no puede evitar de vez en cuando

precipitarse contra la valla y romperse la cornamenta. Era inconcebible soltar a Josua, el ciervo prisionero, otra vez. En su mirada había algo melancólico e inquisitivo, como en la de los animales salvajes que están en cautividad. En ese preciso instante Emmanuel, que lo acompañaba a casa, le estaba poniendo delicadamente la mano encima del hombro. No hablaban, pero la actitud con que Josua sometía su hombro a la caricia de Emmanuel era tan humilde, tan emocionante e impotente, que Péter se paró delante de la puerta y los siguió con la mirada. Al ver esa escena, Péter volvía a sentir con intensidad el secreto de Emmanuel. Ese hombre habría querido ser bueno. Sus barcos surcaban los mares; en sus fábricas, bajo una tenue luz verde, trabajaban día y noche turnos de obreros; producía gases para la guerra y vendía agua de colonia; en la capital se publicaban libros y periódicos que popularizaban sus ideas. Mantenía a mujeres jóvenes, a escritores viejos y a organizaciones benéficas; pagaba a investigadores que se inclinaban sobre planos y probetas en los laboratorios de ciudades extranjeras y hasta el fin de sus días soñaban y hacían experimentos sólo para Emmanuel. Compraba cerebros, facultades extrañas que a lo mejor no eran más que el resultado de alguna función glandular extraordinaria o morbosa; compraba cuerpos hermosos, a un tanto alzado, y se reservaba para ciertos momentos la voz o la mirada de una persona. Sobre su mesa de trabajo siempre había un libro, un verdadero mamotreto, que daba cuenta y enumeraba las «obras» de Emmanuel; en aquel libro, especie de guía de nombres y direcciones, figuraban todos los talleres y conservatorios de música que Emmanuel había fundado a lo largo de su vida. Allí había de todo: un café concierto en Veracruz que un día casualmente había pasado a ser propiedad de Emmanuel después de la subasta de una mina de cobre; el hospital de Hamburgo, donde los enfermos gemían y morían en las camas

de Emmanuel, soñando bajo el efecto de sus inyecciones de morfina, y que, ante el temblor de la muerte, o cuando era preciso cerrar sus párpados, eran asistidos por uno de los sacerdotes que él mismo les enviaba. Emmanuel, fundador de empresas siderúrgicas que fabricaban acero y fundían cañones, era a su vez presidente de esa asociación de pacifistas que existe en toda ciudad que se precie con el objetivo de unir en la resistencia a las personas inteligentes, pacíficas y concienzudas. Y al mismo tiempo entregaba cantidades ingentes de dinero al poderoso partido político que propugnaba la guerra y quería reparar, con las armas en la mano, lo que según los dirigentes de dicho partido había sido consecuencia de la dejadez criminal de la generación anterior. Emmanuel poseía grandes almacenes y teatros. Contrató a un príncipe de una dinastía meridional destronada y le compró el que había sido el palacio real de la antigua capital. No obstante, él prefería dormir en las oficinas de su sede central, en el sofá —que la mayoría de las veces ni siquiera le preparaban como cama— o en una habitación de hotel. En este segundo caso, lo decidía en el último momento, de forma repentina, y obligaba a su ayuda de cámara a buscarlo, a veces durante varios días, llamando por teléfono a todas partes, hasta que descubría dónde se hospedaba y podía llevarle la muda.

Con respecto a la fortuna de Emmanuel, circulaban las noticias más curiosas y contradictorias. De vez en cuando corría el rumor de que estaba arruinado, y entonces las acciones de las empresas detrás de las cuales se sospechaba que estaba la mano de Emmanuel sufrían una caída vertical en la Bolsa. Él estaba enterado de todo lo relativo a sus «obras», y de manera constante daba instrucciones y tomaba notas, a veces en los márgenes del periódico; sabía cuándo el gerente de una de sus compañías navieras había sido ascendido; daba personalmente las directrices a su banquero, cuando la

dirección de una de sus empresas acordaba indemnizar a un empleado despedido; y al mismo tiempo, como de paso, daba órdenes para que se donasen cinco u ocho millones al partido belicista con fines organizativos. No era liberal ni tacaño. Durante mucho tiempo, Péter lo había creído varonil y calmoso. Miraba al dinero de frente, pestañeando, como si mirase una luz fuerte y cegadora. Aunque habían caído gobiernos por oponerse a Emmanuel y sus aliados, él era capaz de abandonar grandes proyectos nacionales o internacionales por la sencilla razón de que algún favorito suyo, un filósofo o una amante, no estaba conforme con la empresa en cuestión. La expresión de su rostro era tranquila; su mirada, atenta y siempre adecuada a la conversación. Acostumbraba a llevar americanas largas cruzadas y en tonos oscuros, como si tuviera la intención de ir a la iglesia o a alguna fiesta oficial. Y sus complementos mezclaban detalles de la indumentaria eclesiástica y la mundana: llevaba el cuello alto y almidonado y pajarita negra y ya anudada. Su modo de vestir producía al mismo tiempo un efecto de dejadez y solemnidad. Aunque sólo pisaba la calle cuando bajaba de su automóvil, sus zapatos estaban siempre cubiertos de polvo. Era bajo, pero su busto poderoso; el pecho ancho y el rostro barbudo como un chow-chow creaban, cuando se paraba de golpe en medio de la habitación, con las piernas abiertas y las manos en la cintura, el espejismo de cierta grandeza física intencionadamente disimulada. Hablaba con acento provinciano, pronunciando mucho las vocales, alargándolas, como sus antepasados artesanos de Franconia. Caminaba cojeando, como si tuviera que reunir fuerzas para dar cada paso, porque su perro favorito lo había mordido hacía tiempo en el tobillo. Era un perro lobo al que siempre dio de comer él mismo y que solía dormir con él en la misma cama. El perro no soportaba la bondad de Emmanuel y por eso lo había mordido. Emmanuel ahogó al

perro con sus propias manos y, acto seguido, salió de viaje y durante meses no dio señales de vida. Al regresar se compró otro perro lobo, contrató más personal, fundó hospitales, academias de pintura y fundiciones de cobre y subió el sueldo a sus colaboradores más cercanos. Fue entonces cuando le regaló a Péter la casa que ocupaba ahora con Edit. Desde la mordedura del perro, Emmanuel caminaba cojeando, pero se negaba, por orgullo, a usar bastón.

Edit fue la primera en decir que aquel perro había mordido a Emmanuel porque no podía soportar más su bondad. Péter, más adelante, llegó a convencerse de la justeza absoluta de su afirmación. La bondad de Emmanuel era insoportable; en esa tendencia suya a ser bueno había algo de «diletante», desesperado, insensato y enloquecedor. Emmanuel procuraba ser bueno como un señor inmensamente rico que quiere escribir o cantar por afición. No es que le faltase talento para la bondad, sino que ésta carecía de ese algo especial que hace que el perito exclame: «¡Éste es un artista auténtico, genuino!» A veces Emmanuel lograba ser bueno como una persona bondadosa de verdad. Regalaba flores y dinero a todo el mundo. Tanto en invierno como en verano, sobre su mesa de la sede central había rosas y lirios en jarrones enormes de cristal de roca, y la caja pequeña de caudales estaba siempre abierta cerca de su mano, llena de billetes grandes. Nunca dejaba que sus visitas o sus empleados se marcharan con las manos vacías: daba rosas o lirios a los hombres y dinero a las mujeres. Siempre sonreía con melancolía y un tanto turbado. Anhelaba la bondad como una persona de mucho talento, culta e instruida anhelaría el éxtasis de la creación. A veces Péter bromeaba y lo acusaba de recibir clases de bondad a escondidas, impartidas por unos maestros excelentes que él mismo había contratado, unos pensadores diletantes, o por algún san Francisco de Asís que vagara de incógnito por esos

mundos de Dios. En su actitud había visos del misionero que ha perdido la fe en secreto y teme constantemente que los feligreses salvajes adivinen su traición y lo lapiden. Péter conversaba a menudo con Edit acerca de la «bondad» de Emmanuel. No era verdad, le decía, que Emmanuel careciera de talento para la bondad; ansiaba ser bueno con la ambición desmedida de los diletantes, una ambición capaz de pulverizar rocas. Como el cantante dotado de una garganta excelente que ha estudiado mucho y tomado clases con los mejores maestros, practicando a diario durante horas, que conoce el estilo y hasta el más mínimo truco de los artistas más excepcionales y que en general lo sabe todo, pues ha aprendido todo cuanto pueda necesitar —respira según las reglas clásicas, hace gorgoritos en los pasajes adecuados, e incluso sus ademanes son seguros y teatrales—, pero que en el momento de la verdad, delante del público, nota la garganta seca y, desesperado, se da cuenta de que el talento no basta y el saber es superfluo y de que le hace falta un algo especial que no se puede comprar ni aprender, ese duende que convierte al simple aficionado en un artista profesional de igual valor que los demás. Ese algo es lo que le faltaba a Emmanuel. «A veces ejerce bastante bien la bondad, pero nunca llegará a ser un verdadero profesional», decía Péter, meditabundo.

Emmanuel cruzaba en ese momento el jardín a paso lento, tocando con su mano floja y cansada el hombro del viejo flautista. «Un día Josua o el fraile franciscano lo despedazarán. Lo despedazarán, como si se hubiera puesto a jugar con pumas domesticados», pensó Péter. Hacía años que Emmanuel vivía rodeado de músicos. Él mismo tocaba varios instrumentos, y aunque no lo hacía mal, a los músicos no les gustaba que se mezclara con ellos. En un alarde de franqueza le habían dicho que cuando él participaba perdían espontaneidad, que tocaba con actitud de estudiante de matrícula de honor: siempre

atento a no soslayar ni un punto ni una coma del texto que se había aprendido. Emmanuel tocaba muy bien, pero nadie sabía en qué estaba pensando mientras lo hacía. Los músicos solían pensar en su familia, o en el plazo de un crédito que tenían que pagar, pero, mientras tanto, como quien respira, pensaban también en la música. Emmanuel, en cambio, siempre parecía estar pensando en otra cosa. Su mano sostenía con total seguridad el arco, sus manos arrancaban con precisión los sonidos del instrumento, con el pie marcaba silenciosamente el ritmo en el suelo. Sin embargo, a veces, en medio de algún que otro *allegro*, tiraba el violín, y en el silencio agrio y ofendido que seguía a su brote de violencia —una vez apagado el rumor temeroso, como si el cristal de la música se hubiera caído y roto en mil pedazos, y seguido por la mirada soñadora y profesionalmente embriagada de los músicos—, Emmanuel se dirigía a su secretario: «¡Pida conferencia con Fráncfort!» Y luego hacía el ademán de que la orquesta podía retirarse. «Un día lo despedazarán», pensaba Péter. A veces Emmanuel se hacía despertar con música. En otras ocasiones, cuando realizaba transacciones comerciales complicadas, o estaba pasando el rato en compañía de alguno de sus favoritos o favoritas, también llamaba a los músicos, que se colocaban en la habitación contigua y tocaban una música suave, de fondo. «¡Es un nuevo rico!», decía Edit, y se encogía de hombros. Pero Emmanuel no se rendía a tan bajo precio.

También esta vez Emmanuel estaba llevando música a su casa. Se encaminaba por el sendero del jardín a la vivienda que ocupaba Péter con Edit y la baronesa; cruzaba ese jardín donde cada rosal, cada arriate y cada surtidor eran regalo suyo. Péter era perfectamente consciente de que Emmanuel también lo había comprado a él, de la misma forma y con igual finalidad que había comprado a Josua por doscientos francos. Aquella noche Péter se había sentado en un rincón de un salón burgués,

en el diván de felpa, bajo la habitual palmera cubierta de polvo. No tenía la menor intención de ganar dinero, no quería elegir una carrera u oficio, no quería más que vivir sin dejar rastro en el mundo, admirarse y esperar que un día algo comenzara a sonar en su alma y a su alrededor. Entonces, sin más, cesaría la tristeza que le venía torturando desde su infancia. De día se dedicaba a catalogar una biblioteca particular; por la noche asistía a reuniones en los salones de la burguesía, donde los hombres bebían cerveza y las mujeres conversaban de literatura moderna y de lo execrable que era esa nueva modalidad de atentado que consistía en infectar ciertas regiones del país con la sangre de soldados extranjeros y de piel oscura. Emmanuel se había acercado a él en uno de aquellos salones. Eso había ocurrido diez años atrás, un miércoles por la noche, después de Pascua Florida.

—Venga conmigo —dijo Emmanuel con amabilidad, y con la punta de los dedos le tocó el hombro.

En la estancia contigua sonaba un gramófono y las parejas bailaban, pero todo el mundo estaba pendiente de ellos. Péter levantó la mirada hacia el desconocido y su primera impresión fue que tenía delante a un misionero tenaz que había colgado los hábitos. También aquella noche Emmanuel lucía su chaqueta negra y larga, y parecía especialmente solemne.

—Trabajará usted conmigo —dijo Emmanuel en voz baja—. Vivirá cerca de mí y aprenderá el oficio.

—¿Qué oficio? —preguntó Péter, sin perder la serenidad ni mostrarse demasiado sorprendido.

Emmanuel lo cogió del brazo. Le preguntó su nombre de pila y enseguida lo llamó por él, como si fuera un pariente más mayor que hubiese vivido mucho tiempo en el extranjero y que ahora por fin reaparecía y se proponía hacer algo por los miembros más jóvenes y descarriados de la familia.

—Será comerciante —le dijo Emmanuel—. ¿Le extraña? ¿No

entiende de comercio? —Se reía y se acariciaba la barba—. Un comerciante es aquel que hace llegar algo a los hombres —continuó con superioridad, pero familiarmente—. Los seres humanos son solitarios y anhelan cosas. El buen comerciante llena la soledad de la gente con toda clase de objetos, corrientes o lujosos, ilusiones y deseos. Necesito vendedores —dijo con un tono un poco más serio y hasta severo— capaces de identificarse con esa sensación de vacío y anhelo. En Dakar viven un hombre que busca un fogón económico y una mujer que necesita poesía, espejismos de un país nórdico, impermeables o libros de oraciones. Espero que usted me comprenda. El buen comerciante les hace llegar a los hombres cosas con las que ni se habrían atrevido a soñar, aquellas que apartan de sí de forma compulsiva, aquellas que anhelan con tal ardor que antes prefieren renunciar a ellas. Sepa usted, en efecto, que los hombres tenemos miedo de nuestros deseos; por eso necesito a un comerciante que intuya los deseos secretos de los hombres y sea capaz de tentarlos para que se atrevan a querer cosas a pesar de su pereza, cobardía e impotencia. He oído hablar de usted —añadió como de pasada, cortés y con actitud distraída—. Mañana vaya a verme. Ya lo aprenderá. ¿Contabilidad? —preguntó sonriendo—. No, le ruego que la contabilidad se la deje a los demás. Usted sólo deberá escoger la mercancía, una parte al menos; nuestros almacenes son abundantísimos y poseen una variedad infinita de cosas. En mis almacenes usted encontrará todo lo que en el mundo visible se puede vender, toda clase de artículos comerciales: paraguas, libros, prensas para uvas; energía humana o animal; máquinas que facilitan y simplifican la vida de una forma indecible, e ideas que hacen dudar a los perezosos, incluso si ya se habían resignado y creían que nada podía ser de otro modo aparte de como ellos se han acostumbrado a vivir y tal como lo imaginan. El buen comerciante está continuamente atento y al acecho.

Los humanos traicionan a veces sus deseos y cuando eso sucede hay que correr detrás de ellos con la mercancía, por ejemplo con un paisaje africano o unos chanclos de color blanco. Hay que reorganizar el consumo en general —observó con aire preocupado, como si estuviera discutiendo consigo mismo, y con su mano blanda se atusaba con nerviosismo la barba cuadrada, lacia y en algunos puntos irregular, con pelos más largos y desgreñados.

Pasaron a la sala de al lado y Péter se percató de que los seguían las miradas humildes y hostiles de los señores de la casa y los invitados. En el círculo de Emmanuel, donde se esperaba siempre una revelación, no les hubiera sorprendido lo más mínimo si después de cenar el industrial hubiese pedido un carro ígneo para volar hacia las nubes en compañía de Péter.

—El consumo —continuó Emmanuel en la otra sala, más fresca y sombría— necesita que alguien lo organice. Sospecho que el buen comerciante desapareció de la tierra hace varios centenares de miles de años; llamo «buen comerciante» a aquel que es capaz de hacer llegar a los hombres todo cuanto haya en los almacenes. Imagínese a un fabricante —dijo en voz baja, con pasión, y su aliento cálido llegó al rostro de Péter, como si una mano inexperta hubiera abierto la portezuela de una caldera—, a un fabricante que ha pensado en todo, en lo útil y práctico, también en lo superfluo, e incluso en lo inmoral; un fabricante que no ignora que la gente, todos aquellos a los que las circulares y los prospectos de mi empresa designan irónicamente como «respetable público», ansían con la misma intensidad la virtud y el vicio. En fin, el fabricante lo tiene todo dispuesto en almacenes para ellos, la enfermedad y la casa familiar con terraza protegida con una lona contra el sol, todo cuanto pueda excitar sus intestinos y su imaginación, y de vez en cuando les organiza viajes larguísimos de recreo, viajes en grupo, inolvidables, porque una de las secciones de sus grandes

almacenes se ocupa también de esto; organiza casamientos y entierros, vende patíbulos y medicinas. Las existencias son variadísimas y abundantes. Usted ni siquiera puede sospechar la diversidad de matices y su finura. ¡Que consuman! —dijo en voz baja y apasionada—. ¡Que consuman a crédito; ya pagarán; si no ellos, sus hijos y sus nietos, durante siete generaciones! — Emmanuel soltó una risita maligna, extraña y de suficiencia, como de anciano.

Péter sintió un escalofrío al oírla. «Es como si se echara a reír una roca», pensó. Emmanuel le dijo entonces su nombre. Se presentó en voz baja, sin darle importancia, y cambió de conversación. Péter se detuvo, lo miró con atención y levantó una mano.

—Perdóneme usted —le dijo—. ¿De modo que es usted? — Como si alguien le hubiese dicho: Soy Venecia, o el Kilimanjaro... Emmanuel sonreía con suficiencia—. ¡Pero yo soy incapaz de vender su mercancía! —añadió Péter, con desánimo e inquietud.

—Será suficiente con que dé forma a sus deseos —contestó Emmanuel, con cortesía y voz condescendiente, como para animarlo—. El buen comerciante siempre es bueno proyectando. Le daré toda una sección, con empleados y mecanógrafas, y usted podrá hacer planes y proyectos a su manera. No se preocupe por la ejecución. Su único trabajo será formular lo que piensa acerca de la vida, lo que usted quisiera para sí mismo, lo que hay en común entre usted y los demás. El resto corre de mi cuenta. Y se lo ruego, haga el favor de redactarlo todo en estilo llano, preciso, comercial. Usted es comerciante; recuerde bien mis palabras: comerciante, de los pies a la cabeza. Lo demás déjemelo a mí y a mi empresa. Así que mañana, en mi hotel... Ya fijaremos las condiciones.

Al acabar, Emmanuel se dio la vuelta de golpe y dejó a Péter plantado en medio de la sala vacía, en la penumbra,

arreglándose sus quevedos, que llevaba sujetos a un hilo negro, sin pestañear, como si lo hubieran zaherido de algún modo, con expresión severa. Luego volvió a mezclarse con las parejas que bailaban. «¡Qué tipejo! ¿Y qué pretende con esa teoría suya tan confusa de que todo el mundo está esperando la mercancía y es preciso organizar el consumo? Sin duda estaba bromeando. ¡Oh, esos ricos...!», pensó Péter, negando con la cabeza; sonrió turbado y siguió con paso vacilante. «Sin embargo, es él», se dijo. Y tuvo miedo. Se detuvo en el umbral, como avergonzado, como si en el baile se hubiese retirado a un rincón sombrío para galantear a una dama, mientras los demás se contentaban inocentemente con beber limonada natural, o divertirse y bailar en los salones. Notaba que lo miraban con curiosidad. Un poco turbado se retiró junto a una cortina, con las orejas ruborizadas, como si lo hubiesen atrapado in fraganti haciendo algo. En aquel momento a Péter le habría parecido natural que la señora de la casa no correspondiese a su saludo, y no le habría sorprendido si el señor se hubiera acercado a él y lo hubiera invitado a acompañarlo, para hacerse a un lado, con esa cortesía que hiela la sangre en las venas, y rogarle que a partir de entonces hiciese el favor de no volver a su casa. Sin embargo, las miradas que pudo interceptar lo saludaban con timidez y reflejaban más bien el respeto untuoso y asombrado de los invitados, como si Emmanuel acabase de colgar del cuello de Péter la encomienda de una importante condecoración extranjera. Todo el mundo lo miraba con curiosidad. Las señoras intercambiaban susurros tras sus abanicos; las jóvenes y sus madres, vestidas de negro, con ropa pasada de moda o de aspecto provinciano, y luciendo unos adornos en la cabeza que le recordaban los plumajes de los caballos de los carruajes fúnebres, le lanzaban miradas calculadoras sin siquiera esforzarse en disimular el ofrecimiento descarado. «¡De modo que es él! No, es

imposible... ¿Cómo no lo he reconocido nada más entrar?», pensó Péter, que sentía cómo sus manos y sus pies se enfriaban; jamás en su vida había sentido una vergüenza tan grande. Péter intentaba recordar cuándo había visto a Emmanuel por primera vez, sentado en el lugar de honor del salón, en una butaca, en medio de caballeros corpulentos y solemnes. Y se dio cuenta con asombro de que en realidad había sabido de Emmanuel desde que había llegado; todo el rato había sentido su presencia en aquella habitación, su respiración en la atmósfera, pero no se había atrevido a mirar en su dirección. De hecho, había sonreído y charlado lo justo, y luego se había retirado a un rincón apartado de la sala. Todo para no tener que sentir la presencia de aquel hombre barbudo, con quevedos y un poco dejado. «He visto su fotografía en todos los periódicos, y durante bastante tiempo, desde todas las paredes de la ciudad, este mismo rostro barbudo miraba al mundo y me señalaba con el índice para invitarme a formar, precisamente a mí, en las filas de su partido y a jurarle fidelidad. Pero yo no he hecho nada para conocerlo...», pensaba Péter, mientras su angustia iba en aumento. Aquellos carteles habían aparecido en las calles durante la campaña electoral —Emmanuel había fundado y apoyado, tanto con dinero como con su presencia, el partido belicista—, y se habían quedado allí mucho tiempo, como olvidados. «Es imposible. ¿Qué podría hacer para él?», se preguntó Péter con un enfado repentino. Sentía náuseas; nunca se había sentido tan avergonzado, con una intensidad tan asquerosa y nauseabunda. «Uno no puede servir a alguien que lo ha invitado a hacerlo desde las fachadas de las casas. Uno no puede querer a una mujer que se ofrece en papel *offset*, a tres tintas, desde carteles demasiado grandes; uno no puede usar un dentífrico que grita su nombre en todas las esquinas, ni leer libros de escritores que trabajan al mismo tiempo para los departamentos de publicidad de marcas de cerveza. En fin, uno

todavía tiene cierta dignidad. Nunca trabajaría en el negocio de Emmanuel... Además, en ese negocio todos pierden un poco, no sólo los compradores sino también los empleados y los obreros». Péter volvió a su casa; se durmió atenazado por la inquietud. Al despuntar el alba se despertó empapado de sudor frío. Veía el nombre de Emmanuel sobre los edificios de grandes almacenes y compañías navieras, aquel nombre cruel y rotundo que carteles de anuncios luminosos propagaban por todo el continente, aquel nombre que el viajero leía en el rótulo de un puesto de gasolina al mirar por la ventanilla del tren y el aviador escribía con letras de humo en el cielo. Los moribundos pensaban en Emmanuel, para bendecirlo o maldecir sus huesos; las madres lo mencionaban en sus plegarias, depositando en sus manos el destino del recién nacido; los enamorados se besaban en las casas que le habían alquilado y se lavaban con su jabón. No pasaba un día ni daban una hora los relojes sin que cien o mil personas aprendieran el nombre de Emmanuel. «¿Qué debe de sentir cuando se encuentra a solas?», se preguntó Péter sentándose en la cama. Se cruzó de brazos y miró severamente el amanecer. En la habitación había prendas de ropa que tal vez habían sido confeccionadas en fábricas de Emmanuel y encima de la mesa, periódicos y libros impresos por orden suya. Pensó con tristeza: «Es imposible escapar de él. Interfiere en mi vida, adondequiera que vaya. El mundo entero es suyo; somos esclavos de unos cuantos Emmanueles. Éste se comporta de forma un poco excéntrica, como si fuera una actriz, pero hay otros Emmanueles más discretos y anónimos, un par de centenares de Emmanueles. En este momento hay un barco navegando rumbo a Sumatra cargado de criados chinos que, tumbados en silencio, en la atmósfera cálida y pesada de a bordo, se dirigen hacia los pantanos y selvas vírgenes de algún Emmanuel, un Emmanuel anónimo y vergonzante, al que se

entregan en cuerpo y alma sin siquiera saber su nombre... Mañana me dejaré emocionar, o me sublevaré, o subiré al cadalso, porque él lo quiere así... Él, u otro Emmanuel. Alejandro Magno jamás fue tan poderoso. Tampoco César. Los de ahora son casi tan despersonalizados como el destino». ¿Desde cuándo conocía el nombre de Emmanuel? Tenía la sensación de haberlo aprendido ya en la cuna.

Al día siguiente se presentó en el hotel sobre las doce. Emmanuel lo recibió al momento. Fue muy amable y parecía más descuidado y dejado que la noche anterior; se quejaba de un fuerte dolor de cabeza. Le rogó que lo acompañase en coche a las afueras de la ciudad, donde tenía que inspeccionar un nuevo campo de aviación. Péter esperaba encontrarse una legión de secretarios y guardias de corps revoloteando alrededor de Emmanuel; un teléfono sonando sin parar en su despacho, una mesa llena de cables y telegramas escritos por anónimos potentados del mundo que reclamaban al poderosísimo empresario... Pero allí reinaba el caos y un silencio absoluto. El conserje le había dicho sin vacilar la planta y el número de habitación. «Suba usted directamente y llame a la puerta, a estas horas ya está despierto», le había susurrado el hombre con tono confidencial. Le había contestado una voz soñolienta. Emmanuel estaba sentado en un sillón al lado de la cama, vestido con un pijama arrugado y aspecto decaído. Se notaba en la estancia un olor agrio, a humedad, como si se hubiera calentado cola durante la noche. Ni siquiera el aroma de las flores ahogaba aquel tufo desagradable. Porque lo que más había sorprendido a Péter al entrar, y le había llamado la atención sobre el carácter peculiar de la entrevista, era la gran cantidad de flores, especialmente variada y abundante, repartidas por la habitación. Se veían jarrones de flores por todas partes; los lirios, las rosas y las lilas de invernadero estaban agrupados en verdaderas matas y había

florecillas modestas y silvestres, de primavera, desparramadas por la mesa, el suelo, sobre el armario... Pero no como si fuera la suite de una actriz o de un tenor famoso la mañana siguiente de su presentación en una ciudad de provincias. Péter jamás había visto en el cuarto de un hombre tal despliegue ni tanta diversidad. «Con semejante cantidad de flores y ramos sólo se inunda a los muertos célebres», pensó. Los ataúdes de los prohombres siempre se cubren de rosas y coronas coloridas que parecen de cera. Emmanuel había cubierto de flores todos los muebles de su habitación, incluso la alfombra, el suelo y los lados de la cama. El lecho vacío, coronado de flores, como un catafalco desordenado del que acabaran de quitar el ataúd. Péter se detuvo en la puerta, asustado. «¡Qué panorama! ¿Qué ocurre conmigo? Aquí tendré que vivir de ahora en adelante», pensó. Emmanuel estaba derrumbado en el sillón, como quien acaba de enterarse de una desgracia.

—Sí, sí —dijo con voz débil, como si pidiera perdón—. Es usted. Haga el favor de entrar. Aquí, frente a mí. —Extendió el brazo y barrió con él las rosas de una silla—. No se preocupe; yo no puedo vivir de otra forma. Necesito música y flores en todas partes, a todas las horas del día.

Sus últimas palabras apenas habían sido audibles, y tras pronunciarlas se calló. Viendo a Emmanuel melancólico y acurrucado en la penumbra de su cuarto, Péter sin querer se vio dudando de la importancia de sus negocios. Aquel hombre parecía un financiero arruinado en su última mañana —minutos antes de su detención o su suicidio—, en esos momentos en los que piensa en la mansión en el campo adonde habría podido retirarse a tiempo con su familia y se da cuenta desesperado de que todo ha sido en vano y que inevitablemente se descubrirá su secreto...

—Por favor —dijo Péter—, si puedo ayudarlo en algo...

Más adelante se darían situaciones parecidas y Péter siempre

haría lo mismo: se metía la mano en el bolsillo de forma automática, como si pudiera salvar a Emmanuel dándole una limosna. El empresario no parecía sorprenderse ante ese ademán. Estaba muy acostumbrado a que la gente pagara por él; todos, siempre, hasta los más pobres. Cada vez que acompañaba a Emmanuel, Péter acababa involucrado en un rescate involuntario; no hubo entrevista en que no se viera obligado a gastar dinero por su jefe. Emmanuel odiaba con toda su alma el contacto directo con el dinero. A veces, en una ciudad extranjera, de pronto se paraba en la calle para comprar algo; regateaba, se entusiasmaba y, por último, se daba cuenta de que «no tenía cambio» y no podía pagar el taxi o el objeto que pensaba adquirir. Entonces miraba de reojo, con astuta y fingida timidez, a su compañero de viaje y le decía: «Por favor, páguelo usted». Emmanuel jamás devolvía ese dinero; le gustaba sobremanera que sus empleados gastasen por él. Ellos no solían hablar de eso, pero procuraban evitar en lo posible su costosa compañía. Si el amo les regalaba una casa o una lancha, luego se cogía otra cosa a cambio, cualquiera, o apuntaba en la ficha del trabajador una mala nota, aunque fuese inmerecida, o bien daba la orden de que no le abonasen las horas extraordinarias a fin de mes. Emmanuel quería ser bueno, pero en el último momento su mano le desobedecía. A veces daba más de lo merecido y lícito, y el favorecido con su regalo se inclinaba ante él, turbado y mortificado, como intuyendo que algo no estaba en orden y que probablemente iba a ser despreciado por cualquier tontería, o le estaban preparando una trampa. Emmanuel sabía que ser bueno era lo máximo a lo que podía aspirar el hombre. Sin embargo, también sabía que no era posible ser bueno y, al mismo tiempo, salvar algo para uno mismo. Siempre quería llegar a lo máximo, pero no era lo bastante hábil para obtenerlo. Ésa era la causa de su tristeza.

—Sí, puede ayudarme —le murmuró casi con humildad.

Aquella mañana se comportaba como si Péter fuese la única persona en la tierra que pudiera salvar sus asuntos. Y puesto que no había en la habitación ni rastro de secretarios ni telegramas, Péter se asustó de verdad y procuró consolarlo. Le hablaba con cortesía, con cierta concisión, como se habla a un enfermo grave con las horas contadas, sabiendo que no da fe a nuestros consuelos. Con suma sencillez, Péter insistió en que no necesitaba dinero ni estaba buscando trabajo, en realidad; le dijo que todavía no estaba decidido y necesitaba pensárselo. Su modesta ocupación en aquella biblioteca lo satisfacía por completo; no tenía muchas expectativas en la vida, podía vivir sin deseos, y en ese momento se limitaba a un compás de espera, en el que se observaba a sí mismo y al mundo. Desde luego, las proposiciones de Emmanuel lo habían conmovido mucho. Le dijo que la idea de convertirse en colaborador del celebérrimo y poderosísimo Emmanuel incitaba su ambición; sin embargo, si le era franco, no acertaba a ver en qué podría ser útil a un hombre tan poderoso. Es cierto que dominaba varios idiomas de Asia Menor, entre ellos el turco y el armenio, y leía con relativa facilidad textos de griego antiguo, pero no creía que esas facultades pudieran ser de ningún provecho para una empresa tan moderna e importante como la de Emmanuel.

—Le tengo cierto miedo —añadió al fin, en un tono familiar y extrovertido—. Es usted tan poderoso y sus designios son tan desconocidos... Pero no quiero exagerar y tampoco creo que usted sea el Anticristo. Sencillamente, usted es un hombre de mucho talento, muy rico, al que por la mañana le gusta despertarse rodeado de rosas mientras cientos de miles de seres humanos trabajan para usted, viven para usted y mueren con su nombre en los labios. A mí me gustaría seguir viviendo entre mis ensueños y esperanzas. Aún soy joven. Mi padre es un hombre sabio y bondadoso y tiene mucha paciencia conmigo.

Aquí en la universidad me aprecian mucho y en la biblioteca hago lo que quiero. ¿Qué podría hacer yo por usted? Quizá fuera mejor que le agradeciera esa benevolencia suya que no comprendo y siguiese mi camino. ¿Quién le ha hablado de mí? ¿Y qué quiere pedirme si no soy comerciante? Sé seguro que no lo soy, ni siquiera en ese sentido tan abstracto y noble en que anoche quiso usted explicármelo. No, señor Emmanuel —continuó Péter, a quien le pareció que estaba justificado tomarse esa confianza ya que él lo llamaba por su nombre de pila—, temo que haría mal negocio conmigo. Veo lo triste y decaído que está usted esta mañana. Sin duda, se ha arrepentido ya de su amable invitación de anoche. Imagino que le habrá hablado de mí uno de mis catedráticos, he escuchado algo por ahí. Se dice que usted mismo se encarga de vigilar a las promociones jóvenes y que busca ayudantes y nuevos talentos para sus famosos institutos de investigación. Si estoy en lo cierto, entonces le agradezco en el alma su bondad, señor Emmanuel, pero, créame, se equivoca. Mis catedráticos exageran mis facultades y lo habrán informado mal.

Emmanuel no decía nada. Péter se sonrojó y se secó la frente con la palma de la mano.

—Sí —dijo Emmanuel, casi soñoliento, como quien sabe la verdad desde hace tiempo, pero le repugna discutir—. Claro está que lo conozco. Sus catedráticos... Sí, también ellos. Nosotros vigilamos a los talentos jóvenes. —Sonrió satisfecho —. La baronesa de R. me ha hablado varias veces de usted —añadió después, sin más preámbulo—. Edit aceptó el otro día nuestra invitación; el año que viene, y también más adelante, mientras ella quiera, cantará en nuestros teatros. Usted, como es natural, podrá acompañarla. Es todavía muy joven —dijo con preocupación; y miró a Péter, fijamente, como si lo viera por primera vez.

—No sabía que conociera usted a la señora Edit y a la

baronesa, señor Emmanuel —observó Péter en voz baja, y palideció.

El empresario se levantó, cogió penosamente el teléfono, pidió un coche y comenzó a vestirse de forma distraída. Nadie estaba seguro del todo en el círculo de Emmanuel. No despedía sin razón a sus trabajadores; procuraba ser justo, perdonaba los errores, premiaba con generosidad las ideas. Sin embargo, todos lo temían, igual que se teme sufrir un accidente por torpeza. Péter, que dirigía el departamento de personal desde hacía años, todavía se torturaba pensando si conocía la «empresa a fondo», o si existía un designio secreto de Emmanuel del que no había sido informado y por tanto ignoraba. A veces, en medio de una negociación, Péter se callaba en seco si veía que Emmanuel de pronto empezaba a tomar apuntes taquigráficos en una hoja de papel, o se quedaba mirando por la ventana, o despedía al que escribía las actas, o inesperadamente salía con él a dar una vuelta en coche, o se arrancaba a contar anécdotas... «Es caprichoso», pensaba Péter. Pero más tarde observó que detrás del «capricho» latían intenciones astutas y precavidas. Era como si en aquellos momentos «caprichosos» Emmanuel le ocultase algo de forma deliberada; una idea repentina, o la explicación de determinadas decisiones. Péter sospechaba que precisamente este «algo» de lo que Emmanuel no quería hablar, que no revelaba a sus trabajadores, era el verdadero sentido de sus empresas y de toda su actividad. «Todo esto escapa por completo a una lógica de conjunto; nadie, sin razón aparente, colecciona teatros e industrias químicas, compra una propiedad en Sudamérica y fábricas de vidrio en Checoslovaquia, contrata a pintores de fama internacional, a ambiciosos generales y abogados recién salidos de la cárcel. Debe de intentar algo con todo esto. ¿Quiere dinero? El dinero no puede ser la meta de una empresa de esta índole. Emmanuel busca la plenitud. Pero

¿por qué? ¿Cuál es su objetivo? ¿Qué es lo que se calla? ¿Por qué no me cuenta su plan?», se decía a veces Péter. Esta desorientación resultaba penosa e inquietaba incluso a sus trabajadores. Muchos, y no necesariamente los de menor rango, dejaban de trabajar para Emmanuel porque no comprendían el verdadero significado de su cometido. «Es como si trabajase con los ojos vendados a bordo de un barco pirata», le dijo a Péter uno de esos fugitivos. Emmanuel se dedicaba a viajar y a escuchar música, compraba ríos y cantantes, discutía con él los pormenores de las operaciones, pero nunca aludía ni con una sola palabra al «conjunto». Durante su tercer año en la empresa, una apasionante y cálida noche de ópera, mientras Edit interpretaba el papel principal de un nuevo compositor ruso, Péter vio a Emmanuel llorando a lágrima viva, abrumado por aquella música agresiva, rompedora y violenta. En el palco, sin dejar de apretar con excitación la mano de Péter y respirando con dificultad, le dijo en voz baja y entrecortada:

—¡Dios mío! ¡El arte! ¡Por fin alguien se ha atrevido a formularlo!

Entonces Péter tuvo la sensación de que había llegado el momento en el que también él «se atrevería a formularlo». De camino a casa, en el coche que los hacía volar a través de la selva invernal, en medio de la carretera flanqueada de árboles nevados que montaban guardia con tristeza helada e impotente, como los guardias de corps vigilan el coche del tirano en un cuadro ruso antiguo, Péter cogió la mano blanda del adormilado y corrosivo Emmanuel y le suplicó en voz baja:

—Por favor, Emmanuel, dígame: ¿para qué todo esto? Ya sé mucho acerca de usted y sus empresas, pero no consigo comprender su relación. ¿Qué está usted preparando, a qué aspira? Veo los pormenores, pero la suma de ellos me resulta incomprensible. Es usted refinado y sensible; estoy convencido de que busca la plenitud, una totalidad.

—¿Finalidad? —preguntó Emmanuel con un curioso tono musical en la voz; luego retiró su mano blanda de entre las de Péter y en la penumbra del automóvil miró a su alrededor como el ebrio a quien un contacto inesperado y rudo le hace recobrar bruscamente la sobriedad—. ¿Sentido? —preguntó, y se echó a reír con una risita apenas perceptible—. Pero ¿qué finalidad puede tener todo esto? —preguntó complaciente, con cortés superioridad, como quien se dirige a un niño que formula preguntas tontas—. Todo tiende a la plenitud, a la totalidad —observó con frialdad—. Hay personas que no pueden contentarse con los fragmentos. —Y calló con altivez, indicando con un ademán que no deseaba decir nada más sobre el tema.

Emmanuel viajaba mucho, pero le desagradaba que sus empleados abandonaran sus puestos de trabajo. Le gustaba ver a todos y todo «en su sitio», como solía decir, y siempre que alguno de sus trabajadores tenía que emprender un viaje y le solicitaba el permiso correspondiente le citaba las virtudes de una vida arraigada y estable, del orden y el trabajo. «¿Viajar? ¿Para qué? Las flores nunca viajan...», decía en tales ocasiones con tono hostil y frío. Hacía diez años que Péter no se había movido de la ciudad en que Emmanuel había mandado construir un teatro para Edit. Vivía en una especie de cautiverio extraño, como los animales salvajes en los zoológicos modernos; en ninguna parte se veían rejas o carceleros, podía pasearse libremente por las calles de la ciudad y los bosques de los alrededores. Emmanuel lo distinguía con muchas atenciones y lo colmaba de regalos. Y en el edificio de la empresa, Péter tenía su título y sus honores; sus instrucciones se escuchaban siempre con suma atención y respeto, y sus subordinados lo llamaban «señor director general»... A pesar de que hacía años que Péter se había dado cuenta de que Emmanuel había cavado un abismo entre él y el mundo, sus músculos ya habían perdido

tono en esa cautividad tan rara, y con un solo brinco de su vitalidad era incapaz de salvar el abismo. Algo grave tenía que ocurrir para que Péter buscara la salida en la jaula invisible de Emmanuel. El empresario nunca lo perdía de vista, y aunque estuviera lejos, en continentes apartados, cada noche llamaba por teléfono a Péter para rogarle que no saliera de la ciudad. A menudo lo ocupaba con encargos completamente superfluos y cogidos por los pelos, y se comportaba como si no pudiera hacer nada sin él y como si sus empresas y negocios fueran a tambalearse si Péter abandonaba por un solo día la capital en la que Emmanuel lo había apresado. Como si formara parte de una especie de harén donde las odaliscas y los chicos hubiesen sido sustituidos por químicos y contables. En ese harén invisible, con Emmanuel como pachá y señor absoluto, favoritos y guardianes vivían en la esclavitud... Péter estuvo mucho tiempo sin comprender todo esto. Y cuando descubrió las intenciones de Emmanuel, ya vivía detrás de la reja e ignoraba si era posible escaparse y cómo podía ser el mundo allí fuera, lejos del universo particular de Emmanuel. Los animales salvajes extrañan la selva virgen tanto como el círculo próximo a Emmanuel extrañaba la vida. Sus enemigos lo tenían por un simple acaparador. Pero Péter sabía que Emmanuel menospreciaba el mundo; no disfrutaba de los tesoros acumulados. «Quizá por ansiar desmesuradamente la vida...», decía Edit. Sí, tal vez por esa razón llevaba siempre los zapatos cubiertos de polvo, dormía en hoteles mediocres y coleccionaba personas procedentes de todas partes del mundo y les daba de comer en la palma de la mano como hace el domador con los lobos. «Existe una clase de hambre que no se apacigua con el dinero, ni con los besos de las mujeres, ni con la música, ni poseyendo paisajes hermosos. Existe una clase de hambre que es tan insaciable como el pecado. Él no quiere saciarse y exige que a su alrededor todos pasen hambre, que todos ayunen de la

misma extraña forma que lo hace él, con champán y banquetes dignos de Lúculo. Como si todos los que le pertenecemos viviéramos bajo una cuarentena», decía Edit. Y añadía: «¡Oh, tú no conoces a Emmanuel! No nos vigila la policía, ni un espía sigue nuestros pasos, sin embargo, no podemos movernos porque él no lo consiente. ¡Es un miserable!» Un día Edit se lo había dicho incluso a la cara. Emmanuel había asentido con la cabeza varias veces seguidas, meditabundo, y había terminado riendo a carcajadas. «Y a un hombre así, ¡nadie le pega un tiro!», decía a veces Edit, llena de ira. Pero Emmanuel, que se había reído, con indulgencia, como si a su vez desdeñara a los hombres que no la cuestionaban, les había enviado regalos a los tres, inclusive a la baronesa. «¡Se morirá de hambre, como un miserable! Está cerca el día en que ha de pudrirse en su propio estercolero, tan alto como los Alpes. Allí se morirá, sufrirá las convulsiones del hambre y no habrá nadie que le ofrezca unas gotas de agua o una palabra amable...», exclamaba Edit. Péter procuraba demostrarle con delicadeza que ella sería la primera en compadecerse de Emmanuel. «A pesar de todo, a su manera, es bueno», se decía él, reflexivo. Y así habían pasado diez años. Nadie había levantado la cuarentena. El sueldo de Péter fue en aumento. En los últimos tiempos la empresa acumulaba beneficios tan pingües como misteriosos.

«Ahora voy a dejarte, Emmanuel. Ha ocurrido algo, acaba de llamarme alguien que es más fuerte que tú», pensó Péter, y apretó el pomo de la puerta del jardín. Emmanuel caminaba con cierta dejadez, pero sin perder la elegancia, un poco como quien toma posesión de la casa adonde llega, como el tirano honra con su visita a sus súbditos más distinguidos, que lo han invitado a cenar, aunque sólo de él depende echar de allí a los moradores. Cada uno de sus ademanes era de propietario. Se acercaba lentamente a la casa donde una serie de personas había consagrado todo el santo día a limpiar y guisar en su

honor, y ahora, sin prisas, se disponía a tomar posesión de esas vidas ajenas. Se acercaba a la casa como si subiera la escalinata de un teatro, envuelto por la música, atrayendo un poco hacia sí, con cada uno de sus pasos, la casa y el contenido de las habitaciones, con la seguridad y familiaridad de quien sabe dónde se encuentran todos los objetos de uso cotidiano; extendía la mano hacia los libros, tocaba las prendas de Edit, hurgaba entre los papeles de la baronesa y en el cuarto de baño, también suyo, husmeaba entre los utensilios íntimos de aseo; hundía la mano en los cajones y luego la levantaba para tocar el timbre con un movimiento casero y desenfadado. Péter se paró en la puerta y observó a Emmanuel, que llegaba. «Ya no tiene poder sobre mí», pensó con admiración, íntimamente conmovido. Luego exclamó: «¡Dios mío, ya soy mayor de edad!» Y sonrió, turbado. Y esta sonrisa no se desvaneció de su rostro ni siquiera al entrar en la habitación y encontrarse de frente con Edit.

Josua interrumpe

Emmanuel ya sabía la noticia; hizo una inclinación solemne y con ambas manos estrechó ligeramente la de Péter. Después se volvió hacia el otro lado, como si le pareciera muy grosero hablar de un asunto tan íntimo. Para Emmanuel era un «asunto privado» todo lo que no pertenecía a la esfera de intereses de su persona o de sus negocios. Por ejemplo, si hablaba de astronomía, lo hacía como de la empresa de un competidor, en un tono que dejaba traslucir la sospecha y la duda, como si quisiera demostrar, de un modo cortés, a pesar de su incredulidad, que la noche anterior había visto Júpiter, un

planeta sin duda muy útil y placentero. También la muerte era un competidor. Péter desconocía cómo y cuándo se había enterado Emmanuel de la grave enfermedad de su padre. Cómo lograba estar informado de las cosas que pasaban en el mundo era tan misterioso e increíble como el sentido de orientación de un gavilán de los Alpes que, desde una altura de varios miles de metros, desde su nido de rocas, es capaz de detectar una oveja entre los matorrales de la llanura... Aquella noche su actitud y sus ademanes parecían los del arquetipo del «jefe ofendido». Como si Péter y los miembros de su familia, incluido su padre enfermo de gravedad, estuvieran tramando contra él y sus negocios una confabulación difícil de definir. Como si Péter estuviese a punto de revelar un secreto empresarial, o de compartir de forma indebida un informe privado y confidencial. Como si Péter se preparara para traicionarlo y Emmanuel, a pesar de haberse enterado de la conspiración, se comportara como el tirano que la misma noche del crimen se presenta en casa de los cómplices del mismo y se muestra especialmente amable y bondadoso con ellos, aun sabiendo que después de cenar le pondrán un dogal al cuello. Emmanuel se mostró severo y distante, mundanal. Aquella noche conversaba como si esperase una señal secreta y estuviera preparado para la traición, sin perder de vista el más mínimo gesto o mirada, como si en un momento dado fuese a dar tres palmadas: entonces se abrirían las puertas y los alabarderos irrumpirían en la sala con picas puntiagudas. «Lo curioso es que tiene toda la razón. La traición ya es un hecho», se decía Péter. Edit estaba sentada en una butaca grande, al lado de la ventana, inmóvil y ceremoniosa. Llevaba un traje de seda negra con cuello blanco, a lo María Estuardo, y tenía la carta en la mano.

Josua y el músico joven se sentaron cerca de la puerta, como si no pertenecieran a la sociedad, igual que dos perros muy obedientes, y observaban en silencio. Llegaron aún otros dos

caballeros: el jefe de la sucursal de Zúrich, el señor Albert, un suizo de rostro rojizo y cuello curtido que siempre parecía preocupado y dispuesto a sacar del bolsillo sus cuentas y liquidaciones, a hincarse de rodillas y demostrar su fidelidad y honradez a Emmanuel, entre juramentos y estertores, y un joven inglés, un profesor de danza que había inventado un sistema de taquigrafía, un método que permitiría a cualquier persona poner en notas los pasos de baile. «A cualquiera», matizó con laconismo. Era muy delgado. Dijo de pasada que, por línea materna, descendía de la estirpe de los Wyndham. «Podríamos jurar que por línea materna desciende sin duda del linaje de los Wyndham...», se dijo Péter. El profesor de baile iba vestido de etiqueta y su fino pelo rojo resplandecía de brillantina, como si un esfuerzo invisible pero constante lo hiciera sudar ligeramente. Había llegado aquella misma mañana; llevaba una carta de recomendación de una famosa bailarina rusa, y se proponía vender su invento a Emmanuel. Era evidente que se aburría; su cara de adolescente envejecido parecía decir quejosa: «Esta gente sigue hablando de otras cosas». Nervioso, sentado y moviéndose sin cesar, lanzaba miradas interrogantes y reprobatorias a su alrededor, como si tuviera una prisa indecible y no acertara en comprender por qué no empezaban ya a negociar con él. Ellos seguían hablando de otras cosas mientras el invento estaba allí, en su bolsillo, y sólo hacía falta comprarlo; en un futuro el mundo entero podrá poner en notas los bailes. Pero incluso él percibía que esa tarde había sucedido algo.

Todos se habían enterado de que aquella tarde Péter había recibido carta de Anna. La casa se había llenado de la noticia, y cualquiera que entrase en la estancia se ponía alerta instintivamente. Así pues, aunque sólo Edit y Péter conocían el contenido de la carta —y también Emmanuel, puesto que Edit lo había llamado por teléfono para darle la noticia—, todos,

incluso el jefe de la sucursal de Zúrich, intuían algo. Todos permanecían en silencio, como si esperasen noticias frescas, como si fueran desconocidos reunidos por casualidad en el escenario de un atentado y estuvieran apostados en las escaleras del metro, rodeando a un viajero que acabara de desmayarse, del que ignoran el nombre, mientras aguardan la llegada de la ambulancia y los cuerpos del Estado. En silencio, como uno suele estar cuando atraviesa el meridiano del destino; molesto, como si fuese testigo de algo que peca contra los modales civilizados, de una falta de educación sobrehumana. El silencio, como la melodía de un coro, lo dirigía Edit. Ella no se había levantado al ver entrar a Péter, no había proferido una exclamación, ni suspirado, ni había dicho: «¡Oh, Péter!» Ella hacía y decía todo eso de una forma muy particular, sin palabras ni signos. «Qué buena actriz», pensó Péter con emoción sincera. Y al ver su palidez y su mirada apagada, lo embargó esa gratitud que sentimos cuando estamos enamorados. «A pesar de todo, no deja de ser Edit. Ella es la única que lo sabe; la única que lo sabe todo de mí. No es culpa suya ser actriz. Ella es auténtica, casi auténtica; ni dentro del ataúd dejará de actuar, ni siquiera cuando los gusanos la hayan roído bajo tierra, y hasta el último de sus huesos o mechón de sus cabellos, continuará interpretando un papel. Casi la quiero, y ella lo sabe. Ambos lo sabemos todo uno del otro. ¡Querida Edit! Si ahora se levantase, se acercara a mí y me hiciera alguna señal, mirándome a los ojos, o suspirando, u ocultando la carta, parecería teatral, parecería auténtico; en el sentido estricto de cómo se debe actuar. No se puede hacer de otro modo. Pero Edit es grande precisamente en papeles mudos como éste, cuando comunica un destino, una fatalidad, sin palabras ni signos: aún no sabe nada, tan sólo intuye que el momento decisivo ha llegado, y cierta tensión dolorosa vibra en el fondo de la vida», pensó. El criado les sirvió un cóctel en

unas copas rosa con forma de cono. El profesor de baile, con la copa en la mano, estaba sentado como si obedeciera a las prescripciones de un tratado de gimnasia, con las piernas cruzadas y esa corrección británica tan insolente que sólo los ingleses que han pasado bastante tiempo en el continente se atreven a mostrar entre desconocidos. «Si alguien comete la menor incorrección, me sentiré ofendido de inmediato y regresaré a mi isla», decían su mirada y sus piernas. Péter lo observaba con gesto distraído. Al pasar por su lado con las copas rosas, el criado lo esquivó con un gesto de familiaridad; conocía bien las costumbres de los señores de la casa. Ya era hora de telefonear al aeropuerto y reservar el pasaje para el avión que salía al alba. «Si no me estrello, al mediodía estaré en casa. En casa nadie bebe cócteles; nosotros somos unos puritanos. Tamás, sí, al otro lado del mar los habrá bebido de toda clase, pero Albert desprecia las bebidas servidas en copas rosas con forma de cono. Y Anna bebe café, a escondidas, por la noche, un café ponzoñoso y fuerte, con crema y en cantidades industriales, como los borrachos. No puede vivir sin café, incluso ella necesita sentirse embriagada de algún modo. Una embriaguez premeditada, que nos haga experimentar las cosas aún más dolorosamente, más de lo que podamos soportar, de la forma más clara, consciente y concreta. Sólo yo vivo entre tales bastidores. Me menosprecian, ya lo sé. Ahora tal vez lo comprendan. Ya son las ocho y media...», pensó con tristeza. Péter cruzó la habitación y buscó la mirada de Edit desde la puerta. Ella seguía sentada en la butaca, con el busto erguido, esbelta, de negro, pálida como una reina enlutada, con la carta en las manos y un olvido calculado de sí misma, sin mirar a nadie. El jefe de la sucursal de Zúrich parecía algo deslumbrado. «Así son de cerca. A lo mejor incluso coleccionan ceniceros de Persia», debía de pensar. Era un hombre de semblante astuto y jovial, con el cuello muy rojo y lleno de

pecas; llevaba un reloj con cadena de oro y se notaba que la chaqueta negra lo incomodaba por su solemnidad, como si la hubiera pedido prestada para aquella ocasión; su rostro irradiaba honradez y la alegría propia de una vida sensual y sencilla; parecía la cara de un asesino pasional honorable, buen pagador de impuestos y contribuciones, pudiente y padre de varios hijos. Al salir, Péter le hizo una seña y oyó cómo el invitado, sin levantarse, hacía chocar los tacones. Ya habían encendido las luces.

Todas las habitaciones estaban impregnadas de la noticia, como si Edit, mientras Péter visitaba a Karo y tenía su «sueño», hubiera hablado hasta con los muebles de la casa. En días tan significativos cambia incluso el olor de las cosas y los rincones familiares; Péter presentía desorden en las habitaciones. En el comedor, vio a un desconocido, un criado nuevo o algún proveedor, que contemplaba la mesa puesta y hablaba en voz baja con la doncella. ¡Ese hombre no debería estar ahí! Péter se quedó inmóvil, malhumorado; la doncella se acercó con celeridad y, a modo de excusa, le dijo que les había llevado el pescado.

«Muy bien, pero ahora ya puede irse», pensó Péter, y pasó de largo sin decirle nada, aunque se había dado cuenta de que los dos lo observaban con expresión asustada. Que se fueran todas las personas ajenas a la casa. Entonces sintió un profundo cansancio. Había unos desconocidos sentados en la sala de estar, incluso había uno en el comedor, y también afuera, en el jardín y la glorieta; todos extranjeros. También la ciudad estaba llena de extraños. De repente Péter no pudo soportarlo. Era terrible vivir así durante tantos años, sin un solo amigo. Ahora tampoco existía Karo; no se podría decir cómo ni por qué, pero lo único cierto era que había dejado de existir. Ahora sería inútil querer encontrarse con ella, y ya nadie sería capaz de quitarle el dolor. ¡Qué infantil había sido creyendo que alguien

podía ayudarlo! En el primer instante de horror se había precipitado a casa de Karo, con el mismo desespero con que alguien de California pediría auxilio a gritos a la policía mientras un terremoto asola la ciudad. Ningún policía podría ayudarlo. Péter nunca se había sentido tan solo como en aquel momento. Todo parecía sumido en un matiz inédito, un matiz azulado parecido al de las tardes de lluvia en las habitaciones de su infancia, entonces habría alguien tocando el piano en la planta de arriba, seguramente sería Edgar, practicando, marcando el ritmo con el pie, y Sebestyén estaría sentado a su lado, con su levita marrón y contando en voz baja: «Uno, dos, tres, atención a la posición de los dedos; uno, dos, tres... los dedos, por favor; uno, dos, los dedos, señorito Edgar, *bozse moi!*» ¿Por qué lo invadía una tristeza tan insoportable? ¿Qué se escondía detrás de los recuerdos? Mientras cruzaba el comedor, Péter cayó en la cuenta de que no era el presente lo triste, ni el futuro lo insoportable, plúmbeo y trágico, sino sólo los recuerdos, el pasado. «¡Hay que olvidar!», pensó.

—¿Cuántos seremos? —preguntó a la doncella desde la puerta.

Serían diez, diez extraños. Quizá acudiría el maestro Nello, el cantante de ópera, y entonces serían once, once extraños. ¿De qué hablarían? Conversarían en voz baja, dado que Péter estaba triste, sostendrían con educación el cuchillo y el tenedor, y el jefe de la sucursal de Zúrich le diría a Edit: «Señora, en Zúrich todos somos grandes admiradores de su arte». Y Edit sonreiría aparentando no haber oído el cumplido. Y todos, con cortesía pero de forma deliberada, cambiarían de tema. «Siempre se cambia de tema a mi alrededor», pensó Péter. Desde su cuarto, mientras hablaba por teléfono con el aeródromo, oyó los pasos de la baronesa, que se detuvo con sigilo y vacilante ante su puerta; había llegado caminando como un insecto y se había posado, por decirlo así, en el pomo

de la puerta, a la escucha. El avión salía al alba, le decían desde el aeródromo, y por ahora casi todas las plazas estaban disponibles.

—De todos modos, para el señor Garren siempre habrá sitio —le dijeron.

Y añadieron algo sobre «viento del norte...», pero un zumbido en el teléfono no le permitió entender el resto de la frase.

—¿Qué quiere decir «viento del norte»? —preguntó Péter, pero el empleado ya había colgado el auricular.

A través del hilo se oía un zumbido hostil. Viento del norte; esa fuerza delicada y fría que nos hace volar. «¡Hazme volar, viento del norte!» También los Garren eran oriundos del norte. En la vida había sentido tanta impaciencia; deseaba estar ya en su casa. En la habitación donde había estado viviendo hasta entonces había algo universitario, de estudiante de Filosofía y Letras. Edit raras veces entraba en ella. Frente al escritorio tenía colgado el retrato de su madre, el de Karo y el de un joven oficial de la guardia: un tal marqués de H. que había cortejado a Edit todo el invierno, se había involucrado en asuntos turbios y había acabado pegándose un tiro. En la cabecera de su cama manchada de sangre, Péter había descubierto que apreciaba a aquel hombre. H. era tan pueril y estaba siempre tan turbado y era tan arrogante y en su sonrisa traslucía siempre una pizca de resentimiento tan puro... A menudo Péter volvía a altas horas de la noche y, en esas ocasiones, el marquesito salía a su encuentro y le decía en la misma puerta, con el semblante muy pálido y retorciendo las guías de su bigote rubio: «No me quiere, Péter. No importa lo que haga; no me quiere. Dice que soy malo, que en el fondo estoy jugando en falso. ¡Por favor, Péter, defiéndame!» Y Péter lo defendía como podía, pero el marqués de H. no había podido soportar la desgracia. Les pedía dinero una y otra vez, a Edit, a

Péter, a la baronesa, y todos se lo prestaban. El único que se negó a su ruego fue Emmanuel, que decía que al marqués no se le podía prestar dinero porque no era «una persona seria». En efecto, el marquesito de H. no era «una persona seria». Sin embargo, tal vez hubiese sido mejor darle dinero. Péter tenía la impresión de que tampoco él mismo era «una persona seria». Emmanuel nunca le había dicho con exactitud y claridad a quién consideraba «una persona seria». Lo único cierto era que el marqués, que era irremediablemente «no serio», un buen día se pegó un tiro. Tumbado en la cama, esbelto y pálido, parecía un chiquillo, con su camisón y la medallita de oro con el esmaltado de la Virgen y el niño colgada del cuello. Pero al marqués no había podido salvarle ni la medallita; era soldado y había muerto en el campo de honor de la cama, apretando con la mano izquierda la almohada y llorando hasta el último aliento antes del suicidio. Sus mejillas, blandas, estaban húmedas a causa de las lágrimas cuando Péter las acarició.

«Hay muchas formas de morir», pensó Péter, y se inclinó sobre el retrato del marqués. La gente moría con una rapidez espantosa. Durante mucho tiempo Péter había creído que la vida era un proceso a largo plazo, con principio y fin, y que entretanto existían jerarquías y fases aprobadas por las autoridades. La enfermedad y el accidente, o sea la muerte no natural, parecían hacer sus estragos en alguna parte, entre la gente pobre, en los barrios bajos, o en las colonias. Así se lo imaginaba. Aquellos que uno conoce en persona no pueden morir a los treinta años sólo porque se desajuste un freno, o porque un buen día una célula gigante enloquezca y empiece a hipertrofiarse con ambición desatinada. «Estas cosas no le ocurren a la “gente bien”», pensaba Péter. Luego, cuando a pesar de todo sucedían, se hablaba de ello en voz baja, como de algo vergonzoso, como si la persona atacada por una célula cancerígena hubiese tenido parte de culpa: a lo mejor había

sido víctima de alguna pasión execrable, bebía, pegaba a los perros, o mantenía relaciones con mujeres negras de labios gruesos. «La "gente bien" vive y muere según reglas y convenios preestablecidos», pensaba Péter. Pero su madre había muerto a los veintisiete años al dar a luz a Anna, y también el marqués de H., después de que le registraran los bolsillos en una casa de juego y le encontraran demasiados «nueves» de *carreaux*. Y al final Péter se había dado cuenta de que la policía, la medicina, los ejercicios espirituales, limpiar la casa, lavarse las manos antes de comer, reglamentar la circulación, no eran garantía suficiente para proteger a la «gente bien»; como si en los barrios bajos y las colonias hubiese estallado una sublevación, como si la sección de sucesos de los periódicos hubiera irrumpido en los pisos de los lectores buscando víctimas. Edit decía que aquellos a los que nadie quería se morían; a veces soltaba hipótesis como ésa, atrevidas y difíciles de demostrar. Decía que el amor es como el líquido amniótico que envuelve al embrión: no deja pasar la luz, ni el ruido, ni los peligros. Decía que el amor es más fuerte que la muerte. El amor sostiene con firmeza y a gran altura al ser amado, como un esclavo gigantesco al que todos temen. El amor tiene una espada y es capaz de lanzar rayos. «Menuda barbaridad», pensaba Péter, angustiado. Edit tendía a ese tipo de exageraciones.

—¡Qué desgracia, querido! —exclamó la baronesa.

Le hablaba desde la puerta, con los ojos enrojecidos por el llanto. Llevaba una bata roja; parecía un verdugo sentimental que se arrodilla ante el condenado. «Sólo los aficionados saben llorar de verdad. Para ellos todo es "vivencia"», pensó Péter.

—En efecto, querida... —dijo él—. Es muy triste.

Péter procuró consolar a la baronesa. Unos pocos años antes, al franquear los setenta, la baronesa se había teñido el pelo de un color llameante, como si diera alaridos en un incendio

provocado. Era la única en la casa que lloraba de verdad, con lágrimas auténticas; lloraba porque el padre de Péter iba a morir. En ella todo se volvía lágrima o carcajada, igual que en el cine. La baronesa pensaba en novela y sentía en cuentos, bonitos y bien hilados; la historia tenía comienzo y fin, y siempre contenía un pasaje inesperado y conmovedor. Al oyente o el lector que disfrutaba de sus relatos lo torturaba la sospecha de que cuando pusiera el punto final sería preciso abrir inmediatamente todas las ventanas del piso. La baronesa y Péter estaban mirándose en el umbral. «¡Qué triste es todo esto! Nos deja porque su padre va a morir. ¡Esto parece una novela!», pensaba la baronesa, que no cabía en sí de contenta. Péter asintió con la cabeza; la cogió del brazo y la acompañó sin prisa a su cuarto. Las novelas de la baronesa habían sido traducidas a varios idiomas. Una madre de Nueva Jersey le había confesado por carta que guardaba varias de sus poesías en su libro de oraciones y que en las fiestas familiares solía leerlas en voz alta a sus hijos. La baronesa tenía algo heroico. Alta y delgada, con su pelo rojo y los ojos llorosos, como si hubiese presenciado una ejecución, caminaba erguida al tiempo que se apoyaba en el brazo de Péter, envuelta en la capa encarnada.

—¿A quién ha matado usted, querida? ¿A cuál de sus héroes ha matado esta tarde? —preguntó Péter.

La baronesa sonrió a través de las lágrimas:

—Yo no soy más que una *bas-bleu*, Péter. ¡Pero siento con tanta intensidad! ¿Qué le voy a hacer? —dijo suspirando.

Esa vez lloraba de verdad; las lágrimas bañaron sus ojos, hermosos, inteligentes y entusiastas. Péter le apretó el brazo. «¡Oh, los sentimientos!», pensó con tristeza y compasión. ¿Qué podía hacer con los sentimientos la baronesa? Escribir día y noche. A veces Péter se detenía en el pasillo y aguzaba el oído delante de su puerta, lo hacía incluso cuando sabía a ciencia

cierta que ella había salido, pues no le hubiera sorprendido oír el tecleo de la máquina de escribir. Seguro que en su ausencia, la máquina y el resto de los objetos de su escritorio continuaban tejiendo relatos redondos y emocionantes.

—Me voy al alba —dijo Péter—. Cuídese, querida. Cuide también de Edit. En la medida en que sea posible cuidarla, desde luego. Sí, estoy muy triste. Bueno, puede rezar si quiere.

Se detuvieron en la escalera.

—Usted y yo nos hemos querido de verdad —dijo la baronesa, y sonrió turbada.

En ese momento parecía tan delicada y frágil, tan extrañamente mundana, tan inmersa en esa tristeza que sentía con absoluta sinceridad y con ese pelo rojo que apenas peinaba imbuida por la excitación de la trama. Era tan noble... y estaba acalorada como si acabase de llegar a casa después de una aventura y aún no le hubiera dado tiempo a lavarse la cara y los ojos, todavía anegados por el llanto de la dicha y el desespero.

—Sí, los dos nos hemos querido de verdad —le dijo Péter.

¡Qué elegante estaba en la escalera! Había en ella un halo romántico y de disciplina, como en una alucinación. La baronesa se paró delante de la puerta, miró atrás y le sonrió por encima del hombro. Hacía mucho tiempo que no había renovado el tinte de sus cabellos; un mechón blanco saltó a traición de entre los mechones rojos, como si sacase la lengua. Péter sintió en ese instante una profundísima lástima por ella.

—No obstante, aquel pasaje —dijo él con rapidez, y bajó la vista—, aquel pasaje en que el huérfano se pierde en el camino... Era muy hermoso. —Y se ruborizó.

—Usted es un hombre verdaderamente generoso, Péter —dijo la baronesa; también ella se había sonrojado.

No se miraron a la cara y se separaron así, turbados; «compungidos», tal vez habría escrito la baronesa. «Eso es todo.

No hace falta decir “te quiero”, no hay por qué acostarse para tener una relación con alguien; no es necesario ser joven y no importa que una persona sea vieja, se tiña mal el cabello y carezca de talento. Entre dos personas puede darse una variedad enorme de cumplidos. Y existen muchos tipos de relaciones», pensó Péter. Estaba tan cansado que se detuvo en la escalera, se apoyó en la barandilla y contempló el vestíbulo. Al pie de la escalera se erguía la estatua de una divinidad africana, licenciosa y, al mismo tiempo, solemne, que él solía acariciar con la mano al pasar. «Tal vez sea necesario taparla. Es posible que escandalice a Albert». Sintió una enorme flaqueza y deseos de irse en paz con todo el mundo, de ser amable y hacerles cumplidos antes de abandonarlos, para que tuviesen un buen recuerdo de él. Quizá pudiera elogiar a Emmanuel diciéndole que el día anterior había sido muy generoso al acordar la instalación de lavabos y duchas nuevos para sus fábricas. Le sería muy fácil conquistar al maestro Nello si elogiaba la hermosura de sus manos. «Dar a todo el mundo, dar algo siempre. Ofrendarlo todo», pensó.

El actor, que entretanto acababa de llegar, estaba en el salón hablando con voz de falsete. «Me gustaría cantar como cantan los esclavos al terminar la jornada de trabajo, cuando están solos y fuera está lloviendo», se lo oía decir. Había engordado demasiado y temía perder el favor del público. Edit contaba de él que solía entrar constantemente en su camerino para invitarla a que lo acompañara a hoteles equívocos cerca de la estación y le explicaba chistes groseros procurando que no se notara su abdomen abultado. Ahora estaba hablando en medio de la sala, con la cabeza inclinada, algo decrépito, como si estuviera en las últimas en su papel de conspirador. Él era el único al que no le afectaba en absoluto el dolor de Péter. Ya habían encendido las luces. Péter se sentó junto al inglés y miró por la ventana. Aquella noche habían olvidado correr los

visillos. Una barca estaba cruzando el lago con una linterna roja y a su alrededor el agua se veía sangrienta, como si hubieran asesinado a alguien y arrojado allí el cadáver. Josua y el joven músico se pusieron a afinar sus instrumentos con discreción. Todos hablaban a la vez; sólo Péter y el inglés callaban. «¡Qué simpático, así comparte mi silencio!», se dijo Péter, emocionado; hasta las cosas más insignificantes lo conmovían ahora. Y pensó: «Es un hombre muy amable; podría preguntarme perfectamente por qué no hablo, o un resultado de las carreras. Estos pequeños regalos de la vida: una persona que sabe callar en el momento oportuno; la mirada que me ha lanzado antes la baronesa desde su puerta, como si tuviera dieciocho años; el tono con que me dijeron hace un rato por teléfono "viento del norte", que me hizo evocar mi juventud al pensar en una muy lejana, acaso la de mi padre o la de mi abuela... Sería magnífico escaparme de aquí y subir a mi cuarto a preparar mis maletas. Dadas las circunstancias, ¿es de buen tono llevar regalos a los parientes? ¿Y qué regalo podría llevar a Padre? Algo que le guste de veras y le haga levantar la mano con ese ademán suyo tan cortés, ese gesto amplio y universal con el que parece estar invitando a un grupo numeroso, pero tímido, a una fiesta de proporciones extraordinarias, organizada sin reparar en gastos y que no pagará nadie. ¡Padre sabía invitar de maravilla! ¡Solía mirar con tanta seriedad y simpatía al abrir los brazos...! Era como si dijese: "Por favor, sírvanse entrar, que todos se sientan bienvenidos, todo lo que poseo pertenece a mis invitados: mi casa, mis colecciones de arte, incluso mis rarísimos habanos". Y por un instante todos los invitados de Padre parecían olvidar que éste ya no poseía absolutamente nada». Péter solía enviarle cada año, como regalo de Navidad, unos habanos en tubos de cristal guardados en una cajita tipo joyero que despedía un olor acre. Hacía ya tiempo que Padre había dejado de fumar, pero era encantador

el gesto con que regalaba estos habanos en tubo de cristal a algún mozo de cuerda o un revisor de ferrocarriles. Tal vez podría llevarle corbatas; siempre le habían gustado mucho las buenas corbatas, sobre todo las de piqué blanco, y en verano incluso los corbatines azul marino con puntos blancos, que solía llevar algo lacios, a la manera de los artistas. O podría regalarle un bastón, pues nadie era capaz de apoyarse con tanta elegancia en su bastón como Padre, ni detenerse con tanta dignidad en medio de la calle levantándolo con ostentación, como si fuera un director de orquesta que alzara la batuta, antes de dirigir los primeros acordes de una orquesta invisible, para solicitar la atención de su público, de la catedral, de los transeúntes... Luego, con el bastón levantado y una sonrisa amable y solemne pero cortés, decía algo con mucha insistencia. El bastón, el hecho de pararse en medio de la calle, el aspecto de Padre y la pausa que precedía a la frase, daban interés e importancia a esta actitud tan peculiar. En efecto, en tales ocasiones, incluso los pasajeros de los pequeños tranvías de color marrón se asomaban a las ventanillas para mirar a Padre, al que en aquel momento veían hablar con el bastón alzado, y pensaban: «El señor Garren acaba de decir a su acompañante algo de gran interés». ¿Qué podía regalarle a Padre? A pesar de que Emmanuel era inmensamente rico y fabricaba de todo, desde esmaltes a prótesis, en sus factorías y empresas, quizá no había nada en los almacenes y escaparates iluminados con tubos de neón donde se exhibían sus productos que pudiera hacer feliz a Padre. ¿Qué se le puede regalar a un padre moribundo?

Esos pensamientos lo habían dejado agotado, como si a las cinco de la tarde hubiese recibido el encargo de reorganizar el universo. La barca, con su secreto digno de una novela de terror, acababa de llegar a la orilla, al pie de esas casitas alegres y salpicadas de luces diminutas. El inglés seguía callado

y sonriente, sumido en una afabilidad permeable de la que también habría hecho gala si estuviera en el Congo y contemplara a una tribu salvaje asando a un indígena, fuera de la esfera de los intereses británicos.

—En los artículos para el culto se nota ahora cierto incremento de pedidos —observó el señor Albert frotándose las manos satisfecho.

—En efecto. Lo mismo que en la literatura. También en política. La humanidad tiene afán de milagros —replicó Emmanuel, y dirigió una mirada fría, punzante y llena de arrogancia al suizo.

Edit se echó a reír; miró a Péter por encima de las cabezas del inglés y del suizo, y siguió riendo, ruidosa y algo teatralmente, como quien acaba de convencerse de que no vale la pena continuar frenando sus afectos. Se levantó, con la carta de Anna en la mano, y con paso decidido fue al encuentro de Péter, caminando con seguridad, como si se dirigiera a la comisaría llevando en la mano la prueba del delito. También el inglés se levantó de su asiento, con cortesía, y miró interrogante a Péter.

—No es nada —le dijo éste—. Tranquilícese. Vamos a cenar enseguida.

En aquel preciso instante Josua los interrumpió. Con la rapidez de un rayo, como un espadachín desenvaina la espada, se llevó la flauta a la boca. Péter no recordaba ninguna ocasión en que la flauta de Josua hubiese sonado con tanta ira. El músico lanzó tres trinos agudos y ensordecedores, como hacen las aves salvajes cuando al caer la noche una niebla fina cubre los campos y no se puede distinguir el mundo con claridad y se sienten invadidas por el miedo y la ira en medio de las rocas. Molesto e interesado, el inglés miró en la dirección de aquellos sonidos y se cruzó de brazos, expectante. El suizo, con un movimiento rápido y apenas perceptible, lleno de cobardía, se

persignó. El maestro Nello se acercó a Emmanuel como un héroe y abrió los brazos con un gesto amplio, como si estuviera dispuesto a protegerlo incluso con su cuerpo.

—¡Josua! —dijo Edit en voz baja.

Josua lanzó con la flauta otro sonido bastante alto. Después dejó caer el instrumento y miró en torno a él asombrado, hosco y humillado. El criado entró en aquel momento para anunciar que la cena estaba servida. En el umbral de la puerta, Edit tocó el hombro de Péter.

—¡Pobrecito, pobrecito! —murmuró en voz baja—. ¿Cómo estás? ¿Te duele mucho?

—No. Ni siquiera me doy cuenta —susurró Péter—. Aún no me afecta. Me marcho al alba.

—Sí —dijo Edit, y en voz todavía más baja, añadió—: Iré a verte esta noche.

Y miró profundamente a los ojos de Péter, como si ambos acabasen de concertar una cita secreta y pecaminosa. Luego se alejó y ofreció el brazo a Emmanuel.

La confesión de Edit

Los invitados aún estaban conversando en el jardín, bajo los plataneros, y se podía oír el traqueteo del coche de Emmanuel en la esquina de la calle. Péter había dejado abierta la ventana; se veían la luna y las nubes en el cielo. Edit había llegado jadeando, envuelta en un gran pañolón de seda negra que Péter no le había visto nunca. A él tampoco le habría extrañado que, debido al giro de los acontecimientos, se lo hubiera hecho llevar esa misma noche desde el teatro. Nada más cruzar el dintel de la puerta, Edit se había apoyado en la pared, como

para recobrar el aliento; daba la impresión de haber llegado huyendo. Los dos permanecieron en silencio, a la espera de que el portero diera paso a los invitados por la puerta del jardín. Era más de medianoche. Edit había encontrado a Péter de pie, rodeado de sus maletas. Hacía rato que las había preparado (Emmanuel y los invitados no se habían dado cuenta de su ausencia cuando se había retirado para hacerlas); había abierto armarios, tirado prendas de vestir sobre la cama y sacado libros de una estantería diminuta con aspecto de abrevadero que antes de la Revolución francesa, con las obras de Bossuet y Pascal, y también con panfletos infectos que narraban en verso las aventuras livianas de la Austríaca, había ocupado un lugar junto a la cabecera de un obispo francés. Péter tenía en gran estima aquella estantería porque había existido y servido en la época que más le hubiera gustado vivir. Colocada en aquel cuarto anacrónico y extranjero, rodeada de la familiaridad frívola de los objetos del siglo XVIII, esa pieza de madera de peral parecía darse perfecta cuenta de que en sus estantes habían encontrado su sitio, junto a Bossuet y los libelos, las primeras ediciones de los enciclopedistas. Aquella estantería era el único objeto antiguo, de época, que había en la habitación de Péter. Los otros muebles parecían haber sido arrastrados hasta allí a la fuerza, como en un cuarto que se alquila amueblado a un estudiante de Filosofía, o donde un veterinario en ciernes pasa míseramente los días de su juventud. La estancia daba la impresión de ser pequeña para Péter. Hay madres severas y celosas que obligan a sus hijos a llevar trajes que ya les van cortos y estrechos, o a dormir en el cuarto de cuando eran niños, y que son incapaces de separarse de ellos e intentan protegerlos de los peligros que pueden acarrearles los libros, los deportes, las mujeres, las enfermedades venéreas y la política, y los crían por así decirlo a la cazuela, como las mujeres de las tribus pigmeas de África

hacen con los hombres. Péter no sabía quién había organizado de aquella forma la habitación, tan a salto de mata y de forma provisional. Emmanuel nunca había entrado en el cuarto de Péter, y la misma Edit solía hacerlo muy raras veces; siempre de paso, por la noche, antes de acostarse y sin llamar. No se sentaba nunca; se movía con pasos rápidos entre los objetos y los muebles, como hacen las personas mimadas cuando atraviesan callejones peligrosos, tocando con la punta de los dedos cosas y libros. Solía entrar como si llevara puestos los guantes y el sombrero, igual que una visita mundana que mira de manera fugaz a su alrededor y saluda a algún pariente enfermo y extravagante. Y parecía hacer la visita así, con guantes y sombrero, incluso cuando aparecía desnuda o con el camisón; entonces se paraba en la puerta y se llevaba a Péter a su mundo, como si lo ayudara a escapar, a sus habitaciones cargadas de muebles y objetos llamativos y poco cómodos, creados por diseñadores alemanes y tapiceros franceses. En la habitación de Péter había una mecedora y un globo terráqueo, una cama de bronce con edredón, una mesita de noche con orinal, que, por supuesto, Péter, demasiado delicado, no usaba nunca, aunque le habría dolido si algún día hubiese advertido que le habían robado aquel objeto pasado de moda y ridículo. La habitación no había sido «organizada» por nadie. Aquellos muebles parecían haberse reunido ellos mismos y con libertad en la estancia, como si se hubiesen refugiado allí, como si fueran parientes pobres que han sentado sus reales en la buhardilla y viven en ella cautelosa y resentidamente mientras, en los salones de abajo, los miembros distinguidos y ricos de la familia se rodean de objetos góticos y salen cada mañana a montar a caballo, sin saber que la degenerada señorita de la casa mantiene relaciones amorosas con el cartero. Aquella habitación no guardaba relación con el resto de la vivienda de Emmanuel.

Péter nunca había podido dedicarse a «hacer colección» en aquella estancia. Todo a su alrededor parecía haberse reunido por casualidad, pero eso era él, eso era el mundo que había creado él a su semblanza, y habría sido imposible cambiarlo incluso si hubiera hecho explotar con dinamita los muebles y los libros. Edit le había suplicado varias veces que adoptara una forma de vivir más «moderna» y sacara de su cuarto la cama de cobre y el orinal. «*Natura non nisi parendo vincitur*», le replicaba Péter con el índice levantado, como si fuera un inspector de educación en su círculo familiar, y entonces le explicaba que esta cita de Bacon significaba que sólo se puede vencer a la naturaleza de una manera: obedeciendo sus leyes. «Como si no hubieses acabado de crecer», decía a veces Edit tras entrar en la habitación y pararse con las manos juntas delante de la puerta. Resultaba evidente que tenía miedo de sentarse allí; se acostaba en la cama de Péter como si tuviesen una aventura amorosa y hubiera llegado a la cita desde muy lejos, desde su palacio, y abajo, en la calle, la esperase la calesa con las cortinillas corridas, con caballos negros y un cochero con chistera, muy fiel, envuelto en una capa inmensa. En aquella habitación hablaba con voz queda, como si temiera que alguien pudiese oírla, o el servicio descubrir su presencia, y que a la mañana siguiente, en los periódicos, estallara el escándalo. Ahora, pasada la medianoche y con Péter listo para marcharse al alba, después del penoso lapsus de Josua, todo cuanto pertenecía a Péter en aquella habitación parecía haberse movido de su sitio. Es cierto, en las habitaciones de quienes salen de viaje siempre ocurre algo parecido a una sublevación: en el suelo se levantan barricadas de libros y maletas; en el respaldo de las sillas se ven corbatas rescatadas del olvido que hacen señales secretas al enemigo, y sentados con gravedad en el sofá y ante la mesa escritorio, pantalones viejos y sospechosos, como una patrulla nocturna de respetables

burgueses que tras la época indiferente y perezosa de la paz echa por fin mano de la escopeta. Objetos secretos se disponen para el viaje y salen de sus escondrijos, objetos cuya existencia nos cuesta confesarnos a nosotros mismos, pero que en el instante de partir advertimos con asombro que son otros tantos instrumentos imprescindibles en nuestra vida: la vieja fotografía de nuestra parienta difunta, el sacacorchos plegable y provisto de raspador y buril, grasa de ciervo en su bote correspondiente, o productos maltusianos de los cuales, pasado cierto tiempo, no responde el fabricante... Ahora que alrededor de Péter la habitación se había puesto en movimiento, y de cajones, armarios y bolsillos de chaquetas habían salido con alevosía todos aquellos acompañantes misteriosos de una vida amable, esos monstruos subterráneos, Edit había empezado a tiritar. También ella acabó por aceptar que algo se estaba poniendo en marcha. Los objetos ya habían abandonado sus lugares acostumbrados. De repente se sintió nerviosa y miró a su alrededor, intimidada.

Aquél era Péter y aquélla su habitación, con los plataneros frente a la ventana, y más lejos, la torre truncada de la catedral, que parecía cantar sempiternos salmos en latín, y detrás de ella, el tejado en forma de pirámide del teatro, desde donde, flotando por el aire, descendía hasta el escenario cuando Edit cantaba cascadas y jardines a la francesa y serrallos orientales, y aún más allá, los caminos y casas y la carretera por donde circula el coche de Emmanuel, orgullosamente destartalado y lento, en manos de ese chófer alemán tan silencioso. Ese hombre de pocas palabras, de alma distinguida, solía cubrir las piernas de Edit con una manta, y lo hacía con tanta humildad que parecía un oficial del ejército emigrado cubriendo las rodillas de una princesa desterrada que se va al extranjero a abrir una mercería y ha aceptado los servicios del que fuera teniente del antiguo regimiento del

palacio de su padre. Y en el coche, Emmanuel permanecía callado y lleno de curiosidad... Sin duda, a la mañana siguiente la llamaría por teléfono para preguntarle si Péter ya se había marchado, luego carraspearía y gemiría al otro lado del aparato hasta que Edit se decidiera a colgar el auricular... En el asiento de atrás del coche estarían sentados Josua, resentido e iracundo, y el joven músico, de cuya cara nunca lograba acordarse, como si no fuera una persona, sino sólo un sonido. Todo eso le pertenecía, y existía cierta jerarquía latente en aquella pertenencia, como si Josua estuviera más cerca de ella que de Emmanuel, como si mantuviera una relación más íntima con los plataneros que con el joven músico y como si el teatro precediera en importancia a Péter. ¿Qué podía hacer ella si la jerarquía se había establecido de esa manera? Edit cerró los ojos y, por un instante, experimentó el mismo vértigo embriagador que había sentido de niña el día de su primera comunión en el coche de camino a la iglesia. Ese día estiró sus piernas largas, calzada con zapatos de charol y medias blancas, y se recostó en el asiento de felpa azul; los rizos le caían en cascada sobre los hombros, llevaba un vestidito blanco de blondas y unos mitones de punto, el libro de oraciones y una sombrilla blanca en la mano. Fuera brillaba el sol, los caballos tiraban al trote del coche a lo largo del paseo marítimo; al final de los embarcaderos, se veía a los pescadores, con su sombrero de cuero con el ala levantada, y el mar, que se replegaba gris y pálido, dolorido e impotente, bajo la neblina del bochorno estival. En el mercado, las mujeres, sentadas juntas y descalzas, se abanicaban, rodeadas de moscas y pescados relucientes; todas exclamaban al verla pasar en ese coche tan cómodo, bajo el sol, con trece años, lista para recibir su primera comunión, tan fina y graciosa, tan pura, con el libro de oraciones en la mano y en el corazón esa piedad y unción que ni antes ni después había experimentado, como si alguna fiesta sin nombre

hubiera amanecido aquella mañana sobre el mundo, la Fiesta de la Pureza o, sencilla y solamente, la Fiesta de Edit... Y sentía vértigo, sonreía y, con una mano, lanzaba besos a los pescadores y a las vendedoras de pescado. Detrás de todos sus recuerdos, amontonados en el tiempo y formando capas en los diversos paisajes de la vida, se transparentaba y fulguraba el recuerdo de aquel instante. Todos sus recuerdos, sedimentados y condensados en una masa informe, formaban la vida de Edit. Sin embargo, en esta materia sedimentada se destacaba claro y cristalino aquel instante, como si fuera un rubí diminuto que madurase en las entrañas de la tierra, por debajo del mundo visible, y ese rubí pequeñísimo, desconocido y escondido, daba sentido y valor a toda una comarca desierta y desolada. Nadie tenía conocimiento de ese instante. Y Edit nunca hubiera podido explicar a nadie por qué se había sentido tan inmensamente feliz ese día, más feliz que nunca, más que en ninguna celebración profana o sacra de su vida. Y de ese recuerdo sólo había sobrevivido un ligero vértigo y esa sonrisa que ahora volvía a iluminar su cara. Sentía un recogimiento religioso.

«Qué fiesta más rara», pensó Edit. Por la mañana, al despertar, ella ya había percibido un halo festivo y solemne en la iluminación de su cuarto. Cuando la sirvienta había levantado las persianas, las hojas color veneno de los plataneros de enfrente se habían inclinado hacia la habitación húmedas de lluvia, con sus haces relucientes y mojados, como si hubieran llorado por la noche. Y el viento había entrado por la ventana abierta e invadido agresivamente el dormitorio, como una señal inequívoca y personal de una fuerza ignota, tocando todos los objetos de la habitación. Había movido las plumas de cisne de las zapatillas a los pies de la cama, arrastrado por el tocador la carta romántica que le había escrito el día anterior el jefe del almacén de la lugartenencia,

volcado un florero y deshojado las flores, y al final se había precipitado sobre la cama y rozado su cuerpo. Así había empezado la jornada. El viento no había sido impúdico y había acariciado el cuerpo de Edit con frescura, sin deseo, con pericia, como un enfermero. Edit se había sentado en la cama a contemplar el jugueteo del viento en la estancia y había pensado que estaba viva y que iba a ocurrir algo. Todos los días celebraba esa sensación: nada más despertar —cuando la luz o el viento invadían su dormitorio, después de que la sirvienta acercara a su cama la mesita de ruedas y llegase a su nariz el olor a té y a pan tostado, y la doncella le tendiera un cuenco de plata con agua perfumada y una esponja y ella dejara que le lavasen las manos y la cara— permanecía así largo rato, inmóvil, mirando la luz o la lluvia... Todos los días celebraba la sensación de estar viva. Era imposible comprender el sentido de la vida; Edit no quería que se lo explicasen. Emmanuel a veces pretendía darle su interpretación, pero Edit lo invitaba a callarse y salía de la habitación. No había nada que explicar. Uno vivía y tomaba conciencia de su cuerpo, del aroma del té y de la luz entre las copas de los plataneros, y todo eso era magnífico, tan magnífico que nadie podía estropeárselo. Bastaba con permanecer inmóvil en la cama y prestar mucha atención a lo que sucedía en el cuarto —mientras Péter iba camino de la sede central de Emmanuel, donde fingiría hacer algo aunque en realidad no hiciera más que llorar, soñar y pensar en Karo, o en un libro, o en Edit—, a las cosas que tocaba con la mano, como la seda de la colcha o el pan tostado, a la sonrisa y el movimiento del cuerpo de la doncella, que daba vueltas alrededor de la cama y la contemplaba servilmente, como una cazurra, con familiaridad y entusiasmo, a la energía que la iba poseyendo con suavidad, de la misma manera que la luz o el vendaval habían impuesto el desorden en la habitación. Esto era suficiente para ella. Le bastaba con

aceptar sin ambages lo que la vida le brindaba y así todo cobraba un cariz solemne. Era preciso estar atenta, al acecho, a la espera. En ese momento empezaba el día. El recuerdo de la noche se iba desvaneciendo en su conciencia, pero todavía podía escuchar los aplausos y percibir sobre el cuerpo la mirada de los desconocidos que la habían contemplado desde las tinieblas de la sala: mil pares de ojos fulgurantes, como animales salvajes en la maleza de la selva, sedientos y hambrientos. Ella estaba bajo la luz de los focos y cantaba. Y aún podía oír la melodía y las voces; los sonidos flotaban como un ruego por esa sala enorme, plenos y abundantes, dulces y tristes, y las fieras salvajes, en la sombra, la escuchaban cantar inmóviles, hechizadas. Mientras cantase no se atreverían a abalanzarse sobre ella. En uno de los palcos estaban sentados Emmanuel y Péter, en silencio, y todos los observaban. La gente sabía de su intimidad con aquellos dos hombres, y en el descanso, primero en los pasillos de la ópera y luego en los salones y redacciones, se dedicaba al chismorreo. También eso era bueno y formaba parte del todo. Edit no estaba de acuerdo con que Péter y Emmanuel ocupasen un mismo palco cuando ella cantaba. No era culpa suya si un buen día había conocido a Péter y se había enamorado de él, aunque luego se diera cuenta de que este amor no era el verdadero. Cuando lo descubrió, sin embargo, ya no podía vivir sin él. Entonces Emmanuel llamó a Péter a su palco, y más adelante a su sede central. Emmanuel necesitaba controlar todo lo relacionado con Edit, y a Emmanuel no se lo podía «arreglar» (esa palabra era de Emmanuel, que siempre se proponía «arreglarlo» todo, con un expediente o con un trato, con astucia o con violencia, y no podía sufrir que nada, una persona, un afecto o una relación, se «arreglasen» por sí solos, como la vida de las nubes o el mar), así que ella tuvo que continuar en compañía de él y de Péter. Al fin y al cabo, quería a Péter. Sí, lo quería. Se hallaba en el

umbral, con el hombro ligeramente apoyado en la pared, con una actitud y una mirada que evocaban los grabados franceses de la época —Edit nunca dejaba de experimentar las posibilidades y recuerdos plásticos de cada instante, de cada gesto y ademán—, envuelta de pies a cabeza con el pañolón de seda negra y blondas, tal como los franceses suelen dibujar a un hombre y una mujer en una habitación, con el epígrafe *avant* o *après*..., y sabía que amaba a Péter. La fiesta, aquella fiesta inquietante, con todos sus incidentes de lluvia y viento, la primavera, la carta de Anna, Josua interrumpiendo con su alarido, la ropa de Péter desparramada sobre su cama, las maletas que hacía tanto que no se habían utilizado y parecían de otro tiempo, de la época primigenia de Edit y Péter... Todo eran advertencias de que en la casa y en la noche estaba ocurriendo algo impostergable y que por la mañana todo sería distinto al día y los años anteriores. Así, con advertencias tan modestas, iba cambiando la vida: una tarde llegaba una carta de Anna —a quien Edit no conocía— con la noticia de la enfermedad de un anciano que también le era ajeno —a quien hasta entonces sólo había visto en fotografías que miraba de refilón, pues no le gustaba mostrar interés por las caras que Péter había llevado consigo de su otra vida— y al apuntar la mañana la refracción de la vida será distinta. Habría preferido que Péter no la dejase. Se iba con él la sensación de seguridad, la tranquilidad de que no podía ocurrir nada malo mientras él viviera en la casa, junto a ella, en esa habitación tan ridícula y pequeña. Ahora se lo quitaban, lo reclamaban en su hogar. Visualizó caras hostiles, manos que se extendían con avidez hacia él, las manos de su familia. Nunca había visto a aquella familia. Péter le había contado cosas sobre ella alguna vez, y uno de sus miembros, un tal Tamás, había telefoneado una noche desde California para pedir dinero. Péter era incapaz de «arreglar» lo más mínimo. Péter no entendía nada de los

negocios de Emmanuel y ni siquiera de teatro; sólo la entendía a ella, como se puede entender un determinado mecanismo. Ella tenía la sensación de que se iba la única persona que la comprendía, y la dejaba en manos de chapuzas. Péter no había sido fiel, no había sido un marido, ni siquiera su amante, en el sentido literal de la palabra, como ansiaba serlo el maestro Nello, cerca de la estación de tren, en hotelitos, con la barriga sujeta por una faja que luego aflojaría cuando fuese al cuarto de baño. Péter era su familia. Estaba absorta contemplando las maletas y el traje negro que él mismo se había preparado. Péter tenía poca gracia a la hora de vestirse, siempre parecía listo para presentarse a un examen del conservatorio, o a una recepción con el arzobispo o el alcalde. Esa disposición cautelosa y esa solemnidad eran herencia de su familia y ella se sentía incapaz de cambiarlas, del mismo modo que no tiene sentido vestir a un chino con prendas de europeo... Edit contemplaba la ropa de Péter, sus objetos diminutos y conmovedoramente familiares, una estilográfica que no le había visto hasta entonces, un peine de bolsillo, un cinturón, y todo le resultaba extraño. Péter se estaba preparando él mismo las maletas, como si temiese enseñar esos objetos al criado. Todo se lo había llevado de otra vida, de otros tiempos, cuando aún no existían Edit ni Emmanuel. Estos objetos lo arrastraban ya hacia atrás, hacia las aguas profundas de otro mundo, igual que unos diminutos pesos olvidados en los bolsillos arrastran al náufrago hacia la sima. ¿Qué debía preguntar ahora a Péter? ¿Para cuánto tiempo se marchaba? ¡Oh, volvería, no cabía la menor duda de que volvería! Y volverían a encontrarse allí mismo, de pie, en la habitación, y Péter sacaría su ropa de las maletas. Pero entonces todo será muy distinto. Edit se estremeció.

—¿Qué ha dicho la baronesa? —preguntó en voz baja.

Péter, con las corbatas en las manos, levantó la mirada:

—¿La baronesa? Ha dicho que yo era un hombre generoso.

Desde luego, era la baronesa. Edit se acercó a la cama y se sentó mientras contemplaba a sus pies las prendas tiradas por el suelo. Naturalmente, la baronesa no habría podido decir otra cosa: con una de sus frases bellas y sonoras, lo arreglaba todo. «¿Me duele que Péter se marche?», se preguntó Edit. Sí, le dolía. Era un dolor distinto al que se siente cuando se marcha un marido, un amante o un familiar. Edit temblaba ahora igual que por las mañanas en su cama, o como esa tarde, al regresar a casa con los perros, de vuelta de su paseo, como se había estremecido al ver en el sofá la carta de Anna, porque también ella lo había sabido todo de inmediato. Con una excitación obsesiva y pertinente, había llegado el momento de la despedida, el instante en que era preciso mirar bien a Péter, en que era necesario llamar por su nombre a una persona porque no era posible contentarse con conceptos accesorios, ni decir simplemente «Péter Garren», ni «Péter, mi Péter» sin más. Y tampoco los diminutivos servían de nada: de pronto, era preciso llamar a Péter por su nombre, sin sonido, sin palabras, con los ojos cerrados, en aquella cama, en aquella casa donde vivían y se amaban de manera tan peculiar, de manera tan diferente de como lo predican las convenciones entre hombre y mujer. Sí, vivían como hombre y mujer, «de forma regular», y no obstante, en aquellos diez largos años Edit nunca dijo quién era Péter para ella. Pero ahora era preciso hacerlo. Por esta razón, ese día era una fiesta, fiesta todo el día. Una fiesta agitada. Edit sintió frío y se ajustó el pañolón.

—Cierra la ventana. Tengo frío —le dijo ella.

Era verdad, tenía mucho frío; de poder hacerlo, se hubiera acostado vestida. ¡Qué dolorosa puede ser la vida!... Dolorosa y fría como una versión de la muerte. Uno lo intentaba todo para calmar aquel dolor: cantaba, se paseaba, comía, amaba, cultivaba su cuerpo, conversaba con hombres de cosas

superfluas y con mujeres de cosas esenciales, y también compartía el silencio de Péter, lo que, en los momentos de dolor, era más que hablar. Edit gritaba y cantaba más fuerte que el dolor, precisamente para acallarlo. Pero en esa ocasión el dolor punzante se imponía. «¡Qué extraño es todo ahora! ¿Ni siquiera pretendo conocer la respuesta a la pregunta de qué habré sido yo para él? Yo soy Edit. Y Emmanuel es el odiado, el loco, el interesante y el gran Emmanuel. Péter nunca ha prestado atención a nuestras palabras, como si siempre escuchara una conversación trivial; tal vez sólo haya estado atento al canto, cuando estaba sentado al lado de Emmanuel en el palco y yo estaba cantando para él. Tampoco yo lo he querido como una mujer a un hombre. Lo he querido, en cierto modo, como una mujer quiere a otra mujer, o como un hombre afeminado quiere a alguien, a un marimacho. ¡Qué confusión tan tremenda! Y los demás dicen: "Péter" o "Edit". Y creen que ya lo han dicho todo. Yo siempre he sido la que ha besado primero; después, él correspondía a mi beso y yo era entonces la mujer y él el hombre. Pero, más adelante, cuando ya nos habíamos besado, ocurrió algo sin palabras ni gestos, como si los dos estuviéramos nadando en medio de un torbellino, pero él hubiera sido arrastrado por otra ola, lejos, muy lejos de mí, fuera del peligro, hacia Karola. Había algo que yo no podía darle; tal vez había dicho una sola palabra de menos, cantado una nota de menos y él se iba hacia Karola en busca de esa única nota. Era la única explicación posible. Y yo, en el fondo, nunca me he sentido realmente celosa de Karola... No tenía celos de ella, como un hombre no tiene celos de la amiga de la mujer que ama. ¿Qué puedo decirle? He aquí a Péter. Ya peina canas. Es muy reservado. Ahora está ordenando sus cosas como un estudiante que, una vez aprobados los exámenes, recoge lo poco que posee y regresa a su casa. Mañana comerá pan de verdad y beberá agua de verdad, y verá a mujeres de verdad y

muertos de verdad... Emmanuel no puede ofrecerle esa realidad. Se lo puede dar todo menos pan de verdad y un muerto de verdad. Ahora *ellos* son los más fuertes», pensaba mientras lo miraba curiosa.

Y dijo:

—Llévate también una chistera.

—La llevo —dijo Péter.

—Escríbeme y cuéntamelo todo. Tú sabes escribir cartas tan divertidas... Las cartas son tu pequeña literatura personal. No olvides escribirme sobre los almuerzos. Sobre todo. Pero no escribas a Karola. Ella no comprende de veras tu literatura. Sería una lástima que perdieras el tiempo escribiéndole. Yo iré a verla de vez en cuando; cuidaré de ella —dijo Edit.

—Muy bien —respondió Péter.

—Péter, querido Péter —continuó Edit, y se tumbó en la cama, lanzó los zapatos, sin sacarse las medias, y apoyó los pies en la cabecera—. ¿Qué podría darte para el viaje? Sabes que siempre me habría gustado darte, sólo darte. No te ruborices. Ahora vas a volver a ese mundo púdico donde la gente se sonroja al confesar sus sentimientos, pero tú no debes avergonzarte de tus sentimientos; llora o besa siempre que lo desees y sin que te importe que te miren de reojo. Ya no te ruborizas tan a menudo. Estoy orgullosa de ti. ¿Sabes que has aprendido mucho de mí? Antes, cuando llegaba una visita, querías salir inmediatamente de la habitación, o, si la visitante era una mujer y te gustaba, al rato ya estabas pensando en pedirle la mano y casarte con ella, puesto que ésa es la solución más cómoda. Me debes a mí haber perdido esa costumbre y no haberte casado con nadie.

—No —contestó Péter.

Aún tenía las manos llenas de corbatas; jamás habría imaginado que tenía tantas corbatas. «Ahora todo se descubrirá», pensó, y volvió a dejarlas en el armario.

—Te faltaba algo, entre nosotros —dijo Edit, y levantó una pierna. Sólo llevaba la media y movía el pie despacio, como si fuera un objeto precioso, mientras lo contemplaba ensimismada —. Me he preguntado muchas veces qué te faltaba. La comida es bastante buena. Yo no te molesto. La baronesa te quiere porque te considera un hombre generoso. Con Emmanuel, desde luego, es distinto. Tú nunca le has hablado como se debe... No le hablas como a una persona. Siempre le has hablado poco, como si hubiese salido de un ciclo de leyendas, vestido con tu levita. ¿Sabes que él también va al peluquero? ¿Por qué no le hablas como a un hombre que va de vez en cuando al peluquero?

—Tú no querías hablarme de estas cosas —observó Péter, con modestia.

Se sentó a su lado, en la cama, cogió uno de los pies de Edit y lo cubrió con ambas manos como si fuese un pájaro.

—Es cierto —dijo Edit—. Quería hablar de que te marchas y me debes a mí no haberte casado con nadie. Tampoco conmigo. Por eso puedes estarme agradecido. Pero esta libertad tuya no vale nada. Es buena para *ellos* —puntualizó, haciendo en el aire un gesto vago; luego añadió con voz apagada—: para la gente. Ellos son libres de otra manera, esclavos de otra manera, y felices también de una manera muy distinta a la nuestra. Me parece que nosotros ni siquiera existimos de verdad, por lo menos en tres dimensiones; ellos nacen y mueren de otra forma. No sufras por lo que acabo de decirte. No he querido molestar a nadie. Siento mucho que te vayas. Te estabas desenvolviendo tan bien aquí... Todos nos sentimos orgullosos de ti. Nunca has cometido la más leve falta. Has sido como un pájaro. También Emmanuel te quiere... Sí, a su manera. Todos sabíamos que estabas aquí y que eras tú, genuinamente tú, en la habitación de al lado o en la otra calle, aunque no interrumpes como Josua, a pesar de que siempre lo sabes todo.

No te habías propuesto ser un amante. Ni ser director general de la empresa. No querías ser mi marido. Bésame el pie. Ahí. Sí, ahí también. También la planta del pie. Gracias. De modo que no pretendías nada. Creo que, en el fondo, tampoco conseguiste ningún logro en especial... Al menos eso dice Emmanuel. Sencillamente, *fuiste*. Y eso es mucho. Pocos lo saben.

—Gracias —dijo Péter, y sonrió.

—Ahora te vas como un pájaro migratorio —dijo Edit—. Vuelves a tu casa. Siento deseos de colocarte en el cuello una anilla metálica, como hacen los ornitólogos con las simpáticas aves migratorias, para que encuentres el camino de vuelta. O si te perdieras en el camino, para que te manden aquí. Porque tú tienes dos patrias, no lo olvides. Ése es tu secreto, ¡el secreto de Péter! Es como el nombre de un perfume... Porque voy a decirte una cosa: los hombres como tú son rarísimos. Tienes dos patrias, una de invierno y otra de verano, como los pájaros inquietos y frioleros. Esta de aquí es tu patria invernal, la extranjera. Emmanuel debe de haber sido para ti una especie de patria, como lo es el templo de Karnak para las cigüeñas; aunque figura en los libros de texto, entre las ruinosas columnas de piedra se puede hacer un nido. Y la baronesa es como una garza roja en los pantanos sagrados, un ave de cabecita pequeña, ojos bermejos y plumas blancas y encarnadas. Y por doquier hay divinidades con cabezas oblicuas y animales anfibios y en los hogares se ven objetos muy refinados, como cubiertos de oro y peines de carey. Nuestra vida de aquí ha sido para ti la palmera, el sol y el desierto. Entre nosotros estás en casa. Nunca olvides que también esto es tu patria y que no podrías vivir sin ella. Y ahora, por última vez, regresas a tu hogar porque ha cambiado la estación. ¿Cómo encontrarás el camino? ¿En qué dirección? He oído que irás en avión... Vuelves a casa y dirás: «Ésta es la

verdadera. ¡Es tan distinta! Más sencilla. Aquí he nacido yo. Aquí debería morir». Todo te resultará familiar, hasta el miedo a la muerte. Y la comida. Y las serpientes, y las ranas, tan conocidas, magníficas. Y las nubes en el cielo. Y las canciones de la gente. Serás muy feliz. Y todo lo que pase te dolerá mucho, muchísimo; te dolerá tanto como en el pasado, cuando eras niño. Pero un día, más adelante, empezarás a sentir frío y recordarás esa otra patria tan extraña, con las garzas reales y el templo. También pensarás en mí entonces. Temblarás y te pondrás en marcha. ¡Ten mucho cuidado de no perderte en el camino! Entonces acabarás por entender que existen dos estaciones del año, dos patrias y dos mundos, y que es preciso emigrar siempre, y que ambas patrias pueden dolerte y faltarte por igual. Eso lo llevas dentro; en vano intentarás instalarte en uno u otro lugar de forma definitiva. Ahora tengo la sensación de que nunca has vaciado por completo estas maletas. Siempre has estado esperando algo. Pero tampoco en tu casa las vaciarás del todo. Nunca en la vida vaciarás completamente las maletas.

—¿No tienes frío? —preguntó Péter—. Voy a taparte.

—Sí —contestó Edit—. Si ahora pudiera cantar, sin duda te lo sabría explicar mejor. Pero todos se han acostado en casa. No puedo ponerme a cantar a la una de la madrugada. También yo tengo mi propia letra y mi propia melodía, pero aún no se la he cantado a nadie. A veces tengo la sensación de que ni siquiera volveré a cantarlas. Sólo canto *Aida* y *El caballero de la Rosa*. ¡Son unas melodías tan civilizadas, tan oficiales! Pero la música verdadera, la que yo quisiera cantar... No, es imposible. Provocaría un escándalo. Acércate más. Dame la mano. Lástima que tampoco tú hayas sido el verdadero. No fuiste lo bastante varonil para mí, o yo no fui lo suficientemente femenina para ti... No sé. Luego apareció Emmanuel. Vivíamos en una patria cualquiera y esa patria

quedó de súbito invadida, ocupada y colonizada por Emmanuel. Ya no es posible huir. ¿Sabes que muchos nos envidian?... Y de repente todo fue muy distinto. Como si en nuestra infancia hubiéramos aprendido otras oraciones. A veces aún me acuerdo del mar. Mi padre llevaba siempre uniforme, con un catalejo colgado del cuello. Era un hombre muy reservado. En una ocasión le clavó un cuchillo a su caballo de montar. ¿Por qué? Ahora pienso muy raras veces en él. Y la baronesa, que apareció un día como de la nada, vive aquí desde entonces, como si estuviera en tratamiento y no fuera posible echarla. Es huérfana de padre y madre. Ya tiene más de setenta años. ¿Adónde debería mandarla? A los huérfanos no se los puede dejar en la calle. Creo que, en secreto, mantiene una relación amorosa con Walter Scott. ¿Qué será de mí, Péter? —preguntó elevando la voz y sentándose sobre la cama.

—Querida —dijo Péter—, es hora de despedirnos. Acuéstate. Ya despunta el alba. —Y se quedó absorto en sus pensamientos —. Padre va a morir —dijo luego, obstinado y triste.

—Sí —dijo Edit—. Perdóname.

—No hay de qué, querida —replicó Péter.

—Y no dejes de escribirme. Cuéntamelo todo. Háblame incluso del tiempo que hace. Sobre los demás. ¿Se parecen a ti?

—Creo que sí —dijo Péter—. Son mi familia.

—Por supuesto —dijo Edit, condescendiente—. Pero también nosotros somos tu familia. Nunca lo olvides. También a nosotros nos debes algo. Cuando sueñes, el sueño siempre será un poco Emmanuel, Josua, la baronesa y yo. A veces nos oirás como se oye al mar. Quien haya vivido alguna vez junto al mar sabe que uno nunca deja de oírlo, aunque esté despierto. Tú ahora vas a vivir rodeado de montañas. Dicen que allí el clima es muy estable; es como debe ser. Por la mañana sale el sol y por la noche se pone. Nosotros aquí hemos vivido con mucho desorden. A veces, a las cuatro de la tarde era medianoche. Y el

lago, al alba, bajo las ventanas, a veces tenía flujos y reflujos, como el mar, incluso olía como si el fondo, las profundidades, estuviera poblado de pólipos y corales. Y a veces soplaba viento del sur, y hemos visto puestas de sol como en el Sahara. Todo esto lo llevamos dentro. Y cuando lo recuerdes, te dolerá. Sentirás nostalgia. Ahora bajarás a las profundidades... muy hondo. ¿No te llevas un traje de buzo, o un sombrero con pelo de gamo? Yo ya no quiero marcharme de aquí —añadió en voz baja mirando al vacío.

Edit hablaba cadenciosamente, con suaves altibajos, como si cantase escalas en voz muy baja. «¿Qué me quiere decir?», se preguntaba, angustiado, Péter. Todo aquello no era más que la melodía, variaciones insignificantes, aún no había llegado ese momento en que, de manera súbita, la voz de Edit brota con una agudeza y una pureza tan admirables que al público presente en la ópera lo recorre un escalofrío tal que no se atreve a aplaudir, ni a alzar la vista, y se queda sentado, con la mirada baja, como si alguien hubiera dicho el nombre de cada uno de ellos y se hubieran sentido ofendidos. En tales ocasiones Edit ya no escuchaba a la orquesta ni veía al director. Lo mismo que en el amor, sólo alcanzaba aquel clímax cuando cantaba, o a veces en aquella habitación, al despuntar el alba, cuando conversaba con él. «Le prepararé té para la despedida», pensó, afligida. Era como si Edit estuviera dormida. Su cara se veía huera, lívida, torturada por la enorme tensión anímica. Había estado deambulando muy lejos de allí; puede que por los alrededores del templo de Karnak. La luz de la lámpara caía sobre su cara como los rayos de un sol demasiado intenso. Afuera, en el jardín, ya despuntaba el alba y el viento comenzaba a soplar. Péter miró su reloj, con disimulo, como un traidor. Era preciso que empezara a ponerse en camino. Aún no había colocado en la maleta el traje negro. Edit levantó la cabeza al percibir la traición.

—Yo te amaba de otra manera —observó ella, queda y sobriamente—. Como un chino. O como un animal. Tal vez no supe amarte como debía. Un amor como el mío no lo bendeciría ningún sacerdote.

—¿Volveré, querida? —preguntó Péter.

—Sí —dijo Edit—, pero sólo de visita. Y yo me alegraré mucho cuando vengas —añadió, cariñosa, y se sentó en la cama, echó hacia atrás la cabeza y apartó un mechón que le había caído sobre la frente—. Ya charlaremos entonces... Como si regresaras de cazar leones... Hazme el favor de darme mis zapatos.

—Cazar leones —repitió tristemente Péter.

La abrazó y la sacó de la cama. Edit pesaba poco y Péter la levantó en el aire y se la llevó en brazos por el corredor frío y bajó la escalera, con el fin de dejarla en su habitación. Edit se abrazó al cuello de Péter; ahora no parecía pesar nada y guardaba silencio. Pasaron por delante de la puerta de la baronesa y, como de costumbre, aguzaron el oído y tuvieron que sonreír. Pasaron ante la divinidad africana y los dos, supersticiosos, alargaron al mismo tiempo la mano y acariciaron aquella estatua frívola y majestuosa. Tenían muchas supersticiones en común. Los dedos de Péter adivinaban los huesos delgados de Edit; a veces el aliento con aroma de anís de aquella boca fina y blanda rozaba su cara como una caricia. Mientras sostenía aún aquel cuerpo en brazos, Péter se asustó al sentir de pronto que no lo conocía, que había algo que él no había llegado a conocer. «Ya es tarde», pensó. Se encontraban delante de la puerta del cuarto de Edit. «Desaproveché la ocasión de conocer este cuerpo», pensó él asombrado. Siempre se había tratado de otra cosa. Siempre se trataba de Edit, o del amor, o de Karola, o de un impermeable nuevo, o de adónde ir una noche...

—¿Quieres que te lleve adentro? —preguntó Péter con voz

tranquila al llegar a la puerta.

Pero Edit, que ya le había soltado el cuello, con un pequeño salto bajó al suelo, como un pez que se escapa de la red y al entrar en su elemento se precipita en las profundidades. En el umbral en penumbra se detuvo un instante, un poco encorvada, como si quisiera decir algo más. Miró a Péter con atención, con ojos febriles. Después levantó la mano y le propinó una bofetada. El golpe fue ligero y cálido. Dio media vuelta, desapareció por el umbral y cerró la puerta con llave.

El viento rondaba la casa ruidosamente, con pasos sonoros. «¡Me lo ha dicho a pesar de todo!», pensó asombrado Péter. Se palpó la mejilla, volvió a su habitación de puntillas, miró el reloj y soltó un silbido suave. El avión iba a despegar al cabo de una hora. El chófer acababa de encender la luz de abajo y parecía moverse en el garaje. Había llegado el momento de cerrar las maletas.

Viento del norte

En el aeródromo despuntaba el día, pero no más que en un poema. El avión parecía blanco bajo la luz fantasmal y fría. En una de sus alas estaba sentado un hombre rubio que bebía leche, vestido con un mono manchado de aceite y la cabellera al viento. El cielo estaba despejado, como desprovisto de finalidad. Un funcionario con gorra de plato se llevó los dedos a la visera, saludó sin ganas y dijo con amabilidad:

—El señor tendrá un viaje muy agradable, viento del norte...

En el interior ya se había sentado una anciana solitaria que miraba hacia fuera con desconfianza, bajo el velo y las mantas de piel, mientras se comía una naranja. El prado se desperezaba

inundado por la luz fría de la mañana como si tuviera piel de gallina, como una joven que se hubiera acostado desnuda una noche de abril y se hubiera despertado con sensación de frío y miedo al caérsele la manta entre sueños. Ya no estaba oscuro, pero aún no era de día. «Está perfectamente bien así», pensó Péter, que se quitó el guante y encendió un cigarrillo. El ademán le pareció mundano. El hombre con la gorra de plato, el avión, el viento que azotaba las alas de aluminio y el gesto con el que su mano sin guante acababa de tirar la cerilla, la manga de viento, esa salchicha legendaria que se escapó de la mochila del diablo y revoloteaba ahora sobre sus cabezas, las banderitas del campo de aviación, esparcidas sobre la hierba como si se tratase de una fiesta de gente refinada, y esa iluminación cruda y funeraria que hacía palidecer incluso a los árboles, sumergidos en la luz de ese paisaje aterrador que parecía soñado por un pintor enloquecido; sin duda todo aquello tenía un carácter mundano. «Mundano», sólo se le ocurría esa palabra. El funcionario de la gorra de plato conversaba con esa cortesía rígida, tan típica de los militares; dijo que el barómetro iba subiendo.

—¿Subiendo hacia dónde? —le preguntó Péter de manera distraída.

Pero se ruborizó al instante, y, en su turbación, miró irritado al hombre. Nunca había entendido lo más mínimo de esos instrumentos: el barómetro, el compás y el horario. Emmanuel le había quitado la costumbre de viajar, pensó con cierta confusión. «Ya no sé nada acerca del mundo. Desde hace años no pienso más que en movimientos de sonatas de Bach, pero ahora tengo el mundo ante mí y he de volver a empezar». Se puso el guante y, con ademán desenfadado, subió al avión.

El interior olía a tela encerada, a gasolina y aceite, y también se percibía un ligero aroma a naranja, pues a la anciana se le habían caído varias mondaduras al suelo. En la mesita tenía

una cesta todavía llena de naranjas y un libro titulado *El cisne negro* junto a un par de guantes de punto, de lana gruesa, un vaso de agua y pastillas para el mareo. «¡Qué lástima! Va a comer y a tirar desperdicios por el ancho mundo», pensó Péter. La puerta se cerró de golpe. El funcionario se paró delante del avión y dio la señal de salida, como un vigilante del cosmos que dispone las bifurcaciones de las rectas paralelas. Parecía contento de tener de nuevo la ocasión de saludarlos con los dedos en la visera; llevaba una gorra recién estrenada. El hombre rubio terminó de beberse la leche y se encaramó al asiento del piloto. A través del cristal del escotillón miró a los pasajeros y les hizo un guiño que además de simpático parecía irónico, como si se alegrara del mal ajeno, como quien está a punto de hacer una travesura tremenda e insolente y sabe que enseguida la descubrirán. Su rostro de niño pícaro y expresión amable, enmarcado por una melena desordenada, hacía pensar en Puck; sí, era Puck, que sabe volar por encima de las casas y los bosques, que hace guiños mientras vuela y mira la cara de la gente y los paisajes dormidos, sopla en los cráteres y en las campanitas de las flores y confunde los sentimientos de los humanos. «Puck sabe volar», pensó Péter con respeto. Existe una nueva especie de Pucks. Son un poco mecánicos, electricistas, pero también un poco aristócratas, y todos los días ven la vida desde una altura de cuatro mil metros. «Ahí lo tenemos», pensó. Ya volaba.

El funcionario desapareció del campo inmediatamente, como si la presión del aire de la hélice lo hubiera lanzado lejos de allí; su cabeza con la gorra se había esfumado como la cabeza del diente de león bajo el soplido de un gigante. Luego desapareció también el campo; sobrevolaban la ciudad, muy bajo. «El señor Puck es muy curioso», pensó Péter. En algunas casas ya habían encendido la calefacción: en las casas distinguidas el mecánico se levantaba a las cinco de la mañana

y ponía en marcha la caldera de la calefacción central. A aquella hora los criados y las cocineras aún dormían. Sólo el mecánico y el jardinero estaban en pie. Y de esas casas que no habían despertado todavía ellos cogían la fruta y el vino, y de las fuentes de las mesas de comedor, los pasteles para sus hijos. En algunas casas se quedaban las ventanas del salón abiertas por la noche, después de haberlos aireado. El viento levantaba con cuidado los pesados cortinajes; en las mesas, flores medio marchitas y cansadas de su destino terrenal levantaban sus cabecitas y recordaban su vida. Al amanecer, a Péter le gustaba cruzar de puntillas esos salones vacíos donde la tapicería de seda de los muebles se había quedado impregnada del aroma fino del tabaco y la fragancia cruda de los cuerpos y vestidos de las mujeres. En mesitas de mármol con patas doradas había copas medio vacías, y en la atmósfera flotaba el olor acre del champán y el humo frío, como después de una juerga que hubiera sido interrumpida, como si la reunión conspiratoria de un grupo selecto y muy fino de filósofos, revolucionarios, banqueros y mujeres se hubiera terminado de golpe al oír el primer timbrazo de advertencia de la mañana. Péter reconoció varias casas desde las alturas. Bajo un tejado alto y puntiagudo, el lugarteniente y su amante, la vieja Julia, dormían plácidamente en una cama ancha de matrimonio que aún debía recordar los amoríos y la muerte del príncipe alemán, ocurrida a finales de siglo. El lugarteniente solía enseñar la cama a las visitas con las que tenía cierta confianza, como un conquistador muestra los territorios ahora gobernados a su manera y antojo. En tales ocasiones, la vieja Julia se hallaba detrás de él, pensativa y solemne, vestida de seda morada de los pies a la cabeza y con una gran cantidad de pintura también morada bajo sus ojos inteligentes, como un fantasma iluminado por una luz polar, y decía con voz grave, demasiado varonil: «A Agoston le gustan las situaciones históricas». Y soltaba una

sonora carcajada, como si un mortero se echara a reír. Péter pensaba que en la cama esa mujer debía de ser como las ruinas de un castillo, cubiertas de musgo y orín, en medio de un paisaje histórico. La gente de la provincia quería mucho a Julia, e incluso la aplaudía cuando salía de paseo en coche; se pensaba en ella con condescendencia, como se piensa en una tía morganática. En ese momento el lugarteniente debía de estar durmiendo y su dentadura en un vaso de agua sobre la mesilla de noche; Julia, a su lado, con una cofia de blondas moradas, envuelta en lino blanco y cubierta de polvos de arroz y ungüentos rancios, como las momias. Péter sentía lástima por ellos. Delante de la puerta, bajo las ventanas de la pareja dormida, vio por un instante a los guardias, con su *dormán* azul y sus *képis* encarnados, que avanzaban con movimientos lentos; guardaban un sueño que debía de ser tan penoso, confuso y desanimado, tan lleno de pesadillas y figuras lúbricas que sólo de pensarlo Péter se santiguó, con un gesto rápido e inconsciente. Sobrevolaron la doble torre de la catedral, el palacio del arzobispo, el campanario. A pesar del rugido de la hélice, Péter escuchó el tañido de las campanas, un sonido torpe e iracundo que se extendía por encima de la ciudad dormida, quejumbroso e inexorable, como la voz de un hombre sanguíneo y apoplético al despertarse por la mañana. Éste era el sonido postrero que Péter se llevaba de la ciudad. Allí al fondo, en una de las casitas disciplinadamente alineadas, Karo debía de dormir en silencio, roncando un poco, con la boca abierta y los dos puños apretados de manera convulsiva contra su pecho desnudo, sola, o en compañía de aquel hombre que la tarde anterior la había llamado por teléfono, lastimero y nervioso, tanto que a lo mejor la había encontrado por fin por la noche, bajo un árbol o en algún café concierto, rancio ya en su varonil entusiasmo, tan salvaje y sentimental como para coagular todos los instintos y volverse dulzón como la fruta en

una solución de ácido salicílico. Y Karo ahora estará tomándose el jarabe a cucharadas, entregada como una pequeña burguesa, astuta y calculadora, como quien sabe que hay que acabarse el plato porque si no al día siguiente la comida se habrá estropeado y ya no podrá comerse. Sin duda había encontrado ya el pañuelo con el mensaje y quizá haya llorado al leerlo, pero también puede que luego, pensativa y sollozando, se haya sonado la nariz con ese mismo pañuelo. «¡Pobre Karo! También ella tiene un destino al que obedece. Nadie es capaz de ayudarla. Estoy viajando entre el amor y la muerte, como en una poesía. Tal vez lo único que pueda salvarnos sea el cariño», pensaba Péter.

Aún se podía ver la ciudad. Las torres de la catedral, las casas en las que dormían Karo, Edit, el arzobispo, el lugarteniente y la vieja Julia, y otras cien mil o doscientas mil personas más —Péter nunca sabía ese tipo de datos estadísticos; le parecía suficiente que uno supiera contar hasta cuatro o cinco, como los primitivos: «Todos los números que estén más allá de estas primeras unidades, ¡resultan tan inverosímiles e inconcebibles!»—, a las que veía con más relieve y detalle que nunca. Todavía no tenía la sensación de ser viejo, sin embargo, ya no era aquel Péter Garren que ayer, a la misma hora, se desperezaba y se sentaba en la cama para contemplar, bajo los matices de la primera luz del día, el paisaje finamente delineado. Era ya como un pariente muy cercano e íntimo de aquél, como un hermano gemelo con el que hubiera compartido la cuna durante mucho tiempo. Jamás había visto la ciudad desde esa perspectiva, pero en ese momento, desde las alturas, le pareció más real que nunca, más que cuando andaba por sus calles, allí abajo, y podía tocar las piedras. Era como si Emmanuel hubiese tenido hechizada la ciudad y ahora, en ese instante en que Péter la abandonaba y rebasaba el círculo mágico de Emmanuel, las casas y las personas por fin le

mostraran su verdadero sentido y realidad. Péter volaba todavía embargado por la sensación de que estaba volando no sólo por obra y gracia de un motor de explosión. Ganaba altura, pero ya no era la voluntad del rubio Puck la que le permitía sobrevolar la ciudad, el lago y el monte; se daba cuenta de que había empezado a funcionar otro timón de altura, muy distinto, que lo llevaba por encima de las nubes y la realidad. La anciana carraspeó y escupió a su lado; con sus diminutos ojos de mona, miraba a su alrededor como pidiendo auxilio. «No soporta volar; esta raza sólo se siente a gusto en la tierra y entre los árboles. En fin, será como sea», pensó Péter, compasivo. Y sonrió a su compañera de viaje para animarla.

Tal vez sólo el amor puede ayudar. Esta idea no se le había ocurrido hasta entonces. Creía firmemente en el amor y sabía que tarde o temprano tenía que morir. Ya era plena luz del día y el sol había irrumpido de forma inesperada y con estruendo. Volaban por encima de las nubes. Las cimas de las montañas nevadas fulguraban. Detrás de las cimas y la nieve se intuía la presencia del mar, como si estuviera al acecho, a espaldas del universo, contestando a su manera monótona a una pregunta. Más allá del amor y la muerte existía algo que Péter sólo sospechaba, pero no conocía bien. Ahora se le había ocurrido ponerle nombre. Todavía podía ver la ciudad, aunque como se ve un punto geográfico cualquiera en el mapa. En el mundo todo se metamorfoseaba y desaparecía con una sencillez extraordinaria. Unos segundos antes la ciudad todavía existía para Péter como una realidad tan sonora y excitante como un crimen. Pero ahora se había descompuesto en trozos y se había derretido. El cariño daba nombre y sentido a todo cuanto una persona podía experimentar entre el amor y la muerte. Pensó en esa idea como si acabase de recordar una palabra, un concepto del que le habían hablado hacía muchísimo tiempo y que luego se le había olvidado por completo; de hecho, ni

siquiera se acordaba de su verdadero significado. Habría que buscarlo en algún diccionario. Muchos le habían dicho toda clase de sandeces, pero en realidad no se podía hablar acerca del «amor-cariño». Apretó la cara contra la ventanilla, como si se inclinara sobre el mundo. Éste se hallaba repleto de amor y de muerte, pero el cariño de un hombre era sólo suyo. Tenía la sensación de que por fin había encontrado la meta de su viaje: viajaba hacia el cariño. Lo invadía una excitación tremenda. Abajo, en las tinieblas, vivían los ríos, los bosques, los hombres y los animales. Vivían según las normas de la vida y las leyes de la muerte, pero el cariño era más que esto. «¿Dónde he vivido yo? ¿En qué sordera?», se preguntó, azorado, como si oyera una voz. En alguna parte se vislumbró un rostro entre las nubes y el mar, luego se desvaneció. Aún no podía percibir sus contornos con claridad. «Aún he de vivir y sufrir mucho para reconocer ese rostro. He vivido entre carne y piedras, pero el cariño es algo completamente distinto», pensó. Tal vez, en nuestro último aliento, eso sea lo único que dé sentido a la vida. No «es más fuerte que la muerte» —eso sólo lo creía Edit, desesperada, y no obstante con la esperanza de que el cariño pudiera aplazar la muerte—, pero al final es capaz de condensar en melodías, o en cualquier forma de comunicación humana, todo cuanto en la vida carece de lógica y produce dolor, lo que es imposible de expresar con palabras. «¡La meta del viaje!», pensó, sonrió y lo olvidó. Volaban muy bajo por encima de una ciudad pequeña. Junto a un puente vio una vaca bajo la lluvia que levantó la cabeza hacia ellos sin sorprenderse.

«No podemos querer lo suficiente», pensaba. ¿Cuándo lo iba a aprender? Hasta ahora sólo había vivido en medio de emociones, entre deseos y temores. «El amor, por lo visto, está desprovisto de anhelos. No quiere dar ni tomar. El amor —y miró hacia la vaca— sí parece que es al mismo tiempo

despiadado. Toda verdad es despiadada; no admite regateos, ni discusiones. ¿Cómo será la cara de Padre? También mi cara está contenida en la de Padre; ahora va a tirarla como si fuera una máscara. ¿Y quién es Padre? ¿Quién había sido él en el mundo, en nuestra casa sombría y cerrada, rodeado de sus libros y sus objetos informes? ¿De dónde me trajo a mí, de qué otro mundo? ¿Lo ignoro todo de ese mundo?» Era como si lo tuviera delante en ese momento y lo pudiera ver con absoluta claridad. De pronto Péter se dio cuenta de que era su padre —en la vieja casa solariega de la ciudad de provincias, rodeado de sus muebles, su ropa y sus libros de filosofía, todos ya muy pasados de moda— quien había sido verdaderamente «mundano». Era Padre el «mundano» y no Emmanuel, ni aquel señor inglés, ni los que viajaban en barco rumbo a Bombay vestidos de esmoquin blanco, con talonarios de cheques y contratos de petróleo en el bolsillo... Y su vida en la ciudad, en la ciudad encantada de Emmanuel, donde hasta pagaba sus impuestos como si sacrificase palomos y corderos para una desconocida divinidad avara y barbuda, no tenía nada de «mundanidad». Más bien se trataba de vivir bajo el hechizo «pequeñoburgués». Padre, aunque no saliera de su habitación, sabía algo acerca del mundo; sabía algo que ignoraban los demás, los que se agitaban en las Bolsas, en los laboratorios de Emmanuel, en los depósitos frigoríficos, en las fábricas de cañones y en las pistas de baile. Algo acerca del mundo, Padre sabía algo personal e intransferible que los demás desconocían. Vivía en su pequeño mundo, en el ambiente más reducido posible, pero sin perder el contacto con el gran mundo, el verdadero. «Quizá me lo cuente ahora, al despedirse. También puede ser que me abofetee, o que me diga algo... ¿Sabré entonces qué es el amor?», pensaba Péter, esperanzado.

—¡Guerra! —exclamó su compañera de viaje señalando hacia abajo, a la tierra, y le guiñó el ojo.

Era una mujer increíblemente fea, como si la vida hubiese borrado todo rastro de alegría de su cara, como si un día después de comer, la naturaleza, con malignidad aburrida, se hubiese dedicado a juguetear con la materia sin el menor tacto ni finura y hubiese dado forma a aquel rostro. Ella no paraba de sacar cacahuetes de un cartucho, comida de monos; no se cansaba de masticar y escupir a seiscientos metros de altura. Volaban bajo. Sobre la tierra se veía gente tumbada en los campos embarrados y banderas ondeando al viento; de las gargantas de cañones invisibles salían detonaciones y nubes blancas diminutas. «¿Ya había empezado?», se preguntó Péter. En efecto, la noche anterior Edit había mencionado algo, pero era posible que sólo se tratara de maniobras. Miró hacia abajo, hacia la muchedumbre que corría en dirección a un puente con banderas, caballos, tanques y cañones. Inmediatamente apartó la vista y miró al cielo.

—¡Guerra! —gritó de nuevo la compañera de viaje, como si se le hubiera ocurrido una broma muy divertida, un símil tan gracioso que no había podido guardárselo para ella.

Péter asintió con la cabeza. «¡Qué hocico!», pensó. Se repantigó en su asiento y miró con curiosidad hacia el cielo. Sí, era posible que fuese una guerra. También eso formaba parte de los negocios de Emmanuel. Pero aquello hacia lo que Péter estaba volando no pertenecía a su área de influencia. El cariño, Padre y la familia quedaban fuera de sus círculos. La gente tenía miedo y sus dientes castañeteaban de miedo: temían la guerra, el apendicitis con pus, los accidentes de tráfico, el cáncer y la inflación. La vida parecía ser un tejido volátil y tremebundo: el cuerpo, sí, y también los meteoros y los cristales de roca. El tiempo era la vida, el tiempo, esa sustancia invisible e impalpable que derretía y diluía todos los tejidos y hacía que se esfumaran. «¿Qué temen?», se preguntó como de paso, y miró un instante hacia abajo, a los hombres.

—¡No tenga miedo! —le dijo con cortesía a su compañera de viaje. La anciana se había tapado la cara con las manos y movía la cabeza con tristeza, como quien ha recibido la noticia fatal e inexorable de una catástrofe.

En ese momento atravesaron una nube de hielo. La cabina se oscureció bruscamente; el granizo chocaba contra las alas de aluminio con un tableteo intenso y monótono, como el de una ametralladora. A veces un rayo hendía las tinieblas. Por debajo de aquella nube, a bastante profundidad, la punta blanca de otra nube brillaba por los rayos del sol. «Estoy viajando entre el fuego y el hielo», pensó Péter, y tuvo que sonreír. Tenía que ser así. El hombre debía atravesar fuego y hielo, al menos una vez, si es que pretendía aterrizar... Puck se volvió hacia atrás y mostró su dentadura a los dos viajeros. Ahora parecía llevar una máscara de negro: una gorra de piel marrón brillante y muy lisa en la cabeza. Sólo se le veían las gafas de sol negras y los dientes, pero parecía sentirse muy a gusto bajo el granizo, en medio de los relámpagos. «Por fin está en su elemento», pensó Péter. El piloto miraba hacia atrás con ironía, hacia los hombres de la tierra, y comprobaba el efecto. Péter le hizo una seña como para indicarle que él era de la misma opinión; la dentadura rio con jovialidad y asintió. Puck se encogió de hombros y comenzó a subir, cada vez a mayor altura, más allá de la nube de hielo, escapando al radio de acción de los rayos, y lo hizo con un impulso alegre y juvenil, como si se adentrara a gran velocidad en un éter inédito y cubierto de rocío. El casco del avión arrancaba chispas de las nubes; penetraba en el elemento enrarecido, nadaba y hacía volatines con las alas extendidas. Sobre algún que otro pico parecía jadear y luego se sacudía, se inclinaba a un lado, y proseguía así, apoyado en una capa de aire, por encima del mundo que iba despertándose. Volaban bajo el sol, muy cerca de la fuente de luz. El astro estaba ya muy alto, pero la tierra, abajo, apenas empezaba a

desperezarse, a prepararse para la paz y la guerra. Como si se hubiera propuesto vengarse del tiempo, Puck se entregaba al placer de volar, de prolongar el tiempo, como había hecho durante esos varios centenares de millones de años en que se había visto obligado a arrastrarse por la tierra. Y como quien al fin se ha desasido, se lanzó por los aires con una pirueta única y audaz, como si hubiese dado una patada a las orillas de la tierra y se zambullera ahora, por fin, muy feliz y sin rumbo fijo, en aquel elemento familiar, frío y con un ligero sabor a estaño. «¿Adónde va? Nosotros somos humanos, señor Puck; nuestro viaje tiene una meta. Por favor, querido Puck, lléveme a mi casa. El infinito carece de sentido. Nuestro viaje nunca podría tener más que una meta: la tierra, la familia. Aun cuando estemos volando», se preguntaba Péter con inquietud.

Péter miraba hacia abajo y reconocía ciudades, todas muy antiguas, con torres de catedrales, bastiones de fortalezas y plazas adornadas con estatuas. Luego apareció el recodo familiar del gran río con la sinuosidad suave y femenina de su lecho, castillos y rocas en las orillas y mujeres rubias secándose el cabello sentadas en las piedras y canturreando. Vio barcos navegando hacia el interior del país mientras en las riberas bosques de color verde veneno protegían secretos con su follaje: héroes, lagartijas y carboneros. El paisaje le resultaba dolorosamente familiar. Cada cuadrilátero le mostraba una escena nueva e íntima, como fragmentos de un puzle de cubos en el cuarto de los niños. Sólo era preciso completarlo: todos juntos constituían la patria. Era un cuadro minucioso y sus recodos estaban formados por países y ciudades; en las plazas públicas se veían reyes fundidos en bronce, con cotas de acero, levantando la doble cruz apostólica; en las fronteras, barreras pintarrajeadas o estriadas y garitas; en las orillas del mar, palmeras y baterías antiaéreas; dentro de las casas, en las ciudades, gente que hablaba distintos idiomas pero que

pensaba en las mismas cosas: en el hambre y el sueño, el amor y el dinero, el olor del delantal de verano de su madre, la muerte y los impuestos. Los pobres aparecían sentados en bancos, a la orilla del río, con gorras de estilo inglés, las manos en los bolsillos, una colilla entre los labios, las piernas estiradas y pensando en la pobreza. En algún lugar en medio del paisaje, en una ciudad que se extendía por las colinas y era a todas luces antiquísima, había un hombre sentado en un café con los versos de un poema en la cabeza, buscándole rima a la palabra «cordero». Miraba al frente y el esfuerzo casi desfiguraba sus facciones. Todo el conjunto del paisaje, los buques y las selvas, la ciudad y las estatuas de bronce estaban cubiertos de cierta pátina histórica de un tono verde claro, como el que suele cubrir las cúpulas de cobre de los palacios antiguos. Ésa era la patria... Volaban desde hacía horas. A ratos veían el mar, luego unos campanarios construidos con grandes bloques de mármol blancos y negros, una llanura con pozos artesianos, una ciudad nueva construida con cemento armado, con casas altas y lisas en cuyos tejados tomaban el sol unas mujeres desnudas... Allí abajo, en las profundidades, todo aquello hablaba un idioma cuyas palabras se pronunciaban con voz muy baja, con un murmullo fanático. A veces Péter reconocía algún rincón. En la escuela había aprendido cómo se llamaba esa torre mutilada. Años más tarde, al pie de las murallas de ese bastión, había estado sentado con la *Divina comedia* en la mano, una bolsa con «pan de san Juan» en el bolsillo y una angustia feliz, llena de esperanza, en el corazón. En torno a las murallas del bastión, los olmos eran muy altos y se inclinaban bajo la caricia del viento matinal. Vio rocas y cementerios de soldados, diez mil cruces blancas de madera alineadas según el diseño de un ingeniero cuya fórmula aún estaba por resolver. En medio de un prado, a la sombra de un roble, vio sentado a un pastor joven que tocaba la flauta y leía el periódico.

Su compañera de viaje, desorientada y desalentada, le ofreció naranjas.

—¡Volamos a gran velocidad! —le gritó—. ¡Viento del norte!

—¡Sí! ¡Volamos hacia casa! —le contestó Péter, y sus ojos brillaban.

Le aceptó una naranja para no ofenderla. «¡Ay, la abuela! Antaño las mujeres así volaban montadas en escobas», pensó, con cariño. Los ojos de mona de la anciana brillaban atentos; lo veía todo, las nubes y el paisaje, pero sin dejar de pestañear y hurgar en su bolso, como si precisamente allí, bajo el sol y las nubes, hubiese perdido algo, un ganchillo o el retrato de su nieto, y no pudiera hallar reposo hasta encontrarlo. El viento elevaba y empujaba el aparato. Volaban por encima de ese paisaje familiar y el viento del norte los impulsaba, los perseguía, el viento que, fuera del tiempo y desprovisto de memoria, merodeaba por aquellos parajes y seiscientos años atrás ya estiraba las barbas cubiertas de escarcha de los Garren, que habían caminado por allí, en invierno, con mujeres y perros, envueltos en harapos y en pieles, con la mochila y el hacha a la espalda. Por allí habían llegado los Garren, oriundos del norte. El viento le era familiar. Se habían detenido a orillas del río que separa el norte del sur, al acecho, husmeando el aire que por allí era más suave y se mezclaba con brisas más clementes. Aún tenían los ojos llorosos por culpa del granizo y el viento; se hablaban en voz baja, masticaban hierbajos de las matas y bebían agua. La cuestión era tomar una decisión: ¿debían ir hacia el este o hacia el oeste, o dar la vuelta siguiendo los vientos cálidos, hacia el sur? Debatieron largamente, mirando los cuatro puntos. Las mujeres habrían preferido dirigirse al sur; decían que allí el pan crecía en los árboles y sus hijos no se resfriarían a cada momento, que no era necesario construir casas, ¡bastaba con sacar piedras de las canteras, levantar iglesias, pintar cuadros y dedicarse a la pesca

o al canto! Pero los más viejos desconfiaban, e hicieron callar a las mujeres; decían que no existía una patria donde el hombre viviera de construir iglesias o cantar. Uno no construye una iglesia para vivir de ella. ¡Tonterías! Los Garren, que en el norte habían trabajado muy duro, eran desconfiados y silenciosos. En esa época, la falta de trabajo hacía estragos en su tierra y por eso se habían puesto en camino, primero en barcas y luego a pie, siguiendo siempre el curso de los ríos. Se untaban el cuerpo con grasa de pescado para combatir el frío. Había entre ellos uno muy nervioso, un tal Roberto *el Parlanchín*, al que la tribu toleraba, aunque nunca trabajaba de veras, porque en las fiestas cantaba para agrado de todos y enlazaba en versos rimados los nombres de pila de los miembros más renombrados de la familia. Este Roberto *el Parlanchín*, cuya memoria ha sobrevivido en el ciclo de leyendas de la familia, suplicó a los ancianos de la tribu que se dirigieran hacia el oeste. ¿Qué había al oeste? Nadie lo sabía. Los ancianos se encogían de hombros; «habladurías estúpidas», decían, condescendientes y desdeñosos. «¿Qué quieres hacer en el oeste, Parlanchín?» Pero el iluminado lanzaba gritos quejumbrosos y juraba que aquél era el rumbo que les convenía; había soñado el camino y su intuición le decía que la tribu sólo allí encontraría la felicidad. «¡Todos aprenderemos a hablar!», prometía excitado. Se burlaron de él. Los ancianos decidieron poner rumbo este; no exactamente hacia el este, sino un poco hacia el noreste, siguiendo siempre el curso del río. Las mujeres cargaron en sus hombros a los niños y los hombres empuñaron sus hachas de mango corto. A Roberto *el Parlanchín*, que se oponía como un poseído y se negaba a seguir a la tribu hacia el este, al final lo ataron al trineo para poder arrastrarlo. Pero de noche se fugó. Una mujer que le tenía lástima huyó con él, pero a media travesía sintió miedo, retrocedió y meses después encontró las huellas de la tribu.

Tampoco aquella mujer soportaba la compañía de Roberto *el Parlanchín*. Fue ella quien explicó que el fugitivo se aferraba a su idea y se dirigía hacia el oeste; por el camino no se cansaba de recitar poesías y cantar. Así desapareció de la vida de la familia. Nadie supo más de él.

Los Garren, fieles a sus decisiones, llevaron a cabo lo que habían acordado. Se dirigieron hacia el este, o más exactamente, hacia el noreste, como si caminaran entre dos polos de igual fuerza. «¡Pasaron por aquí!», pensaba Péter. Se inclinó y observó las aguas del río. En aquellas tierras yacían sus muertos por doquier. Sobrevolaban ciudades diminutas, montañosas, en las cuales vivían también algunos Garren, que construían casas y sobre todo destacaban como artesanos. Sobrevolaban los cementerios donde se estaban convirtiendo en polvo unos esqueletos de configuración familiar, con la frente alta, los pómulos anchos y las típicas manos largas de los Garren. Péter miró el reloj. Ya casi era mediodía y volaban desde el alba. La anciana dejó de comer y se quedó dormida. También Puck volaba ya cansado y malhumorado, consciente de que toda aventura termina en un momento u otro y al final sólo queda bajar a tierra. Péter tuvo la sensación de que viajaban desde hacía mucho tiempo. Luego reconoció una montaña, un lago, otra torre truncada. Volaron muy bajo por encima de un cementerio. En aquel cementerio, hacia la izquierda, junto a la capilla, reposaban sus abuelos y hermanos.

Así regresaba Péter Garren. La carta de Anna le había anunciado el momento de dejar el mundo y volver a casa. Entre curioso y triste, volaba hacia su hogar por encima de paisajes conocidos y antiguos. Cuando llegaba, se dio cuenta de que en el camino se le había abierto el apetito. En aquel momento solemne, esa sensación tan trivial lo avergonzaba un poco. Al aterrizar, en el aeródromo, el viento cesó, como si ya no tuviera nada que hacer. Puck bajó de la cabina del piloto, se

frotó los ojos y sonrió confuso. Una vez en tierra, era completamente diferente; tenía muy poco de Puck y se parecía más bien a un mecánico no muy bien pagado. Todo era distinto. En el aeródromo lo estaba esperando Tamás, tocado con un sombrero de paño blanco, de alas anchas, con aire grave.

—¿Ésta quién es? —preguntó Tamás, desconfiado, mirando de reojo a la anciana.

—Nadie —dijo Péter—. Sólo nos ha ayudado a volar.

Miraba a su alrededor y, desorientado, le tendió la mano. Todo le parecía familiar, incluso el sombrero blanco de Tamás. Y entonces, en tierra firme, embargado por aquellas sensaciones de familiaridad, sintió vértigo.

La leyenda

Los Garren tenían fama de ser una familia de artistas. En la ciudad, en los alrededores, en aquellas comarcas de la provincia donde vivían parientes y allegados, se habría formado un gran revuelo si alguna vez alguien —por ejemplo, un forastero un tanto impertinente— hubiera planteado la pregunta de por qué y en qué eran «artistas» los miembros de la familia Garren. Probablemente, los mismos interesados hubieran escuchado atónitos esa pregunta. Que los Garren eran artistas era una convicción que latía en el fondo de la conciencia de los habitantes de la ciudad como una de esas verdades universales proclamada en tiempos remotos que sólo los exagerados y los liantes podían poner en duda, como un convenio registrado y aprobado por las autoridades. Medio siglo antes había nacido y florecido en la ciudad un compositor

llamado Adalbert, autor de varias sonatas hermosas e incluso de algunas misas, cuyo nombre se mencionaba en las escuelas de música y se citaba en los manuales. A principios de siglo había nacido en la misma ciudad el renombrado arquitecto que construyó en la capital del país el parque zoológico y la piscina. Además, años atrás la hija del cerero Ambrus, tras protagonizar varias escenas escandalosas y vergonzantes, había huido en compañía de un actor y había estado vagando por el extranjero. Tiempo después los apacibles habitantes de la ciudad volvieron a verla pero en la pantalla, haciendo de chica guapa, en papeles algo subidos de tono y no precisamente de importancia. Ciento cincuenta años atrás había vivido en la ciudad un escultor —contemporáneo de Adalbert— que en el ocaso de su existencia, pocos días antes de la inauguración de su última exposición, había cogido un martillo y destrozado todas sus esculturas porque no quería exhibir la obra de su vida ante extranjeros. Incluso un asesino había nacido en la ciudad poco antes de la guerra. Abundaban los profesores de música. Y también vivía allí un poeta, un tal Ábel Z., cuyos poemas durante un tiempo solían publicarse en los periódicos de la capital. Tampoco faltaban actores ni pintores. Estos últimos —como personas simplemente toleradas—, gracias a la caridad de los notables, podían ejercer su arte en unas casas reservadas a tal efecto que tenían las paredes de cristal y estaban algo separadas del resto de la población... No obstante, los «artistas» eran los Garren. ¿En qué eran, pues, artistas? ¿Acaso pintaban, componían música o escribían? Nadie sabía de ninguna obra garreniana, ni ellos mismos se vanagloriaban con tales ambiciones. «¡Oh, los Garren!» se decía a veces en la ciudad cuando se comentaban ciertas extravagancias, como, por ejemplo, que una de las torres de la ciudad tuviera trescientos años pero se hubieran olvidado de terminar la otra, o que habían llegado unos forasteros que proponían construir un

ayuntamiento nuevo. En tales ocasiones, los viejos, los habitantes primigenios, intercambiaban una mirada de condescendencia, movían la cabeza, sonreían y, no se sabe cómo ni por qué, parecían culpar a los Garren de todo cuanto ocurría o dejaba de ocurrir en la ciudad, incluso de la torre truncada, abandonada desde hacía trescientos años, como si hubieran sido ellos quienes habían parado su construcción. ¿La habían parado? ¿Por qué?... ¡Dios mío, porque son unos artistas! No hacía falta decir nada más. La aceptación de que los Garren eran artistas formaba parte de la idiosincrasia secreta de los habitantes. Todos recordaban siempre a aquella familia de inclinaciones artísticas con una sonrisa en los labios; era una sonrisa un poco indulgente, como la de aquellos conocedores de sus secretos de familia cuando se refieren a las extravagancias de algún familiar querido. Era una sonrisa de superioridad, pero no desprovista de cariño. Todo ello formaba parte de la conciencia pública, al igual que la altura de las montañas que circundaban la ciudad en forma de anfiteatro, o la estatua pintada de azul y marrón del santo patrón de la provincia, que se encontraba delante del convento de los dominicos, o los ademanes y acentos más característicos de los notables de la comunidad. Aquella conciencia proclamaba con tenacidad lo mismo a lo largo de los tiempos —tanto si la cosecha era pobre como si la provincia había sido ocupada transitoriamente por conquistadores vándalos— que los Garren eran una familia de artistas.

Ellos mismos lo sabían, aunque jamás hacían referencia a esa convicción general. El viejo Matyas Garren, abuelo de Péter, había sido alcalde dos decenios. Durante su gobierno no había ocurrido nada digno de mención: la ciudad no había sido devorada por un incendio, ni sus habitantes habían sido diezmados por la peste, ni se había hecho memorable mediante la construcción de edificios admirables o monumentos

artísticos de fama nacional. Sin embargo, en la época en que el abuelo desempeñaba el cargo de alcalde, había sido detenido un asesino que se había introducido por la noche en casa de un maestro de postas con la creencia errónea de que un funcionario de cierta importancia solía llevarse por la noche a su domicilio el dinero de la recaudación. El vándalo, al no encontrar en la casa nada de valor, confuso y atemorizado, mató a la mujer del maestro de postas y a sus dos hijos, y al irse, robó varias coronas de setas colgadas a secar en la despensa y unas latitas de *foie-gras*. El asesino, según la costumbre, fue ahorcado en el Monte de los Cuervos, ya que la ejecución pública era una prerrogativa de los ciudadanos. También Matyas Garren en persona asistió a la ejecución, no de oficio, sino más bien como divertimento, pues creía que no podía faltar cuando ocurría un acontecimiento tan importante en la ciudad confiada a su gobierno. Aun así, más adelante, cuando Matyas Garren ya no pertenecía al mundo de los vivos, en las largas noches de invierno, cuando en las tabernas de techo bajo y vigas de roble se reunían en tertulia los burgueses, que fumaban en pipa y levantaban sus copas mientras comentaban los recuerdos históricos de la ciudad, los ancianos, chasqueando la lengua como quien dice, solían mencionar ese ahorcamiento. Tal vez por la sencilla razón de que hacía décadas, ni antes ni después, que nadie había sido ahorcado en el Monte de los Cuervos —la jurisdicción moderna llevaba a cabo tales ejecuciones en el patio del Tribunal, ante la presencia de sólo unos cuantos invitados—, o acaso porque también aquella ejecución capital formaba parte de los recuerdos de la edad de oro de la ciudad. Los más mayores hacían memoria moviendo la cabeza y murmuraban que, desde luego, en aquel entonces, el alcalde era aún Matyas Garren. «Una gran familia», observaba en esas ocasiones alguno de los ancianos. Y nunca faltaba otro que añadiera: «Una familia de

artistas».

Matyas Garren sólo había ordenado la construcción de una torre para los bomberos. Eso había sido todo. Bien es cierto que había hecho pintar su retrato mientras todavía estaba desempeñando el cargo y que había sido él en persona quien lo había colgado en la pared del salón de plenos de la alcaldía. En el cuadro, con la cabellera peinada sobre la frente y esa sonrisa cazurra que dibujaban sus labios astutos y le iluminaba la cara de campesino llena de arrugas, Matyas Garren lucía un dormán negro con botones de plata y una cadena también de plata en el cuello, algo encorvado. Colocado entre sus predecesores y sucesores, en una sala eminentemente festiva, él miraba desde el lienzo y con cautela a su alrededor, como si se sintiera un intruso y se maravillase de que toleraran su presencia en compañía tan grave y severa. El pintor lo había eternizado en el cuadro con toda su pompa, con la cabeza un poco erguida sobre los hombros, siempre dispuesto a ganar tiempo con respuestas precavidas y tergiversaciones, para conservar su dignidad. Cada vez que Péter entraba en aquella sala había de sonreír contemplando el retrato de su abuelo. Es probable que otros, extraños a la familia, hubieran de sonreír también. En el fondo, siempre se había impuesto la voluntad del astuto anciano, impuesta gracias al criterio unánime de los antiguos residentes de la ciudad: era preciso y hasta imprescindible que un Garren, por lo menos una vez, ocupara el sillón del alcalde. Ese privilegio le correspondía a la familia. Cuando el viejo murió, todos respiraron aliviados al poder entregar a otro las insignias del cargo, sobre todo la cadena de plata. Respiraron aliviados los ancianos, que durante el entierro se miraban de reojo, satisfechos y frotándose las manos en secreto, pues la ciudad había salido ilesa, sin peste, sin incendios, sin deudas, en una palabra, sin nada remarcable, de aquella aventura difícil y, en realidad, no desprovista de peligros, que era la alcaldía de

Matyas Garren. Así era, todo seguía en su sitio; ninguna casa se había derrumbado y el pueblo había ganado una torre para los bomberos. No cabía duda: era una familia con talento. Eso era lo que todos pensaban.

Pero, por Dios, ¿cuál es su talento?, hubiera podido preguntar un forastero. ¿Quizá el de amasar una fortuna? Sin embargo, si bien era de dominio público que los Garren eran ricos —y su bienestar despertaba envidias y malestar general—, también lo era su pobreza —más que los mendigos desharrapados del portal de la catedral— en la órbita de las costumbres burguesas. «Hasta en los asuntos de dinero se ve que tienen talento», pensaban con jovialidad sus compatricios. Gábor Garren, el padre de Péter, había criado a cinco hijos y se había casado tres veces, las tres con chicas pobres. La tercera mujer, la madre de Edgar, Erzsébet, era fea y vieja cuando Padre se desposó con ella. Fea y pobre. Incluso eso fue comprendido en la ciudad. Pero también habían comprendido que después de la muerte de su primera esposa, la madre de Péter y Anna, Gábor Garren, que ya no era joven, se casara en segundas nupcias con una chica pelirroja de dieciocho años llamada Lucy. Figurante en una compañía de teatro que estaba de paso en la ciudad, la joven vivió poco tiempo con su marido. Después de dar a luz a Tamás, una buena mañana de invierno —«de invierno, fíjense», solía decir el marido desengañado, como si ese detalle tuviera mucha importancia— se fugó con un director de cine. La primera esposa, Cristina, había gozado del respeto y la simpatía de los vecinos. Era joven y seria, y formaba una pareja encantadora con Gábor Garren y con todo cuanto la ciudad se imaginaba de los Garren. En verano, cuando iba a comprar a la plaza, se ponía un sombrero florentino de ala ancha y nunca dejaba de sonreír, ni siquiera al regatear a las vendedoras de pescado. «Desde luego, los Garren...», pensaban con deleite sus conciudadanos al ver

sonreír a Cristina mientras cruzaba la plaza tocada con su gran sombrero, esbelta y bien plantada, con un traje de color suave y cálido como el estío. Y habían pensado eso mismo cuando Cristina murió y el viejo se pasaba las noches en el café, con el pelo teñido, una corbata azul celeste y bebiendo *knickebein*. Probablemente no había podido evitarlo. A un artista hay que perdonarle muchas cosas. Dicen que Miguel Ángel se enamoraba incluso de los hombres. Villon, según se cuenta, robaba dinero. Al viejo Garren también había que perdonarle a Lucy. Era la época en que en la casa solariega de los Garren a veces se escuchaba música en las noches de invierno. Los coches esperaban delante de las ventanas iluminadas, y cuando despuntaba el alba, como pintada a la acuarela, los buenos burgueses, que se dirigían con premura a misa, o al matadero para hacer sus compras, se detenían unos instantes frente a la casa iluminada, con curiosidad, aguzando el oído, y movían la cabeza y sonreían. En casa de los Garren estaban muy alegres. En tiempos de Cristina no se celebraban tales reuniones nocturnas en invierno, con música y terminando al alba. Pero con el viejo Garren había ocurrido algo raro, y lo que nunca se hubiera perdonado a nadie —ni siquiera al viejo general retirado, solterón empedernido—, Gábor Garren podía hacerlo con impunidad. A lo mejor se estaba preparando para algo; quizá tenía la intención de crear una obra de cierta envergadura. La ciudad se encogía de hombros y volvía la cabeza con discreta simpatía. A las personas de mucho talento, como eran los Garren en general, capaces de regir los destinos de la ciudad durante veinte años, sin peste ni escándalo alguno, no se las podía medir con el mismo rasero que a los demás. Gábor Garren estaba preparándose para algo, por eso se había casado con Lucy, y también por eso pasaba sus noches en el café, en silencio, con una sonrisa mística en los labios y una corbata celeste anudada al cuello, rodeado de oficiales del

ejército, tasadores de montepío y falsos periodistas de tres al cuarto llegados de la capital. Por eso se escuchaba música en casa de los Garren por las noches. «Está buscando algo», pensaban los habitantes de la ciudad. Una frase, o una ocurrencia. «Quizá está soñando en medio de una juerga». Y continuaban su camino, andando de puntillas.

Los forasteros eran incapaces de comprender todo esto. La ciudad encubría con ambición de cómplice las extravagancias de los Garren. El extranjero no podía ver en el café más que a un hombre en el umbral de la vejez, triste y ridículo, sentado en un ambiente indigno de él, con sus sesenta años a cuestas y esperando los favores de una mujer joven y de malas costumbres. Pero en la ciudad a nadie le cabía la menor duda de que Lucy era sencillamente un medio, una especie de musa barata. Los comerciantes le daban crédito, le hacían comprar lazos y sedas; era preciso que la musa de Gábor Garren vistiera con elegancia. El papel que desempeñó Lucy en la vida de Gábor Garren salió bastante caro, ya que fue necesario conseguir dinero, alquilar una carroza... Todo lo pagaba la ciudad, la Caja de Ahorros, unos cuantos particulares pudientes y los mismos comerciantes. Ahora que había llegado a la cima de su vida y acababa de encontrar a su musa y se preparaba para su primera obra de cierta envergadura, no se le podían negar a Gábor Garren préstamos grandes ni pequeños. También el ejército costaba dinero, así como las escuelas y los hospitales. Era natural que Gábor Garren representara asimismo un dispendio. Y si en el seno del Concejo Municipal alguien —un espíritu audaz y original— proponía crear un impuesto auxiliar, uno cuyo único objeto y sentido fuera asegurar el bienestar de Gábor Garren, como si se tratase de una institución pública, las discusiones eran tempestuosas, pero al final el extraño impuesto quedaba aprobado. Las obras de canalización podían esperar; Gábor Garren, en cambio, no.

Estaba ciego quien no veía eso. La ciudad tributaba de forma voluntaria a los Garren; en el interior de las personas, en las casas y los talleres latían deseos que nadie se atrevía a concebir ni formular. Sólo ellos, precisamente, los Garren, los artistas... «Por eso son artistas», pensaban orgullosos los burgueses. ¿Quién de ellos se hubiera atrevido a casarse con Lucy? Nadie en toda la Delegación de Hacienda. Tal vez ni el mismísimo veterinario, a pesar de ser noble y pasearse como quien hace uso todavía del derecho a llevar espada entre los animales y la gente de menor rango. Los ciudadanos alimentaban a los Garren como si con ellos cobraran forma y cuerpo sus propios deseos. Los Garren habían nacido allí, en su ciudad, y estaban hechos de la misma sustancia que todos ellos, los carniceros, médicos y funcionarios de la ciudad. Sin embargo, había en ellos algo distinto, algo temible y atrayente, imposible de comprender y que sólo se podía aceptar con resignación. Como si un buen día en la ciudad hubieran crecido cipreses en vez de olmos.

Los Garren formaban parte de la vida ciudadana del mismo modo que en un lugar lejano existían focas, o en los océanos emergían islas de coral, o alguien era capaz de poner palabras a lo que para los demás durante siglos sólo habían sido ensueños. Los buenos burgueses, a su manera precavida, sentían un gran respeto por los Garren y los veneraban casi como se venera a los santos patrones o a los fenómenos meteorológicos. Un Garren pasaba por la calle y lo seguían todas las miradas, desde las tiendas y las ventanas de las casas abovedadas, y todos tenían la sensación de que ocurría algo. Un Garren regresaba a la ciudad y nadie se hubiera sorprendido al ver que los edificios públicos se habían engalanado en su honor. Meses atrás, al divulgarse la noticia de la enfermedad de Gábor Garren, varios ciudadanos ricos, el cerero, el presidente del Gremio de Pescadores y Kalb, el viejo usurero que poseía una mina de

cobre en las afueras de la ciudad, hicieron una colecta y, con el dinero, llamaron a un renombrado médico especialista de la capital. Durante aquellas semanas, día y noche, había siempre frente a la casa de los Garren un agente de policía que obligaba a los vehículos que pasaban a respetar el silencio. Con su marido enfermo de gravedad, la tercera esposa de Gábor Garren, la vieja y extraña Erzsébet, nerviosamente autoritaria, se vio abrumada por las muestras de simpatía y cariño. Todos sabían que el obispo, cuando oficiaba su misa al alba, rezaba por la salud de Gábor Garren. En aquel entonces solía ocurrir que por las mañanas se presentaban clientes en la tienda de Gábor Garren, varones de porte solemne y cara preocupada, que manifestaban con tímida disposición su deseo de adquirir algo. Sebestyén, el dependiente y pariente de los Garren, recibía confuso a aquellos compradores ocasionales; los atendía haciendo gala de su enorme paciencia, diciéndoles con cortés amabilidad que no tardaría en llegar el instrumento o cuaderno de notas musicales solicitado. Los clientes le agradecían su atención, le preguntaban por el estado de salud del dueño y luego se retiraban como quien acaba de cumplir con su deber, pero no espera que jamás se le entregue el artículo solicitado. Todos sabían que Sebestyén velaba con celo por las tradiciones del negocio: a Gábor Garren no le gustaba vender. En la tienda, en realidad, no había nada que vender. Sebestyén, incluso el propio Gábor Garren, se habría sorprendido mucho, y quizá hasta se habría sentido ofendido, si alguien hubiese deseado en serio que se escribiera una carta de pedido a alguna fábrica o a algún distribuidor de la capital. El negocio de Garren compraba a veces alguna cosa, unos peces dorados o una lámpara antigua de madera tan bonita que terminó colgada en el despacho del propietario. Pero a Gábor no le gustaba vender nada. Todos los hombres doctos de la ciudad sabían que una ocupación de esa índole estaba reñida por completo con las tradiciones de la

casa.

Todos en la ciudad, e incluso los habitantes de las poblaciones vecinas, se sentían orgullosos del local que albergaba aquel negocio. La casa había sido construida ciento treinta años atrás por el tatarabuelo de Matyas Garren y desde entonces los descendientes la habían vendido más de una vez —la última haría ya unos veinte años, en tiempos de Lucy—, pero siempre había vuelto a las manos de la familia. Aquella casa era propiedad de los Garren, tal como el palacio episcopal lo era del obispo, o la catedral, de Dios; Nadie más habría podido utilizarla. Cuando tuvo efecto la última venta, intervinieron los bancos locales y de los alrededores, que fueron los que reunieron el dinero en el último momento, cuando era inminente la marcha de la familia, con unas condiciones extremadamente favorables. Así Gábor Garren pudo continuar en la casa solariega de sus antepasados. Todos respiraron aliviados. Sin duda, él ejercía una especie de chantaje con la casa. «En el peor de los casos, me la vendería», decía Garren a los bancos, o a los particulares a quienes pedía dinero, cuando temía que se lo denegaran. Sabía que aquel postrer argumento nunca fallaría en su efecto. Los hijos corrompidos y volubles suelen ejercer este tipo de chantajes; amenazan con suicidarse a sabiendas de que sus padres y parientes son débiles y en el último instante cederán, aunque a regañadientes, ante un argumento semejante. Pero Gábor Garren no estaba corrompido. Ni era voluble, en el sentido habitual de la palabra, es decir, como un soldado bebido o un latifundista achispado. Sí, era necesaria la casa, el negocio, aquel monumento insigne de la ciudad. Era inconcebible que ésta se despertara una mañana sin el brillo de esas letras doradas de estilo clásico que anunciaban el nombre comercial de la empresa en la fachada de aquella casa vetusta de una sola planta. EOLO, así rezaba el rótulo desde hacía ya más de

cuarenta años, y debajo, con un cuerpo de letra menor: Imprenta de Partituras Musicales, el año de su fundación y el nombre de Matyas Garren. Era imposible renunciar a eso.

Eolo, el dios que dominaba los vientos, en realidad nunca se había dedicado a la música. Tampoco Gábor Garren, es cierto. En aquella tienda, Matyas, el fundador, había vendido centeno. Con aquel nombre, el propietario actual pretendía evocar algo ligero y grácil, elegante y sutil, como quien dice el espíritu de la casa. Al pensar en Eolo era muy fácil, por ejemplo, visualizar el arpa eólica, y por eso en medio del escaparate, en un lugar destacado, se exhibía un arpa antigua con las cuerdas rotas. El propietario la había adquirido para Lucy; por nada del mundo se habría desprendido del instrumento, cuyas cuerdas habían sido acariciadas por las manos de aquella mujer a la que había querido tanto aun siendo indigna de él. Eolo flotaba en el aire y les hacía recordar algo que todos anhelaban, que late en todos los corazones, liviano y etéreo. Todos estaban de acuerdo en que el nombre había sido elegido con sumo acierto. La casa, derribada y levantada varias veces en el curso de los siglos, había sufrido muy pocos cambios en los últimos cien años. Gábor Garren, con el espíritu emprendedor propio de la juventud, había mandado reformar los sótanos del patio para instalar allí la imprenta. Una vez superado el primer impacto, tanto los de la casa como los clientes acabaron aceptándola. Sin duda era tranquilizador y edificante para todos saber que en la ciudad también funcionaba una imprenta especializada en música, o para ser más exactos, una imprenta que podría funcionar si se quisiera y hubiese necesidad de ello. Sin embargo, la imprenta nunca llegó a ponerse en marcha, tal vez porque el único compositor que habría podido hacer encargos con pleno derecho a aquellos talleres, es decir, Adalbert, había pasado a mejor vida hacía siglo y medio, o quizá porque ni siquiera el propio Gábor Garren se dedicaba en serio a

imprimir notas musicales. En efecto, una persona con la suficiente maldad y perspicacia habría podido acusar al propietario de la empresa de no estar interesado lo más mínimo en las partituras, y no le hubiese faltado razón. Gábor Garren era sin lugar a dudas un artista, pero no le gustaba leer, y mucho menos leer música. Él nutría el arte con su corazón y sus nervios, pero en general carecía de método, aunque no era de buen tono hablar de ello en la ciudad. La imprenta no funcionaba desde hacía mucho tiempo, ni siquiera había funcionado cuando Péter era un niño, y era muy difícil que hubiese rendido de verdad, a pesar de la tienda adjunta a la imprenta, el rótulo de Eolo, esa inscripción aérea con letras de oro, y el arpa en el escaparate; a pesar de la puerta vidriera provista de timbre y cubierta con una cortina, de sus bóvedas, libros, partituras, instrumentos y obras de arte, interesantes pero muy difíciles de vender; a pesar de las estancias profusamente decoradas y la comodidad de las butacas —donde todas las mañanas se sentaban durante horas y horas los amigos de la casa Garren con algún libro de historia en la mano, pues en aquellos últimos tiempos Gábor Garren también solía comprar libros y no sólo peces dorados, libros, sí señor, en grandes cantidades y sin intención pecuniaria o codiciosa de revenderlos, desde luego, pero con una ligera visión comercial; compraba, sobre todo, memorias de generales del siglo pasado, e incluso más recientes, en las que sus autores se excusaban por haber perdido batallas—, y a pesar del despacho con puerta vidriera del fondo, donde Gábor Garren se sentaba a la mesa de escritorio con cajones, apoyaba sus pies en un escabel y envolvía las rodillas con pieles, rodeado de sus perros favoritos, con actitud cordial y dispuesto a escanciar licor de vainilla de una de las botellas de cristal de roca que tenía guardadas al alcance de la mano, con su brillo multicolor y su tono almibarado, siempre que algún visitante amable se interesaba

de verdad por la coartada de determinado general vencido. Todo esto formaba parte inexorable de la ciudad, tanto como el Monte de los Cuervos, o los santos huesos de los tres mártires locales que se hallaban en la cripta de la catedral. La firma comercial de los Garren era uno de los valores indiscutibles de la ciudad. Desde un punto de vista puramente comercial habría sido difícil juzgar el valor práctico de esa tienda y lo más probable es que tampoco hubiese resultado fácil venderla. ¿Y alguna vez se había presentado alguien con el propósito de comprarla? Eso, como todas las cuestiones de carácter material en la vida de la familia, era de la incumbencia de Sebestyén, el dependiente y pariente lejano de los Garren.

En aquella casa nacían los Garren, y allí, al amparo de la inestabilidad de los tiempos, vivía Gábor Garren, el artista, con su tercera esposa. En el despacho, encima de la mesa de escritorio, se podía admirar su diploma de profesor de música enmarcado en oro. En efecto, en otra época, Gábor Garren había sido un auténtico profesor de música, con su diploma y su pasado universitario, pero jamás había ejercido su oficio, escogido por vocación, porque su arte lo había apartado enseguida. Él mismo decía que no le gustaba enseñar música a la gente; de hecho, dudaba que la música pudiera aprenderse. Había pasado los exámenes sin esfuerzo, incluso demostrando cierta superioridad, pero nunca cogió la batuta para dirigir una orquesta, ni escribió jamás una sola nota musical. En cuanto hubo aprobado los exámenes, mandó enmarcar el diploma, fundó la imprenta y se consagró al arte. Un forastero habría sido incapaz de comprender todo eso, pero sus vecinos sí. Lo comprendían, igual que uno reconoce y comprende en secreto sus ansias sofocadas y voliciones atrofiadas, dominadas hasta haberse vuelto corteses. Todo lo que en los ciudadanos era ya sólo objeto de sueños temerarios vivía aún en los Garren, les inquietaba y se traducía en hechos, como una voluntad

enérgica y activa. De eso no era necesario hablar. En la ciudad vivían pobres y ricos, y luego, fuera de los círculos de pobres y ricos, vivían los Garren. La mayor parte de la familia estaba continuamente de viaje, y esos instintos vagabundos provocaban un profundo pesar en sus compatriotas, que sin embargo los comprendían, pues multitud de ejemplos confirman que las inclinaciones artísticas a menudo impulsan a los artistas hacia regiones extrañas, y por lo mismo, desde luego, a los Garren. Como es natural, parecía que el viejo Garren, el padre y fundador de la casa, había decaído un poco en aquellos últimos tiempos. En realidad, ni siquiera había dado forma a la obra de un modo visible y palpable, como algunos esperaban de él; sin embargo, todos los que conocían las relaciones de unas cosas con otras se daban cuenta de que la obra, la imprenta y los hijos formaban cierta unidad y que llegaría el momento en que todo ello se fundiría en una armonía feliz. Los artistas —así pensaban— son criaturas muy raras y en absoluto es necesario que creen algo. Ya su mera existencia es en sí algo milagroso; un fenómeno admirable e inquietante. Es muy rara la comunidad humana que pueda vanagloriarse de toda una generación de artistas. Sin embargo, gracias a Dios, allí estaban los Garren, y todos, a su manera peculiar, eran artistas y desempeñaban en la vida de su ciudad natal un determinado papel y oficio. En aquellas últimas semanas mucha gente en la ciudad soñaba con los Garren. Cuando se supo que no sólo volverían Edgar y Albert sino también Tamás y Péter, una parte de la población había sentido una excitación muy agradable, como ante la celebración de unas maniobras militares o la llegada de una compañía de teatro. «¡Regresan los artistas!», habían pensado. Y todos habían sonreído aliviados y con condescendencia, pues la leyenda amansa los sentimientos.

El inventario

—Aquí hay algo totalmente desprovisto de esperanza, querido —decía Tamás.

Estaba de pie junto a la ventana enrejada, con los brazos cruzados y una fusta en la mano. Lanzó sobre la mesa su sombrero blanco de ala ancha. Se volvió hacia la luz y contempló el jardín. Su semblante era grave.

—Ya me percaté de ello el primer día, nada más llegar. Poseo un sexto sentido para estas cosas, ¿sabes? En estos casos, al otro lado del océano, decimos *okey*, o no *okey*.

Tamás hablaba en voz baja, con acento lúgubre, mientras miraba meditabundo el jardín. Llevaba pantalón de pata de gallo y chaqueta negra con pajarita. Péter se acercó a su lado, le puso la mano en el hombro, y contemplaron juntos el viejo patio, los árboles en flor. Al final de la empalizada se levantaba el almacén de piedra que, con esa sutil exageración típica de los Garren, ellos solían llamar la «casa del jardín». La acacia extendía su ramaje por el patio, como un conquistador desterrado. Era una acacia muy grande y muy vieja que de forma extraordinaria y haciendo un sobresfuerzo se había decidido a florecer ese mes. Siempre se retrasaba, como un oso viejo de biorritmo oxidado que ya no experimenta con puntualidad los fenómenos del universo y se olvida del clima y el cambio de estación y que a veces, contra todo pronóstico, prolonga su sueño invernal más de la cuenta. La vieja acacia se retrasaba cada año.

—Tiene trescientos años —dijo Tamás, distraídamente.

Pero Anna, preocupada por la planta, se había enterado de que ciento cincuenta años atrás —y nunca dejaba de hacer esa observación, modesta pero testaruda— no se conocía aún la

acacia en aquella región. La habían traído por primera vez desde Asia a nuestro continente hacía sólo unos cien o ciento cincuenta años y se había adaptado a las condiciones locales, pero luego su flor palideció y se volvió blanca. Los Garren, que en todas las épocas habían procurado marcar el compás de lo moderno y avanzarse a la moda, cien años atrás se habían apresurado a plantar en su patio aquella novedad. Padre recordaba que aquella acacia había sido un espectáculo en la región. A partir de entonces se plantaron acacias por todas partes, en toda la provincia. Por doquier había carreteras flanqueadas de acacias, con esa copa en forma de globo que apenas da sombra y esos ramajes anémicos colgando desanimados y marchitos bajo la canícula. Pero al llegar la primavera, aquellos árboles advenedizos llenaban la comarca de un aroma dulzón y extraño tan potente y agresivo que cualquiera diría que los árboles, trasplantados en tierras lejanas, sin esperanza de retorno y perdidos en el mundo, trataban de enviar mensajes desesperados y a gritos a su patria.

—Es la acacia más antigua —añadió Tamás.

Pero esa observación botánica superficial no convencía a nadie. Lo cierto era en realidad que la acacia plantada en el patio de los Garren había crecido mucho y su ramaje se había expandido. De sus flores pálidas, que salían a la luz año tras año, emanaba una fragancia marchita, con una dulzura un tanto rancia, como si no procediera de un árbol vivo, sino del interior de un armario viejo. Y como su floración siempre se retrasaba, aquel olor marchito llamaba la atención de los vecinos de los alrededores. «Ha llegado el verano, florece la acacia de los Garren...», decían. El retraso no les llamaba la atención. Les parecía totalmente natural que en casa de los Garren incluso las plantas se comportasen de forma arbitraria y tuviesen su propia personalidad.

En primavera la acacia todavía se veía casi desnuda, calva y

vieja. Péter cogió del brazo a Tamás y contempló la acacia. La última vez que había estado en la habitación de Edit, hacía ya muchísimo tiempo, había visto flores de acacia en un recipiente de cristal, pero se trataba de la variedad amarilla, la silvestre, de Asia. «¡Qué árbol tan refinado, culto y domesticado!», pensó ahora Péter con admiración. El árbol había envejecido con ellos, siempre había convivido con los Garren nacidos en aquella casa, y el aroma de la niñez estaba unido de un modo inseparable al perfume solemne de aquel árbol advenedizo, que durante las semanas de floración llenaba con su inquietud alocada y senil hasta los rincones más apartados de las estancias y los alrededores de la casa. En aquel perfume había algo de mala educación. Anna, durante aquellas semanas, se paseaba por el jardín con el semblante pálido y la cabeza gacha, y de vez en cuando dirigía miradas de reproche a la acacia. El árbol había crecido en medio del patio y de nuestros recuerdos, como una visión fantasmal vislumbrada por primera vez en sueños y que un buen día descubrimos asombrados que acude a nuestro encuentro por la calle y, con una reverencia amable, nos da los buenos días. En todo esto, decía Tamás, había algo totalmente desprovisto de esperanza. Péter, ahora al lado de su hermano pequeño, notó que éste usaba un cosmético para el cabello o la cara con un aroma seco, un tanto empalagoso. Sí, Péter tuvo en aquel momento la sensación de que Tamás se aseaba con una loción o una crema poco correcta y no del todo moral. El olor que despedía el pelo rizado y el cuello recio y enrojecido del hijo pródigo recordaba el de la cubierta de los barcos que navegan por los mares del Sur transportando jengibre, caña de azúcar, perfume de ámbar y esclavos. Esos barcos deben de oler así bajo el vaho del bochorno tropical. Los dos hermanos medían lo mismo, como si en aquellos años Tamás hubiera crecido y Péter hubiese quedado un poco rezagado. También él estaba contemplando el

patio de manera distraída. Al pie de la acacia había una fuente que cuando él había llegado, el día antes al mediodía, no funcionaba; alguien la había puesto en marcha por la mañana, probablemente Sebestyén, siempre atento a los detalles. El chorro de agua emergía entre un montón de rocas cubiertas de musgo y hacía bailar una pelotita de caucho de color dorado. Era preciso que todo fuese solemne y agradable cuando los Garren regresaban a su hogar. Péter seguía observando la fuente. El conjunto desentonaba de un modo exagerado con el entorno y quizá por eso era uno de los rincones secretos de la ciudad de visita obligada. Entre el almacén y la acacia, a poca distancia del portal, el forastero había sido acogido por un grupo de rocas colocadas de una forma que pretendía ser improvisada, pero que en realidad estaban dispuestas con total esmero. Esas rocas no tenían razón de ser y desconcertaban a las visitas, como si en medio del salón de una casa de la ciudad alguien hubiese instalado un oasis con palmeras, camellos y odaliscas adolescentes. «¡Rousseau!», exclamaba a veces Gábor Garren, alegremente, al pasar junto al surtidor, y hacía un ademán como diciendo: «Esto no tiene importancia». Como si acabara de expresar una gran idea para cuya comprensión y apreciación el medio ambiente no estaba preparado. Aquel francés rebelde era el autor preferido de Gábor Garren. En tales cosas, Padre era muy grande: con un gesto sin importancia, con una construcción en apariencia desprovista de sentido —como un grupo de rocas improvisado junto al almacén para disimular el surtidor de una fuente—, era capaz de hacer presentir horizontes enormes e inesperados. «¡Rousseau!» era el arte; era la sublevación del hombre sensible y culto contra las costumbres y tradiciones demasiado correctas, aunque no del todo morales, de la vida cotidiana. «¡Rousseau!» era el recuerdo, una sedición en cierto modo virginal y expresiva que vestía mucho al artista. Péter y Tamás comprendían esa

concatenación de las cosas; si los habitantes de la ciudad también las comprendían, o si Anna o Albert las concebían con todas sus consecuencias lógicas, eso ya era otra cuestión. Por ejemplo, la señora Erzsébet no las comprendía del todo, de hecho, varias veces había aludido a ello como si se sintiera avergonzada por esas situaciones extravagantes, esa exageración poco correcta o esa «persuasión». Pero Padre, que en los últimos años se había vuelto asombrosa y dolorosamente silencioso —«Está en decadencia», decían de él en la ciudad—, se aferraba con terquedad y con una resistencia íntima e inquebrantable a aquel montón de rocas, igual que uno defiende su obra cuando sabe que debe aprobar el gran examen y, al margen de su trayectoria personal, responder con ella ante el tribunal del Tiempo. Sí, Péter y Tamás comprendían el sentido de esa fuente en medio del patio, allí donde el tatarabuelo había criado vacas y caballos. Por lo demás era la única fuente de la ciudad.

En ese momento, mientras contemplaban el patio en silencio, los dos pensaban en ello. Péter había ido a ver a Padre el día antes por la tarde, una hora después de llegar. Sólo había podido verlo desde el umbral porque el enfermo llevaba diez días sin hacer otra cosa más que dormir profundamente, y ya no se trataba de la embriaguez provocada por los somníferos, sino de un desmayo distinto, grave y severo. También por la noche, cuando Péter había vuelto a intentarlo, Padre continuaba durmiendo, y los Garren andaban por la casa medio ofendidos. Durmiendo, Padre se había perdido la llegada de los hijos; escenas bellas y teatrales, cuadros de grupo que sin duda lo hubieran distraído mucho en otras circunstancias. Aquellos que regresaban se habían estado preparando en secreto para el momento del reencuentro, con ademanes dignos y solemnes, y ahora que el sueño inesperado de Padre hacía imposible aquellos encuentros de familia se paseaban por las habitaciones

sin saber qué hacer, frustrados, un poco como los actores que llevan aprendido su papel y en el último segundo se enteran de que la función ha sido suspendida. Por toda la casa se respiraba ese desengaño, silencioso por consideración al enfermo, a quien hasta el pensamiento podía herir en su sueño. Los hermanos, conscientes de esa sensibilidad tan refinada, pensaban sólo como de puntillas. La noche era fría, vacía.

La primera noche de Péter en la casa Garren, sin embargo, había sido profunda y sorda, como la primera noche en una cripta donde yacen familiares lejanos de quienes el vástago lejano ignora los nombres. Le habían preparado la cama en la que había sido la habitación de los niños. La estancia daba al patio y, con previsión justificada, la ventana había sido enrejada para que los Garren —que desde muy pequeños solían manifestar una curiosidad exagerada por el mundo— no pudieran encaramarse y caerse por ella. Hacía quince años que aquella habitación estaba deshabitada. Olía un poco a cola, como si Péter o Tamás, haciendo sus deberes o sus labores de *slöjd*, hubiesen olvidado tapar el frasco de goma arábiga; también olía un poco a enfermedades de niño, a camomila, purgante suave, bálsamo de Perú y yodo. La época del yodo había comenzado con el reinado de Erzsébet en la casa. La tercera esposa tenía un miedo angustioso y enfermizo al contagio, y si hubiera podido, habría untado de yodo de pies a cabeza a todos los Garren, incluso a Padre, para inmunizarlos contra peligros y enfermedades inconcebibles. Esos olores vivían en el cuarto de los niños con total libertad y sin que nadie los molestara. Aunque la ventana enrejada daba sobre la famosa acacia, predominaba un olor a rancio, como si a partir de un determinado momento histórico —tal vez cuando los Garren se hicieron adultos— no se hubiera aireado más aquel lugar piadoso. La habitación era fría e inquietante. En los estantes había juguetes, libros de texto, reglas viejas

manchadas de tinta, mapas con los bordes doblados, obras de Julio Verne y un globo terráqueo, cuya carta geográfica estaba llena de acotaciones de flechas pintadas con lápiz rojo y otras indicaciones complicadísimas. De la pared colgaban lienzos sin marco, fijados con chinchetas, obras de Edgar, Anna y Albert. Anna incluso había pintado al óleo cascadas con pinabetes y tulipanes en jarrones. Edgar dibujaba figuras simbólicas con yeso, en colores muy intensos, negro de tinta china, rojo de asesinato, azul de noche, figuras que en un sentido figurado evocaban los fenómenos de la naturaleza. A veces en el concierto vibrante de colores se podía reconocer una nariz o la punta de una bota. Edgar designaba sus cuadros arbitrariamente, con nombres como *Terror*, *Terremoto* o *Péter, buscando el conejo*. Allí estaban también los cuadros de Albert, que eran más bien dibujos coloreados a lápiz, por ejemplo, casas dibujadas con sumo detalle y esmero, como la del carnicero de al lado o el cuartel central. Todos habían sido realizados con una ejecución angustiosamente precisa, con cada ventana en su sitio, como si lo hubiesen dibujado en una oficina de arquitectos, con una pericia innegable y un sentido especial de las proporciones. Los objetos, los muebles y los enseres de casa estaban dibujados con la precisión de un ebanista concienzudo. A primera vista parecían obras hechas con todo detalle por un espíritu preocupado hasta de los pormenores más nimios, de forma honrada, sin regatear el tiempo, con un espíritu de artesano humilde, pero una mirada más detenida revelaba que su autor tenía una visión muy personal del mundo. Por poner el caso, al cuartel le faltaban las ventanas, y al sillón del Renacimiento, una pata, porque Albert, a fin de cuentas, siempre olvidaba algo; como si de repente, mientras estaba dibujando, su alma precavida y honrada se hubiese aburrido de la obra, de sí mismo y del mundo, como si hubiera olvidado una pata de sillón o los ojos de una cara por

el simple motivo de haberle asaltado de pronto una duda y de repente desanimado, a la manera de Tamás, hubiera tenido la sensación de que «había algo totalmente desprovisto de esperanza». Los cuadros colgaban de la pared sin orden ni concierto: flanqueaban el *Terror* de Edgar, un *Alba en la selva* de Anna y una creación de Albert que representaba el plano de un edificio. Éste parecía mostrar los cimientos de un templo de dimensiones e importancia extraordinarias, con triple nave y una triple columnata que sostenía un techo abovedado así como unas torres muy interesantes, pero el proyectista se había olvidado del portal y nadie podía acceder a aquella catedral, como si la humanidad fuese indigna de entrar en ella. Albert solía colorear de manera arbitraria sus proyectos —el templo era rojo y el cuartel azul— y nunca olvidaba firmar sus obras, como quien ha cumplido con su deber y acepta la responsabilidad de sus actos incluso ante la posteridad. En un estante inferior, como si fuera un desván, había juguetes rotos, objetos varios y rarezas de una época que pasó sin dejar rastro y de la que sólo se habla en los libros de texto escolares.

Sí, aquélla fue una época heroica, había pensado Péter al entrar en la habitación, aspirando profundamente el aroma de cola y yodo. Sin embargo, allí se escondían aún más olores. Péter no había encendido la luz y se había quedado inmóvil en medio del cuarto, sumido en las tinieblas, como si un solo gesto o su respiración pudieran desestabilizar y modificar, con consecuencias incalculables, el orden anquilosado que se había establecido, por obligación y con cierto rencor, entre los muebles del cuarto. En la habitación —de la que los niños habían desertado para merodear en otra clase de estancias, dormir en camas ajenas, leer historias de miedo y jugar a juegos de otra índole— se respiraba una atmósfera de resentimiento. Péter estuvo mucho rato sin moverse, como si no se atreviera. El tiempo transcurrido, como un sedimento

histórico, parecía adherirse con delicadeza a los muebles y objetos. De debajo de los armarios salía y llegaba hasta él un hedor, ligero como el aliento, a matarratas. Todo estaba en su sitio, pero de un modo frío y doloroso, como en un manicomio en miniatura que ha permanecido cerrado unos años porque la gente destinada a ese lugar ha salido a pasear en libertad provisional. La reja de la ventana, la puerta corredera del cuarto de baño con la fotografía del grupo de bachilleres sobre el dintel y un reloj de pared que señalaba con orgullo testarudo la una y media desde hacía quince años; la sombra del globo terráqueo en la pared, el calor frío de la estufa, la cama de hierro en que dormía siempre el mayor de los hermanos: aquel que en ese momento fuera el mayor, pues en la jerarquía del cuarto de los niños los derechos de primogenitura pasaban periódicamente de uno a otro... Una noche Tamás se adelantó y echó de la cama de hierro y de la habitación a Péter; luego Albert empezó a crecer, con rapidez, sin transición, y a exigir sus privilegios. Dichos privilegios no se le podían negar, pues un estatuto nunca escrito, pero más valedero y efectivo que toda decisión arbitraria, el estatuto del cuarto de los niños, no toleraba la menor lesión en sus derechos. Sin lugar a dudas se habría excomulgado al atrevido que de manera inoportuna se hubiera sublevado contra tales pactos... Y ahora Anna, sin que nadie se lo hubiera pedido, había asignado esa cama de hierro a Péter, como al incuestionable hermano mayor, como si por el hecho de haber regresado de «tan lejos» —aunque no en un sentido geográfico— tuviera el derecho de usurpar aquel lecho de significado simbólico. En la pared opuesta a la cama, colgaba el retrato coloreado de Cristina, sonriente, con un sombrero plano de paja y ala ancha y, en la mano, un ramo de flores y un abanico. Todo aquello ahora le parecía extraño, reservado y frío. Los objetos no aceptaban al que regresaba. Péter se había sentado en el borde de la cama, mientras

esperaba. De sus años en el hogar paterno, había pasado seis en aquella habitación, y en esa época, noche tras noche, había usurpado la cama de hierro, a pesar de las protestas airadas de Tamás, que con sus gritos y pataletas intentaba mostrar que ya había llegado su momento. La cama era estrecha y dura, como de asceta; no existía una cama igual. Péter se había desvestido y acostado con precaución, sin atreverse a estirar las piernas del todo porque notaba frío por abajo. La almohada era exageradamente pequeña, de un modo antigarreniano, en contra de todo lo acostumbrado, como si la hubiera confeccionado una antepasada de los Garren cien años atrás, en la época del cólera y la miseria, y los descendientes ya no se atrevieran a modificar las proporciones tradicionales. «Debe de ser más o menos un tercio de una almohada normal», había pensado Péter con suspicacia. En ocasiones a la familia le daba por economizar y se dedicaba a ahorrar en ciertas cosas. Con cuidado, Péter se había colocado la almohadita debajo de la cabeza, y cada vez que se despertaba comprobaba con un movimiento inquieto que todavía estaba allí. Un ligero olor a matarratas lo había acompañado toda la noche. Ahora, mientras los dos contemplaban la «casa del jardín» y la fuente, Péter preguntó a Tamás con cortesía:

—¿Quieres dormir en la cama de hierro?

—Ya no quiero —replicó Tamás; y miró a su alrededor, triste y obstinado.

Tamás se había alojado en el hotel, en «la mejor habitación», había dicho con cierta ironía y un acento inimitable, el acento de un hombre fastidiado y cansado de aportar pruebas que ante la imposibilidad de convertir a la gente y predicar en las esquinas se resigna a lo inevitable y se ve forzado a ocupar hasta la «mejor habitación» del hotel, que por supuesto le parece mediocre y modesta, pues él, Tamás, «al otro lado del océano», en la luna, o Dios sabe dónde, estaba acostumbrado a

habitaciones bastante diferentes. Al amanecer el viento se había calmado. Péter no se atrevió preguntar a Tamás si había ido a montar a caballo por la mañana, o si tenía la costumbre de montar y llevaba siempre sombrero blanco y chaqueta negra, o si ahora que estaba allí, en su ciudad, durante las semanas o días en que duraría la grave enfermedad de Padre, se sumaría a la costumbre sana y mundana de montar, pues toda la ciudad seguía con cierta expectación y curiosidad el comportamiento de los Garren que habían regresado del extranjero. A Péter le preocupaba que Tamás no hubiera soltado ni un segundo la fusta que llevaba en la mano, como si en cualquier momento fuese a saltar sobre la silla para salir al galope, o para deslumbrar a toda la familia y a los habitantes de la ciudad con un número de equitación extraordinario. Todo aquello, para decirlo con palabras de Tamás, que Péter no comprendía muy bien, «no estaba del todo *okey*». Su hermano pequeño guardaba un silencio aparatoso e inquietante y se movía por la habitación con aire desdeñoso. Con la punta de su fusta rozó la cama de hierro y miró de manera distraída a su alrededor, como quien ya no desea nada y ha superado incluso el agradecimiento. En algún momento, es cierto, a lo mejor hubiera estado dispuesto... Pero ahora ya era tarde. Péter aún no había hablado en serio con Tamás. El poco tiempo que había transcurrido desde su regreso estaba todavía lleno de cumplidos y silencios. En realidad, desde el día anterior al mediodía, no habían hecho más que comer. A cada rato Anna y Erzsébet anunciaban en voz baja, con voz sumisa, que otra vez se podía comer algo, como si el horario de la casa se hubiera quebrado por completo y las comidas, extemporáneas, llenasen los ratos de espera. Como si los miembros de la familia no se hubiesen alimentado bien durante el tiempo en que habían estado ausentes, ese período tan sospechoso y oscuro, y hubiese llegado el momento de hacerles ingerir platos «de verdad» para

que recuperasen fuerzas. «¡Ah, claro, esto no es pan de Karnak!», había pensado Péter al sentarse por primera vez a la mesa del comedor, puesta con esmero, y darle un mordisco; de repente se le había aparecido Edit, con los ojos brillantes, curiosa y cruel. El pan, de harina de centeno y trigo, con algunas semillas de comino, había sido preparado según una receta antigua y casi secreta y se servía dentro de una cajita de latón, ligeramente abollada, que había enfrente de Anna. Aquellos días la señora Erzsébet se negaba a participar de las comidas familiares. «Para mí, bastará la cocina, hijo», decía con una testarudez incomprensible, para desesperación de los que regresaban de tan lejos... Era el pan de siempre y Péter se lo había comido sin más. Resultaba innegable que aquel pan se parecía al otro, el familiar: su sabor, su tacto y su aroma le despertaban recuerdos, pero ya no era el mismo, no era exactamente «aquel pan» de entonces. «¿Qué habrá ocurrido?», se había preguntado Péter asustado. Había tragado el bocado con dificultad, pero procuraba disimularlo. Con cada mordisco de pan había tenido la sensación de ahogarse. También la cama de hierro «se parecía», igual que el cuarto de los niños. Era como si de todo se hubiera conservado sólo lo esencial y lo simbólico, y como si los objetos, sabores y olores mismos se hubiesen diluido, como si la misma realidad se hubiese esfumado. Tal vez, con su estilo generalizador y tremendista, Tamás se refería a eso cuando decía que «no estaba del todo *okey*» y que en todo aquello había «algo desprovisto de esperanza».

—Habrá que revisar con cuidado todo esto en algún momento —sugirió Tamás.

Había dicho esta frase en un tono despectivo, pero en su voz vibraba algo. Hablaba con el tono del gran señor que regresa a alguna de sus antiguas propiedades y pasa revista a los establos, al parque y a las casitas de los jornaleros, pero sin

prestar atención, sin dar la menor importancia a las cosas, con la fusta en la mano. ¡Dios mío, pero qué importancia podría tener todo eso!... Quizá falte algún que otro rebaño, o un bosque, o el compás antiguo con su estuche forrado de terciopelo azul. ¿Desde cuándo a Tamás le importaba todo eso? Pero le había temblado la voz. «Parece que, a pesar de todo, le importa», pensaba Péter. Con ese aire de superioridad negligente, deferente y sonriendo, se paseaban frente a los estantes. Ni siquiera era posible valorar y estimarlo todo con exactitud. Tamás había viajado a bordo de varios barcos y hablaba varios idiomas, y todo el mundo sabía que Péter, por los negocios de Emmanuel, disponía de fondos y bienes de carácter muy distinto, de cañones y conservatorios de música... ¿A quién le importada el estado en que se encontrara ese globo terráqueo pintado de flechas e indicaciones misteriosas dibujadas por Tamás? Con una sonrisa de condescendencia, Tamás cogió el globo terráqueo; enseguida volvió a dejarlo en el estante, en su lugar original, con un ademán torpe y asustadizo. «Parece tener miedo de tocarlo», pensó Péter. Probablemente Tamás había dibujado el itinerario con un lápiz rojo que... Era lamentable, pero ya desde niño Tamás había sentido la inclinación de sustraer lápices, sobre todo lápices de colores, que robaba de los cajones de Eolo, e incluso del escritorio de Padre. Su afición a los lápices, que, por regla general, no utilizaba para nada, la había heredado de Padre, que siempre tenía alineadas sobre la mesa verdaderas baterías de todos los colores, como si se preparase para dibujar un gigantesco boceto a color. Eso también formaba parte de la condición de «ser un artista»... En sus andanzas por el mundo, Tamás nunca había seguido con exactitud aquel itinerario. Ahora, a dos pasos de distancia, con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos entornados y la preocupación pintada en el semblante, contemplaba el globo terráqueo. Su cabeza de niño

mofletudo, pelirroja y cubierta de rizos, transmitía tristeza en aquel momento: era la expresión de un adolescente que ya se afeita a escondidas, paga una habitación de hotel y prepara un viaje al otro lado del océano, cuando podría quedarse perfectamente a dormir en casa, en la cama de hierro. «Tamás se siente ofendido», pensaba Péter. Su hermano pequeño contemplaba con visible resentimiento los estantes, el mobiliario del cuarto, los juguetes rotos y las obras de Julio Verne. ¿Cuándo y por qué se habría ofendido? Péter no lo recordaba. Los miembros de la familia habían seguido viviendo y deambulando por el mundo, a veces se escribían cartas o se llamaban por teléfono, y en las ocasiones especiales se veían en una de esas celebraciones familiares, penosas y temibles, cuyo verdadero sentido y significado nadie sabía ni se atrevía siquiera a analizar con todas sus consecuencias. Así pues, se encontraban y parecían alegrarse mucho de verse. Anna lanzaba gritos y besaba con labios fríos a todo el que llegaba; los besaba en la frente, justo encima de la nariz, en el entrecejo. Mientras tanto, entre dos ausencias y dos encuentros había siempre un motivo que propiciaba un sentimiento o un estado de ánimo del que no se hablaba nunca. De esas cosas no se podía hablar. El cielo, aquel firmamento especial que se extendía encima de la familia y que tenía su sol y sus nubarrones, a lo mejor se habría venido abajo si un día se hubieran puesto a hablar de ello. ¿Qué sentimiento era aquél? ¿A qué se debía ese estado de ánimo, qué reflexión o recuerdo había irrumpido también ahora, en ese mismo momento, en el cuarto de los niños, donde, medio en broma, había entrado con Tamás para mirar la acacia a través de la ventana enrejada y contemplar el globo terráqueo y los recuerdos de la edad de oro? ¿Qué recuerdo dibujaba en este instante unas arrugas tan cargadas de resentimiento y tristeza en su cara de adolescente, afeitada y cuidada con perfumes tan inadecuados? En el cuarto

de su infancia, los dos estaban tan absortos, con la vista fija en el suelo y una expresión tan preocupada, casi sombría, que parecían estar realizando un cálculo mental. Los carnosos labios de Tamás, como de negro, se movían en silencio. «Está contando, busca algo, no logra sumar algo, o dividirlo», pensaba Péter. Eran como dos intendentes de una finca cuyos derechos de propiedad resultan confusos; dos intendentes que no son muy duchos haciendo cuentas y que no se atreven a mirarse a los ojos, a pesar de no entender una operación o no encontrar una determinada cantidad de dinero que de pronto, en el momento de rendir cuentas, iban a tener que declarar. Había allí algo que tanto en casa como «allá afuera» —en ese «allá afuera» que hubiera sido difícil determinar geográficamente y que Edit llamaba «la catedral de Karnak» y donde Tamás, con un extranjerismo ridículo e incomprensible, afirmaba que todo era *okey* y había algo de esperanza— no existía. ¿Quién debía a quién? No lo sabían. Pero se palpaba la tensión; una sensación de deuda pendiente, de rendir cuentas sobre algo de lo que un buen día, a pesar de todo, será preciso hablar. Tamás miraba sombrío y ofendido, como quien en secreto ya ha renunciado a cobrar esa deuda, pero no consigue resignarse a su pérdida. «Lo habrán ofendido», pensaba Péter.

Pero ahora Péter se daba cuenta de que él también estaba ofendido. Hasta entonces sólo había sonreído con educación y besado las manos, las mejillas y los cuellos que se le habían ofrecido, obedeciendo a su naturaleza. Ya la noche anterior, al entrar en aquella habitación, había advertido su resentimiento, pero otras sensaciones, más intensas y excitantes, se habían mezclado de forma tan sutil con los sueños de la primera noche que no había tenido tiempo de darse cuenta de ello. Sin embargo, en ese momento, frente a Tamás, que golpeaba suavemente con la fusta las perneras de su pantalón de pata de gallo y contemplaba taciturno el suelo cubierto de linóleo, ese

resentimiento parecía rebosar por encima de los recuerdos y las reglas de la buena educación. En el suelo había manchas, como si viejas huellas de sangre seca hubieran quedado pegadas al linóleo, agujereado y remendado; manchas de sangre de las guerras púnicas. «Espero que no se abalance sobre mí para pegarme. Ahora que Padre está tan enfermo resultaría muy penoso y nada correcto. Yo no tengo la culpa de ser el mayor, y además le he ofrecido la cama de hierro...», pensó Péter. Le hubiera gustado sonreír, darle un golpecito en el hombro y disipar la sentimentalidad sombría y agria del momento con algún regalo o detalle divertido. «Lo mejor sería ponernos a jugar. Abajo, en el cobertizo, en una caja pintada de azul, encontraríamos la linterna mágica...». Pero su mano colgaba, pesada, incapaz de hacer movimientos intrascendentes. Todo parecía inútil; los besos y los abrazos, las comidas opíparas con las que Anna, como si fuera un ángel de la guarda algo burdo, procuraba apaciguar las pasiones que habían vuelto a entrar en casa. Unas comilonas sagradas cuyo verdadero objetivo no era alimentarse sino hacer las paces, estar juntos y comulgar con el recuerdo de los aromas y sabores que se conservaban en los estómagos y nervios familiares. Pero todo era inútil. Tamás no sentía el menor deseo de hacer las paces. Era probable que Albert tampoco. Y Péter carraspeó y se dio la vuelta: en ese instante, frente a la cama de hierro y las obras completas de Julio Verne, se percató, asombrado, de que tampoco él anhelaba la paz.

—Bueno —dijo Tamás con decisión, como si pusiera punto tras una frase muy larga—, entonces ¿qué hacemos aquí? —Y movió la cabeza sonriendo, turbado y con amargura—. ¿Sabes? Llevo una semana aquí y ya lo he visto todo. ¿Qué te parece? Hasta cuándo... quiero decir... Pero no, nadie sabe... Aunque, como te digo, en todo esto hay algo totalmente desprovisto de esperanza. —Se acercó a la estantería y con un gesto desganado

cogió un libro, *Los hijos del capitán Grant* y se puso a hojearlo con torpeza mientras asentía con la cabeza, como si estuviera de acuerdo con el contenido—. Todo esto es muy triste y hasta me preocupa, pero no dispongo de mucho tiempo. Mis asuntos me reclaman.

Péter sabía que no había en ello una palabra de verdad; a Tamás no lo reclamaban «sus asuntos», y aunque así fuera, sin duda eran asuntos que tenían un carácter prorrogable.

—Uno vuelve a casa con las mejores intenciones y... —dijo con un repentino tono airado, pero se tragó el resto de la frase y con un ligero suspiro exclamó—: ¡En fin! —Con la fusta dio un golpe sobre el edredón de la cama de hierro y se dirigió hacia la puerta—: También Sebestyén quería hablar contigo, en tu calidad de hermano mayor —añadió irónico, haciendo una pequeña reverencia—. Asuntos de negocios, según me dijo. ¿Sabes? Ahora que Padre está enfermo... alguien debería repasar el inventario.

—¿Qué inventario, Tamás?

La fusta se levantó en el aire con un desdeñoso movimiento de dejadez.

—Probablemente el inventario completo —repuso ofendido —. Todo lo que había...

—¡Pero si ya lo hemos repasado! Ahora, hace un instante. ¿Qué más hay? —exclamó Péter.

Desde que se habían encontrado en el aeródromo, el suceso más intenso aparte del momento de su llegada había sido la primera vez que Tamás lo había mirado a los ojos. Lo había mirado de soslayo, con los ojos desorbitados, como si no acertara a comprender por qué no empezaban a hablar por fin de «aquello», de la única cosa importante que existía entre ambos desde el mismo instante de su nacimiento; entre ellos dos y entre todos los Garren. Lo miraba como si estuviera dispuesto a sacrificarlo todo, incluso sus secretos de ultramar,

para que tuviera lugar por fin aquella conversación. Y como quien sabe que se puede hablar de todo, hasta de lo más horripilante, excepto de aquello que los Garren dejaban pasar de largo, en silencio. Y él, Tamás, nunca sería lo bastante fuerte o irresponsable o cruel ni poderoso como para atreverse a hablar de lo que unía a los Garren, pues dentro del marco de esa pertenencia común se tenían miedo unos a otros. Tamás bajó la cabeza, dio media vuelta, se detuvo en el umbral y con la fusta comenzó a darse golpecitos en la punta de los pies.

«No, es él quien tiene razón, pero no se puede hacer nada. Hay algo entre nosotros que no tiene solución. A lo mejor ni siquiera Emmanuel conseguiría arreglarlo. Es algo que existe desde nuestro nacimiento. Y cuando Padre muera, o cuando se derrumbe la catedral, o estalle la guerra, tampoco entonces se arreglará. Sin embargo, más allá de todo esto... ¿qué le ocurre a Tamás?», pensaba Péter.

Tamás necesita cariño

El hotel daba al parque público. Un lugar de dimensiones agradables en cuyo centro se levantaba la estatua de un general no muy célebre, pero con aires de conquistador, que en realidad pertenecía a los extranjeros y a los enemigos. No era hijo de la ciudad, ni siquiera había puesto los pies en ella, y había encontrado la muerte en el campo del honor, en Oriente, dos décadas atrás. Desde la ventana de la mejor habitación, Tamás podía ver la estatua del general desconocido. Aquel espectáculo lo irritaba y deprimía cada mañana. El general lucía un uniforme extranjero, una gorra con visera y un impermeable; tenía una mano en el bolsillo y con la otra

señalaba en dirección al edificio del teatro con ademán agresivo y amenazador, como si aquella barraca quebradiza fuese la causa de todos los males, artimañas e infortunios que habían caído sobre él tanto allí como en Oriente. «¡Que lo derriben entero!», gritaba el general, con su boca de bronce bien abierta, lleno de ira y crueldad. Tamás se acodó en el alféizar y contempló la estatua durante un rato. El general lo debía de ignorar todo acerca del pasado de aquel teatro de mala muerte. Pero Tamás, que sabía muchas cosas, lo recordaba perfectamente.

No había mentido cuando, vanagloriándose un poco, había anunciado que se alojaba en la mejor habitación del hotel. No había mentido. Sin embargo, no era cierto que en aquella habitación se sintiera a gusto. Aun así, no era cuestión de que también él se instalara en casa, como los demás, en su casa, la casa Garren. Había rechazado la llamada de Anna, su invitación, con ojos furiosos, cabizbajo, el semblante descompuesto y murmurando. ¿Por qué no la aceptaba, por qué se sentía ofendido por la invitación? ¿Y por qué esa mañana, plantado en medio de la «mejor habitación», con los brazos abiertos y jadeante, la había vuelto a rechazar en voz baja, casi con un estertor?

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Imposible!

—Bueno, si es imposible, pues nada... —había respondido Anna con resignación; y nadie había insistido, con lo que Tamás podía alojarse en el hotel, en la «mejor habitación».

Sin embargo, desde la ventana la panorámica alcanzaba más allá de la estatua del general extranjero y el teatro. Si Tamás se inclinaba sobre la barandilla, podía ver incluso un balcón de la casa Garren, el de la habitación de la esquina, con sus persianas bajadas, detrás de las cuales se encontraban los muebles y demás objetos, famosos en toda la ciudad, del «salón verde». Los muebles de ese salón se habían tapizado varias veces, con

tela azul en una ocasión y con tela roja en otra. No obstante, a pesar del nuevo tapizado, seguía siendo el «salón verde», una denominación terca e inmutable, igual que los ciudadanos de más edad de Oslo sueñan aún hoy en día con Cristianía, cosa que —de manera idénticamente misteriosa— no es lo mismo. La habitación de la esquina, con los vestigios del salón verde de antaño, hoy rojo, y los famosos objetos de porcelana, se veía con bastante claridad desde la ventana de la habitación del hotel de Tamás. Y se podía ver asimismo la fachada de Eolo, las letras doradas del rótulo, y con unos buenos gemelos incluso se podía divisar el arpa en el escaparate de la tienda. Tamás, como es lógico, poseía unos buenos gemelos; «la mejor marca del mercado», decía él. Con los gemelos colgados del cuello, Tamás ya se había plantado varias veces en la ventana de su habitación, para sorpresa de transeúntes y vendedores del mercado, que advertían con respeto que el joven Garren se hospedaba en el hotel y observaba el mundo desde la primera planta, con una mirada interesada aunque fría, distante e impenetrable, dirigiendo la vista hacia la estatua del general, el teatro y la casa Garren... Como si fuera un viajero distinguido que sólo está de paso, no conoce la región ni las cosas dignas de ver en la ciudad, y la primera mañana de su llegada abriera los batientes de la ventana de su habitación y se asomara, ataviado con su camisón y algo despeinado, se llevara a los ojos sus excelentes gemelos de marca extranjera para contemplar la ciudad con discreción y mucho tacto, como si el paisaje que se abría ante él, la ciudad y, sobre todo, la casa de los Garren, le gustara, desde luego, pero le resultara absolutamente indiferente. Entonces bosteza, da media vuelta y vuelve a estar en la habitación, rodeado de sus maletas llenas de etiquetas multicolor de hoteles extranjeros y demás enseres de viaje que huelen a agua de colonia carísima. Así se colocaba Tamás ante la ventana, con actitud condescendiente, de amable

superioridad, como si en realidad estuviera contemplando la plaza del mercado de una ciudad extranjera de poca importancia.

Y no obstante todas las mañanas y también todas las noches se plantaba en la ventana, a veces incluso de madrugada. Es verdad que a esas horas muy poca gente podía notar su presencia en su puesto de vigilia, pues pasadas las once aquel rincón de la plaza Mayor estaba bastante desierto. A veces se quedaba de pie junto a la ventana durante mucho rato, con los gemelos o sin ellos, con una obstinación tan ostensible que era imposible no percatarse de ella, como si el distinguido extranjero ya se hubiera aburrido de las vistas después de una contemplación tan prolongada. Unas veces se asomaba en camisón y otras, en frac, porque, para mayor asombro del personal del hotel, había noches en que Tamás se ponía el frac y cenaba abajo, en el gran restaurante, luciendo disfraz tan mundano. Sin embargo, después de cenar no iba a ninguna parte, subía a su habitación, pedía una botella de vino francés de marca selecta, y solo, vestido con el frac, se quedaba horas sentado junto a la estufa apagada del cuarto, fumando su habano en silencio y apurando copa tras copa el tinto francés. Sólo se levantaba de vez en cuando de la butaca de felpa roja que olía a elíxir dentífrico para acercarse lentamente a la ventana e inclinarse hacia fuera, como si quisiera convencerse de que todo seguía en su sitio y comprobar, sobre todo, si aquella noche la casa de los Garren se había movido o no de su puesto. Luego volvía junto a la mesita y continuaba bebiendo.

Tamás no había querido hospedarse en la casa Garren, pero todas las mañanas y todas las noches comprobaba desde su ventana si seguía en su sitio. De día se lo había visto varias veces entrando en la casa, o bien empujando la puerta vidriera de la tienda Eolo de manera apresurada, como si tuviera muchísimo que hacer incluso estando en esta ciudad, como

quien sólo dispone de un momento y se propone entrar para preguntar cómo sigue su padre enfermo. Nada más natural, desde luego, pero la manera en que Tamás realizaba esas visitas a su hogar no resultaba natural del todo. Hasta Sebestyén abrigaba sospechas. «Señor Péter, parece como si algo no estuviera en orden con el señor Tamás», le había dicho Sebestyén. Péter no era el único de la familia a quien el pariente y dependiente trataba de «señor». «¿Qué le ocurre a Tamás, Péter?», le había preguntado Anna en voz baja, con preocupación distraída, al levantarse de la mesa en una de las pausas breves que había entre comidas en esos primeros días en que aún se sentaban todos juntos a la mesa. Pero enseguida se iba, presurosa, sin esperar respuesta, con inquietud, pues o Padre se despertaba, o llegaba una enfermera nueva que no sabía que el Demalgon debía diluirse en una copita de licor. Una inquietud algo exagerada e insistente, como si la enfermedad prescribiera un orden completamente nuevo en la casa, un orden incluso un poco religioso del que Anna era la única sacerdotisa. Péter no le había contestado. Hasta entonces Albert y su familia —pues Albert tenía su propia familia, de la que se separaba de un modo ostensible, una familia que, por decirlo así, aguardaba en un segundo plano, con actitud expectante, acechando el momento en que podría interrumpir tomando la palabra para manifestar su opinión con crudeza— no habían mostrado interés por Tamás. Sin embargo, Péter había notado que Albert, cuando se sentaban todos a la mesa para comer, no le quitaba los ojos de encima al hermano llegado de allende los océanos; unos ojos severos, vigilantes y de brillo sombrío. Albert tenía fama de que «siempre miraba» con una curiosidad extraña, como una fiera antes de abalanzarse sobre su presa, y aquella mirada que nunca podía ser vacía era incapaz de soñar; sus ojos siempre tenían que aprehender algo. Y ahora se pasaban horas mirando a Tamás.

Edgar era el único que aún no había preguntado a Péter por Tamás. Aquellos días Edgar no dejaba de sonreír durante las comidas. Y una vez Judit, al servirse el helado, había preguntado con timidez:

—¿Lo habéis notado? Tamás peina canas.

Sí, Tamás encanecía. Todos se habían inclinado sobre el plato y habían continuado comiendo en silencio. Entre los Garren no era costumbre criticar en voz alta el estado físico de unos y otros. Tamás no estaba presente el día en que Judit había observado que encanecía. De hecho, él no tenía mucho tiempo para comidas familiares; tenía asuntos de gran envergadura que no le permitían sentarse al mismo tiempo que los demás a la mesa familiar. Siempre tenía algo que hacer en el preciso momento en que los demás almorzaban, como cazar leopardos, o telefonear al otro lado del océano. O bien llegaba tarde, con mucho retraso, cuando los demás ya estaban comiendo la fruta. Entonces, con una sonrisa de superioridad y tono de broma, preguntaba a Anna qué había cocinado para el almuerzo, aunque él mismo, Tamás, desechaba al momento la idea de acompañarlos comiéndose las sobras. Él tenía suficiente con un café, un moca bien cargado. Luego sacaba un paquetito del bolsillo de su chaqueta y lo abandonaba con desenfado sobre la mesa para que todos degustaran su contenido: exquisitos bombones, fruta exótica o algo de pescado selecto. Tamás les pedía que no se hicieran de rogar y lo probaran. No, él no quería comer nada, Dios lo librara. Así era como solía sentarse entre ellos. El sombrero blanco y la fusta estaban en el alféizar de la ventana, donde los había dejado al llegar, como si en cualquier momento pudiera necesitarlos. Jamás colgaba el sombrero en la percha del recibidor. «Es capaz de haberse traído la chistera», pensaba Péter con preocupación. ¿Capaz? No cabía la menor duda de que Tamás había ido con chistera. Todos imaginaban que Tamás guardaba la chistera en su

habitación de hotel como quien tiene un animal exótico —por muy penoso y poco correcto que fuera pensarlo— y que jugaba con ella y la acariciaba esperando con impaciencia mal contenida el momento en que pudiera ponerse en la cabeza aquel fenómeno de pelitos brillantes. Era probable incluso que en secreto ya se la hubiera puesto, tal vez de noche, y hubiera salido a pasearse por calles poco frecuentadas. Por fuentes secretas, a los Garren ya les había llegado la noticia de sus cenas a solas vestido de frac.

No consiguieron acabar con el sombrero blanco. En realidad, no era blanco, pero en aquellos días de comienzos de primavera algo tan inmoralmente claro sólo podía ser maldecido... En verano, en agosto por ejemplo, ni aun en circunstancias tan tristes hubiese tenido sentido protestar, pero a fines de abril, en las montañas, mientras Padre se debatía entre la vida y la muerte, llamaba la atención incluso de la policía. Hubiera sido difícil ordenar una investigación contra el sombrero, quien lo llevaba acababa de llegar desde otro país, y además las autoridades del gobierno de ocupación ya sabían que los Garren a veces se ponían sombreros muy diferentes de los que usaban los abogados o los cereros. Sin embargo, cuando Tamás se paseaba con solemnidad por la calle tocado con «el sombrero maldito» —incluso Péter, a quien aquella prenda le molestaba sobremanera, llegaba a usar este tipo de expresiones para referirse al dichoso sombrero—, con aquel engendro de color crema y gris claro, de ala ancha, levantada por delante y baja por detrás, con un descuidado hoyo en medio, podía ocurrir que los agentes de policía lo saludasen atónitos. Era imposible pasar indiferente junto a aquel sombrero. Con él tampoco se podía saludar de la forma habitual y cotidiana, por la sencilla razón de que Tamás le levantaba el ala por delante, por encima de la frente, de un modo provocador, como hacen los marineros con esos sombreros de piel brillante con los que

parecen focas y desafían vientos y mareas. Tal vez si Tamás no llevara levantada el ala del sombrero, los demás se hubiesen acostumbrado a él con mayor facilidad. Porque no cabía duda de que el sombrero imponía respeto, un poco como esos sombreros que en las ciudades de Sudamérica llevan a veces los criollos que se han civilizado, aquellos que dejaron de ser bandoleros montados en motocicleta y gauchos mascadores de chicle para convertirse en simples vendedores de automóviles. O también un poco como los sombreros que llevan los *sheriffs* de bondad paternal en las películas norteamericanas ambientadas en la era *biedermeier*. Pero Tamás no era un *sheriff* —por lo menos nunca había dicho que lo fuera—, aunque no se separaba del sombrero. Y no comía con los Garren.

A veces Tamás se presentaba en la casa a la hora de cenar, pero no se sentaba a la mesa, sino que ocupaba sólo el extremo libre de la misma, a cierta distancia de los que estaban comiendo. Observaba con la curiosidad propia de un experto el contenido de las fuentes que llegaban a la mesa, sonreía con frialdad, con benevolencia forzada, asentía con la cabeza, sacaba su pipa corta de madera, murmuraba algo y pedía permiso para fumar; todos, de inmediato, con una amabilidad exagerada, lo autorizaban a hacerlo. Entonces él, con ademanes circunspectos y no muy naturales, más bien estudiados, llenaba su pipa con el contenido de una petaca de plástico y estampado de cuadros, se frotaba las manos y lanzaba el humo con tanta satisfacción como si uno de los ensueños más dulces de su vida acabara de realizarse. Él acudía porque el deber lo llamaba —¿qué otra cosa hubiera podido hacer?—, pero no comía de la fuente común. Tamás sólo conversaba con monosílabos, mezclando en sus frases palabras extrañas, que en su mayoría sonaban a indio y parecían exclamaciones, dichas con violentos movimientos de las cejas, con sonrisas y toda clase de «¡eh!», a la manera de un sexagenario capitán de barco muy amable,

algo extravagante y muy tostado por el sol, cuyo buque estuviera anclado en algún puerto del sur y hubiera hecho una escapada para visitar su casa. Parecía haber perdido un poco la costumbre de la conversación civilizada y continental, o al menos así lo parecía. Ni siquiera se atrevía a plantar en medio de la habitación sus maletas de piel de cocodrilo, pero, como regalos, les había llevado una libra de oro en polvo, un diente de tiburón y cuatro litros de ron. Todavía no había tenido tiempo de abrir las maletas y por eso aún no había podido repartirlos... «Bueno, ¿qué queréis? No soy más que un viejo lobo de mar malhumorado y torpe...». Eso era lo que proclamaba su modo de comportarse. ¡Solterón extravagante! ¡Viejo capitán curtido por las tempestades y el bochorno! «Prefiero quedarme sentado aquí, al final de la mesa, fumando con mi vieja pipa mientras escucho vuestras conversaciones burguesas. Soy un hombre sin pretensiones que ha perdido toda costumbre de mundanidad... A mi manera, desde luego, pienso mucho en la familia, pero no quiero tocar nada de los platos. ¡Dios me libre!... La comida, que se la coman ellos: Péter, Albert, Edgar y Anna, y mis queridas cuñadas... Yo no voy a quitarles la comida del plato, ¡yo, no! Confiad en mí; en mi testamento no he olvidado a nadie... Por suerte, logré acumular unas cuantas onzas de oro, allá lejos, en medio de los pieles rojas... No os preocupéis: no necesito de la ayuda de nadie. Por desgracia, ya soy un poco viejo y no aguanto estas tonterías familiares, como bautizos, entierros o banquetes. Sólo he venido desde Perú para haceros una visita fugaz». Esto era lo que su silencio parecía proclamar.

En aquel entonces Tamás tenía treinta y un años y no guardaba en su cuarto de hotel ni oro en polvo, ni dientes de tiburón. A lo mejor conservaba cosas por el estilo enterradas en un escondrijo de Perú, pero de aquel Perú exótico de Tamás, de su prosperidad económica y su situación familiar, no se podía

saber nada seguro. Lo único cierto era que estaba resentido, se mostraba alterado y avergonzado, no encontraba su sitio en la constelación familiar, en torno a la mesa redonda, y se dedicaba a hacer ostentaciones con su sombrero blanco, replicando sin cesar a cualquier ataque incomprensible dirigido contra su persona. Y en ese momento, probablemente, debido a un retraso en las transferencias de dinero, estaba sin blanca. «Los correos son lentísimos», solía decir, y además la situación internacional era muy inestable. Hacía esas observaciones con pocas palabras y el acento de reprobación del negociante serio, con los modales de un hombre acostumbrado a resolver problemas económicos con esa misma exactitud escrupulosa y autonomía, en todas las situaciones que pudiera depararle la vida, incluso entre los pieles rojas... Y que ahora, decepcionado y molesto, se daba cuenta de que en el oeste familiar no todo el mundo era tan puntual y digno de confianza como él estaba acostumbrado y daba ya por sentado. Los correos se retrasaban y Tamás, ya en aquel breve trayecto entre el campo de aterrizaje y la ciudad, en el coche, empleando sólo monosílabos y como quien habla de cosas sin importancia, sin soltar su pipa, había pedido a Péter que le prestara enseguida «algo de dinero nacional». Lo había dicho así, como si hablara de algo que no tuviera la menor importancia, poniendo énfasis, sin dejar lugar a dudas, en la palabra «nacional». En el fondo, como si ni siquiera estuviese pidiendo dinero; lo único importante era que aquellos chismes, los billetes de banco, fuesen rigurosa e incondicionalmente nacionales, como si un explorador que fuera coleccionista apasionado estuviera pidiéndole a un indígena un objeto folclórico, sin el menor valor monetario, cuyo único interés estribase en que poseyera algún rasgo típico desde el punto de vista etnográfico. Así pedía dinero Tamás. «Es que sólo tengo dólares», añadía con aire indiferente, a modo de explicación, y con un ademán vago se llevaba la mano

al bolsillo exterior de su abrigo y, en efecto, sacaba de él un billete de dólar, uno solo, un billete apaisado de un dólar —como la mirada inquisitiva de Péter notó de inmediato— con el retrato de Abraham Lincoln, de edición muy antigua, un dólar arrugadísimo, pero sin duda de curso legal y de cuyo dibujo se destacaba a distancia la palabra UNO. Péter asintió con la cabeza, y sin demora, todavía en el coche, le dio a Tamás dinero nacional, y le dio más a los pocos días, cuando su hermano pequeño, después de una de las comidas familiares, de manera distraída y murmurando algo, sacó de nuevo el billete de un dólar mientras hacía una observación sobre los billetes en curso.

Ya la primera noche Albert había esperado a Péter en el pasillo y le había preguntado en voz baja:

—¿Ya te ha pedido dinero?

Estaban en el rellano de la escalera. Albert, con una mirada curiosa y como quien se alegra del mal ajeno, había señalado a Tamás, que se alejaba. En el ademán y el tono de la pregunta latía cierta ansiedad ofensiva y ávida. Péter, como siempre que Albert quería hacerlo cómplice de alguna intriga poco clara, se sentía ofendido. Había vuelto la cabeza para evitar la mirada de su hermano. Le había violentado la sospecha, el modo alevoso y burdo con que Albert había intentado involucrarlo en la artimaña familiar, en aquel servicio secreto de información y espionaje con el que toda la familia, según los indicios observados, acechaba las debilidades de Tamás.

—No me lo ha pedido —había dicho, con pudor.

Con cierta turbación, Albert había carraspeado, como siempre que quedaba en evidencia su carácter, su vulgaridad incorregible. La respuesta de Péter no dejaba lugar a dudas; dejaba entrever claramente que Tamás también le había pedido dinero a él, y lo había obtenido, pero que Péter se rebelaba contra tales insinuaciones y aceptaba a Tamás, su país

extranjero y todo aquel misterio y sedición derivados de su sombrero blanco y del hecho de que estuviera falto de recursos.

—Perdóname —dijo Albert, con cobardía y una humildad insolente—, te lo pregunto porque a mí ya me lo ha pedido, pero no se lo he dado.

—¿Por qué no? —preguntó Péter con tono despectivo, mirándolo de arriba abajo.

Era incapaz de utilizar otro tono con su hermano. Albert era padre de familia y pobre, además; «iba tirando» con esfuerzo y le complacía sobremanera recordarlo a la mínima ocasión. Sin embargo, tenía dinero en la Caja de Ahorros pero no le había dado a Tamás, y se vanagloriaba de ello. Le habría gustado implicar a Péter, igual que al resto de los miembros de la familia, en su negativa, en aquella pequeña impertinencia de hombre virtuoso y sobrio. De hecho, buscaba aliados contra Tamás porque se daba cuenta de que solo era demasiado débil. Era el propio Tamás, con su pipa, sus transferencias de dinero procedente del extranjero y que tardaba tanto en llegar, su sombrero y su Perú, lo que Albert no podía reconocer ni aceptar de ninguna manera y cuya invalidación propugnaba por todos los medios a su alcance. Lo que más le hubiera gustado habría sido comunicar al respetable público, mediante grandes carteles colocados en la calle, o en la sección de anuncios por palabras de los periódicos, que se veía obligado a dudar de todo cuanto a Tamás se refería, incluso de la existencia de Perú. Albert no le había dado dinero y se sentía orgulloso de ello. Péter se lo había dado durante el primer cuarto de hora tras su llegada, y también luego, cada vez que en el bolsillo del abrigo de Tamás faltaban billetes nacionales de curso legal porque, según él, aún no había llegado el momento de cambiar de forma ventajosa su billete de un dólar. Péter le daba dinero igual que se lo había dado en el pasado, cuando Tamás lo llamaba por teléfono desde el extranjero, de

noche, para hablarle durante demasiado rato, renovando y despilfarrando siempre los costosos tres minutos, como si sólo quisiera contarle, tras un silencio de varios meses o varios años, que aquella mañana un vendaval había azotado la región donde se hallaba en aquel momento, para luego, como de paso, pedirle una cantidad pequeña, a veces sorprendentemente exigua, un poco menos del importe de la conversación intercontinental. Péter siempre le daba dinero a Tamás, y sentía vergüenza. Era preciso aceptar el hecho de que Tamás pedía dinero prestado. No tenía más que treinta y un años y hacía ya diez que se había ido en un barco sin volver la vista atrás ni por todos los tesoros del mundo, pero pasado un tiempo, y de manera inesperada, había enviado a Padre una cajita llena de dátiles prensados, los más exquisitos, como si sólo hubiese querido notificarles que no estaba enfadado. Tamás nunca contestaba a las cartas. Hacía enviar su correspondencia a la dirección de varios bancos norteamericanos que sin duda no se esforzaban demasiado para contar con Tamás entre sus clientes habituales. Tenía treinta y un años, su cabello empezaba a encanecer y ahora que había caído enfermo Padre, él había sido uno de los primeros miembros de la familia que habían regresado del extranjero. Sin embargo, se había hospedado en el hotel y no comía con los demás. Una vez lo descubrieron comiendo en la cocina con Erzsébet, con el sombrero en la coronilla, sentado con familiaridad en un taburete y cortando el tocino ahumado con su navaja, de un humor excelente y contagioso. Los criados le tenían muchísima simpatía.

No obstante, la segunda mañana después de su regreso, Kalb, el prestamista, había parado a Péter en la calle para decirle, como de paso, que Tamás también le había pedido dinero a él.

Al día siguiente, después de una de esas cenas que tanto se prolongaban, Péter había ido a ver a Tamás al hotel. Lo había encontrado solo; sentado en la cama, con una bufanda de lana

suave en el cuello y afilando en una correa su navaja con mango de cobre. Estaba triste. Tamás había mirado a Péter con expresión abstraída, como si le estuviera esperando y no le sorprendiese en absoluto su visita, pero casi en el acto se había ruborizado, había saltado de la cama tirando el cuchillo y comenzado a poner un poco de orden en la habitación.

—¡Qué desorden! —exclamó, fingiendo sentirse escandalizado—. ¡El personal de servicio! Yo soy un hombre solitario...

Péter le hizo un ademán para tranquilizarlo. Se sentó al lado de la estufa y miró a su alrededor con curiosidad. En la mesa había un cedazo para tabaco y una cantimplora de bolsillo. En un rincón, una maleta muy modesta y con numerosas etiquetas de colores chillones. Por lo visto, aquello era todo cuanto poseía. Quizá la chistera, la del armario de Tamás, fuese una chistera pobre. «Tan extrañamente pobre como un leopardo», pensaba Péter. Aun así, en voz alta, con tono de leve reproche y aire pensativo, le preguntó:

—¿Por qué pides también dinero a desconocidos, Tamás?

—¡A desconocidos! —exclamó Tamás.

Dio una palmada de indignación, movió la cabeza, se acercó presuroso a la ventana y se inclinó hacia fuera como si esperase a alguien.

—¡A desconocidos! —repetía en voz baja, divertido, como si acabasen de ofenderlo de un modo en extremo grosero; una ofensa a la que ni siquiera vale la pena contestar en serio y en voz alta—. Ambrus, el cerero, ¿es acaso un extraño? —preguntó con aire triunfal. Y puso los brazos en jarras, plantado en medio de la habitación.

—¿También le has pedido a él?

—¿Y por qué no? ¡Oh, ya veo, te refieres al médico nuevo!...

—¿Le has pedido incluso al médico?

—No te comprendo —dijo Tamás, a todas luces sinceramente

sorprendido—. ¿A quiénes hubiese podido pedirles dinero? Se lo pido siempre a aquel que está presente justo cuando...

—¿Cuándo, Tamás? —le preguntó Péter, preocupado—. He oído decir que también le has pedido dinero a Kalb.

—Bueno, a Kalb... —dijo Tamás, y se encogió de hombros—. Kalb mejor que se calle. ¿No le daba también a Padre?

—Es verdad —asintió Péter.

Se miraban negando con la cabeza. Sí, era verdad, Kalb también daba dinero a Padre, por lo que no se lo podía considerar del todo un desconocido. Tamás alzó la mirada al techo. Tenía la costumbre de morderse el labio superior, meditabundo, como si estuviera masticando alguna sustancia extraña, un chicle por ejemplo, como si estuviera calculando algo mentalmente. Y así estaba, de pie, frente a Péter.

—Tú no comprendes estas cosas —le dijo con suavidad pero también con decisión.

Luego se sentó frente a su hermano y se puso a llenar la pipa. Hablaba con vivacidad y simpatía, como quien por fin se ha decidido a explicarle algo a una persona bien intencionada pero un poco dura de entendimiento, algo muy sencillo, siempre y cuando preste atención. Péter lo escuchaba con atención. «Hace treinta y un años que no consigo comprenderlo. Lo recuerdo al nacer, en la cuna, muy rojo; ya de niños no lo comprendía del todo. Supongo que también ahora mentirá», pensaba. Pero se daba cuenta de que no se podía explicar a Tamás mediante la acusación grosera de la mentira.

—¿No lo entiendes? —repetía Tamás, afable—. Supongo que no vas a creer que necesito dinero, ¿no? —Miró a Péter con sus ojos brillantes, con dulzura y franqueza.

—¡Pero, Tamás —dijo Péter—, si esta misma mañana has pedido dinero! No hay ningún mal en ello. También a Ambrus, y al médico. Ya lo devolveremos todo, pero ¿por qué pides

dinero, si no lo necesitas?

Los dos callaron. Tamás fumaba su pipa con satisfacción. Estiraba en la butaca el cuerpo de miembros cortos y ya un poco gruesos, apoyando los pies en la mesa; echaba bocanadas pequeñas de humo con rapidez y parpadeaba complacido, de excelente humor, como un negociante astuto y hábil que no tolera que le descubran el juego y engaña a sus clientes, esperando con astucia paciente mientras el interlocutor se debate, sin conseguir desenmarañar el misterio, pues, en efecto, era imposible hacerlo. Y un gran misterio de la humanidad era Tamás, su sombrero, su cantimplora de bolsillo y sus negocios, allí sentado, como quien obra según un plan preconcebido y le regocija la confusión de sus adversarios, con los pies en la mesa, como un corredor de fincas en una película norteamericana. Tamás miraba el techo y luego el rostro atento y preocupado de Péter y, al final, como quien acaba de ser atrapado in fraganti, carraspeó y dijo con desenfado absoluto, acento inocente y suma naturalidad:

—¡Pero si no necesito dinero! Yo, cuando pido dinero, en realidad lo que quiero es un poco de cariño.

«¡Albert goza de buena salud!»

«Desde luego, Tamás necesita cariño, y eso es algo completamente distinto», pensó Péter, y se dispuso a escucharlo.

—Tal vez lo comprendas si te explico lo que siento cuando me veo obligado a pedir —dijo Tamás, benevolente y con cierto énfasis—. Verás, suelo despertarme como si viajase en alta mar o caminara por encima de un puente. Sé que no corro ningún

peligro. Muchísima gente viaja a diario por mar. Y por regla general los puentes son de construcción sólida... He visto puentes que tenían treinta kilómetros de largo y brillaban como la plata —observó, como de paso y con desapego mientras Péter asentía con la cabeza—. Me incorporo a medias en la cama y pienso, satisfecho: «Comienza otro día». Mi salud es buena. En la Bolsa las acciones tienden al alza. Créeme, Péter, porque entiendo de estas cosas. Es una sensación como de estar volando. Con unos segundos de anticipación suelo saber en qué momento va a salir el nueve de picas, o si en el diario de la tarde aparecerá una buena noticia acerca de las acciones petroleras. Me froto las manos y pido una taza de chocolate. Debes saber que al otro lado del océano preparan el chocolate de una manera muy distinta. Es mucho más líquido. Sin duda es más sano así. En nuestra casa el chocolate resultaba un brebaje más bien de día de cumpleaños y de santo, demasiado espeso, con exceso de nata y una dosis extra de azúcar. Eso no es muy sano... Más adelante, cuando conseguí cierta independencia, y tú sabes muy bien, Péter, qué pronto me empecé a defender solo en la vida; más adelante, digo, lo planté todo, la casa, la tienda y las relaciones de nuestra familia, y me subí al primer barco que zarpó porque no quería estar supeditado a nadie... No protestes, por favor, fue tal como te digo —añadió—. De modo que el chocolate, sí... Yo me independicé cuando todavía era muy joven, cuando los demás aún no se habían atrevido a marcharse de casa y vivían de la familia como parásitos... Sí, ¿por qué no puedo decirlo con todas las letras? Como auténticos parásitos, y lo digo porque estamos solos, y también tú te fuiste muy joven, Péter. Contigo ocurrió un milagro, a ti Cristina te dio el pecho durante once meses. No sé por qué pero contigo puedo hablar; eres el único que no me juzga cuando hablo de dinero nacional, tú me entiendes. Porque dinero extranjero siempre tengo, como tú

mismo pudiste comprobar; pero es inútil que tenga dinero en el bolsillo, y no importa que me despierte de un humor excelente por la mañana, y da igual que piense: «Hoy van a subir las acciones, *okey*». De repente me invade una inquietud difusa y extraña, como si estuviera corriendo, ¿lo entiendes? No, ya lo sé, no lo comprendes. Imagínate que estás acostado en tu cama y te traen un chocolate, muy líquido, y tú te sientes como si acabases de aprobar un examen, y ya pudieses beber chocolate o cerveza cuando quisieras, pero estuvieras corriendo para escaparte de alguien o de algo. Como si temieses algo. ¿Conoces esa sensación? Ya veo que no. Pero nunca, nunca, eres capaz de decir qué es lo que temes. Es una especie de sinestesia, una sensación confusa y general... Y siempre necesitas que cerca de ti haya algo, como este cuchillo de mango de cobre o un revólver de seis balas... Lo debo de tener por aquí, en alguna parte; espera, te lo enseñaré.

—No me lo enseñes —le rogó Péter, y luego, con mucha dulzura, añadió—: Pero, Tamás, querido, hoy ya se pueden tratar estas cosas.

—No se puede —declaró Tamás con vehemencia, como si supiera perfectamente de lo que hablaba—. Ni hace falta —añadió luego en voz más baja—. No hace falta porque, a fin de cuentas, nunca se llega a emplear ni el cuchillo ni el revólver. Debes saber que soy un hombre muy puntual y minucioso. Vosotros no me conocéis. He cambiado mucho. —Parecía ensimismado; entornó los párpados y después, con expresión astuta y bizqueando un poco, miró hacia el techo—. Adoro el orden. Lo que más me preocupa es que a mi alrededor siempre esté todo en orden. De noche saco todas las cosas que llevo en los bolsillos, por ejemplo, este cuchillo, este trocito de soga, que es un recuerdo muy querido, o esta llave inglesa que nunca dejaría de llevar en el bolsillo trasero del pantalón, porque es una llave inglesa estupenda, aunque ni siquiera es inglesa sino

belga; vosotros no podéis imaginar qué útil puede llegar a ser una llave así... Y este metro de metal y este librito de oraciones holandés; mira qué pequeño es, no es mayor que mi dedo pulgar, y caben en él no sólo el Antiguo sino también el Nuevo Testamento... ¡Voy a aprender el holandés!... Y entonces las pongo todas en orden, en un orden determinado. Primero el cuchillo, luego el trozo de soga... Así que ya lo ves. El orden es de suma importancia para mí. Luego me acuesto y doy golpecitos con los nudillos. No te rías; sí, golpecitos. Con el índice y el anular, doy golpecitos en el cabezal de la cama, o en la puerta de la mesita de noche; es decir, en el primer objeto de madera que me encuentre... Es vital tocar madera antes de dormir; es una costumbre que tengo y no puedo dejar de hacerlo. De otro modo, no lograría conciliar el sueño. Y doy los golpecitos según un orden preestablecido: tres veces seguidas, y luego tres veces más. ¿Tú nunca das golpecitos así? Es extraño. Mucha gente lo hace. Sólo que se avergüenza de ello y no quiere confesarlo. En esta costumbre lo único que importa es que se toque madera, *toucher le bois*, ya sabes; todos los pueblos de la tierra lo saben y es una creencia tan antigua como la misma humanidad. Ya en la Antigüedad se daban golpecitos con los nudillos. Incluso el mismísimo Alejandro Magno debía de hacerlo siempre antes de sus conquistas por el mundo. ¿No crees? En general, me basta con seguir el orden de manera rigurosa: primero el cuchillo, luego la Biblia, después los golpecitos; entonces sé que voy a dormir como los ángeles y que me despertaré relajado. A la mañana siguiente pido mi chocolate, con alegría, como si acabara de aprobar un examen, y pienso que todo me va a las mil maravillas, sobre ruedas; las acciones suben y la vida sigue. Pero a veces me olvido de algo en el orden establecido; no te rías de mí, Péter, ¡esto es horrible! Estoy cansado, o no presto toda la atención que debiera, y entonces, a la mañana siguiente, me despierto presa

del pánico, como si alguien fuera a echarme de la cama de un momento a otro; entonces me paso todo el santo día merodeando por ahí, voy a un café o a un parque, o sencillamente doy un paseo; camino y camino hasta quedar exhausto. Todo esto se debe a que estoy muy acostumbrado a seguir un orden, y si alguna vez cometo un error, ¿sabes?, si paso por alto algún detalle y rompo el orden de las cosas, entonces me abruma la inquietud. Entonces siento que no tengo a nadie, que no me quiere nadie y que me acecha algún peligro en estado latente. Es imposible explicar esta sensación... No he hecho daño a nadie, he anunciado mi llegada en la comisaría, no hay animales salvajes en los alrededores y, en el pasillo, la doncella está haciendo la limpieza, de hecho, puedo tocar el timbre en cualquier momento, o llamar por teléfono a la policía. Y aun así, siento angustia. Y todo esto sólo por haber alterado el orden. ¡Oh, Péter, lo más penoso, lo más terrible sucede cuando uno altera el orden de las cosas! Te lo suplico, no le digas nada a Albert de lo que estamos hablando. Tampoco a Anna. No lo comprenderían. Ni siquiera Edgar llegaría a comprenderlo porque es demasiado joven, y además está casado y Judit espera un hijo; ellos aún no comprenden estas cosas. En cualquier caso, es mejor que lo ignoren todo. Y todo esto se debe únicamente a que mi estado de ánimo dependa tanto del orden y mi carácter no pueda soportar el desorden. O para decirlo con mayor propiedad... ¿Sabes?, cuando contemplo toda mi vida, quiero decir, todo cuanto anhelo y cómo vivo, todo, en conjunto, ¿sabes?, tengo la sensación de que carece de una finalidad y plan determinados, como si yo fuera algo desordenado... No es posible decir con exactitud por qué vivo aquí o allá, por qué me ocupo precisamente de esto o de aquello, ni de qué me ocupo en realidad. A veces ni siquiera yo mismo alcanzo a comprenderlo... Pero los detalles, ¿ves?, los detalles tienen todos su finalidad y sistema; sí, son perfectos.

Por ejemplo, la manera de vestirme... Me preocupa mucho vestirme bien... Albert lleva corbatas con el nudo hecho, ¿lo has notado? Esas cosas me inspiran un horror sacro. No soy ningún dandi, pero procuro vestirme a la manera de un hombre serio y respetable. En esta agenda, ¿ves?, tengo apuntado de qué color debe ser la corbata que se lleva con trajes de determinados tonos. ¿Quieres que te lo lea? Son apuntes de un portugués; era un hombre elegantísimo. Con traje gris, por ejemplo, corbata azul marino o rojo de Burdeos... ¿No te interesa? Yo no podría sentirme a gusto si me pusiera una corbata verde con el traje gris. También mi sombrero ha llamado la atención, lo sé, me lo dijeron varias personas. Pero yo no tengo la culpa; compréndeme, Péter: no podría dormir si pensara que tengo que usar otra clase de sombrero. Debo decirte que soy muy nervioso —añadió, con cierto desamparo y humildad.

—¡Qué va! —observó Péter, con ternura.

Ahora Tamás parecía muy tímido, se veía cohibido y estaba rígido. Miraba a Péter con ojos inmóviles, y al sombrero blanco grisáceo que estaba sobre la cama, y al general de bronce, que brillaba bajo la luz de la luna, señalando malhumorado el edificio del teatro. Miraba más lejos, más allá del monumento, hacia la colina en donde se perfilaban las ermitas del Monte de los Cuervos y las cruces del cementerio con el mausoleo de los Garren en medio. Tamás miraba fijamente, con ojos desorbitados, como si esperase una señal. Péter carraspeó. Le hubiera gustado muchísimo poder dar dinero a Tamás, mucho dinero, nacional y extranjero, si con ello hubiese podido ayudarlo. Pero en aquel momento se daba cuenta de que Tamás sólo necesitaba cariño. «No sé nada de él —pensaba Péter—. Aunque siempre quería jugar con nosotros, cuando por fin lo llamábamos, se ofendía y se iba. Y ahora lo veo sentado aquí, diciéndome que sólo puede vivir si coloca en un orden

determinado los objetos que lleva en los bolsillos».

—De modo que es esto —dijo entonces Tamás, y sonrió con elegante superioridad—. Este maldito amor por el orden, ¿sabes?

—Desde luego —dijo Péter—. Nada. Ya se te pasará.

—No se me pasará —contestó el otro, indulgente—. También el médico me aseguró que nunca se me pasaría. Tal vez porque... nosotros, los Garren, en general somos muy amantes del orden. Edgar, ¡oh, él!, siempre sonríe y no presta atención cuando se habla de algún tema serio e importante, siempre está pensando en otra cosa, es tan diplomático y astuto... No, a lo mejor ni siquiera es astuto; no quiero ser injusto con él. Es como quien está muy seguro de todo... Y él, en efecto, aquí aún está en su casa, gracias a Erzsébet, que estaría encantada de poder cambiarle los pañales todavía, todas las noches, junto con Judit, antes de acostarlo en su camita. Y Anna jamás, jamás ha sido mi enemiga; siempre que la veo me gustaría poder regalarle algo, un marido o unos dátiles. Pero Albert... no. Péter, de esto tenemos que hablar, ya que has venido hasta aquí.

—¿Qué te ha pasado con Albert? —le preguntó Péter con un tono tranquilizador.

—¡Albert goza de buena salud! —exclamó Tamás, elevando la voz como si fuera una acusación, y quitó los pies de la mesa con brusquedad.

En aquel instante ya no tenía el aspecto de un corredor de fincas de allende los mares; su semblante se había alterado como antaño, cuando jugaban juntos, cuando corría hacia la meta, sin que nadie lo forzara a hacerlo, con la lengua afuera, sudando, lívido y jadeante... Corría, aun cuando el juego ya se había acabado y sus hermanos descansaban, respirando hondo bajo la sombra de la acacia, y contemplaban con asombro irónico a Tamás, que seguía dando vueltas, corriendo, porque

«era incapaz de dejarlo»... Éste era el rasgo característico de la personalidad de Tamás; desde que era un niño de pecho tenía esa fama de «no ser capaz de dejarlo». Todo lo hacía convulsamente, más allá de todo comedimiento normal y correcto, y lo mismo el anhelo y la cólera, que solían surgir de él como una erupción violenta, sin medida. Tal vez por esa razón necesitaba de un modo tan obsesivo el «orden», quizá por eso cada noche se veía obligado a sacar de sus bolsillos esos objetos raros y colocarlos de una forma determinada. «A lo mejor también tiene que ver con eso Perú y el sombrero blanco», pensaba Péter.

—¡Albert goza de buena salud! —le repitió Tamás, con un grito quejumbroso.

A Péter no le habría sorprendido si en ese momento su semblante alterado se hubiese apaciguado en la paz cándida del llanto. Sí, Albert estaba «sano». Péter entendió enseguida a qué se refería, comprendió hasta el matiz más sutil de aquella acusación, como si en la familia viviera alguien que vigilara a los demás sin descanso. Porque incluso Edgar, caprichoso y mimado como una niña, exactamente como una niña, además de guapo y de pensar siempre en pasteles y golosinas, en ser feliz y divertirse, cuando se reía, en el momento de las grandes y casi solemnes carcajadas, cuando del fondo de los recuerdos de la familia salía uno que sólo podía descifrarse con la clave del rompecabezas familiar —como cuando Anna decía: «¡Tamás! ¡La bomba! ¿Recuerdas?», y Tamás miraba primero a su alrededor como si no le gustara que nadie, con esa familiaridad inesperada, le recordara a él, un adulto, la bomba de agua, pero inmediatamente después se echaba a reír por lo bajo—, lo hacía de forma cada vez más convulsa, hasta que al final estallaba en carcajadas y entonces todos lo acompañaban, incluso Erzsébet, si bien ella se hallaba fuera del círculo de leyendas familiares y nada podía saber de la bomba de agua...

En esos momentos, en las grandes sacudidas cósmicas de la risa, cuando Tamás se tumbaba incluso sobre el diván para reírse mejor —Anna en una ocasión sufrió una crisis de llanto en el instante álgido de la risa común—, en esos momentos, Albert se contentaba con sonreír algo molesto y observar en voz baja, malhumorado: «¡La bomba! Bueno, ¿y qué? ¿No os da vergüenza?» Sí, Albert estaba sano. Estaba sano de un modo tan «desvergonzado»... Por lo menos así lo afirmaba Tamás. Entonces Tamás se retorció las manos y se plantó delante de Péter como si acabase de descubrir la fórmula exacta de la gran acusación de su vida.

—Tranquilízate —dijo Péter—. Por Dios, Tamás. Ahora no se trata de si Albert goza o no de buena salud. Ahora se trata de que Padre está enfermo.

—No esquives el asunto —dijo Tamás, alterado—. Bien sabes que, en última instancia, ambas cosas significan exactamente lo mismo. Los dos síntomas forman parte de la obra. Cuando recibí la noticia de que Padre estaba enfermo, muy enfermo, estaba a punto de salir a pescar con caña. ¿Tú no pescas con caña? Es algo magnífico. Calma los nervios... Colocas en torno a ti todos los útiles para la pesca, con tranquilidad, en orden... Bueno, si no quieres, no te lo explico. Hice de inmediato mis maletas y me subí al tren. En realidad, habría podido ir: sabía que Padre estaba enfermo, pero que aún no era preciso temer el desenlace fatal, tal como diría Marta. Uno intuye estas cosas. Luego tomé un barco y después otra vez el tren, sin preocuparme por gastos ni las comodidades; en realidad, en aquel momento tenía bastantes dificultades con el cambio de moneda. En los últimos tiempos, no sé cómo ni por qué, no encajan nunca las cosas. Ya te he dicho antes que sólo pido dinero prestado porque estoy alterado, porque me parece que me han apartado de algo, de un juego, o de un reparto, y siento que es de justicia que me recompense a mí mismo... ¿No te lo

he dicho? Pues es por eso. Además, pedir dinero es una cosa tan excitante... Ni siquiera es necesario decidirlo de antemano... Es como ir de caza... Me imagino que vivo en la prehistoria, cuando los hombres aún se dedicaban a la caza y a la pesca: me pongo a andar en medio de la selva y, de repente, veo un animal salvaje que viene a mi encuentro sin sospechar nada... Pongamos por caso que es Kalb... Al notar mi presencia, se detiene y mira a su alrededor, olfatea el aire porque ha advertido el peligro... ¡Es maravillosa la seguridad con que se da cuenta! ¡Todos lo hacemos! Sin duda existe entre nosotros, en esos momentos, el mismo afán y el mismo miedo que entre la presa y el cazador. Quisiera escaparse, pero no se atreve, pues sabe que yo también lo he visto y lo estoy apuntando... Péter, sé que no es muy bonito lo que te estoy contando, pero es tan excitante... En esos momentos olvido cualquier miedo o angustias, incluso la necesidad de poner en orden los objetos antes de acostarme... Sólo lo veo a él, acudiendo a mi encuentro por el sendero de la selva; enciende un puro, me mira de reojo, a través de la llamita de la cerilla y del humo del habano. Acaba de salir de su casa, se está frotando las manos... y, de repente, heme aquí plantado ante él, mirándolo de hito en hito. En ese momento he de concentrar toda mi atención en cada palabra, decirle: «Buenas tardes, señor Kalb, qué niebla, ¿verdad?», y mirarle con afabilidad, o con indiferencia y distraído, frotándome la barbilla y mirando hacia el cielo como un aspirante a sacerdote, equivale ya a apuntarle con el fusil levantado. Cualquier gesto es sospechoso. Cuando una persona pretende algo de otra, las palabras no pueden ocultar nada. Y Kalb está mirándome como un corzo; quisiera alejarse corriendo, pero no se atreve. Entonces conversamos un rato, de cosas sin importancia, del tiempo, de los países exóticos, de la salud, y por fin llega el momento en que debo apretar el gatillo... ni un instante antes, ni un instante después, pues si no

doy en el blanco, la presa se me escapará. Kalb lo sabe también, aún veo su mirada suplicante y vidriosa a través del humo del habano. Luego, con un rumor imperceptible, aprieto el gatillo y le digo: «A propósito, Kalb, necesito dinero...». O sólo esto: «Me alegro de haberle encontrado...». O, sencillamente, le apunto al corazón y disparo: «Dame quinientas». Entonces Kalb se desploma y me mira con los ojos vidriosos y me entrega las quinientas. Pero en ese momento ya no me interesa siquiera el dinero, sino más bien que alguien, sin quererlo y contrariado, como arrancándose un pedazo de su propio cuerpo, me dé algo... A mí, a Tamás Garren, que vivo solo en el mundo, no me quejo nunca de nada, pero necesito, necesito de forma imperiosa, un poco de cariño. Pues el dinero es cariño. ¿Lo comprendes ahora?

—Por supuesto —respondió Péter, con ternura.

Lo comprendía, en efecto. Emmanuel daba dinero como si probase algún pecado original; lo entregaba de manera triunfal y alegrándose del mal ajeno, como si ejecutase un castigo. Pero el modo en que Tamás tomaba el dinero de los desconocidos... No, probablemente era imposible vivir sin cariño. A Péter le habría gustado ser más afectuoso con Tamás. Ahora que ya lo había dicho, que acababa de confesarlo, a Tamás se le había caído de repente el disfraz con que se paseaba entre todos ellos. Estaba de pie ante Péter, con las manos juntas a la espalda y la boca entreabierta, ensimismado, como si estuviera recordando algo.

—No obstante, ¿cómo es tu vida en Perú, Tamás? —le preguntó Péter.

—¿En Perú? Jamás he estado en Perú —le replicó Tamás, algo irritado—. Es Albert quien divulga esas calumnias, y Anna, como un loro, las repite. Una sola vez en mi vida estuve al otro lado del océano, hace muchísimos años, cuando te llamé por teléfono desde California. Tampoco entonces estuve en Perú. Y

no me gustaría ir —añadió, afectado—. Allí comen incluso erizo asado.

Y arrugó la nariz, con disgusto.

—¿Todavía robas, Tamás? —quiso saber Péter, preocupado.

Ahora le hablaba con voz suave y baja, como si le preguntase si aún solía resfriarse en otoño. Tamás notó el tono y lo miró, indulgente.

—No —dijo, con calidez—. Ya no robo.

—Porque antes lo hacías —observó Péter, con dulzura.

—Antes, sí. Pero lo he dejado para siempre. No me divierte. Antes me gustaba robar, era una sensación intensa... Sobre todo por la mañana, cuando Padre se metía en el cuarto de baño y dejaba la cartera en el dormitorio. Tú nunca robaste nada, ya lo sé. Edgar creo que sí robaba, pero no lo admitía. En aquella época éramos muchos los que robábamos; todos los de la banda. Pero tú ya no te acordarás de la banda.

—Sí me acuerdo —respondió Péter, y en ese instante sintió un halo de calor en el corazón.

—En efecto —dijo Tamás—, en aquella época solíamos robar. Pero más adelante...: solo ya no me divertía. Oí decir que hasta las leyes lo prohíben... ¡Vaya con la gente! —añadió malhumorado, e hizo un gesto de resignación—. A mi regreso, lo primero que hice fue buscar al resto de la pandilla. Pero todos habían cambiado de residencia, incluso Havas, aquel prestamista; por su culpa Ernő se pegó un tiro. ¿No te acuerdas de él? Sólo Ábel, el hechicero, sigue en la ciudad. Ahora vive en casa de su padre, tiene incluso teléfono.

—¿A qué se dedica? —preguntó tímidamente Péter;

Sentía cómo su corazón bombeaba la sangre con vehemencia, con tanta fuerza e inquietud como si en sueños se hubiera encontrado con alguien cuyo nombre no se atrevería a pronunciar de día, despierto. Al pronunciar el nombre de Ábel, Tamás había tocado un resorte secreto. Ahora aquel nombre

vivía, acababa de ser pronunciado; la voz se fue condensando y entre los dos hermanos materializaron el recuerdo de la pandilla. Ya no quedaba nadie de ella. Tamás era el único que se atrevía hablar de «aquello», pensó emocionado Péter. «Nosotros siempre hablamos de otra cosa. Él es el único que no entra en el dormitorio de Padre; se queda en el umbral cuando Padre está descansando, y desde allí mira la cama y observa a Padre, durante un buen rato; luego da un golpe en el aire con su fusta, como si en la cama hubiera visto algo escandaloso o poco claro, y después se marcha apresuradamente y no cena con nosotros. Tamás es el único que se atreve a confesar que ha vuelto a causa de la pandilla. Es el único al que le duele de veras todo lo que está ocurriendo con Padre, con la casa e incluso con Albert. Él ya ha ido a ver a Ábel... y yo ni siquiera me he atrevido a preguntar por él ni por el resto de la pandilla. Tamás aún vive, a su manera desconcertante, con ese amor obsesivo por el orden, pero vive con la misma intensidad con que vivíamos todos nosotros aquí hace quince o veinte años».

—¿A qué se dedica? A la magia —dijo Tamás en voz baja, con aire confidencial—. Te está esperando; sabe que has llegado. Lo sabe todo y hechiza incluso por teléfono. Me dijo que a finales de semana irías a verlo. A mí me dio bromuro —añadió, muy alegre, como quien por fin ha encontrado la solución, y con una sonrisa amplia y feliz se sacó del bolsillo un frasquito—: es el único producto a base de bromuro que no hace salir granos. Pero Ábel entiende también de acciones y de ginebra, pero, por desgracia, ya no poseo acciones. Nada más llegar comprendí de inmediato que la situación era desesperada, y fui a verlo. Péter, ¿qué ha pasado con Padre? No puedo imaginármelo... ¿Sabes que aún no he hablado con él? Para mí es como si estuviera de viaje; no vale la pena hablar durante el camino, hay que esperar a ver lo que encontramos en casa, después de deshacer las maletas y revisar la

correspondencia. ¿Para qué discutir ahora con Albert? ¿Para qué intentar educar a Edgar? Desde luego, le hace bastante falta, pero no vale la pena. Esto ya no puede durar mucho —observó en voz baja—. También Ábel opina que todo acabará pronto. Dice que aún habrá que esperar un poco, pero que ocurrirá algo y todo se habrá acabado. Esto tiene un desenlace; él ya lo ha calculado. Todo empezó entonces, con el frac amarillo y la silla de montar que robamos, luego Ernő se pegó un tiro y el actor huyó de la ciudad. Todos somos partícipes y cómplices. «El juego aún no ha terminado», dice Ábel, y yo le creo. Uno piensa que es adulto sólo porque un buen día le sale barba, se acuesta con mujeres y pide dinero prestado incluso a hombres serios y maduros. O porque puede irse adonde se le antoje y despertarse por la mañana en la cama de una habitación de hotel y pedir chocolate a la camarera. Pero todo esto no son más que cosas externas —dijo con un tono algo irritado—. Uno sólo se hace adulto cuando un buen día se da cuenta de que es inútil volver allí, a aquel cuarto, o reunirse con aquellos con quienes se había dedicado a jugar a aquel otro juego, el verdadero... Cuando se da cuenta de que algo se ha estropeado, de que los juguetes están rotos y hay personas que han muerto, de que todo se ha acabado... Entonces ya es un adulto y puede retorcerse el bigote. Nada más llegar me di cuenta de inmediato de que tenía algo que hacer aquí; era preciso establecer el orden y para eso debía buscar y encontrar algo. Albert, desde luego, albergaba sospechas... Él siempre ha tenido una salud excelente. Él ya nunca llegará a curarse de su salud, pero yo, gracias a Dios, aún sigo enfermo... A veces me parece que eso es lo único que da sentido a mi vida: esta enfermedad. Ya lo sé. A ti te preocupa todo lo que te he dicho acerca de mi amor exagerado por el orden, acerca del cariño y de pedir dinero prestado. Pero ésta es mi obra. ¿Sabes que en la ciudad nos consideran unos artistas? Tu obra consiste en vivir

junto a un gran hombre de negocios; eres amigo del señor Emmanuel y no se sabe nada claro sobre ti. Ayer me contaron en el café que fuiste tú quien organizó, por encargo del señor Emmanuel, la guerra turco-griega. Hablaban de ello como si fueses el autor de *El ocaso de los dioses*. Bueno, verás, yo no te pregunto nada... Pero si las cosas están así no debería sorprenderte que yo sea incapaz de renunciar al orden, que de vez en cuando pida dinero prestado a Kalb y a los demás, y que asista a sesiones de hechicería en casa de Ábel. Es preciso encontrar algo aquí —añadió, preocupado, y miró a su alrededor.

—¿Te gustaría mucho encontrarlo? —preguntó Péter.

—Mucho —dijo, y sonrió; ahora sonreía como Cristina en el retrato—. Sería estupendo hablar con Padre; ¡él sabe tanto! Pero no me atrevería a preguntarle nada; temo que pudiera excitarse. En verdad él ha sido un artista muy grande, lo sabes bien. Ahora no debemos estorbarlo. Es como si estuviera soñando. Es posible que esta enfermedad sea el último capítulo de su obra, donde, a su manera, lo dice y expresa todo. Hay que estar muy, muy atento. No hago otra cosa en todo momento más que prestar atención. El otro día estuve en la habitación donde duermes y lo miré todo. Abrí cajones y cajitas, fui al cobertizo y busqué la linterna mágica y la bocina de la bicicleta, pero eso ya no puede ayudarnos en nada. Ahora me siento terriblemente solo. Jamás he estado tan solo como ahora, en casa, entre vosotros. Somos como las palabras de ocho y nueve letras de los crucigramas; por separado cada una significa tan sólo una interjección en latín, o un poeta español, o una especie de pájaro del norte, pero todo junto sin duda podría tener algún sentido... A lo mejor alguien va a encontrar nuestra solución —dijo en voz queda, extasiado.

—Quisiera poder ayudarte —dijo Péter.

—Sí, tú... —contestó Tamás, condescendiente—. Tal vez. Es

posible que quieras ayudarme. Pero esto no será tan fácil como crees —añadió, amenazador—. A mí no se me puede ayudar así como así, como de pasada. Quien quiera ayudarme debe volver conmigo exactamente a aquel punto en el que lo abandonamos todo, veinte años atrás, cuando enterramos a Ernő y, como recuerdo, Ábel se llevó el frac amarillo y la silla de montar. O a lo mejor habría que retroceder todavía más; no lo sé. A mí no se me puede ayudar con una sola mano, viniendo aquí y pidiéndome cuentas sobre el dinero que he pedido a Kalb y a los demás, porque desde que estoy aquí tengo mucho frío todo el rato y necesito cariño de manera continua. Todo esto no es una señal de que quieras ayudarme. ¡Ayudar! —dijo, irritado y con desprecio—. ¡Que tengan la bondad de acompañarme, aunque no sea más que un instante, pero que si lo hacen, sea del todo!

—Bien —dijo Péter—. Pero prométeme que no vas a tocar lo que no sea tuyo.

—¡Oh! —exclamó Tamás, con condescendencia y encogiéndose de hombros—. Eso es lo que te importa... No tengo inconveniente en prometértelo. Lo que me importa a mí es otra cosa. Dime, Péter, pero sé sincero: ¿de verdad crees que aún es posible arreglar todo esto: a mí, el orden, el mundo y el modo de sentir de los humanos, y que nosotros, los Garren, no consigamos resolver las cosas entre nosotros, y que la vida no sea justa, porque la vida no es justa, Péter, y la enfermedad de Padre... y el que yo sienta la necesidad imperiosa de vivir siempre en algún Perú porque me avergüenzo de cenar en casa...? ¿Tú crees que todo esto aún podría tener solución? ¿No te parece que la hechicería es lo único que aún podría arreglar algo?

—Sí, desde luego —respondió Péter.

Intentaba sonreír, pero sus labios temblaban. Tamás, delante de la ventana, de pie, con las manos en los bolsillos, en aquel

instante había abandonado esa actitud suya de superioridad. Se miraron con gravedad y los dos se sorprendieron al ver que también el otro tenía lágrimas en los ojos.

El traidor

Albert, el traidor, había llegado solo, con suma cautela, llevando maletas forradas de plástico y todos sus enseres, como el investigador que se dispone a explorar unas ruinas ancestrales pero antes quiere estudiar las condiciones del terreno. Marta y los dos niños lo habían seguido varios días después, en cuanto Albert lo hubo explorado todo. Probablemente, no se le había pasado por alto ni siquiera analizar el agua potable, además de estudiar, listar y confirmar las condiciones de habitabilidad de la imprenta, antes de considerar que había llegado la hora de que también su «pequeña familia» pudiera seguirlo. La «pequeña familia» llevaba consigo todo cuanto Albert había juzgado útil llevar de su «pequeña pobreza». La «pequeña pobreza» en que vivían Albert, Marta y los dos niños en su casa junto al río, en esa ciudad industrial tan pintoresca, era un tema de conversación recurrente en la familia. Los cuatro habían llegado de forma ordenada y correcta. Se habían instalado en la casa en silencio, sin llamar la atención, y prácticamente de la noche a la mañana se habían dedicado a recolocar en sus aposentos todo cuanto les había parecido que no estaba ocupando su lugar en la casa, aunque nadie lo hubiera notado hasta el momento. Una reglamentación semejante implicaba de manera automática que hubiesen llevado consigo regalos, pues la buena educación y la costumbre familiar así lo prescribían. ¡Oh, eran regalos muy

modestos! Cierto, pero lo eran. «Nuestra economía no daba para más», había dicho Marta, bajando la vista, al dar a Anna un bastidor para bordar. Albert había llevado para Padre un braguero, un poco pasado de moda, aunque aún podía utilizarse; si los médicos no se lo recomendaron a Padre fue porque no tenía hernia. A Péter le había regalado un calendario pequeño, muy viejo; a Tamás, un cedazo de tabaco; a la señora Erzsébet, unas muñequeras de lana, y a Edgar, veinte cigarrillos extranjeros de una marca barata. Marta había regalado a Judit esa campana de vidrio, con una pera de caucho, diseñada para que las mujeres que amamantan a su recién nacido puedan sacarse la leche que se les acumula en el pecho hinchado durante los días del destete. Judit, que estaba esperando a su primer hijo y vivía en un estado de sorpresa constante, aceptó aquel objeto de vidrio con extrañeza. Se dio cuenta de que nunca había pensado seriamente en que ella pudiera tener leche.

Albert había llegado, echado un vistazo a su alrededor, y enseguida había descubierto la imprenta. «Espero que todos estéis de acuerdo en que ésta será la mejor solución, y confío en que todos pondréis de vuestra parte. Anna nos cederá su cama. También Erzsébet la suya. Anna nos dejará la mesa de su habitación y Erzsébet le dejará a Marta su edredón. Os ruego que lo comprendáis. Sois buenas personas, de verdad. Un millón de gracias», había dicho con un tono victimista y modesto, pero que no admitía réplica. Se paseaba por la casa frotándose las manos, con expresión preocupada. La tarde del día de su llegada, Albert había echado a todos de la cama del enfermo y dado órdenes para que un par de mozos bajasen la mecedora del cuarto de Padre. Le hubiera gustado mucho que le bajasen también el escritorio, con el sillón veneciano y todo, pero Anna, casi sin fuerzas y en el último momento, se había opuesto a ese intento de expoliación de la habitación de Padre.

De momento era preciso dejar el escritorio y el sillón frente a la cama del enfermo.

—Lo comprendo —dijo Albert tras unos segundos de reflexión, y frunciendo el ceño miró a Anna, preocupado y amable—. ¡Ah, lo comprendo perfectamente! No quieres que nuestro querido padre... Imaginas que al volver en sí, de vez en cuando... No quisieras que le faltasen en la habitación las cosas con las que ha vivido. ¡Qué atenta y cariñosa eres!

—¡Pero, Albert, la mesa! ¡En la que Padre había trabajado siempre! —dijo Anna llorando.

Él asintió con la cabeza.

—Exacto, en la que había trabajado. —Y añadió al poco rato, no muy convencido y tocándose la barbilla—: Está bien. Como quieras...

Con los escrúpulos que le quedaban y el corazón partido, Albert dejó el escritorio y el sillón veneciano en el cuarto de Padre, pero en unos días consiguió desalojar toda la planta de arriba. Parecía que un ejército de ocupación se hubiera instalado en la casa. En todas partes faltaba algo, no mucho, sólo algún objeto de los que antes habían dado sentido a la estancia. Albert mandó bajar del salón a la planta baja el piano y los sillones; ahora el salón parecía desnudo y mutilado, como si hubiese sufrido una intervención quirúrgica. Péter apenas lo había reconocido. En los cuartos de Anna y Erzsébet faltaban las camas. Anna dormía en el diván hasta que Albert acabó pidiéndole también ese mueble para la niña, y a partir de ese día y durante varias semanas nadie supo a ciencia cierta dónde dormía Anna. Péter se enteró más adelante de que se acostaba en un colchón en el suelo de la habitación desvalijada, como los presos en la Edad Media. Dedicado a sus pesquisas minuciosas, Albert aparecía cada dos por tres en la primera planta y al cabo de un rato se lo veía bajando la escalera, satisfecho y atareado, llevando en los brazos un jarrón de flores

enorme, o la gran luna de marco dorado. Como un coleccionista, solía enseñar con entusiasmo el objeto hallado y exigía que todos compartiesen su alegría, como el día en que hizo bajar del comedor los sillones de cuero, el samovar y todo el servicio de desayuno.

—¡Qué bonitas! —había dicho, rebosante de felicidad, al enseñar las tazas con filete dorado a Tamás y a Péter—. ¡Fíjate, Péter, qué líneas más nobles! ¡Cómo se va a alegrar Marta! ¡Y también mis pequeñuelos! Créeme, beber en una taza así es una experiencia completamente distinta... En realidad, no tienen valor económico. Si las vendiese... ¿Tú qué crees, cuánto me darían por un conjunto así? —Parado en la escalera, con la bandeja de plata llena de tazas con filete dorado en las manos, se había quedado absorto tratando de calcularlo—. Sería cuestión de encontrar a un coleccionista a quien le gustaran este tipo de objetos —había observado con voz resignada, la voz de un hombre que en este mundo tan bajo y codicioso se aferra con un entusiasmo dolorido a toda belleza superflua.

«¡Él sí sabe vivir!», había pensado Péter, que lo había seguido con la mirada.

Albert no se estaba quieto en todo el día. Huroneaba en las habitaciones, vaciaba cajones y se escandalizaba al ver el contenido.

—¡Fíjate! ¡La vieja cubertería de plata inglesa! ¡Unas pinzas para el azúcar! Pero, Anna, ¿por qué no utilizáis esto? —le había preguntado a Anna como si le hiciera un reproche amable—. Son pequeñas obras de arte... ¡y están aquí, en un cajón! Su valor económico debe de ser casi nulo. ¡Cómo se alegrará Marta!

Y tras meterse en el bolsillo las pinzas de plata para el azúcar, había bajado a la imprenta moviendo la cabeza, ligeramente escandalizado, como si por fin hubiera reparado en una dejadez monstruosa de la familia, como pensando: «¡Qué

familia más dejada! Tener en un cajón unas pinzas como éstas ¡y no usarlas nunca!» A las tímidas interrupciones de Anna, que eran más bien de excusa que de protesta, diciendo que en realidad las pinzas estaban en el sitio que les correspondía, en el cajón del trinchante, y que las conservaban allí como un recuerdo muy querido del legado de la abuela, que todo el mundo conocía su existencia y que incluso las usaban, aunque sólo en ocasiones solemnes, y que Albert se equivocaba al creer que acababa de «encontrar» aquel objeto familiar que de hecho nunca se había perdido... A esas tímidas excusas, Albert contestaba con una sonrisa serena pero incrédula, y diciendo que ahora ya daba igual, que lo único que importaba era que aquel objeto tan querido hubiese aparecido y caído en buenas manos. Albert «encontraba» algo todos los días. Una vez «encontró» en el salón aquella lámpara de araña de doce brazos, dorada y adornada con cristales rosa, que desde hacía treinta años colgaba del techo. Cuando estaba subiendo la escalera que había arrastrado hasta allí para quitar la lámpara de su sitio, Péter había irrumpido en la estancia.

—Imagínate, ¡está aquí! —le había dicho Albert, airado al verse sorprendido, pero pestañeando con afabilidad desde lo alto de la escalera—. Aquí se llena de polvo, está abandonada y nadie se ocupa de ella. —Pero al notar que Péter callaba, había bajado de la escalera y con voz insegura, algo malhumorado, había añadido—: Desde luego, puedo dejarla aquí, si os parece. Creía que al haberla encontrado... y teniendo en cuenta que vosotros no le prestáis atención... —No acabó la frase y mirando hacia atrás, parpadeando, algo turbado, había salido de la habitación.

Péter recordaba, y se lo había recordado a Tamás, cuánto le gustaba a Albert, ya desde niño, «encontrar cosas». En efecto, un día se presentó en casa con un san bernardo muy manso, grande como un becerro, propiedad del alcalde; un perro que

soportaba resignado que aquel mocoso desconocido se le colgase de las orejas y lo arrastrara consigo. «¡Lo he encontrado en la calle!», había dicho Albert, muy orgulloso. Debía tener a la sazón seis años.

Albert redescubría cada cierto tiempo objetos de la habitación de los niños: una regla, un compás, algún libro con dibujos o una prenda de vestir. Cosas que no tenían un dueño concreto y utilizaban todos, como si fueran comunitarias. Un día era Péter quien usaba el compás y otro lo hacía Edgar, o Anna, hasta que, al fin, lo encontraba Albert. En la mayoría de los casos, nadie protestaba contra sus apropiaciones. Tamás se aguantaba y se mordía la lengua al ver que Albert había descubierto y guardado bajo llave en su cajón aquel ejemplar arrugado y tan querido de *Los quinientos millones de la Begún* que hasta entonces habían guardado al alcance de todos en el estante —por supuesto, Albert era el único de la familia que poseía una llave, y esa llave la había encargado a los diez años para el cajón de la mesa común de trabajo— y se paseaba pálido de ira, murmurando y maldiciendo durante muchos días hasta que su cólera desaparecía y se olvidaba de los hallazgos de Albert. Las reglas de la etiqueta familiar no admitían que se discutiesen las debilidades de nadie; «notar» era la expresión técnica, la acusación sangrienta, el reproche más cruel con el que los de la familia podían ofenderse unos a otros. En la familia Garren era de buen tono no notar determinados modos de proceder, ciertos comportamientos o costumbres. Por ejemplo, todas las tardes Anna solía picar algo a las cuatro, apenas hora y media después de la comida, que siempre era abundante, y una hora antes del café con leche de la merienda, que se tomaba acompañado de mucha nata y bocadillos. Anna comía como si estuviera sufriendo un calambre, con las mejillas hinchadas, con prisa y casi ahogándose; engullía varias rebanadas de pan, o el fiambre que hubiera sobrado del

mediodía, o fruta y huevos duros a la vez. Las cuatro de la tarde era su momento, a esa hora se iba a toda prisa a la cocina o a la despensa y volvía con la boca llena, masticando y tragando convulsamente, habiendo desaparecido de su cara aquella tensión terrible que pocos minutos antes de las cuatro solía demudarle las facciones. Los demás miembros de la familia conocían a la perfección aquel calambre de estómago tan vergonzoso que todos los días, como un despertador implacable, obligaba a Anna a comer algo a deshora, fuera de las comidas comunes. Lo sabían, pero «no lo notaban nunca». También se daban cuenta de que durante las comidas oficiales, Anna se alimentaba con una modestia y corrección extrañas. Era como si en el organismo de Anna estallara todos los días a las cuatro de la tarde en punto una especie de revolución física; una sublevación, un terremoto, una sacudida vergonzosa y elemental contra la cual por desgracia era imposible hacer nada. ¿Quién se habría atrevido a notar algo por el estilo? Ni siquiera el propio Albert; en tales ocasiones bastaría una palabra, una alusión sutil, y se vendría abajo toda la etiqueta que regulaba la convivencia. Así pues, Albert podía «encontrar» cuantas cosas quisiera, pero no era de buen tono «notarlo». Y él, consciente de ello, se entregaba libremente, casi de una forma desinhibida, a su pasión de descubridor y coleccionista.

Un cuarto de siglo atrás Padre había montado la imprenta en las dos amplias salas abovedadas de la planta baja. Había allí unos cuantos armarios bajos de madera de nogal llenos de tintas químicas de todos los colores, con platillos de piedra y estaño, cuñas de acero, planchas de cobre de mucho valor, e incluso tipos antiguos que representaban notas musicales móviles que el cajista debía colocar en marcos de madera... Al montar la imprenta, Padre quiso que fuera lo más completa posible; compró planchas italianas de madera del siglo XVI procedentes del taller de Petrucci y encargó prensas litográficas

en París. Ya desde su fundación, la imprenta recordaba más una sala especial de algún museo de Historia de la Música que una empresa comercial. Quizá Padre hubiera visto con malos ojos que los trabajadores ensuciasen las salas abovedadas, enjalbegadas con esmero, y quizá tampoco había nacido todavía el compositor digno del honor de que sus obras fuesen editadas en aquella imprenta, la empresa de los Garren. Así las cosas, Albert se había puesto a vivir en la imprenta porque resultaba la solución más confortable. De su propia casa había llevado todo cuanto le había permitido su «pequeña pobreza»; entre otras cosas, dos sillas extensibles, una caldera para lavar la ropa y sus caballetes de dibujo. Es decir, objetos que era prácticamente imposible que fuera a necesitar en la casa Garren durante aquellos días o semanas en que esperaban el desenlace de la enfermedad de Padre. Y como había bajado de la planta de arriba todas las cosas que en su opinión eran útiles, o por lo menos agradables de ver, y en cualquier caso necesarias para que la imprenta se metamorfoseara en una vivienda cómoda y acogedora, de la mano de Albert, las dos salas habían perdido en pocas horas ese carácter de taller distinguido y de museo del que estaban tan orgullosos Padre y los habitantes de la ciudad, y se habían convertido en una vivienda improvisada, como una especie de hospedaje colectivo en el que unos burgueses, huyendo de una guerra o una revolución, se hubieran instalado con sus bártulos destrozados —finos relojes de mesa con su tictac de mírame y no me toques y conservas de trinchante salvadas de milagro del fuego de los obuses— y arrugando la nariz en medio de aquel ambiente misérrimo de vagones transformados en viviendas, mientras esperan con orgullosa reserva otro sino mejor y más cosmopolita. Así vivían Albert y los suyos en la casa Garren. Y por lo que parecía pensaban quedarse un tiempo.

Esa forma de instalarse, como una especie de colonización,

como el que se hace un nido, llevada a cabo con tanto esmero y sin prescindir de nada, podía parecer fuera de lugar en una casa en la que todos, cuando hablaban entre ellos, manifestaban continuamente sus esperanzas de que el estado de Padre mejorase, aunque también todos estaban seguros de que el cabeza de familia moriría muy pronto, al cabo de unos días o de unas horas, pero a lo sumo una o dos semanas más tarde. Los médicos no daban esperanzas. A nadie se le pasaba por la cabeza que Albert se instalara en casa albergando algún deseo secreto de conquista; su excelente colocación, su hogar y otras circunstancias lo ligaban de forma inherente a la otra ciudad, a aquella gran población industrial tan pintoresca. No, Albert no se proponía construir un caballo de Troya en la imprenta. Una noche Anna se lo había dicho con esas mismas palabras a Péter al hablar del rarísimo comportamiento de los ocupantes de la planta baja, algo que, desde luego, no era correcto notar. De vez en cuando, Anna daba rienda suelta a sus sentimientos utilizando el símil bien escogido de alguna leyenda. Sin embargo, Albert no se proponía aprovechar la sombra protectora del padre moribundo, que le imponía respeto y comedimiento, para volver subrepticiamente a sentar sus reales en la casa Garren, apropiándose de habitaciones y objetos, organizando una especie de golpe teatral y un Estado dentro del Estado. Porque de tales cosas no se podía ni hablar. Sin duda, Albert devolvería todos los objetos que había encontrado en la planta de arriba, y en cuanto se avecinara lo peor —al día siguiente, al cabo de una hora o de un mes—, con desesperación auténtica, sería el primero en acompañar a Padre a su última morada. Luego se sentaría en medio de las ruinas, abatido, sin dejar de llorar en todo el día, lanzando gritos de dolor —de un modo un tanto impúdico e infringiendo las reglas de la buena educación—, sin el menor deseo de tomar posesión de la casa y del jardín. No, Albert no se comportaría como un

heredero satisfecho —*«Et gaudet heres!»*, decía Ana—, y entonces ¿por qué se había instalado tan a sus anchas, con la comodidad de quien se siente en su pleno derecho, rodeándose de una abundancia tan desvergonzada, como si fuera a quedarse mucho tiempo? ¿Por qué había fundado un hogar junto a la cama del enfermo cuando nadie ni nada le había impedido ocupar el cuarto reservado para los invitados en la planta superior, que hubiera sido lo más sencillo y correcto? «¡Porque es un traidor!», había dicho Tamás golpeando furiosamente al aire con su fusta, y se había puesto a silbar; luego había soltado una carcajada furiosa y, acto seguido, se había dirigido hacia la puerta, como si no pudiera soportar ya la atmósfera sofocante de una estancia en la que también hubiese respirado Albert.

Pero no era de buen tono advertir la traición de Albert. Como tampoco lo era darse por enterado de lo reservado y nervioso que se mostraba Tamás en sus visitas a la casa, o de los atracones que se daba Anna a toda prisa y a deshora. Nada de eso podía hacerse, igual que nadie le hacía preguntas a Péter acerca de su amigo Emmanuel, ni sobre su amiga Edit ni, en general, relacionadas con Karnak y su vida en el extranjero. Y en cierto modo lo que no era de buen tono dejaba inmediatamente de existir, y si, a pesar de todo, ciertos problemas surgían entre los miembros de la familia, los Garren solían pasar como sombras unos al lado de otros. «La traición de Albert no es un asunto tan sencillo. Está traicionando de manera gratuita a alguien o algo. Albert participa de esa espera general tan púdica y llena de temor a su manera, con una especie de meticulosidad práctica», pensaba Péter. Los demás no hacían más que moverse sin rumbo por la casa, corriendo a reunirse en cuanto oían el ruido de una puerta que se cerraba de golpe, o al primer timbrazo, y tanto los sirvientes como los miembros de la familia vivían en una zozobra continua. Sólo

Albert conservaba la calma, como si tuviera su propia fuente de información acerca del estado del padre; iba y venía por la casa, daba órdenes con buena voluntad y sumo cuidado, como quien sabe que aún no existe ningún peligro serio y no hay inconveniente en que todos se vayan al cine. «Efectivamente, goza de muy buena salud. Una salud reposada y satisfecha», pensaba Péter, asombrado, y con un respeto que no le impedía arrugar la nariz. Creía que el mundo estaba en el mejor orden posible para Albert, que presentía el principio y el fin de las cosas, pues con su sentido del tiempo harto peculiar, es probable que muy vulgar y primitivo, se daba perfecta cuenta de cuándo era preciso alterarse, cuándo lanzar exclamaciones quejumbrosas y cuándo, entre nervios y quejas, se puede comer con normalidad a las once. A Albert las cuestiones de la alimentación lo ocupaban por completo desde que años atrás había sufrido una úlcera. Ahora comía muy poco, pero elegía muy bien cada bocado. Antes del almuerzo iba a la cocina, comprobaba la calidad de las carnes y recomendaba que no se abusara de las especias. Asimismo entraba en la habitación de Padre todas las mañanas, tardes y noches; se plantaba al lado de la cama, exhalaba un suspiro, contemplaba al enfermo con preocupación y respeto, ordenaba algún objeto en la mesita de noche, alineaba los frasquitos de los medicamentos, o se fijaba con sorpresa en alguno nuevo; luego, con otro suspiro ligero, como quien de buen grado sacrificaría su vida, pero considera que ha llegado ya el momento de irse a comer o a dormir, abandonaba de puntillas la habitación. Albert cumplía con su deber, y al hacerlo incluso es posible que sintiera algo. De hecho, se interesaba por todo cuanto se refería a Padre: a diario sometía a los médicos a un verdadero interrogatorio, escuchaba los informes de la enfermera de noche mientras asentía y se frotaba la barbilla, gemía, y de vez en cuando sucedía que, sin ningún motivo aparente, sacaba su pañuelo y se secaba unas

lágrimas en las comisuras de los ojos. Albert estaba allí, montaba guardia como los demás, junto a la cama, vigilaba la vida del enfermo, estrechaba la mano de los visitantes, comía con moderación en la mesa y se acostaba temprano, tal como lo requerían la buena educación y un organismo un tanto débil. Y entonces ¿por qué era un traidor? Tamás lo sabía y se lo había dicho a Péter al oído: «Porque, entretanto, está veraneando». Y se había puesto rojo de rabia.

«Tamás siempre exagera», había pensado Péter, algo molesto. ¡Veranear, qué palabra! Uno no veranea mientras espera la recuperación o la muerte de su padre. Uno no veranea en una imprenta, en la casa solariega de la familia, donde se ha establecido de paso; tampoco veranea cuando, para pasar unos días, decora su vivienda con objetos encontrados aquí y allá. La conducta de su hermano no ofrecía la menor oportunidad para censuras, pues Albert devolvería todos aquellos objetos. No había pedido dinero prestado a nadie. También él participaba a su manera del luto previo, suave y generalizado que se respiraba en todas las habitaciones; lo hacía de una manera algo seca y metódica, pero tal vez no sabía hacerlo de otra manera. Con aquel luto ni siquiera lloraba a Padre. Era más bien como el crepúsculo en septiembre, cuando el verano, entre el amanecer y el ocaso, aún despide sus vahos fermentados. Los Garren todavía no lloraban a Padre, pero estaban dispuestos al duelo, como si se tratase de algún papel aprendido de antemano, el papel sin texto de las sensaciones que en secreto ya tenían estudiado y, en cuanto llegara el momento, lo recitarían a coro, con fervor y sin tropiezo alguno. Aún no llevaban luto por una figura querida y familiar, por una pelambrera íntimamente conocida y unas vejigas afines, sino más bien por un recuerdo, el recuerdo del padre que agonizaba ante sus ojos, y se metamorfoseaba. El cuerpo al que pertenecía aquel recuerdo no había dejado aún de funcionar ni de vivir,

pero el recuerdo ya agonizaba. «¡Cuántas sutilezas!», habría dicho Albert, al escuchar elucubraciones por el estilo, y seguro que se hubiera encogido de hombros y hubiese salido de la estancia, moviendo la cabeza, con desaprobación y a la vez indiferencia. «¡Y ni siquiera son sutilezas!», pensaba Péter, como si ahora, en tiempos de la agonía de Padre, todos ellos vivieran con mayor intensidad, pendientes incluso de la subida de un grado en el termómetro, con mayor decisión. El recuerdo que era Padre se difuminaba, y al mismo tiempo moría en la casa el recuerdo de las vivencias y las épocas. Por eso andaban de puntillas. En el comedor agonizaba el recuerdo de una comida familiar, la celebración de un cumpleaños: Cristina ocupaba la cabecera; frente a ella, Padre; el mantel, de una elegancia delicada, tenía rosas amarillas; alrededor de la mesa, invitados y parientes; el criado servía en una fuente de plata una pierna de corzo con arándanos rojos; todos reían; Padre levantaba la copa de cristal de roca llena de vino dorado, espeso como el aceite; hacía grandes movimientos con los brazos, como un director de orquesta; los rayos del sol atravesaban la ventana, teñidos con el color verde pálido de la acacia; abajo, en el patio, el agua de la fuente salía a borbotones y hacía bailar las pelotitas. Estaban sentados todos juntos, bañados por el sol, en el mediodía de la existencia, alegres y llenos de color. Ése era el recuerdo que debería acompañarlos emotivamente en el comedor. Y en la biblioteca, el del momento en que Padre, con las gafas en la punta de la nariz y un Rousseau minúsculo encuadernado en piel roja en la mano, estaba leyendo en un rincón, sosteniendo el libro lejos de sus ojos, perspicaz y con expresión triunfal y una sonrisa de superioridad en los labios, quizá que para molestar al obispo János, y rodeado por el respeto infinito de toda la ciudad: he aquí lo que era preciso enterrar en la biblioteca. En todas las habitaciones agonizaba algo. Por las estancias se esparcía una

especie de preluto; no era siquiera una sombra, sino tan sólo ausencia de luz. Para ese duelo previo aún no era necesario ponerse traje negro, bastaba con la corbata de colores oscuros, o hablar en voz baja durante las comidas. Como si los objetos y las habitaciones muriesen yendo al encuentro de algo que aún no ha dejado de existir; cuando todavía late el corazón y aún duda el cerebro, pero las uñas ya se amoratan. Así se amorataba la habitación de la que Albert quería llevarse la araña. Y también la habitación en que dormía Péter, donde las sombras y refracciones de la infancia se pegaban aún a los muebles, como si una criada hubiera olvidado pasar el trapo del polvo del tiempo sobre ellos; así ocurría con los juguetes y demás objetos de culto juvenil, como si en aquellos días comenzaran a descomponerse y perecer. Era un rito cuyo orden y contenido quedaban determinados arbitrariamente por los participantes. La casa, las estancias, los muebles, todos se iban inclinando hacia la muerte. Los recuerdos de la vida se descomponían en un polvo muy fino, como ocurre con los tejidos a los que durante mucho tiempo no les ha llegado el aire. Y en medio de aquel delicado y silencioso duelo previo, Albert se atrevía... ¡a veranear!

—Seamos objetivos —había dicho Péter a Tamás—. Albert no tiene malas intenciones. No, pero no puede obrar de otro modo. Durante estas semanas se ha comportado de la forma que le ha parecido más sana y más correcta. Está haciendo frente a la situación de manera respetuosa y práctica.

Ya no era invierno, pero aún no había llegado la primavera; con toda probabilidad, Albert y Marta no hablaban de ello, pero sin duda interpretaban el viaje, el traslado, las condiciones extraordinarias y el período de transición un poco como un pasatiempo saludable, como si dijeran: «Por circunstancias inesperadas, no muy afortunadas ni felices, me he visto obligado a abandonar mi hogar y mi rutina habitual y a pasar

unas cuantas semanas en un ambiente extraño; voy a aprovechar este tiempo de la mejor forma posible, y mientras me dedico al cuidado de un enfermo, procuraré calmar un poco mis nervios». Ésa era la «traición» de Albert... Pero no era de buen tono advertirla. El traidor seguía la tónica general de la familia, se mostraba interesado, preocupado y cortés; participaba en el cuidado del enfermo y en la angustia común, pero al mismo tiempo no olvidaba que sus hijos debían hacer gimnasia y a veces realizar sus ejercicios de piano —Albert había encontrado un piano que había arrastrado con mucho cuidado hasta su alojamiento improvisado— y con mucho tacto, acompañando a Adél y János, cantaba melodías fúnebres, las frases más tristes de Chopin en voz baja, y de las obras de Tchaikovski, todo cuanto era pomposo y melancólico, y de vez en cuando, con las manos entrelazadas sobre la barriga, haciendo molinetes con los pulgares, se quedaba sentado en un rincón, absorto, con la mirada vacía, satisfecho y al margen de todo, como quien, incluso en medio de la tristeza general, se ve obligado a sacar el máximo provecho de todas las ventajas de una excursión tan cómoda. El traidor estaba veraneando de un modo muy suyo, modesto y práctico; veraneaba entre invierno y primavera, entre la vida y la muerte, por momentos, y de vez en cuando miraba a su alrededor con ojos desamparados, como si implorase perdón, como si dijera con un suspiro: «¡Así es la vida!» ¿Así era la vida? No; según Tamás, sólo Albert era así.

Pero ¿qué podía hacer él si era así?, se preguntaba Péter. Esa variante también tenía cabida entre los Garren. No era posible simplificar las variantes de la familia según los postulados de una fórmula ideal. Albert parpadeaba, angustiado, esperaba y veraneaba. Era de pequeña estatura y vestía siempre trajes oscuros, dispuesto en todo momento a imprevistos solemnes y patéticos. Era el único de la familia que de noche se ponía una americana de lustrina negra y sombrero de paja también negro.

Le gustaba emplear fórmulas como: «Haz el favor de no tomártelo tan a pecho». Cortaba los puros por la mitad, y cuando escuchaba una anécdota divertida o una noticia curiosa, no se la explicaba enseguida a los demás, lo hacía más adelante, en ocasiones solemnes, por ejemplo, cuando quería conseguir algo de su superior jerárquico. Por naturaleza, era ahorrador. A veces incluso lloraba y se sentía triste, pero sólo como quien hace un poco de gimnasia antes de desayunar.

Del camello y el desierto

Anna se levantaba a las seis. Rezaba sus oraciones, sacudía el polvo del colchón y ordenaba la habitación. Luego bajaba corriendo a la cocina, pagaba la leche y bebía unos tragos acompañados de un poco de pan del día anterior —le apenaba empezar el que acababa de salir del horno—, y en voz baja daba instrucciones a la cocinera para la hora del almuerzo. Seguidamente, subía de puntillas a la habitación de Padre; se quedaba unos segundos escuchando delante de la puerta, quieta, y luego se llevaba la mano al corazón y, con cuidado, empujaba la puerta y hacía una seña a la enfermera. En silencio y asintiendo con la cabeza, recibía las noticias de la noche; el enfermo se ha dormido a las once, a la una y media se ha despertado para orinar, más tarde ha querido tomar un poco de compota, pero no ha tocado las ciruelas, sólo unas peras y algunas nueces caramelizadas; ha orinado de nuevo y después rogado que se abriese la ventana, aunque fuera un poco. En aquel momento Padre estaba despertándose, y Anna se acercaba a la cama, le besaba la mano y sonreía; con una esponja, colonia y agua tibia y lo aseaba de pies a cabeza con

ayuda de la enfermera. Después lo trasladaban a otra cama, perfumada con aroma de lavanda, y limpiaban la habitación mientras Anna cortaba las uñas de los pies a Padre. Luego le leía unos párrafos de *El Príncipe*, el tratado político de Maquiavelo, en el original italiano, de forma lenta y melodiosa. A las ocho y media se iba a la escuela. Caminaba por la calle con pasos cortos y apresurados, rápidos, como si corriera. Al andar se inclinaba un poco hacia delante, y cuando alguien le dirigía la palabra para pedirle noticias, se ruborizaba y sonreía. Pronunciaba las erres de manera algo afectada, pero apenas perceptible, como cuando alguien no se atreve a pronunciar las palabras con todo su acento, como si no se sintiera lo suficientemente importante para pronunciar en voz alta «abril» o «entusiasmo». Al pasar frente a la iglesia, se santiguaba, entraba un momento, humedecía las puntas de los dedos en el agua bendita, se retiraba a un rincón sombrío, bajo la lámpara de luz roja, se quitaba los guantes, como si no fuese muy correcto rezar con las manos cubiertas, y dirigía plegarias silenciosas al cielo. Rezaba así: «Señor, haz que mi queridísimo padre se cure». O: «Dios mío, haz que tenga una muerte tranquila y feliz». Pero le asustaba el contenido inmoral de este deseo, porque la muerte le parecía a Anna algo inmoral, sin que supiera decir por qué. La muerte, con los síntomas físicos que la acompañaban, resultaba ya en sí y de por sí inmoral para ella; y una muerte «tranquila» y «feliz» le parecía especialmente inmoral, algo casi impúdico. Así lo sentía en su fuero interno. En toda muerte hay una corporeidad cruda e inexpresable que horrorizaba el alma de Anna. Pero eso no podía confesárselo al obispo János, guía espiritual de los Garren, que todas las tardes, de cuatro a seis, se sentaba en el confesionario de madera tallada, colocaba bajo sus chanclos un diminuto escabel de terciopelo —era muy friolero, incluso en verano se acatarraba con suma facilidad rodeado de las piedras

frías de la iglesia—, y durante horas y horas escuchaba a las señoras y criadas de la ciudad, a todos los que pertenecían a la congregación. A Anna Garren la escuchaba desde hacía dieciséis años. Anna se lo contaba todo al obispo János. Le contaba que también a ella le gustaría mucho vivir en el extranjero, por donde vivían Péter y Tamás; a veces pensaba con odio en Péter porque no la llamaba nunca y contestaba sólo raras veces a sus cartas, y aun en esos casos, siempre de una forma muy extraña, como por ejemplo: «Te agradezco tus amables líneas. Esta noche he soñado contigo, contigo y con Padre; se mataba un cerdo en casa y todos vosotros estabais en la cocina. Te manda un abrazo tu hermano, que te quiere mucho, Péter». Ese tipo de cartas sublevaban el alma de Anna, que durante días paseaba por las calles como si sufriera vértigo; a las cuatro de la tarde el calambre del estómago se hacía sentir con una imposición más violenta que de costumbre y Anna solía comer entonces más que otros días, e incluso eso se lo confesaba al obispo János. Le confesaba cuánto le gustaría conocer a Edit, con quien Péter convivía, aunque de eso no se debía hablar en la familia. Sin embargo, Anna no sentía ningún rencor por Péter y le habría gustado mucho conocer a Edit, incluso se le había pasado por la cabeza tomar el tren e ir a visitarlos para ofrecerles sus servicios. Sí, le habría gustado mucho ser la camarera de Edit, la persona que la acompañase al teatro, que siempre supiera encontrarle el corpiño y decirle quién le había enviado ese hermoso ramo de flores. Cuando contaba esas cosas al obispo, se cubría la cara con las manos y rompía a llorar desesperadamente en el confesionario, y él la calmaba y le imponía oraciones como penitencia. «Vuelve a venir», le decía de un modo distraído para despedirla, y le tendía el extremo de la estola para que lo besase. Luego el obispo tosía, se repantigaba en su asiento y tomaba unas píldoras.

Pero no se lo podía contar todo al obispo; no le podía hablar de Marta. ¡Qué vergüenza! No, de Marta no podía hablarle. A veces se interrumpía en medio de su confesión, buscando las palabras, pero en esos momentos era como si sus labios se paralizasen... En efecto, el mecanismo se paralizaba y la boca de Anna se movía vacía, sin sonidos, las palabras no se condensaban en ella en un fenómeno fonético perceptible, y entonces se confesaba muda. El obispo continuaba escuchándola aún de esa forma, con extremada paciencia, sin preguntarle nada, como si conociera a fondo el engranaje anímico y físico de los Garren. En esas ocasiones, sin voz ni sonidos, Anna hablaba de Marta. Sin embargo, aquella sustracción, complicada y delicadísima, no era menos «inmoral» que la muerte; era inmoral de una forma más vulgar y práctica. Anna había establecido de forma minuciosa los rasgos de la inmoralidad. Tenía verdaderas tablas de valoración y calificación, y no encontraba otra palabra para designar ciertos silencios, sentimientos o actos. Por ejemplo, no le parecía en absoluto que las relaciones entre Péter y Edit fuesen inmorales, aunque sabía muy poco acerca de ellas, al igual que de todo cuanto se producía «allí fuera». De hecho, esos sucesos no eran más reales para Anna que las historias de un libro, un libro que no sería lícito leer en detalle. «Allí fuera», esto era todo; eran países y ciudades a los que había que enviar cartas, o palabras que Anna no se atrevía a formular, y cosas con las que a veces soñaba. El mundo, de una manera precisa y clara, se repartía en dos continentes. Por un lado estaba Padre y todo cuanto fuese Garren, o lo que los Garren habían usado y tocado: un vaso con el que los antepasados habían bebido, objetos que los Garren, muertos o vivos, habían usado alguna vez, y palabras que les gustaba pronunciar, sentimientos que todos los hermanos experimentaban en determinadas ocasiones, durante la comida, o al leer la noticia de un

asesinato, o después de la puesta del sol, aun cuando vivían lejos los unos de los otros. Ése era su único mundo y Anna lo conocía muy bien. En él se atrevía incluso a reír y cantar, a mostrarse sin estar completamente vestida ante Edgar o Péter, y no cerraba con llave la puerta del cuarto de baño cuando se aseaba. En aquel mundo no existía nada «inmoral», y en cierto modo ni siquiera los pensamientos ilícitos herían la excesiva sensibilidad moral de Anna; ni siquiera las cosas físicas. Para Anna, lo inmoral en el mundo se iniciaba con la muerte y la enfermedad, como si alguien estuviera acechando a los Garren mientras vivían. ¿Cómo habría podido contarle su sospecha al obispo? Luego existía el otro mundo, con continentes, inventos, distancias, canguros y Marta. Anna tenía miedo de aquel mundo. Sobre todo, tenía miedo de Marta. Marta no pertenecía a los Garren.

Así pues, Edit —según una valoración muy extraña y sólo conocida por la propia Anna—, sí pertenecía a ellos; un poco como Roberto *el Parlanchín*, o como un niño con sangre de la familia que hubiera nacido en secreto y hubiese sido abandonado en el umbral de un orfanato para ser educado muy lejos, en algún convento. Para Anna no todas las personas eran extrañas, aunque no pertenecieran, por lazos de sangre o voluntaria sumisión, a la familia. Para ella, la familia era una fuerza, un fenómeno telúrico de la naturaleza que se imponía a los fenómenos materiales de la vida, penetraba en determinado radio de acción y hasta en personas ajenas, las sometía y transfiguraba. Por ejemplo, el obispo de János no era un extraño, lo mismo que muchísimas otras personas en la ciudad. Tampoco Judit era una extraña, sólo que, a los ojos de Anna, pertenecía a una jerarquía más baja, como alguien que practica la misma religión, pero todavía está en período de prueba, como una novicia en la orden. La señora Erzsébet no era una extraña porque compartía la cama de Padre, y la sangre y la

corporeidad de Padre la hacían miembro de la familia... Anna era capaz de pensar sin horrorizarse y sin temor alguno en aquella corporeidad, como en todo lo que se mezclara con la sangre y los tejidos de la familia. Anna no iba nunca al cine porque había oído decir que en la pantalla se besaban, y los besos entre extraños la cohibían y la llenaban de sentimientos de vergüenza, pero la idea de que la señora Erzsébet compartiera el lecho con Padre no podía resultarle ni penosa ni inmoral, y en cierto modo no se diferenciaba del recuerdo de la pulmonía de Péter, o de la ropa por lavar. Pero Marta... ¡No, Marta era una extraña, era una persona inmoral e insoportable!

Anna iba por la calle, cabizbaja, casi rozando las fachadas de las casas, con su abrigo gris. Tenía la cara pálida y sus labios finos dibujaban la orgullosa sonrisa Garren. Llevaba un sombrero tocado por una pluma de garza y, colgada del brazo, una bolsa de malla grande, donde guardaba los cuadernos de los alumnos, el libro de oraciones, un frasquito con la orina de Padre —a medio camino la dejaba en la farmacia para que, a mediodía, cuando volvieran los médicos, pudiera comunicarles el resultado del análisis—, bocadillos de mantequilla envueltos en un papel manchado de grasa, y también su labor: unos guantes de invierno de una de sus alumnas más pobres y que el día anterior había acabado de remendar. Anna saludaba a los conocidos con gestos breves y tímidos; a menudo la llamaban desde la ventana de alguna casa, o le hacían preguntas desde el otro lado de un edredón puesto a airear, y los comerciantes le hacían señas por detrás de las puertas vidrieras, o salían precipitadamente a la calle para preguntarle cómo había pasado la noche su señor padre, el orgullo del sector, propietario de Eolo, y si podían ayudarla en algo. Pero ella seguía caminando, con paso apresurado, haciendo el trayecto de todas las mañanas, esa especie de pequeña marcha triunfal, la marcha triunfal de la garrenidad y la enfermedad. En efecto,

Anna sospechaba que ambas cosas estaban relacionadas, en cierta manera, pero aquella relación también resultaba inmoral. Por eso se contentaba con suspirar, y sonreía con timidez, dando las gracias por el interés que mostraban todos. Aquellas semanas, desde la enfermedad de Padre, constituyeron la época de la transfiguración terrenal de Anna. «¡Ahí va Anna Garren!», exclamaban incluso los desconocidos. Antes sólo la saludaban de lejos, con respeto, pero ahora se acercaban a ella, se quitaban el sombrero con deferencia y le preguntaban por el estado del enfermo. Anna se embelleció un poco durante aquellas semanas.

En otros tiempos Anna había sido más bien varonil, y la armonía de sus rasgos no producía efectos en nadie, pero no era fea y ella lo sabía, como si fuera un talento secreto que, seguro de su verdad y su fuerza, contempla con indiferencia muda los éxitos de los aficionados, convencido de que un día le llegará su hora. Las mejillas anchas, que sobre todo por la tarde, hacia las cuatro, en los momentos que precedían a su ilícito apetito, se distendían como en un calambre; los labios finos, la boca grande, las mandíbulas angulosas, la tez amarillenta... Todos sus rasgos evocaban en cierto modo la luz polar y la grasa de foca. Anna sentía que a su alrededor había siempre cierta frialdad. Pero sus ojos grises, bañados en niebla, a veces brillaban como si detrás de esa neblina, muy lejos, en algún lugar remoto, llameasen los rayos de sol, luces ultravioleta y paisajes cálidos. Y luego su frente, alta, grande y curvada. Como siempre llevaba el pelo alisado hacia atrás, aquella frente abierta y clara señoreaba su rostro rechoncho de mejillas anchas y labios finos, como una cúpula que domina un pobrísimo paisaje humano, saqueado a menudo por los mercenarios. No, Anna no era guapa, pero en alguna parte vivía un hombre —y en aquel preciso instante en que Anna se apresuraba camino a la escuela, respondiendo a las preguntas

respetuosas y atentas, tal vez se encontraba en una habitación realquilada, en mangas de camisa, y se estaba afeitando frente a un espejo viejo—, un hombre que un buen día parpadearía maravillado ante los ojos de Anna, y a quien aquel rostro tan feo, con aquellos pómulos anchos y la frente curvada, le parecerá muy familiar. Anna sabía que ese hombre vivía en alguna parte. «De momento tiene aún mucho que hacer y no puede venir a buscarme —solía pensar despreocupada y tranquila—. Todavía está superando exámenes o ganando dinero, o vive esclavo de otra mujer». De todos modos, a veces miraba hacia atrás distraídamente, o dentro de los portales o de las tiendas, para ver si lo descubría, pero hasta entonces no lo había visto en ninguna parte. «Da igual, aún no corre prisa, que merodee por ahí todavía un tiempo», pensaba. Y de la iglesia se iba a la escuela.

Los Garren le tenían lástima y le decían, con sentimiento de culpabilidad: «Querida Anna, cose esto, arregla aquello, contesta a esta carta, pide tal cosa, presenta tal solicitud, díselo tú», y al decirlo volvían la cabeza para evitar mirarla a los ojos. Y Anna lo arreglaba, lo presentaba y lo decía. Pero los hermanos sabían, lo sabían con ese saber cruel y en vano envuelto de silencio, que todo aquello no era más que un papel. Alguien de la familia debía encargarse de él. En el paisaje familiar existían desiertos, y en esos desiertos Anna era el camello. Todo el mundo vendía a Anna como si se tratara de una esclava huesuda del antiguo mercado de Esmirna; no muy agradable, pero sí apta para los trabajos de casa. Era camello y esclava, y aún muchas cosas más, y a veces la presentaban, incluso si estaba delante, como se suele hacer en las esquelas: «La mejor hermana, hija, pariente y amiga». Anna cosía los botones, preguntaba a Judit por lo que había soñado por la noche y cuidaba siempre de que en el retrete no faltase papel fino de buena calidad. Anna sabía cuándo les llegaba el período

a las mujeres de la familia, como si se tratase de un acontecimiento primigenio y tribal que, con su presencia monótona y sencilla, formase parte del organismo de la familia. Anna sabía que todos los lunes por la mañana Albert bebía agua mineral, que Edgar no podía comer pimentón sin ser víctima al momento de una urticaria y que a Tamás le dolía la cabeza cuando comía algo dulce. Sólo Anna conocía el escondrijo donde Péter guardaba todas las mañanas, con cuidado, durante su infancia y también ahora, el cepillo de dientes, la esponja y el jabón, como entierra un perro un hueso, temblando y con codicia, con una cautela que rebasaba los postulados de una higiene normal. Anna sabía incluso lo que Albert aún no había notado después de ocho años de matrimonio y relaciones íntimas: que Marta tenía callos entre los dedos de los pies. Cuando nadie la veía, se los arrancaba hasta hacerse sangre; luego se cortaba las uñas cubiertas de pieles con una hoja de afeitar de Albert y luego, con gran tacañería, la devolvía a su estuche sin decir nada, y dejaba que él se afeitara con aquellas hojas usadas. Anna sabía que desde hacía años la señora Erzsébet robaba dinero a Padre y lo guardaba en una caja de cigarros vieja, una de esas cajas de habanos que Péter solía enviar, y que de vez en cuando prestaba cantidades pequeñas a alguna de sus amigas y les cobraba intereses elevados, aun siendo todas ancianas en situaciones precarias que vivían de jubilaciones muy modestas. Anna sabía dónde vivía el verdugo, sabía la dirección de su casa, pero no se lo había contado a nadie de la familia. A veces pasaba por delante de la casa del verdugo, en las afueras, con pasos presurosos y expresión ingenua, sin mirar al lado, cabizbaja. Una vez en casa, se quedaba sentada y en silencio, sin revelar a nadie dónde había estado por la tarde. Anna sabía que, apenas tres meses atrás, Padre solía acudir todos los miércoles y sábados hacia las cinco de la tarde a un hotel del

puerto donde permanecía cerca de dos horas en una habitación de la primera planta con las persianas bajadas en compañía de una joven, picada de viruelas, que trabajaba en una imprenta. Después de aquellas citas regresaba a casa en un estado de ánimo especialmente exuberante y bondadoso, siempre con algún regalito para la señora Erzsébet y para Anna, como castañas escarchadas o una revista de moda extranjera.

Anna sabía todo eso y mucho más. Y del mismo modo que, por el hecho de pertenecer a la familia, conocía las particularidades orgánicas, los juanetes, el funcionamiento y estructura de las glándulas de secreción interna de sus familiares y no ignoraba el lugar donde Albert guardaba la aguja de inyecciones con la que se curaba una enfermedad venérea contraída en su juventud, del mismo modo que lo sabía todo, incluso de los difuntos, y estaba enterada de que en la Casa de Caridad vivía una anciana que antaño había sido vendedora de tabaco y amante de Matyas Garren, el abuelo, tal como conservaba el recuerdo de un sueño que había tenido Cristina veinticinco años atrás, un sueño en el que aparecían focas y un coronel de húsares, así, de ese mismo modo, Anna también lo sabía todo acerca de aquella otra familia: la ciudad. En la conciencia de Anna, la ciudad, a través de canales, manantiales subterráneos y corredores secretos que pasaban por debajo de las casas, comunicaba cautelosamente con aquel otro mundo, el hostil, y por esa razón andaba por las calles con precaución, fijándose en todo, con ojos agudos y penetrantes. Sabía que el papel que desempeñaba en la familia aún no era del todo el suyo, el de Anna Garren, y que quizá no era tan bondadosa, ni tan camello y desierto, ni tampoco tan payasa como a la familia le gustaba creer. En efecto —incluso eso sabía Anna—, los demás miembros de la familia se habían confabulado contra ella, y habían favorecido aquel tipo de papeles, y sin duda reprimirían una posible rebelión contra

ellos con ironía y violencia. No obstante, cuando le suplicaban que arreglase, presentara o cosiera algo, todos sabían en secreto de la existencia de aquella otra Anna que tan sólo llevaba un disfraz que le habían puesto los demás, y que sólo lo luciría mientras le diera la gana y le gustara llevarlo. Era un disfraz agradable. En casa a Anna la trataban como a un hada buena que, por añadidura, no está demasiado bien de la cabeza. Pero era imposible callar la verdad, o sea ese secreto abrasador y excitante que era la verdad de Anna. En la casa todos conocían la existencia de esa otra Anna que, por el momento, se hallaba encerrada en una especie de sótano, encadenada. Saber eso, a ella le permitía continuar desempeñando su papel de mujer bondadosa, algo perturbada y poco agradable a la vista. Ella llevaba su disfraz y hacía el papel que le tocaba.

Anna caminaba por la calle a sabiendas que llegaría el día en que sería guapa y nadie le hablaría más con aquella cortesía condescendiente. No, a partir de ese momento se dirigirían a ella con dureza y exigencia, tal como en la vida se hablan aquellos que saben lo que significa «toma y daca» y de quiénes es preciso exigir mucho, pues saben que vale la pena porque ellos tienen algo que dar. Anna no iba al cine y no soñaba despierta imaginándose magnífica y deslumbrante en una escalinata de mármol, con un traje brillante y una diadema en la cabeza, del brazo de un hombre vestido de chaqué y con chistera en la mano, sonriendo a fotógrafos y asistentes. Anna sabía que un buen día experimentaría una transformación y se volvería bella, y que no necesitaría escalinata, ni diadema, ni un hombre vestido con chaqué y chistera. En las últimas semanas, en sueños, había percibido con un estremecimiento que quizá esa nueva etapa no estaba ya muy lejos. Ahora que todos los Garren se hallaban en la casa y Padre yacía impotente y mudo en su cuarto, donde retocaba a su manera

peculiarísima y por última vez el capítulo final de la obra magna de su vida —¡aquella obra que ella conocía tan a fondo, con todos sus pormenores, imbuida de admiración y entusiasmo!—, Anna se daba cuenta, tanto en la vigilia como en sueños, de que estaban pasando cosas en la familia y que se avecinaba un acontecimiento del que no acertaba a vislumbrar ni su naturaleza ni sus consecuencias, pero que en cualquier caso haría salir algo a la luz pública y ella, Anna, sería entonces bella y dejaría boquiabiertos a los demás. Habría querido poder aplazar aquel instante. No se atrevía ni a imaginárselo, aunque en las últimas semanas se había mirado con frecuencia en el espejo, como si se despidiera de su rostro. Anna sabía que el tiempo trabajaba con unas pautas milagrosas, tenía noción de las cifras y círculos que giran y se repiten, y sabía que era imposible acelerar o retrasar ese momento: el de su transfiguración. Ella lo sabía todo al dedillo. Iba por la calle con el corazón en un puño, con una inquietud que se parecía un poco a la excitación que acompañaba su apetito impúdico de las cuatro de la tarde, aunque quizá estaba más lejos aún de la buena educación que esa excitación arbitraria del cuerpo. En ese mismo momento, en casa, Péter se estaba tomando el desayuno. Padre descansaba en la cama recién arreglada con la solemnidad matutina de los enfermos, muy blanco, envuelto en lino blanco, como disfrazado para acudir a una fiesta que empezaba todas las mañanas: la fiesta de la enfermedad, de estar enfermo, pálido, atento y al acecho, como un fraile antes de empezar la ceremonia. Y Albert, en la imprenta, estaba preparando con sus propias manos chocolate para Marta y sus hijos: János, el mirón, al que le gustaba sentarse debajo del piano y, en general, en todas partes donde pasara desapercibida su presencia, y Adél, la barriguda. Anna sabía que Marta, bajo la manta, despeinada y con toda clase de «cremas de noche» sobre su cara sucia, no era muy aseada. Aunque se bañaba

todos los días, se untaba y frotaba todas las partes del cuerpo con jabones y lociones perfumadas, no era una mujer aseada, pues a algunos cuerpos los penetran por los sudores del alma y da igual que se sumerjan en bañeras de sales y lavanda. Anna conocía la falta de higiene de Marta y pensaba en Albert con compasión, una compasión que se mezclaba en su alma con el menosprecio, esa sustancia sentimental, picante y de fuerza embriagadora; como si hubiera descubierto alguna pasión secreta de Albert, el padre de familia ejemplar, como si su hermano fuese esclavo de algún vicio nocivo, asqueroso y que incitara al desprecio. Pero Albert, el hombre sano, ahorrador, el padre de familia, no podía saber que aquella pasión, que ante Dios y los hombres constituía un enlace y un sacramento, era enfermiza e inmoral. La pasión de Albert era Marta; Anna miró a su alrededor, con cautela, y cuando tuvo la sensación de que nadie la veía, escupió, con mucho cuidado. Luego irguió la cabeza, miró en torno a ella con orgullo, como quien, dentro del marco de su vida, acaba de dejarse arrastrar por un acto apasionado, y se fue de allí con actitud combativa.

Pasó frente al palacio episcopal y el teatro, y cruzó el callejón abovedado en dirección a la calle de las Hermanas. Bajo los portales, vendían ajos y frutas exóticas de aroma penetrante. El zapatero estaba sentado en la ventana de su taller oscuro y, a la luz de una llama de acetileno, ponía medias suelas a un par de zapatos de mujer, de tacón alto y color gris plateado. Anna pensó que ahora las mujeres llevaban incluso zapatos de colores, azules, rojos y verdes, zapatos que hieren la vista y excitan el afán de los hombres. Sonrió y exhaló un suspiro. El mundo estaba lleno de novedades. Las mujeres se rizaban el cabello en caracoles —así se lo había escuchado decir a Marta—, como dos milenios atrás lo habían hecho las desvergonzadas bailarinas orientales. Compró una naranja y la escondió en su bolsa de malla, como si fuera el cuerpo del

delito de un deseo inconfesable. Pasó ante la casa en que vivía Ervin, el dermatólogo, compañero de colegio de Péter, que veinte años atrás, al volver de la escuela, bajo el portal de la casa Garren, le había mordido la oreja a Anna. Luego Ervin se asustó y se alejó corriendo; durante cierto tiempo hasta dejó de saludarla. Anna miró el rótulo del dermatólogo y experimentó en el lóbulo de la oreja el dolor de la mordedura, y ese escozor, ese recuerdo caprichoso de su cuerpo, le resultó agradable y fresco. Anna no se había sentido ofendida ni entonces ni ahora, veinte años después, cuando tenía que considerar el mordisco de Ervin como algo normal y lógico. Ya hacía cuatro años que Ervin se había casado, y ahora dormía en el piso de arriba, tras las persianas bajadas, en medio de jeringuillas, como aquella que Albert guardaba en secreto en casa, acostado al lado de una mujer rubia y dócil que en cierto modo le hacía de criada, era una esposa excelente y una sirvienta de verdad, que no llevaba ningún disfraz y durante las horas de servicio no soñaba con quitárselo y ponerse guapa. Anna no envidiaba a aquella mujer, ni habría querido ocupar su lugar al lado de Ervin. «No obstante, fue a mí a quien mordió la oreja hace veinte años», pensó ufana, y continuó alegremente su camino.

Ése era su momento del día preferido, esa hora de la mañana, con un poco de neblina, en que realizaba el breve trayecto que va de la casa Garren hasta la calle de las Hermanas, es decir, hasta la escuela donde Anna enseñaba francés e italiano. Un camino corto pero no desprovisto de emociones, repleto de los recuerdos de la noche que se iban esfumando y de los fenómenos del día que iban destacando con suavidad, un camino poseído por la conciencia de la personalidad de la «verdadera» Anna, que, al llegar a la meta de tan breve trayecto, la escuela o la familia, rodeada de los otros, los extraños, volvería a ser una vez más un simple disfraz, un papel teatral, un camello y un desierto. En aquellos

momentos todas las mañanas, inmersa en los olores y recuerdos, la que caminaba por la calle era aún la verdadera Anna, con su bolsa de malla en el brazo y feliz, a fin de cuentas. Anna ocultaba por todos los medios aquella sensación de felicidad dolorosa y confusa, como si se tratara de algo valioso que se hubiese encontrado y que a lo mejor durante años no se puede ni debe lucir en público. Padre estaba enfermo; la familia se había reunido en la casa; Anna dormía en el suelo sobre un colchón porque había tenido que ceder su cama a Marta, la impura; Tamás se comportaba de manera alarmante, como si en su fuero interno hubiese encanecido, y llamaba la atención en la calle cuando agitaba su fusta en el aire; Péter se encerraba en su mutismo y miraba a su alrededor, siempre al acecho, como si buscara algo y esperase una señal; Edgar y Judit se escondían tras las faldas de Erzsébet, y permanecían en un silencio sospechoso, como los niños cuando se dedican a algún juego poco correcto o prohibido, y Erzsébet, con resentimiento y humildad, comía en la cocina. Anna era la responsable de todo. «¡Son tiempos difíciles!», pensaba, y sonreía. No podía evitarlo: se sentía inquieta y tenía que sonreír. Pensó en Padre y lloró de cariño y preocupación, pero al instante volvía a sonreír entre lágrimas. La estrella de la muerte comenzaba a levantarse por encima de la casa Garren, y Anna velaba y rezaba, lloraba y llevaba la orina a la farmacia, limpiaba la casa y enseñaba en el colegio, sufría y dudaba, pero entretanto no dejaba de sonreír, había algo, cuyo nombre y naturaleza desconocía, que la obligaba a hacerlo con una sonrisa muy suave y modesta, todo menos irónica. Era una sonrisa correcta y emocionada, como si aconteciera y se preparase algo que en apariencia resultaba horrendo y ella, Anna, fuera la única de la familia que intuía y sospechaba el carácter redentor y esclarecedor de aquella tragedia. No, así era: no podía explicar nada de todo ello al obispo János. No

podía explicarle que aquella solemnidad aprobatoria y sincera con la que los habitantes de la ciudad habían recibido a los Garren que habían regresado —como si por fin se reuniesen todos, el maestro y sus hijos y discípulos, para dar por terminada la obra uniendo sus fuerzas y conjugando su voluntad conjugada— irradiaba también sobre Anna, y en aquellas semanas se sentía rebosante de una alegría inquieta, solemne y angustiosa, como un animal cuando cambia la estación: ese cambio llevaba consigo, forzosamente, algo despiadado e inexorable. Anna era incapaz de imaginar que un día ya no estaría Padre. Pero los artistas habían llegado, la obra iba a empezar, o la función, así le parecía a Anna. Y un buen día toda la inmoralidad —esa inmoralidad inevitable y deforme que es la enfermedad y la muerte— cobrará su explicación y sentido, y entonces Anna se volverá hermosa. Anna entró en el edificio del colegio y subió la escalera con pasos ágiles y nerviosos; irrumpió en la sala de profesores, saludó en voz baja y guardó en el armario su sombrero con plumas de grajo, sacó la naranja de la bolsa de malla y, a escondidas, la olió.

Los dos principiantes

Luego Anna entró en clase, tomó asiento en el entarimado y dijo algo cohibida:

—Los verbos irregulares del francés son...

Todavía se encendía la calefacción en el aula y junto a la estufa de ladrillo había una enorme cesta llena de tarugos de treinta centímetros, aunque el calor que irradiaban las sesenta jóvenes ya caldeaba por sí mismo la sala. Sesenta radiadores nuevos, cada uno despidiendo una tibieza aromática compuesta

de olores derivados del calor, humores corporales infantiles, por falta o exceso de aseo: ese aroma denso y tibio que las hacía husmear y desperezarse a todas, también a Anna, cual madre en el nido mientras los pequeños, recién nacidos y aún medio ciegos, se estiran y pululan en torno a ella. A Anna le gustaba aquel olor, le recordaba la vida. Sin duda, la vida debía de ser algo semejante a aquel olor: una pizca de hedor y un poquitín de perfume, algo indiscretamente íntimo y agradablemente vulgar. Y de forma disimulada, para que no se notase, Anna inhalaba aquel aroma, como si antes de empezar la clase se fortaleciera haciendo ejercicios de respiración revitalizantes, como si todas las mañanas se dedicase a un aseo físico secreto y no del todo lícito. Las señoras de los antiguos castillos erigidos en las rocas, aquellas condesas castellanas, se bañaban por la mañana en sangre de chicas jóvenes; Anna se bañaba todas las mañanas en el aliento y el vaho de sesenta cuerpos juveniles. Sabía que ese modo de husmear, de hundirse en aquel olor vulgar, era algo prohibido e indecente.

—Los verbos auxiliares del francés son... —dijo, e inhaló sin que se notara.

Más allá de las normas y convenciones existía algo prohibido, algo que todavía no era un acto, ni un pensamiento que pudiera designarse con un nombre, pues en ese preciso instante se deformaría y se volvería enfermizo e incorrecto. No obstante, existía, aún sin palabras ni imágenes, y Anna no podía confesarlo, pues no sabía qué confesar de aquel olisqueo matinal. Aquello era pura vida; aquel olor y aquella sed, tal como Anna lo respiraba, no eran del todo inocentes. Entretanto no «pensaba» en nada; no, sin duda, pero Anna sabía que el significado de las cosas es una realidad que existe incluso cuando nosotros no lo pensamos. Ella olfateaba el aire y mientras tanto continuaba su explicación acerca de los verbos auxiliares franceses de forma fluida. Su alma no volvía la

espalda a aquella excitación, tampoco la razón protestaba contra ella; no valía la pena. «No es un secreto, no es nada, yo no tengo la culpa. Ni quiero hacerlo», pensaba Anna. En mañanas como ésa, los sesenta cuerpos se condensaban para Anna en uno solo; la noción ni siquiera era de cuerpo, sino de corporeidad. Tan sólo era una corporeidad que no suscitaba deseo. «¿Tan sólo? ¿Qué quiere decir "tan sólo" cuando nos referimos a nuestros deseos?», se preguntaba Anna. Y cerraba los párpados como si sufriera vértigo, y después obligaba a sus ojos azul marino a abrirse mucho, enérgica y violentamente... La excitación ya se había esfumado; en ese momento sólo veía sesenta caras, expresiones indiferentes y simpáticas. La corporeidad informe que todas las mañanas se abalanzaba sobre ella como un monstruo se había caído en pedazos al primer contacto con los rayos del entendimiento y ya nada tenía que ver de un modo individual con cada una de las caras. Exhaló aliviada. Así empezaba la mañana.

Con sumo gusto hubiera formulado, lo mismo en francés que en italiano, que aquella impureza que notaba en Marta y que le repelía, que era preciso callar, era como una vergüenza para la familia, una gangrena diabólica que había aparecido en el cuerpo del clan, como una contaminación secreta. A fin de cuentas, Marta se bañaba. Provenía de una familia burguesa, sabía tocar el piano y había recibido como dote una casa familiar con cuatro habitaciones y jardín. Tenía asimismo joyas que sólo llevaba de noche: un broche, una sortija de diamantes y un fino collar de perlas, como debe ser. A la hora de comer, era costumbre en ella apretar ambos codos contra el talle y sostener el cuchillo y el tenedor con tanta rigidez y precaución, encorvando un poco sus muñecas, como quien sufre de reuma. Por educación, dejaba siempre un bocado en el plato, tal como se lo habían enseñado en Viena, en la institución para jóvenes de buena familia, donde le habían explicado que durante las

comidas era preciso frenar nuestros apetitos, y el último bocado, por ser el mejor, era el «sacrificio», renunciar al cual representaba un acto generoso y elegante. Anna, en cambio, en cuanto empezaba a comer, escogía cuidadosamente el último bocado, el más sabroso, y lo reservaba en un rincón del plato hasta que le tocara el turno de ser engullido. Ya de antemano se alegraba de ese postrer bocado, mientras masticaba las porciones más aburridas de la carne o el acompañamiento; se alegraba como el funcionario público cazurro de la gratificación de fin de año. El padre de Marta había sido funcionario público, y hubo un tiempo en que incluso tuvieron criado en su casa, el colmo de la distinción. Según las firmes convicciones de Anna, en la casa de cuatro habitaciones de los padres de Marta no había ninguna necesidad de contar con un criado varón. «Pero ésos siempre son así», pensaba preocupada. Y cuando recordaba al criado, ese criado que la familia de Marta había empleado, se mordía con furia el labio inferior.

Pero no era por el criado, ni por el broche, ni la sortija de diamantes. Marta era impura de una manera distinta; por ejemplo, a veces decía: «La mujer debe ser la amiga y el apoyo de su marido...». Solía proferir frases de ese tipo sin que vinieran a cuento, incluso durante el almuerzo. Anna, en tales ocasiones, soltaba el cuchillo y el tenedor con cólera y miraba a su alrededor en silencio, como pidiendo ayuda. Pero todos se callaban; Péter bajaba la cabeza, Edgar carraspeaba y Judit miraba hacia el techo, inocente, como si ni siquiera hubiese oído esas palabras criminales. O Marta decía: «Por favor, querida Judit, pásame la fuente de compota. Estaba dudando si debía coger o no la pera azucarada. Aunque, ya veis, ha vencido el egoísmo». En tales ocasiones Tamás se levantaba y se iba. Los demás se quedaban, impotentes. Pero lo más triste era que, después de escuchar semejantes frases, Albert miraba en torno a él con satisfacción y luego contemplaba a su esposa,

contento y orgulloso de tener una mujer tan magnífica. Marta, que interpelaba a los miembros de la familia como «querida Judit» o «querido Péter», y decía sin pudor alguno que «no existe sentimiento más noble que la conciencia del trabajo cumplido y la obra bien hecha», y que a veces susurraba bajando la mirada pero sonriente: «Dejemos a los hombres y sentémonos las mujeres juntas, para un poco de charla íntima...». Marta, a quien los senos le temblaban cuando se reía y entonces los demás sonreían penosamente y se apresuraban a cambiar de conversación, era la sombra de la familia. Anna tenía ganas de encender la luz eléctrica incluso a las doce del mediodía si veía entrar en la estancia a Marta. La manera en que ésta aprobaba algún acto, fenómeno o situación, obligaba hasta a los más mansos entre los Garren a escandalizarse, y era pretexto suficiente para, de golpe y porrazo, dejar de querer o aprobar lo que ella había reconocido. Lo que miraba, lo que tocaba, la persona a la que dirigía la palabra, todo y todos se metamorfoseaban como por arte de magia: al roce de la mano o de las palabras de Marta todos los objetos y personas perdían su encanto peculiar e inexplicable, pues todo se volvía «de algún modo útil» o «de una sencillez noble» o «sublime e ideal» o «lamentablemente nocivo». Todo se oscurecía a su alrededor. La figurita de tanagra que Padre había llevado de Creta en tiempos de Lucy, en manos de Marta, cuando ella la cogía y miraba por un instante —o, con palabras de Albert, la «encontraba»—, de pronto se volvía un objeto torpe de alfarería; como si no se hubiese elaborado dos milenios atrás, y como si los miembros de aquel diminuto cuerpo coloreado y grácil no reflejaran aquella armonía y serenidad que habían dado lugar, en esa lejana época soñadora y libre de sentimientos de culpabilidad, a tales superfluidades artísticas. La tanagra, en manos de Marta, en el acto se volvía un mero adorno, una fruslería digna de ocupar un puesto en una vitrina,

impresionante e insoportable. Incluso un lied de Schumann sonaba en su boca como si la música ejecutara trabajos forzados en una pequeña pianola eléctrica. Porque Marta cantaba, a veces bordaba y siempre leía con gusto algún que otro «libro realmente bueno».

Y mientras tanto Albert la contemplaba, ensimismado y con una sonrisa transfigurada, y como quien espera aprobación y está dispuesto en cualquier instante a levantarse y agradecer con sólidos apretones de mano las felicitaciones inevitables, miraba luego a los demás.

—¿Qué quieres? Es de envidiar —dijo Péter a Anna un día en que ésta le abrió su corazón y se quejaba de Albert.

—¡Pero a qué precio, Péter! —contestó Anna, quejumbrosa —. Es envidiable, claro. Pero ¿es digno de un Garren aceptar la felicidad a ese precio?

Según la estimación de Anna, un Garren no podía perder de vista su categoría; era cierto que la felicidad se pagaba siempre, pero un Garren no podía casarse por debajo de su rango. Hablaba de Albert como de un archiduque olvidado de sí mismo. Péter sonreía.

—Desde luego, te comprendo —dijo Péter con tono apaciguador y muy serio, mientras descansaba una mano en la nuca de su hermana y le acariciaba la cabellera con la otra; su hermana que no era hermosa, pero que en sus ademanes y su perfil resultaba noble, como, consideradas por separado, todas las cosas que constituían a Anna o le pertenecían—. Te comprendo, y para ser franco, también yo pienso algo parecido. El sentimiento de clase, en efecto...

Se miraron molestos, con una sonrisa de desorientación y perplejidad, algo irónica.

—Sin embargo, ¿te has preguntado si no es Albert quien ha salido ganando? Todo el mundo sale ganando si sacrifica su sentimiento de clase y acepta la felicidad.

—La felicidad es una cosa muy vulgar —observó Anna, con desdén. Y cerró los ojos; sus pómulos coléricos destacaban sobre las facciones de su cara.

—¡Pero si ése es su precio! —dijo Péter, y soltó una carcajada—. Ése es su precio, querida Anna. Nosotros los Garren siempre sacrificamos con sumo gusto la felicidad por algún ideal oscuro, o algún papel, o alguna obra, como tú dices. Ya sé; también el sentimiento de clase forma parte de las condiciones de esta obra. Pero confieso que a veces me siento extremadamente cansado de mi clase, querida Anna; extremadamente cansado, y a veces fantaseo con la idea de que valdría más dimitir, devolver al mundo esa dignidad oscura que es la garrenidad y emigrar a algún país extranjero de cielos pegajosos para llevar una vida semejante a la de Albert, Marta y sus hijos. Quizá es él quien ha salido ganando... Él, que «encuentra» el piano y la araña, y según Tamás aprovecha la enfermedad de Padre para veranear.

—¿Tú crees? —preguntó Ana, y palideció, escandalizada.

—No, mujer, ¡qué va! —dijo Péter, que de repente se sentía agotado.

Le hubiera gustado sentarse en el suelo de lo cansado que se sentía. Era imposible seguir defendiendo aquel postulado, el sentido jerárquico de los Garren. Él, en secreto, en Karnak, ya había dimitido. ¿Dónde estaba Karo en ese preciso momento? ¿Qué estaba haciendo? (Eran las once de la mañana; Karo debía de estar paseándose por el jardín del lugarteniente. Lleva un traje verde oscuro, se ha quitado el guante de una mano y está comiendo un *pretzel* mientras charla con el viejo guarda del parque, que suele quemar hojarasca cerca de la glorieta griega. Karo representaba cierta forma más bien suave de cierto intento de dimisión; una relación de segunda categoría, no tanto desde un punto de vista social, sino más bien en el sentido ideal de la palabra, en un sentido formulado según las

leyes dinásticas de la casa Garren. Karo, que se ha sentado ahora bajo la columnata griega, donde beberá agua de litines sorbiendo el líquido de gusto metálico con una pajita, mira al vacío y piensa: «Dentro de dos semanas ya podremos bañarnos en el lago. Péter se ha ido para garrenizar. Ya le escribiré.») Él sin duda habría querido dimitir.

—Desgraciadamente, no es posible —dijo cansado y malhumorado—. Quiero decir que no es posible dimitir, y tienes razón; no sería lícito hacerlo. Uno debe aferrarse a su rango y a su papel. Tal vez seamos injustos con Albert, a veces lo envidio, pero por suerte tú estás aquí, Anna, tú que no haces concesiones y no bajas la vista cuando oyes decir a Marta durante el almuerzo: «La vida nos enseña a tener paciencia». O algo como: «Tarde o temprano». Sí, en esos momentos sería preciso llorar y protestar. Te agradezco que protestes también en nombre de todos nosotros —añadió con galantería y finura; luego le besó la mano y se retiró, pues ahora sí se sentía verdaderamente extenuado.

—En francés, descubrimos matices maravillosos —dijo Anna.

Los sesenta cuerpos se hundían en el calor, en la lengua gala, en los matices maravillosos, en la atmósfera de sesenta destinos. También Anna se sumergía en aquel desmayo general, nadaba con una mano, surcaba las olas de manera descuidada, pero no dejaba de mirar a lo lejos, hacia la orilla. Allí, en la orilla, llena de decorados, se hallaban los Garren, formando un grupo pintoresco, en una actitud de espera solemne y tranquila. Entre ellos estaba Marta, que no era artista. Ésa era toda su culpa. Anna ya lo había comprendido: Marta era impura, como el incrédulo entre los feligreses, como el *kafir* en la mezquita. Ella no cubría sus zapatos con zapatillas de fieltro al entrar en el templo de los Garren. Era impura por profesar otra confesión. Anna estaba segura de que Albert, a pesar de todo (incluso ahora que compartía su cama con Marta y comía en el

mismo plato que aquella mujer impura), en determinada estación del año, bajo la unción garreniana, pensaba en el devenir del mundo, o se veía sumido en la tristeza. Uno podía imaginarse a Albert acercándose a un árbol y hablándole como a un ser vivo. Aunque sólo de manera velada, marchita, desteñida y desgarrada, Albert conservaba aún algo de su garrenidad, en cambio Marta no se había convertido, no profesaba su fe, no había recibido la unción, ni soltado un solo suspiro, sonrisa o mirada. Se hallaba allí, en la orilla, al lado de Erzsébet, en medio de los Garren, tocada con un sombrero traído de Viena, pues «el fieltro de Viena es el más noble», como decía ella. «¡Qué estupidez!», pensaba Anna. Le daban ganas de llorar.

Los sesenta cuerpos se inclinaban hacia ella con un oleaje cálido, como un lago pequeño y tibio, cubierto de vaho, en fermentación, como uno de aquellos pequeños lagos de montaña que en el pueblo llaman «ojo de mar», pues se supone que están en contacto con el mar por cauces secretos y subterráneos y que la corriente del golfo, al alba, juega a flujo y reflujo. Tamás también se hallaba en la orilla y llevaba en su frente el pañuelo mágico que había heredado, de manera casi oficial, del abuelo; aquel pañuelo de seda roja con la que se envolvía siempre el cuello cuando se resfriaba, o cuando sufría neuralgia. Tamás se curaba siempre, de manera infalible, gracias al pañuelo mágico, a veces en un lapso de tiempo asombrosamente corto. Con el pañuelo en la frente, recordaba un poco al guerrero dálmata malherido que se está desangrando por una causa noble y generosa, que no es la suya, tirado entre las rocas de la orilla del mar. Así lo veía Anna en la orilla, con el pañuelo rojo en la frente y las manos en la cintura, y le hacía pensar en una *vendetta*. Anna comprendía bien a Tamás, el pañuelo rojo y la *vendetta*. «A pesar de todo, alguien, quizá de la séptima generación, vengará las ofensas

sufridas por la familia», pensaba. Sin duda por eso no quería hospedarse en casa, ni comía con la familia, porque se preparaba para la *vendetta*. En efecto, los matices del francés son maravillosos. El extranjero ni siquiera alcanza a comprender por completo el sentido transformado y familiar de las palabras. Sólo la familia lo comprende. Por ejemplo, *darioleur* significa «pastelero», pero en el siglo XVII, la misma palabra designaba al charcutero. No basta con escribir las palabras con tiza en la pizarra, es preciso vivirlas, y en ocasiones pagando un precio tremendo, sólo así nos harán entrega de todo su sabor, todo su significado. Anna no se aferraba con rigor al programa escolar. A veces surgía alguna palabra —como *darioleur*— y Anna veía una chimenea en una estancia abovedada, calderas de cobre, gente con cofia blanca para dormir, con medias blancas y zapatillas de cuero, a un anciano junto a la ventana, que contemplaba un callejón parisino lúgubre y estrecho, mojado por la lluvia, que observaba por encima del hombro, ceceaba por la falta de dientes a alguien que se hallaba en cuclillas ante la chimenea y avivaba el fuego con su soplo: «Haz venir mañana al *darioleur*». Detrás de cada palabra surgían y se movían imágenes, cuadros de color ceniza, ya casi ennegrecidos por el tiempo, como esos retratos en cuya pintura hay mucha pez. Le hubiera gustado continuar siendo ignorante y desenfadada en medio de aquellos cuadros sombríos; le hubiera gustado lavar algunas palabras con alcohol, para que recobrasen su primitivo brillo policromo. Anna hablaba de las reglas gramaticales de la lengua francesa y miraba por la ventana; sabía que la lengua, que no es tan sólo un mero medio de comunicación, sino que representa al mismo tiempo la escritura secreta de la vida, debía contener junto a lo regular lo irregular, lo que rompe la norma. «La vida no son sólo normas; todo cuanto sea irregular, constituye y significa la vida, por lo menos en la misma proporción», pensaba Anna. Y

al decir «*Les verbes irréguliers*» se ruborizaba, como si acabase de decir algo ofensivo. También en los *participes passés* de los verbos irregulares había algo impúdico. Mas eso ella lo pasaba por alto; no podía escandalizar a las niñas confiadas a su cuidado con tamaña inmoralidad.

Anna veía ahora muy de cerca el pintoresco grupo en la orilla: a Tamás con un cuchillo entre los dientes; a Péter siguiendo con la mirada un pájaro, con aspecto de preocupación y un aburrimiento educado; a Albert con Marta, algo separados del resto del grupo, en cuarentena, en el aislamiento de su impureza; y a derecha e izquierda de la modesta Erzsébet, a Edgar y a Edit, amparados de un modo poco hábil en su precavida reserva. Edgar bajaba la mirada, con expresión de niño vestido con blusa de marinero, entre coquetón y cazurro, como un alumno muy resentido después de un examen cuyo resultado aún no se ha anunciado y posiblemente no le sea muy favorable. Era rubio y pálido, pero pálido de una manera sana, como un joven chino de buena familia que ha estado en Oxford, ha leído a Renan y practica esgrima. Vestía un traje de buen corte e iba medio paso por detrás de Erzsébet, ocultándose en la familia, altivo e indiferente. Edgar, que había olvidado cerrar la boca, ofrecía su cara al sol, sonreía sorprendido y silencioso. Su traje era de paño gris claro, y estaba planchado con esmero, llevaba camisa blanca de seda y una corbata azul cielo con puntitos. En su mano, fina y blanca, sostenía un sombrero de paja con cinta gris, y miraba el cielo con una sonrisita escéptica, como si esperase algo. «Ojalá no coja un resfriado ese mocoso», pensaba Anna. Y enmudeció, olvidó los *participes passés*, y sonrió con la boca medio abierta, como si Edgar le hubiera inoculado su sonrisa, esa enfermedad infantil, sutil y contagiosa.

¡Edgar era tan guapo! Anna cerró su cuaderno y los sesenta cuerpos se pusieron a susurrar. Era el momento, un cuarto de

hora antes de que el timbre señalase el fin de la clase, en que Anna soltaba las riendas y los sesenta cuerpos se percataban de que a partir de entonces nadie los señoreaba. Anna soportaba aquella rebelión, impotente, y casi con gusto. Edgar era guapísimo. Había heredado algo de la familia de Erzsébet, de aquellos rasgos meridionales: la boca de labios gruesos y estrecha de un aristócrata, siempre con ese gesto de ligera ironía, silenciosa, como si se callase algo, no por testarudez, sino más bien por desprecio. Edgar mostraba siempre un humor excelente, pero no comunicaba a nadie la causa de su alegría. Como si continuamente dijera, con acento escéptico: «¿De veras? ¡Habrase visto! Hablad, hablad...». Ni por un instante se olvidaba de su papel. Era el más joven, pero rechazaba todo cuanto la familia hubiese gastado o dejado atrás; nunca había aceptado llevar pantalones paternos arreglados para él, o chaquetas de sus hermanos vueltas al revés, ni zapatos con medias suelas nuevas pero «aún utilizables». Edgar sólo quería siempre lo más nuevo; como si antes de su llegada al mundo algo se hubiera madurado y cerrado, y la familia volviera a empezar con él. Rechazaba siempre, sólo con la punta de los dedos, sin aspaviento alguno, pero con seriedad y decisión, todo cuanto los Garren intentaban imponerle; sí, todos eran muy simpáticos, pero él no quería nada de todo aquello. Así rechazaba, sólo tocándolas con la punta de los dedos, las corbatas viejas de padre, o el ejemplar sucio y manoseado de *Los quinientos millones de la Begún*, como si ese libro, que tanto había divertido y alegrado la juventud de los Garren, ya hubiera gastado sus encantos y contenido, y los que lo habían leído antes de él lo hubiesen expoliado en cierto modo, despojando la narración de su tono afectivo, y Edgar rehusara entonces, muy agradecido, esos vestigios sin ningún valor. Cada vez que los Garren aludían o evocaban algo, cada vez que presentaban un sacrificio sentimental ante algo que formaba

parte de la sacristía familiar, Edgar no compartía el estado de gracia que los animaba: el pañuelo encarnado del abuelo, el giro o el adjetivo preferido por Lucy o Cristina, determinados estados anímicos que en ciertas estancias imbuían, siempre de nuevo, a los demás Garren. Edgar no deseaba participar de aquellas emociones comunes. No lo decía, pero su mirada y su comportamiento revelaban a las claras que con él empezaba todo de nuevo.

«En primer lugar, ¡soy guapo!», declaraba Edgar sin palabras, pero sin dejar el menor lugar a dudas, lisonjero, decidido, cada vez que regresaba de otra ciudad, o tan sólo de la habitación vecina, y se mezclaba entre los Garren. Los Garren no eran guapos. La frente, las manos, el cuello y los ojos de Anna acaso eran hermosos por separado, pero todo ello, en conjunto, no producía ningún efecto atrayente, como si la figura de una dama se hubiese formado con los cubos de un rompecabezas, colocándolos de manera equivocada. Tamás era un fenómeno violento, era la *vendetta* que había tomado cuerpo —aunque sin duda en la práctica resultaba poco peligrosa—, era el producto bruto de meridianos exóticos. A Albert se lo olvidaba enseguida, tan pronto como salía de la habitación, como si hasta la silla de la que acababa de levantarse lo hubiese olvidado ya. Péter era esbelto, pero no por su estatura, sino por su interior; en realidad, en muchos aspectos era como si no hubiese acabado de crecer. «¡Tenedor de libros!», pensaba Edgar con suspicacia. Pero sólo él era guapo, y, como en quien vuelve a empezar una fórmula muy familiar y análoga a la anterior, si bien el espíritu y la concepción que la han creado son absolutamente nuevos, rechazaba con obstinación y en silencio todo cuanto la familia quisiera colgarle; lo rechazaba con esa tiranía suave y terca que es propia de quien sabe que los que viven bajo el signo de una conspiración secreta procuran —en razón de su propia seguridad— hacer jurar la

bandera de las ideas secretas al advenedizo, desposado con ellos por un pacto de sangre meramente casual. No, Edgar nunca había hecho el juramento, pensaba Anna. Ya en pañales observaba con reserva y distinción, como el niño cambiado que considera indigno de su clase protestar contra su situación obligada aunque nunca, ni por un instante, está de acuerdo con las costumbres de ese ambiente que le es extraño. En efecto, no se atrevieron a ponerle pañales viejos, ni el cochecito que había servido antaño a Tamás, Péter y Anna. Edgar lo había tenido todo nuevo y a estrenar. Su sensibilidad natural para exigir era irresistible.

A Edgar, era preciso mantenerlo. Él nunca pedía dinero prestado como Tamás, ¡como si no necesitase cariño! Hacía su aparición en la casa de los Garren, como quien vuelve del extranjero, como quien ha quedado desterrado allí por una orden superior, y miraba a su alrededor, procurando no molestar a los propietarios de la casa. «Me las arreglaré bastante bien, por favor, quisiera evitar a toda costa ser una carga...», parecía expresar con su actitud cuando llegaba a casa. ¡Era tan atento! Los Garren se quedaban absortos de admiración. Desde luego, era de buena educación servir a un huésped tan distinguido, tal como lo exigía su condición, lo que sin duda sólo silenciaba por tacto. Edgar había crecido y vivía en medio de ellos como un niño que hubiera nacido fuera de la casa, del que sólo unos pocos políticos ya ancianos y desterrados saben que su origen es un secreto de Estado y el misterio de su cuna se pierde en las sombras de unos jardines franceses recortados con esmero. Pero el padre de Erzsébet había sido sacerdote, y su abuelo, mozo de labranza. Ella incluso prefería comer en la cocina y, por lo demás, nunca había revelado que tuviera relaciones con la exfamilia real de Francia. Sólo Edgar se comportaba con tamaña condescendencia. Solía exponer sus exigencias con sencillez,

mediante frases concisas. «Necesito un abrigo nuevo», dijo un día sin levantar la voz, y todos en la casa se habían percatado de que no había lugar para discusión y que lo demás carecía de sentido. A los pocos días Padre le había comprado el abrigo nuevo. Y si un buen día hubiese pedido una máquina de vapor, se la habrían comprado también; les habría extrañado un poco, pero ni siquiera se les habría ocurrido oponerse. De las exigencias de Edgar parecía irradiar una sutil conciencia de sí mismo. «¡Chulillo!», pensaba Albert, medio furioso, medio envidioso. Péter, en cambio, contemplaba con detenimiento a su hermano menor y pensaba con adoración: «Sí, él vuelve a empezarlo todo. Anna tiene razón. Edgar aún posee derechos. Nosotros ya sólo tenemos deberes...».

Como toda persona guapa, también Edgar era presa de su hermosura. A veces miraba en torno a él casi como pidiendo perdón, consciente de que su modo de comportarse no era muy delicado, pero como si no pudiera evitarlo, como si por el momento no tuviera una mirada para el mundo. Era tenaz, circunspecto y decidido, como si le hubieran confiado una piedra preciosa que debiera conservar a toda costa. Y aquella piedra preciosa, la hermosura de Edgar, sufría las acometidas del tiempo y la enfermedad, e incluso un sastre incompetente podría hacerle un rasguño. Aún no tenía diez años y todas las mañanas ya se encerraba, solo y con severidad soberana, hora y media en el cuarto de baño, y cuando por fin lo desalojaba era preciso abrir la ventana para que salieran las nubes de perfume y polvos que había dejado tras de sí en ese cuarto abovedado y sombrío, repleto de vapores cálidos. A Edgar se le hacía siempre comida aparte. A los doce años se sometió a una cura de adelgazamiento y rechazaba en silencio pero con determinación ciertos platos; comía mucha fruta y ni siquiera con castigos corporales se lo podía obligar a que comiera carne de caza o huevos. «¡Me hace daño! Con la carne de caza me

salen granos...», decía en voz baja, pero con una decisión inquebrantable. En cierta ocasión en que Anna quiso llevarlo a un concurso de belleza infantil, Edgar protestó con tanta soberbia y majestad contra semejante exhibición plebeya de sus atributos físicos que Anna, finalmente, se hincó de rodillas ante él —Edgar debía de tener entonces unos ocho años— y le besó las manos para pedirle perdón. Edgar, relajado y parpadeando, toleraba que le besasen la mano. A los dieciséis años, el benjamín se fugó de casa con un barón austríaco de mirada romántica y alto como un mástil. Más adelante, con este amigo nuevo, al que había conocido en la sala de esgrima, recorrió en motocicleta los Alpes austríacos. Edgar regresó dos meses después, luciendo un flamante traje nuevo y un brazalete de oro en la muñeca, muy tranquilo y engreído, y se negó a contestar a las preguntas que, con un tono de reproche muy débil, le hizo Padre. «¡Fuimos a remar!», le contestó, aburrido, y se encogió de hombros. Nadie se atrevía investigar las verdaderas razones de su ausencia. Con el brazalete de oro en la muñeca, Edgar se quedaba sentado mucho rato en la ventana del salón; se limaba las uñas, miraba por la ventana y de vez en cuando exhalaba algún suspiro. «¡Gretchen!», susurró Anna, al atravesar el salón. Y Erzsébet, susurrando a su vez, emocionada, le contestó: «Sí, habrá sufrido un desengaño».

Pero Edgar olvidaba con rapidez; aún era muy joven. De Viena había llevado camisas de seda de color azul cielo y rosa, con calzoncillos de idénticos colores; pañuelos elegantísimos de batista con iniciales bordadas, cinturones de cuero, champús de aroma de heno y un encendedor de oro muy original en el que podían guardarse cigarrillos y tarjetas de visita. Edgar miraba a su alrededor, a la familia, con ojos curiosos; una mañana mandó buscar a unos pintores y les encargó que pintasen de azul claro su habitación. A veces pedía a Anna que le arreglase, con peine y tijeras, algún que otro mechón rebelde de la

cabellera, o inclinaba hacia Albert la cabeza, que despedía aroma de heno, para que la oliera. Hacía todo eso sonriendo con ironía, como quien sabe que escandaliza a sus hermanos, y también con cierto aire de misterio, como quien no revela su secreto pero contempla la posibilidad de refutar toda sospecha en breve y sorprender a la familia con un golpe teatral asombroso. El día que se celebraba su mayoría de edad, pidió una tarta gigantesca, con velas encendidas, así como un par de zapatillas de cuero cordobés y una corbata color burdeos. Esa misma mañana, cuando lo tuvo todo, se fue a la calle con paso ligero y distraído, diciendo que salía un momento, pero no volvió hasta la hora de comer: y cogida del brazo llevaba a Judit, con la que acababa de casarse media hora antes. Hasta ese día los Garren no sabían nada de Judit, que había llegado de noche, con el tren correo, después de veinte horas de viaje. Pero Edgar la conocía ya desde hacía tres años. Se enteraron entonces de que habían veraneado juntos, Judit, el barón austríaco y Edgar. Al ver a su nueva parienta, Albert se quedó turbado, sonriendo y haciendo reverencias; Anna se ruborizó y rompió a llorar. Padre, con mucho tacto y algo avergonzado, había querido besar la mano de su nueva nuera, pero luego se encogió de hombros y salió de la habitación. Judit, como si fuera un objeto de exposición, se había quedado sentada en medio del salón verde, vestida con un traje de calle gris, intrigada y desorientada, como encantada y admirada. Edgar se movía a su alrededor, frotándose las manos y exhibiéndola.

«¡Esta vez soy yo quien ha encontrado algo, Albert!», decía satisfecho.

Anna se sentó en silencio frente a Judit, en medio de la estancia, en la butaca verde, y contempló largamente al nuevo miembro de la familia. La miraba de forma concienzuda, y nadie la molestaba, como si fuera un experto en arte examinando un cuadro. Judit soportaba con paciencia el

examen. Anna la miraba, la olfateaba y palpaba; determinó el color de sus ojos, miró un poco incluso dentro de sus orejas, la invitó a que se quitase el sombrero, y luego, con mucha amabilidad, le rogó que se levantara y diera algunos pasos. Judit obedeció: se puso en pie, volvió a sentarse y se quitó el sombrero; le molestaba que Anna la palpase, estudiase con mirada miope el color de sus ojos y olfatease su aliento. Pero aguantó y sólo al final, cuando Anna le pidió que sonriera, se echó a llorar.

—Creo, Edgar, que no hay mal alguno —observó Anna, con tono tranquilo y neutro, mientras Judit continuaba llorando—. Todo parece indicar que has escogido bien. Judit aún es una principianta, pero no es imposible que se desenvuelva bien entre nosotros.

Edgar asintió, satisfecho.

—Yo también lo creo.

Judit se frotó los ojos y rompió a reír. Todos reían. Sólo Erzsébet no participaba de la risa general; de pie en un rincón, con las manos plegadas encima de su pañolón de seda negra, con la crucecita de oro en el cuello, preocupada y distante.

—Ya vigilaré yo —dijo con severidad.

Tal vez, desde el día en que se había casado con Padre, aquélla había sido la primera vez que Erzsébet había hecho una observación en voz alta. Se acercó a Judit, la cogió de la mano y se la llevó, como una sacerdotisa se lleva a vestir a la novicia que comienza su período de prueba. Nadie se atrevió a seguirlas, ni siquiera Edgar. La esposa novel no volvió hasta la hora de sentarse a la mesa para comer. Ocupó el asiento de honor, a la derecha de Padre, y todos notaron con satisfacción, ya durante la sopa, que Judit era susceptible de aprender; comía, miraba, asentía con la cabeza, hasta el pan lo partía ya casi como un Garren principiante. Como si Erzsébet hubiese revelado a su nuera la fórmula mágica. Acabaron la sopa en

silencio, sin mirarse. Luego Edgar se fue con el nuevo miembro de la familia a un lugar a veinte horas en tren, y, de vez en cuando, invitaba a Anna, Albert, Péter o Padre a que le enviasen dinero. También a Edgar, todos le enviaban dinero, incluso Albert; él nunca pedía prestado, le importaban un bledo los miramientos, y más bien daba órdenes secas y terminantes. A Edgar había que mantenerlo. En cierta ocasión Padre, como excusándose, dijo que en todas las familias hay siempre alguien a quien es necesario mantener. Anna suspiró y cerró el libro. Salió de la clase y recorrió el camino de vuelta por calles apartadas, cabizbaja, meditabunda. Pasó por delante de la casa del verdugo de camino a la suya, la casa de los Garren, donde Padre ya negociaba con los doctores, como un dramaturgo con los actores, y los «artistas» estaban esperándola sentados a la mesa del comedor, con la sola excepción de Tamás. Anna se detuvo en el umbral de la puerta y soltó una imprecación: «¡Dios mío, haz que salga bien!» Naturalmente, en aquel momento pensaba en la «obra». Luego, entró en la sala, ocupó su asiento al final de la mesa, desdobló la servilleta, miró en torno a ella con preocupación, y a las miradas interrogantes contestó: «Sí, hoy tenía la albúmina más baja».

Rito y ejercicio

Unos días la albúmina estaba más baja y otros más alta; en ocasiones la orina se veía incluso ensangrentada. Padre a veces dormía y comía; otras veces, de noche, no soportaba a nadie en su cuarto, y durante uno o dos días rechazaba todo alimento. En la casa reinaba un gran silencio. En la imprenta, Albert cubrió las cuerdas del piano con una manta de lana y cuando

sus hijos tocaban o realizaban sus ejercicios lo hacían con sordina. De vez en cuando Padre deseaba ver a uno u otro de sus hijos, pero en general no quería ver a nadie. Los Garren se reunían todos los días en el comedor, al mediodía y por la noche, y compartían largas comidas. Aquellas semanas Erzsébet se ocupaba de la cocina aún más que de costumbre. Antes de cenar, Anna iba a la cocina y probaba los platos. Incluso parecía que la doncella llevaba de otra forma la jarra de agua; un poco como habría llevado un ánfora en una de esas misteriosas festividades helénicas. A veces, sin razón aparente, alguien de la familia encendía las luces del salón a las cuatro de la tarde, como si se esperasen visitas. Péter ya se había puesto el traje negro dos veces, en días de diario, como quien está practicando. En la casa se observaba una limpieza peculiar y exagerada durante aquellas semanas, como en vísperas de alguna fiesta importante, cuando sus ocupantes lo limpian todo con frenesí, cambian de sitio hasta la librería, quitan los cuadros de las paredes y vierten alcohol en las ranuras de los marcos. Péter pilló a Anna in fraganti, leyendo muy concentrada el libro de recetas; no aquel cuaderno sospechoso en que los médicos escribían sus prescripciones y que, como el ejercicio de un examen escolar, con dibujitos, números y resultados dudosos espera solución, no, sino aquel otro libro grueso, encuadernado en piel, en que las madres Garren, aquellas matronas y cocineras, apuntaban desde hacía siglos sus experiencias, sus fantasías sobre piernas de corzo o rollos de crema, sus ensueños relativos al faisán y los menudillos de lechón, y las posibilidades de una variante nueva del jamón en salsa con vino que se prepararía para Carnaval. Péter adoraba aquel libro. Era como una obra clásica, con su encuadernación de lujo, un libro escrito por varias personas, no con la razón y entendimiento, sino con los nervios del estómago. A veces lo abría y en las páginas amarillentas, con letra desvaída, leía

versículos, sonetos en prosa de alguna que otra antepasada de los Garren. El poema empezaba así: «Casca ocho huevos, bátelos...». Y a veces el final de la composición poética acababa con un toque trágico, por ejemplo: «Lo dejamos freír en su salsa y lo servimos ensartado». El estilo de aquellos inventos diminutos, llenos de fantasía y variantes, era casi religioso y técnico. Nunca, ni por casualidad, se daba un giro liviano o superficial, pensaba Péter, emocionado. «Se aconseja guisar la carne de buey durante tres horas». Aquel libro ritual de la familia, esa liturgia de un estilo de vida y de una determinada exigencia de nivel que había dado sus frutos y ahora estaba bajo la custodia de Anna, como miembro de mayor edad en la línea femenina de los Garren, sólo salía de la cómoda en vísperas de las fiestas importantes. Erzsébet nunca se hubiera atrevido a pedírselo prestado; como advenediza que era, se contentaba con que de aquellas páginas secretas Anna le copiase de vez en cuando alguna variante del guiso de lechón o del estofado de pato. En cambio Marta, con su vulgaridad impúdica, se lo había pedido varias veces con sencillez y naturalidad, pues —así decía— «le interesaba qué habían guisado los antiguos Garren». Se lo había pedido de forma grosera; y desde luego, no lo había obtenido. «Aún no hemos llegado a tales extremos», pensaba Anna.

Péter, por el contrario, podía echar un vistazo a aquella obra magna, encuadernada en piel y cerrada con una hebilla, y lo mismo Tamás. A veces, antes de cenar, le pedían a Anna el libro litúrgico y lo leían en voz alta. La voz y los modales de Marta, su manera de referirse al libro, escandalizaba hasta a los Garren más suaves de temperamento; como si alguien pidiera prestado el único ejemplar auténtico del Corán sólo porque una tarde de lluvia se estaba aburriendo, o porque esperaba encontrar en él la descripción de algún ungüento sagrado con el que quería untarse sus pies doloridos. En tales ocasiones se

evidenciaba lo poco que comprendía Marta a los Garren. Judit, la pequeña Judit —pensaba Péter con simpatía y condescendencia— jamás sería capaz de formular frases tan faltas de tacto. Judit pasaba por alto la mala educación de Marta; en realidad, se le notaba cierta indiferencia y que el libro de cocina siete veces sagrado no despertaba en ella mucho interés. A lo largo de aquellas semanas, Anna encargó a la cocinera la elaboración de algunos de aquellos platos venerables del pasado. No pedía consejo a nadie. Aquellas recetas tan antiguas como melodías olvidadas, solemnes y algo severas, con las que la tribu se consuela en momentos de peligro, surgían ahora de las profundidades insondables de la vida familiar y los recuerdos comunes; y como en las melodías sagradas de una tribu, en cada uno de ellos había un sonido grave y anticuado, pasado de moda y, no obstante, íntimo, que masticaban y saboreaban con un paladar que todavía era capaz de recordar. Aquel sabor, aquel aroma, aquella melodía surgían desde la cocina, y Anna, como una directora de orquesta, se paseaba por la casa con la partitura en la mano —el libro con hebilla que desde hacía más de un siglo conservaba las creaciones más caprichosas y veneradas, al gusto de los Garren — y en alguna que otra cena —por ejemplo, cuando hacía servir jabalí con frutos de escaramujo acompañado de puré de patata con jamón y remolacha— dirigía esa melodía solemne como si volvieran a sonar los movimientos olvidados y melancólicos de la sinfonía del pasado de los Garren. Comían, callaban y recordaban.

Péter, más adelante, cada vez que recordaba aquellas semanas, evocaba sobre todo sabores y aromas. La casa se llenaba a la sazón de olores muy intensos. Desde el cuarto de padre salían oleadas de éter que penetraban en las habitaciones de la planta como un olor sonoro a tempestad de alguna nube amenazadora y nefasta. Cuando una visita entraba en la casa,

husmeaba el aire y se percataba de que en aquella morada estaba ocurriendo algo. El olor a éter del cuarto de Padre se disolvía en el comedor y se mezclaba con vahos y exhalaciones alentados artificialmente desde el pasado garrénico. Anna, en su turbación y dolor, igual que se vestía de morado oscuro, mandaba que pusieran vainilla incluso en los platos más sencillos. Los sabores volvían a la conciencia de Péter como quien está estudiando un idioma extranjero y observa con sorpresa que algunas palabras le suenan. Él notaba que también el estómago conocía su lengua materna. Aquellos recuerdos le hablaban de forma concisa, pero con una energía innegable, como si el rito y ejercicio en cuyo espíritu se aliaban, a la defensa o a la absolución de algo, fuese sólo por esa razón; como si se hubiesen congregado con premura para que algo, un mundo, dejara de existir o volviese a empezar, o tal vez, gracias a algún milagro o sacrificio, pudieran conservarlo aún durante algún tiempo (¡como si tuviesen que decidir si América seguía siendo parte del mundo!). Así comían, así esperaban, así callaban, carraspeaban, se preparaban y practicaban. Pues ya sospechaban —lo sospechaban Péter y Tamás sin lugar a dudas, y tal vez ese torpe y algo ridículo Albert también sospechara algo; sí, incluso a veces aquella grosera y vulgar de Marta se daba cuenta de ello— que más allá del pretexto que los había reunido, y de lo que significaba su presencia, aquello tenía algún sentido y objetivo. Todos sospechaban que Anna no ordenaba en vano guisar jabalí y utilizar vainilla. Todos vigilaban la respiración de Padre, y, entretanto, era evidente que esperaban una señal; como si se pudiera esperar que todo cuanto había ocurrido hasta entonces, con ellos y sus antepasados, toda la vida, la experiencia personal, las sensaciones y los recuerdos, todo aquello se pudiera expresar ahora en una sola palabra, o tal vez incluso sin palabras. Así comían, así cruzaban estancias oscuras, en las que a veces

encendían de golpe la luz; así husmeaban el olor a éter que en la planta de arriba se mezclaba de manera irritante con el aroma teatral de los perfumes algo vulgares y descarados de Marta. «Porque Marta, sabe Dios por qué razón, usa perfume», decía a veces Anna cuando hablaba con Tamás, y arrugaba la nariz de forma suspicaz. Así vivían todos, observando y hablando en voz baja. A veces abrían un cajón o cogían un libro del estante, o se detenían con los brazos cruzados delante de algún retrato de familia antiguo, estudiando alguna que otra nariz, ojos, chaquetas viejas o chisteras. La casa estaba llena de gente, incluso de muertos, como si continuamente se invocasen espíritus. Se abría un armario y aparecía Matyas Garren, luciendo su anticuado dormán, envuelto en un hedor a rancio, como de guarida de zorros, y decía, con calma: «Sí, también yo estoy aquí». Aquellas semanas todos estuvieron allí reunidos. De las páginas de un libro, o de la tapa de esmalte de una jarra de cerveza, salían tíos con barbas muy pobladas, tíos y tías pasados a mejor vida siglo y medio atrás que, con coquetería desconcertante, dicen en el instante de su regreso, de su invocación espiritista: «¡Cucú!» Después de cenar, aunque todos conversaran sobre Japón, a las pocas frases se daban cuenta de que, en realidad, hablaban de Gábor, a quien no le gustaba la aspirina. «No la resistía su corazón», observaba Albert con pedantería, y todos asentían con la cabeza.

En efecto, el inventario que Tamás había contemplado tan preocupado y con tanto desdén era mucho más rico de lo que ninguno había pensado. Formaba parte del mismo no sólo el globo terráqueo en el que antaño Tamás había trazado con lápiz rojo un itinerario poco seguro y complicado que más tarde no le fue posible seguir con exactitud, sino también una vieja barba del siglo XVIII de la que ya no se acordaban y que de repente había aparecido —en medio de los desayunos, los almuerzos, los momentos en que encendían la luz, las llegadas

de los médicos, los relatos de las enfermeras, las visitas de los compatricios, los olores y los grados de temperatura que bañaban con cambios regulares los horarios y las estancias—. Era la barba de Víctor, el médico de la marina, que se había perdido en algún lugar de la India en tiempos de la gran Revolución francesa. Hasta entonces a Víctor sólo lo conocían por un retrato de juventud, un aguafuerte inglés que lo representaba sin pelo, con sonrisa de jovencita avergonzada, pero ahora Sebestyén había encontrado también en el inventario a un Víctor barbudo, a un Víctor enérgico y decepcionado que el mismo año de la Revolución francesa se había dejado crecer la barba y luego, con un contrato británico, muy ofendido, se había ido a la India. El grabado con el Víctor barbudo pasaba de mano en mano; todos tenían la sensación de haberse enriquecido, y estaban maravillados. Sebestyén, el pariente y tesorero fiel, como si temiera que los herederos despilfarradores pudieran gastar los tesoros familiares secretos, sólo les entregaba aquellos objetos de familia uno a uno: barbas, retratos en medallones, fotografías coloreadas con acuarelas, cartas en las que algún Garren, ochenta u ocho años atrás, pedía, prometía o comunicaba algo, pues para Sebestyén se confundía en uno solo todo cuanto era pasado y presente en la vida de los Garren. Él registraba, como un hecho histórico, tanto que a fines del siglo XVII a un Garren fundidor de tipos le habían cortado la mano derecha por haber difundido noticias blasfemas como que a Tamás, en su juventud, le gustaba el caldo de saúco.

Sebestyén solía presentarse después de la cena, cansado y solemne, como si hubiera salido de entre los estantes y armarios de la tienda Eolo; aceptaba con modestia una taza de té y se sentaba en silencio entre los propietarios de la empresa. Para Sebestyén, los Garren se distribuían en seniors y juniors; ésa era la única diferenciación que él reconocía como válida. Él

llegaba como si surgiera del pasado de la familia y, por decirlo así, sin transición alguna, como quien es incapaz de establecer diferencias temporales y formales sensibles entre el fundador, Matyas, y Edgar. Contemplaba a los Garren con tranquilidad, parpadeaba y pensaba para su coleto: «Todos son de la misma materia prima, pero el señor Péter ya está algo gastado». Nunca omitía, ni siquiera de pensamiento, la palabra «señor»; todos los Garren eran más o menos señores para él, incluso el jovenzuelo János, que nunca decía una palabra; ese hijo de Albert que prefería esconderse en alguna parte, como si temiera que pudiesen empezar a buscarlo. «Un Garren no debe permanecer sentado debajo del piano, señor János», susurraba Sebestyén, escandalizado, mientras hacía una pequeña reverencia con el torso, sin levantarse del asiento, en dirección al chico. Sebestyén solía llevarles cuadros y cartas; también él estaba hecho «de aquella pasta». Si bien era un pariente al que no hubiera sido de buen tono hacer figurar en las ramificaciones del árbol genealógico, pues sólo era un pariente lejano, por línea materna, no cabía duda de que un poco de garrenidad animaba también a Sebestyén. Ese ápice que hubiera sido imposible negarle no era sangre, tal vez sólo era un recuerdo, los lazos del recuerdo del parentesco. Sebestyén era una persona agradable, segura de sí misma y disciplinada. Llamaba «señor» a todos los Garren, pero él también asumía parte de la compleja dignidad de la familia... Era callado y miraba pensativo a su interlocutor, como si estuviera algo cansado de explicarles uno a uno qué era la garrenidad, qué vendían en Eolo, de qué se ocupaba el director, y por qué él, Sebestyén, era insustituible para la empresa; así era su mirada miope de persona algo cansada. Pero no hubiera renunciado a su dignidad ni siquiera por valor de una sola frase. En fin, aunque sólo por línea materna, también Sebestyén era un poco Garren. Sólo a Tamás lo llamaba de un modo especial:

«¡Maestro!»

¿Por qué? Sebestyén no debía cuentas a nadie. Todas las noches llevaba algo del inventario y entregaba en silencio su descubrimiento a Péter, en su calidad de cabeza de familia interino, y entonces todos se agolpaban en torno al sillón de éste, juntaban las cabezas y miraban el hallazgo. Así habían sabido de la barba de Víctor y el retrato de una tal Klementina, que había cantado de un modo agradable y había muerto setenta años atrás a orillas del mar, víctima de la viruela, a los cuarenta y cinco años. «Dígnense notar —decía Sebestyén con su voz nasal desapasionada y cantarina— que ésta es aquella Klementina de la que les hablé el otro día. El retrato es pasable y está hecho en la época en que aún cantaba de un modo agradable. El perfil de su nariz recuerda mucho al de la esposa de Imre Primero Garren, doña María. El hallazgo se remonta a quince años atrás. El señor lo trajo de uno de sus viajes a Occidente. Por favor, maestro, observe usted la semejanza...». Y con la misma calma, la misma cortesía miope, con ademanes tardos, como antes a Péter, entregaba ahora el retrato a Tamás, como si todos sus movimientos hubieran sido ensayados y los practicara desde hacía mucho tiempo, como quien cumple su servicio; un poco como un charlatán de feria y otro poco como un maestro de ceremonias.

Sebestyén conocía los ritos. Miraba a su alrededor con ojos miopes; se quedaba poco rato, como quien se asegura de que todo y todos ocupan su debido sitio, y con su voz de madera observaba con indiferencia: «Sírvanse recordar el accidente, cuando la policía pegó hasta hacer sangrar al maestro...». Y, como el profesor que acababa de formular el problema a sus alumnos, se levantaba con calma, hacía una reverencia y se retiraba acto seguido. Sebestyén vivía tan profundamente arraigado en la comunidad familiar como la voz de la conciencia en el carácter de un borracho empedernido, o como

los anhelos de fidelidad y pureza en los sueños de una mujer liviana. A veces los Garren se dejaban arrastrar por algún acto o frase indignos; en tales ocasiones se les aparecía la figura de Sebestyén, el pariente y dependiente, calvo, a duras penas erguido en su asiento, parpadeando y con las manos extendidas en actitud de súplica, como quien dice: «Sírvase tener en cuenta que un acto parecido había causado la desgracia de Jeno Segundo Garren». Nadie sabía dónde vivía Sebestyén. Por la mañana, abría muy temprano el local de Eolo; barría y regaba el suelo, dibujando ochos con el agua; luego desaparecía detrás de las estanterías y ordenaba las cosas. Un forastero hubiera podido creer que Sebestyén no tenía nada serio que hacer. Lo cierto es que no debía ocuparse de la «correspondencia del día» —escribían cartas rarísimas veces, y las recibían en ocasiones todavía más contadas—; no debía formular pedidos, pues en los últimos años Padre se había convencido de que las existencias eran riquísimas, al menos de las memorias en las que aquel general que perdía batallas se excusaba de su conducta quedaban aún varios tomos en los almacenes. Tampoco debía escribir cartas recordatorias o de censura a deudores morosos, pues según el balance de los últimos años Sebestyén sabía que el único deudor serio y moroso en aquel comercio era el propio Gábor Garren, el propietario. Tanto en el negocio como en su entorno, todo cuanto hubiese de mercantil o de pensamiento terrenal había ido perdiendo poco a poco su razón de ser en Eolo. Sebestyén se apoyaba con el codo en la mesa, con la pluma detrás de la oreja, y resolvía minuciosamente y a conciencia alguna fórmula garreniana. En efecto, hacía mucho tiempo que la casa no compraba otra cosa que no fueran retratos, cartas u objetos usados, muy antiguos, a condición de que el vendedor pudiera dar fe con pruebas del origen garreniano de los mismos.

Sebestyén conocía el ritual y se cuidaba de que los Garren

más relajados no pecasen contra el mismo. En la estimación general, no era más que un vulgar dependiente, el dependiente de Eolo, y así lo designaban también en la ciudad, pero ese título sólo podía suscitar sonrisas, pues Sebestyén, el pariente, no era un «dependiente» sin más. Desde luego, él aceptaba ese título, sin sonrisas, parpadeando y solemne, como quien conoce bien el significado más profundo y secreto de la palabra. Dependiente, sí... uno que depende, que forma parte de la obra y sin el cual el creador de la misma sería impotente; dependiente, en el sentido en que toda persona activa de cierta consideración necesita un ayudante anónimo, un genio minucioso de la ejecución; aquel otro genio, incoloro y gris, cuyo papel no es menos importante en la gestación de la obra, y sin cuyos cuidados minuciosos ésta quedaría convertida en un busto, y el creador, impotente. «¡El viejo dependiente!», decían en la ciudad, pero Sebestyén se contentaba con mirar y callar. Él sabía que toda familia es una obra de arte, y que alguna que otra gran familia será, a lo mejor, la única creación artística excitante y grandiosa en todos los sentidos. Él sabía que en aquella obra de arte todo creador era, al mismo tiempo, un poco ingrediente y parte, y que los papeles se confundían, que todos los pormenores poseían la misma importancia, incluso el hecho de que el hijo de Albert, el más joven de los Garren, fuera un tanto idiota y le gustara, de forma inquietante, permanecer sentado demasiado rato debajo del piano. Aquel episodio formaba parte de la obra que era la familia, como los angelitos de las pinturas antiguas, que no tenían una participación activa en la acción que se desarrollaba en el cuadro, pero que en todo caso estaban acuclillados allí, un poco tontamente. Sebestyén vestía pantalones a cuadros, como en otros tiempos los fotógrafos, y no se podía saber a ciencia cierta dónde vivía. Era evidente que desempeñaba un papel, pero aquel papel ya se había fusionado de un modo indisoluble

con su carácter y su vida. «Tal vez si por un instante, alguna vez, olvidase su papel...», pensaba a veces Péter acariciando esperanzas vanas. Sebestyén no podía «olvidarse de su papel», pues papel y persona estaban íntimamente ligados; el disfraz ya era carácter. Sebestyén, durante el día, hurgaba en los estantes de Eolo, informaba a los visitantes del estado de salud del propietario, rechazaba con suma cortesía a los clientes —muy escasos y en su mayoría, forasteros— que hubieran deseado comprar algo y, por las noches, hacía su aparición en el salón verde de la primera planta, donde se sentaba con circunspección, sacaba de su levita negra algún que otro hallazgo interesante y fiscalizaba en silencio, pero con mirada severa, el rito. Cada vez que alguien de los Garren se levantaba, Sebestyén tenía la costumbre de ponerse en pie, y no se sentaba hasta haberse dejado convencer del carácter exagerado y superfluo de aquella muestra de respeto. «Es un hombre muy soberbio. Soberbio, pero muy honrado. Se le puede confiar el negocio», decía Tamás, el maestro. Y miraba turbado a su alrededor.

Como si unos emigrados de alta alcurnia hubieran vuelto del destierro y merodearan por la casa y las estancias de los antepasados buscando con cada palabra suya el ritmo y la etiqueta de entonces; como si los componentes de una orquesta en otros tiempos muy afamada, y luego dolorosamente disgregada, volviesen a reunirse algo decrépitos y cansados, y estuvieran afinando sus instrumentos y preparándose para dar un concierto ocasional en su ciudad natal, así se sentaban a la mesa redonda, a la hora de comer y cenar; así conversaban a altas horas de la noche en el salón verde, bajo la dirección vigilante y llena de tacto de Sebestyén. Estaban practicando el rito, y a veces observaban asombrados que ya no oían de una forma tan aguda e inequívoca el sonido básico, y ya no se acordaban de ciertas reverencias, sonrisas y modos de arreglar

cosas. Como si la familia, aquella obra de arte, hubiese caído en manos de unos chapuceros, o hubiera cambiado de propietarios. Un movimiento musical tímido y doloroso, como de víspera de fiesta, penetraba en las estancias; las habitaciones estaban repletas de los objetos del inventario, pero al mismo tiempo resultaban excitantemente vacías, como si Albert, u otro cualquiera, los hubiera encontrado y se lo hubiera llevado todo. Péter buscaba huellas y a veces, al abrir la puerta de un armario, o sacar algún cajón, emanaba hacia él el perfume de Cristina, la joven madre. También Lucy había dejado rastro en la casa: una cinta de un color demasiado chillón, o un cuaderno de música cuya letra jamás hubieran tarareado los Garren, tras rechazarlo discretamente; todos se daban cuenta de ello. Sí, también Lucy había vivido allí. Y no es que la letra de la canción hubiese podido ser motivo de escándalo por contener expresiones demasiado crudas, no; pecaba un poco contra las buenas costumbres, pero de otra forma, tal como los Garren, de una vez para siempre, habían dictaminado acerca de las posibilidades de las palabras y canciones. En una vitrina de cristal, Péter había encontrado incluso un *knikebájn*, y como el arqueólogo que en medio de su laboriosa investigación halla la prueba infalible de una era para siempre desaparecida, una alhaja o un sonajero, cuya materia y ornamentación demuestran de un modo inexorable la cronología del objeto encontrado, lo enseñaba con ademán triunfal a la familia reunida y todos lanzaban exclamaciones al ver el hallazgo, incluso Albert, que no tenía oído refinado y era ciego para los matices de color, había exclamado: «¡Oh, Lucy!...».

Los difuntos dejaban tras de sí aromas en los rincones y en las telas, y todavía podían verse sus huellas. Seguían presentes en los hogares, a su manera de seres muertos, algo descoloridos, con ese tacto misterioso con el que sólo los muertos pueden contactar con los vivos. En el borde de un

vaso, Péter notaba el sabor de los labios de Cristina, y un día encontró también su sombrero florentino, con la paja ya amarilla y la cinta azul claro desteñida. Los Garren se paseaban por la casa como si estuviesen explorando una ciudad convertida en polvo ya hace mucho tiempo y los arqueólogos fueran extrayendo columnas, objetos de uso cotidiano y restos de atavíos del subsuelo, reuniendo cuidadosamente los conjuntos. Algo había ocurrido en aquella casa, en paralelo con la dolencia de padre. Los Garren se saludaban con suma amabilidad; Albert y los suyos veraneaban, tímidos, pero de modo inequívoco; Tamás vagaba por la ciudad y, con sus chantajes, mendigaba un poco de cariño aquí y allá, donde mejor se presentaba la ocasión; Anna se veía obligada a limpiar siempre detrás de Marta, pues todo lo que aquella mujer extranjera miraba, se mancillaba un poco; Edgar y Judit vivían sin hacer ruido, a la sombra de Erzsébet, y no manifestaban la opinión que les merecía todo aquello. Péter a veces sufría vértigos. De noche se despertaba en el cuarto de los niños, contemplaba la acacia bajo la ventana, olía la almohada de corte extraño y dimensiones extraordinariamente pequeñas, y percibía el aroma de la cabellera de Cristina en el tejido viejo. Padre yacía en alguna parte, muy lejos, detrás de las habitaciones, escondido en el espacio de la enfermedad, que es al mismo tiempo santuario y madriguera. La noche era larga y desconocida. No había recibido noticias de Karnak. Fuera, bajo la ventana, se oían los pasos pesados de gente que hablaba en voz alta un idioma desconocido. Todo era familiar en casa, lejos de Karnak, pero familiar de una manera dolorosa y extraña. Cuando soñamos solemos tener sensaciones parecidas; como si nos hubiéramos perdido en nuestra propia habitación, donde hemos dormido toda la vida, y no fuésemos capaces de encontrar la ventana, la librería...

Así vivían, y esperaban. Comían ceremoniosamente, de un

modo diferente a como uno lo hace en su casa, y cuando terminaban de comer o de cenar, se quedaban sentados con solemnidad en el salón, dándose perfecta cuenta de que en lugar de estar callados, entre suspiros y sollozos, o de hablar exaltados, interrumpiéndose unos a otros, como tienden a responderse los instrumentos de una orquesta familiar, conversaban más bien como si se hubieran invitado entre ellos. A menudo enmudecían y se quedaban absortos, mirando al vacío, en actitud de espera. Ahora que todos habían llegado, y todos ocupaban su lugar, y Anna llevaba a la farmacia todas las mañanas la orina de Padre, que a veces ya acusaba pequeñas manchas de sangre, ahora que todos se habían instalado y, por decirlo así, puesto el disfraz asignado, y todos sabían de memoria su papel, y hasta en la ciudad los observaban con cierto interés y expectación, ahora, al fin, ni uno de ellos se atrevía a formular la pregunta que los había reunido allí y los mantenía unidos, en un estado de tensión y embrujo permanente, como nunca antes habían conocido. Y cuando un día finalmente Tamás la formuló, en un murmullo, después de una comida que apenas había probado, todos se miraron desorientados, como cuando se le pregunta a alguien por qué es tal como es y por qué vive como vive. La pregunta acababa de formularse y en el comedor se había instalado un silencio angustioso. Se miraron, helados, como si nunca se hubieran hecho aquella pregunta, , ni planteado tal cuestión. Como si los Garren, los artistas, sólo se hubieran reunido por casualidad, sin un motivo especial, como un pasatiempo, para ellos mismos y para los demás. Pero alguien acababa de formular la pregunta y era preciso contestarla, pero se daban cuenta de que ya no era posible hacerlo con palabras. Debían responder con su vida. Por eso, permanecían en silencio, lívidos, con la palidez y el hieratismo de las figuras de cera de personajes históricos.

Tamás había formulado así su pregunta:

—En realidad, ¿qué pasará si Padre muere?

—Sí —dijo Albert, y preguntó con brusquedad—: ¿Qué será de nosotros?

—No sólo de nosotros —intervino Tamás con dignidad, y miró con odio a su hermano—. Quiero decir, ¿qué será del mundo?

LOS EXTRANJEROS

Acerca del terremoto

La ciudad no se hallaba exactamente en su sitio. Péter había subido a la colina que en tiempos de Matyas Garren servía de patíbulo, y contemplaba preocupado el panorama. Tenía la sensación de que la ciudad se había movido de lugar, pero no se había atrevido a comentar sus dudas con nadie. Se llevó la mano a la frente, sobre los ojos, a modo de visera, y desde allí, al pie de la horca, observó las torres, los monumentos... De la ciudad siempre emergía una neblina fina, como si jadease con pudor, como si hubiera ocurrido una catástrofe. Péter estaba apoyado en la horca, y permaneció así un rato, de pie, rígido como un ahorcado que cuelga de la soga.

En otra ocasión salió a dar un paseo de inspección acompañado de Tamás. Se llevaron incluso los gemelos de teatro de Cristina, con aplicaciones de nácar. Siguieron el camino del cementerio, que tan bien conocían. Tamás resollaba, no resistía la pendiente, y mientras andaba leía malhumorado las inscripciones enmohecidas en las lápidas de aquellos que habían muerto hacía más tiempo. Aquel cementerio ya sólo lo ocupaban familias antiguas. Los nuevos ciudadanos se hacían enterrar abajo, en el valle, sin poder disimular la envidia. Las estirpes de rancio abolengo reposaban allí arriba, donde gozaban de un aislamiento señorial. El panteón de los Garren era espacioso y estaba bien cuidado. Anna y Erzsébet solían hacer una excursión hasta allí todos los meses, como si llevasen de comer a los difuntos, con ese alimento peculiar, efímero y al mismo tiempo material que a

ningún muerto de buena casta le podía faltar: flores, recuerdos y algo de soberbia. En la cripta ya no cabían todos los Garren. El mausoleo se había llenado a fines del siglo pasado, y algunos Garren, siguiendo el espíritu de las normas que sólo Sebestyén conocía a fondo, habían sido enterrados en los alrededores, como realquilados, por así decirlo. Anna cuidaba aquellas tumbas con un esmero especial, como si quisiera compensar a los difuntos que no habían cabido en el santuario de la familia. Según la costumbre moderna, en las cruces se clavaba el retrato de cada muerto; fotografías esmaltadas que mostraban caras un poco asustadas, con melenas brillantes, de algún que otro comerciante de quesos, o funcionario del Tribunal Tutelar de Menores, con ojos vidriosos, coqueteando con aire cómplice, o con un pestañeo cohibido, hacia algo —o algún— desconocido. Yacía allí una mujer, cuya tumba estaba cubierta de ramajes de frutos rojos, una tal Eta, que había vivido treinta y seis años. Aquella mujer había formado parte de los Garren, pero Sebestyén no estaba muy seguro a santo de qué. Probablemente había hecho su aparición hacía cincuenta años, al irrumpir en la vida de un Garren. Su tumba era convexa, como un sofá a la antigua usanza, un siglo atrás, en el cuarto de una mujer divorciada. Aquella tumba tenía un cariz indecente. Anna había plantado tomillo, y esa hierba aromática cubría por completo la tumba, como un pañolón lila echado de cualquier manera sobre el cuerpo de una mujer de vida licenciosa que se ha suicidado.

Juntos atravesaron el cementerio, husmeando el aire y apartando con la mano ramajes de espinas punzantes de las tumbas, buscando lápidas de conocidos. Allí yacía Katinka Derén, la mejor madre. Katinka Derén había sido la primera mujer a la que Péter había besado en su vida. En el lavadero, en casa de los Derén; en un cuarto que olía a lejía, se habían besado con el cuerpo pegado a una calandria. El beso le supo a leche de almendras fresca. Fue un beso muy largo; Péter tenía a

la sazón diecisiete años, Katinka treinta; desde entonces habían pasado veinte años, y era como si aquel beso perdurase en el tiempo. «Quizá porque ella ha muerto», pensaba Péter. Esos besos, los besos de muertos, se separan de quienes los dieron y recibieron, como si tuvieran una vida autónoma, como la luz en el éter. El mundo de cuyo caos provenían ha perecido, pero la luz, el beso, sigue viviendo. Péter se sentó junto a la tumba de Katinka Derén. La vida, más adelante, lo había relacionado todo con aquel beso: todo beso, roce y goce físico que llegaba. A Tamás no le gustaba hablar de recuerdos tiernos; era un espíritu tímido. Sólo de paso se refería a las mujeres, y entretanto, desde luego, sacudía en el aire su fusta, como un domador.

—Ya no era joven —observó Péter, arrancando las malas hierbas de la tumba de Katinka Derén—. Tenía dos hijos y por aquel entonces ya había enterrado a otro. ¡Qué beso, Señor! —añadió en voz baja, con devoción—. ¿Recuerdas cuando bajábamos al lavadero en el sótano de su casa? Las tardes de lluvia, las ratas salían a docenas. Detrás de la pared de piedra había un nogal, y en septiembre, desde el patio de al lado, hacíamos caer con un bastón las nueces del vecino, y Katinka, que llevaba en brazos a su bebé de pecho, se reía desde la puerta de la casa. Tenía la cara de color nuez, ahora me acuerdo. Tenía una cara tan afable y sencilla... A veces sueño con su rostro. En la vida conocemos cuerpos que viven luego en nosotros, en lo más hondo, con un delicado halo, como el resplandor nacarado del cuerpo de la joven que recibió la visita del ángel y su mensaje. No me parecía raro que fuese mayor que yo y diera el pecho a su crío, ni que se riera y no le sorprendiese que yo la besara. Hoy en día a eso se lo llama «devaneo», pero en aquella época aún no existía; ese género es una invención de los norteamericanos, al igual que el bidé y el cheque. Tampoco existía el *sex appeal*; no existía más que los

signos del tiempo y la sonrisa y el cuerpo de Katinka Derén. Todo lo que sobrevino después: la guerra mundial, las películas de un millón de dólares, la desintegración del átomo, el té con baile organizado en los vestíbulos de los hoteles por la tarde, las neveras eléctricas, el coqueteo, Edit y Emmanuel... Todo se alimentaba con el recuerdo de aquel beso. Derén, a la sazón, frisaría ya los cuarenta años. Dos días después de aquel beso me lo encontré en la calle; llevaba barba y caminaba triste, y me hizo un saludo tan profundo, a mí, el muchachito, con un gesto tan humilde... como si supiera algo, como si hubiese recibido un mensaje celestial. Me ruboricé hasta la punta de las orejas. Luego, Katinka murió de leucemia. Ésta es la primera vez en veinte años que toco algo que pertenece a su cuerpo.

Se agachó; cogió una hoja marchita y seca de la tumba de la mujer antaño querida y la deshizo entre los dedos.

—Derén vive todavía —dijo Tamás, azorado—. Se casó otra vez. Pero ahora ya no lleva barba. Se casó con una joven y ahora pretende asimismo parecer más joven.

A Péter le conmovía aquella turbación púdica. Desfilaban por el cielo nubes cargadas de lluvia de color violeta que se detenían encima de la tumba de la mujer muerta y lloraban, sólo un poco, con mucha corrección. Péter estaba sentado cómodamente, apoyado en su bastón; más allá de las sepulturas, distinguía las casitas encaladas de las estaciones del Calvario, la muralla destartalada del cementerio, los cipreses. También algunos álamos se mezclaban entre los cipreses, como los soldados nacionales seleccionados entre los mozos bien plantados de una guardia de corps extranjera. Los cipreses parecían tiritar bajo el cielo extranjero, temblaban sin cesar. Entre la doble fila de cipreses y álamos, veía el valle, la ciudad, y, más allá, las rocas que protegían el mar, como si el paisaje continuase protestando contra las voluntades humanas. Detrás de los campos labrados, detrás de la ciudad, el bosque

guardaba sus secretos con celo, y sólo en la cima del monte, en los bastiones del señor feudal de antaño, conservaba ciertos vestigios de la vida. Allí arriba, en el cementerio, soplaba una brisa tibia como la respiración de una mujer que soñara con los ojos abiertos. Aquella brisa llegaba de entre las rocas, provenía del mar, y llevaba consigo el hálito de una corriente cálida y misteriosa que, por su rumbo incomprensible, en el curso de su viaje hacia el noroeste, se había desviado hacia aquella bahía y de vez en cuando enviaba sobre el paisaje y la ciudad su soplo cargado de especias y aromas tropicales. Detrás del monte se percibía incesantemente el mar, incluso de noche, incluso en invierno. Por las ranuras de las rocas, como si el depósito del universo se hubiera agrietado y desbordado, se filtraba aquella fragancia tibia y fina, el olor del mar. Que al mismo tiempo, hasta cierto punto, era el olor de la muerte. Era tan denso, tan corpóreo... Péter lo aspiraba.

—El dermatólogo que había besado a Anna bajo el portal... —dijo Tamás, con pudor—. ¿Te acuerdas?

—¿Aún vive? —preguntó Péter mientras asentía con la cabeza.

Sólo ellos dos entendían esa clase de diálogos. El olor del mar, el primer beso, la tumba de Katinka Derén y lo que buscaban allí en el monte: todo eso componía la tarea que debían cumplir en aquel instante. También treinta años atrás se habían ayudado el uno al otro de esa forma, en el cuarto de los niños, inclinados sobre sus problemas de aritmética, cuando había que establecer el denominador común de los datos del universo: «Tomemos diez fardos de leña, si los quemamos en cuatro estufas durante cuatro horas...». Tamás, a veces, le hacía de apuntador. Los detalles, por muy simples y transparentes que fuesen de manera individual, sólo podían comprenderse por completo en su concatenación. Allí estaba la tumba de Katinka Derén, y abajo, en la ciudad, vive y ejerce una

actividad de gran utilidad el dermatólogo que había besado a Anna por primera vez bajo un portal, y entre los cipreses y álamos, el mar les enviaba su hálito, suavemente, con superioridad; ese mar, al que sólo se intuía, detrás del monte que escondía su secreto y su soberanía, y guardaba la corriente cálida que arrastraba a los barcos. Y en uno de ésos, en un diminuto buque correo de tres mil toneladas, se había ido Tamás para recorrer mundo hacía muchos años, pero antes aún había aparecido en cubierta haciendo señas con la mano y diciendo alguna mentira. Los dos se pusieron a andar hacia la horca, pero, al hacerlo, procuraban evitar las tumbas de los Garren. Ahora que Padre agonizaba habría sido una falta de tacto entrar como de paso en el mausoleo. Péter iba delante; se movía con agilidad y a paso ligero, como si en Karnak hubiera logrado conservar algo de la vitalidad de la juventud y pudiera vivir alimentándose exclusivamente de vegetales. El paisaje, aquel paisaje húmedo a causa de la neblina y el aire de principios de primavera, se llenaba del secreto de los caminantes. Pasaban en silencio, de puntillas, entre el recuerdo de los muertos y los primeros besos. Por todas partes reposaban amigos y conocidos. Como si la ciudad, la verdadera, se hubiese trasladado allí, huyendo del atentado, con resistencia pasiva, a aquel destierro permanente y discreto, a la muerte. ¿Acaso entre las ruinas del castillo del señor feudal de antaño se había cobijado todo cuanto se conservaba intacto de la ciudad?, pensaba Péter. Y Tamás lo formuló:

—En estos de aquí se puede confiar.

—Sí, se puede confiar más.

—Los vivos engañan.

—¿Engañan? No, Tamás; sólo tienen miedo —le dijo Péter.

Pero se daba cuenta de que Tamás tenía razón. «Edit me ha pervertido ya por completo. Me ha amaestrado. No ceso de absolver a los humanos... Cuando, en realidad, engañan», se

dijo. Con los vivos, abajo en el valle, en las casas, en las tiendas, en los armarios, los sueños y las fotografías, sin duda había ocurrido algo. Como si se hubiesen desfigurado un poco. Péter se cruzaba con conocidos por la calle y percibía lo mucho que se habían ajado sus caras con el paso de los años, de una forma distinta a lo normal de la vejez, la enfermedad y el desengaño, en el taller del tiempo, como si los vivos bajasen la vista. Sólo los muertos continuaban mirando a los ojos a los visitantes; los muertos, con sus miradas antiguas, dolorosamente familiares y conmovedoramente íntimas, como si también los vivos hubiesen cambiado un poco de sitio, de ese sitio difícil de determinar de donde eran originarios, según una ley de abolengo atemporal, todo en la ciudad y en las personas estaba fuera de sitio. La campana colgaba de la torre del campanario cuatricentenario. La habían fundido varias veces para hacer cañones, y luego, una vez firmada la paz, habían vuelto a fundirla como campana; pero ahora colgaba algo torcida, como la cabeza de un hombre que ha sufrido una apoplejía. La torre de la catedral acusaba cierta inclinación y parecía empequeñecida, como se empequeñece uno, incluso físicamente, cuando se siente avergonzado. Los tejidos y materiales que constituían el cuerpo de la ciudad y de sus habitantes se habían atrofiado con el tiempo. Tamás decía que la ciudad estaba enferma. A lo mejor lo torturaba la mala conciencia.

—¿Por qué? ¿Qué habría podido hacer? —decía Péter defendiendo a la ciudad.

—Uno a veces prefiere morir —dijo Tamás—. También las ciudades prefieren morir, antes que soportar la deshonra.

Llegaron en silencio a la cima de la colina. Péter se alegraba de que hubiesen olvidado quitar la horca anacrónica; allí, por encima de la ciudad, constituía un signo de reconocimiento familiar, como el símbolo de algo confidencial y frecuente que

sólo los iniciados comprenden. Alrededor de ese escenario, del lugar de ejecución de otros tiempos, los antiguos habitantes habían instalado bancos para descansar. Por debajo de los bancos había pellejos de salami y papeles manchados de grasa. Al fondo de aquel paisaje, la ciudad se veía diminuta, como si se hubiese encogido. Dieron una vuelta por la plazoleta y contemplaron la ciudad desde todos los ángulos, con cara inocente, como espías disfrazados de empleados de fábrica de gas, vestidos de impermeable. El enemigo se escondía allí, en alguna parte, entre los callejones. Tamás decía que toda la ciudad estaba minada por si había un ataque. En el campo de aviación aterrizaban y salían sin cesar los aparatos. El aire se llenaba de zumbidos de motor que sonaban lejanos y amenazadores.

—Te digo que se ha movido —dijo Péter.

Se habían apoyado en la horca, y se quitaban el uno al otro los gemelos de las manos para contemplar excitados la ciudad. Desde aquella altura, se la podía contemplar, por fin, con tranquilidad y a fondo; por las calles, uno se cruzaba continuamente con molestos extranjeros. Péter, con los gemelos de Cristina en los ojos, se movía con lentitud, deteniéndose en cada rincón, apretando sobre los ojos el objeto a través de cuyos cristales Cristina había contemplado las variaciones juguetonas y excitantes del juego terrenal, deformado por charlatanes, como si por unos instantes viera la ciudad con los ojos de su madre. La ciudad parecía tan asustada... Personas sanas y distinguidas se asustan de aquella manera cuando el enemigo invisible se abalanza sobre ellas, el enemigo contra el cual no brinda protección ni el título, ni la clase social, ni el dinero contante y sonante, y los que peligran, por la mañana, en su confortable oficina, oliendo a tabaco y agua de colonia, hojean el acta en tramitación pasando por las líneas la punta de sus dedos adornados con un anillo de sello y ya no tienen ganas

de resolver el asunto, como cuando alguien oye por vez primera en su vida, con todas sus consecuencias personales, la palabra «metabolismo». Esta ciudad tan distinguida parecía estar acurrucada en la antesala de la muerte. Existe cierto período en la vida de las ciudades, período de unos cuantos minutos o de unos decenios, en que las guías turísticas aún las nombran en relación con su «floreciente industria» y elogian su «activo comercio de cemento»; sin embargo, los habitantes, callados y cargados de sentimientos de culpabilidad, ya saben que la calle cuyos adoquines pisan por las mañanas, mientras sigue el activo comercio con cemento, dentro de poco, en las guías de viajes internacionales volverá a ser el «callejón pintoresco y romántico»; la iglesia, en la que por la mañana aún confesaron sus pecados vivísimos, no tardará en convertirse en tema de examen para historiadores de arte principiantes; y la existencia que llevan en aquella ciudad, vivitos y coleando, se ha vuelto ya en cierto sentido histórica, es decir, pálida y fantasmal, igual que un general, treinta años después de perdida la batalla, lívido, vestido de paisano, bebiendo agua mineral en el paseo, aún sigue viviendo una vida histórica y finge no ver que los agentes de policía noveles, los de la última promoción, ya no lo saludan a su paso. Del mismo modo había ido muriendo algo en la ciudad en los últimos años. Todavía estaba allí, en su totalidad, con sus torres y un burdel de planta baja, con su biblioteca, su matadero, su chismorreo y sus mausoleos, pero de alguna forma ya se había vuelto monumento histórico, con guías turísticos y con artesanía local. Péter entregó los gemelos a Tamás.

—Antaño esto fue el centro del mundo —dijo—. ¿Qué es ahora?

Tamás reflexionó.

—Un nudo de vías férreas —respondió.

Frente a la catedral, allí donde trescientos años atrás se había

enterrado a ese monarca piadoso, y donde Péter una vez, en invierno, haciendo de monaguillo, se había resfriado y sufrido una irritación de la vejiga, los recién llegados habían construido unos grandes almacenes, todos de vidrio. En aquel edificio de cristal se vendía, según la sensación de los Garren y la inmensa mayoría de los autóctonos de la ciudad, objetos baratos de primera necesidad, pero sospechosos: chanclos, polvos de talco para niños, impresos en idiomas extranjeros, ilustrados y de contenido histórico, instrumentos para gimnasia, novelas policíacas y preservativos. El edificio de vidrio de tres plantas se erguía entre las antiguas casas de tejado puntiagudo con la seguridad arrogante de los conquistadores, repleto de los utensilios de una civilización sospechosa, como ron, plumas y perlas de cristal. Cada vez que pasaba delante de ella, Péter tenía que volver la cabeza. Los ángeles de encima del portal de la catedral habían sido labrados por artesanos antiguos, y los ángeles de piedra sonreían, pues el maestro de otros tiempos había sabido inculcar a la piedra amarillenta algo de su alma y su fe. Trescientos años atrás, también los Garren habían trabajado en aquellas estatuas, en aquella catedral. Todas las familias antiguas de la ciudad habían colaborado en la reconstrucción de aquel templo: con buriles, o con mano de obra, o contribuyendo con dinero, o limitándose a pararse a contemplarlo todos los días, durante los últimos ciento diez años, o ensalzando en sus plegarias el deseo de que acabara de construirse, de que tuviese una torre alta y esbelta y, al mismo tiempo, tan majestuosa como la voluntad humana que la levantaba. Y con un impulso así buscaban rumbo y dirección entre la tierra y el Señor. Los extranjeros habían construido frente a aquella catedral unos grandes almacenes de techo plano, de vidrio y cemento; Tamás, cada vez que pasaba ante aquella jaula de cristal, cerraba el puño por puro instinto. Y

también habían construido viviendas en el extrarradio, grupos de casitas blancas, entre el cementerio y el reformatorio juvenil. Allí vivían, dormían en sofás, en cuartos que se tragaban los rayos del sol, con ventanas sedientas y boquiabiertas, y de las paredes chorreaba agua; había aire acondicionado, cálido o frío, y luz eléctrica, y toda clase de cosas placenteras, de recipientes modernísimos. En los divanes de aquellas casas blancas de ventanas amplias se soñaban sueños extranjeros, y hasta se analizaban esos sueños, según métodos ultramodernos que obedecían a la idiosincrasia de retruécanos extranjeros. Aquellos grupos de casas se habían construido en las afueras de la ciudad. Péter estaba examinando con los gemelos de Cristina el bloque del reformatorio juvenil. Había estado allí una vez, hacía mucho tiempo, buscando a alguien, y ahora se acordaba de que en realidad habían ido varios, y que también Ábel, el hechicero, los había acompañado en aquella visita; «rostros que parecían llevar antifaz», pensaba ahora. Los que vivían en el reformatorio —chicos jóvenes— vestían una especie de uniforme de presidiario, aunque era una versión más amable y suavizada. Todos llevaban chaquetas idénticas de color azul marino —en lugar de con las rayas típicas de los presos—, y en las ventanas de los dormitorios y salas de trabajo había rejas, y en la puerta hacia guardia un vigilante con un puñal y un revólver en el cinturón. Por los senderos del jardín pasaban monjas con cofias almidonadas y un rosario colgando sobre el talle. Este recuerdo se había conservado milagrosamente, íntegro, en la memoria de Péter, como si hubiese visitado un extraño parque de caza donde ciervos jóvenes, ungidos de nobleza, vivían tras las rejas. A Péter aquella visita le había dejado una huella de tristeza tan intensa que, más adelante, ni Karnak ni Emmanuel habían conseguido disiparla. Ahora veía de nuevo aquel gran bloque de ladrillos, como si guardasen allí

a unos asesinos en potencia, de gran talento, a malhechores en miniatura. Ahora se daba cuenta de que aún tenía algo en común con ellos por el mero hecho de que antaño había tenido cierta complicidad con aquella otra humanidad diminuta de hombres maliciosos; como si en aquel entonces, hacía ya muchos años, se hubieran aliado y fijado algún pacto, con signos y criptografías, que luego Péter no hubiese cumplido. De alguna forma, los había traicionado.

—Ábel aún va a visitarlos —decía Tamás, susurrando mientras el viento hacía ondear sus cabellos.

Una especie de aurora boreal procedente del mar caía sobre la ciudad. Allí estaba el reformatorio, y desde su portal salía una avenida bordeada de arbustos y olmos que conducía a la ciudad. En la primera casa, al lado del fielato, vivía el médico militar. Un día el hombre, que era ciego, había cogido entre sus manos la cabeza de Péter y, después de palparle con los dedos la cara, la nariz y los ojos, le había dicho con voz ronca y un deje de satisfacción: «Tú eres Garren. No cabe duda». Y con los pulgares, suavemente, había apretado la barbilla y los párpados del niño. Delante del médico militar vivía el jardinero inglés, que no se había ido ni durante la guerra. Nadie le había hecho el menor daño; se paseaba con total libertad por su jardín y por la ciudad, y de vez en cuando tomaba el tren en dirección a la capital y, en inglés, armaba bronca en las carreras, cuando los resultados de las quinielas no eran los que había esperado. Pero cuando llegaron los extranjeros, el jardinero rompió a llorar y maldecía en inglés a los conquistadores, y en la ventana de su casa hizo ondear la antigua bandera con la bandera inglesa a su lado, y nadie se había atrevido a molestarlo. Junto a la casa del jardinero vivía la peluquera que realquilaba una habitación a las actrices que estaban de paso. Las ventanas de la casita de planta baja daban a la calle, y en invierno, al caer la noche, se veía a las actrices sentadas al tocador, en la estancia abovedada

y sombría, a la luz de la lámpara de petróleo, ante un espejo verdoso y desazogado, rizándose el cabello, probando las tenacillas en el papel amarillento del periódico local, y colgadas por doquier todo tipo de prendas de vestir, desde ropa interior de colores a pantalones de lana, pues en el teatro había mucha corriente de aire y las actrices se resfriaban con facilidad, ya en octubre, al bailar el cancán. Péter había estado dos veces en aquella habitación: la primera, a los catorce años, cuando envió flores y una carta a la chica morena y delgaducha que representaba *Trilby*, y que ella había contestado a su carta con cortesía, invitándolo a tomar el té. En aquel entonces se comentó mucho en la ciudad aquella visita. Hasta el obispo estaba enterado. La joven era la querida de un gran arrendatario de tierras, y Péter, para aquella ocasión, se puso la corbata *lavallière* con puntos blancos del abuelo Matyas. Cuando Péter se presentó, con angustiosa puntualidad, pálido y solemne, en la habitación reinaba un orden penoso; en la jofaina, en un jarrón roto, se veían sus flores. Ambos hicieron gala de sus buenos modales. No se sirvió té, desde luego, sólo sidra. Los dos estaban sentados en el diván, frente a la ventana; la actriz llevaba un traje negro, con cuello alto y cerrado, y aquella tarde se había rizado los mechones negros con especial esmero, peinando los ricitos sobre la frente. «Usted, para mí, es Ernestina», le había dicho Péter. También él, en aquella ocasión, iba vestido de negro y llevaba botas negras. Padre lo esperaba frente al ayuntamiento; parecía serio y emocionado.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó cogiéndolo de la mano.

Regresaron así a casa, andando por las calles frías, mientras los observaban desde las ventanas, pues todos sabían que Gábor Garren estaba acompañando a casa a su hijo mayor, Péter, de catorce años, que aquella tarde había visitado a una actriz por vez primera en su vida. En el periódico del obispo, en el artículo editorial que precedía a la sección de noticias, se

podía leer entrelíneas una alusión velada del redactor a aquel acontecimiento social.

—No lo sé, padre —dijo Péter—. Era tan distinta. Le he dicho que para mí ella era Ernestina a secas. Pero ella no sabía nada de Ernestina. Se miraba los zapatos y dijo que se llamaba Erzsike, simplemente Erzsike. Su nombre artístico es Kamilla. Luego nos hemos quedado sentados allí, sin decir nada. Hacía un calor sofocante en la habitación y había un olor a grasa muy fuerte y peculiar. Me ha dado como recuerdo esta cinta.

Se detuvieron bajo un farol de gas. En la luz tenue y titilante, Gábor Garren contempló con ojos de perito aquella cinta estrecha azul cielo, no muy limpia. La olió y dijo:

—Es de un corsé.

Después cogió a Péter otra vez de la mano y retomaron el camino hacia casa. Padre parecía algo descontento. Frente a la puerta le susurró:

—A Erzsébet no le digas nada. Y, sobre todo, no vuelvas con esa mujer. Cuando matemos el cerdo, ya le enviaré salchichas y algo de dinero.

La casa continuaba aún en su sitio, pero la peluquera había abandonado ya todas sus relaciones teatrales y en los últimos años se dedicaba a hacer masajes a los extranjeros. Ahora la habitación estaba ocupada por un suboficial de carrera. Péter había visitado la habitación y el suboficial le había dado permiso para que se quedase unos minutos a solas, husmeando bajo las bóvedas. «Lo comprendo; un *souvenir*», le había dicho, con un guiño. Las paredes conservaban algo del olor de petróleo, pero el perfume barato de la brillantina se había esfumado por completo. El suboficial se había estado frotando las piernas con alcohol, y su olor intenso lo penetraba todo. Sí, también aquella habitación se «había movido». Y ahora, al buscar con los gemelos de Cristina los puntos fijos de siempre que les habrían permitido reconstruir la ciudad antigua, con

sus torres y sonrisas, aromas y nevadas, notaron asombrados que con la ciudad había ocurrido algo en un sentido físico, material. Como cuando en una imprenta, a raíz de algún fallo, se mueven las planchas, y el maquinista coloca en la máquina las hojas de tricromía del suplemento gráfico movidas un milímetro, y los colores ya no lo cubren todo con exactitud: la nariz del héroe sale algo verde, y los senos de la heroína, de color azul claro. De esa misma manera se veía ahora el perfil antiguo de la ciudad.

—¡Se ha movido! —exclamó Péter, con el nervioso desespero del aficionado al arte, y tendió a Tamás los gemelos.

Tamás se daba cierto aire de importancia, como siempre que se quedaba a solas con Péter y no le era preciso hacer el papel de buscador de oro y caballero ducho y apreciado en el extranjero.

—Sí, como si se hubiese movido un poco de su sitio...

Y seguían allí, bajo el viento, olfateando el mar, parpadeando y fumando preocupados. Era como si la ciudad hubiera llegado a la edad adulta. Había en ella algo triste e indiferente, como en los adultos que ya están enterados de la verdad. Como quien acepta un destino ajeno y sólo mira sus recuerdos en ocasiones contadas y se conforma con que en los nuevos tiempos hay que vestirse de otra manera, las casas tienen un tejado plano y hasta las abuelas se maquillan y se van a bailar. La ciudad antigua se acurrucaba en la cripta donde se guardaban los huesos del rey guerrero y unas cuantas alabardas de época, ya oxidadas; y en los armarios barnizados de doble puerta, que llevaban la vida púdicamente retraída de los objetos en las casas antiguas, donde se guardaba ropa bordada de hacía cincuenta años y más, cartas de difuntos, billetes de banco que ya no circulaban, carteles viejos que tres décadas atrás, con eficiencia, recordaban a la población la leva de quintas, los peligros de la triquinosis o el cumpleaños del monarca, y ahora,

cuando treinta años habían sorbido todo sentido de las letras, tenían el mismo valor e importancia que los pergaminos antiguos del museo que garantizaban las libertades de los habitantes primigenios, así como privilegios ciudadanos y burgueses, comprados con sangre y dinero, y que ya se habían perdido. También en los armarios, algo se había movido de su sitio, pero tan levemente que apenas se notaba.

—¡Cien mil demonios! —dijo Tamás golpeando su pipa contra la horca—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Un terremoto —dijo Péter.

Y como si por fin hubieran acertado a comprenderlo, se inclinaron sobre el paisaje. El terremoto que había hecho sus estragos en la ciudad debía de haber sido sumamente ligero: al notarlo, los vecinos no habían saltado de sus camas, los armarios no se habían volcado, los bomberos no habían salido corriendo en sus coches con escaleras para salvar a mujeres y niños. Había sido un terremoto tan suave que los sismógrafos oficiales quizá ni siquiera lo hubieran registrado. Tan sólo debían de haberlo percibido las agujas de los segunderos de los relojes y los nervios del tronco cerebral de los habitantes más antiguos de la ciudad. Y los objetos en los cajones. Y aquellos nervios que regulaban las sonrisas de los ojos. Porque la ciudad, y todo cuanto se había acumulado en ella, personas y objetos, carne y piedra, todo se había movido un poco de su sitio. Ahora lo veían con claridad; con unos gemelos, y sobre todo con los de Cristina, se veía perfectamente. Algo había ocurrido en el mundo, y la ciudad había reaccionado a su manera a aquel cambio. Tamás caminaba, impaciente, y mascullaba algunas palabrotas. Los dos se paseaban indecisos, golpeados por el viento, impotentes.

—¿Tendrá solución? —preguntó Tamás, desorientado.

Péter sonrió.

—No lo sé —dijo, cansado—. No depende de nosotros. Es

obra de los extranjeros.

Tamás emitió un silbido y golpeó el aire con su fusta, amenazador.

—Hay que hablar con los extranjeros —concluyó, decidido.

Los extranjeros

Los extranjeros llegaron hacia las cinco de la mañana. La ciudad aún dormía. Por la noche habían caído las primeras nieves del año, como si los pasos y senderos de las montañas nevadas se hubiesen conjurado contra los extranjeros: las reservas, que avanzaban a través de la montaña en ayuda de los conquistadores, quedaron atrapadas en los pasos helados y resbaladizos, y los relevos perdieron semanas en las grutas del bosque, de modo que el grueso de las tropas sólo pudo descender de entre rocas hacia fines de la primavera, al producirse el deshielo. El bosque había cumplido con su deber y, mientras pudiera, defendería la ciudad. Aquel invierno los lobos devoraron a más de un extranjero, y el hielo construyó bastiones en torno a la ciudad. Pero un buen día aquellos bastiones se fundieron. Los extranjeros, tras salir de las cuevas de hielo, llegaron con la nariz roja y las manos moradas en ayuda de sus compañeros bloqueados. Todo el santo día bebían té con ron; se calentaban y asesinaban, y luego reorganizaron la administración pública.

La primera tropa de ocupación llegó por mar. «El mar es internacional. A él le da igual; ha traído a los extranjeros y los dejará desembarcar», dijo en una reunión clandestina, emocionado y en voz baja, Gábor Garren. No eran muchos. Esos primeros días debían de ser unos doscientos. Llegaban

luciendo flamantes uniformes nuevos; todo en ellos eran correas y cuero; como si hubiesen encargado sus uniformes ex profeso para aquella ocasión. Los oficiales llevaban gorras de plato y botas altas con cordones, como los oficiales de los ejércitos de Occidente, los soldados de las grandes civilizaciones que aparecen en las revistas ilustradas de París y Londres. Pero sólo sus uniformes eran occidentales. En el burdel que visitaron la primera noche, las chicas notaron de inmediato que algunos de los oficiales, dentro de las elegantes botas altas con cordones, llevaban trapos, como los campesinos orientales. Un teniente coronel barbudo y obeso se envolvía los pies en papel de periódico, pues afirmaba que en invierno el papel era más caliente que los trapos. Tales noticias, difundidas por las chicas, pero también por fuentes de información distintas y misteriosas, se propagaron rápidamente, lo que aumentó el miedo general.

La ciudad dormía profundamente cuando los primeros extranjeros llegaron a la cima de la colina donde se levantaba la horca. La noche anterior había habido baile en la ciudad, un baile muy animado organizado por el Comité de Bienestar. Aquella mañana, como recuerdo de la fiesta, se percibía en la ciudad la típica fragancia «del día después»: olor a agua de colonia, brillantina, camisas de frac, champán derramado y agrio, y el perfume frío y sensual de los habanos. En sus habitaciones aireadas, detrás de las persianas bajadas, las chicas dormían con el puño cerrado, despeinadas, hundiendo su cuerpo joven en la cama y transpirando en el calor pesado de los edredones. Incluso entonces sus pies delataban un paso de baile ligero e inconsciente, y ellas sonreían cansadas en la embriaguez del sueño. Frente a la cama, en la silla, se podían ver medias, combinaciones arrugadas, sujetadores rotos, vestidos de seda sucios y zapatitos de raso destrozados. Toda persona de cierta distinción, hombres y mujeres, dormía a

aquella hora, y sólo los pobres iban despertándose. Al despuntar el alba salió un grupo de mujeres para robar leña en el bosque municipal; aquellas mujeres pobres fueron las primeras en encontrarse con los extranjeros. Los soldados las rodearon, los oficiales renegaban, gesticulaban con el sable en la mano y gritaban, pero las mujeres no los entendían. Los extranjeros entraron en la ciudad dormida sin encontrar resistencia. En la plaza Mayor, se detuvieron ante el café, en formación militar, y apuntaron con sus ametralladoras al teatro. Luego los oficiales se retiraron al interior del café, y expresándose con bastante dificultad, pidieron para desayunar café con leche, nata y dos huevos en un vaso.

La antigua guarnición se había retirado de la ciudad días antes. Los peritos militares habían declarado indefendible aquel punto de la provincia. En los alrededores corrían rumores terroríficos. Algunos creían que la ocupación era inevitable, que los ocupantes llegaban acompañados por una banda que tocaba falsas melodías extranjeras con sus cornetas de latón, y que eran muy groseros, aunque nadie comprendía sus palabras, y que se lo comían todo, pues llegaban desde el norte y hacía años que pasaban hambre. La población se hallaba sumida en un estado de aturdimiento y desorientación. Los pescadores contaban que el resto de la flotilla se había retirado del puerto y que tras su estela había emergido un submarino a la superficie; cual fiera marina hambrienta, había cruzado la bahía, observando la región con sus tentáculos puntiagudos. Pocos días después se habían unido al submarino dos buques de transporte de tropas, donde viajaban los primeros extranjeros. Sin embargo, tardaron mucho en desembarcar, como si esperasen un permiso. En la ciudad la mayor parte de los ciudadanos no daba fe a aquellos rumores. «¿Qué vendrían a buscar aquí?», se preguntaban. «No tienen nada que ver con nosotros. Y si vienen, ya se irán otra vez», decían. Aunque la

guerra había evitado la ciudad, a veces cruzaban las montañas algunas patrullas enemigas haciendo de avanzadilla; merodeaban unos días por las aldeas de los alrededores, robaban, perseguían a las mujeres y tal como habían llegado se iban. La ciudad quedaba fuera de las zonas de peligro de la historia mundial. En los últimos ochocientos años, ningún enemigo había pisado su suelo.

El baile había sido idea de Gábor Garren. Aquel invierno no se había organizado ningún baile. Cuando los pescadores acudieron con las primeras noticias, Gábor Garren convocó al Comité de Bienestar, del que era presidente. Con un discurso conciso y elegante, les notificó que el peligro acechaba; las grandes potencias, según todos los indicios y a pesar de los convenios, habían abandonado la ciudad a su suerte, y los primeros buques del enemigo habían echado anclas en el puerto cercano. Había que hacer algo. La turbación de sus compatricios le producía un efecto devastador. Se hallaba en el entarimado, pálido y encanecido, vestido de negro, con las manos plegadas en el regazo. Encima de su cabeza tenía colgado el retrato de Matyas Garren, con botones de plata. A lo mejor sus conciudadanos esperaban que, por ser Gábor Garren, los invitase a la resistencia armada, y así tendrían que abandonar sus puestos de trabajo, las salas de consulta con aparatos de rayos X y lámparas de cuarzo, los bufetes de abogados con las máquinas de escribir y extractos del Registro de la Propiedad, la panadería, donde habían estado sentados antes, enriqueciéndose en la atmósfera cálida de la masa fermentada. Gábor Garren contempló con conmiseración a sus conciudadanos. Y como sabía que en el punto donde se encontraban ya no se podía arreglar nada con las armas, levantó su mano nívea con un ademán refinado y solicitó silencio. En la primera fila, algo separado de los demás, se hallaba el obispo János, que estaba sentado solo; el alcalde y

los dos concejales habían retirado un poco sus sillones, en un gesto de respeto. El obispo lucía traje talar color morado, con un solideo de seda diminuto en la coronilla, y tenía los brazos cruzados; inclinaba ligeramente el torso, de complexión frágil, y ladeaba un poco la cabeza, como si tan sólo estuviera escuchando y meditando. Fuera, en torno a la sala de sesiones, el viento bramaba. Los guardias ocupaban su puesto frente a las puertas, con alabardas en la mano, e invitaban a los curiosos a irse. En medio de un silencio sepulcral, Gábor Garren dijo: «¡Organicemos un baile! Este año aún no se ha celebrado ninguno. Las chicas están creciendo y casi llevan un año sin bailar. ¡Sería una lástima!», concluyó, con seriedad y calma. Todos inclinaron la cabeza, susurrando, y acto seguido miraron al prelado. Las facciones de aquel semblante pálido, color crema, no acusaron el menor movimiento; observaba a Gábor Garren con ojos inteligentes y escrutadores. Luego volvió la cabeza lentamente, y miró hacia el techo. Entonces todos comprendieron que el obispo acababa de entregar su destino —el destino de los habitantes de la ciudad, el de cada uno— a Dios. Estaba sentado entre ellos, indiferente. Todos decían: «¡El baile! ¡Un baile espectacular, suntuoso! ¡Como no se ha celebrado desde que empezó la guerra! ¿Cuándo será el baile? ¡Qué tontería! ¡Los buques del enemigo han fondeado en la bahía! ¡Nos robarán nuestras libretas de ahorro! ¿Qué será de nuestros hijos? ¡El baile, el baile!» De todo aquel ajetreo, surgía aquella palabra, cada vez con más obstinación, como una melodía. Comprendieron que era preciso bailar. «No cabe duda, es un artista», observó otra vez alguien en la sala. En efecto, en aquel instante comprendieron que los abogados, los médicos, los soldados, el alcalde, los concejales y hasta el propio obispo, ya nada podían hacer por ellos. Sólo el artista podía aún hacer algo en interés de la ciudad. Gábor Garren estaba de pie, con el busto erguido, mirando con expresión grave a sus compatriotas,

muy atento. Todos comprendieron que algo estaba perdido y debían bailar; era casi un acto religioso. El obispo se levantó, y abrió súbitamente los brazos para bendecir la asamblea. Los alabarderos se pusieron firmes como palos frente a la puerta que se abría. El prelado bajó con apremio la gran escalinata, y subió solo a su carroza. Nadie lo acompañaba.

Una vez que se quedaron solos, se formaron enseguida subcomisiones, que debatían los pormenores de la fiesta. El aire crepitaba a causa de la actividad. Estaban muy tristes, pero ahora ¡debían bailar! Rodearon a Gábor Garren, le tocaban los hombros con suavidad, le daban la mano. Un abogado, un tal Tokár, corrió a la imprenta y encargó los carteles del baile. Se dieron cuenta de que necesitaban colaboración y solidaridad, y que de una forma u otra había que hacer una señal a las potencias extranjeras, o al universo; una señal de que vivían, de que los amenazaba un peligro, a ellos, a sus costumbres, a sus recuerdos, y a todo cuanto querían y respetaban. Contrataron a tal efecto tres orquestas. Las mujeres comprendieron enseguida que era preciso luchar, y llamaron a las costureras. En la asamblea, los varones, henchidos de gravedad, todavía siguieron discutiendo un buen rato; había surgido la propuesta de que tal vez valdría más resistir con las armas en la mano, y si no quedaba otra solución, caer ante las puertas de la ciudad. Gábor Garren llamó la atención a uno de los oradores para recordarle que desde hacía mucho tiempo —exactamente, desde mediados del siglo XVII— la ciudad ya no poseía puertas. Rechazaron la idea del levantamiento armado. Cuando la guarnición se había retirado de la ciudad, los ciudadanos se habían puesto a engrasar sus escopetas de caza en secreto, se habían preparado a puerta cerrada. Pero Gábor Garren les hizo comprender ahora que con las armas ya no se podía arreglar nada, y se ofreció para organizar él mismo, en el baile, la cuadrilla francesa. Como si hubiera declarado: «Conduciré

personalmente a los guerrilleros a las barricadas». De pie, en medio de la sala, se parecía a Andreas Hofer. Los demás lo rodeaban con los ojos brillantes de lágrimas; eran conscientes de que acababa de llegar el momento en que Gábor Garren había aceptado la lid por la ciudad, a su manera —a la manera del artista que es sacerdote y chamán al mismo tiempo—, e iba a hacer por ella todo lo que estuviera en sus manos. Por esa razón les había propuesto el baile. Por eso organizaría en persona la cuadrilla francesa. Había que protestar de alguna manera. Los estúpidos sólo eran capaces de comprender la parte arriesgada de la propuesta, que el enemigo se hallaba ante las —por desgracia, inexistentes— puertas y que el baile distraería y tranquilizaría a los habitantes ante el peligro que los amenazaba. Kalb, el usurero, y Tokár, el abogado, siempre excitado, sólo habían comprendido esto, por ejemplo. Sin embargo, el prelado había adivinado el verdadero sentido de aquel baile, y como diplomático de pura sangre que era —y venía mediando con ahínco, aunque sólo con un éxito relativo, entre Dios y los hombres—, había salido de la sala, como quien cierra un ojo, pues no quiere pecar contra la ley divina, pero consiente tácitamente en la defensa de los pobres mortales y vuelve la espalda a las soluciones humanas.

El último coche había pasado traqueteando por las calles hacia las cuatro de la madrugada. Varios chicos, muy excitados, acompañaron a Gábor Garren hasta su casa, bajo la nieve que caía sin cesar. Detrás de las persianas, aún estaban las lámparas encendidas; las mujeres se desvestían sentadas en el borde de la cama, y con ojos empañados de un brillo soñoliento, susurrando, con voz cansada y el acento áspero y sensual, debido a la intensidad de las emociones vividas, comentaban los detalles del baile. Ya desde las primeras horas de la fiesta quedó patente que jamás se había celebrado en la ciudad un baile por el estilo. Las mujeres y las chicas se habían

precipitado casi sin preparativo alguno a aquel baile improvisado en una sala improvisada, como si fueran guardias ciudadanos corriendo a las barricadas al primer toque de clarín. A las peluqueras se las había dejado fuera en el acto y las costureras sólo habían podido añadir a los trajes de baile de hacía varios años los detalles imprescindibles. Los carteles de Gábor Garren, en los que se anunciaba la hora y lugar de la fiesta, asombraron a la ciudad, como si de repente se hubiese anunciado un incendio, o el toque de queda. Esa misma tarde ya se cosía en todas las casas, llenas de trapos y blondas; de jóvenes lanzando alaridos con las tenacillas para rizar el cabello en la cabeza; de masajistas quejándose, con ese modo desvergonzado de perder la cabeza con el que uno se prepara para una aventura seria de la vida. Así se preparaban para el baile. Por la noche los hombres regresaron más temprano a sus casas, y mientras las mujeres las invadían con el ajetreo de los preparativos, ellos hurgaban a solas en sus despachos, ordenaban papeles, se asomaban al crepúsculo desde la ventana de su cuarto y contemplaban la caída de la nieve, suspiraban, y luego, ceñudos y volviendo a suspirar, también ellos empezaron a vestirse, como unos conjurados chapados a la antigua antes de una reunión clandestina, y con dificultad lograron enfundarse en los fracs, que se les habían quedado pequeños. Desde el puerto, en ese ambiente frío y claro, llegaba el sonido de los disparos de fusil; en los barcos, se organizaban prácticas de tiro; y Gábor Garren disfrazaba a la burguesía de la ciudad, sabedor de que una comunidad, cuando está en peligro, sólo disfrazada es capaz de soportar los instantes fatales. Y cuando las mujeres, vestidas y peinadas para la fiesta, con el pelo brillante por la pomada y sus trajes escotados, con el escote blanqueado con azafrán, con faldas recién planchadas y joyas antiguas en las orejas y las muñecas, y los hombres, con sus fracs estrechos y rozados y brillantes por el uso, cohibidos y

con los ojos fulgurantes, entraron en la sala de baile, y la música entonó un saludo, y luego se dejó oír la melodía familiar del primer vals, comprendieron que en aquel momento estaban luchando de la única manera concebible, con un heroísmo complejo, con sus mejores vestidos, sus sonrisas y ademanes más delicados; luchaban con cierta superioridad contra aquel peligro bajo y alevoso que los rondaba para arrastrarlos a la perdición. Comprendieron que la música que Gábor Garren había contratado aquella última noche contra el ruido de los disparos de fusil, aquella música, el vals dulce y puro con el que se fundía el crujido suave de los zapatos de charol y el frufrú de las prendas de seda, y las sonrisas breves y las medias palabras suspiradas que el volumen íntimo y elevado del baile hacía exhalar de los pechos jadeantes y de los cuellos afeitados y con verrugas... Toda aquella protesta, a medio camino entre el lenguaje secreto y el grito de socorro, con los abanicos haciendo las veces de bayonetas y bombarderos, y esa manera de hacerse reverencias los unos a los otros, mirándose a los ojos según la práctica secular, sonriendo y aceptando los brazos que se ofrecen, todo aquella protesta era una defensa, la única defensa posible. Comprendieron que aquella noche la ciudad se quedaba sola en el universo. En alguna parte del globo terráqueo aún se cursaban telegramas en favor suyo; un secretario de la embajada lo acercaba con dos dedos a una lámpara, lo plegaba moviendo la cabeza y lo guardaba en una cartera de cuero junto con los otros. Aquella noche el secretario de la embajada no tenía tiempo, y al día siguiente ya sería tarde. Y como siempre, llegado el momento, todos los seres humanos nos enfrentamos solos a nuestro destino final. Tal como los enfermos graves saben que ya no vale la pena llamar al médico a su cabecera, pues ya resulta indiferente si éste le administra o no una inyección más, o si abre la ventana, o si pronuncia unas

cuantas palabras en latín; tal como las familias se percatan de que el pasado y las relaciones existen en vano, pues llega un día en que la familia se descompone y se disgrega, y los parientes más distinguidos son incapaces de hacer nada en su favor; y tal como pueblos enteros se dan cuenta a veces de que se habían aliado en vano con amigos y enemigos, pues en el instante crítico el tratado ya no vale nada, y empieza algo totalmente distinto en vez de los acuerdos y convenios: la realidad que es necesario soportar... Ahora la ciudad se percataba de que frente aquella amenaza, frente a aquel peligro de categoría inferior, aquella noche no podía hacer más que lo aconsejado por Gábor Garren; no podía defenderse con otros medios que no fueran ataviarse con el disfraz algo arrugado de la vida burguesa y ponerse a bailar, hacer sonar esa música delicada y familiar, enlazarse en la complicidad elegante de una vieja contradanza, para enfrentarse a la muerte, con frac y falda de seda, al compás de tres por cuatro. Ahora, por fin, todos habían comprendido que latía en ellos algo verdaderamente superior; tal vez el idioma que se hablaba allí, entre la montaña y el mar, o las tazas con filete dorado que tenían en las vitrinas de casa, o la manera de saludarse en la calle, según una jerarquía inamovible y con un movimiento secular de cabeza, o el ademán con el que después de cenar, a la luz de la lámpara de pie, sostenían un libro, o rompían a llorar, mientras otros permanecían alegres e indiferentes, o la forma de las casas en que vivían y los perfiles de los muebles labrados en madera de peral, o lo que pensaban antes de dormirse de sus antepasados y de ciertos chismorreos, de reyes difuntos y de santos convertidos en polvo, de vendimias y entierros, o a lo mejor el propio Gábor Garren, a quien la ciudad había gestado y criado tan felizmente y que ahora, cuando acechaba el peligro, con su instinto artístico, les había enseñado la única forma posible de defenderse. Así pues, todos

habían comprendido que existía en ellos algo superior, y que sólo mediante aquella superioridad podían defenderse contra la invasión extranjera. Por eso bailaban. Habían empezado el baile un poco serios, pero más tarde, cuando la cálida pasión de la danza hubo disuelto la cohibición y la solemnidad de los miembros anquilosados, cuando ya bailaban desesperados y transportados, todavía conservaban las formas, sobre todo al hacer una reverencia ante las damas, o cuando los bailarines volvían a conducir a sus bailarinas a los asientos. Hacia el alba ya bailaban en silencio, con los dientes apretados. Así, bailando, con movimientos prescritos, de forma rigurosa, pasaron de la vida antigua a la nueva. Cuando llegó el momento de disgregar a la concurrencia, en el vestíbulo, envolvieron a las damas en sus pieles, en la corriente de aire unos gritaban los nombres de otros con voz ronca, y ante la puerta llena de coches y trineos, entre chasquidos de látigos, se pusieron en camino hacia casa, y en la sala no quedó más que la orquesta, que, pese al cansancio, continuó tocando hasta el último instante, tal como es costumbre a bordo de los transatlánticos que se hunden, algún que otro ramillete de flores caído en el suelo, algún que otro guante largo de color blanco, y Gábor Garren y unos cuantos chicos en un rincón. A esa misma hora los extranjeros pisaban ya la nieve de los suburbios.

Gábor Garren se despidió de sus acompañantes en la puerta de su casa. Los jóvenes tenían la cara seria y apretaban la mano del anciano más tiempo del habitual. Uno le dijo, con los ojos ardientes, tartamudeando, que acaso más valdría morir. Gábor Garren reflexionó. Miró hacia arriba, hacia el cielo de diciembre, sembrado de estrellas fulgurantes, miró más allá de los tejados de la ciudad, luego miró los astros y reflexionó. Los chicos decían en voz baja que ahora que ya habían bailado, hecho reverencias y todo cuanto Gábor Garren —cuya

autoridad e instinto reconocían sin discusiones— había considerado oportuno y más, tal vez, ahora valdría más morir, o volver a casa, afilar los cuchillos de caza, encender la peguera y defenderse contra la agresión por otros medios que el baile; a la antigua usanza, tal como lo hacían los antepasados. Gábor Garren no les contestó. Contempló mucho rato las estrellas, luego miró a los ojos a los chicos, apretó una por una las manos que se le tendían, se quitó la gorra de piel y con la cabeza descubierta se puso en marcha y subió la escalera de su casa. Sebestyén y una criada de edad avanzada lo habían esperado al pie de la escalera, con un quinqué levantado. Anna y Erzsébet ya habían regresado. Gábor Garren pasó por delante de las habitaciones de las mujeres, entró en silencio en su cuarto, se lavó las manos y la cara en el agua helada, y se refrescó con colonia las sienes cansadas. Luego se sentó ante su escritorio, donde se puso a abrir cajones y ordenar documentos. En uno de los cajones encontró el revólver del abuelo; una pistola amorfa y enorme que se cargaba por el cañón. Contempló aquella arma durante un buen rato, con una sonrisa despectiva; al fin, con un gesto desdeñoso, la metió en el cajón de la mesita de noche. Después repasó cartas antiguas, las de sus hijos; las misivas de Tamás que pedían siempre dinero y llegaban del otro lado del mar, con un estilo algo rimbombante, y las de Péter, desde Karnak, aquellas cartas concisas, pudorosas, en las que parecía como si continuamente callase algo y en las que, de paso, siempre adjuntaba dinero para Padre, «para fines benéficos», escribía con tacto y una letra algo tímida, y como si se ruborizase al escribir, como si acabase de poner algo reñido con la buena educación, no circunscribía con mayor detalle aquellos fines benéficos. Péter se daba cuenta de manera instintiva de que en el hecho de que un hijo dé dinero a un padre late siempre una generosidad bárbara digna de figurar en los libros de texto, pero al mismo tiempo

también cierta indecencia sobrehumana. Con el índice, Gábor Garren se subió las gafas sobre la frente, con sus dedos finos y largos se acercó a los ojos la carta de Péter, leyó las líneas letra a letra con sus ojos miopes, y meditó. Aquel fin benéfico al que Péter aludía en su carta, desde luego, no podía ser otra cosa sino el arte, y el significado y contenido más profundo de lo que era él, Padre. Gábor Garren no se ruborizó. Debían crear la obra uniendo sus fuerzas. Ahora que los chicos ya eran hombres, y que cada uno de ellos habría podido retocar algo en la obra, parecía natural que Péter, desde Karnak, donde vivía al servicio de aquel tal Emmanuel tan sospechoso, contribuyera a los gastos. Había que sacrificarlo todo por la obra; también Gábor Garren había renunciado a todo: a tres mujeres, a sus hijos, la imprenta, la fortuna, sus bienes en este mundo. Se desabrochó el cuello y se pasó la mano por el cabello largo y canoso. Albert, en papel rayado, le había escrito que sus superiores estaban contentos de sus progresos. Gábor Garren asintió con la cabeza y descartó aquella carta con la punta de los dedos. La obra no podía resultar completamente perfecta, pensó; debía contener también escoria, alguna sustancia más barata que la ligase y uniera al mundo. Y esa materia era, en la obra, Albert. Y Edgar, a su manera, quitándoles valor a las cosas, le pedía una escopeta de caza, pues acababa de conocer a una gente muy distinguida en un café y estaba decidido a dedicarse a la caza en el futuro. «Nada podría ser más bonito que un bosque otoñal al alba. Envíame seiscientos, por favor», escribía. Gábor Garren ordenó las cartas. Después, se acercó a la ventana y contempló el alba.

En la estancia reinaba un calor agradable que mantenía el fuego de la estufa del corredor exterior. Las luces de las ventanas de las casas de enfrente se apagaban unas tras otras. Garren conocía todas las caras que ahora, detrás de aquellas ventanas, se ponían el antifaz severo y mortal del sueño;

conocía a todos los corazones que detrás de las persianas bajadas latían aún con la excitación de la fiesta, los recuerdos, el baile y la espera. Dirigió la mirada a la plaza Mayor; las chimeneas de las casas aún estaban envueltas en niebla, como si un pobre diablo andariego y anémico, tiritando, calentase aquellas casas dormidas, y la calle ya se perfilaba en la luz débil del amanecer, blancuzca y exangüe, como una religiosa entrada en años que se despierta una mañana de invierno y en el rincón de su celda sombría, que huele a flores, se prepara para el primer oficio del día... Garren apoyó ambas manos en el marco de la ventana, con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar a alguien. Ahora comprendía la ciudad, todo cuanto vivía allí, incrustado en las piedras; conoció en aquel momento su ciudad natal, remontando cien años del pasado y cien años del porvenir. En aquel momento era en efecto un artista; ya no sentía, sólo acechaba. Veía caras de difuntos y caras de gente dormida, y todo cuanto en la ciudad había sido original, recuerdo, deber personal; percibía el aroma de la primavera y el estío en sus calles; experimentaba su ciudad a través de todos los sentidos, indefenso, como si un cuerpo querido reposara entre nuestros brazos en alguna situación humillante e impúdica y, aunque daríamos nuestra vida por él, no pudiésemos hacer nada por ayudarlo. En aquellos instantes se sentía creador; se sentía padre y artista, alguien que lo ha entregado todo a su obra y ya no puede hacer nada más por ella. «Ahora vendrán los críticos. La tocarán y la ensuciarán», pensaba, y palideció. Nunca había sentido tanto apego por la ciudad como en aquel instante en el que debía entregarla al universo. Con nostalgia y dolor inmensos, impotente, lanzó una mirada celosa a la plaza Mayor. Comprendió a aquel escultor que vivía en una de las casas de las afueras y un día antes de inaugurar su exposición, ciento cincuenta años atrás, había empuñado un martillo y destrozado la obra de su vida porque

no quería enseñarla a extraños. Como si todo lo que respiraba y dormía plácidamente en la ciudad, después del baile, en aquella hora matinal, fuese obra suya. Apoyándose con una mano en el cristal de la ventana, reclinó la cabeza sobre el antebrazo. «Tal vez habría que aniquilar la ciudad —pensó—. Ahora vendrán a buscar en las gavetas y los corazones, hurgarán en las bibliotecas y en las almas». Se quedó inmóvil y pálido, sólo sus labios temblaban; tenía la mirada fija en el suelo. La plaza ya se perfilaba afuera, con claridad, cuando divisó a los extranjeros.

Llegaban blandiendo sus picas en horizontal, preparadas para herir, y con unas diminutas ametralladoras de color gris verdoso que cargaban unos caballos de baja alzada parecidos a las mulas. Al pie del monumento a la Virgen, descargaron de inmediato los animales y miraron a su alrededor, desconfiados. Un oficial obeso, probablemente capitán o teniente coronel, con guerrera forrada de piel de cordero y guantes de punto, y unas orejeras de terciopelo negro sobre los pómulos, daba órdenes para que dos ametralladoras apuntasen al teatro. Los soldados se dispersaron en grupos de a tres, y moviendo las granadas de mano se colocaron ante las puertas del ayuntamiento, el palacio episcopal, la academia de inspectores, el conservatorio municipal y la catedral. Un grupo reducido se situó incluso ante la puerta de Eolo; los hombres contemplaban perplejos el arpa expuesta en el escaparate. Cuando se hubieron distribuido de forma estratégica, ocupando todos los portales y lugares peligrosos, los soldados empuñaron con mayor determinación sus picas y fusiles, miraron en torno a ellos, inquietos y se quedaron a la espera, pisoteando la nieve. Resultaba evidente que les habría gustado mucho que ocurriese algo, por fin; si la ciudad diera una señal de que estaba dispuesta a la resistencia, y desde las ventanas, siluetas de melena llameante, envueltas en camisas de noche blancas, les

lanzasen pez fundida o agua hirviendo, o si las mujeres, con cuchillos entre los dientes, se abalanzaran sobre ellos, entonces habrían salido de los portales. Pero no ocurrió nada semejante. La ciudad dormía. Sólo la nieve continuaba cayendo. La estatua de la Virgen, de azul, dorado y grana, estaba ya completamente cubierta de nieve. La Virgen, con el Niño en brazos, miraba a los extranjeros, sorprendida y nerviosa, con la cabeza algo ladeada. Ahora que acababan de llegar allí tras retirarse de la bahía la armada nacional, porque un secretario de la embajada había plegado con dos dedos un telegrama y lo había guardado en una cartera de piel, porque en el mundo no hacía mucho había hecho estragos una guerra y sobre todo porque en el camino nadie les había cerrado el paso, miraron a su alrededor, algo sorprendidos. En aquellas caras sin afeitar («La mayoría de los conquistadores va sin afeitar», es lo primero que le había venido a la cabeza, con un sobresalto nervioso, a Gábor Garren) se notaba que no comprendían del todo su papel, y que les hubiera gustado demostrar que estaban allí y resistían, que eran héroes, a lo mejor unos héroes nobles y magnánimos, y que sólo cumplían con su deber al ocupar, a pesar de los peligros y las artimañas, la ciudad. Los soldados contemplaban la nieve que caía, indecisos; la torre de la catedral cubierta de pizarra multicolor, las ventanas cerradas del palacio del obispo, las casas dormidas. Les habría gustado mucho poder conquistar, pero les resultaba imposible, pues la ciudad estaba sumida en el sueño. Era evidente que ese contratiempo, que no tenían previsto, los turbaba. Entonces uno de los soldados vio luz en la ventana del dormitorio de Gábor Garren; levantó su fusil, apuntó y disparó. La bala atravesó el cristal, pasó silbando junto a la oreja de Gábor Garren y fue a parar al armario de la pared, a la tapa de un libro de veterinaria, para caer luego en el suelo, con un ruido seco y fuerte. Era la primera bala, desde hacía ochocientos años, que se había

disparado contra una persona en la ciudad. El soldado miró hacia la ventana iluminada, mientras seguía boquiabierto la trayectoria de la bala. Todos los soldados miraban hacia la ventana. El silencio era profundo y denso. Un segundo después, como el estruendo de un fusil, se oyó desde la plaza maldecir al teniente coronel; fue un reniego cargado de consonantes. Gábor Garren movía la cabeza, con desaprobación.

A través del cristal roto entraba el aire frío, fino y cortante. Aquel aire frío asqueaba a Gábor Garren, como si alguien acabara de comportarse de una manera indecorosa. Se acercó a la librería, recogió la bala del suelo, la tomó con desprecio entre dos dedos y la examinó detenidamente. Era una bala muy pequeña, no mayor que una avellana. Era de acero, puntiaguda. Gábor Garren negaba con la cabeza. «Así son los instrumentos de esta gente», pensaba. Su boca exangüe se torció con el rictus de una sonrisa irónica. Alguien llamaba a la puerta con los nudillos, con timidez. Era como si Garren acertase a comprender que era inútil todo cuanto los hombres hubiesen realizado hasta entonces: en vano se habían escrito libros y pintado cuadros; en vano se había erguido en medio de la plaza Mayor la estatua de la Virgen; en vano habían reflexionado los más inteligentes, incluido él mismo. Gábor Garren había trabajado en vano, sesenta años, en la obra... De pronto la rabia se adueñó de él y rompió a gemir. Esa certeza le resultó muy dolorosa. Miraba la bala, la ventana rota y gemía en voz baja. Todo había sido en vano, desde hacía cuatro, cien mil años. Y ahora debían entregar la ciudad. Debían entregar las casas en las que habían nacido Péter y Anna, y los pequeños. Debían entregar las estancias en las que dormían los habitantes de la ciudad, que saludaban exactamente como él, sonriendo, quitándose el sombrero con un ademán amplio, mientras decían: «¡Me alegro de verte!» Debían entregar el arpa del escaparate, el recuerdo de la noche en que regresaron del

teatro con Cristina, y Cristina era tan joven, y pusieron la mesa en el salón y bebieron champán y ella temblaba bajo el efecto de la bebida, y él había cubierto sus hombros con un pañolón de seda china, de color crema. Aquel pañolón aún debía de estar en alguna parte, en la planta baja, en algún cajón. Ahora debían entregar incluso aquel pañolón. Y los huesos, los huesos de los Garren, en el cementerio. Y todo con lo que los muertos y los vivos habían marcado la ciudad desde hacía ochocientos años: las huellas de sus manos o de sus labios en una copa antigua. O la de su frente en la ventana, aquella mancha un tanto grasienta que se queda pegada en el cristal, cuando alguien desesperado y desconcertado aprieta contra él su frente ardiente. Volvían a llamar a la puerta; Anna estaba detrás, con su camisón y abrigo de pieles, digna y tranquila.

—Ya están aquí —dijo.

Gábor Garren pasó por su lado. Se alegraba de que Anna no llorase. «Tampoco Cristina habría llorado», pensó. Bajó las escaleras; avanzaba con decisión. Iba sin sombrero, con el cuello de la camisa abierto, lentamente, con pasos firmes y regulares. Los soldados, en la puerta, se apartaron de su camino. En la plaza ya se iban abriendo las ventanas; gente en camisón y con el pelo enmarañado se inclinaba hacia afuera, como si aún estuviera soñando. También la gran campana se puso a repicar, y al sonar parecía como si disparasen con un cañón en alguna parte. Como si la ciudad, con unas baterías misteriosas, se pusiera a cañonear ese algo hostil que había irrumpido de repente. También los soldados tenían una sensación similar. La batería de las campanadas disparaba rítmica y sistemáticamente al enemigo. Gábor Garren se detuvo en medio de la plaza, entre los soldados; levantó la mirada hacia la torre y fue contando las campanadas. Era como si la campana tañera por sí sola. El obispo se sentó en su cama y se persignó. Una mujer joven, la esposa del vendedor de objetos

para el culto, que pocos días atrás se había desviado del buen camino y en el cementerio, detrás de la capilla, había engañado a su marido, rechoncho y triste, con el profesor de música, saltó de la calidez de la cama por el lado de su triste marido y, en camisón, angustiada y turbada por el tañido, se hincó de rodillas frente a la ventana y rompió a llorar. Decidió que no reincidiría. Lloraba porque con su sacrificio habría querido aliviar el destino de la ciudad; lloraba con desesperación, consciente de que no podía hacer nada por la ciudad, y porque además se daba cuenta de que no podría luchar contra su naturaleza —no dejaba de ver los ojos grandes y brillantes del profesor de música, aquellos ojos de ternero vacíos y conmovedores— y que al cabo de tres o cuatro semanas volvería a engañar al vendedor de objetos para el culto. A lo mejor, antes. Kalb, el prestamista, se paseaba por su habitación y murmuraba entre dientes, con el frac puesto, pues aún no se había quitado el disfraz festivo; olía a aguardiente y repetía sin cesar la misma frase: «¡Qué clase de orden legal! ¡Qué clase de orden legal!» Estaba alterado y le dolía el hígado. Muchos todavía dormían, pero las campanadas atravesaron la superficie del sueño y perturbaron sus vacilantes imágenes: jóvenes guapas y desnudas a las que de repente les crecía barba y hombres que se volvían pálidos como los difuntos. El alcalde estaba de pie ante el espejo, peinándose las barbas; sostenía el peine con mano temblorosa y buscaba palabras solemnes, palabras que al mismo tiempo sirvieran de protesta y acusación. Pero no se le ocurría nada especial. De forma mecánica, su cerebro repetía las mismas palabras: «En virtud de mi cargo oficial». Su boca temblaba. El tañido de la gran campana cañoneaba paulatinamente a los extranjeros, pues en aquel instante algo más celebraba su entrada a la ciudad, no sólo los soldados, las ametralladoras y los caballos de pequeña alzada que parecían mulas. La extranjería que acababa de

abalanzarse sobre la ciudad llegaba desde más lejos, y no consistía sólo en hombres, picas y fusiles. En aquel asalto había algo que estaba por encima de los hombres.

Gábor Garren atravesó la plaza. Ya en casi todas las ventanas se veía a un hombre o una mujer despeinados y en camisón. Todos fueron despertando y contemplaban la plaza con ojos vidriosos. No habrían creído que la traición se produciría tan pronto. Miraban la ciudad con esa especie de horror sacro que siempre invade a los creyentes al darse de bruces con la realidad. La realidad no era tan terrible, pero tampoco era consoladora; era mucho más sencilla y mucho más descabellada que todo cuanto fueran capaces de imaginar. La realidad estaba allí, en la plaza, y era rechoncha y la rodeaban soldados. Gábor Garren se detuvo ante la realidad e hizo una reverencia, una reverencia más bien sutil, sin inclinarse más de lo que recomendaran las tradiciones de la ciudad, por la mañana, la mañana de la conquista, ataviado de manera incompleta, a pesar de que se hallaba ante forasteros. Se inclinó y abrió un poco los brazos. Tenía la cabeza descubierta ante el militar extranjero, los brazos abiertos, el cuello de la camisa desabrochado y la brisa matutina jugueteaba con su cabello blanco. Abría los brazos como si detrás de él hubiera una muchedumbre, y él estuviera defendiendo una causa. Su aliento se volvía visible en el frío, como una cinta estrecha y brumosa. El teniente coronel lo miraba sorprendido. En una mano sostenía el sable, y en la otra, un revólver.

—¿Quién es usted? —preguntó en un francés imperfecto.

Habría podido tratarse de portugués o sueco. A Gábor Garren le sorprendía la pésima pronunciación del extranjero. «No saben siquiera francés. Este hombre jamás habrá leído a Rousseau», pensó con desprecio.

—Soy un ciudadano —dijo Garren—. Un ciudadano de esta ciudad. —Se enderezó y con un ademán amplio, que parecía

designar las casas de la plaza, las colinas y el valle, todo cuanto formaba parte de la ciudad, con un movimiento responsable, humilde y seguro de sí mismo, y la cabeza erguida, declaró—: Ciudadano y artista.

Callaron. Los soldados parecían asombrados. El teniente coronel tenía frío. La campana había dejado de tañer, como si algo hubiera acabado de madurar y ahora comenzase. Ya no se necesitaba para ello el repiqueteo de la campana. Alguien acababa de pronunciar las palabras necesarias y, ahora, la realidad iba a empezar. Gábor Garren se sentía algo avergonzado. ¡Qué primitiva es la realidad!

—Vuélvase usted a su casa —dijo el teniente coronel, con aspereza—. Vuelva a su casa —repitió en voz más baja—, si no, ordenaré que lo fusilen.

En su turbación, el teniente coronel se puso a toser, y como aquel que en un lugar extraño acaba de pronunciar una frase incorrecta o desacertada, se llevó rápidamente una mano a la boca.

La vergüenza

Así ocuparon los extranjeros la ciudad, y así, a su manera, luchaba Gábor Garren contra el conquistador. Como era natural, los habitantes autóctonos de la ciudad hablaban siempre de muy buena gana de aquella escena matinal, y siguieron hablando de ella durante mucho tiempo, incluso decenios después.

Gábor Garren nunca había mentado aquella escena. Incluso Péter y Tamás se habían enterado ahora de sus pormenores. Habían pasado veinte años desde aquella mañana; las palabras

se habían distorsionado, la historia había cobrado vida propia y se había tornado algo histórico, y de una forma misteriosa se había llenado de elementos extraños que apenas guardaban una relación vaga con la verdad. Se contaba, por ejemplo, que el coronel había pegado a Gábor Garren en la cara con la fusta. Otros afirmaban que el teniente coronel era un general, y ni siquiera uno, sino varios generales, a los que Padre ordenó que se retirasen de la ciudad. «Les dio el ultimátum con palabras sencillas, pero resueltas», decían. Gábor Garren jamás intentó refutar aquellas variantes de la historia, como si se avergonzase un poco por lo que había ocurrido. Mucho más adelante, quince años después, cuando Péter y Tamás regresaron a la ciudad, ya se contaba aquella escena matinal como si Padre hubiese echado a los extranjeros. Como si hubiese llamado al agente de policía de la esquina para que expulsase a aquellos vagabundos impertinentes. Surgieron versiones según las cuales los generales extranjeros, después de aquella escena, habían arrastrado a Gábor Garren a un sótano. En todo aquello no había una sola palabra de verdad. Después de la escena matinal, Gábor Garren, con una dignidad intacta, fue de la plaza a su casa y ordenó que le preparasen un baño. Después de asearse, llamó a Sebestyén y le dijo que también aquel día, como de costumbre, abriese Eolo. Y añadió que si llegaban clientes, hiciera el favor de atenderlos exactamente como siempre. Sebestyén miró a su jefe con admiración.

Todos los que vivían en aquel entonces alrededor de Gábor Garren lo miraban con admiración. Había ordenado que todos continuasen viviendo con el horario acostumbrado la misma vida que llevaban antes de la llegada de los conquistadores. Y todos habían comprendido que Padre, el artista, pretendía salvar algo que estaba siendo acosado por manos torpes y toscas; daba cuerda a la ciudad, como a un mecanismo, para que su tictac continuara al mismo ritmo que antes, y así quizá

podrían llegar a eludir el peligro supremo. Tal vez la ciudad sobreviviera con su tictac al período crítico. Padre velaba, con el sentido de las proporciones y el instinto conservador del artista, para que las costumbres antiguas no salieran de sus rutinas habituales. Los extranjeros debían de percatarse de que había alguien en la ciudad que vigilaba la disposición del tiempo y las formas de antes. En un primer momento, con una mezcla de sorpresa y prisa, los extranjeros habrían querido cambiarlo absolutamente todo; hasta el clima y la sucesión de las horas, e incluso habrían transformado la mitad soleada de la calle en mitad de sombra. Como todo aquel que no tiene razón, les hubiera gustado sobremanera que acudieran en su ayuda el universo, los vientos y el tiempo, para encubrir la violencia. Porque si el mundo entero se trastornaba, los extranjeros habrían tenido razón. Pero el mundo no se trastornaba, y Gábor Garren continuaba velando. La ciudad aceptó el cambio con el orden ejemplar propio de las reglas de una casa. Confrontado con la severa medida de aquel orden, el desorden producido por los invasores se ponía todavía más de relieve. Comparado con el orden antiguo, el orden nuevo, el de los extranjeros, el que llevaron consigo al igual que el idioma extranjero, los ensueños extranjeros y el derecho extranjero, parecía un desorden impertinente y grosero.

La ciudad se resistía de la única manera que le era posible: se encerraba en sus formas íntimas. No era necesario debatir una defensiva en reuniones clandestinas. Cuando el primer mediodía, el mediodía de esa histórica escena matinal, Gábor Garren pasó por la plaza, con su abrigo de piel negro, un gorro también de piel y en el cuello la corbata *lavallière*, saludando y sonriendo como siempre, con modestia y cordialidad, deteniendo a algún que otro conocido para charlar un rato, preguntándole si había descansado después del baile, y si guardaba buen recuerdo del mismo, y si no le parecía que la

próxima fiesta sería mejor organizarla al aire libre, bajo los robles, bajo lampiones, con disfraces meridionales... Al ver cómo Gábor Garren, el artista, continuaba creando su obra como si nada hubiese ocurrido, y no hacía el menor caso a las ametralladoras, ni a los soldados extranjeros que tiritaban a causa del frío, enfadados y con rostro desconfiado, se calmaron y lo comprendieron. Los soldados miraban con hostilidad a Gábor Garren, pero no sabían qué hacer con él. Cuando, de un modo grosero, se dirigían a él en idioma extranjero, lo intimidaban para que no se detuviera y circulase, se llevaba dos dedos a su gorra de piel, miraba a los extranjeros con gesto amable y sonriente —es verdad que su sonrisa era fría y cortés, una sonrisa de quien parpadea como un miope—, como si se hallase ante unos turistas cuyo idioma desconoce, pero a quienes quiere ayudar a pesar de todo. En un mundo civilizado es obligatorio ayudarse los unos a los otros, decía su mirada. Los soldados escuchaban cohibidos sus palabras amables. Aunque no comprendían la lengua en que Padre les hablaba, no podían evitar percibir aquella otra forma expresiva con que les hablaba, la manera de ser de aquel señor extranjero, distinguido, con una gorra de piel tan elegante. Murmuraban algo y volvían la espalda. Contra la cortesía, ni siquiera los conquistadores pudieron hacer nada. Padre, en aquellos días, se paseaba por la ciudad con una cortesía afilada, y hacía brillar por doquier su arma como un puñal de triple filo.

Los extranjeros permanecieron un tiempo en la plaza Mayor. Encendían hogueras en torno al monumento de la Virgen y hacían disparos al aire. A los pocos días llegaron refuerzos por mar, pero los recién llegados también se quedaron en grupos, sin hacer nada, en la plaza. Se daban perfecta cuenta de que sólo se puede conquistar aquello que ofrece resistencia. Nada es más difícil que conquistar a alguien que no se revuelve. Habrían querido convencer a la ciudad, pero la ciudad no

discutía con ellos. A los dos días llegó un coronel para ayudar al teniente coronel, luego dos generales llenos de correas y galones de oro. Los generales llegaban en automóvil y para su alojamiento se vació la sala de actos de la diputación provincial; ahora dormían allí, en camas de campaña. Dormían muy mal, pues la sala, aquella sala abovedada y centenaria, tenía mucha corriente de aire y era imposible de calentar. Habrían podido instalarse igual o mejor en el hotel, en las camas de nogal, hermosas y muy antiguas, de las pulcras habitaciones para huéspedes, donde desde hacía décadas se alojaba todo el que llegaba a la ciudad, y en donde había siempre agua en los jarrones y, cada tres días, cambiaban la ropa de las camas. En aquella estación del año, durante aquel período histórico, el hotel estaba casi vacío, y tal vez el propietario incluso se habría alegrado de contar con huéspedes tan distinguidos. Pero a los generales extranjeros ni siquiera se les había pasado por la cabeza que se pudieran hospedar en el hotel. Les parecía que eso no habría sido coherente con el papel histórico que estaban desempeñando y que, por regla general, hotel y conquistadores no iban de la mano. Por eso preferían dormir, por ejemplo, en el teatro, e impedir con su presencia las funciones de la compañía. Por lo mismo, dormían en la sala de actos de la diputación provincial, guisaban la sopa en la plaza Mayor y en los sótanos del ayuntamiento; en general, hacían su aparición allí donde no pintaban nada pero podían molestar a los habitantes y estar lo más incómodos posible. La ciudad, como si volviese discretamente la cabeza, observaba con malicia y asombro, pero sin decir palabra, la agitación ridícula y sin sentido de los extranjeros. Incluso los habrían ayudado con gusto y habrían rogado a los generales que disfrutaran de la comodidad de las habitaciones del hotel, habrían asignado a los soldados los dormitorios amplios, vacíos, fáciles de airear y calentar de los antiguos cuarteles de

la guarnición, les habrían dejado que guisaran la comida en sus cocinas inmensas y lavaran la ropa en sus lavaderos, mucho más adecuados para ello que los camerinos del teatro. Pero los soldados y sus oficiales, en su bochorno, se aferraban con terquedad al teatro y a la sala de la diputación provincial. Como si con su presencia en la ciudad quisieran mostrar su desdén hacia las tradiciones. Como si desde la mañana hasta la noche, con codicia y celo, quisieran conquistarlo todo a destajo. La ciudad, educada y vetusta, volvía la cabeza con discreción, y si los transeúntes dejaban de sonreír al ver aparecer por la mañana a los viejos generales ante la diputación provincial, sin afeitar, cargados de correas y galones de oro, con aspecto de haber dormido mal, tosiendo, mirando a su alrededor y dispuestos a conquistar de inmediato, si los transeúntes no sonreían era en realidad sólo por cortesía y educación.

Sin embargo, conquistar —como ellos mismos se dieron cuenta bien pronto— no es una empresa sencilla. La ciudad se defendía contra la violencia mediante gestos sutiles. No replicaba golpe contra golpe; sólo volvía un poco la cabeza, miraba a un lado cuando se le hablaba, se sonreía, movía la cabeza y pasaba de largo, como si no comprendiera las palabras. Los extranjeros habrían preferido hablar sólo con consonantes; el acento de su lengua era duro, como si masticasen guijarros. Llenaron las paredes de proclamas y edictos. Del texto de aquellos carteles sobresalía sonora una palabra, extranjera y no obstante familiar en todos los idiomas, «muerte». Como a quienes les aburren las cuestiones insignificantes, los extranjeros amenazaban, sin distinción, con la muerte. Prometían la muerte a quienes formasen grupos en la calle; la muerte a quien no apagase la luz después de las nueve de la noche en su casa; la muerte a quien no entregase sus armas. Los extranjeros ocuparon los edificios oficiales,

detuvieron al alcalde y a algunos concejales, pero luego no sabían qué hacer con ellos en la cárcel y los dejaron en libertad. Dispusieron que el edificio que hasta entonces, durante doscientos años, había albergado la oficina de recaudación, alojara de ahí en adelante la contaduría, que el mando de la división se instalase en el edificio del antiguo hospital, y que enfermos y médicos pasasen al palacio de la contaduría. Pocos meses después, cuando junto con los tanques, cañones y aviones llegaron funcionarios, suboficiales y holgazanes misteriosos que seguían las huellas de los conquistadores como vivanderas y prostitutas, ordenaron que los enfermos fueran trasladados de nuevo al antiguo hospital, y que también la oficina de recaudación volviese a ocupar su antiguo palacio. Los funcionarios llegados tras las huellas de los conquistadores sonreían cohibidos, no dejaban de beber cerveza —cuando en la ciudad se prefería el vino a la cerveza— y vestían traje negro, incluso entre semana, pero con botines amarillos. Se paseaban por las oficinas con carteras bajo el brazo; hacían guiños al cruzarse con algún autóctono, algo avergonzados pero con una impertinente familiaridad; inauguraban oficinas nuevas y se conferían a sí mismos títulos ostentosos, pletóricos de consonantes. Estos funcionarios alquilaron los pisos más bonitos de la ciudad, pero comían en la cocina, y todos entablaron relaciones con las criadas.

La ciudad soportaba más o menos bien a los soldados, que habían llevado consigo cierto orden internacional supra racial; se paseaban con un metro en la mano, sabían con exactitud cuántos botones había que coser en el uniforme, y aunque de vez en cuando desfilaban con sus tanques por la plaza Mayor, lo hacían más bien por sentido del deber y para no perder la práctica. Al final se fueron a vivir a los cuarteles, donde seguían llevando una vida reservada y conveniente. Pero esos civiles recién llegados no daban tregua. La mayoría eran bajitos

y rechonchos, morenos; miraban el mundo con ojos fulgurantes y maravillados, y untaban su cabello con brillantina barata. En las oficinas subían demasiado la calefacción, se inclinaban sudorosos encima de las actas nuevas y flamantes, y las estancias acababan despidiendo un hedor rancio de brillantina derretida. En general, olían muy mal. Como se embadurnaban con perfumes, por la noche despedían tal tufo en los cafés que casi provocaban náuseas, como rosales en descomposición. Además tenían muchísimas cosas que hacer. Primero quitaron la rotulación de las calles, luego pintaron con colores nuevos las barreras; finalmente ordenaron a los comerciantes que cambiasen sus rótulos para que se correspondieran con el espíritu del nuevo idioma oficial. También Gábor Garren se vio obligado a poner un rótulo nuevo, que contenía ahora una sola palabra, con letras doradas: EOLO. Los extranjeros no comprendían aquella palabra griega. Una mañana uno de los paisanos recién llegados se presentó en la tienda; hablaba a gritos, con los pulmones llenos, y exigía que le enseñasen el inventario. Se comportaba, en general, como quien ya sabe algo, pero que por el momento —por astucia— prefiere no revelar sus conocimientos ocultos. Gábor Garren y Sebestyén lo condujeron en silencio por todos los rincones y a los almacenes. La imprenta sorprendió al funcionario, que empezó a emplear un tono más bajo, y miraba en torno a él cohibido; de golpe y porrazo se volvió más cortés, sonreía e insistió en que sólo cumplía con su obligación. Gábor Garren le contestó con voz queda que también él cumplía sólo con su obligación. Se pararon en medio de la imprenta, donde hacía ya muchísimo tiempo que no encendían la calefacción; tenían mucho frío y se miraban desconcertados. Padre se sentía algo avergonzado. Sebestyén había adoptado un gesto soberbio y oficial, con la mirada fija en el techo. El punto de vista de Sebestyén, a partir del momento en que los extranjeros habían irrumpido en la

ciudad, era sencillo e inapelable, como si en realidad éstos estuvieran preparando con sigilo un plan contra la casa. Según él, no pensaban ocupar la ciudad, ni siquiera pretendían dominar la provincia, sino que todo aquello, la ocupación del mar, las montañas, la ciudad y las aldeas, no era, en el fondo, más que un pretexto para, con una astuta artimaña, y con ayuda de los tanques y las tropas, infiltrarse en la familia Garren y ganarse su confianza para descubrir los secretos comerciales de Eolo, e incluso indagar sobre la obra en preparación, o algo por el estilo. Todo esto nunca lo formulaba Sebestyén con tanta precisión; expresaba su sospecha más bien con miradas, encogimientos de hombros y ademanes vagos. De todas formas, se guardaba bien de notar la presencia de los extranjeros. Para él, era como si ni siquiera estuvieran allí; en la calle, volvía la cabeza cada vez que se cruzaba con los tanques de paseo y sus intenciones espantosas; al ver a los generales, miraba al vacío, y ahora que se había presentado personalmente uno de los recién llegados y se interesaba por la imprenta musical, miraba al frente con expresión casi satisfecha, con ojos furiosos, pero al mismo tiempo radiantes, como quien por fin ve probada una sospecha gravísima, puesto que él hacía ya tiempo que lo había dicho. Así estaban en ese momento, en medio de la imprenta, frente al primer extranjero que había traspasado el umbral del taller de los Garren.

Padre sentía más bien sólo vergüenza. El funcionario extranjero, después de esas primeras palabras imbuidas de soberbia, impertinentes y prepotentes, se amansaba. Tal vez lo habían amansado los instrumentos musicales. O quizá la visión de la imprenta. Debía de haber llegado desde una región en donde, a lo sumo, tallaban con una navaja flautas de caña; con toda seguridad, no debía de existir ninguna imprenta musical en la región en la que habían nacido y vivido por un tiempo. Pero tal vez también le impresionara la manera de ser de

Padre, aunque más bien parecía tener miedo; movía la cabeza con admiración, como quien se avergüenza de que lo hayan mandado allí con un encargo tan penoso y sólo ahora se da cuenta de cuán bellísima persona era Padre y lo distinguida que era la tienda Eolo. Confesó que no conocía aquella «palabra extranjera» —así se expresaba— y pedía por favor que se la explicaran. Por lo general, se manejaba como una persona a quien sus superiores le han encargado una labor humillante; él, en el fondo de su corazón, compartía los sentimientos de quienes se veía obligados a fiscalizar de oficio. Padre se sentía avergonzado; en aquel instante se daba cuenta, por primera vez y con suma intensidad, de que habían deshonrado la ciudad. Si los extranjeros hubieran levantado horcas en la plaza Mayor y se hubieran paseado con un látigo en la mano entre la población, quizá no habría sentido con tanta intensidad la afrenta, pero aquel funcionario, con la cartera bajo el brazo —que, para colmo, lucía una corbata con el nudo hecho y cuello de celuloide, y que ahora hacía guiños amables y afirmaba que lo sentía y que, en secreto, sin que sus superiores lo supieran, le gustaría mucho reunirse con Padre y con Sebestyén, y hablaba mal de sus superiores, como los criados suelen hacer en la cocina—, aquel ofrecimiento de complicidad, le escandalizaba. Padre bajó la mirada y permaneció así frente al funcionario, inmóvil, mucho tiempo; luego, con el rostro enrojecido por la ira y la vergüenza, abandonó precipitadamente el local. El funcionario lo seguía con la mirada, cohibido; Sebestyén volvió la cara con soberbia y no contestó. En ese instante, casi de forma solemne y oficial, de forma ostensible, se instaló algo entre la ciudad y los extranjeros, como si hubiera empezado a sonar una melodía que luego, año tras año, iba a cobrar mayor intensidad: la melodía del sentimiento de vergüenza.

Todos ellos se sentían avergonzados, tanto los extranjeros recién llegados como los habitantes autóctonos. Y puesto que,

en su vergüenza, los extranjeros no podían hacer otra cosa, se ponían a hablar en voz alta, de repente. En lugares públicos, oficinas, cafés y restaurantes, sólo con hablar parecían renegar con violencia. Decían, por ejemplo: «Haga el favor de cerrar la ventana, tengo dolor de cabeza y temo las corrientes de aire», y hasta esto sonaba como si renegasen. La conciencia de que los extranjeros, con sus pies envueltos en harapos, merodeaban por las estancias de la ciudad, se acostaban en sus camas, comían en las vajillas antiguas, dormían con las muchachas y las mujeres, bebían del pozo artesiano, y en general —es difícil decirlo— metían la mano en todo, soplaban su aliento sobre todas las cosas, lo palpaban todo y dejaban la huella de su corporeidad en la ciudad, aquella conciencia de la vergüenza obligaba a todos a una resistencia igual a la que habrían ofrecido si hubiera habido una epidemia en los alrededores y las afueras; y los extranjeros la propagasen; era necesario hervir el agua en casa, era aconsejable lavarse las manos con frecuencia, en lugares públicos lo más sensato era taparse la nariz y la boca con un pañuelo, y convenía hacer gárgaras varias veces al día con agua desinfectante. Los tanques aun habrían podido soportarlos de un modo u otro. Pasado cierto tiempo, los generales se cansaron del salón de actos de la diputación provincial y se trasladaron al hotel. Los soldados vivían una vida aparte, como en constante estado de alarma, un estado de alarma propio de las trincheras, que sólo apaciguaba el ritmo de la vida en ciudad. Pero los civiles extranjeros no se contentaban con el hecho de la conquista; querían otra cosa, buscaban la promiscuidad, mezclar el sabor de sus platos con la comida de los autóctonos, mezclar su risa, su saliva, la humedad de sus besos y hasta las imágenes de sus ensueños con el sueño y la vida de los conquistados.

La vergüenza estaba visiblemente adherida a la ciudad. «Es repugnante hasta tocar el picaporte. ¡Y las mujeres! Ya no me

atrevo a besarlas. Las mujeres, ya lo ves, son capaces de cualquier cosa...», decía Gábor Garren a Sebestyén. Y en su círculo de confianza, Gábor Garren se refería a los extranjeros como a determinada clase de enfermedades venéreas. «Ya no pretendo ser justo. ¿Quieres decir que ellos también son seres humanos? Es posible. Pero yo ya no pretendo ser justo», repetía en voz alta, muy excitado. Gábor Garren ya no salía de noche para ir al café en el que, con una corbata *lavallière* al cuello, había pasado tantas horas antaño en compañía de Lucy, acompañado de falsos periodistas, en un ambiente inferior a su rango. Ahora le parecía que todo era muchísimo más indigno. En el café se podía ver a militares extranjeros leyendo revistas especializadas, sobre todo revistas militares extranjeras —lo que en cierta manera le hacía daño, pues lo percibía como una falta de tacto—, y a los nuevos habitantes de la ciudad bebiendo jarabe de frambuesas. Se los veía tan fuera de lugar y tan míseros que cualquiera habría dicho que no estaban acostumbrados a locales tan lujosos y temían que el camarero los llamase al orden. Según Gábor Garren, se tomaban el café «sorbiéndolo ruidosamente». Sí, Padre era injusto, pero se pasaba todo el día oyendo un sinfín de ruidos desagradables, de sorbidos y carraspeos; para él, la cafetería había sido mancillada, todo lo había sido, incluso el hermoso y antiguo teatro, ¡desde que los generales dormían dentro!... Él no salía nunca y no iba a ninguna parte. Los extranjeros consiguieron que el propietario del café se suscribiera a toda clase de revistas humorísticas raras que Padre no entendía en absoluto, pues era incapaz de reírse de los chistes modernos. Ellos incluso comían de manera distinta —por ejemplo, lo que más les gustaba era el morcillo de ternera asado al jugo de limón—, y Padre sentía verdaderas náuseas. En cierta ocasión hasta se puso a vomitar cuando vio en la mesa de al lado a un inspector de Hacienda recién llegado comiendo morcillo de ternera con

un apetito voraz. En aquella época Padre ya era algo susceptible.

La ciudad estaba silenciosa, muy silenciosa, como quien baja la vista ante una agresión grave, y se siente avergonzado. El peligro se manifiesta siempre de forma distinta a como nosotros lo habíamos imaginado. Los habitantes de la ciudad habían creído que los enemigos los acosarían con un cañoneo intenso; caerían bombas del cielo, habría desorden general en las plazas, se verían gruesos muslos cercenados y ensangrentados, columnas rotas por el suelo y pedazos de porcelana fina, como tazas Alt Wien con borde de oro, desparramados por doquier. Pero nada de todo eso había sucedido. Los extranjeros habían llegado a la ciudad y se habían instalado como si lo hicieran en base a un acuerdo mutuo. Cuando en esos primeros instantes de confusión y terror, el soldado extranjero —para su bochorno, pues no había nada que hacer con su sentimiento de culpa— había disparado el fusil contra la ventana de Gábor Garren la ciudad había rugido. Varios hombres de edad madura con cuchillos y pistolas bajo los abrigos se habían precipitado a la plaza Mayor, pero el teniente coronel ya había ordenado a Padre que volviese a su casa, y los soldados merodeaban por la plaza sin saber qué hacer. La consternación y la vergüenza era tan palpable que los habitantes se vieron impotentes frente a los soldados, que procuraban esconder su desorientación temerosa y su impotencia tras órdenes completamente absurdas. Por ejemplo, prohibieron que los autóctonos se paseasen por los dos lados de la plaza. La consecuencia fue que durante varios días, hasta que un general de uniforme azul marino retiró esa disposición ridícula, todos se abstenían de pasearse por la plaza. De la misma manera habrían podido prohibir que se bebiera agua en el almuerzo, o imponer qué debían pensar antes de conciliar el sueño. La ciudad contemplaba aquellos

aspavientos impotentes de los primeros meses con la superioridad de las comunidades antiguas, muy antiguas. Pero cuando el general del uniforme azul marino —hacia finales del primer año del dominio extranjero—, bajo el signo de un animal heráldico alado y de ocho patas, organizó un baile con fines benéficos, e invitó incluso a las familias más antiguas de la ciudad, los habitantes comprendieron que la vergüenza se desbordaba como el agua de las alcantarillas, arrastrándolo todo consigo, y que era preciso defenderse. Se resistieron de la única forma posible, de la manera que Gábor Garren había imaginado: volvieron la espalda a la realidad; la presencia de los soldados y civiles les afectaba como si fuera uno más de los fenómenos y catástrofes supra personales y brutales de la naturaleza, como el arco iris o una nevada. Así pues, no asistieron al primer baile organizado por el general extranjero, igual que a nadie se le ocurriría a acudir en compañía de su familia a un lugar que fuese el foco de contagio de una epidemia de cólera. El general y sus invitados, los oficiales extranjeros y los civiles convidados, bailaban con mecanógrafas y secretarias que lentamente, tras ellos, se habían ido infiltrando desde el país enemigo. Se decía que el nuevo alcalde, nombrado ya por el general, antes había sido director de circo, y que el frac que lucía en ese primer baile antaño había sido un frac rojo de funambulista; lo habían teñido ex profeso para aquella ocasión, tan compleja, luctuosa y solemne, un día antes de la fiesta.

Así fue el primer baile del general extranjero. Pero el invierno siguiente asistieron a la fiesta oficial también varios habitantes antiguos de la ciudad. Los extranjeros recibieron a los autóctonos con una amabilidad especial; como si unos vástagos ricos, pero mal educados, recibieran a unos parientes de más noble alcurnia venidos a menos. Eran demasiado amables para con sus invitados. El general esperaba al

exalcalde y a su esposa en la escalinata, con los oficiales del Estado Mayor a su derecha, y con el alcalde exdirector de circo, que para aquella ocasión ya había encargado un frac nuevo, a su izquierda. Todos lucían flamantes condecoraciones en una cadenita que brillaba en el ojal, bandas chillonas y animalitos de bronce y esmalte. El general le ofreció el brazo a la esposa del antiguo alcalde, haciéndole una reverencia teatral, y abrió el baile con la anciana señora. Bailaban francamente mal. Bailaban como si hubieran aprendido a moverse en la escuela, pero no hiciera mucho tiempo que les habían enseñado a hacer las reverencias elegantes y delicadas. Bailaban con pasos uniformes y exagerados, al son de instrumentos de viento. Los autóctonos bailaban cabizbajos, rechinando los dientes. Era un baile muy distinto de aquel que en la noche crítica había organizado Gábor Garren. Todos los que habían asistido recordaban ahora ese último baile, cuando sus pasos seguían los ritmos de antes y ladeaban la cabeza y se miraban a los ojos, a la antigua usanza. Un aroma distinto al de un año atrás, en el último baile garreniano, se extendía ahora por la sala adornada de un modo espléndido con flores. Una sala recién pintada y cubierta con oro, por orden de los extranjeros, como todo cuanto tocaban: los mojones de las carreteras, las inscripciones de las estaciones de ferrocarril, los lavabos y demás dependencias de los edificios oficiales. Así pues, habían mandado pintar incluso aquella sala de baile, vetusta y celebérrima, construida por los antepasados de los Garren, y un hedor sofocante de pintura y cola lo impregnaba todo. Durante el baile varias damas padecieron descomposición por culpa de aquel tufo; sufrían náuseas, salían a los balcones, vomitaban y lloraban. Pero en esa época todo estaba en manos del general —quién mantendría su puesto en las oficinas municipales, a quién se le pagaría una pensión, quién obtendría un empleo de vigilante, de autor de salterios o de notario—, así que, a pesar

de todo, las damas no dejaron de bailar con los oficiales. El general, por su parte, se mostraba muy atento con todo el mundo. Flanqueado por su cuadrilla, parecía un domador lanzando bombones a sus leones y besos al público mientras recibía aplausos con una sentida reverencia después de haber presentado un espectáculo dificilísimo junto a sus peligrosas fieras. El nuevo alcalde se mostraba radiante a su lado, y también él hacía reverencias al público, como si hubiera terminado la función. Se le notaba, en efecto, que antaño había sido director de circo. Anna afirmaba además que el alcalde desprendía un ligero olor a establo y a jardín zoológico.

Después de aquel baile las damas volvieron a sus casas y rompieron a llorar. Solas o en pareja, se sentaron en sus viejas habitaciones, con el pelo ondulado y la cara pringosa de polvos y lágrimas, con la cabeza en el hombro de algún varón, y lloraron. Lloraban como las mujeres violadas de la Antigüedad, cuando el ejército de los vándalos ya se había retirado y no había quedado tras ellos más que hombres mutilados y muchachas y mujeres mancilladas por guerreros semidesnudos que olían a fieras. Ellas habían comprendido que la ciudad rebosaba de vergüenza, que la conquista casi había tocado a su fin y que, sin duda, se habían rendido, pues habían bailado en la fiesta del general. Por eso lloraban las mujeres. Los hombres contemplaban sus diademas caídas y acariciaban con manos temblorosas sus hombros convulsos. Ahora ya no se podía hacer nada. El general, como una efigie adornada con pieles y plumas salida de un ciclo de leyendas, había bajado de entre las nubes gaseosas de la historia y entablado relaciones con la viuda de un farmacéutico. La vergüenza ya era conocida, como si la hubiesen publicado en el periódico de la noche. Todos habían palidecido de golpe. Al año siguiente muchos murieron de enfermedades coronarias y diabetes. Los médicos afirmaban que la ciudad sufría de nervios.

En efecto, la ciudad no había podido manejarlo. Se sentía culpable, se avergonzaba y, cabizbaja, vivía sumida hasta el cuello en la vergüenza.

Luto y venganza

Era el tercer año de la ocupación, los extranjeros ya se habían instalado en la ciudad, e incluso habían hecho acudir del norte a sus familiares, y en las oficinas de la administración se bosquejaban disposiciones inéditas —el pasatiempo favorito de los extranjeros era cobrar impuestos y diezmos—, como si quisieran que la ciudad se despertase un poco del letargo de la vergüenza. En esa época los autóctonos pensaron por primera vez, de manera seria, en la venganza. En un principio se comportaron de manera insensata, como quien despierta de una pena abrumadora y en su desesperación primera busca al asesino mientras reniega con voz ronca del destino.

A finales del tercer año se percataron de que vivían en un estado de luto perpetuo. En el duelo, como si se tratara de una canción a coro, Gábor Garren daba el tono. El luto se manifestaba en la ciudad como si siempre fuera un día festivo, una festividad sombría, con procesiones y ayunos. El obispo no quiso intervenir. Durante aquellos años sólo raras veces salía de su palacio; pasaba la mayor parte del tiempo en las estancias con balcón, arropado con pieles, pues siempre tenía frío, incluso en verano. Le habían abierto la doble puerta del balcón de la sala grande de la esquina, y desde aquel balcón contemplaba el valle; muy lejos, allende la niebla, a veces veía brillar el mar. Se quedaba sentado allí días enteros, a veces incluso de noche, como si estuviera al acecho y mirase el valle

y el mar con una finalidad determinada.

El obispo toleraba el luto, pero no levantaba su mano para bendecirlo. Le parecía que en el fondo de aquel duelo latía cierto paganismo, como si la ciudad se sintiera desengañada de todo, incluso de la antigua fe. Sin embargo, los templos se llenaban al alba y por la noche como no se habían llenado antes, incluso los días laborables. El obispo continuaba confesando todos los miércoles por la tarde en la catedral; envuelto en sus gruesas pieles, sentado en un confesionario de madera labrada que olía a incienso y naftalina, escondiendo su rostro detrás de la estola, invisible, como si escuchase desde un escondrijo subterráneo la autoinculpación humana y soportase con humildad el río de miseria e inmundicia que avanzaba con lento fluir, chisporroteante y abrasador hacia él y su retiro sombrío. Pero la ciudad ya empezaba a despertar, se golpeaba el pecho y se confesaba. En aquellos años, los años de luto y culpa, se confesaron incluso personas que nunca antes, ni después de muchos años yendo a la santa misa, lo habían hecho: los «ilustrados», que no eran lo que se dice ateos, pero se limitaban con sonreír sabia y cortésmente cada vez que se trataba algún tema religioso; que pagaban los impuestos eclesiásticos, y los domingos por la mañana a veces interrumpían su paseo y entraban incluso en la iglesia para asistir a misa mayor, vestidos de fiesta, con el bombín en sus manos y el puro matinal encendido y escondido entre los dedos, pues acababan de llegar de casa, después de leer el periódico y meditar tal como se suele hacer en las mañanas de un día festivo. Así pues, entraban deseosos de dar al Señor lo que era del Señor, pero sin ninguna intención de tirar el puro medio consumido. Ahora, hasta los «ilustrados» acudían al confesionario. Todos los miércoles por la tarde, de tres a siete, el obispo se sentaba y escuchaba en silencio, en el rincón oscuro; jamás preguntaba detalles a los pecadores, se

contentaba con lo que se le contaba de manera espontánea, y siempre imponía la misma penitencia: tres Padrenuestros. Jamás preguntaba nada, como si ya de antemano supiera todo lo que los feligreses, tartamudeando, le podían confesar, como si todos los pecados fuesen de igual modo desesperantes y brotasen de la misma intención. Los que se confesaban no podían ver su rostro en esos momentos, y él nunca revelaba si reconocía o no, detrás de la estola y por la reja, las caras de los feligreses. La ciudad se confesaba y los que antes, en verano, solían salir de viaje al extranjero y guardaban en los estantes de su librería libros cuya lectura estaba prohibida por la Santa Madre Iglesia, ahora asistían al oficio divino. El obispo bien sabía que una devoción tan repentina era sospechosa, como toda voluntad y fervor nacidos del miedo y criados por él. Sabía que la verdadera virtud no es tan ferviente. No obstante, se sentaba los miércoles por la tarde en el rincón diminuto del confesionario —que, con el paso de los años, se había impregnado con el olor de naftalina de las prendas de invierno y las mantas preparadas para el confesor—, se cubría el rostro, escuchaba los pecados de sus conciudadanos y los absolvía a todos. Aquel fervor en el que el obispo veía cierto paganismo, un arrepentimiento artificial, un pacto sospechoso y temeroso entre la incertidumbre y la maquinación, bien pronto se quitó ese disfraz piadoso de la devoción y la misericordia, y mostró su cara verdadera y lamentable. El paganismo tentaba los corazones; sentían decepción por algo, y ahora rodeaban el altar antiguo, cabizbajos, con la esperanza de ver señales y oír voces. Sin embargo, el obispo sabía que las señales y voces que esperaban los feligreses sólo podían provenir de los seres humanos. Los extranjeros eran paganos, unos paganos ridículos y primitivos, por más señas; hicieron llamar a sacerdotes nuevos de su patria, sacerdotes que desfilaban en sus nuevas fiestas ridículas, artificiosas y arbitrarias, ataviados con bonetes

constelados de piedras preciosas, barbudos, con capas negras de seda, y que llevaban en la mano unos símbolos ofensivos y pueriles, de oro y ébano, y recordaban lejanamente el símbolo de la cruz, pero al mismo tiempo también los signos depravados del apocalipsis, así desfilaban. Construyeron incluso dos iglesias de piedra encarnada, y tenían un santo cuyo aniversario solían celebrar con un empeño particular, año tras año, un «santo» —que, desde luego, lo era basado sólo en sus conceptos absurdos, un santo grotesco y burdo que nunca había subido al cielo, pero que aquí, en la tierra, unos siglos atrás, había fomentado la rebelión contra la clase distinguida, por lo cual había acabado en un caldero con resina hirviendo— cuyo nombre aparecía bordado en sus estandartes. Se paseaban así, con los estandartes ondeantes que proclamaban de un modo profano el nombre del santo violento y extranjero. Por lo demás, eran ateos. No confesaban su ateísmo; lo ocultaban por «razón de Estado», como solía decir Gábor Garren. Él, que era roussoniano, se sentía, sin embargo, mucho más cerca del Dios verdadero que muchos teólogos, y en su injusticia triste y obstinada, acababa acusando a los extranjeros de paganismo e idolatría y contando que seguían los ritos repugnantes de un culto sospechoso y secreto. No lo decía con claridad; sólo aludía a ello con palabras pronunciadas al azar, y afirmaba que ese culto era más pérfido de lo que pudiera imaginarse, que provocaba náuseas y que tal vez fuera incluso horripilante, pues en sus ritos acaso se mezclaban sangre de niños e hígado de gato, y lo acompañaban toda clase de palabras y gestos nefandos; declaraba también que todo aquello carecía de sentido, de la humildad de la fe y de la candidez de la unción... Así era como denunciaba la religión de los extranjeros.

Éstos no se preocupaban demasiado por semejantes difamaciones. Como si se contentasen con los impuestos y con poder reunirse con los autóctonos en los cafés y las tabernas, y

con el hecho de que hubiera mujeres dispuestas a acostarse en sus camas. Concebían la ciudad con su sentido pecuniario y vulgar de la realidad, y no perdían el tiempo con Dios ni recordando viejos tiempos. Formulaban leyes nuevas con pasión, pero el conjunto de los decretos, producido de manera chapucera, con un afán ávido y brutal, sólo pretendía reorganizar la superficie de la vida; no se preocupaban de la fe, no destruían los templos del culto antiguo, y como si todo cuanto las personas pudieran pensar de Dios no tuviera mucha importancia, y fuera más relevante todo cuanto los hombres pudieran pensar y anhelar, pasaban indiferentes ante las iglesias antiguas, no se quitaban el sombrero, y con su ademán y su expresión a veces daban a entender que a sus ojos todo aquello resultaba carente de interés, y que los habitantes de la ciudad podían sacrificar a sus dioses según los ritos que les diera la gana. Aquella indiferencia llenaba de inquietud al obispo. Habría preferido que los extranjeros persiguieran la religión y hubieran impuesto a los nativos la adoración del santo nacional sospechoso y ridículo; no le habría importado que alguna vez hubieran expulsado a mano armada a los fieles de las viejas iglesias, o que se hubiesen burlado de su piedad. Pero no había ocurrido nada de eso. El obispo notaba con dolor y preocupación que el general vestido de azul marino ordenaba que en los días de las grandes fiestas de la religión tradicional, las tropas de los cuarteles se pusieran de gala y salieran a la calle para formar un cordón, cuando el prelado desfilaba por las calles, con el Santísimo Sacramento en la mano, bajo palio purpúreo, en medio de una nube de incienso y siguiendo el ritmo tardío del coro de los penitentes arrodillados a su paso. Los soldados presentaban armas, y contemplaban la procesión, parpadeando con una indiferencia paciente y cándida; los oficiales lucían en tales ocasiones correas flamantes y guantes blancos, y observaban la comitiva festiva con la misma

seriedad y educación pedante que si asistiesen a la fiesta de unos indígenas en una colonia del trópico. Ellos no intentaban convertir a nadie; miraban con curiosidad las danzas y escuchaban los cantos con la única condición de que no por ello los indígenas dejasen de darles caucho y algodón. Así seguían la procesión. El obispo regresaba de ella derrengado, y durante varios días no recibía a nadie, como si aquel examen indiferente de las miradas extranjeras lo humillase y escandalizara. Los extranjeros contemplaban sin ninguna emoción las fiestas de la religión primigenia, y aquel desinterés mortificaba al prelado, que afirmaba que todo aquel que permanecía como un simple espectador ante la fiesta divina y humana, estorbaba.

A finales del tercer año el obispo mandó llamar a Gábor Garren. Lo recibió ceremoniosamente, pero cuando la puerta de doble hoja se cerró detrás del recién llegado y se quedaron solos en la estancia amplia desde cuyo balcón podía verse —o dicho con más propiedad, adivinarse— el mar, le cogió la mano, encerró en su puño blando los dedos finos de Garren y los apretó durante un rato con aire distraído. El obispo János aún no era muy viejo: tenía cincuenta y cinco años. Y como si el cuerpo juvenil se hubiese adaptado con docilidad al alma más madura, su cabello fino se había vuelto blanco como el algodón, y en sus manos se marcaban venas azules e hinchadas. Se hallaba de pie en medio de la estancia, apoyado en su bastón, de espaldas al valle y al mar.

—Hijo mío, te he llamado para hablar del luto —dijo.

En público, ante terceros, siempre se habían tratado con todos sus títulos. Ahora, por primera vez, el obispo tuteaba a Gábor Garren; como si se dirigiera a él en un momento de peligro, en un instante nefasto, cuando dejan de tener sentido la cortesía y delicadeza. Su voz profunda, ejercitada, bien entrenada en el arte de hablar y callar, se llenaba con el eco del

redoble de un dolor sincero. Gábor Garren se inclinó. Hacía ya más de diez años que no hablaba con el prelado, debido a Rousseau, a Lucy y a los falsos periodistas, pero ahora el obispo lo cogió del brazo, le apretó la mano, lo llevó hasta su mesa y le acercó una butaca cómoda.

—¿Qué sabes de ellos? —preguntó en voz baja.

Padre se daba cuenta de que el obispo lo había mandado llamar por un caso de extrema necesidad. El exalcalde, el concejal jubilado y los exoficiales vestidos de paisano probablemente ya se lo habían contado todo. A la sazón no sólo los exoficiales se vestían de paisano; era como si los ciudadanos de la ciudad fueran disfrazados. Todos llevaban trajes de calle, como un oficial de Estado Mayor que llega a la ciudad en misión confidencial, y se ponían un impermeable, lo mismo que antes, pero ahora aquel impermeable hacía el efecto de un disfraz, como si los que en realidad se dedican a un oficio tan honorable como el de deshollinador, de manera inesperada y con un propósito secreto, quisieran parecer pescadores. Sólo Gábor Garren se vestía como siempre, fiel a sí mismo, tanto en su atavío íntimo como en el exterior: como si el artista, tal vez el único en esa sociedad, no cambiase nunca de disfraz; como si ya con anterioridad hubiese vivido como un extranjero, y se hubiese vestido como tal, tiempo antes de la llegada del invasor. El obispo lo contemplaba con suma atención; se fijaba alternativamente en su corbata, sus ojos y sus manos.

—Háblame del luto —dijo, y suspiró.

—Vuestra ilustrísima ya lo sabe todo —repuso Gábor Garren, con frialdad.

«Ésta es su habitación», pensaba, mirando a su alrededor de forma discreta y escrutadora. En el escritorio vio una lupa de mango verde, cajitas de medicamentos, cartas sin abrir, pero ni un útil de escritura. Ya hacía tiempo que el obispo no escribía, y tampoco leía cartas; ahora se limitaba a rezar y a pensar,

como si hubiera envejecido de forma artificial. También él parecía haberse puesto un disfraz, aunque el suyo no era el traje talar, ni el cíngulo morado, ni la cadena de oro en el cuello, ni la cruz, sino su mirada y el ademán al levantar su mano delicada, al ladear un poco la cabeza. Todo aquello resultaba ahora un tanto teatral.

—Nosotros dos nos enfrentamos hace tiempo —observó con ligereza, y sonrió.

—Vuestra ilustrísima es muchísimo más fuerte —dijo Gábor Garren, y se inclinó.

—La lucha carece ya de sentido —observó el obispo, entre serio y severo—. Luchábamos en silencio, con armas de verdad, tal como se debe. Tú te quedabas sentado en tu hogar, en tu casa hermosa, y pensabas diferente a mí. Hemos pasado la vida en la misma ciudad, pero pensando diferente. Ésa es la lucha de verdad; todo lo demás no es más que una mera consecuencia de ella. Y luego llegaron ésos —dijo, y con un gesto quedo señaló en dirección al mar, en dirección a los extranjeros—, y me parece que nuestro enfrentamiento ya no tiene ningún sentido. Por eso te he llamado. Tú eres artista y de ahí que sepas la verdad.

Gábor Garren callaba.

—Yo ansío la venganza, ilustrísima —dijo al fin.

Ahora que lo había confesado, ambos suspiraron. El obispo se volvió, se acercó sin prisa a la puerta del balcón y la cerró. Como quien teme que desde el valle puedan oírlo, miró en torno a él e hizo una seña como si pidiera sigilo. Gábor Garren sintió la calidez en el corazón. Ése es el último sentimiento verdaderamente grande, se dijo. En los estadios finales de la vida uno coincide con otros en la única alianza posible, el pacto por la venganza. Todas las vivencias que han existido antes —el amor, los sueños, la ambición— parecen gratuitas y diluidas comparadas con ese sentimiento único y verdadero: el

deseo de venganza. Ahora, por fin, lo había dicho; por primera vez lo había expresado con palabras. Se percataba de que en aquel instante comenzaba algo, tal vez la fase postrera de la vida, o el primer instante de la muerte. La muerte empieza con palabras como ésas: cuando uno, por fin, mira de frente lo que ansía, con un sentimiento o un anhelo que lo desborda y lo llena por completo. Era como si hubiese ansiado la venganza desde hacía muchísimo tiempo, como si sólo le hubiera faltado el pretexto. No le sorprendía que su aliado en la empresa de la venganza fuese precisamente el obispo; sí, allí habían vivido los dos, en casas distintas, sentados en sus estancias, rodeados de muebles viejos, con pensamientos que no era preciso escribir ni formular con palabras, como si se hubiese preparado aquella frase mucho tiempo atrás, y como si siempre hubiese sabido que al final llegarían los extranjeros, y ellos dos, el obispo y el artista, se encontrarían en aquella habitación, en el pacto de la venganza. Ambos se miraban precavidos, con los ojos entornados. «Uno, a la postre, se encuentra siempre con su adversario. Se encuentran y los dos notan al instante que algo los une, que son aliados. Uno sólo lucha contra lo que tiene algo que ver con él. La vida nos habría pasado de largo, sentados cada uno en nuestra casa y siendo enemigos, pero ahora, al fin, nos hemos encontrado», pensaba Gábor Garren. Se miraban con curiosidad.

La habitación era muy modesta, pero la presencia del obispo metamorfoseaba tamaña sencillez y la convertía en una especie de bastidores. Había en la sala una cama de hierro como las que se encuentran en los dormitorios de la gente más distinguida, emperadores y grandes prelados que se torturan a sí mismos, y como en los dormitorios que comparte la gente muy pobre o los agentes de policía, los ferroviarios y los barrenderos.

—¡Cuéntamelo! —dijo el obispo, de forma directa y con tono

molesto e imperioso.

Por vez primera, Gábor Garren se sentía sacerdote a su vez, quizá un sacerdote pagano, aunque toda su vida había tenido un halo sacerdotal. Lucy, Cristina, Erzsébet, los hijos, las excursiones a la casa junto al puerto... Nada de eso contaba. También él era sacerdote, toda su vida había tenido almas a su cuidado, pero según la liturgia de otro credo. El obispo lo cogió del brazo y juntos anduvieron de un lado a otro de la amplia sala. Gábor Garren empezó por la acusación.

—Es difícil de creer que todo esto sea consecuencia de que el secretario de la embajada cogiera el telegrama con dos dedos, lo pusiera con los demás, y tal vez lo olvidara para siempre en la cartera de piel —dijo.

Ya nadie se acordaba de aquel telegrama. Además, ¿qué es en realidad un telegrama? Un poco de papel y un texto emborronado, cuyo sentido ha sido transmitido por la corriente eléctrica. Probablemente el obispo no aceptaría una explicación de esa índole. Él, Gábor Garren, no dormía bien desde hacía meses, seguía buscando la solución y no podía aceptar respuestas tan vulgares como «las grandes potencias lo han querido así». Las grandes potencias no sabían nada de la ciudad. Si un día el obispo quería tomarse la molestia de ir a los almacenes de Eolo, Padre le enseñaría las guías extranjeras, que «liquidaban» la ciudad en sólo dos líneas. Industria floreciente. Nudo ferroviario. Catedral del siglo XIII. Todo eso no atraía a las grandes potencias. Sí, ciertas fuerzas habían atacado la ciudad, potencias grandes, pero en un sentido diferente al que se enseña ahora en las escuelas de los extranjeros. Gábor no cuestionaba aquellas potencias, pero no se puede aceptar sin más que todo cuanto ha ocurrido ha dependido de la voluntad de generales y diplomáticos de chaqué. No se trataba sólo de que sus generales hubieran defendido determinados puntos de montaña siguiendo

estrategias equivocadas. Tampoco de que el enemigo tuviese mejor puntería con sus cañones. Era imposible creer que la viuda del farmacéutico, aquella ramera desvergonzada, pudiera tener ahora relaciones con el general por la sencilla razón de que cinco años atrás habían tardado en llegar los refuerzos, o porque habían volado un puente con dinamita. Debían de haber ocurrido muchísimas cosas antes de que los extranjeros hicieran su aparición un buen día en el puerto y se preparase una cama para el general en la sede de la diputación provincial. Tal vez había dependido también de una mujer, que vivía en París o en Estocolmo, y un día se había mostrado cruel con un varón. La guerra es algo universal. Gábor Garren reflexionó y se convenció de que la guerra no es tan sólo un asunto privado de los beligerantes, sino un asunto común que atañe a todos los seres humanos; las monjas que sólo rezan pasando las cuentas del rosario y que jamás han empuñado un sable, y los ancianos en los asilos, y hasta los niños de pecho son beligerantes, pues sólo puede estallar una guerra cuando todo el mundo lo consiente. Era probable que el obispo supiera y creyera que todo depende de la disposición del alma. No de los cañones. Ni de las trincheras y fortificaciones. En realidad, los extranjeros habían puesto un pie en la ciudad obedeciendo un mandato superior; cumpliendo una orden. Pero ¿por qué no lo habían hecho cien años antes? También habrían podido entrar. No era verdad que el ejército hubiera actuado mal en esa ocasión. El ejército había actuado exactamente igual que en los últimos ochocientos años, en el pasado. A veces había perdido y a veces ganado batallas, pero los extranjeros no habían podido acercarse a la ciudad, pues los mantenía alejados una resistencia más robusta que los bastiones y torreones.

—Cuando haya madurado —dijo confuso, mientras miraba por el ventanal del balcón—, entonces debe caer.

—Tú organizaste un baile —contestó el obispo.

—Sí, padre —dijo, y se miraron a los ojos—. Organicé un baile porque creía que los hombres sólo pueden luchar unos contra otros cuando lo hacen con lo más noble que hay en ellos. Era preciso demostrarlo por última vez... ¿A quién? No lo sé. Al mundo. Existe una fiscalización superior. Yo he nacido aquí —dijo en voz baja— y quiero morirme aquí. Me enterrará vuestra ilustrísima —añadió, inclinando la cabeza levemente, con respeto. Y cuando el prelado protestó con un movimiento ligero de la mano, prosiguió, sonriendo—: ¡Oh, sí! Ya lo sé. La ciudad está de luto y los habitantes, en su turbación, asisten incluso al baile del general, temerosos de perder el pan de cada día. ¡Qué triste es esto!... Ya no hablan la misma lengua que antes. Las palabras son las mismas, pero su sonoridad es distinta. Me han dicho que ahora bailan con pasos nuevos. Al entrar en una tienda, los clientes ya no se descubren la cabeza, sino que hablan de forma desenfadada con los vendedores, con las manos en los bolsillos y el sombrero puesto. Algo impensable en los viejos tiempos. Temo que las cosas sigan empeorando. Yo lo he intentado todo contra ellos —dijo elevando la voz—. Se lo dije aquella mañana, en la plaza. Vuestra ilustrísima dormía aún a aquellas horas.

—No dormía —replicó el obispo, en voz queda.

—Perdón —dijo Padre—. Creía que dormía. Estaba solo en la plaza, frente a las armas, con la cabeza descubierta. Yo no temo por la ciudad ante la historia; temo más bien que pierda su tristeza. La forma en que le he enseñado... o digamos mejor, le hemos enseñado a saludar, recordar, beber una copa de vino, besar una mano, coger y mirar la encuadernación de un libro, sostenerlo mucho tiempo en la mano y contemplarlo con cariño, sin tener curiosidad por su contenido. La ciudad había aprendido muchas cosas. Y ahora ha ocurrido esto, que ésos se han instalado aquí. ¿Por qué? —se preguntó en voz baja—.

¿Quién tuvo la culpa? Probablemente todos nosotros éramos pecadores. Vuestra ilustrísima debe de saberlo mejor que nadie, pues conoce los pecados de la ciudad. Tal vez viva entre nosotros un pecador, alguien que a escondidas lee literatura maliciosa, o no siente nada cuando en invierno cae la primera nevada y hay que empezar a encender la calefacción. Tal vez viva entre nosotros un traidor. En los buques, cuando arrecia la tempestad, a uno así lo tiran por la borda. Vuestra ilustrísima lo sabe bien, los miércoles por la tarde la ciudad lo confiesa todo —dijo, y se calló, turbado.

El obispo sonreía.

Sonreía entre triste y asombrado. Ahora por fin comprendía el baile y también por qué todos en la ciudad creían que Gábor Garren era un artista. Durante cuarenta años el obispo había estado convencido de que Gábor Garren era un traidor y un revolucionario. «Es artista, a pesar de todo; quiere conservar el mundo y las formas», pensó con un ligero escalofrío. El obispo se daba cuenta de que le era imposible acercarse a él, pues sus métodos eran diametralmente distintos. Pero en la meta, que no era la «última» —el obispo conocía y aprobaba aquel pudor delicado, pudor de artista, y aquella reserva frente a las definiciones enérgicas propias de Gábor Garren—, se encontraban los dos. Ya no era posible salvar a los habitantes de la ciudad; porque eran humanos y se había roto en ellos algo, se habían sublevado en su fuero interno contra lo que Gábor Garren y el obispo habían velado y cuidado con tanto esmero; se habían sublevado contra aquello que pertenecía a un orden superior. El obispo sabía que ese orden superior no está sólo presente en el acto sagrado, sino también en los dormitorios, en las cocinas y en las demás dependencias, allí donde vivan seres humanos; trasciende incluso de las acciones más burdas, pues la voluntad divina y la humana, en un punto determinado, siempre se encuentran. Ya no era posible salvar a

los hombres pues había llegado el momento en que después de una educación larga, de varios siglos, se había despertado en ellos ese afán ávido —por ahora aún vergonzante, oculto, escondido mediante confesiones y actos piadosos— por lo vulgar, lo pagano y la vileza que los extranjeros habían importado a la ciudad; se había despertado en ellos, y por eso estaban de luto, por eso se confesaban, por eso se preparaban para la venganza, por esa razón, de haberlo consentido el obispo y Gábor Garren, habrían organizado manifestaciones sin sentido y acaso hasta sangrientas, pero todo aquello ya no podía resultar de ninguna ayuda para la ciudad. Ahora había llegado el momento en que se abrían las puertas del inframundo y los monstruos con cabeza de perro, esas bestias ridículas, las pasiones de la bajeza humana, las fieras del nuevo paganismo, difícilmente contenidas mediante la práctica y los ritos, se apoderaban de la ciudad. Allí ya no era de ayuda ningún baile ni ninguna ceremonia piadosa. El obispo se miraba las uñas, estropeadas y blanquecinas, cabizbajo, y se mordió el labio inferior.

—¿Qué podrías hacer aún? —le preguntó, conciso.

Se acercaron al balcón y miraron hacia el valle. Desde la ventana, se veía la estatua de la Virgen. La gente se paseaba alrededor de aquel monumento y se mezclaba con los oficiales extranjeros, untados en perfumes y cargados de galones de oro. En alguna parte sonaba música sin parar, como si alguien se estuviera afeitando constantemente, acompañado de discos, con melodías de negros. Delante de la diputación estaba esperando un automóvil de color granate, parecido a una locomotora, el coche del general discreto. En la esquina montaba la guardia uno de los policías nuevos, que lucía un ridículo uniforme colonial, con salacot, como si velase por el orden, los automóviles y los leones en un trópico imaginario. Toda la escena despedía un aroma sucio, mezcla de perfumes

de hombre, baratos y vulgares, hedor a gasolina y aceite lubricante, a peales y a tinta, a actas nuevas y a pintura al óleo —con la que habían modificado los rótulos antiguos y las vallas de las carreteras—, en una palabra, a todo cuanto recordaba el régimen y las denominaciones antiguas. Era un olor sucio, de bajos fondos, un poco entre el hedor de un urinario público y de una oficina también pública. El obispo sentía náuseas. Contra aquel hedor, nada podía un artista. El obispo, con movimiento discreto aunque involuntario, sacó un pañuelo arrugado del bolsillo de su traje talar y se lo llevó a la nariz. Sí, aquello era el hedor de esa bajeza que ahora caracterizaba la vida de la ciudad. Era el olor que despedía esa otra vida tan sospechosa que no pretendía más que poseer ávidamente y satisfacerse. Pero el obispo y Gábor Garren bien sabían que no era posible poseer nada de manera impune, por completo, y que no era posible hallar satisfacción sin pagar por ello. Contemplaban la ciudad apesadumbrados, en silencio y con malicia, esa ciudad que se entregaba a la conquista, a ese hedor sucio, a esos deseos bárbaros y esas músicas inmorales, al paganismo. Sentían lástima por la ciudad, y ya no podían hacer nada por ella.

—¿Cuál será la venganza? —preguntó en voz baja, apremiante, el obispo.

Gábor Garren miró a su alrededor. Luego, con un movimiento rápido, se acercó al obispo, formó una bocina con la mano y, elevándose un poco sobre las puntas de los pies, pues el otro le sacaba media cabeza, dijo al oído del prelado:

—La obra —susurró con calidez y labios temblorosos—. Aniquilaré la obra.

—¿Qué clase de obra? —preguntó el obispo con tono igual, profundamente sorprendido.

—La obra —repitió, febril—. No se la daré a ellos. Voy a aniquilarla, ilustrísima.

Garren estaba muy pálido; había abierto los brazos, e hizo una reverencia exagerada, con el mismo ademán con que años atrás, al alba, en la plaza, había protestado frente a los conquistadores. El obispo movía la cabeza. Y puesto que Padre ya no dijo nada más, hundió su mirada en aquellos ojos llameantes y acompañó a su invitado hasta la puerta. Luego, en cuanto hubo salido, el obispo, con un gesto rápido y protector, se persignó.

Tamás se pone a investigar

Cuando los Garren regresaron de Karnak y Perú, todo aquello se había desvanecido un poco. Los autóctonos y los extranjeros aún recordaban el luto y el paganismo, pero sólo de manera esporádica, como quien, en su plena madurez, en medio de sus cuitas oficiales, recuerda una aventura penosa de juventud. Las formas y los colores de la vida recordaban la de antaño, pero era como si hubiesen pintado de nuevo la ciudad. Los extranjeros le habían dado otra mano de pintura no sólo a los rótulos y las vallas. Lo que Péter y Tamás estaban contemplando desde la cima de la colina, desde el pie de la horca, y cuya visión les producía la sensación de un «terremoto», de que «algo se había movido de su lugar», era el resultado de un proceso infinitamente más lento, apenas perceptible; de hecho, los autóctonos ni siquiera lo habían notado. Sin embargo, todos habían sufrido aquel terremoto, sus corrimientos minúsculos, de tan sólo unos milímetros: era evidente que la catedral ya no se hallaba en su sitio; no se encontraba de la misma manera, ni en el mismo lugar en que la habían construido los antepasados Garren, y también los

sentimientos antiguos se habían desplazado un poco. Pero todo aquello se había dado mediante cambios tan lentos y paulatinos que sólo habían provocado muy de vez en cuando el carraspeo nervioso de los autóctonos; entonces se detenían en la esquina de una calle y miraban a su alrededor, o se quedaban plantados, en sus casas, ante un armario, como si buscasen algo; luego continuaban sus quehaceres al tiempo que negaban con la cabeza. El cambio, el terremoto, aquel corrimiento y desplazamiento leve —que Péter y Tamás, a tientas y con mirada escrutadora, habían notado por doquier nada más regresar a casa tras su larga ausencia— no había hecho caer al suelo los objetos del interior de los armarios ni había aterrorizado a la gente, pero los ancianos sí habían percibido algo, y por eso raras veces salían a la calle y continuamente ordenaban los cajones y sus recuerdos. Tokár, el abogado, uno de los confidentes de Gábor Garren, había constituido, diez años después de la llegada de los extranjeros, la Comisión por la Memoria de la población autóctona, y aunque nunca circunscribió las tareas de dicha comisión, aquella iniciativa despertó mucho interés entre los habitantes de la ciudad. Se presentó gente de todo tipo, incluso agrupaciones colectivas como, por ejemplo, el Gremio de Pescadores —personas muy cuidadosas que siempre habían vuelto un poco la espalda a los asuntos municipales, y que habían aludido a su oficio para afirmar con una modestia artificiosa que ellos, los hombres de mar, no entendían nada en materia de canalización y urbanismo, cuando en realidad eran más bien soberbios y desconfiados, y desdeñaban un poco a la ciudad, como quien tiene parientes en todas partes del gran y ancho mundo, y si le viene en gana, incluso podría irse a vivir a la India, por ejemplo, con lo que no tienen necesidad de seguir pudriéndose allí...— o el Gremio de los Artesanos Pulidores de Piedra y de los Pintores de Vidrio. Así pues, estas entidades tan

distinguidas se apresuraron a solicitar su ingreso en la comisión. Los extranjeros, que con cada año que pasaba se mezclaban con mayor avidez, curiosidad e insolencia en la vida de los autóctonos, recibieron desconfiados la noticia de la constitución de la Comisión por la Memoria, pero, oficialmente, no podían emprender ninguna acción contra la misma. Comisión por la Memoria; ¿qué demonios debía de ser aquello? Lo ignoraban. Tampoco los autóctonos lo sabían con exactitud. Sin embargo, igual que bajo una amenaza de peligro, por ejemplo, una tempestad, o bajo el fuego intenso de los cañones, no es necesario explicarles en detalle qué es lo correcto a los miembros de una comunidad, los de la ciudad aceptaban la necesidad de cobijarse en las trincheras de aquella comisión. Los estatutos invocaban, en términos vagos, determinados objetivos de interés público; hablaban de cuestiones como la «conservación de la ciudad» y el «cultivo de sentimientos generosos». Los extranjeros, sobre todo los funcionarios, escuchaban y leían aquellas frases parpadeando, algo sombríos y confusos. Las autoridades extranjeras no podían objetar nada contra sentimientos generosos. Y sin lugar a dudas era necesario conservar la ciudad. Los estatutos de la comisión no revelaban ante quiénes y ante qué pretendían sus afiliados conservar la ciudad; los extranjeros murmuraban y miraban de reojo, pero toleraban las reuniones. Llevado por un primer arranque de entusiasmo, Tokár propuso a Gábor Garren como presidente, pero Padre declinó aquel honor. Confesó que él, en el porvenir, se limitaría a conservar la ciudad a su manera y que cultivaría los sentimientos generosos con un método personal. Finalmente el presidente de los Artesanos Pulidores de Piedra, persona precavida y pudiente, aceptó la presidencia, ruborizado, como si acabase de escuchar un mensaje celestial. Se daba cuenta de que era preciso hacer algo. La comisión celebraba sesiones todos los meses. En la mayoría de los casos

no se decidía nada especial. A veces la comisión protestaba ante las autoridades extranjeras contra la desaparición de algún que otro monumento, columnas para carteles publicitarios o bancos públicos. Tokár exigió que la antigua prisión fuese declarada monumento nacional, pero los extranjeros rechazaron aquella petición; contestaron con una providencia oficial que la nueva prisión sería mucho más bonita y totalmente moderna, con agua corriente y calefacción central. Y, en efecto, construyeron una, con azotea y campo de tenis, aunque este último sólo podían utilizarlo los carceleros. Más adelante, aquella prisión tan moderna albergaría a los miembros de la comisión.

Así pues, una vez constituida, la comisión empezó a funcionar, y diez años después de la ocupación englobaba a todos los que tenían algo que ver con el secreto de la ciudad de antaño, aunque los miembros nunca llegaron a formular en términos claros cuál era aquel secreto. Sólo sabían que existía. Y también que aquel secreto no debían llegar a conocerlo los extranjeros. En las sesiones de la comisión se hablaba de canalización y alcantarillado, pero al hacerlo sabían que en el fondo se trataba del secreto. Los ocupantes podían reclamar las casas y el río, podían apalancarse en la iglesia y en el teatro, organizar bailes —en los que los autóctonos tenían derecho a participar, con los dientes rechinando, cobardes y angustiados, y al mismo tiempo con cierta avidez y curiosidad por esa «otra» vida, que prometía satisfacciones dudosas—; todo aquello resultaba muy útil y muy triste, pero mientras no revelasen el secreto, la conquista continuaría siendo incompleta y simbólica. El poder efectivo estaba en manos de los extranjeros, pero era como si ellos mismos se diesen cuenta de que aquello no era suficiente. Como si viviera alguien en la ciudad que ocultara una fórmula, un conjuro, cierta palabra mágica que permitía perseverar a los autóctonos, y sin el cual no era

posible apropiarse de aquel contenido más profundo que era la ciudad. Los extranjeros sonreían con cordialidad a los autóctonos, sacaban al aire libre, en la plaza Mayor, sus tanques puerilmente monstruosos, traqueteantes y temibles, y en carteles enormes repletos de consonantes daban a conocer a los autóctonos las reglas según las cuales se les permitía vivir y morir. Pero no podían penetrar el secreto, y nadie lo reveló jamás. Como si fuera un lema que sólo conocieran los iniciados, así vivía en la conciencia de los viejos habitantes de la ciudad el sentido de aquel secreto. El que no lo conocía era incapaz de franquear los obstáculos que guardaban el verdadero territorio de la ciudad.

Los extranjeros espiaban. Una vez que se hubo construido la nueva cárcel —sin duda, uno de los edificios más dignos de la ciudad, con jardines, corredores soleados y macetas con flores en las ventanas de las celdas—, de vez en cuando se encerraba allí a los autóctonos, con pretextos confusos y cobardes. A las celdas con calefacción central llegaban burgueses ya entrados en años, y se dedicaban a interrogarlos a conciencia. Los autóctonos lo negaban todo; lo negaban tanto más teniendo en cuenta que, aun habiéndolo querido, no habrían podido revelar el secreto. Los extranjeros preguntaban sin descanso por «papeles» y les habría gustado ver contratos o encontrar banderas, banderas con los colores antiguos de la ciudad. Pero hacía ya mucho tiempo, desde poco después de la ocupación, que las autoridades habían recogido todas las banderas. Más tarde buscaron armas, pero en toda la ciudad sólo quedaban unas cuantas escopetas de caza, de mecanismo anticuado, y cuchillos de cocina. Todo había sido recogido y confiscado, y ellos mismos sabían que sus pesquisas no darían resultados; aun así se dedicaban a ellas con tanto mayor ahínco. Trataban con cortesía extrema a los detenidos, una amabilidad artificial y detestable. Era como si en la celda al condenado a muerte se

le sirviera un régimen especial; así era aquella cortesía. Se referían sin cesar a los países de Occidente, como si precisamente ellos, los extranjeros, tuvieran lazos de sangre lejanos con los mismos, como si dijeran: «Nosotros ahorcamos a los condenados de una forma distinta, a la manera occidental...». La ciudad obedecía asustada y mansa. Los ciudadanos detenidos confesaron los cuchillos de cocina y las escopetas de caza que guardaban, pero nada sabían de un supuesto pacto. Sabían del secreto, sin embargo, la mayoría palidecían y empezaban a tartamudear cuando les preguntaban acerca del mismo; palidecían, pues mentar el secreto les infundía un ánimo medroso y excitado, como si realmente se hubiesen confabulado de noche, a la luz de las antorchas, en una cueva lóbrega, para planear actos muy graves. Los funcionarios a cargo del interrogatorio, impotentes y con cortesía irritada, advertían la existencia de aquel elemento sensible. «¿Y qué más?», preguntaban cuando el interrogatorio se estancaba; los ciudadanos tartamudeaban, transpiraban y miraban al techo, pálidos. «Aún hay algo más, ¿verdad?...». Pero precisamente aquel «aún» y aquel «más», que en efecto «había», innominable y, no obstante, muy real; que no era posible encontrar, y que —tal como los funcionarios lo sospechaban con instinto acertado— existía casi de forma tangible en alguna parte, en un cajón, o enterrado bajo una roca, o en el alma de los inculpados, se les escapaba; aquellos «aún» y «más» no querían salir a la luz del día. Investigadores y sospechosos se percataban, atormentados, de que la pista era correcta y de que había que seguirla si querían dar con algo —¿tal vez un pacto?; quizá existía incluso una prueba escrita—, un algo que algún día desenterrarían, y entonces los extranjeros serían al fin los verdaderos señores de la ciudad. Y se daban cuenta asimismo de que sin aquel secreto, sin aquel «aún», su dominación era tan insegura como una casa construida sobre la

arena y todo sería en vano: la prisión, tan bonita y moderna; los policías extranjeros, con salacot apoyados en las esquinas; la nueva e ingeniosa práctica de cobrar impuestos... Todo, incluso los bailes, resultaría inútil. Se daban cuenta de que justo aquel secreto que la ciudad callaba con semejante obstinación, sería imposible de descubrir, y que los autóctonos no lo traicionarían ni por dinero ni por lisonjas, y que eran en vano las amenazas, los tanques y esos métodos de interrogatorio occidentales, corteses, insolentes y vergonzosamente disciplinados. Y si algún día daban con un traidor entre los habitantes de la ciudad, no serviría de nada pagarle por revelar el secreto, pues les señalaría una pista falsa y equivocada. Porque lo que constituía el «secreto» de la ciudad, por lo que se habían aliado, gracias a la comisión y más allá de ella, no era posible revelarlo. «¿Por qué no?», les preguntaba, rechinando los dientes, el funcionario extranjero. Los ciudadanos carraspeaban, miraban hacia el techo, parpadeando, o fijaban la vista en el suelo, turbados, pero no contestaban. «Aquí no hay nada», concluía entonces, cansado y malhumorado. Y el funcionario golpeaba la mesa, se levantaba y, con las manos entrelazadas por detrás, en la espalda, miraba por la ventana y se concienciaba con rabia e impotencia de que, en efecto, «allí no había nada» que pudiera figurar en acta, pero que más allá de ésta existía algo que no podría hacerles confesar ni siquiera con ayuda de los métodos más sanguinarios de los verdugos chinos, y que aquel algo era lo único valioso en la ciudad. Sólo aquello lo era. Y entonces el funcionario, por lo bajo y con cierto nerviosismo se ponía a silbar.

Aquel algo, aquel secreto, aquella fórmula mágica, no se les entregó jamás, como si el secreto fuese más fuerte que quienes lo guardaban, pues tal vez lo habrían revelado si sólo dependiera de ellos. A veces los autóctonos se sentían agotados. Todavía miraban a los extranjeros que ocupaban la ciudad

desde hacía quince años —con sus espías, alguaciles, generales, lanzallamas y carteras— un poco como si una noche hubiese llegado un circo ambulante, con sus fieras, y los guardianes hubiesen olvidado cerrar la puerta de las jaulas una mañana, y ahora fuera imposible organizar la función, pues temían que uno de los leones se hubiera sentado en una cafetería, bajo la mesa de billar... De esa manera miraban a los extranjeros. Tenían un olor especial, cierto tufo barato a fiera amansada. Y los miraban como si el destino, disfrazado de hombre, se estuviera paseando entre ellos con un látigo en la mano, para castigarlos. Los autóctonos los despreciaban y, a escondidas, se burlaban de ellos. ¿Acaso resultaba divertido que esos conquistadores tan poderosos, que habían llenado los cuarteles con soldados de frente estrecha y habla lenta, que sobre la ciudad habían hecho ulular bombarderos, que se vanagloriaban de tener influencias formidables en el extranjero y gozar de la amistad de distinguidos diplomáticos e influyentes jefes de Estado, y que ya habían inscrito en gruesos tomos encuadernados en tela encerada todo cuanto se podía encontrar, numerar y denominar en la ciudad, que dormían con las mujeres más libertinas de la ciudad, y tenían porras de caucho y salas de tortura, acaso no resultaba divertido que esos extranjeros tan poderosos se sintieran tan impotentes? Como si en sus carteles y asambleas hablasen siempre de otra cosa. Como si, de manera petulante, con suficiencia, gritando, lanzando órdenes aquí y allá y promulgando decretos, hablasen siempre de otra cosa. Eran temibles, y al mismo tiempo se sentían ¡tan impotentes! Como los conquistadores paganos de antaño, que debían contentarse con quitarles la vida a los fieles. Sin embargo, los extranjeros resultaron ser demasiado débiles hasta para eso. En una ocasión ejecutaron a dos leñadores acusados de espionaje, pero luego, como asustados ante la repugnancia y el horror silenciosos que se apoderaban

de las almas que conocían la noticia de aquellas ejecuciones, no condenaron a muerte a nadie durante mucho tiempo. Los señores paganos podían lanzar a los fieles de la Antigüedad a los leones, pero no les podían arrebatar su fe. Y el obispo sabía y los autóctonos también se daban perfecta cuenta de que aquella «fe» era más que una fe religiosa: era algo más complejo, más pudoroso, algo más pagano pero no menos intenso que la fe de los cristianos primitivos; aquella otra fe seglar a cuyo servicio la ciudad se había comprometido en silencio y sin festejos, estaba fuera del alcance de los extranjeros. De ahí que continuaran resultando un tanto ridículos. Pero ¿qué era aquella fe? ¿Aquel secreto? ¿Aquellos «aún» y «más»? El obispo salía al balcón y contemplaba la ciudad a sus pies; todas las noches contemplaba la plaza y el valle, y respiraba el hálito del mar. Las personas que conviven durante siglos de acuerdo con una ley íntima y familiar, que comen y mueren juntos en la misma estancia, esas personas y cuanto los rodea poco a poco van creando una fe que los forasteros no podrán dañar nunca. Ni siquiera ellos mismos podrían herirla. El obispo asentía con la cabeza y volvía a su habitación como quien ha visto bastante y ya puede formarse un juicio.

Tamás era incapaz de juzgar con tanta serenidad.

La segunda semana había comprendido que estaba buscando algo y de ahí que lo escudriñara todo. Hasta entonces, aunque se levantaba y se acostaba en la habitación más bonita del hotel, como era natural, había estado visitando a menudo la casa familiar, y se había detenido en el umbral de la habitación de Padre, desconfiado y taciturno, mirando hacia la cama con el ceño fruncido, silencioso. Había mirado hacia esa cama en la que ocurría algo a lo que la ciudad y la misma familia se referían diciendo: «El padre está enfermo». Pero Tamás albergaba sospechas, como quien sabe en su interior que

aquello no es más que una denominación primitiva y oficial, y que la realidad es mucho más temible, y no tan sencilla. En efecto, en el dormitorio, y sobre todo en la amplia cama de matrimonio en que reposaba Padre, ocurría al mismo tiempo algo más, algo que no respondía a las leyes propias y domésticas de la enfermedad, sino a un orden peculiar que recordaba a la brujería y a la magia de las tribus de los mares del Sur. Ocurría en un sentido absolutamente real, como cuando un volcán erupciona, o se derrumba una casa, o como cuando muchas personas, en masa, se ponen en movimiento y cometen un acto abominable e incomprensible. Tamás miraba todos los rincones de la habitación, pero nunca franqueaba el umbral; creía que aún le quedaba tiempo. Padre, a veces, notaba su presencia, y entre las almohadas, desde la lejanía de la enfermedad, lo observaba. No lo llamaba, pero tampoco lo rechazaba; lo contemplaba con una honestidad fría y atenta, como sucede cuando uno se hace cargo de algo con lo que guarda una relación, pero ya no quiere valerse de ella ni luchar a favor ni en contra. Así se estaban mirando padre e hijo. «¿Es esto cariño? ¿Es esto el amor paterno? ¿Así mira un moribundo a su hijo?», se preguntaba Tamás, desconfiado, con resentimiento. Pero al abandonar el cuarto del enfermo, caminando por la calle, o sentado en su habitación de hotel, de repente se percataba de que esas palabras: «cariño», «amor paterno», e incluso «moribundo», brillaban con un candor completamente distinto a la luz de la realidad. Ahora brillaban con su auténtica luz, pues había caído sobre ellas la luz de la realidad. Mientras Padre vivía y estaba sano —pues, en ese momento, enfermo, en la cama, adquiría una nueva dignidad, como si le hubieran conferido un nuevo título y una jerarquía —, palabras como ésas, «amor paterno» e incluso «agonía», no habían evocado su verdadero sentido y significado. Pero ahora esas palabras parecían más sencillas. El «amor paterno» era en

realidad algo mucho más sencillo que un hombre con levita negra y barba que impone sus manos sobre la cabeza de un joven en señal de bendición. Era mucho más sencillo. No se necesitaban palabras, ni gestos, ni disfraces. Era tan sencillo y, al mismo tiempo, tan complejo como el aire. La química de los sentimientos era incapaz de analizar las partículas de ese fenómeno. ¿Qué contenía? ¿Dos partes de responsabilidad por una de preocupación? Tamás lo ignoraba. Sólo ahora se daba cuenta de que existía y era algo muy distinto, sí, algo mucho más indolente y sencillo de lo que antes había creído. Y desde el umbral inhalaba hondo aquella bondad despreocupada que cada vez era más habitual, que ya se extendía por encima de todo, desbordándose, incluso sobre los muebles. Y entretanto Padre pedía a veces un poco de agua con limón, y se notaba que aquello era para él más importante que nada. Y, no obstante, quería a Tamás. Se contemplaban unos instantes todos los días, al mediodía y por la noche, de lejos, desapasionadamente pero con atención. «Padre aún podría decirme algo; si quisiera, tendría fuerzas suficientes para decirme algo todavía, palabras de advertencia o consejo o aprobación», pensaba. Pero Padre no decía nada.

Era como si todo permaneciera oculto, incluso Padre en su enfermedad. Y también la ciudad lo estaba, esa ciudad de antaño que —ahora ya lo comprendía— era algo más que monumentos y urinarios públicos, una catedral y un archivo, que era más bien algo invisible, algo de lo que, tal vez, sólo se trataba en cartas antiguas; algo que no era ni siquiera un hecho en el sentido de poder describirse y que ni siquiera resultaba ser aquella particular historia del mundo —Derén y su esposa, y el dermatólogo, y todo cuanto Tamás había pensado o sentido a los seis años bajo un portal—, sino que era todo aquello junto, algo personal, la realidad de la ciudad, que las piedras y los cuerpos humanos apenas podían esconder. Aquella otra

realidad que exhalaban los cuerpos y las casas, pero no era ni luz ni voz, y no tenía forma. Y, no obstante, el destino de aquella realidad era idéntico al de una persona. Tamás se detuvo al pie del monumento a la Virgen, respiró hondo y miró a su alrededor. Al final de la calle vio la estatua del general extranjero, que señalaba y miraba ridícula y trágicamente hacia el teatro, la horca y la colina. Tamás estaba allí plantado como un mirón, fumando su pipa; los extranjeros daban su paseo de la tarde por la plaza Mayor, con apremio, en un desorden apresurado, como si cada minuto fuese caro, como si a la mañana siguiente fuese a llegar una orden, o la naturaleza fuese a protestar, y entonces tendrían que marcharse. En las ventanas habían aparecido algunas caras familiares, rostros de antaño, algo pálidas, con la lividez fantasmal del cambio; contemplaban la plaza y luego se retiraban enseguida tras la cortina, y desaparecían del cristal de la ventana, como figuras de un sueño atormentadas por la culpa. Detrás de las ventanas de la ciudad vivían muchas caras parecidas a ésas, transfiguradas. Por la calle circulaban simones de dos caballos, y los vendedores de periódicos anunciaban a gritos los titulares de las cabeceras de publicaciones extranjeras. En el teatro se preparaba ya la función de la noche, las lámparas estaban encendidas y del vestíbulo emanaba ese olor fresco —esa mezcla de desinfectante (requerido por ley), de civilización y de parafernalia de teatro— que a Tamás le provocaba —en todas partes, también en el extranjero— un estornudo alegre; era el olor de la fiesta eterna, el aroma de lo inverosímil y del juego, extratemporal, y ni siquiera los invasores habrían podido hacer algo contra él. También ahora ese olor fresco emanaba desde el vestíbulo del teatro, ahora que en la sala se tocaba música extranjera ante los generales que quince años atrás habían dormido en el escenario. Tamás inhaló mientras contemplaba excitado las ventanas, los simones que pasaban y

el teatro.

Finalmente decidió hablar con los extranjeros; se lo había prometido a Péter. Daba vueltas a la idea de cómo hacerlo. Se le ocurrió que podía visitar al general; él era un Garren, y le recibiría con toda seguridad. Sin embargo, sospechaba que el general, con sus funciones militares limitadas, no podría hacer nada para resolver el asunto, pues Tamás creía que se trataba del «asunto», de algo que se podría exponer por escrito, en un documento con sello y firma, como si fuera una denuncia. Bajó hasta el lugar donde se hallaba el monumento del general y observó en su cara severa y triste, con perilla; se encogió de hombros y empezó a redactar mentalmente la denuncia. Se propuso ser muy cauto en sus palabras. En cualquier caso, no podía acercarse al primer agente de policía, ridículo y vestido con uniforme colonial, y denunciar a los extranjeros como «autores desconocidos de autos». Y de crimen no se podía ni hablar. El crepúsculo envolvía las casas con su velo verde y los murciélagos revoloteaban encima del teatro. Un crimen, en el sentido en que lo concebían los policías y jueces de instrucción extranjeros, probablemente no se había cometido hasta la fecha. Tamás buscaba la palabra justa. Caminó de regreso al teatro, debatiéndose con preocupación, dio una vuelta alrededor del viejo edificio, leyó el programa extranjero, los nombres sin sentido y novelescos de los héroes de una opereta desconocida. A la realidad, la realidad de la ciudad, era más difícil acercarse de lo que hubiera pensado. Sólo un ciego no vería que algo había ocurrido con la ciudad, que se había desviado en una dirección fatal que sólo auguraba desgracia. Arriba, en ese dormitorio que olía a éter y lavanda, a Padre le había ocurrido algo parecido. La misma acción, pensaba inquieto, podría calificarse con el mismo adjetivo. ¿Y cuál era aquel adjetivo? Tamás pasó frente al escaparate de Eolo y miró hacia la planta superior; habían bajado las persianas del cuarto

de Padre, pero las ventanas del salón verde estaban iluminadas; supuso que acababa de reunirse la familia, que mientras esperaba la cena recibía visitas y aguardaba a los médicos. En la isla de Santa Elena, en la antesala de Napoleón, los dignatarios desterrados quizá también esperaron sentados así. Hacía años que Padre se parecía a un príncipe desterrado. En torno a él, ya antes de ponerse enfermo, había cobrado forma un rito nuevo. De manera milagrosa, durante aquellos meses no faltó nunca el dinero, la familia entregaba sus reservas secretas, e incluso se había presentado un pariente y había devuelto los dos mil que Padre le había prestado años atrás. Tamás conocía aquel fenómeno. También al otro lado del océano ocurría eso: gente que había sido incapaz de ahorrar de manera honrada —ni siquiera unas monedas de cobre— y a la que luego, en el pánico de la enfermedad, cuando sólo le quedaba para comprar hielo o unas vendas, el dinero, como caído del cielo, le aparecía encima de la mesa por la mañana. «Para las aventuras siempre hay dinero», pensaba Tamás. Uno se limita a levantarse y a acostarse; luego irrumpe la aventura, una mujer, un viaje, una enfermedad, y de pronto llega el dinero necesario. Existe una aventura que no es posible definir con exactitud, porque tras las aventuras parciales late siempre una, la aventura primigenia, que lo abarca todo, incluso el dinero. «La vida, ¡qué aventura!», pensó, y sintió vergüenza.

Con la boca abierta y la pipa en la mano, Tamás se detuvo frente a la casa Garren. Se levantó el sombrero blanco y lo empujó hacia la coronilla antes de mirar con atención hacia las ventanas. Los transeúntes de la acera contraria se detenían a su vez para observarlo.

—Ese de ahí es Tamás Garren. El mediano, el que vivía en Perú. Ha vuelto a casa porque el viejo Garren está en las últimas. ¿Qué habrá hecho allí? No se sabe. Es un hombre inquieto. Ha envejecido y engordado. Qué familia tan rara. Son

artistas —decían en voz baja.

Tamás oía aquellos comentarios a media voz, aunque no percibía las palabras, sólo su sentido. Con tristeza, mientras a su alrededor se hacían aquellas observaciones, él contemplaba las ventanas iluminadas de los Garren. En todo aquello había algo público, como si se hubiese destapado un hecho vergonzoso. «Estaría bien marcharse de la ciudad, pero antes tengo que pasear una última vez por estas calles, con plumas y caballos y con música, como si se proclamase solemnemente la vergüenza. Es preciso llegar hasta el final. Pero entretanto...», pensaba, desconcertado. Y otra vez lo invadió la rabia que ya había experimentado al otro lado del océano. La rabia impotente de ser un Garren, de haber vivido allí y ser uno de la familia, pero sentirse incapaz de contribuir lo más mínimo a la obra; en algún punto lo había echado todo a perder, y la obra se había llevado a cabo y perecía sin él. Contempló las ventanas detrás de las cuales estaban reunidos los Garren, como en el acto solemne de un rito cotidiano y mundano, mientras él, Tamás, permanecía allí, en la calle, bajo las ventanas, y no podía participar por completo de la celebración, no pertenecía del todo a la familia... «Pero ¡por qué no iba a poder subir! Siempre ponen un cubierto para mí», pensaba, malhumorado. Se guardó la pipa en el bolsillo. Claro que podía subir... En cualquier momento lo podría haber hecho. ¿Se trataba sólo de subir las escaleras, y una vez arriba tocar el timbre y ver si la puerta se abría? Empezaba a vislumbrar algo; él, Tamás, era el único de la familia que adivinaba la verdad. El destino de Padre y la obra no dependía de los médicos; ahora lo comprendía. La relación entre ambas cosas era muchísimo más sencilla de lo que aquellos de ahí arriba pensaban. Padre, el órgano más generoso de la ciudad, algo así como el nervio vago si hablásemos de anatomía humana, atravesaba una crisis. Padre sólo reflejaba en su cuerpo y en su alma el destino de la

ciudad de la que dependía y formaba parte, y los médicos que rodeaban su cama ignoraban que los dos destinos, el de la ciudad y el de Padre, se afectaban mutuamente, de un modo orgánico, y daba igual si Padre había tomado *chaud-d'eau* al mediodía o cómo era su orina. La «enfermedad», aquel atentado, aquel crimen, aquel algo que Tamás sentía violentos deseos de denunciar ante alguna autoridad, había atacado al mismo tiempo a Padre y la ciudad. Tamás miró a su alrededor. Por doquier veía casas enfermas, torres enfermas y estatuas enfermas. Ahora lo comprendía todo. ¿Podría decírselo a ellos? ¿Lo comprenderían? Al fin y al cabo, a la ciudad no se le podían recetar somníferos ni laxantes... Con aire ausente se encaminó al hotel y al rato pasó ante el palacio episcopal, donde se detuvo unos instantes y tocó con la punta de los dedos el picaporte, un poco a la manera de quien comprueba el pulso en una muñeca fina y fría. El picaporte tenía fiebre; el palacio episcopal también estaba enfermo. Tamás miró a su alrededor, cansado. Ahora ya no le cabía duda de que era el único que sabía la verdad, y la posesión de la verdad le causaba cansancio. Le dolía la cabeza; con ademán fatigado, se tocó la frente.

Alguien salió por el portal de la casa Garren. Era Péter, acompañado de uno de los doctores, el joven, aquel que a toda costa quería someter a Padre a un tratamiento de rayos. Cuando llegaron a la altura de la estatua, Péter vio a Tamás delante de la puerta del hotel y se acercó.

—¿Qué esperas? —le preguntó con tristeza.

—Ya sé la relación —dijo Tamás, y sonrió débilmente.

—¿Y qué harás ahora? —le preguntó Péter, serio y desanimado.

Tamás alzó la mirada hacia las ventanas de Padre.

—Voy a denunciarlos —declaró con determinación.

Se encaminaron al teatro. Péter guardaba silencio; acababa

de visitar a Padre, y había comprendido que todo se había terminado. Escuchaba a Tamás distraído, sin arrogancia. «Es posible que Tamás haya descubierto la relación», pensaba malhumorado; la realidad es siempre muy sencilla, sólo hay que darse cuenta de ella. Pero eso tampoco es un consuelo.

—¿Dónde piensas denunciarlos? —preguntó, confuso.

—Ven, Péter —le dijo su hermano menor, decidido; se quitó el sombrero blanco y miró con energía a su alrededor—. Se acabaron los médicos; se acabaron los extranjeros. Hay que tomar medidas, ven conmigo ahora mismo. Iremos a ver al hechicero.

Tamás cogió a Péter del brazo y se lo llevó hacia el callejón de los pulidores de piedras.

Noticias de Karnak

La carta que Péter llevaba en el bolsillo de camino a casa del hechicero había llegado por la tarde. Estaba escrita a máquina y alguien había corregido las faltas con tinta roja. Decía la baronesa: «Querido Péter, todos nos alegramos un poco de su partida. Uno siempre se alegra cuando se va alguien a quien se quiere de verdad. Fue como si la casa se aliviara. Edit ordenó una limpieza a fondo el día siguiente, y todos se pasaron el día entero fregando. Ese primer día ni siquiera se cocinó como de ordinario. Comimos a deshora, como antes de partir para emprender un viaje largo, en verano, cuando ya todas las habitaciones huelen a alcanfor, o como cuando muere alguien. Cuanto más vieja me hago (y a veces me veo tan vieja como el rey escandinavo) más cuenta me doy, con tanta mayor inquietud, de que la marcha de alguien a quien queremos es

siempre un alivio. No sería correcto escribir sobre esto en mis cuentos, pero en una carta puedo hacerlo. En mis cuentos, los personajes son tan decentes que siempre se miran a los ojos, se llevan la mano al corazón y luego levantan la mirada al cielo y, en esa actitud, balbucean: "Te quiero". Péter, en mi vejez ya nada me interesa tanto como descubrir este misterio: ¿por qué no soportamos a quienes queremos? Morimos por ellos, sí, y también vivimos por ellos, todas las horas del día y de la noche. Pero entretanto sentimos vergüenza y pudor; he aquí el mal. Durante toda mi larga vida he sentido un pudor extraño ante quienes amaba; sólo lo dejaba a un lado a veces con los desconocidos. Edit no lo comprende, ella quiere de otro modo; un poco como una estrella debe querer a otra, y tanto como el delfín debe querer al abedul; de alguna manera, su forma de querer obedece al tiempo. Ese modo de querer es algo animal para mí. Yo, ya de muy joven, aprendí a amar gracias a la literatura universal; ignoro, desde luego, si ése es el mejor método. Y con Emmanuel no se puede hablar de esto: a él, a pesar de tener principios en los que no cree en absoluto, le gusta que otros los sigan al pie de la letra. Pero eso no es raro, si se tiene en cuenta lo ocupado que está y lo amplio que es su círculo comercial... Emmanuel no conoce más cariño que el paterno y el materno, luego el amor conyugal, y un poco el extraconyugal, la aventura y el amor que se vende. Él no quiere saber nada de delfines, ni sobre la idea de que uno, en el fondo, rehúye a quienes ama. En la sede central, ustedes probablemente habrán tratado de forma extensa el problema del amor, al igual que el de los rodamientos de bolas, la música, la guerra, la bomba atómica y el riesgo de incendios, pero a mí me parece que el amor, o dicho con mayor exactitud, su contenido, el cariño, precisamente el cariño, es ese algo que no se puede tratar "a fondo". En general, es imposible hacerlo. Yo, por ejemplo, lo quiero a usted, querido Péter, sin embargo,

cuando se fue, respiré aliviada, lo que resulta impropio a mi edad. No tengo el menor derecho a respirar aliviada cuando usted se marcha. Me quedé con Edit: todo el día estuvimos alegres, sin ningún pudor. Por la tarde nos encontramos con Emmanuel; también él estaba de excelente humor. Él mismo nos contó que su avión había llegado sano y salvo a su ciudad natal, sobrevolando montañas y tempestades. De hecho, el día de su partida se desencadenó un terrible temporal sobre el continente. Seguramente usted no se había enterado; uno nunca sabe lo esencial de la situación que está viviendo. Ahora, a posteriori, se lo digo para que lo sepa. Por la noche fuimos al teatro. Edit estuvo magnífica, fue como si cantara sin abrir la boca; como si no cantase con la garganta, el pecho y los pulmones, sino con todo su ser, que es algo caprichoso. Cantaba como si en alguna parte del mundo sonara una voz y ella, Edit, la proyectara; como si fuera un tocadiscos finísimo, un aparato construido a base de fibras, glándulas y tejidos delicados y nobles que captase y transmitiera las melodías con un sonido perfecto. Ni siquiera los pájaros cantan de esa manera. Para poder conferir al canto esa vibración, esa sonoridad que le digo, es necesario haber vivido una temporada entre los hombres. Yo, a todas luces, no he vivido lo suficiente entre ellos, pues todo lo que escribo carece de esa longitud de onda. Pero esto, probablemente, le tenga a usted sin cuidado. Usted ha sido siempre muy generoso con mi literatura; ahora le puedo confiar que esa generosidad me dolía. Debe usted reconocer ahora, Péter, que he sido muy discreta y nunca lo he agobiado con mi literatura. Cuando amamos, cuando queremos de verdad a alguien, lo mínimo que podemos hacer es no leerle nuestras obras. Lo sé, carezco de pudor con mis textos, pero siempre se los he ocultado, en la medida en que me ha sido posible, desde luego, y nunca me presentaba ante usted en la desnudez de mis pruebas de

imprenta. Si nosotros, los seres humanos (y en especial las mujeres) a lo largo de la vida no encontramos a la única persona a quien podríamos amar sin sentimiento de culpa, nos entregamos sin remedio a la literatura. Este sustitutivo no es perfecto, pero hay que contentarse incluso con los fragmentos. No sé qué opina usted acerca del hecho de escribir. Sin duda cree firmemente que la escritura es más fuerte que cualquier otra cosa en el mundo, más fuerte incluso que Emmanuel. Usted debe creer firmemente que los verdaderos autores (no me refiero a los "grandes", que se hallan bajo los proyectores de las plazas públicas de la literatura, fundidos en la armadura de bronce de brillantes críticas, en el pedestal de las tiradas gigantescas, sino a los "verdaderos", que a veces no escriben más que unas pocas líneas) reinician el mundo. ¡Qué bonito debe de ser volver a empezar el mundo! Yo nunca he hecho más que continuarlo; desde donde se me ocurría, o desde donde aparecía una oportunidad, desde ahí lo iba continuando. Luego, poco a poco, todo se fue confundiendo: la vida, el tiempo, mi sexo, la literatura, los sentimientos que me inspiraban Edit, usted y Emmanuel. Ya no hay por un lado la vida, y por el otro esta carta, o mis versos. A usted le gustaría saber de Edit. Ahora he suspirado. Edit cantó, luego regresamos a casa; por la mañana salió en coche, por la noche telefoneó a aquella chica bávara, Karola, a la que usted apreciaba. No me gustan las pueblerinas bávaras. Sé muy bien que usted ahora está leyendo con severidad estas líneas, pues no le gusta que se generalice. Y si me contestase (¡confío en que no lo hará!) me explicaría, con toda clase de argumentos, que no se trata de "pueblerinas bávaras", sino de una mujer en concreto que se llama Karola y que, por casualidad, es bávara y de pueblo. Esa mujer vino a casa por la noche y creo que volvió dos veces más la semana pasada. No todas las noches bajo al salón, porque a veces no me interesan los invitados de Edit y, además, estoy

muy ocupada con mis obras. Ya no viviré mucho tiempo y me interesa muchísimo ver si al final, aunque sea una vez en la vida, conseguiré escribir una sola línea auténtica. Me siento en cierto modo como los viejos alquimistas, que llegaban a quemar bosques enteros con la esperanza de acabar encontrando algo bajo las montañas de ceniza: unas pepitas de oro como la cabeza de un alfiler. ¿Cuántos bosques tendré que quemar aún, querido Péter? Ya he quemado todo cuanto poseía. Pero usted, ya lo sé, sólo me presta atención por educación y preferiría que le hablase de Edit. Edit y la pueblerina bávara se entienden muy bien. Esa damita (no se enfade, pero no conozco su posición social y no puedo designarla de otra manera), esa damita cuya profesión sólo adivino, pero no me atrevo a nombrar, se ganó de inmediato la confianza de Edit después de que usted marchara. Las dos tenían muchísimas cosas en común y que comentar. Por supuesto, hablan de usted. Hablan de usted un poco a la manera de dos exreclusos que, después de haber cumplido su pena en el mismo presidio, deben hablar de la vida carcelaria. Y también un poco como dos alumnos de Medicina que estudian en la misma facultad y durante cierto tiempo diseccionaron el mismo cadáver. Comentan concienzudamente sus observaciones, con esa exactitud metódica con que sólo las mujeres y los médicos saben hablar de un fenómeno tan complejo como es el cuerpo y el alma de un varón. Hablan de usted un poco como de la suma de órganos sensoriales, pulmón, hígado y reflejos. Y están de acuerdo, con una ecuanimidad loable, en que sus reflejos son pasables. Existe determinada clase de intimidad que ni siquiera conocen los doctores; tal vez sólo las mujeres la conozcan, en relación con el hombre al que han amado durante un tiempo. Como si hubiesen descubierto acerca de él algo imposible de hallar con instrumental médico. ¡Hablaban de sus observaciones con ojos

brillantes y serias, sin la menor ligereza! Por ellas sé que a usted le gusta sentarse a la mesa, con los brazos cruzados, y contemplar cómo se viste la mujer a la que ama. Por ellas sé que antes del desayuno nunca fuma, y que delante de usted nunca debe decirse algo que pueda ofender a su familia o a Emmanuel. Sobre todo, no se debe hablar de la familia, ni bien ni mal. Eso lo comprendo. Existe cierta clase de pudor físico que esconde no sólo los secretos de nuestro propio cuerpo, sino también la intimidad de ese otro cuerpo común que es la familia. Con ese otro cuerpo común uno convive igual que con sus propias manos y piernas. Hay cierta intimidad exagerada en el hecho de que uno tenga familia, personas con narices parecidas y con idéntica propensión a la cirrosis hepática. Ni le pregunto cómo está usted... Porque ahora le está ocurriendo algo a ese otro cuerpo que es también usted, y pienso en usted como si quien estuviera enfermo no fuese su distinguido padre sino usted mismo, Péter. Dios no lo quiera. Haga el favor de transmitir mis respetos al señor Garren. Pues Edit y la mujer bávara están de acuerdo en que en estos momentos usted vive una experiencia física; ellas dicen que la familia es corporeidad, y que el hombre que bajo algún pretexto deja a una mujer para regresar con la familia, en realidad vuelve a la única corporeidad peligrosa. Las mujeres, como ya lo he observado a menudo, no temen nada tanto como a los padres y hermanas menores del hombre amado; en una palabra, esa otra corporeidad especial. Edit observó (y la bávara compartía sus temores) que, en relación al hombre amado, no temía tanto a las mujeres de veinte años como a un pariente de cincuenta. ¿Le parece que bromeaban? No, Péter, ¡hablaban en serio! Comentaron sus buenas y malas costumbres, parecía que dictaran juicios solemnes acerca de su forma de peinarse, de cortarse las uñas o de vestir. Y si no lo sentenciaron fue únicamente porque estaban de acuerdo en que en usted hay —

más allá de todo espíritu religioso— cierto paganismo natural, como en una mujer, o en un artista. La mujer bávara, en un momento dado, incluso rompió a llorar y enseñó el papelito con el mensaje en que usted se despedía de ella. Al llorar, bizqueaba un poco. Porque nuestra alegría, Péter, ese buen humor agradable y sano que nos había invadido a todos al marcharse usted al alba, luego decayó, al segundo o tercer día. No le puedo ocultar que nuestra alegría se disipó; esto forma parte del fenómeno. Se quiere a alguien y no se lo soporta, y se siente alegría cuando se va... Incluso cuando emprende una aventura tan terrible y corpórea, como usted ahora, Péter. Durante un tiempo, uno se siente alegre y pide que guisen toda clase de platos, sin orden ni concierto; pide que se abran las ventanas, recibe visitas sospechosas, y a todas luces se comporta como a quien le ha ocurrido algo excepcionalmente bueno, como si acabase de escapar de un peligro grave. “Mirad: no duele, al contrario, es como si el aire se hubiera renovado y la casa fuera más grande”. Y luego, al segundo o tercer día, se empieza a echar de menos servirle. Porque el cariño es servicio; pero esto usted ya lo sabe. Ni siquiera nos falta especialmente esa persona, que siempre es imperfecta y con la que siempre hay desencuentros; nos falta más bien servirle, esa disposición furibunda y contrariada que se apodera de nosotros cuando sabemos que el ser querido va a entrar en la habitación de un momento a otro, y va a decir algo desagradable, o molesto, y entonces ¡habrá que encargarse de nuevo de él! La mujer bávara, que sin duda sabe más de estas cosas, dice que su vida ha transcurrido en un estado de servicio por el estilo, y que a veces servía a varios a la vez, y que de los veinte a los veinticinco años no tuvo un minuto libre. Las mujeres, cuando se quedan solas, después de la marcha del hombre, y toman té, o a veces tejen, o escriben una novela, siempre se muestran solemnes de un modo particular. Se comportan como si hubiese

empezado un festival extraordinario, con signos celestes y deberes terrenales, un ciclo de fiestas del que hasta el universo está enterado, como también los vecinos y todos cuantos tienen teléfono. En aquellos días nos vestíamos de manera completamente distinta; Edit prefería el verde oscuro y yo el color violeta. Tales fiestas son de luto. Se inician con una sonrisa, con un "¡ah!" y un ademán de la mano trivial, pero bien pronto el humor festivo decae. Luego van llegando los visitantes, uno tras otro, como después de una defunción. Las señoras se sientan en el salón, sin quitarse el sombrero, remueven el té con la cucharilla y, con discreción, hablan de otra cosa. En momentos como ésos siempre se habla de otra cosa. Ésta es la forma de morir más elegante que existe: cuando alguien se va, envuelto tan sólo de cariño y atenciones. Todo ello es como una celebración china, con símbolos nobles y delicados, que sólo comprenden los interesados y los antepasados. Pues todos sabíamos, querido Péter, que lo llamaba una aventura peligrosa y que no estaba seguro de si volvería con nosotros de entre los leones, las enfermedades y los parientes. En su cuarto hay un orden extraño. Como es lógico, el mismo día de su partida revolvimos en sus cajones, leímos cartas de mujeres que tenía escondidas en la vieja carpeta de dibujo; todas las cartas, incluso aquellas que demostraban que había engañado a Edit y las que hacían entrever que luego engañó a Karola. Las mujeres con las que engañaba a Edit escriben mucho mejor; no se enfade, pero ha ido a menos, querido Péter. Y cuando ya lo habíamos mirado y revuelto todo, hurgado por doquier, abandonamos su habitación, que ahora es como la de un explorador africano: está sospechosa y definitivamente ordenada, en previsión de los peligros que, además de los parientes y los leones, acechan al propietario en el extranjero. ¡Oh, Péter, tenga usted mucho cuidado! Algo me advierte entre susurros que debe usted tener

mucho cuidado. Usted ya no volverá a Karnak; tomó el avión para volver a las profundidades, y yo a veces tiemblo y rezo por usted, pues regresar al lugar donde viven los fantasmas de la infancia resulta casi más peligroso que ir a buscar a una mujer en el inframundo. ¡Confíe en la literatura, Péter! Nosotras ya llevamos un poco de luto por usted. Sólo las mujeres saben estas cosas. No nos desprecie, pero sepa, por lo menos, que ya llevamos un poco de luto por usted. La mujer bávara vino dos veces; se lo contó todo a Edit. ¿Por qué las mujeres que dan algo por perdido hablan del hombre que ha cedido a la llamada de la vida y se va a determinado ámbito de trabajo, o con la familia, por qué las mujeres hablan de un hombre así como de alguien que las ha engañado y las ha abandonado? Parece que las mujeres no le perdonan a un hombre una ausencia de este estilo. No se creen los motivos y no perdonan. La bávara comió mucho y lloró, luego se sentó encima del piano y se puso a cantar a la tirolesa. Al cabo de mucho rato se ladeó el sombrero, como un sargento del ejército haría con el quepis, saludó, entrechocó los tobillos y se comportó con una alegría amedrentadora. Dijo que la estaban esperando en el parque bajo un árbol. Es una dama muy original. Emmanuel viene todas las noches. Tal vez le interese saber, Péter (y por eso lo pongo aquí), que acerca de Emmanuel vuelven a circular rumores desfavorables en el mundo empresarial y en todo el mundo en general. Usted ahora está atrapado en la aventura de la tristeza y en el dolor, como si llevase una campana de buzo, y no sabe nada de la superficie y el mundo exterior. También yo estoy hundida en la literatura, como en una desgracia, pero las noticias del mundo todavía me alcanzan. Emmanuel sigue siendo tan serio y atento, tan cortés y bondadoso como antes; los dos músicos, Josua y el joven, lo acompañan igual que antes, pero a Josua, en presencia de Emmanuel, se le escapan sus excentricidades más a menudo, y

a veces hay que quitarle a la fuerza la flauta, pues en estos tiempos se muestra muy falto de tacto. Emmanuel lleva su levita negra, de corte largo, como siempre, y nunca olvida traernos algún regalo, un diente de tiburón, o un misal antiguo, o un nuevo modelo de sostén, pues sabe que está obligado a dar si pretende que lo quieran. Su bondad nunca fue tan perfecta como ahora que, una vez más, circulan noticias funestas sobre él en todo el amplio y vasto mundo. Tal vez le interesen estas noticias. Emmanuel es ahora tan bueno como quien no sólo aprendió la bondad, sino que por fin incluso la ha comprendido. Desde luego, aún mira a su alrededor mientras la ejerce; mira desconfiado, como quien teme que ojos avizores puedan notar algo. El negocio de Emmanuel, querido Péter, a lo mejor "marcha bien", tal como dicen ustedes, los negociantes (cosas así, una vieja poetisa como yo no sabe distinguirlas), pero la bondad de Emmanuel me parece muy sospechosa. A ver, ¿qué palabra técnica utilizarían ustedes para esa bondad? ¿Belleza? Ese crédito, esa bondad, que es más importante que el dinero en las cámaras acorazadas, y que los buques y las fábricas de armas y los conservatorios de música que son propiedad de Emmanuel, esa bondad, esa habilidad suya, esa magia que irradiaba por igual sobre clientes, obreros y empleados, ha decaído un poco, según dicen. En algún periódico extranjero leí un artículo que defendía con argumentos que era posible imaginarse el mundo de los negocios sin Emmanuel. Yo no quiero ni oír hablar de tales cosas. Emmanuel es amigo mío y mi jefe, como es amigo y jefe de muchos otros en esta tierra, y no quiero saber nada de un mundo imaginado sin Emmanuel. No, no quiero saber nada de un mundo así. También yo he dudado alguna vez de la bondad de Emmanuel, porque soy débil y me dejo seducir por pensamientos perversos. A veces he dudado de si Emmanuel y el modo en que se comporta, tal como despide o contrata a

personas, inventa y distribuye, y esa manera de ser siempre igual, algo ceremonioso y un poco (no se enfade, Péter, ¡las mujeres nos damos cuenta de estas cosas!) ridículo incluso, con su barba, su levita negra, sus zapatos grandes cubiertos de polvo, sus quevedos, su bondad y atención constantes... A veces he dudado de si Emmanuel es verdaderamente apto para el papel que desempeña. Es como si fuera envejeciendo también. ¿Cree usted, Péter, que un buen día incluso Emmanuel será viejo? A veces lo observo mientras escucha la música de Josua y los demás músicos, o mira a Edit, o dicta un telegrama, mientras remueve el té, y en esos momentos descubro en él defectos y me duele. Como si ni siquiera le importase mucho lo que sucede con sus empresas, como si de buena gana cambiaría sus negocios por alguna ocupación más sencilla, como si anhelase a veces un destino más inocente y quisiera retirarse jubiloso, de no ser ofensiva e imposible esta idea para un Emmanuel. No, Emmanuel no puede jubilarse; sería imposible imaginarse las empresas sin él. Usted sabe que siempre necesitaba flores; flores y música. A veces me asustaba verlo con los ojos entornados, silencioso, rodeado de telegramas, flores y música. Parecía algo desesperado, cruel e inhumano. Y siempre corren rumores de que va a reorganizar sus empresas, de que trasladará a sus empleados a otro continente y desencadenará otra guerra, y mientras tanto manda construir unos cuantos orfanatos e iglesias... Pero a veces temo que todo esto no obedezca a un plan y que, a lo mejor, a Emmanuel no le interesan de verdad sus negocios; tal vez le aburran, sí, eso es, como si ya estuviera harto de todo. Él, naturalmente, nunca dice nada. Y a veces es tan cruel... Nunca habla de los muertos, ni asiste a entierros, como si no contase todo cuanto a los muertos se refiere. No lo conocemos, Péter, y no se haga usted ilusiones, estoy completamente segura de que tampoco usted lo conoce. Edit es la única persona que no le tiene miedo; dice

que Emmanuel es impotente, y que no tiene tanta libertad de acción como a nosotros nos parece; que siente grandes deseos de casarse y fundar familia. ¡Qué idea más dolorosa: Emmanuel padre de familia...! ¡A su edad y en su situación! Cuentan que en todas partes se celebran asambleas de protesta y se organizan huelgas; los obreros y los ingenieros han perdido su fe incondicional en los proyectos de Emmanuel, y los periódicos publican artículos en los que periodistas niegan y reniegan de Emmanuel y afirman que sin él el mundo sería más sencillo, más sano y más humano. También la bávara opina así; no parece tener muy buena opinión de Emmanuel. Le contó algunas sandeces, como que Emmanuel la había visitado en una ocasión, tentándola con ofrecimientos equívocos para que se convirtiera a él, creyera en él y lo acompañara. "¡Él querría a todo el mundo a su servicio! ¡Querría contratarnos a todos; seducirnos con dinero, collares de perlas o lágrimas! ¡Qué bien le iría mi ayuda!", gritó la bávara, con su voz vulgar y desagradable, y con un ademán vulgar e irrespetuoso le hizo la higa con el dedo. Péter, ¿es posible que Emmanuel necesite a la bávara y en realidad a todo ser viviente? Hipótesis desesperante. Ni me atrevo a continuar este pensamiento. Lo cierto es que alrededor de sus empresas existe confusión, querido Péter, ya no se cree tan incondicionalmente en la "bondad" de Emmanuel. Ya no afirman que es un genio. Murmuran incluso los obreros. La empresa, como he oído decir por casualidad, sorprenderá esta primavera el mercado con novedades maravillosas: presentará un nuevo tejido sedoso, una especie de cota de malla, que hará que las mujeres recuerden a los cruzados medievales, hundidas hasta el cuello en la sangre, el entusiasmo frío, la aventura y la sífilis. Y para caballero, Emmanuel ha proyectado distintos modelos de traje, sencillos, de corte idéntico, y estos trajes harán que todo hombre parezca un poco como un mecánico, un poco fraile y

un poco soldado; Emmanuel afirma que es la moda más moderna. También presentará esta primavera un nuevo tipo de avión que volará tan alto y rápido que ningún proyectil podrá alcanzarlo, y el avión hará caer varias bombas de una tonelada y folletos de propaganda por segundo. La empresa presentará, igualmente para la temporada de primavera, un diseño nuevo por completo de cinturón para señora confeccionado con plumas de pájaro y a un poeta nuevo que ha escrito *Himnos a Emmanuel*. Tal vez recuerde usted que la casa, igualmente para esta primavera, se proponía poner en circulación el nuevo Partido, sin embargo, Emmanuel todavía no está decidido, dice que el antiguo funciona aún pasablemente y que prefiere presentar una nueva ópera en todos los teatros especializados del mundo, en Moscú y en Nueva York, de forma simultánea. Habrá, además, dos guerras civiles; una de ellas ya está del todo a punto, la otra, aún la están retocando un poco. Emmanuel es un sabio auténtico; nunca se precipita. Sólo los ciegos y los sordos afirman que busca su propio interés. Emmanuel ya no quiere ganar dinero; ni haciendo la guerra, ni estableciendo la paz. Por lo demás, ¿qué representa para él el dinero? Los inocentes no saben que Emmanuel fabrica incluso dinero, dinero verdadero, para Estados extranjeros; tiene contratos que lo autorizan a ello. ¡Qué curioso, Péter, que precisamente nosotros podamos formar parte de la intimidad y el círculo mágico de Emmanuel! Edit tiene la culpa, pues por muy poderoso que sea, Emmanuel necesita, no obstante, a alguien que le vea hasta el tuétano y no tenga fe en él. Frente a Edit, Emmanuel es impotente; no es capaz de privarse de la única mujer que no lo cree. Y con ella va planeando las creaciones más bellas de la empresa; ahora, por ejemplo, están hablando de que esta primavera presentará en la Feria de Leipzig un bosque completamente original, con ramas azules. ¡Qué bonito sería si lo lograse, Péter! ¡Y aún puede haber

personas que duden de él, de su poder y sus ideas! Todo cuanto ha construido es tan perfecto, tan acabado... Y a lo mejor cualquier día inventará incluso la felicidad, lanzándola en forma de polvos en los mercados internacionales. Ahora, una vez más, no creen en él, pero es algo pasajero. Nosotros, a quienes el destino ha colocado por arte de magia junto a Emmanuel, sabemos que él no conoce lo imposible, y que incluso cuando no comprendemos por completo sus puntos de vista, y aunque a veces nuestra fe en su bondad vacile, podemos estar contentos de conocerlo, y por eso siempre, en cierta manera, nos percataremos de su extraño modo de ser, despiertos o en sueños. Últimamente he engordado un poco, pero haga el favor de no decírselo a nadie. Desde aquí no podría decirle nada más, ni más nuevo, ni más interesante. Soy vieja, tengo el pelo rojo como la llama, y voy a morir pronto. Tampoco Emmanuel ha inventado nada contra la muerte. Y tal vez la muerte sea lo único que me incita a dudar del poderío y la importancia de Emmanuel, pues ya sé que no puede haber grandeza auténtica si se muestra impotente y nada puede hacer contra la muerte. Él, en cambio, afirma que la muerte es un mero medio; un medio antiguo y probado, que nadie ha inventado nada mejor, y que en organismos tan grandes como la humanidad y el universo, tales medios secundarios no podrían descuidarse. No quiero discutir con él; estoy cansada, y a veces incluso indiferente. He acatado la voluntad de Emmanuel. Ahora que usted está luchando allí lejos, en el círculo polar de los parientes, la muerte y los leones, he tenido que escribirle esto. Pienso mucho en usted y suplico a Emmanuel que ayude a su familia. Edit me encarga que le diga que cuide su garganta, sobre todo por la noche, por la niebla y el mito; y si se resfriase, beba por la mañana, antes de desayunar, agua de seltz con leche hirviendo. Y si a pesar de todo volviera, aunque fuese por poco tiempo, no olvide traer

consigo algún recuerdo: un ramillete de *edelweiss*, o una leyenda para la cinta de una camisa».

Al pie de la carta, había una posdata:

«Acaban de contarme que la bávara ha muerto abrasada. Murió quemada viva en la plaza pública y echaba mucho humo, como en otros tiempos las ovejas inmoladas en el altar y, más tarde, las brujas. También esto demuestra que nadie puede pecar impunemente contra Emmanuel, querido Péter».

El hechizo

Los dos hermanos cruzaron la plaza del mercado en dirección a una casa vieja. Péter vio el rótulo del padre de Ábel bajo el portal.

—¿Aún vive? —preguntó con voz queda, y se detuvo.

Quien los viera podría creer que Tamás arrastraba un poco a la fuerza a Péter, pero en aquellos momentos sólo cruzaban la plaza un general, uno de los nuevos, los de azul marino, y un deshollinador, después de la faena, bien aseado y haciendo gala de una limpieza penosa, exageradamente burguesa, como si después del trabajo tuviese que asistir a una boda.

—No, murió hace ya mucho tiempo —le contestó en voz igualmente baja, misteriosa; y volviendo la cabeza, confuso, añadió—: Para hablar con más propiedad... Pero no, tú no comprenderías esto.

Péter se detuvo, irritado. También él se daba cuenta de que en la situación, en dejarse arrastrar así, había algo ridículo. La intención de Tamás y la voluntad del invisible Ábel arrastraban a Péter hacia la casa del hechicero y tenía una sensación de impotencia, como si estuviera sufriendo un castigo leve, y

aquellos pocos pasos en la plaza del mercado, y todo lo que aún no había explicado a nadie de su sueño de repente se condensó semejante a la realidad... Y al mismo tiempo, la realidad, el polo opuesto al recuerdo, empezaba a desmayarse a la manera de un sueño... Péter tenía en su bolsillo la carta, el primer mensaje que había recibido de Karnak desde su marcha. Todo aquello lo humillaba un poco. Se rebeló testarudo ante la puerta, lívido, y su cara se desgarraba ridículamente; en tales ocasiones, hacía una mueca con la boca, como si tuviera ganas de llorar y morder.

—¡Basta ya! —exclamó, pero su grito había sonado tan blando y sordo como si hubiera gritado en sueños, como cuando no poseemos voz verdadera—. ¡Basta de humillaciones! ¿Qué quieres decir? ¡Explica tus palabras! ¡Estoy harto de sus alusiones malignas! ¿Qué significa que el padre de Ábel ya no viva; es decir, que viva, pero que yo todavía no comprendo esto por completo? ¡Protesto!... —exclamó, y al mismo tiempo se daba cuenta de lo lamentable que era todo cuanto él pudiera decir ahora a Tamás frente a la puerta de la casa del hechicero.

Y en efecto su hermano lo miró tristemente y movió la cabeza como si fuese mucho mayor que él.

—No he dicho que viva —contestó Tamás, con paciencia benévola—. Sólo he dicho, he querido decir, que, en cierto sentido, aún existe... y es esto lo que tú, por no haber hablado aún con Ábel, no podrías comprender. No grites, por favor. Nos están mirando.

Tamás cogió del brazo a Péter, que se resistía, y con un ademán enérgico lo arrastró bajo el portal. En la bóveda del portal brillaba un quinqué de aceite y Péter miró a su alrededor, contento. Todo estaba igual de un modo tan artificial, tan arbitrario; como si Ábel —al que Tamás, tercamente, llamaba siempre «hechicero»— lo hubiera dispuesto así, el portal y la bóveda, para molestar a Péter.

Junto al lavadero, cargado de piedras grandes, estaba el cubo grande de basura; el vidrio destinado a proteger la llama del quinqué contra el viento, hacía ya veinte años que se había agrietado, y la puerta vidriera, provista de una campanita que daba a la consulta médica del padre de Ábel, también ahora aparecía cubierta de una cortina color hueso. A Péter lo irritaba sobremanera aquella repetición, aquella inmutabilidad, aquel pasado —así le parecía— preparado exprofeso para molestarlo y despistarlo.

—No creas —dijo Péter, bajando de forma involuntaria la voz, tal como se habla en criptas o en museos—, no creas que soy tan tonto como para tragarme estos engaños. —Y cuando Tamás, todavía bondadoso como un adulto empeñado en tranquilizar a un niño que patalea, movía la cabeza, dijo—: Sí, en efecto, un engaño —repitió apasionadamente, ronco—. Antes de subir, quiero decírtelo. Otra vez las estupideces de antaño. El Ábel de entonces, con su misteriosa holgazanería, con sus aspavientos importantes. Basta ya. Veinte años atrás ya estaba harto de ello. Es verdad que una vez soñé con él... Pero ese sueño es un asunto particularísimo mío. Ábel tiene poco protagonismo en él. Y en el sueño no hubo hechizo alguno. Por regla general, no creo en los hechiceros, ni en las hechicerías. ¡Qué anacronismo absurdo emplear hoy día fórmulas mágicas, en el siglo de las luces y la razón!

Y así siguió, con voz algo quejumbrosa, como quien chapurrea febril y fuera de sus cabales estas frases hueras y altisonantes.

—No, Tamás; sólo quería decirte que vale más que volvamos atrás. No temo el hechizo, y no creo que Ábel pueda ayudarnos en lo más mínimo. Y esta puesta en escena, aquí, perdóname, pero no encuentro otra expresión para todo lo que veo en esta casa... Este pasado conservado artificialmente, este portal momificado en detrimento de la limpieza y de la modernidad...

Bueno, pues, esto no es más que la escenificación ridícula y petulante de Ábel. ¡Siempre era así! —dijo, y deteniéndose en el extremo del patio, respiró hondamente.

Junto a la valla, en la oscuridad, reconoció unos cuantos árboles viejos. Tamás le contestaba con suma paciencia, y su voz parecía sonar casi con unción en medio de las tinieblas:

—Ábel no tiene la culpa de nada de esto. Su padre lo quiere así.

—¿El padre? —susurró Péter. Su aliento pintaba un vaho gris sobre el fondo sombrío—. ¡Su padre murió!

—Ya te he dicho que no lo comprendes —repitió Tamás con un susurro quejumbroso y bajo—. Murió, pero ordena y manda.

En aquel instante se abrió una puerta del pasillo del piso y la luz incidió sobre el patio. Péter estaba a punto de contestar en términos violentos, pero el reflejo lo hirió en los ojos, volvió la cabeza, se tapó los ojos con la mano y se inclinó un poco hacia el suelo, como si se tambaleara y le costase recobrar el equilibrio. En el umbral aparecía un hombre gordo y fornido, un hombre a contraluz cuyas manos y cara se perdían en la oscuridad. Aquel hombre —a lo mejor algún vecino, o el criado de Ábel— estaba en el umbral, ancho y rechoncho, mirando silenciosamente hacia el patio, en actitud de espera, de forma que su cuerpo enorme e informe se inclinaba con una precaución angustiosa encima del patio. Péter, en un primer momento, tuvo la sensación de que flotaba. «¡Incluso tiene criados!», pensó malhumorado, y este pensamiento lo asustaba un poco. Pero el fenómeno no se movía, seguía encima de ellos, gordo y precavido, inclinándose sobre la barandilla, y a Péter le parecía que roncaba. «No, esto es ridículo; este hombre no puede ser Ábel, el hechicero...», pensaba algo inquieto. Pasaron unos instantes en un silencio precavido, acechante casi. Péter irguió el busto y levantó la mirada hacia aquella silueta. Ahora vio a Tamás mirando boquiabierto hacia arriba, casi

embrujado, con ojos bizcos y transportados; sus labios carnosos se separaron y sonreía cansadamente, como quien es testigo de una visión maravillosa, como quien mira al interior del cielo, un cielo peculiar y personal, donde todo resulta atrayente y agradable.

—¡Subid! —dijo el hombre gordo.

Los dos reconocieron su voz. Era Ábel. Éste dio media vuelta y entró pesadamente en su piso, dejando la puerta abierta. Tamás soltó un silbido breve, y con pasos especialmente vivaces, saltando dos peldaños a la vez, entró también, olvidando cerrar la puerta.

«¿Así empieza el hechizo?», se preguntaba Péter y movía la cabeza. Ábel había sido alto y esbelto, pero aquella silueta que acababa de hablarles con la voz de Ábel desde lo alto era pequeña y rechoncha. Siguió poco a poco a Tamás, como quien aún no se ha decidido y vacila todavía y no está convencido de si debe o no corresponder a la invitación. En la penumbra del patio soplaba el viento y los árboles, tan familiares, gemían. Muy cerca, en un establo del que Péter guardaba algún recuerdo borroso, relinchaba un caballo y luego se oía ladrar rabiosamente a un perro. La escalera de servicio por la que acababan de subir olía a basura, como si las criadas tirasen sobre los peldaños el agua sucia de fregar. «¡Qué hechizo más asqueroso!», pensaba Péter. Y luego, sí, todo esto lo había visto en el sueño. Oía latir su corazón. Por alguna razón —acaso porque aquella tarde los médicos habían celebrado un conciliábulo muy prolongado, y por esto ya al despertarse tenía la sensación de haber amanecido en una fiesta maligna y temible— por la mañana se había puesto ya su traje negro, y ahora estaba contento de ir ataviado con aquel disfraz solemne, como si lo pudiera proteger contra algo. La carta de la baronesa le pesaba tanto en el bolsillo que parecía llevarlo lleno de piedras. «Por muy gran hechicero que sea —pensaba ahora—,

no le enseñaré, a pesar de todo, la carta, y callaré incluso sobre Emmanuel. Hechicero, ¡qué idea más ridícula! Aún continúa jugando, no tiene ningún oficio, es de la misma especie que Tamás ¡y se embrujan mutuamente!...». Pero todo, ahora, olía de una forma rara. De la carta de la baronesa sólo había llegado a comprender que Emmanuel estaba engordando y se sentía cansado, perdiendo su poder de influencia sobre las personas. (Péter conocía bien los momentos de decaimiento del jefe y ahora pensaba en él casi con amistad, sentía ganas de estar junto a él para animarlo y alentarlo, pues Emmanuel necesitaba tales ayudas en aquellos períodos de desmayo, cuando sus fieles se sublevaban contra él). Continuamente repetía para sus adentros la posdata. Estaba convencido de que la noticia era cierta y que Karola, en efecto, había muerto abrasada. Y por muy inverosímil, sí, ridícula y periodística que pudiera parecer aquella noticia, no acertaba a maravillarse ni horrorizarse. Ahora veía con todo relieve el instante en que había salido por última vez del pisito de Karola y todo se había quedado tan definitivamente en la habitación... El perfume de Karola, los muebles y los trajes en los armarios... Karola había empezado a morir en aquel instante. Ella aún se había paseado por la calle, escuchando la voz contenida y trémula —ridículamente trémula— de algún hombre y sus palabras tontamente asediantes, pero ya agonizaba un poco, ya había empezado a descomponerse; la materia que había constituido el sentido y el secreto de su manera de ser se había esfumado y transfigurado. Acaso en aquel instante otra mujer iba llenándose de aquella esencia con el secreto y la materia del amor. Karola era esa clase de mujer —pensaba ahora, y no se sorprendía por recordarla con frases tan elocuentes, dignas de figurar en un discurso funerario— que sólo vive mientras puede despilfarrar esa materia del amor acumulada en su interior. Luego arde en la plaza pública echando mucho humo. Y ya vive

en alguna parte otra mujer que ocupa de inmediato su puesto, acepta su papel, el papel del amor. Esa mujer ya debía de haberse puesto el sombrero y salido a la calle, rumbo a los hombres. Péter bajó la cabeza. Tamás entró en el recibidor y lo encontró vacío. Antes, en el umbral, se había detenido y mirado atrás, como si temiera que Péter pudiera escaparse en el último momento.

Era un típico recibidor pequeño burgués, a la antigua usanza. En aquel espacio diminuto se abrían tres puertas pintadas de color marrón, con la pintura ya agrietada en sus ángulos inferiores; puertas que conducían probablemente al retrete, a la cocina y al cuarto de baño. También en aquel recibidor reinaba el mismo hedor penetrante de cocina que en la escalera había molestado el olfato de Péter; olor a agua de fregona, desperdicios de cocina y ajo, el tufo de la sordidez más íntima y más impúdica de la humanidad; una pestilencia sofocante de podredumbre de grasas, junto con ciertas emanaciones de corporeidad supra personal y general, como si en aquella cocina se guisaran otras cosas además de comida. Aquel hedor era tan intenso que Péter se detuvo abatido en el umbral y por un instante rehusó entrar. «¡Vive aquí! ¡Y yo, a veces, aún sueño con él! En mis sueños aparece delgado y pálido, como si sólo comiera vegetales y leyera a los poetas alemanes medio locos del siglo pasado. Y ahora resulta que vive en medio de esta peste...», pensó con rencor, amargado. Tamás miraba hacia atrás, hacia él, sonriendo, con una sonrisa alentadora, como quien también encuentra horriblemente penetrante el hedor, pero al mismo tiempo le pide mil perdones y lo anima a entrar en el recibidor, a soportar con él aquella ofensa, pues, una vez dentro, todo será mejor. Había en el recibidor un armario con luna y cajón, de la pared colgaba un guardacepillos bordado, y no quedaba otro remedio que dejar el sombrero en el colgador que imitaba unos cuernos de ciervo. Péter, al colgar allí el

sombrero y el abrigo, no miró a Tamás, pues tenía la sensación de que su hermano estaba avergonzado.

—¿Dónde está Ábel? —preguntó Péter en voz baja—. ¡Qué recibimiento!

En todo aquello, los hedores y el recibidor, había algo crudo y primitivo. Encima del armario se veían varios membrillos. Péter miró a su alrededor, cauteloso e irónico. No había esperado nada bueno de aquella visita, pero aun así se sentía decepcionado; los hechizos no empiezan así, oyendo ruido de platos en la cocina. Sin embargo, ahora caía en la cuenta de que ya había estado allí, una vez, y que todo estaba exactamente igual; aquella peste y aquel ruido de platos lo recibían con los mismos matices. Por la izquierda del pasillo se llegaba al despacho del padre de Ábel; allí solían esperar los dementes, sentados en aquel banquillo. Había aún otro acceso a la planta de arriba: escaleras anchas, cubiertas de una alfombra de trapos multicolor, y en la pared colgaban jarrones y platos de mayólica. Ahora ya lo recordaba todo y el recuerdo era tan intenso como la realidad; Péter acabó por comprender que ambos se confundían. Aunque el médico rara vez empleaba aquella otra entrada, más señorial; también los membrillos lo tranquilizaban un poco. Desde luego, éste era un universo más pobre que el de la antigua casa Garren de su infancia; a la familia de Ábel, que ostentaba el mismo distintivo social, le faltaba algo, a pesar de todo, de su rango, como cuando dos padres de familia son oficiales de la reserva pero uno es titular de la Cruz Laureada del Valor y ya no habrá manera de colmar esa diferencia, pues no se dará la ocasión para recibir tal distinción. Ábel había vivido allí con su vieja tía Aranka, o Etelka, una pariente lejana pudiente, que lo había criado en sustitución de su difunta madre mientras el padre curaba heridas en los campos de batalla... Y luego circuló el rumor de que las acciones que su tía había estado guardando en una caja

de latón, en el momento de cobrar la herencia que ésta le había dejado en su totalidad, ya habían perdido su valor. Todo aquello, pálidamente, volvía ahora a su memoria mientras contemplaba los membrillos y el colgador tallado en forma de cuernos de ciervo; como si desde una ciudad extranjera donde hubiera estado de paso fugazmente años ha, le estuviera hablando alguien, de noche y bajo la lluvia. Luego Ábel salió por la puerta del centro, hizo una pequeña reverencia y sonrió en silencio con esa sonrisa fría y distantemente cortés con la que el médico dice: «El siguiente, por favor...», y les hizo una seña para que entrasen.

Péter se detuvo en medio de la habitación, junto a la mesa del comedor, cuadrangular y cubierta de felpa gastada, esperando unas palabras de saludo, o algún ademán simbólico por el hecho de volverse a ver, pero no ocurría nada. La temperatura del comedor era agradable. Según delataba la mayor parte de los muebles y objetos, debía de tratarse de un comedor, pero seguramente Ábel lo empleaba también como taller. A primera vista hubiera sido difícil decir qué clase de taller era, pues el amo de casa los guiaba con una disposición silenciosa, entre guiños y frotándose las manos. Entre las dos ventanas se hallaba el trinchante, un mueble pasado de moda, de estilo alemán antiguo, en cuya repisa de mármol se alineaban en orden tazones antiguos, un samovar, azucareros de plata y tacitas de café. La plata brillaba, tal vez incluso demasiado, como en los hogares pobres, donde estos tesoros se tienen a la vista; los de la casa aprecian mucho esas pocas piezas que han conseguido en su carrera de pequeña burguesía, y día y noche los frotan y les sacan brillo. En la pared había cuadros baratos, al óleo: un viejo soldado con guerrera, en actitud de estudiar, con ojos de perito y el sable desenvainado; una chica junto a una fuente y algunos estudios de cabezas de caballo. Aquellos cuadros, como Péter podía notar con una sola

ojeada —tal como hacemos sólo raras veces, cuando somos capaces de abarcar con una sola ojeada objetos y ambientes, cuando con esa única mirada precisamos llegar hasta la esencia verdadera; como si sintiéramos deseos de reír pero tuviéramos miedo de que al hacerlo, en el instante siguiente, todo se esfumaría—, tal vez eran incluso algo más artísticos que el promedio que el visitante podía esperar encontrar en una estancia de parecido nivel y gusto. Peter pensaba que sólo se trataba de obras de artistas cobardes e inferiores que satisfacían servilmente los anhelos de tonalidad anímica de sus compradores. En la mesa rectangular se veía un teléfono y encima de una silla varias revistas francesas muy conocidas. De la pared colgaba asimismo una bendición casera y a su lado un calendario, pero uno de esos calendarios vulgares de oficina que los comerciantes suelen regalar a sus clientes. Esto era todo lo que desentonaba del carácter de comedor y recordaba un poco a una oficina o un taller.

—¡Haced el favor! —dijo Ábel, y ejecutó pesadamente una reverencia, tal como hace la gente corpulenta que siente vergüenza de cada uno de los ademanes y gestos de su cuerpo.

—Querido amigo —dijo Péter—. ¡Cuánto me alegro!

Tamás sonreía turbado, como si acabara de llevar a cabo una obra extraordinaria, reuniendo a dos personas destinadas a entenderse, y ahora disfrutase modestamente de su triunfo, esperando algo del todo extraordinario, el canto de un pájaro o el silbido de una locomotora.

—¡Ah, yo también me alegro! —contestó Ábel, con voz de bajo, pero era evidente que no se alegraba en absoluto.

Durante los primeros minutos ambos se comportaron como quienes desempeñan el consabido papel de «viejo amigo» y «antiguo camarada», representando esa escena tan hermosa del reconocimiento, y sólo después de haberse dado mutuamente varios golpecitos amables en la barriga, pues ahora ya no

pertenecían al mismo nivel social y la jerarquía de la juventud había perdido su vigencia. Péter había llegado muy lejos y ya conocía a grandes capitalistas, mientras que Ábel se había rezagado un poco, había engordado y a lo mejor incluso debía dinero al librero. No se hacían precisamente reverencias, pero estaban sonriendo con una buena voluntad exagerada y con movimientos de cabeza expectantes, como si no estuvieran muy seguros de apreciarse pero tampoco sintieran la necesidad de verbalizar esta sospecha. Sí, Ábel había engordado, y ya no era más alto que él, de hecho parecía más bajo ahora que veinte años atrás; y por muy imposible que pareciera aquella idea, tan contraria a una visión objetiva y sana de la realidad, Péter tenía la sensación de que los huesos de Ábel se habían encogido un poco —alguna vez había leído algo acerca de una enfermedad por el estilo— y la grasa se había aposentado luego en capas sobre los huesos deformados, compensando, en sentido horizontal, lo que la naturaleza le negaba en talla al excompañero de colegio.

—Sí, he engordado —observó entonces Ábel, con sonrisa servicial, como si Péter hubiese formulado su sospecha—. La vida sedentaria, las ocupaciones... —añadió, como excusándose.

Luego, quizá aburridos por aquel proemio necesario pero falso, dijeron casi al unísono:

—¡Veinte años!

Los tres respiraron aliviados. Como si esto hubiera sido la fórmula mágica, se lanzaron a hablar sin transición. Tamás, más tarde, dijo que aquella conversación le había recordado a una negociación, que parecían dos comerciantes —y efectivamente lo eran un poco— que por fin se hubieran encontrado, después de una correspondencia prolongada, para tratar en persona de un negocio. En su estilo de negociar había algo comercial, afirmaba Tamás. Como si antes hubiesen

debatido los pormenores en sus cartas y ahora, al encontrarse por fin en persona, pudieran limitarse a hablar sólo de lo más urgente, de algo que era insoslayablemente actual y que no les dejaba tiempo para cortesías, viéndose obligados a hablar enseguida de la calidad de la mercancía y de los precios, con franqueza cruel y cautela desesperada. Así se habían sentado a ambos lados de la mesa, con los brazos cruzados, e inmediatamente se enfrentaron.

—He oído decir que te dedicas a hacer hechizos.

—Sí —contestó Ábel—. Pero desde hace poco tiempo. Antes, escribía. Pero ahora ya ha pasado la época en que las palabras surtían efecto. Me veo obligado a hechizar.

—El hechizo —preguntó Péter, con ironía—, ¿es más fuerte que la escritura?

Se arrepintió al instante de su pregunta. Ábel parpadeaba. Llevaba un traje de calle gris, algo gastado, un nudo de corbata prefabricado, y en sus zapatos, en su pañuelo, latía cierta modestia vergonzante de empleado de oficina. En la habitación se mezclaban con una homogeneidad admirable los muebles de comedor y los instrumentos para hacer hechizos. Era una sala de estar agradable, pero, a todas luces, sólo la presencia de Ábel la transformaba en tal. La pregunta debía de haber zaherido a Ábel, que se puso a parpadear nerviosamente. El modo de llevarse la mano a los ojos al sonreír recordaba al Ábel de otros tiempos; pero, según Péter, le faltaba por completo la elegancia delicada de su juventud. Era como si le hubieran dado una paliza. O como si todos los días los extranjeros lo llamasen a declarar, sometiéndolo a un interrogatorio severo. Estaba cohibido, pero sus ademanes y su risita revelaban claramente que su torpeza era artificial, como si la hubiera estado practicando. En todo, hasta en su risa, había algo de disfraz.

—No es más fuerte —contestó en voz baja y con la punta de

sus dedos gruesos dio delicadamente una vuelta al tornillo que regulaba la llama del quinqué. Péter se dio cuenta entonces de que en la habitación no había electricidad—. Es lo mismo, sólo que es más espectacular. Es un género distinto. Un buen día tuve que aceptar que los géneros antiguos ya no surten efecto. Es preciso llevar más allá el arte de escribir. Me obligaron a ello.

—¿Los extranjeros? —preguntó Péter.

Ábel levantó el índice con preocupación, como quien invita a sus visitantes a ser cautelosos:

—También ellos. Todo el mundo. Los adultos. Los que ocuparon nuestra patria.

—¿Y nosotros, Ábel? —preguntó Péter, que de golpe se puso grave—. También nosotros somos adultos.

—Tú, sí, a lo mejor —dijo el hechicero murmurando, y con toda seriedad—. Yo he tenido mucho cuidado. Alguien debía velar por ella.

—¿Por quién? —preguntó Péter, y notó asombrado que su voz temblaba.

—La patria —dijo el hechicero.

En aquel instante el teléfono comenzó a sonar. Ábel acercó de forma mecánica su mano rechoncha al auricular y habló con una voz completamente distinta, con suma calma y de forma rutinaria.

—Sí. ¿Cuánto? ¿Treinta y ocho con siete? —dijo—. No, es normal. Por la noche vuelva usted a darle quinina. Léale poesías. No, nada de Rimbaud. Algo más suave. Tal vez veinte o treinta versos de Rilke. Sí, puede darle también una inyección de camomila. Llámeme otra vez hacia medianoche.

Colgó el auricular, se frotó los párpados y miró el aparato con ojos cansados y malhumorados, pues en aquel instante volvía a sonar.

—Perdonad —dijo Ábel, con voz de persona muy ocupada—.

Sólo un momento. Desgraciadamente es la hora en que suelen llamar. ¡Al habla! —gritó al aparato—. ¿Vender? No, yo ahora no vendería. Espere usted hasta Pascua. Los precios del cemento armado van subiendo. Ya me lo pensaré.

Colgó al desconocido sin una palabra de despedida, como solemos hacer con alguien de nuestro círculo íntimo que nos molesta todos los días más de una vez. Luego, cuando dirigía precisamente a Péter una sonrisa que pedía perdón, un timbrazo indicó de nuevo que alguien necesitaba con urgencia los consejos de Ábel.

—Ya lo ves; esto es así toda la tarde... Mires donde mires, sobre todo en estos últimos tiempos... Ya no lo soportan... Voy a hablar con este último solamente, si me lo permites. ¿Se ha casado con ella? —preguntó, esta vez con tono cordial y amable, apoyándose con pesadez en la mesa, con el auricular en la mano—. ¡¿Es feliz?! —exclamó con una voz suave que a Péter le pareció a la vez firme, reveladora de su orgullo y complacencia—. No, ahora siga usted siendo feliz y con eso basta —dijo con energía—. Siga siendo feliz y rece sus plegarias todos los días, por la mañana y por la noche. De los ópalos ya hablaremos la semana que viene. Ya me he informado. Vaya usted con Dios, amigo.

Ábel suspiró y se repantigó en la silla. El teléfono volvió a llamar una o dos veces, pero él ya no alargó la mano para contestar.

—¿Hechizas incluso por teléfono? —preguntó Péter, con delicadeza y cortesía.

—Esto es parte del todo —replicó sencillamente Ábel, algo avergonzado—. No se puede hacer de otra manera. No saben nada, ni siquiera las cosas más sencillas; ignoran que a veces un solo verso es de gran ayuda, o incluso quedarse sentado media hora en un cuarto a oscuras. Ya veo que no lo comprendes. Naturalmente, tú que trabajas en una empresa tan grandiosa...

Ya lo sé, he oído hablar de él, del celebérrimo Emmanuel. Pero hay alguien que con unos trucos tan sencillos e insignificantes arregla todo cuanto vosotros, allá arriba, en la sede central, decidís y realizáis con vuestros proyectos de gran envergadura. Tal vez la intención sea buena, no lo sé... Pero vuestra aproximación es demasiado general y no podría aplicarse en todos los casos. Durante un tiempo seguí escribiendo, en efecto —dijo, y ahora su voz se llenaba de matices cálidos, como de conferenciante, como si narrase una historia—. Cuando Ernő se suicidó, y el coronel volvió de la guerra, y nosotros llevamos a escondidas la silla de montar y la plata robada a su sitio, y tú te fuiste al extranjero y los demás huyeron de la ciudad, me quedé solo durante un tiempo. En ese momento me pareció que bastaba con que uno se dedicara a escribir, pero luego me di cuenta de que con escribir sería imposible cambiar el destino de siquiera una sola persona. Este descubrimiento me dolió mucho. Lo máximo que puede hacer la literatura es parecerse a la música, y ser algo así como la música del entendimiento, y despertar y adormecer otra vez algo en nuestro interior, algo que vosotros, en vuestras oficinas centrales, sólo sois capaces de formular toscamente, con el estilo de la correspondencia oficial. Primero era preciso crear el mundo, sí... pero luego hacían falta unos cuantos poetas que lo llenaran de sentido, de tristeza y de esa música muda y sin sonido que es la melodía de la razón. Sí, durante un tiempo escribí —repitió, como de paso, e hizo una mueca irónica con la boca—. Pero más adelante, al percibir que la letra impresa no cala tan hondo... En la Edad Media los cronistas de los monasterios a veces empuñaban la espada. Un buen día dejé la pluma y empuñé el teléfono. Era preciso salvar a la patria porque todos le eran infieles —dijo, y miró el techo; pareció descubrir en él algo curioso, con sus ojos vidriosos, bizqueando un poco—. Fue entonces cuando empecé con los hechizos —añadió con suma sencillez.

—¿También yo le fui infiel? —preguntó Péter.

—Según me dijeron —contestó Ábel, cortésmente pero con acento severo—, necesitabas tiempo para comprenderlo. No existe nada más que la patria, decían, pero después todos la traicionaron. La traicionaron con ametralladoras y con novelas malas, se pegaron barbas postizas e incluso se dejaron crecer barba y bigote. La traicionaron con carteras de piel, con películas de cine, con sonrisas modernas, con reverencias extranjeras. Hablaban otro idioma e incluso soñaban cosas distintas... Así la fueron traicionando. Hubo una patria, una patria dulce y verdadera. Pero luego llegaron los extranjeros (y todos los demás que entablaron amistad con ellos, los adultos... a veces me parece como si todo adulto fuese extranjero) y se pusieron a armar barullo y la traicionaron. Vinieron con picas y bayonetas, con carteles para colgar en la calle y chismorreos, con miradas desconfiadas, con palabras como «plazo límite» y «meta final», y acabaron por ocupar nuestra dulce patria... Por culpa de todas estas palabras a veces apenas veo los paisajes auténticos de mi país. Entonces decidí hacer algo. También tu padre lo hacía. En cierta ocasión organizó un baile; estuvo bien, pero no era suficiente. Sólo se los puede combatir con el hechizo a ellos, o sea, a los demás. El hechizo escondió la patria, como la niebla a los héroes en tiempos mitológicos. Ellos creían que la patria era suya, pero sólo habían conseguido ocupar las piedras, las casas y los bosques. La verdadera patria desapareció bajo los efectos del hechizo. Fue sumamente difícil; no se les devolverá nunca más —añadió en voz baja, apretando los dientes.

—Pero a lo mejor se contentarán con los bosques y las casas, Ábel —observó ahora Péter, con voz infantil y tímida—. Tal vez se contenten con la realidad.

—¡No se contentan con ella! —exclamó triunfal el hechicero, y se irguió en su asiento—. Lo maravilloso es que no se

contentan con ella. Lo que van buscando es precisamente esto: la verdadera patria. Es esto lo que quisieran catalogar y registrar y volver a pintar y que guardaran los gendarmes, pero yo no se la daré nunca más. Tu padre sabía algo de esto. También él guardaba, preparaba y escondía algo de lo que se había hablado mucho en la ciudad; se decía que trabajaba en una obra de cierta envergadura. Tampoco él se la dio a los extranjeros y traidores. ¡La obra! ¡¿Qué es la obra?! —gritó apasionadamente—. La obra es siempre la misma. La fidelidad a la patria. Lo que soñamos. Lo que salvamos en el hechizo. Perdóname —añadió cortésmente, e hizo un gesto de disculpa con la mano.

—Padre había sido profesor de música —observó Péter, meditabundo—. Profesor de música y comerciante.

—Ni tú mismo dices esto en serio —dijo Ábel mirando con suma calma a sus interlocutores, con cierta superioridad.

Tamás se levantó en silencio y cambió de asiento. Levantó su pipa con ademán precavido, como temeroso de que alguien pudiera arrancársela de la mano en el calor de la discusión. Con los ojos brillantes, estaba observando a sus interlocutores con una sonrisa de admiración y entusiasmo. A veces interrumpía con alguna exclamación, nada más, sólo como para señalar que no le resultaba indiferente la conversación.

—¡La patria, sí! —exclamó en un momento dado.

Se oían pasos en el recibidor.

—¿Nos pueden escuchar? —preguntó Péter, preocupado.

—¡Qué va! —contestó tranquilamente Ábel, con la superioridad del señor de la casa que está seguro de sí y en todas circunstancias sabría proteger a sus invitados—. Es sólo mi ayudante. Uno de los antiguos.

Péter permanecía en silencio, como ofendido, como si esperase que Ábel llamara de la antesala a ese «uno de los antiguos». Pero el hechicero se contentaba con mirar al vacío,

sin decir nada, y era evidente que no tenía ningunas ganas de presentarles a aquel viejo compinche.

—¿Es alguien de nuestra pandilla? —preguntó Péter, pálido, envidioso, con una sonrisa forzada. Había procurado preguntar esto con una entonación ligera, como si le diera igual saber si vivía aún alguien de la pandilla, que se encontraba quizá a pocos metros de distancia, y que Ábel no lo considerase digno de volver a verlo—. ¿No será Béla, el que encargó el frac amarillo? —continuó preguntando.

El hechicero no contestaba. Los pasos murieron en el recibidor. Péter hacía preguntas con tono humorístico, como si no le importara que a lo mejor se estuviera paseando por la antesala su compañero de antaño, Béla, antiguo miembro de la pandilla que obedeciendo a una ocurrencia ridícula había encargado un frac amarillo. Pero el hechicero sólo movía la cabeza, respirando con dificultad, mientras seguía acodado pesadamente, absorto, en la mesa.

—Uno de los viejos —repitió, con tono neutro, sin darle ninguna relevancia—. No importa que lo veas. Sí, es uno que aún no ha llegado a ser completamente adulto, y que se aferra a la vieja patria.

Entonces Péter comprendió que Ábel pretendía ofenderlo.

—A lo mejor se ha quedado enano —dijo irónicamente, y se levantó—. O deforme.

Péter estaba pálido y temblaba.

—Vuelve a sentarte —dijo Ábel, indiferente—. No, ¡qué va! Sólo que no ha dejado de formar parte de la pandilla —añadió cruel.

Péter se cruzó de brazos.

—¿Qué es esto, Ábel? —preguntó—. ¿Por esto me has llamado? Creí que pretendías consolarme —dijo, y después de una breve pausa añadió, en voz más baja, algo desamparado—: Tal vez pueda ayudarte. Nosotros, afuera... la empresa...

Conocemos a gente de enorme influencia. Tal vez podría ayudarte en el hechizo, en tu empeño de salvar a la patria... Dispón de mí —declaró con naturalidad.

Pero se daba cuenta de que su ofrecimiento era falso, desesperado y desprovisto de todo valor. El hechicero le lanzó una mirada casi triste. Ahora todo volvía a ser como en el sueño, cuando regresó de casa de Karo y se detuvo ante el cartel. Desde el cuerpo de un Ábel deforme, gordo y cambiado le hablaba aquella misma voz que había percibido en sueños; pero sólo la voz recordaba al Ábel del sueño; el cuerpo había cambiado, como, irónicamente, en la refracción de la realidad. El hechicero lo miró a los ojos y en voz baja, parpadeando e irónico, y a pesar de todo —¡a pesar de todo!— triste, le dijo:

—No quiero nada de ti.

Péter recordaría siempre estas palabras.

—¿Creíste que te podías marchar para siempre? —preguntó Ábel, con voz perceptible—. ¡Muy bien! Pero uno no escapa a tan bajo precio —dijo, y siguió mascullando algo.

Tamás lo observaba con expectación y sus labios repetían mudos sus palabras.

—Tú, en aquel entonces, hace veinte años, te escapaste, y ahora has vuelto, porque todo aquel que no haya contestado tiene que regresar algún día... —añadió Ábel, y su voz volvía a perderse en el murmullo, como si rezase en voz baja, o renegase.

—Perdóname —dijo Péter.

El hechicero lo observaba con calma, con mirada serena.

—No puedo —dijo suavemente—. Ya no tengo tiempo —añadió luego, y se levantó, como quien, con suma cortesía, hace saber que la audiencia ha tocado a su fin. También Tamás se levantó, servicial y algo asustado—. Has vuelto y responderás —dijo Ábel, entre objetivo y cruel—. Vuelve junto a tu padre y estate atento. Tal vez aún puedas ayudar en algo.

No, el señor Emmanuel y su empresa ya no nos pueden servir de nada. El mundo es horrible; tan infantil y tan amedrentador a la vez... Es obra vuestra, a vosotros se os debe que sea así, a ti, a Emmanuel y a los demás. No obstante, nosotros, unos cuantos, hemos permanecido en nuestros puestos, en esta ciudad e incluso en otros lugares; no somos muchos, pero no tan pocos como vosotros creéis. Nosotros velamos por la resistencia. Al anochecer nos ponemos a telefonear y nos ayudamos mutuamente. Porque el hechizo consiste en esto: en conservar la resistencia en el mundo, velar por la patria, esconder el verdadero sentido de la vida, como el santo oculta ese texto que es tan sublime y preciado que ni siquiera sería lícito apuntarlo en los rollos, porque los rollos podrían ser robados e incluso falsificados... ¿Te acuerdas aún del sentido del texto? Cuando tenías diecisiete años, lo sabías de memoria. Estábamos sentados en el cuarto, con frac amarillo, y sabíamos que todo cuanto hagan los adultos y los extranjeros es alta traición e infidelidad contra la razón y la libertad. Ahora incluso escribir es una traición... Así va el mundo y no podría ser de otra manera. Por eso he seguido siendo hechicero. Tú, desde luego, crees que para ser hechicero se necesita grasa de gato, hígado de araña y quizá una gorra puntiaguda y toda clase de cosas asquerosas en una cazuela hirviendo... No, el hechizo es algo infinitamente más sencillo. Tu padre sabía algo de ello... A veces me parece que los padres en general saben algo acerca de esto, pues en su mundo había mucho más hechizo que en el nuestro. En cambio, éstos, con sus tanques, motores y casas de vidrio, éstos, que ponen a la venta toda clase de trastos a precios bajísimos, excepto precisamente los utensilios necesarios para el hechizo... Antes, en las tiendas antiguas, toda la mercancía llevaba un hálito de hechicería pegado, cierta capa finísima, algo humano y hechizado... que hoy ya no existe. Dile al señor Emmanuel que le mando saludos

—dijo elevando la voz, con mucha ironía—. Tienen bien organizados los mercados, en verdad. Tu padre, ya ves, no vendía nada en Eolo de todo aquello con que el señor Emmanuel llena el mundo. Eolo, sí... —murmuró algo más sereno—. Pero ¿cuántos negocios así quedan aún en el mundo? No muchos. Vete junto a tu padre, siéntate en el borde de su cama y observa cómo se esfuma su alma. Tal vez llegues a saber algo. También yo me enteré entonces... Los padres nunca mueren bruscamente, nunca lo hacen en el instante en que lo dicen los médicos. Y más adelante también siguen viviendo de alguna forma en esta tierra. Tú aún no comprendes esto. Sólo lo comprende quien haya pasado ya por este trance, como yo. Tal vez aún puedas volver entre nosotros, si prestas mucha atención. Pero entonces debes olvidar todo cuanto hayas aprendido en el círculo comercial del señor Emmanuel. Para poder hechizar, lo que se necesita, ante todo, es saber olvidar. Y también se necesita la noche, ese instante en que los objetos pierden su sentido práctico y empiezan a vivir, desperezándose y metamorfoseándose a su manera. Vuelve al mundo y vela para que Emmanuel no haga daño a todo por lo que vale la pena vivir, soñar y hechizar. Sé bien que no podrás impedir sus actos, pero tal vez logres atenuar a veces la intención con la que él mira el mundo. Se propone ocupar y dirigir el mundo... ¡Qué anhelo más bestial! Cuida de él. Acaso ni sean malas sus intenciones; lo conozco, creo conocerlo. En su personalidad hay cierto halo de indiferencia e impotencia, como en todos los que tienden hacia la totalidad. ¡Y cuídate tú también, Péter! —añadió alargando la mano hacia la lámpara, cuya llama circular había comenzado a cansarse en aquel instante.

Y como si la luz y la voz del que hablaba hubiesen decaído al mismo tiempo, Ábel pronunció unas últimas palabras en la penumbra, con voz muy baja y como si se hubiese retirado en aquella penumbra, como a otra clase de espacio adonde los no

iniciados no podrían seguirlo.

—La razón no es exactamente lo que llaman así en el mundo, en el mundo de Emmanuel y en los libros de texto. La razón, recuérdalo, puede ser a sus ojos igualmente la sinrazón. La razón había sido la libertad; no podría decir otra cosa. Tal vez un día comprendas que sólo mediante el hechizo podemos permanecerle fieles. ¿Aún sabes jugar? El juego acompaña maravillosamente a aquellos que se conservan fieles a la pandilla. Ya no necesitamos disfraz ni otros elementos; ¿ves?, yo mismo me visto como cualquiera, como un tratante de caballos. Pero el juego se vuelve cada vez más profundo, más variado, y quien le permanezca fiel un buen día acaba por darse cuenta de que el juego es la verdadera vida. Para esto no se necesita hígado de araña, ni grasa de gato, no... ¿Qué habéis hecho del mundo? —preguntó desde las tinieblas, con voz baja, pero con acento agresivo, como de lejos. La mecha de la lámpara se volvía incandescente; ya apenas se veían en la habitación—. ¿Por qué te conformaste, Péter? —preguntó con voz aún más baja y triste—. Siempre se trata sólo de esas contadísimas personas que no se conforman, que guardan fidelidad al hechizo, que rehúsan el pan de los otros, no beben de su vino y no quieren tocar lo que para los otros representa alegría y orgullo. Yo ya ni siquiera los odio —dijo, y como si su mano, con ademán de rechazo, hubiera descrito un movimiento en la oscuridad, añadió—: yo quiero desarrollar el hechizo hasta el punto de negarles completamente, a ellos y a todo lo que les gusta, les atrae en masa, cubren con su saliva asquerosa, adoran y utilizan. Esto será muy difícil... pero he aquí el objetivo final del hechizo. Sólo así consigo servir a la razón, sólo así puedo permanecer fiel a las reglas del juego. Ahora tú vas a sufrir; sufrirás y te maravillarás. Quiero verte aún una vez más antes de que empiece para ti la otra vida. Cuando los padres mueren, empieza para todos la otra vida.

Será cuestión tuya velar por la obra y el legado. No te perderé de vista —dijo elevando un poco más la voz, con dureza, y se acercó a la mesa para reavivar la llama con un gesto brusco.

La habitación quedó inundada de luz. Ábel levantó la lámpara y con mirada humilde, no sin cierto guiño, pero con ademán inequívoco, los acompañó a la puerta. Se detuvo en el umbral y soltó un silbido. En el recibidor alguien se puso de pie de un brinco y se alejó a pasos presurosos.

—Es tan cotilla... —observó Ábel moviendo la cabeza, desaprobador, con un matiz de excusa en la voz, como si quisiera pedir perdón a alguno de sus invitados—. Ya se ha convertido del todo, pero no consigo quitarle esa curiosidad. Por lo demás, es de toda confianza.

No se podía saber a ciencia cierta si hablaba de una persona o de algún animal amaestrado: de un perro o un zorro. Se adelantaron en silencio. Encontraron el recibidor vacío, exactamente igual que cuando habían llegado. Péter y Tamás se pusieron el abrigo; el hechicero se hallaba ante ellos levantando muy alta la lámpara, algo corcovado y con una sonrisa distante, impersonal, exageradamente servicial. El hedor nauseabundo y denso que les había recibido a su llegada ahora parecía haberse vuelto gelatinoso; casi se podía palpar. Péter respiraba con dificultad. El hechicero notó en la cara de Péter el asco apenas reprimido y soltó una carcajada.

—Sí, el olor —dijo Ábel alegremente, y se encogió de hombros—. Por desgracia, no es posible eliminarlo. Hemos pensado en poner en la cocina algún aparato desodorante. Ese guiso se va cociendo durante todo el día. No hay nada que hacer: es el hedor del jabón líquido.

Y con su mano gorda de dedos cortos hizo un ademán alegre, como quien se ha resignado ya a las circunstancias molestas de un oficio peligroso y desagradable, pero comprende que a los extraños aún los desconcierte y los llene de asco.

—¿Jabón? —preguntó Péter en voz baja y algo turbado—. ¿Qué clase de jabón?

El hechicero soltó una risita.

—¿Lo has oído, Tamás? —preguntó Ábel familiarmente, como si éste lo supiera todo y sólo hubiese guardado silencio por discreción—. Pregunta qué clase de jabón. Por regla general, todo jabón está destinado al aseo. Éste es un jabón algo especial... es invención mía, pero aún no he encontrado la fórmula. Un jabón destinado a devolver a los humanos su olor natural, pero, como digo, aún es imperfecto. Y además, ¿sabes?, alguien debe ocuparse en este mundo incluso de fabricar jabón. Hechizar no da para vivir...

Y como si hubiera logrado despistar a Péter, pero como si, en el fondo, le importara muy poco si sus visitantes lo creían o no, miró a sus invitados con los ojos brillantes de buen humor. Dentro, en la habitación, el teléfono empezó a sonar, como exigiendo, como un grito de alarma. El hechicero se puso serio.

—Vete, idos ahora —dijo con acento apremiante, muy serio —. Ahora va a empezar mi labor.

Se detuvo en el umbral, como antes, al inclinarse sobre el patio, y con su lámpara iluminaba la escalera de servicio. El teléfono continuaba sonando en la noche. Luego se oyó una voz de hombre, extraña, como si renegase, y la lámpara desapareció de encima de sus cabezas. Los dos salieron a la calle y aspiraron profundamente la brisa nocturna; parecía como si durante el tiempo que acababan de pasar en casa de Ábel el aire se hubiese vuelto más tibio.

—¿Y ahora qué, Tamás? —preguntó Péter mirando en torno a él, desorientado.

—Haz lo que él te ha dicho: ve junto a Padre y estate atento —murmuró Tamás, encajándose el sombrero en la frente; y con pasos de patizambo, como quien de repente se acuerda de una tarea urgente, se fue rápidamente hacia el hotel.

La plaza estaba desierta. Péter lo siguió con la mirada, después echó a correr.

—Tamás. ¡Tamás, espera! —gritó—. ¿Y el hechizo que me tenías prometido?

Su hermano volvió la cabeza. Desde la catedral les llegaba un ventisco que hacía batir las alas del gabán de Tamás. Éste se sujetaba con ambas manos el sombrero; se había parado bajo el viento, en la oscuridad, algo encorvado, extraño y hostil.

—Ya se ha realizado —dijo con voz opaca, y soltó una risita —. ¿Qué te habías imaginado? Contigo, con ellos —soltó una mano del sombrero y señaló las casas—, ya se ha verificado. Un día ya lo notaréis.

Aún se quedó allí algún tiempo, repasó a Péter de pies a cabeza, con la mirada llena de compasión maligna; luego se encogió de hombros, y manteniendo la cabeza inclinada contra el viento, continuó rápidamente su camino. El viento hacía flotar las alas de su gabán, desabrochado; las levantaba en el aire, por detrás de él, como si volase.

Los peritos

Según el criterio unánime de los médicos, Padre había enfermado a finales de otoño. Anna era la única en la familia que ponía en duda aquella fecha. Los médicos —el viejo Lacta, médico de cabecera de la familia; luego Kenta, el renombrado internista que sólo pocos años atrás había regresado de la capital en donde antes residía y con gran alegría y tranquilidad de sus compatricios continuaba practicando en su ciudad natal, y finalmente el joven Zorner, partidario de los tratamientos a base de rayos— se habían puesto de acuerdo, poco después de

Navidad, cuando la enfermedad ya se había desarrollado por completo, en que había síntomas infalibles de que la dolencia «había comenzado por un resfriado». Esta afirmación algo genérica tranquilizó visiblemente a todo el mundo, tanto a los médicos como al mismo enfermo. Sólo Anna movía la cabeza, incrédula. La señora Erzsébet, a su manera lacónica, se contentaba con suspirar incesantemente y, con tanta objetividad como cuando uno habla de la lluvia o el granizo, repetir: «Por desgracia, le bajó a los riñones». Los médicos tuvieron que reconocer que, hasta cierto punto, era así. Lo único que no decían nunca era lo que había ocurrido allí. De esto, como en general de todo cuanto manifiestamente formaba parte de la enfermedad de Padre, y que quizá era el contenido mismo de la dolencia, no hablaban nunca.

Anna discrepaba de esta opinión; sus objeciones fueron escuchadas con un interés frío, como un especialista escucharía las ideas equivocadas de los parientes. «Todo es posible», decía de forma amistosa Lacta. Kenta era más nervioso; siempre tenía prisa, como si aún viviera en la capital y tuviese que curar a infinidad de personas. Tenía un coche tirado por un caballo, y siempre iba solo en ese vehículo cerrado, como si sólo fuese de visita particular, sumamente mundano. También él compartía la opinión de que «había bajado a los riñones», pero por lo menos ladeaba la cabeza, miraba al vacío y luego su reloj, pues, desgraciadamente, lo esperaban en otra parte para un caso mucho más urgente, aunque no más grave, y por mera cortesía, después de haber visto al enfermo, permanecía un rato más allí, en el salón, de pie, con su levita negra, ladeando la cabeza, peinada con cuidado con un poco de brillantina, mientras escuchaba las desorientadas hipótesis de Anna. El joven Zorner solía presentarse por la mañana y por la noche, siempre muy alegre, sin opiniones previas, y con cierta frescura de cómplice, como quien no puede revelar nada, pues lo obliga

el juramento hipocrático y la solidaridad, y se siente responsable de sus compañeros, pero que, no obstante, con sigilo, mediante una mirada de reojo, puede revelar que Lacta y Kenta y los otros médicos que aún podrían surgir junto al lecho de Padre eran excelentes personas, pero no se debía tomar muy al pie de la letra cada una de sus observaciones. Zorner debía de tener de treinta y cuatro a treinta y seis años; había estudiado en el extranjero y, en presencia de sus colegas mayores, solía callar con una ironía tan descarada y no obstante respetuosa como quien comprende que aún no ha llegado su hora, que aún se ve obligado a aceptar aquella manera de actuar, lamentablemente anticuada, que sus compañeros manifiestan, pero que, desde luego, todo aquello resultaba ya anacrónico. En Zúrich sabían ya mucho más de esto, cosas que Lacta y Kenta por un lado no saben y por otro —por prejuicio o tal vez por sospecha política— no quieren creer; sólo él lo sabe y lo cree. Zorner subrayaba su discrepancia con su presencia e incluso con su atavío, mientras que Lacta, ya entrado en años y sumamente paciente, se vestía sin ninguna característica profesional. Se presentaba con su traje color tabaco y la cartera bajo el brazo, donde llevaba el estetoscopio, el aparato para medir la presión arterial y el termómetro, además de un frasquito de ron, pues en estos últimos años ya bebía bastante —a Tamás, sin ninguna razón especial, sólo por ser campechano, lo llamaba «marinero», y siempre que se lo encontraba le ofrecía el frasquito: «¡Un marinero bebe ron!», le decía en broma—, y a veces incluso sacaba de la cartera alguna revista francesa un poco verde o unas postales obscenas, y por su aspecto sin duda habría pasado por abogado o agente inmobiliario. Kenta, en cambio, por lo menos en cuanto a sus modales y atavío se refería, era un perfecto sabio, exactamente como aparecían los médicos occidentales de medio siglo atrás en los grabados populares: un

grupo de doctores que rodean a una persona desnuda, con levita y barba, y se rascan el cogote. Siempre llevaba una levita negra y larga, y si lo llamaban para una consulta se ponía zapatos de charol y una corbata de seda gris perla. Llegaba siempre como quien sabe que al final todos, los enfermos, los sanos e incluso los médicos, van a morir, y él ya de antemano les tuviera mucha lástima y los acompañase en el sentimiento. Esta solemnidad que no prometía nada bueno, no perjudicaba a su clientela. Cuando Kenta entraba en el dormitorio de un enfermo, éste —también Padre— se serenaba y miraba cariñosamente al sabio, que honraba hasta tal punto la dolencia que se apresuraba a vestir sus mejores galas. La levita negra, los zapatos de charol, el bigote fijado con esmero con cosmético y los lentes con montura de oro, todo ello era un gran honor para el enfermo. A todas luces se veía que Kenta, hombre maduro y médico de casta experiencia, apreciaba al paciente, que no se frotaba las manos con suficiencia al ver al moribundo, no menospreciaba la fiebre, y deambulaba constantemente en los lindares de la vida y la muerte; por esto era tan solemne. Kenta nunca arrastraba consigo una cartera de contenido sospechoso; su presencia era más bien sacerdotal, o tal vez —todavía más— recordaba la postura de un estadista que, incluso en medio de las negociaciones políticas más importantes, respeta las reglas del protocolo social, y se pone de gala para el expediente; y el expediente era siempre el enfermo, y aquella conspiración urdida de quejas, opiniones, presión arterial, eczemas, estreñimiento, peso específico de la orina y descenso de glóbulos sanguíneos en cuyo dédalo ningún mortal hubiera podido orientarse, excepto él, Kenta, que, sin instrumento alguno, pero con un conocimiento perfecto de todos los pormenores, declaraciones de testigos, informes de acusación y defensa, y relatos de espías, formulaba finalmente su fallo, con una sola palabra, o con un movimiento de sus

cejas, con suma cortesía, pero de manera inapelable. Producía el efecto de que lo que más le podría gustar era curar en un salón lleno de jarrones chinos, altos como una persona, y de muebles franceses, con tapices y cuadros italianos antiguos cubriendo por entero las paredes, como un ministro de relaciones exteriores que se está mirando las uñas y deja colgar con dejadez las piernas cuando se trata del destino de provincias lejanas y de millones de personas, o sea de algo inconcebible y sobrehumano. La presencia de Kenta era solemne y el paciente se daba cuenta de que esta solemnidad ocultaba mucha buena voluntad y, a fin de cuentas, siempre alguna impotencia honrada, como si dijera: «Somos gente civilizada; muramos, pues, con elegancia...». Los enfermos de Kenta morían todos, sin excepción, «con elegancia»; el doctor tenía fama de que no toleraba sufrimientos superfluos en sus enfermos, y que el único instrumento que llevaba en el bolsillo interior de esa levita suya tan elegante era la jeringuilla prava y el somnífero... Con sumo gusto Kenta administraba inyecciones a los enfermos graves, como los adultos dan bombones a los niños que gritan: una propinita dulce e irracional para que no lloren más. Kenta no se mostraba nunca tan suficiente como su inclinación dejaba entrever; compartía plenamente el sufrimiento y se daba cuenta de su propia impotencia ante el mismo. Sin embargo, a pesar de toda su solemne seriedad y buena voluntad, miraba siempre al enfermo con cierta sospecha, como si fuese un ser hasta cierto punto retrasado en el desarrollo, el cual se había detenido en un grado no muy elevado de la evolución; como si fuese una especie de término medio entre el niño y el adulto, el cual ignora él mismo lo que tiene, y se limita a gritar, probablemente por haber cometido algo ilícito, y cuando nosotros procuramos consolarlo, no está de más castigarlo y escarmentarlo un poco, sobre todo con vistas a su porvenir y

para escarmentar a todos. Desde luego, Kenta no solía tener mucha confianza en el porvenir del paciente. Se sentaba a su cabecera como si aquel «porvenir», por el cual el enfermo y ellos, los doctores, luchaban tan denodadamente, él lo conociera de antemano en todos los casos, sólo que no estaba autorizado a revelarlo, pues también a él lo ligaba su juramento hipocrático. Kenta, por supuesto, vio también curaciones, y podía vanagloriarse de varios «casos» curados —ni que decir tiene que tales «casos» se habían adaptado previamente, al pie de la letra, a las prescripciones de Kenta, porque el enfermo había tomado todo lo que él les recomendaba en los momentos prescritos por él—, aunque no ignoraba que en secreto también hacían otras cosas y, con alevosía, además de observar las prescripciones, incluso se ponían buenos; pero le parecía superfluo hablar de ello. No, Kenta, por regla general, no profesaba opiniones muy halagüeñas acerca de los enfermos ni de su porvenir. Le parecía que los enfermos eran gente que desde el punto de vista moral aún no eran personas maduras, y como seres de responsabilidad disminuida, un buen día acababan por caer en la enfermedad. «No le hará daño», decía con paciencia suma, y alargaba la mano buscando la aguja de inyecciones. Y el enfermo miraba confiado y con esperanza a Kenta, a ese ser sobrehumano que era tan ducho en materia de milagros y suprimía el dolor; lo miraba un poco como a un redentor y milagrero, y también un poco como a un ejecutor de sentencias, que, a pesar suyo, sólo cumple órdenes superiores y lo máximo que podría hacer por su parte era no causar dolores superfluos al paciente. Por su modo de vestirse recordaba vagamente al verdugo de París.

No cabía duda de que Kenta era un médico, además de famoso, inteligente, pero sus compañeros no lo querían. Lacta, por ejemplo, el viejo Lacta, con la cartera bajo el brazo, en la

que a veces había incluso un poco de ron, lo miraba con respeto, pero al mismo tiempo tenía ciertas sospechas en cuanto a sus recetas y prescripciones. Lacta se mostraba muchísimo más suave y humilde frente a la enfermedad y los enfermos; no estaba absolutamente convencido de la culpabilidad del paciente, como quien ha comprendido de una vez para siempre que el hombre es débil y que es imposible vivir según tablas ideales, pesos específicos y puntos de estimación, y que de vez en cuando hace falta asimismo un poquitín de ron y de todo cuanto merma el organismo pero resulta bueno para el cuerpo y el alma. Lacta se sentaba humildemente junto a la cabecera del paciente, entre éste y ese compañero suyo tan famoso; pestañeaba, haciendo molinetes con los dedos, inclinándose de vez en cuando con una sonrisa de miope en su rostro rechoncho y blando vuelto hacia la mesita de noche, levantando con alegría manifiesta algún que otro objeto —por ejemplo, el sello de Padre, o una boquilla que hasta entonces no había notado— y exclamaba: «¡Ah!» y «¡Caramba!», y sostenía a la luz el objeto descubierto, contemplándolo con satisfacción y curiosidad. Todo esto lo decía y hacía precisamente mientras Anna iba explicando a Kenta la novela de horripilantes aventuras de la noche: Padre había dormido hasta la una y media, luego se había quejado de calor; había sido preciso abrir unos instantes la ventana, y la fiebre del enfermo había subido a cuarenta. Kenta escuchaba aquellos relatos con el tecnicismo de un estratega, asintiendo con la cabeza, como quien bien sabe que todo, desgraciadamente, ha ocurrido de la forma descrita, no pudiendo ser de otra manera, y que incluso cabía imaginar variantes nuevas, puesto que él, personalmente, estaba preparado para noticias todavía peores, y todo aquello formaba parte de esa batalla misteriosa que era la enfermedad; pero el desenlace final era sumamente incierto todavía. Lacta parecía

no prestar gran atención. Kenta, con los cinco dedos apoyados en su barbilla pentagonal, afeitada con esmero, fijaba la vista en el suelo, parecía estudiar la punta de sus zapatos de charol, luego miraba al enfermo, pestañeando, para acabar mirando a la cara a la enfermera que le daba explicaciones, o a Anna, como si escuchase a espías y, con todo, no tuviera confianza en nadie... «¿Ha defecado?», preguntó en voz baja, pero desconfiado y con acento amenazador para el enfermo, y desorbitaba un poco sus ojos azules. En su voz se mezclaban matices de sospecha y agresividad. Como si dijera: «Concéntrese mucho y por una sola vez en esta vida conteste con franqueza. ¿Me escucha? Bien. De modo que vuelvo a preguntarle: ¿Ha defecado?» Y cuando el enfermo parecía reflexionar y, luego, alegrándose y con un poco de orgullo, según la costumbre de los enfermos graves, contestaba satisfecho que sí, y por más señas, excelentemente, Lacta asentía con la cabeza como quien se alegra de las buenas noticias, pero debe advertir al enfermo y a sus allegados que en el fondo aún no se ha arreglado nada. No, Lacta no menospreciaba al enfermo. Por ejemplo, no tenía inconveniente en explicarle al paciente la receta ni, por regla general, en iniciar hasta a los moribundos en lo que acababa de acaecer; podría decirse que elevaba al enfermo a aquella atmósfera más alta y científica de la dolencia en la que aparecía su verdadero significado, y discutía con sumo gusto con el doliente de los síntomas que acompañan la atrofia del hígado, como si el pobre miserable fuese un interlocutor en posesión de todos sus derechos, alguien del ramo, aunque, desde luego, de una jerarquía muy inferior, algo así como en la sala del tribunal el acusado junto al magistrado y al fiscal, hasta cierto punto, persona jurídica, pero, no obstante, de jerarquía mucho más insignificante. En la mayoría de los casos, los enfermos se sentían agradecidos por aquel honor y les gustaba discutir con

Kenta, observando, por ejemplo: «Hoy, el descenso de glóbulos es pasable, pero mi metabolismo basal es algo insuficiente». Kenta, en tales ocasiones, suavemente, objetivamente, sin olvidar los pormenores, rectificaba las palabras del enfermo y le prescribía un poco de cal, en jarabe. «La cal lo pondrá de buen humor y el jarabe no puede hacerle ningún daño», le decía con amabilidad. Y aún desconfiado, pero sumamente amable y solemne, volviéndose desde el umbral, con su presencia impecable, calzando zapatos de charol y con mucha elegancia, salía de la habitación saludando con un movimiento de cabeza.

Lacta, por lo general, se quedaba un rato más después de que Kenta se hubiera retirado. Ya nadie deseaba que se quedase; efectivamente, ya no tenía nada que hacer al lado de padre, Kenta ya lo había dispuesto todo, y el joven Zorner, con muecas y con irónica campechanía, pero en el fondo con toda fidelidad y confianza, ejecutaba las órdenes de Kenta. No obstante, el viejo Lacta aún no se iba. Tenía fama de que siempre «tenía tiempo»; una vez que un enfermo lograba penetrar en su despacho, podía permanecer allí todo el tiempo que le diera la gana. Lacta no echaba nunca a nadie, atendía paralelamente a las anécdotas y al pulso del enfermo, como si ambas cosas tuviesen la misma importancia: lo que dicen el termómetro, el pulso, el aparato de medir la presión arterial y, al final también, lo que el enfermo explicaba sin darle importancia, sólo para pasar el rato, al referir que había dormido mal y sufría escalofríos, pero por la noche se había cruzado con una chica de ojos color violeta que llevaba un sombrero de paja redondo, con un velito, y que aquella chica le había gustado mucho... Lacta, en tales ocasiones, se paseaba de un lado a otro en su despacho, que recordaba más bien el salón de algún pequeño burgués de fin de siglo, faltándole toda la instalación técnica de una sala de operaciones casera, y el

enfermo no podía descubrir en ninguna parte vitrinas, tijeras, bisturíes, vendas ni jeringuillas, con cuya simple visión ya se pone a temblar y se siente peor; no, en el despacho de Lacta sólo se podía ver un sofá cómodo, una silla de tijera, una mesa escritorio antigua, una cabeza de mármol griega y una biblioteca, estantes cargados con las colecciones encuadernadas de revistas de familia, con algún que otro libro médico francés e inglés —impresos en el siglo pasado—, y en el sofá, donde Lacta a veces hacía acostarse a sus enfermos, como si los invitase a descansar un poco en medio de aquella gran aventura y duelo que es la enfermedad, se descubría un cojín con una inscripción bordada: «Sólo media horita». El enfermo, al tenderse en el sofá de Lacta, tenía efectivamente la sensación de que —sólo para media horita— estaba menos enfermo; o, por decirlo con más precisión, como si Lacta hubiese ordenado una pausa y durante aquella media hora no valieran para nada aquellas monstruosidades, normas, prescripciones y sorpresas complejísimas, incomprensibles y asquerosas cuya suma constituía la dolencia. Lacta se sentaba junto al enfermo en el sofá, encendía un puro, contemplaba largamente la tez del enfermo y sus ojos, lanzaba grandes bocanadas de humo y luego preguntaba con amabilidad si al enfermo le gustaban las espinacas. Así pasaba el rato con el enfermo, en íntima cordialidad, a veces durante horas; por último prescribía algún remedio ridículo y trivial, por ejemplo camomila, o un purgante, o digitalina, o sencillamente enviaba al enfermo a su casa, consolándolo con que no le pasaba nada y que al día siguiente, alrededor del mediodía, iría a visitarlo. No, Lacta ya era viejo y no conocía todos los medios e instrumentos de la terapia moderna. Bien es verdad que desde el punto de vista médico siempre había sido un poco «viejo», incluso en su juventud. En realidad, resultaba incomprensible por qué, a pesar de todo, sus pacientes seguían siendo fieles y se sentían

atraídos por aquel viejo Lacta, de preparación algo anticuada, cuando Kenta y el joven Zorner ejercían ya en la ciudad, y el último disponía incluso de instrumentos y de rayos X. No obstante, se aferraban inexplicablemente a Lacta sobre todo las familias antiguas, que le consideraban como su médico de cabecera, y aun cuando, a veces, en un instante de pánico, mandaban llamar a Kenta o a Zorner, exigían siempre la presencia de Lacta en la consulta. Y ocurría a veces también que Kenta ya había dado sus órdenes, y al final Lacta, muy precavido, asintiendo y siempre de acuerdo con aquél, se quedaba aun cuando el otro ya se hubiese retirado, no diciendo ni una palabra, o comentando el tiempo que hacía u observando que el mes próximo era el indicado para quitar la miel de los panales, o daba consejos para la gran limpieza de otoño; hablaba de mil cosas distintas, senil y llanamente, y parecía demostrar interés especial por la vida de las hormigas, y, al final, cuando se iba, el enfermo se encontraba efectivamente mejor y Kenta podía hacer constar al día siguiente que sus prescripciones se habían demostrado eficaces. No, Lacta no había creído ni por un minuto que pudiera curar a cualquiera. No obstante, a veces los enfermos sanaban, en efecto; por ejemplo, podía darse el caso de que, por la noche, aún estuvieran enfermos, inquietos, con calentura, y Lacta se había quedado a su cabecera, sentado, bebiéndose una botella de vino, les hablaba de la vida de las hormigas, retirándose sumamente tarde, con pasos no muy firmes... Entonces el enfermo dormía profundamente aquella noche y por la mañana estaba curado. ¿Quién, o qué, lo había hecho sanar? ¿Lacta? ¡De ninguna manera! ¿El vino bebido por Lacta? Suposición absurda y ridícula. ¿El sueño, aquel sueño profundo y de fuerzas misteriosas que en una sola noche llenaría de vigor y resistencia el organismo enfermo? Era posible, observaba Lacta, y cambiaba de conversación.

Lacta no tenía ningún método ni teoría. Era médico, y nada más; y aunque nunca lucía levita ni barba, y en su despacho apenas había instrumentos, y en lo posible evitaba emplear términos técnicos en latín, y por regla general no estaba del todo seguro de su asunto, y siempre algo asustado junto a la cabecera del enfermo, como quien en realidad no tiene la menor culpa, le hubiese gustado mucho ayudar, pero la enfermedad, sobre todo una enfermedad ajena, era algo tan lleno de posibilidades misteriosas y sorprendentes, que lo mejor era contentarse con escuchar al paciente, dándole algún consejo, como mejor supiera, pero sin obligación alguna... Así era Lacta, y llevaba trajes de color tabaco, sin planchar, arrugados, y nadie ignoraba que bebía un poco, no mucho, pero lo suficiente para que sus ojos viejos y pegajosos se empañasen de lágrimas a la vista de cada caso algo más grave... No obstante, todos se daban cuenta instintivamente de que Lacta era médico. No, no era cuestión de que fuese un gran médico. Lacta no era siquiera un especialista, con ese espejito coquetón y ladeado en la frente, o el estetoscopio en el bolsillo para los puros de su batín blanco. Sólo era médico como la monja que entraba en la habitación no podría ser sino monja, y un homosexual es homosexual aun cuando, por casualidad, se viste de domador de fieras, y un músico no deja de ser músico cuando no está soplando su instrumento. Modesta pero de forma inequívoca, era médico. No había adquirido fortuna con sus facultades, pero poseía una casita, un caballo y un coche, y así iba a visitar en su cochecito a sus enfermos en la ciudad. De todas formas, sabía algo que no sabían ni Kenta ni Zorner. Conocía las interioridades de la ciudad. Sabía que a Tokár le hacía bien el agua mineral, pero que con el obispo era preferible emplear lavativas. Sabía que Anna Garren toleraba la aspirina, pero prefería prescribirle piramidón a Edgar. Sabía que Kolb se arrastraría aún durante muchos años si no cometía

ningún error grave, pero también que el presidente del ramo de los vendedores de objetos para el culto visitaba en vano los balnearios extranjeros, pues —a pesar de no sufrir de ningún mal apreciable— moriría prematuramente de una dolencia difícil de diagnosticar, que aún no tiene una denominación exacta en los libros de medicina de Inglaterra y Francia, y hasta Kenta observaría perplejo al moribundo, y que la enfermedad del buen hombre resistiría impertérrita las expresiones en latín más rimbombantes. Lacta sabía que la enfermedad no siempre se presenta con su nombre y apellidos, y desconfiaba de los médicos que juegan al escondite con ella y que, cuando les interesa, le gritan «¡orí, orí!» al mal que se oculta. Lacta nunca decía cosas por el estilo. En la mayoría de los casos, la dolencia acababa por revelarse, a pesar de todo, como por ejemplo en el caso de Gábor Garren; su análisis de sangre reflejaba carencias indudables y un metabolismo deficiente, la orina estaba llena de sustancias extrañas y el pulso se había vuelto morbosamente débil, y Kenta podía llamar la atención, con suma petulancia, sobre la relación entre las insuficiencias de los sistemas renal y cardíaco. Lacta no protestaba ni con una sola palabra contra los diagnósticos y recetas de Kenta y Zorner, ni siquiera carraspeaba; aprobaba humilde y modestamente las indicaciones del célebre internista y del compañero joven y talentoso, pero a Anna, y más tarde también a Péter, les decía en secreto que no estaría de más dar un poco de compota a Padre, al mediodía —siempre que fuera posible, compota de guindas y de albaricoques, pues Lacta sabía por experiencia que la señora Erzsébet era una maestra preparando aquellas dos compotas—, y que tal vez tampoco le haría ningún daño si durante aquellas semanas no se le suministraba ningún medicamento al enfermo, excepto los remedios alimenticios, en especial los que le gustaban o le apetecían. Así opinaba Lacta acerca de la enfermedad de Gábor Garren.

En efecto, a veces a Lacta la ciudad se le aparecía como un organismo único y descomunal, como el cuerpo de un gigante, y aquel gigante estaba enfermo en todos los aspectos. Y como si sus habitantes, Kalb, Tokár, y los sesenta mil restantes, y también Padre, fuesen células de aquel cuerpo inmenso, Lacta observaba más bien el conjunto, y al morir los cuerpos individuales, o al enfermarse, sabía que toda la ciudad estaba enferma. La ciudad se había visto atacada por una dolencia que no tenía nombre, aunque debía de ser algún tipo de *morbus*, sin duda; una infección extraña, venida de fuera. Los ciudadanos habían ido enfermando, uno detrás de otro, pero en aquellos últimos tiempos además morían como moscas, sobre todo los autóctonos, y puesto que el excelentemente preparado médico municipal no encontraba ni rastro de una epidemia —las investigaciones llevadas a cabo concienzuda e impecablemente por el consejo de Sanidad Municipal demostraron que el agua potable era sana, que el número de casos de enfermedades venéreas había disminuido, que las vacunas obligatorias habían llegado a neutralizar benignamente la hidrofobia, y que la tuberculosis pulmonar, gracias a la propensión a la arquitectura por parte de los extranjeros, disminuía constantemente—, Lacta se atrevía a diagnosticar que el gran cuerpo, la ciudad, sufría los estragos de un morbo desconocido, y que este *morbus* anónimo se ensañaba sobre todo con los autóctonos. Lacta no había compartido sus sospechas con nadie, y estaba de acuerdo por completo con Kenia, Zorner y el médico legal que inspeccionaba a los difuntos, quienes, en todos los casos, habían encontrado la causa de la muerte en el cerebro, el corazón o los riñones. No era posible curar a la ciudad, y Lacta, como médico de cabecera de la comunidad, que sabe muy bien dónde guardan en las casas el termómetro y los enseres necesarios para las lavativas, continuaba ocupándose fielmente de los enfermos; visitaba las casas donde alguien guardaba

cama, daba consejos generales, probaba lo que guisaban para almorzar, arreglaba en el cuarto de los pacientes el pomo del balcón, pinchaba a la doncella y reñía a la enfermera descuidada. Pero, en secreto, auscultaba el conjunto, la ciudad. Y se callaba su hipótesis. Sólo cuando Anna le confesaba dudas parecidas, o con timidez le esbozaba su teoría sobre la enfermedad, los extranjeros, el malestar general de la ciudad, la suficiencia benigna pero ciega e impotente de Kenta, y la personalidad algo *bluffista* del joven Zorner y sus ideas de electricista, sólo entonces Lacta se dejaba arrastrar hasta hacer algunas declaraciones cautelosas, pero, a grandes rasgos, de asentimiento y acuerdo. No, tampoco Lacta hubiera sido capaz de probar sus sospechas. La ciudad vivía rutinariamente, el agua potable era sana, el clima templado, aunque algo ventoso. Sin embargo, los autóctonos enfermaban a menudo, y la mortandad de antaño había sido rebasada considerablemente. Algo había ocurrido en la ciudad, pero Lacta, que, en última instancia, era un médico serio —aun cuando no tuviera una preparación ni muy vasta ni muy moderna—, no podía hablar de ello. Por esto prefería callar. Y visitaba a Gábor Garren, todas las mañanas y todas las noches, toleraba que Sebestyén subiera de los sótanos o las oficinas de Eolo un frasquito de aguardiente antiguo, y a veces no abandonaba el cuarto del enfermo, débilmente iluminado por una mariposa azul, hasta medianoche, y alargaba su mano de anciano para acariciar el brazo del paciente. Esto era todo cuanto podía hacer. Se marchaba hacia medianoche, cuando el enfermo se rendía, por fin, al sueño. A aquella hora regresaba a su casa a pie, cruzando la ciudad dormida, palpando con la punta de su bastón los mojones de las casas viejas, observando las paredes que se desconchaban, y se detenía ante la catedral y aguzaba los oídos, acechando en la noche, bajo la luz de la luna, como si escuchara los latidos de algún corazón lejano. Esto era

cuanto Lacta podía hacer. Luego llegaba a su casa, a su despacho médico tan confortable; se echaba sobre el viejo sofá o se sentaba en la mecedora, y aún velaba unas cuantas horas, escuchando los ruidos leves de la ciudad, viejo e insomne, casi siempre con la ventana abierta, tal como el doctor vela junto a la cabecera de un enfermo grave durante las horas decisivas. Por regla general, no se acostaba hasta el alba, cuando ya se habían retirado de las calles las mujeres de la noche, y en las casas rompían a llorar los niños de pecho.

Zorner no era así. Siempre llegaba algo jadeante a la cabecera de Padre, como si hubiera estado practicando atletismo. Llevaba trajes claros, de tejidos de lana, blandos, de factura extranjera, que se amoldaban estrechamente al cuerpo, y zapatos tipo sandalias y camisas de color verde manzana y rosa, sin corbata. Era esbelto y flexible, partidario del liberalismo político, estaba suscrito a un semanario inglés y todas las mañanas jugaba al tenis y nadaba. En las casas de los enfermos siempre miraba a su alrededor con actitud acechante, buscando la solución más favorable y si había alguna posibilidad de cambio en la instalación eléctrica que le permitiese colocar sus aparatos y someter al paciente a los efectos benéficos de los rayos. Zorner, sin duda alguna, era un excelente especialista de la terapéutica radiográfica; no vacilaba en someter a irradiaciones incluso a los sanos, si se dejaban convencer, sobre todo a las madres jóvenes y a las mujeres embarazadas, pero si el que le consultaba estaba enfermo entonces era capaz de reunir una multitud tan interesante, sorprendente y, a todas luces, eficaz de lámparas, generadores de corriente, sillas giratorias, proyectores auxiliares necesarios para irradiaciones desde arriba y desde abajo, que el enfermo sentía de forma inevitable que, después de tantas correrías, búsquedas y esfuerzos, por fin se hacía efectivamente algo por él. Zorner aplicaba las irradiaciones de

abajo arriba, con una barra de vidrio en la mano, y en tales casos el enfermo se hallaba durante varios minutos en una ducha de chiribitas, impresionado y orgulloso, pues hasta de sus cabellos y los pelos de su pecho salían chispas. Zorner inundaba a los pacientes con una luz verdosa, y los no iniciados gritaban asustados al percibir su propia imagen en el espejo, ya que bajo los efectos de esos rayos verdosos las facciones del enfermo se desgarraban cadavéricamente, los labios se veían violáceos como la mora y los ojos sin brillo. En cuanto penetraba en una casa donde lo esperaba un enfermo impotente, Zorner se dedicaba inmediatamente a su labor de mecánico electricista. Desde luego, prefería con mucho que los enfermos acudieran a su consultorio, que era harto distinto del despacho inocente y familiar de Lacta; del techo y el suelo surgían haces de luces de distinto color, por doquier zumbaban aparatos y se encendían lámparas, y Zorner, con batín blanco, gafas negras, un delantal de plomo colgando del cuello y llevando guantes de plomo gruesos, gobernaba aquellas máquinas dotadas de tensiómetros, contactos y manivelas, en medio del zumbido y chisporroteo general, invocando los elementos supremos, los rayos que se hallaban más allá del rojo y más acá del violeta. Y siempre estaba de excelente humor, y nunca dejaba de preguntar al enfermo, que tiritaba desnudo en el flujo de luz ultravioleta, si había leído ya la última novela inglesa publicada, y cuál era su opinión acerca de la evolución de la sociedad. Sí, Zorner era un hacha en su especialidad. Cuando lo llamaron a la cabecera de Padre, por consejo de Kenta —que no era, desde luego, partidario en absoluto de la radioterapia, pero que en casos desesperados consideraba que era su deber intentarlo todo—, Zorner se puso inmediatamente a ocuparse de las instalaciones eléctricas del piso. Se le notaba que, de poder hacerlo, cogería a Padre en brazos, indefenso y especialmente cansado, para llevarlo a su consultorio, donde se

podía aplicar radioterapia, de forma simultánea, a las amígdalas, el bazo y el corazón. Pero Zorner se había lanzado con una ambición extraordinaria al tratamiento de Padre, y por ahora se contentaba con trasladar a la casa Garren sus aparatos de dimensiones más pequeñas. Había instalado cables en el salón, cambiado la corriente continua a alterna y llevado cajas diatérmicas; no cesaba de conectar y desconectar, de apretar botones y producir chispas, y en conjunto, recordaba mucho más a un electricista mecánico que a un joven médico. Albert era el único en la familia a quien le habían gustado los tenaces esfuerzos de electricista de Zorner. Anna no le tenía simpatía, escuchaba algo insegura sus conferencias sobre la novela inglesa moderna y las ventajas de la radioterapia del bazo, y Tamás, en secreto, había cortado dos veces los cables y alambres más importantes. No cabía duda de que Zorner tenía buenas intenciones. También Kenta, desde luego; Lacta era el único que no pretendía nada, y se contentaba con acudir, beber, contemplar interesado los cables y alambres tendidos por Zorner y las recetas de Kenta, asintiendo a todo con la cabeza, sentarse en el sillón junto a la cama de Padre, y tenerle lástima. Pero los tres eran innegablemente especialistas, y en toda la ciudad se comentaba que Gábor Garren se hallaba en manos de los especialistas, gracias a Dios, y que se hacía por él todo cuanto los médicos podían hacer, en el estado actual de la ciencia, por un paciente. «Está en buenas manos», se decía en la ciudad. Los Garren recibían cada mañana y cada noche a los doctores, escuchaban sus observaciones, cumplían con un esmero escrupuloso y con puntualidad sus prescripciones, de noche cubrían con paños los aparatos prestados por Zorner y también ellos tenían la viva sensación de que hacían cuanto humanamente les era posible. Sólo Anna no tenía esta sensación.

El diagnóstico

Los médicos afirmaban que todo había empezado por un resfriado que luego, por desgracia, «había bajado a los riñones». Un resfriado que parecía curado, y por eso, aunque todavía tosía, Padre bajaba a sentarse, con un pañuelo bordado alrededor del cuello y aspecto friolento, al despacho de Eolo. Allí conversaba atentamente con las visitas, pero de vez en cuando se quedaba mirando al techo, absorto, y hasta parecía sufrir escalofríos. En esa época —y a principios del otoño, incluso— Anna ya había dado la orden de que se encendiera la estufa por la noche, momento del día en que se tomaba la temperatura a Padre y todos se tranquilizaban al ver que no tenía fiebre y sólo estaba algo delicado. Él mismo tenía la impresión de que no le pasaba nada, sólo que «ya no era el de antes». Se planteó la conveniencia de que se fuera de viaje, hacia el sur. Los extranjeros habían abierto nuevas rutas de navegación, cruceros meridionales, y en el puerto fondeaban flamantes buques correo, pintados de azul marino, con piscina y orquesta. Padre, desde la llegada de los extranjeros, nunca había vuelto al puerto. Ahora, cuando le hablaban de los barcos nuevos y lujosos y lo invitaban a que hiciera un viaje al Sur —era sobre todo Lacta quien abogaba por esta idea, afirmando que a cierta edad era preciso emprender un viaje, pues el cambio reanima el espíritu y revoluciona los órganos sensoriales decaídos—, se oponía categóricamente. Padre había contestado con voz baja y severa que no estaba dispuesto a subir a cubierta de aquellos barcos nuevos, y había añadido que mientras «ésos» siguieran allí —siempre hablaba en tonos tan generales, despectivamente, de los extranjeros, como de gente inferior, conforme a esa injusticia manifiesta que

proclamaba en voz alta y reconocía como tal injusticia— no estaba dispuesto a abandonar el territorio de la ciudad. Como si desempeñase una misión, un encargo secreto, del que sólo poquísimas personas estaban enteradas, Padre no podía dejar la ciudad, tenía algo que hacer allí, debía velar sobre algo, y si algún día, aunque fuera por un período corto de tiempo, se fuese de allí, cabía la posibilidad de que los extranjeros asaltasen Eolo, o algún otro punto de resistencia, entre los más nobles, de la ciudad. En efecto, según Padre, todo dependía de la resistencia, y mientras bastiones secretos como Eolo se resistieran, los extranjeros no podían estar seguros de su victoria. Padre hablaba rarísimas veces de esa resistencia secreta, casi siempre se refería a ella con palabras veladas, y sólo ante los más íntimos, por ejemplo Sebestyén, Anna o Lacta. ¿En qué sentido, dónde y cómo significaba resistencia Eolo?, hubieran podido preguntar irónicamente los extranjeros. Sin embargo, no lo preguntaron, ni irónicamente, ni de otra forma, tal vez porque ellos mismos habían tenido la sensación de que Eolo, con el arpa en el escaparate, los libros en los estantes y demás objetos sospechosos tan difíciles de vender, formaba parte de los enclaves imposibles de conquistar. No era posible acercarse a Eolo con ametralladoras ni espías, aunque se guardaba allí algo que formaba parte esencial de la ciudad, y mientras no se penetrase allí, haciendo ondear una bandera victoriosa, toda la conquista y la ocupación continuarían siendo algo dudosas y problemáticas. Por todo esto Padre no había estado dispuesto a emprender un viaje a principios de otoño, cuando se había puesto delicado. Lacta estuvo insistiendo durante algún tiempo en que se fuese, pero más adelante, cuando el estado delicado de Padre, en vez de mejorar, sólo cambió de forma —habían cesado los achaques de tos, pero continuaba teniendo frío—, se calló. Ya no habló más del viaje, como si sus pegajosos, pero no obstante penetrantes, ojos de

médico hubiesen notado algo. Tampoco Anna habló más del viaje. Ambos habían comprendido que Padre debía permanecer en su sitio, en Eolo y en la ciudad, aguardando lo que estaba por llegar y era inevitable.

A principios de octubre, desde el mar, irrumpió en la ciudad un vendaval frío que arrancó de la torre de la catedral una parte de las pizarras de color y una gárgola que representaba un gnomo simiesco que sacaba la lengua, con una gorra con campanitas en la cabeza y, en la parte inferior, una serie de símbolos y alusiones no muy edificantes. Aquella figura había sido obra de un tallador de piedra del siglo XIII y hacía seiscientos años que se hallaba acurrucada en el alero de uno de los ventanales de la torre, contemplando con un guiño impúdico la ciudad, alzándose con ademán vergonzoso encima del portal del templo. Aquella figura secundaria había estado viviendo sin llamar la atención en el majestuoso cuerpo de la catedral, como un parásito, y ni autóctonos ni forasteros se habían dignado a dedicarle la menor atención; en general, no llamaba más la atención que los santos, con la aureola desteñida, que miraban desde las canalejas de los torreones, los dragones de piedra que echaban agua por la boca, y los demás adornos en forma de sapos, monstruosos y raros, que los constructores habían pegado bajo los ángulos de la estructura, siguiendo el ejemplo de antiguos maestros extranjeros, y como para su propia diversión. En todas aquellas figuras había cierto elemento mundano y juguetón, pero ni siquiera todas juntas habrían desfigurado la impresión monumental de la catedral, como si aquel cuerpo gigantesco soportase incluso aquellas bromas, y su majestad no sufriera merma alguna por la presencia de aquellos monstruos parásitos, ya que lo divino siempre soporta fácilmente las burlas humanas que no alcanzan su altura y, cuando quiere, se las sacude jugando. Aquella gárgola con gorro de campanitas, acurrucada e impúdica, que

podía tener unos setenta centímetros de alto, había sido obra de un maestro escultor desconocido, no un artista propiamente dicho, sino un talentoso tallador de piedra, de manos hábiles, que sin duda se divertía al tallar en esa materia tan dura aquellos monstruos. El hocico hinchado de la gárgola parecía ulular, con un guiño asqueroso, alguna palabra grosera y alegre, y con su brazo tendido y mutilado, parecía hacer señas desvergonzadas. El vendaval arrancó esta figura de debajo de uno de los ventanales de la torre. La mole de piedra cayó sobre la acera desde una altura de unos cuarenta metros, justo ante la entrada principal, y parecía cerrar el paso al interior del templo; continuaba allí, ilesa y acurrucada, en la misma postura, sin una grieta, ante el portal principal, con su guiño monstruoso y tan impúdico, algo asqueroso, como lo venía haciendo desde las alturas hacía seis siglos, y asombrosamente, de un modo ofensivo, ilesa. A su alrededor se esparcían pizarras de color rotas.

La noticia de que el monstruo seis veces secular había caído de la torre y estaba ileso suscitó un interés que rebasaba con mucho la importancia que merecía. Un agente de policía —uno de los nuevos, con salacot— se colocó inmediatamente a su lado, y lo estuvo guardando con expresión desconfiada, como si acabase de llegar a la ciudad sin pasaporte ni visado, y como si no fuera imposible que aquella figura tuviera que ser expulsada de la ciudad por escándalo público, o como un extranjero indeseable. Montaba guardia junto a la gárgola, con su porra de caucho en la mano, desconfiado y hostil. Por suerte, en el momento crítico nadie había pasado por las cercanías de la catedral, pues el vendaval obligaba a los transeúntes a refugiarse por unos instantes bajo los portales y en el interior de las tiendas, y sólo los mendigos habían notado la caída del cielo de aquella figura. Los mendigos que desde hacía siglos se acurrucaban ante el portal, con esos harapos peculiares, fieles a

las prescripciones, ya ni siquiera hombres y mujeres, sino ejemplares por encima de todas las especies, seres extratemporales que parecían guardar continuamente algo, como si ni siquiera la misma suerte acudiera a buscarlos, como si hubiesen nacido seis siglos atrás junto con la catedral, o todavía más lejos en el tiempo. Los mendigos —ellos mismos parecían gárgolas vivas, decorados desgarrados y harapientos, al igual que el recién llegado que de repente se ha acurrucado entre ellos, encerrado, como ellos, en la única forma posible de su existencia, maligno e indiferente—, los mendigos rodearon a la gárgola y se entregaron a lamentaciones quejumbrosas. Poco después, cesó el viento; entonces se atrevieron cada vez más personas a acercarse a la estatua milagrosamente intacta, discutiendo de forma excitada, tal como se suele hacer en estos casos, de las posibilidades de una desgracia. Sonaban las frases habituales: «¿Qué hubiera ocurrido si...?», «Un segundo antes, había pasado por aquí...», etc. Los gritos y comentarios hicieron salir de las tiendas a los comerciantes y a sus clientes, y todos rodeaban el regalo celestial tan solemnes e impresionados como los orientales ante la Piedra Sacra. Más tarde se presentó el arquitecto municipal, con algunos oficiales de policía, y por fin —pues por casualidad pasaba por allí— incluso el verdugo, con sus ayudantes, y el cochecito pintado de verde en el que se recogía a los perros vagabundos, pues el verdugo, en sus horas libres, ejercía también el oficio de lacero. Los recién llegados formaron grupos en torno a la irónica figura, contemplándola desorientados, retorciendo el cuello para mirar hacia arriba, y comentaban horrorizados la desgracia que no se había producido, tasaban el peso que podía tener la estatua en varios cientos de kilos, y hacían conjeturas acerca de las medidas que tomarían las autoridades. Media hora después había tanta gente alrededor de la gárgola que los oficiales de policía miraban con preocupación la muchedumbre agolpada. El

arquitecto municipal formulaba en voz alta su sospecha de que también otros adornos de la catedral, tal vez los santos, los dragones de piedra y los sapos, podían hacer peligrar la seguridad pública, y que la catedral, según todos los indicios, se estaba derrumbando, obligando a las autoridades a repararla con toda urgencia, y que acaso sería preciso derribar algunos adornos de piedra y ciertos ángulos. Aquellas consideraciones acabaron por irritar a la muchedumbre. «La catedral nunca ha tenido nada. El templo se ha mantenido seiscientos años en pie, desafiando temporales y otras inclemencias del tiempo, sólo unas manos humanas podrían haberla movido de su sitio», declaró en voz alta un anciano, de porte burgués; por más señas, Zerzen, el peletero. La gente asentía. Se oían voces cada vez más nerviosas. Y tal como suele ocurrir en estos casos, los autóctonos, que venía soportando desde hacía veinte años la presencia de los extranjeros, con una calma impotente y una resistencia tensa, nunca exteriorizada, rechinando los dientes si cabe, pero aceptando lo inevitable, siempre con la máxima disciplina, que ni una sola vez se habían dejado arrastrar, desde la madrugada de la ocupación —sí, efectivamente, desde el baile organizado por Gábor Garren—, a ningún acto escandaloso de protesta, ahora, con el pretexto de aquel azar insignificante, por el hecho de que por primera vez desde hacía seiscientos años se había movido de su sitio una figura de piedra de la catedral, un adorno secundario, y había caído en la acera, de repente se pusieron a gritar y a protestar como si se hubiera profanado un objeto para el culto sumamente precioso, y como si unas manos alevosas e intrigantes, probablemente los extranjeros, hubiesen cometido, con alguna finalidad misteriosa, un atentado contra la catedral. Los policías no alcanzaban a comprender esta agitación, para ellos inmotivada. «Sólo es culpa del viento», decían, y con rostros oficiales, hostiles y de superioridad, iban contestando a la

muchedumbre, encogiéndose de hombros, pero en su comportamiento se notaba cierta preocupación, y uno de ellos se alejó para telefonear desde el estanco más cercano y pedir refuerzos. El viento, que entretanto se había alejado en dirección al mar, como si a su vez necesitara reforzar su acometida, ahora volvía a arreciar sobre la ciudad, sobre todo en las cercanías de la catedral, con ráfagas de una cólera sañuda y desesperada. La muchedumbre se encogía y se refugiaba bajo el portal del templo, apretujándose, hasta el punto que mucha gente entró en la nave principal, bañada en una penumbra mística, apenas iluminada a través de sus vidrieras de color azul y amarillo. Cuando incluso empezó a llover —una lluvia cargada de piedras de hielo de gran tamaño y de gotas pesadas y frías, como escarchadas; un fenómeno rarísimo en aquella estación del año y en aquella región—, los siguieron cada vez más personas, que se hincaban de rodillas en los bancos, a oscuras, o se plantaban de pie en silencio frente a los altares, como si efectivamente hubiese ocurrido una desgracia, y los elementos de la naturaleza, o los extranjeros, hubieran urdido una conspiración contra la ciudad, y a los autóctonos no les hubiera quedado más remedio que apretujarse allí, asustados, rezando y esperando bajo la protección de las bóvedas de la catedral a que el temporal y ese momento maligno pasasen. Cada vez se agolpaba más gente frente a la catedral, llegaban corriendo bajo la lluvia escarchada, y luego entraban en el santuario y ocupaban los bancos. Y sin sacerdote, sin oficio, sin ningún pretexto festivo, pronto hubo más personas reunidas que para la misa cantada del domingo, y todas se hincaron de rodillas, como si esperasen un mensaje divino sumidos en la humildad y tensión de una fiesta espontánea. Los ciudadanos de siempre, los autóctonos, con esa seguridad infalible e incomprensible, como las personas de la misma sangre cuando se enteran de los asuntos esenciales

—accidentes, muertes, intenciones hostiles que amenazan a alguno de sus familiares—, seguían llegando en grupos, apretujándose junto a la entrada. Los destacamentos de policía llegados apresuradamente como refuerzo formaban ya un doble cordón por el que dejaban pasar de forma arbitraria a algunos privilegiados, a aquellos que tenían un aspecto más distinguido o una expresión especialmente asustada y escandalizada, y todo parecía indicar que no era aconsejable, o no hubiera sido discreto, obligarlos a retroceder a la fuerza. La multitud, una parte en el interior de la catedral y la otra agolpada junto al portal bajo la lluvia plomiza y el vendaval que ululaba alocadamente, con terribles estertores, en torno a la gárgola sardónica, no se disolvía, como si esperase una señal. Los oficiales de policía carraspeaban, y no sabían qué hacer. Su instinto, que por su relación constante con la población y las pasiones humanas les señalaba con sensibilidad sismográfica incluso el peligro más leve, les daba señales de alarma. «No ocurre nada; hagan el favor de circular», decían animosamente. Pero los de la ciudad se pegaban los unos a los otros bajo el viento, alzaban el cuello de sus abrigos, sujetaban con ambas manos las alas de sus sombreros, renegaban, y la tempestad les arrancaba y reforzaba la voz, de modo que era imposible entender el contenido de sus quejas y de su escándalo. Alguien había avisado entretanto al obispo, que llegó en compañía de dos canónigos y se detuvo ante el portal del templo, con el viento ondeando su melena blanca y la falda de seda de su traje talar, cruzándose de brazos y contemplando con expresión hostil la gárgola desprendida por el viento, como si la viera por primera vez. El prelado estuvo contemplando la escena mucho rato, y luego lanzó una mirada fría, sombría y señorial a los oficiales de policía y al arquitecto municipal, como si la sospecha de la muchedumbre se hubiese apoderado también de su espíritu, y como si también él se percatara de que la figura

de piedra no podía haberse caído sin motivo desde el torreón de la catedral, pero él era lo bastante prudente y disciplinado para formular una sospecha tan compleja. Altivo y gran señor, llamó con un ademán a uno de los oficiales de policía y le preguntó el motivo de aquel cordón, de aquella agitación, y por qué no se permitía que la muchedumbre fuese comentando a su manera el accidente, esa ofensa humana o divina que el templo acababa de sufrir. El oficial le contestó turbado. El obispo deseaba saber qué se haría con la gárgola, y entonces el arquitecto intervino también en el debate, hablando de investigación, de fiscalización... El obispo se cruzaba de brazos, como si fuese humillante para él negociar allí, ante el portal de la catedral, asuntos que no incumbían a nadie más que a él, el obispo, a sus sacerdotes y a sus fieles; inclinó la cabeza hacia atrás y no contestó. Todo esto acaecía bajo un vendaval fortísimo. En el primer instante, sólo unos pocos habían notado que un golfillo había lanzado un trozo de pizarra cogido del suelo a un oficial de policía.

También Padre se hallaba entre la multitud. Había visto al golfillo, con la pizarra en la mano, justo cuando apuntaba al oficial, y había hecho el ademán con el brazo para frenar la agresión. Pero al final no se había movido. Vio volar la pizarra y la oyó chocar contra el casco del oficial, y vio también cómo éste miraba en torno a él, sin asustarse, más bien ofendido, como si el atentado ni siquiera se hubiera dirigido contra su persona, sino a algún ideal, a alguna idea sublime. Los oficiales, como si hubiesen recibido una orden automática, en el acto se pusieron a golpear a la muchedumbre con sus porras. En medio de los gritos y alaridos excitados, Padre fue el único que no se movió de su sitio; conservó la serenidad y se defendió más bien con movimientos de brazos, como cuando uno va luchando contra las olas violentas de un temporal. Un policía pasó corriendo a su lado y le golpeó ligeramente la

cabeza, y por la noche se le hinchó un poco el ojo derecho. Fue tarea fácil despejar a la masa. Delante de la catedral no quedaron más que el obispo, Padre, los policías y sus superiores jerárquicos, y la gárgola, que contemplaba con su sempiterno guiño de piedra el barullo que acababa de provocar sin razón y con suma torpeza. Entonces tres policías de aspecto corpulento se abalanzaron sobre la figura de piedra, y como si efectivamente tuviesen que disciplinar a un sujeto escandaloso y diabólico, la cogieron, gimiendo a causa del esfuerzo, y se dispusieron a arrastrarla hacia la comisaría, exactamente como si se tratase de amordazar a unos manifestantes o malhechores borrachos. El vendaval barrió en aquel instante la plaza con un tableteo maligno y sin piedad, como una ametralladora. Los manifestantes ya hacía tiempo que habían desaparecido bajo los portales y en el interior de las tiendas. El obispo tendió la mano a Padre y lo arrastró con suavidad hacia el interior del templo, cuyo portal fue cerrado presurosamente tras ellos por el sacristán y los canónigos. Los dos se detuvieron jadeantes en la penumbra. El obispo se inclinó preocupado sobre Padre.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó en voz baja.

La muchedumbre de fieles se agolpaba en silencio alrededor de ellos, que se encontraban al pie de los ventanales azules, en la penumbra. Padre bajó la cabeza y reflexionó unos segundos.

—Está empezando —dijo luego, cabizbajo y decidido.

El obispo no le contestó. Pasaron juntos por en medio de la doble fila de bancos y fieles, atravesando la sacristía, que daba directamente al pasillo del palacio episcopal. Ése fue el instante en que el obispo vio por última vez a Gábor Garren. Ambos se separaron sin decirse una palabra, sin que el obispo le preguntara qué «estaba empezando». El obispo al despedirse sólo bajó la cabeza, sin mirar a los ojos del anciano Garren, como si no le cupiera duda de que en ese momento se había producido una conjuración de los elementos, o una

confabulación de otra clase —que el prelado aceptaba en su fuero interno como un hecho, pero que no podía probar en voz alta— que en efecto había cometido algún crimen contra la ciudad; como quien sabe que la manifestación a la que acababan de asistir es uno de esos instantes en que aparentemente sin razón y de una forma estúpida algo «está empezando», y la vida está repleta de tales instantes que significan simultáneamente un comienzo y un fin. Así lo seguía con la mirada, con ojos empañados y miopes. Padre, empequeñecido y desmadejado, atravesaba el pasillo, de techo bajo y abovedado, buscando con pasos inseguros la salida del palacio, y el obispo se daba cuenta de que, a pesar de Rousseau y las lecturas licenciosas con las que Gábor Garren había luchado contra él durante toda una vida, tenía mucho más que ver con este adversario que, en general, con los fieles. Y también en aquel instante, el obispo se percataba de que con la salida de Padre, y con aquella mañana tan ventosa, efectivamente «estaba empezando» algo que no sólo afectaba a Padre, a la catedral y a los oficiales de policía, sino que también ejercería su influjo sobre él, el obispo, y sobre la multitud que momentos antes había armado barullo frente a la catedral. El prelado se quedó allí durante mucho rato, cabizbajo, turbado, hasta mucho después de que Padre hubiera desaparecido tras el pesado portal de roble oscuro, que olía a incienso, cuando ya sólo lo rodeaba el silencio y la soledad, y no se oía más que las quejas del viento y el retumbar desgarrado del toque de campanas del mediodía. Sólo cuando sus sacerdotes lo llamaron recobró la conciencia, y encorvado —como si acabase de vivir algo definitivo e irremediable—, se dispuso a descender los peldaños, bajos y anchos, en dirección a su vivienda.

La gárgola se quedó un tiempo en la comisaría. En la ciudad se seguía hablando de su destino aún muchos meses después, y

se hacía de forma excitada, afirmando que los policías le habían dado una paliza, que probablemente habían roto en pedazos aquella figura impúdica. Más adelante corrió el rumor de que la estatua ya no estaba en la comisaría y la habían instalado en uno de los sótanos del museo municipal, en medio de troncos de árboles petrificados, de esqueletos de la época de las migraciones de los pueblos, junto a arneses de guerreros gépidas y todo tipo de trastos viejos, característicos del pasado geográfico e histórico de la región, que se encontraban con tanta abundancia a las afueras de la ciudad —sobre todo en las calas, donde habían sido abandonados por el mar— que ya no cabían en las salas del museo. La gárgola tenía que permanecer un tiempo determinado en aquella buhardilla histórica, en los sótanos del museo, esperando su nuevo destino, hasta volver a ocupar su puesto en la catedral, donde continuaría con su guiño sardónico, algo lujurioso y misterioso, por los siglos de los siglos, por encima de autóctonos y extranjeros. Pero la gárgola nunca se llegó a colocar en su sitio. En el Concejo Municipal, se habló de ella varias veces, pero el nuevo alcalde contestaba siempre evasivamente a las interpelaciones que se le dirigían. Las autoridades extranjeras preferían no hablar de la gárgola, y tranquilizaban a quienes incidentalmente preguntaban por ella diciendo que estaba bien guardada, que los peritos establecerían su destino definitivo en la capital, y que se haría con ella justo lo que merecía. De todos modos, se decretó una restauración general de la catedral y de otros edificios públicos.

Tal como demostraron los acontecimientos en el curso de los meses siguientes, aquellas restauraciones eran verdaderamente necesarias. En los días que siguieron al vendaval, el tejado del templo sufrió unos destrozos muy graves. El viento había arrancado todo un lado del viejo tejado de pizarras multicolor —rompiendo la nariz y el brazo izquierdo a una estatua muy

antigua de un santo que en la ciudad gozaba de especiales simpatías, Bonifacio—, torcido canalones y, en general, dejado bastante mal parada la estructura. De hecho, los primeros días nadie se había dado cuenta, pero pocas semanas después se hizo patente para todos, con una consternación enorme, que la biblioteca, un ala del palacio episcopal y el garaje donde se guardaban las carrozas de gala se hundían poco a poco en el suelo. En el frontón del ayuntamiento, construido dos siglos más tarde que las alas laterales, aparecieron inesperadamente unas grietas inmensas. El campanario, en cuya torre de treinta metros de altura aún colgaba esa vieja campana de bronce que se había fundido varias veces para hacer cañones —como si se despojara de un disfraz, cuando ya no había peligro, volvía a la torre, a su verdadero oficio, para seguir propagando sobre la ciudad los signos sonoros de la paz y la guerra, apacibles o apasionados—, aquel campanario, también se hundía, y era preciso aguantarlo con unos contrafuertes, pues se inclinaba a un lado, como su rival, esa torre italiana tan famosa y lejana. También del puerto llegaban noticias inquietantes. El mar se había llevado por delante el dique medieval que protegía el barrio de los pescadores, y en las horas de flujo de la marea el agua penetraba hasta muy adentro, hasta las callejuelas de casas diminutas con tejados puntiagudos, e inundaba las cocinas de la planta baja, y luego, al retirarse, arrastraba consigo recipientes, cunas, imágenes de santos y pequeños animales domésticos aterrorizados, y lo arrastraba todo con un impulso ávido y fiero, con chasquidos amedrentadores, como si soltando carcajadas. Naturalmente todo aquello no eran más que coincidencias fortuitas que ponían de relieve la crueldad de los fenómenos de una naturaleza especialmente excitada. Sólo los más ancianos, ya algo dementes, como Zerzen, el peletero, veían inútilmente cierta relación en aquellos signos. Pero lo cierto es que las construcciones más antiguas de la ciudad,

como las del palacio episcopal y el ayuntamiento, la catedral y, sí, también el dique, entre el mar y el suburbio de los pescadores, habían estado muy descuidadas los dos últimos decenios; ahora se decía que todas las que formaban parte del casco antiguo se habían torcido, hundido y agrietado, como si durante los últimos veinte años, durante la irrupción y ocupación de los extranjeros, se hubiese consagrado demasiada atención a los grandes almacenes de vidrio y cemento armado, a la construcción de grandes colmenares de viviendas con el tejado plano, descuidando un poco la conservación de los edificios antiguos y pasados de moda. Por esto se hundía. Es posible, sin embargo, que incluso esto no fueran más que habladurías, adivinanzas supersticiosas, nacidas de la imaginación exaltada de los habitantes más viejos, alocados y celosos. El arquitecto municipal ordenó, de todos modos, la reparación de las casas antiguas que se podían catalogar de monumentos públicos. Y poco antes de Navidad, cuando se derrumbó la cárcel vieja —donde ya sólo se encerraba por la noche a los borrachos, para que el sueño les disipara la embriaguez, entre las ratas y los gatos vagabundos—, los desvaríos de Zerzen y de unos cuantos ancianos de su calaña, muy propensos a entregarse a los juegos de la imaginación, se intensificaron, y aquel invierno, en las tascas, se escuchaban quejas en voz alta sobre la mala suerte de la ciudad, se hablaba de manera estúpida y supersticiosa de fenómenos tan lógicos y naturales como el derrumbamiento de la cárcel vieja o el hundimiento del campanario. A personas más serias y más cultas, como Tokár, por ejemplo, estas hipótesis sólo les hacían reír; sin embargo, el invierno resultó peculiarmente riguroso aquel año, y los estragos de la naturaleza seguían uno detrás de otro. El primer día del año nuevo se declaró un incendio en las afueras que arrasó la barriada más pobre de la ciudad. Ese día Lacta hizo una observación —y también Kenta y Zorner lo

secundaron—: que el resfriado que había cogido Padre meses atrás, durante el temporal, a las puertas de la catedral, le había dejado secuelas graves, y que alguna sustancia infecciosa se había infiltrado en su organismo, partiendo de un centro desconocido y atacando los riñones. El peligro no era inmediato, decían, pero Lacta se mostraba malhumorado.

—He estado pensando en ello, doctor —le dijo Anna en voz baja, llevándose a Lacta a un rincón de la estancia, para que los otros dos médicos no los oyeran—. Le suplico que procure recordar. Padre se había resfriado, frente a la catedral, y esa misma noche ya tuvo fiebre. Recordará usted, doctor, que lo llamamos al día siguiente y usted le recetó aspirinas. Ya entonces Padre se mostraba tan silencioso y apagado... Bajaba a la tienda y trabajaba, tal como solía hacerlo... Sí, incluso con más avidez que de costumbre. Sebestyén me ha contado que durante aquellas semanas, después del resfriado, quería saber todo cuanto se refería a la familia y el negocio; exigió ver todas las cartas y fotografías, mandó sacar el arpa del escaparate y la miró minuciosamente... Trabajaba a su manera, como si tuviera algo urgente que hacer, como si debiera acabar algo rápidamente. Entonces empezó. Luego estuvo en la cochera, en la biblioteca, en casa del obispo, y usted, doctor, notó que los ojos de Padre estaban empañados. Problemas de circulación, decía usted... Aquel mediodía subió de la oficina y se acostó, decía que se sentía cansado, y se quedó en cama todo el día; no tenía fiebre, pero se quedó en cama también los días siguientes, sin temperatura, con los ojos un poco sanguinolentos, ya lo recordará usted. Luego el campanario se hundió y se rompió el brazo de san Bonifacio, luego se quemaron aquellas casas del suburbio... Todo esto le habrá afectado, ¿no le parece, doctor? Le importaba tanto todo lo que formaba parte de la antigua ciudad... ¿No se ríe usted de mí?

Lacta estaba mirando su reloj de bolsillo.

—No, querida Anna —dijo sonriendo—. Pero sería muy difícil probar todo esto.

—No es necesario probarlo —dijo Anna, esperanzada—. Es sólo que temo un poco a los doctores. Usted, doctor Lacta, lo sabe todo acerca de nosotros. ¿No le parece que algo está ejerciendo una influencia maligna sobre Padre? Quiero decir que procuramos ocultarle las cosas en vano. Cualquier cosa que le ocurra a la ciudad, él lo sabe inmediatamente. Aquella noche, cuando se derrumbó la cárcel vieja, estaba inquieto, tenía fiebre y desvariaba. Por la mañana nos enteramos de que la cárcel se había derrumbado. Él quería incluso aquella cárcel. Era de estilo algo italianizante, con sus arcos y columnas... Un día Padre me dijo que no era una cárcel de verdad, sino tan sólo una especie de antesala del Purgatorio, donde el castigo aún no debe doler. Dicen ustedes que es preciso determinar la causa de la dolencia, el diagnóstico; que esto es lo más importante. También a mí me lo parece. Pero si a Padre todo le influye de un modo tan fuerte, todo lo que le ocurra a la ciudad; si no conseguimos ocultarle las noticias, los estragos e intrigas del viento, el agua, el fuego, las personas... y él siente que algo le está ocurriendo a la ciudad... Entonces, ¿le parece posible que no sea el resfriado la causa de la enfermedad? ¿Es posible que los riñones se vean afectados por algo que no es posible ni demostrar ni comprobar?

Anna apretaba una mano contra su corazón; así miraba a Lacta, muy pálida. Ahora estaba fea de verdad. La angustia y la duda habían surcado arrugas en su cara, le colgaba un poco el labio inferior, por la preocupación, y pestañeaba nerviosamente. Anna no creía a Kenta, ni se dedicaba a cortar los hilos de Zorner, como Tamás, pero por amor, desconcertada y asustada como estaba, se dejaba atraer por todo cuanto prometiera ayuda, y si Albert, Tokár o alguien de la ciudad le hubiese aconsejado que mandara llamar a una curandera, o a

una espiritista, lo habría hecho de buena gana. Anna sabía que Padre «se hallaba en buenas manos», tal como se decía en la ciudad. Sabía que Kenta interpretaba el examen general del estado físico de Padre; sabía leer muy bien los relatos de los laboratorios químicos y sacar conclusiones muy amplias con respecto a la cantidad de azúcar o albúmina en la sangre. Para salvar a Padre, Kenta hacía probablemente todo cuanto estaba en sus manos. Pero a Anna le parecía que aquel «todo» era poco. Tampoco habría negado que el joven Zorner, tan seguro de sí, conocía su profesión, y ella contemplaba con respeto sus lámparas. Efectivamente, los rayos, de distintas cualidades, intensidades y temperatura, afectaban a la piel humana; si el enfermo se sentaba un tiempo bajo uno de esos rayos, se tostaba como al fuego del sol estival y otro rayo le hacía marchitar la piel, y todos juntos —según Zorner— instalaban una verdadera farmacia en el interior del organismo, estimulando la dermis y los diferentes órganos hasta producir exactamente treinta y seis clases de remedios muy saludables. «Exactamente treinta y seis», decía muy satisfecho Zorner, como si los hubiera contado. Anna creía también a Zorner. Todos abrigaban las mejores intenciones. Todos sabían algo. En los baños municipales trabajaba un pedicuro, y como en el pasado hacían los barberos y los que atendían a los bañistas, también él sabía sacar muelas, practicar abortos y hacer masajes en secreto. Anna creía hasta en el pedicuro. Pero allí pasaba algo que los doctores no querían ver y que Anna sí sabía. Ahora, desde luego, el mal ya estaba hecho, y parecía que el origen de la dolencia se había disuelto sin dejar rastro en los síntomas de la enfermedad... Tal como a un enfermo envenenado —en cuyo cuerpo se pueden detectar infaliblemente la sustancia venenosa y los síntomas y, no obstante, continúa muriéndose, pues unas manos desconocidas siguen suministrándole misteriosamente el veneno y no hay

arte ni artimañas que sirvan de algo, ya que todo lo que el médico arregle de día el envenenador misterioso vuelve a destruirlo de noche—, así iba envenenando a Padre algo, o alguien, o algunos, según Anna. Lacta tenía razón: hubiera sido muy difícil probar todo aquello. Pero Anna lo sabía, sabía a ciencia cierta que detrás de todo cuanto a los seres humanos se refería existía algo difícil, y hasta imposible, de probar. Y que aquella segunda realidad era la verdadera. Los médicos habían determinado infaliblemente la causa de la dolencia de Padre, pero detrás de la causa infalible y científicamente probada existían otras causas de cuya existencia sólo Anna sabía, ciertas relaciones de las que Zerzen y los demás hablaban de forma confusa, en la ciudad, pero no sin razón. Anna sabía que la gárgola que hacía guiños inmorales no había caído por mera casualidad del ventanal de la catedral, igual que todo cuanto había ocurrido en los barrios, el hundimiento de edificios, la rebelión del agua y el fuego, la perturbación del campanario inclinado, y todo lo que también Lacta observaba; a saber, que entre los habitantes de la ciudad parecía hacer estragos alguna enfermedad, un *morbus* determinado, que no tenía nombre ni causante etiológico que se pudiera encontrar bajo el microscopio, y esta enfermedad, de naturaleza secreta, influía en todos los que eran susceptibles de dejarse contaminar por el mal de la ciudad. Anna ya no creía que los rayos, ungüentos, gotas o bisturíes pudieran ayudar a Padre. La enfermedad se había pegado a la casa como un olor; en el cuarto de Padre, en el salón, y hasta afuera, en la calle, Anna se daba cuenta de la enfermedad y caminaba husmeando, pues toda la ciudad se había inundado de este hedor insoportable. El fenómeno que Tamás había llamado sin razón «terremoto» —y que para reafirmar la verdad de aquella catástrofe, repetía ridículamente «que algo se había dislocado en la ciudad»—, ese fenómeno geográficamente difícil de probar, equivalía ahora para Anna,

cuando por fin hubo comprendido a Lacta y a los otros dos médicos, a la enfermedad. A la ciudad le había ocurrido algo; y Padre había enfermado. Anna era incapaz de determinar la fuerza de esa relación, la influencia que se ejercían las dos partes, eso sobre lo que susurraban Zerzen y los demás, los elementos poco serios. «Lo cierto es que para la ciudad no existe terapia posible», pensaba; Zorner radiaría las casas en vano y Kenta no podría administrar lavativas a la biblioteca episcopal. La ciudad estaba enferma y el arquitecto, el alcalde, los policías y funcionarios extranjeros se hallaban completamente desorientados ante aquella enfermedad, quizá incluso con cierta alegría del mal ajeno. «Tal vez lo que la ciudad no les entregó, lo que nosotros hemos callado a los ocupantes, aquello de lo que Padre no hablaba nunca, lo que no sufre ningún "arreglo", tal como Albert quisiera hacerlo, a lo mejor esto era el diagnóstico», pensaba Anna. Y Anna se sentó en la cama, en su habitación; era fea y se parecía mucho a un dromedario, y escondiendo su cara entre las manos, suspiró y rompió a llorar en silencio. Lloraba mucho rato así todos los días. Luego se secaba las lágrimas y se dedicaba a alimentar a los Garren, tan solemnes, o entraba en el cuarto de Padre y se sentaba junto a la cabecera del enfermo, iniciando ese diálogo sempiterno, esa conversación desesperada acerca de la fiebre y de si el enfermo tomaba sus medicamentos en las horas prescritas. Anna sabía que en aquello no había lugar para la esperanza. Pero no era posible probar el diagnóstico.

Retoques

Cuando la cuarta semana después del resfriado —esos días en

que el campanario empezaba a hundirse e inclinarse— cayó en cama, Padre ya lo tenía casi todo arreglado en su negocio, o por lo menos así lo creía. Durante la primera semana Sebestyén aún subía al cuarto del enfermo para darle cuenta de la marcha de los negocios, pero más adelante, al llegar el resto de los Garren y decaer visiblemente las fuerzas de Padre, había dejado de pasarle cuentas y se contentaba con hacerle sencillas visitas de cortesía hacia las nueve, poco después de la hora de cenar. De hecho, ya ni siquiera entraba todas las noches en el cuarto del enfermo, sino que se limitaba a sentarse en la habitación de al lado, muy mundano, siempre un poco en el borde de la silla, subrayando y acentuando con su vestimenta y su conducta la diferencia existente entre la familia y él, dependiente y pariente lejano, dando la impresión de que jamás estaría dispuesto a hablar espontáneamente con nadie. Para estas visitas, Sebestyén, con púdica insistencia, se cambiaba siempre de traje; se ponía una levita negra con pantalones pata de gallo, una levita menos larga y menos solemne que la de Kenta —a quien su profesión y dignidad obligaban a ser muy ceremonioso—, pero, no obstante, unas prendas distintas de las que llevaba durante el día, como si se tratase de una fiesta, no una fiesta muy importante, sino sólo una especie de fiesta de Todos los Santos o de la Epifanía. Sebestyén conocía a fondo los puntos de vista de Padre, y todas las noches llevaba en el bolsillo las liquidaciones, como si temiera que, debido a un talante general solemnemente excitado a causa de la enfermedad, los Garren se abalanzaran sobre él, exigiéndole la entrega de los secretos del negocio, de Eolo. En aquellas liquidaciones, desde luego, no figuraban los ingresos diarios, pues en Eolo, ya años antes de la enfermedad de Padre, se habían frenado por completo las actividades comerciales, y se evitaba en lo posible ocuparse de negocios cotidianos. No, los datos y renglones de la liquidación

eternizaban más bien el pasado: «transferencias», decía Sebestyén, como de pasada, aludiendo a determinados gastos un poco mayores, ciertas cantidades que Padre se había visto obligado a pedir prestadas, de vez en cuando, a distintas fuentes de crédito en interés de la obra. Aquellas «transferencias» llenaban por completo la parte financiera de la liquidación, y en cuanto a otros asuntos económicos, hacía decenios que ni siquiera figuraban en la contabilidad de la casa. Pero estas cosas no interesaban seriamente a nadie; probablemente ni siquiera a Anna, ni a las fuentes de crédito. Albert —o el señor Albert, tal como lo llamaba tercamente Sebestyén— preguntaba con tono quejumbroso por qué la casa Garren no procuraba introducir nuevos artículos, como, por ejemplo, estilográficas o máquinas de escribir. En tales momentos penosos, el siempre tan modesto y cortés Sebestyén perdía su paciencia de dependiente y pariente, y llegó a discutir incluso con Albert, defendiendo con frases enérgicas la dignidad del negocio. «Haga el favor de grabarse en la memoria que el señor Garren siempre ha tenido antipatía a los cambios en la casa. Eolo nunca ha trabajado para conseguir beneficios. Eolo sólo ha trabajado siempre en interés de la obra», le dijo con voz trémula. Ésta era la pura verdad y ese día todos tuvieron que inclinarse ante la argumentación de Sebestyén; incluso Albert, que con sus ocurrencias dolorosas e indignas se alejó murmurando algo en voz baja acerca del «porvenir», la «cifra de negocios» y los «principios anticuados». Sebestyén lo seguía con la mirada, moviendo la cabeza. La casa Garren nunca había trabajado con vistas al porvenir. Eolo trabajaba por el pasado. Todo el mundo lo sabía.

Trabajaba tan poco por el porvenir que, con las existencias mínimas que habían quedado en las estanterías desde la enfermedad de Padre, cada vez producía más la impresión de museo a los visitantes, antiguos clientes y amigos de la casa

que por las mañanas visitaban Eolo, apuraban una copita de licor de peras imperiales o de vainilla, escuchaban las noticias referentes a las fases de la enfermedad del dueño y luego, pensando en las semanas críticas, expresaban discreta y precavidamente su disposición de compra, mirando algo turbados hacia las estanterías, en donde ya no era posible encontrar mercancía comercialmente interesante, como si las memorias del general que perdía batallas, que Padre había amontonado en la casa con previsión comercial, de repente se hubiesen divulgado como lectura de moda en las bibliotecas de la ciudad y de la provincia; ya sólo quedaban en los depósitos algunos ejemplares manchados o arrugados, el resto de la edición se había agotado, y no había nada más en su lugar. De pronto se descubrió que Padre, dotado de una intuición maravillosa por haber tenido un interés no previsto por nadie, había obrado de modo muy oportuno al amontonar grandes cantidades de aquel libro que prometía tan poco provecho; se descubrió que, andando el tiempo, los antiguos compradores de libros de la ciudad y de la provincia lo preferían a la literatura actual, que se brindaba con tapas multicolores en los escaparates de las librerías nuevas de la ciudad. Cada letra impresa antes de la llegada de los extranjeros, cobraba de golpe un valor especial para quienes se volvían con una curiosidad cada vez más vehemente hacia el pasado, y obviaban cada vez más el presente. Los generales relataban el pasado con suma convicción, aunque colocando con cierta arbitrariedad el sujeto y el predicado, y con esos prejuicios furibundos, tan simpáticos, que caracterizan a nuestros contemporáneos fracasados que antaño tuvieron participación activa en los acontecimientos. En las estanterías de Eolo ya no quedaba mercancía. Los inventarios de Sebestyén enumeraban cuidadosamente las fotografías y las cartas que se hallaban en poder de la casa, sin olvidar el más mínimo objeto o recuerdo que se refería a los

Garren, y siempre se guardaba uno en el bolsillo para el caso de que Padre o algún otro Garren le exigiera el estado de cuentas familiar o comercial. Sebestyén llevaba con esmerado cuidado los asuntos de la empresa y velaba con un celo angustioso por el orden. Pero Padre ya no deseaba ver inventario alguno. Al volver del palacio episcopal, Padre se había dado cuenta de que algo «acababa de empezar»; y, efectivamente, se había resfriado durante el temporal y estuvo varios días tosiendo. Kenta tenía toda la razón: todo había empezado con aquel resfriado. Padre nunca hablaba de su dolencia. A partir del primer instante en que aquel algo se había manifestado —proceso, acaso vivencia, o fenómeno—, aquello que Anna, la señora Erzsébet y demás miembros de la familia denominaban terca y justificadamente «enfermedad», Padre había consentido en todo cuanto las mujeres, y más tarde los médicos, le aconsejaban; se tomaba muy obediente los polvos, soportaba que Kenta le auscultara el corazón y le palpase las ingles, soportaba los rayos de Zorner, y se alegraba sinceramente cuando Lacta le brindaba su compañía, alguna que otra noche, mientras se bebía el vino y trataba a Padre a su manera modesta y humilde, más bien mediante palabras y miradas que, a fin de cuentas, le hacían un gran bien a Padre y le mecían en sueños. «¡Qué amable es! ¡Qué amables son todos conmigo, con sus limonadas, rayos y polvos! ¡Con qué delicadeza observa Kenta mi pulso, con qué cariño la enfermera me arregla las almohadas! Ahora todos me testimonian su cariño, incluso los extranjeros; son impotentes y no pueden darme otra cosa. Es preciso soportar su bondad y hay que soportar también sus curas. Ahora ya todo se terminará muy pronto, pues acaba de empezar... ¿Por qué no soportar, pues, todo lo que ellos, que quieren mi bien, sólo que no saben nada, van haciendo conmigo?», pensaba Padre en su duermevela, emocionado. Desde el instante en que se quedó en cama, Padre

se había entregado por completo a lo que los médicos llaman «enfermedad». Algo había ocurrido; a veces con fiebre y otras casi sin síntomas externos, ni fiebre, ni flojedad de vientre. En un principio Kenta examinaba excitado y ofendido el cuerpo de Padre, como el detective privado al que le consta que se ha cometido un crimen y lo intenta todo, pues así es preciso, para encontrar en el lugar de autos el cuerpo del delito. «El pulmón está limpio y el estado del corazón es satisfactorio. La radiografía de los intestinos me tranquiliza mucho. El estómago funciona bien. A veces hay más bien un exceso de acidez, y otras un poco menos que lo deseable, pero, en conjunto, nada hay que decir del estómago», decía Kenta, extasiado y casi gozoso, y chascaba satisfecho la lengua. Padre callaba. Seguía callando incluso más adelante, cuando Kenta ya no chascaba la lengua, ni lanzaba exclamaciones de satisfacción después de los dictámenes, sino que investigaba el cuerpo del enfermo cada vez más curioso y descontento, sin que el organismo le librara su secreto. Padre con sumo gusto hubiera ayudado a Kenta y a Zorner. Contestaba a sus ávidas preguntas como mejor podía y notaba que con sus quejas ocasionales no sólo les causaba alegría sino que también, de vez en cuando, observaba de paso que, en efecto, Kenta sospechaba atinadamente y Zorner adivinaba con instinto certero como si en la parte baja, debajo del estómago, por allí, un poco más a la izquierda, le doliera algo. En tales casos, los médicos se abalanzaban, armados con sus instrumentos finos y sensibles, sobre el sector acusado, auscultaban y palpaban, y, al final, en efecto, llegaron a descubrir anomalías. Y Padre sentía lástima por ellos y no los podía ayudar, pues las anomalías que ellos habían descubierto con tanta experiencia, con un oído tan refinado y dedos tan noblemente hábiles, al día siguiente, o al tercer día, se revelaron como síntomas orgánicos muy normales y fenómenos de vida corrientes, y acabaron desapareciendo. Entonces Kenta,

a pesar de toda su superioridad y paciencia, soltaba un silbido enfadado, y Zorner sonreía, con respeto, pero como si prefiriese no decir nada hasta que Padre no estuviera por completo bajo su responsabilidad, y mientras tanto no le sorprendieran ya este tipo de malas prácticas. El ácido gástrico, es verdad, acusaba un comportamiento sumamente caprichoso; a veces sobraba y otras faltaba, pero el estómago digería bien, en general; es decir, bien, aunque el enfermo no tenía apetito, pues Padre contemplaba cada vez con más hartazgo los platos que se le preparaban con tanto esmero y los tomaba más bien por educación, como alguien que quisiera demostrar su gratitud y corresponder al cariño y a los cuidados con que se ve colmado. Miembros de la familia y médicos estaban de acuerdo en cuanto a la necesidad de alimentar bien al paciente; esto era lo más importante, solían decir. Y cuando Padre no comía, o comía muy poco, o sorbía sin apetito unas cuantas cucharadas de un caldo vegetal espeso, o contemplaba con sonrisa débil el pollo en salsa, no dejaban de repetir como loros, suspirando y con acento resignado y crítico, que si, desde luego, Padre no colaboraba, si Padre no «trabajaba», si Padre no comía con un apetito tan voraz como un picapedrero de treinta y cinco años al mediodía, después de seis horas de intenso trabajo, entonces, verdaderamente, no era de admirar que todas las habilidades y toda la sabiduría de los médicos fracasara y la enfermedad «ganase terreno». Lo decían así, de forma muy técnica.

Pero Padre sentía deseos de ayudarlos; hubiera querido ayudar sobre todo a Anna. Es verdad que Anna no alimentaba a Padre artificialmente y a la fuerza; sólo lo contemplaba y observaba. Anna aún acariciaba esperanzas, en secreto; no confiaba tanto en los médicos y en sus curas como en algún acontecimiento externo, social, de orden público o político, en la casualidad, en el milagro. Para Anna, el «milagro» distaba mucho de ser un fenómeno tan raro, extraño e improbable

como para los extranjeros, quienes declaraban en voz alta que las probabilidades del mundo sensible tenían nombres, y que en la tierra no existía para el hombre más que el destino y todo cuanto pueda captar mediante sus órganos sensoriales. Anna creía en el milagro. Para ella el milagro era algo sumamente sencillo, sin truenos ni fulgores verdosos, y no era preciso caerse por sorpresa ante el mismo; Anna conocía el milagro, ya se había encontrado con él a lo largo de su vida, no de forma breve, precisamente, pero tampoco desconsiderada, y no experimentaba ante él ningún horror sacro, sino más bien una satisfacción agradable, como quien nota de repente que detrás de la realidad, que resulta desordenada, aventurada e incomprensible, late cierto orden superior, sencillo, tranquilo y comprensible, y a veces se deja ver. Para Anna el milagro era sólo esto y nada más. Y bien sabía asimismo que no era posible suplicar un milagro, para obligar a que sucediera en la Tierra, mediante plegarias y ceremonias, un milagro sólo se realizaba cuando el desorden insoportable, el desorden de la realidad, un buen día, sin ayuda humana, y sólo por algún tiempo, había vuelto al orden; lo que ayer aún era febril, hoy ya era normal; lo que ayer se había roto, hoy volvía a ser entero, y el milagro parecía ser más bien una especie de subproducto de este proceso. Anna había ya visto y vivido milagros, unos milagros secundarios y sin importancia, sin humo ni ruido; y las derivaciones ulteriores de estos milagros secundarios habían sacudido completamente alguna que otra vida, o determinada situación humana. Era difícil provocar el milagro, y aún más difícil soportarlo; como si la mayoría de la gente se hubiera aferrado a todo cuanto en la vida resultaba insoportable, aventurado y peligroso, a la enfermedad, o a una relación perniciosa, o a una pasión nociva; así lo había venido observando. No obstante, creía en el milagro. Tampoco para Padre esperaba milagros ruidosos; no confiaba en que un

mensajero celestial hiciera una seña, o que llegase a la ciudad un médico nuevo que pudiera curar a Padre imponiéndole las manos o con alguna medicina; tampoco tenía una fe milagrosa en los cuidados familiares, en ese servicio esmerado y atento. Sin embargo, no se hubiera sorprendido si un día se hubiera enterado de que en la ciudad se habían sucedido estos acontecimientos: que la torre inclinada se había enderezado de la noche a la mañana, automáticamente; que los extranjeros pasaban de casa en casa con paquetes en la mano, y cortésmente y algo turbados, pedían perdón a los habitantes autóctonos por todo cuanto habían hecho durante los últimos veinte años. «Obramos sólo ejecutando órdenes superiores», podrían decir confusos, o: «También nosotros somos seres humanos». Y los autóctonos los escucharían con frialdad y Padre se restablecería. Anna esperaba milagros de esta índole. Y ella, que nunca antes había leído periódicos, ahora, desde que Padre estaba enfermo, extendía todas las mañanas las grandes hojas de los diarios, deletreaba con interés los telegramas del extranjero, buscando entre inundaciones, jiras artísticas de viejas actrices extranjeras, declaraciones confiadas y tranquilizadoras de jefes de Estado, ejercicios militares con paracaídas, hurtos, asesinatos y atrevidas prendas de ropa femenina de moda esa primavera, la frase que pudiera referirse a la ciudad, a Padre y al milagro. Sin embargo, nunca encontraba precisamente esa frase. Parecía como si Padre no anhelase el milagro. Por esto se sentaba tan impotente frente a la cama del enfermo, pálida y observadora; y luego subía a su cuarto, lloraba un rato y meditaba, no sólo con su cerebro sino con todo su cuerpo, con los riñones, con la matriz y hasta con las articulaciones. ¿Qué podría ayudar a Padre?

Anna estaba triste y excitada, pero no desesperada; sabía que aún sin milagro era posible ayudarlo durante cierto tiempo. Era posible curarlo, a pesar de las recetas y tratamientos de Kenta y

Zorner; sólo que aquella otra clase de terapia resultaba mucho más compleja y suponía la intervención de ciertas personas. Tal vez era posible salvar a Padre a condición de hacerle creer que en alguna parte del mundo vivía alguien —una única persona — que le necesitaba. Tal vez le hubiera salvado asimismo el convencerle de que la obra, o lo que Padre designaba así, aún distaba mucho de estar creada, y que su creador no debía morir, ni la obra debía destruirse todavía, mientras no estuviera acabada, según las normas de una etiqueta superior, cuyas reglas Anna adivinaba, no tanto con su inteligencia, sino más bien con su corazón. Pero Padre callaba, y callaban asimismo los Garren, que comían y se paseaban por la ciudad con los signos y la sospechosa seriedad del luto previo; y Padre, que siempre se había mostrado sereno, como toda persona verdaderamente distinguida —que, de pasada, es incluso artista —, Padre ya no hablaba más de la obra. Con la señora Erzsébet, Anna no podía contar; ahora que Padre afirmaba incluso mediante su comportamiento físico y moral que el instante peligroso, el «algo empieza» acababa de llegar, Anna se daba cuenta asustada de que la señora Erzsébet si bien no era una enemiga, tampoco era una participante de aquel acuerdo, tratado o pacto que enlazaba entre sí a los Garren y a sus allegados; no era una traidora como Marta, pero tampoco una pariente, a pesar de haber compartido la cama de Padre y haber dado a luz, del abrazo de Padre, al guapo y frío Edgar. Padre, que ennoblecía todo cuanto había tocado en su vida — probablemente incluso a aquellas muchachas desconocidas con las que se había encontraba algunas tardes en el puerto, en un hotelito de segunda clase, algo destartalado, con ventanas de persianas verdes, en esa época en que aún demostraba interés por la obra—, había sido incapaz de ennoblecer a la señora Erzsébet. Ahora que había necesidad de ella, Anna no podía menos que notar cuán poco la tercera esposa de Padre era

capaz de ayudar; prefería quedarse sentada en la cocina, asustada, pues «para ella también aquello estaba muy bien», y los Garren, en especial Péter y Tamás, ejercían sobre ella una impresión tan amedrentadora que, en su turbación, contestaba con soberbia, y ya se conducía como una viuda para con quien la nación se muestra desagradecida. Erzsébet se dedicaba a sacar el orinal de Padre, si la ocasión se presentaba por casualidad y la enfermera no estaba presente; guisaba ella misma caldos y sopas para el enfermo y vigilaba la temperatura de la habitación. Pero el gesto, o la mirada que, según Anna, era capaz de suplir transitoriamente el milagro, aquella terapia cuyas probabilidades hasta Lacta reconocía, aquella disposición que podía detener el proceso de destrucción de una persona, faltaba del todo en la señora Erzsébet. «Un extraño no puede ayudar», pensaba Anna. Y Tamás, a veces, aparecía en el umbral, desconfiado y turbado, pero él tenía los pensamientos en otra parte, en Perú, o meditaba hechizos completamente ridículos. Tamás era pobre, le habían desvalijado por completo en alguna parte, pero con sumo gusto hubiera entregado el único tesoro que aún le quedaba, la petaca, sus sentimientos y su voluntad, pero aquel resto mísero era poca cosa. Y Péter, ¿dónde estaba Péter? Anna se mordía las uñas, y a veces, cuando nadie la oía, lloraba impotente.

Péter aún se hallaba hasta cierto punto en Karnak, y ahora se quedaría allí para siempre; no completamente, no absolutamente, sólo hasta el punto que en la casa nadie pudiera contar en absoluto con él. Anna se quedaba abandonada a sus propias fuerzas y se sentía débil. Entraba en la habitación y Padre abría los ojos y sonreía, y bondadoso y cortés hasta pedía algo: una almohada nueva, o que rebajaran un poco la luz, o sencillamente, sólo lo aprobaba todo, con una mirada o un asentimiento débil de cabeza: los medicamentos, la presencia de los Garren, las esperanzas de Anna, sus fantasías del milagro

y de los remedios misteriosos que Padre conocía a la perfección, aunque nunca habían intercambiado ni una palabra sobre el tema. El estado en que los Garren que habían regresado habían encontrado a Padre, se parecía curiosamente a ese cansancio noble, a ese despojamiento perfecto y extenuación feliz con que las parturientas descansan sobre sus almohadas, con su recién nacido en los brazos. Pero Padre no era una mujer y ningún recién nacido lloraba en ninguna parte. No obstante, en aquellas semanas, en Padre surgía a la superficie algo femenino, como si la enfermedad hubiese deshojado de su ser las características varoniles, como si en el umbral de la muerte hubiese perdido su carácter sexual, pues el carácter sexual de los moribundos, según Lacta, que un día cambió impresiones sobre el tema con Péter, se desvanece efectivamente; como al principio de la vida, en el seno materno, al final de la vida el ser humano tampoco tiene un sexo acusado... Y ahora ya todo él no era más que asentimiento y espera; ya no pretendía hacer nada, pero estaba dispuesto a recibir de forma pasiva la gran vivencia que con sus sombras le rondaba. ¿Era femenino? Péter, más adelante, en una fase lejana de la vida, tuvo ocasión de discutir con Tamás del postrer carácter sexual de Padre y, según sus recuerdos, el enfermo, durante aquellas semanas, se parecía más bien a un gran artista; a un artista que al final de su obra y su vida renuncia derrengado a la conducta terrenal, semejante al generador primigenio que es padre y madre al mismo tiempo, y ahora, cuando ya tiene acabada su obra, le resulta del todo indiferente todo el ciclo de papeles del gran teatro del mundo, y se retira de los senderos distintamente trazados de las diferencias sexuales. El recuerdo le dictaba a Péter que Padre acaso nunca había sido tan incondicionalmente artista como en aquellas semanas, cuando había empezado aquel algo, al que los miembros de la familia y los médicos insistían en

denominar enfermedad, y que más tarde a Péter se le aparecía oscuramente como el instante en la vida del artista en que la obra está acabada y el creador ya no tiene más que hacer sino proceder, con una mano cansada, ligera y no obstante segura, a los últimos retoques.

Así yacía Padre en su cama. A veces levantaba de la manta sus manos endebles, haciendo alguna seña a una de las personas que se acercaban, y su ademán era peculiarmente delicado, suave y consciente, como si rebajara o aumentara con una pincelada alguna que otra nota de color en un cuadro, ahora que todo está listo y está bien, y el artista se ha agotado por completo. Aquellos «retoques» se repetían en todas las horas de la jornada; Padre estaba cansado, silenciosamente excitado y conscientemente derrengado. A veces llegaba a acariciar alguna obra suya, por ejemplo, la mano tan hermosa, de dedos largos, de Anna, o el hombro del joven Edgar; por lo demás, no le gustaba que la gente se acercara demasiado a su cabecera, y con un gesto del índice les ordenaba que se mantuvieran a dos o tres pasos de distancia, como en una perspectiva artística, para poder verlos mejor. Ahora, cuando ahorraba convulsamente sus energías y cada una de sus miradas expresaba algo que era superfluo contar con palabras, los Garren, pero también los médicos y la enfermera, observaban inquietos sus ademanes desprovistos de fuerza y sus miradas precavidas y conscientes de sí, pues la enfermedad no cesaba en estar presente y Padre ya apenas les contestaba, y aun esto lo hacía sólo con mucha suficiencia y algo asqueado, contestando como un gran señor feudal caído en cautividad puede contestar a su bárbaro tirano. Padre desdeñaba su enfermedad; la consideraba como un estado del que por una circunstancia impura no era responsable y estaba de acuerdo con Kenta, que hacía pesquisas en su organismo para descubrir qué atentado se había cometido contra él. Al notar que aquel

algo que sólo él conocía y que ya «había empezado», llegaba a las proximidades inmediatas de su cuerpo, agarrándole ya el hígado y los riñones, Padre contemplaba la enfermedad con todavía mayor altivez, un poco como el domador mira a la fiera domada, pues si soltara un alarido descomunal, aún entrarían precipitadamente los guardianes y enfermeros. Tal vez aún le podrían salvar, pero ya no sentía ganas de dar un grito fuerte. El monstruo se acurrucaba aún miedoso, pero ya le rondaba de cerca, y a veces podía percibir su hálito hediondo, las chispas de su mirada infernal; le estaba contemplando con suma calma. A veces pedía limonada. Los Garren habían regresado, y él, ahora, ya no tenía nada que hacer. Sólo tenía que hacer los últimos retoques, según las normas del arte. Por esto los miraba bien, uno tras otro, y ahora que aún era posible cambiaba algún detalle, profundizaba algún matiz, quitaba alguna mancha, subrayaba y destacaba un determinado trazado.

Tamás era policromo en exceso, pero esto ya no tenía remedio. «No es mal tipo», pensaba Padre entre almohadas con los ojos cerrados. En una ocasión, Padre había llevado en brazos a Tamás, que podía tener a la sazón cuatro años; el niño no prestaba atención al paisaje ni al cielo, sino que se fijaba constantemente, únicamente, en los ojos de Padre, como si intentase leer algo en ellos. Lucy había sido indigna de él, desde luego; Padre sonreía. No obstante, había en ella cierta dulzura, algo ligero y libre de pecado. Cuando Padre la conoció, se hallaba en el extremo izquierda del escenario, entre las coristas, bizqueando, con una cinta azul en la frente, dando patadas al aire en dirección a los palcos con sus piernas simpáticamente fornidas y sensuales, y cantaba, bastante mal: «Tuyo es todo mi ser...» ¿Cuál era el ser de Lucy? En la habitación iban y venían, y Padre, con los ojos cerrados, recordaba a Lucy. Tenía el cuerpo de una adolescente, de una

menor de edad; cuando la abrazaba era como si hiciera algo prohibido, como si cometiera un delito que, según la opinión pública, merecía castigo. Lucy tenía un cuerpo divertido, como de niño bien alimentado, y en efecto, ni ella misma concedía pleno valor a su físico, no lo tomaba completamente en serio. Era un cuerpo algo rechoncho y acolchonado, y a veces, por la mañana, se sentaba en la cama y acercándose el dedo gordo de su pie a la cara, lo besaba; se sentía particularmente orgullosa de esto. Durante los primeros tiempos de su matrimonio, Lucy aún conseguía mantenerse sobre las palmas de la mano, con las piernas en el aire, e incluso dar unos cuantos pasos sobre las manos, pero en el segundo año, después de nacer Tamás, su cuerpo se volvió más pesado y ella se contentaba con dar volteretas de vez en cuando en la cama. Gábor Garren ya no era joven en aquel entonces, y en la ciudad tal vez tenían razón todos aquellos que susurraban que para el jefe de la casa Garren, para el fundador de Eolo y autor de la obra, no era digna esposa la que había cantado tan mal en el extremo izquierda del escenario la tonada «Tuyo es todo mi ser...», y que en casa, en la cama, por las mañanas, daba volteretas. ¿Cómo era Lucy, en realidad? Tamás había heredado el rostro de su joven madre; ahora, cuando se detenía en el umbral, algo desconfiado y con expresión de resentido y angustiado, Padre reconocía satisfecho en sus facciones algo hinchadas y desencajadas los rasgos de aquella mujer indigna, de Lucy, con aquella modestia y turbación cómicas, como si el propietario del rostro supiese que no era posible que lo consideraran completamente y en serio un miembro verdadero de la familia. Y por esto Tamás estaba enfadado, pero, al mismo tiempo, imploraba perdón. A Padre, Tamás le hacía gracia, pero ocultaba su alegría detrás de la mascarilla de la enfermedad; ya no deseaba mantener ninguna relación inmediata con los Garren, ya sólo procuraba contemplarlos como a otras tantas

figuras de la obra, de forma objetiva. Tamás y Lucy siempre habían estado un poco a un lado, detrás de los personajes principales, modestos y turbados. Padre nunca había conseguido enfadarse seriamente con Lucy, ni siquiera cuando se fugó, en pleno invierno, dejando atrás a Tamás, quien a partir de aquel momento nunca dejó de fijar una mirada interrogadora en Padre. Los dos, cargados de culpabilidad, ocupaban un puesto algo secundario en la obra, como quienes saben que no merecen tamaño honor, pues son culpables e imperfectos y en vano procuraron adaptarse al conjunto; no les gustaba comer en la mesa redonda común, y siempre procuraban salir de viaje con rumbo a países desconocidos e inciertos, hacia metas sospechosas, y nunca estaban del todo en casa. ¿Cómo era Lucy? Era un payaso, un payaso femenino. Y sus ojos siempre estaban buscando algo, hurgando, en la calle y en el café, cuando Padre se veía obligado a permanecer sentado noches enteras, con esa música tan mala, saboreando *knickebein*, en compañía de falsos periodistas de la capital que estaban de paso, los ojos brillantes y curiosos de Lucy, lanzando miradas fulgurantes, inconscientemente, siempre parecían buscar algo. Quería a todos los hombres; era como un ratero sexual que comete su delito con la rapidez de un rayo, en una tienda, en el café o entre la muchedumbre, y luego mira ante sí con una expresión cándida e inocente. Había sido una época de intranquilidad, la de Lucy y Tamás. En aquel entonces, Padre regresaba siempre a casa cautelosamente; no le habría sorprendido encontrarse en el recibidor con un detective con alguna noticia muy penosa, aunque formulada discretamente. Había sido una época de intranquilidad, indigna e incorrecta, pero quizá no fuera la peor de su vida. Ahora, al ver surgir en el umbral el rostro cargado de sentimiento de culpabilidad de Tamás, Padre volvía a recordarla y se daba cuenta de que aquella época de su vida no había sido la peor;

había en él algo semejante a una absolución, cierta liviandad, atrevimiento y valor. Ahora que la obra estaba acabada —sólo a grandes rasgos y con suma imperfección, pero estaba ya lista, hasta tal punto que ya se podía proceder a destruirla—, ahora, por fin, Padre sabía que en la vida sólo contaba de verdad algún que otro gesto y acto y los sentimientos que los rodeaban: cuando uno se conducía con valentía y por fin hacía o ejecutaba lo que verdaderamente sentía ganas de hacer, y que siempre había sabido que procuraba evitar en vano. Pero la mayoría de las personas evitaba hacerlo. Siempre se trataba sólo de esto: era preciso pronunciar una palabra, o poner nuestra mano en el fuego por una persona; sólo entonces uno tiene la sensación de dar un salto, de subir con un salto encima de algo. Aquel salto, aquella palabra, aquel ademán, representaban el sentido de la vida. La inmensa mayoría no tiene valor para saltar. Padre estaba contemplando la cara de Tamás y ahora se daba cuenta de que hubo un instante en su vida en que había sido verdaderamente valiente. Para convivir con Lucy se necesitaba valor, como para todo lo que era un poco cursi, pero dulce y agradable. ¿Dónde vivía ahora Lucy? ¿Y sabía alguien si aún cantaba en alguna parte *Tuyo es todo mi ser*...? O quizá bailaba en la cuerda floja, algo pesada ya, triste y envejecida... En Tamás ya no se podía, ni era preciso, retocar nada. Él continuará siempre vagabundeando a su manera, angustiado y con un sentido exagerado y pedante del orden, sin ninguna meta, en casa o fuera, en el gran mundo; y dirigirá una mirada bajo cada portal, siempre al acecho, buscando algo. «A lo mejor busca a Lucy», pensaba Padre. Y se incorporó un poco en la cama, pues iban a servirle la compota y era casi la hora de la visita de Zorner, que lo inundaría con sus rayos.

Padre se daba cuenta de la expectación y mucho le hubiera gustado satisfacerla. Todos habían vuelto al hogar y rodeaban su cama con una admiración y espera tan respetuosas como si

los hubiese llamado el propio Padre y estuviera a punto de ofrecerles algún discurso o una producción espectacular, quizá un baile sobre la cuerda, o una revelación solemne en la que se enterarían de algo. Padre procuraba satisfacer las esperanzas. La enfermedad tenía cierto cariz fina y físicamente espectacular. Él dormía, se sentaba, tenía fiebre, orinaba, y todo esto se comentaba en torno a él en voz baja, en su cuarto y en las habitaciones circunvecinas, ya ni siquiera como se comentan fenómenos físicos, sino como si se tratase de una variedad de ese espectáculo solemne, de un capítulo de esa revelación misteriosa. Aquella revelación misteriosa era la misma enfermedad, o dicho con más propiedad, era aquel fenómeno contemplado con curiosidad tímida y horror sacro de que Padre, que los había engendrado y criado, ahora iba a morir y dejar de ser. Ellos hubieran querido aplazar aquella muerte, pero, al mismo tiempo, desesperada e impacientemente, la estaban esperando. Tamás, con sus ojos brillantes e inquietos, pestañeaba cada vez con más expectación hacia la cama, y Padre sabía bien que Tamás estaba dispuesto a cualquier sacrificio, incluso a trepar hasta la cumbre de la torre de la catedral para poner en movimiento las campanas, o rezar a diario treinta Padrenuestros, o viajar a pie hasta la próxima ciudad, si con esto pudiera conseguir el remedio necesario, pero que, al mismo tiempo, estaba esperando y descontando un poco los días para la muerte, cuyo espectáculo asqueroso lo encontrará completamente preparado. No, Tamás no era «malo» ni «insensible», al menos no en ese sentido en que la señora Erzsébet valoraba a las personas, tal vez era demasiado susceptible, como aquellos Garren que habían nacido de Cristina y Lucy. Aquella abundancia sentimental los incitaba a una espera mayor. Padre sabía que Anna lo estaba intentando todo contra la muerte aquellos días, y que por detrás de Kenta y Zorner se aliaba con Lacta, como si

ella y el anciano amigo, ya algo borrachín, pudieran ahuyentar a la muerte sin más, mediante el hechizo de la voluntad y el cariño. «Durante un tiempo, sí», pensaba Padre. Y si toda la familia se aliaba alrededor de la cabecera del enfermo —lo que se podía esperar, pues la propensión a la espera era irresistiblemente fuerte en ellos—, tal vez podrían aplazar el espectáculo, o la revelación que tanto temían y que, eso lo daban por descontado, se daría de un instante a otro. Padre se sentó en la cama y miró a los Garren. Ahora ya no los quería, por lo menos no con aquel sentido brutal y algo egoísta de antaño, cuando las madres y los habitantes viejos de la ciudad aún vivían; ahora tan sólo los comprendía.

No eran precisamente burdos; Padre veía con satisfacción que no era malo lo que había creado, pues tenía atractivo y misterio. Y si bien alguno que otro de los personajes —por ejemplo, Anna y Tamás— habían quedado perfilados un poco superficialmente, el mismo conjunto, la obra, los Garren, la casa, Eolo, la ciudad, las formas de vida, todo aquello vivía e irradiaba con la intensidad y el colorido de las obras de verdad. Anna aún era una especie de boceto, pero Padre confiaba en que mediante ciertas palabras o gestos, a última hora, o justo después del instante postrero, conseguiría transformar de forma milagrosa a Anna: volvería a ser más decidida, saldría del mero bosquejo y se embellecería. En cuanto a Tamás, había abandonado toda esperanza. Péter ya cuidará de Tamás, no precisamente por bondad, sino porque, según la estructura íntima de la obra, tienen que ver el uno con el otro, y por esta razón no puede salirse de su papel. Péter lo vigilará con desgana y algo cohibido, desdeñando un poco a este hermano menor que se aferra tan penosa y vergonzosamente a aquel orden ya impúdico sin el que sería incapaz de seguir viviendo, y en vano procurará enseñar a Tamás aquella otra clase de desorden que, a fin de cuentas, es la salud y la vida. Los dos se

irán de la ciudad, a Perú y Karnak, respectivamente, y aunque no se envíen cartas sabrán el uno del otro, y cuando uno de ellos se vea en mala situación, el otro pensará en él. Más no pueden hacer el uno por el otro. Péter volverá al servicio de Emmanuel, pero es posible que ahora empiecen para él los años de aprendizaje; hasta ahora no había hecho más que vivir, y ahora será preciso trabajar, conocer el amor y la muerte. Ahora ambas cosas se hallaban al alcance de su mano, y Padre bien sabía que aquellas dos moralejas se deducían una de otra: quien deguste la muerte sentirá asimismo una sed inapagable para conocer el amor. Muerte y amor entraban simultáneamente en la vida de Péter; llegaban cogidos del brazo, como dos ángeles, blanco el uno y negro el otro, pero él apenas se daba cuenta y miraba desconcertado a ambos, y a ninguno de los dos conocía de verdad. Padre sabía quién era Emmanuel, aunque nunca le había gustado conversar con Péter de su trabajo y su relación con él. El negocio, la empresa de Emmanuel siempre le había inspirado desconfianza; los periódicos se ocupaban mucho de ella, pero Péter, por suerte, sólo era un personaje secundario y los diarios no mencionaban el apellido Garren en relación con las hazañas comerciales de la casa. Era una empresa grandiosa, sí; su influencia y sus intereses abarcaban el mundo entero; no obstante, Padre contemplaba con dudas sus dimensiones. Como si todo cuanto posee una extensión infinita perdiese la ética de las proporciones; y Padre sabía que no podía haber obra sin ética. Por eso temía un poco por Péter. Pero ahora que había regresado su hijo, y que se sentaba de vez en cuando junto a su cama, se había percatado para su tranquilidad de que Péter era artista (desde luego, sin una disciplina artística definida, como los Garren en general; pero, no obstante, era un artista genuino que sabe que sin obra no puede haber vida, y sin ética ni proporciones no hay obra posible). Un buen día Péter dejará

definitivamente Karnak, abandonará el mundo de Emmanuel y creará, a su manera, una especie de mundo, que será modesto, pero agradable y bien proporcionado. «Péter no sirve para crear una obra grandiosa», pensaba. Sin embargo, ya haría algo que fuese ameno y que, en sí, modestamente, resultase placentero; a más, no llegaría. Para la grandeza y la abundancia se necesita también buen humor, cierta jovialidad impertinente y maliciosa, y Péter era más bien triste, aunque no de un modo exagerado, sólo en la medida en que puede serlo una persona que ha estado al servicio de Emmanuel y ha conocido las proporciones crueles y estúpidas del mundo. Péter no veía fronteras por ninguna parte, y se había resignado a que la empresa funcionase por sí misma, sin un objetivo particular. Él no era lo bastante artista como para poder sublevarse de forma eficaz contra aquella falta de meta, pues sólo el artista es capaz de rebelarse sin tristeza ni conciencia de culpa. «Ya hará algo, algo placentero y bonito», pensaba Padre, y cerró los ojos, pues, precisamente en aquel instante, Zorner le inundaba la cabeza con sus rayos. La tristeza había sido regalo de Cristina; todo cuanto la vida le había brindado a Péter, incluso la alegría, Cristina la había filtrado a través de aquella fina tristeza, como si sólo se dejase alcanzar por las luces de la alegría a través de un velo, como si temiese por la belleza y el equilibrio. Pues Cristina había sido la belleza y el equilibrio hechos cuerpo. Era frágil y se había ido muy pronto, como todos los que llegan a conocer la belleza; un día se había llenado de ella, y luego ya sólo circulaba de puntillas por el mundo, precavidamente, como si temiese algo. Dejó tras de sí a Péter y Anna, y un chal de seda chino en un cajón. Y ahora que Padre los contemplaba a todos desde la perspectiva de la enfermedad, aquella cima un tanto solemne, vivos y muertos estaban igualmente presentes para él en su cuarto de enfermo; los vivos, algo desdibujados, como con quienes uno ya no

sostiene relaciones auténticas, sino que más bien representan recuerdos, fórmulas y personajes secundarios en la obra, y los muertos, cobrando por lo menos tanto relieve de realidad como algunos de entre los vivos, a la manera de sombras, y, no obstante, perceptibles. Zorner apagó los rayos y, satisfecho, con las manos en la cintura, permaneció de pie junto a la cama, como después de un partido de tenis que hubiese ganado, gracias a sus juveniles facultades. «Un poco de calma. Reposo absoluto. No piense usted en nada, señor Garren. Deje relajar sus miembros, descanse; no quiera usted nada», le decía con superioridad. Padre sonreía, cortés y con suave desdén. Zorner todavía era joven y tenía un aire de suficiencia, como todos los que se cruzan con la enfermedad y la muerte en plena juventud, cuando creen que nada tienen que ver con ellas. ¡Aquella superioridad resultaba tan pueril! Padre no podía hacer más que aceptar con cortesía y pasividad la suficiencia de Zorner, aquella familiaridad técnica que lo ofendía, pero sólo como a los mártires que se enfrentaban con leones en el circo, a quienes los herían los guiños y el buen humor de la gentuza que se apretujaba en las gradas. Padre se debatía con la muerte y Zorner ya no podía hacer nada allí. Pero no hubiera sido elegante decírselo. Y también ante Kenta era más lícito callar, aunque todo cuanto hiciera, recibiera y prescribiera era completamente inútil. Era preciso soportarlos, pues con sus tecnicismos y asistencia formaban parte de la enfermedad y del final de la obra. Y Padre se daba cuenta de las formas sin las cuales no puede haber vida ni muerte; con el instinto del artista se percataba de que los médicos y medicamentos eran necesarios, pues sin ellos el final carecería de forma y perfección. Sólo que eran incapaces de curar, ni éstos ni otros, y no es que los remedios y los rayos, los consejos y las auscultaciones hubiesen podido hacerle daño a Padre, no; los médicos realizaban su cometido de modo excelente. Sólo que

Padre no evolucionaba tal como hubiera sido preciso y como los otros esperaban que hiciese; yacía muy correctamente en la cama y se sentía cansado. A veces entraba Péter, seguido de Cristina o de Lucy. Ahora, de golpe, notaba que la muerte tenía jerarquías distintas: Cristina, por ejemplo, había muerto y su cuerpo se volvía polvo afuera, en el mausoleo de los Garren, pero Lucy aún vivía en alguna parte y cantaba, o bailaba sobre una cuerda, de gira por ciudades extranjeras, y en las hojas de registro de la policía se podía leer entre los forasteros su nombre y apellido, acompañados de su edad... Pero aquella vida, la vida de Lucy en el extranjero, ya era para Padre una especie de muerte, y si, por casualidad, Lucy llegase a la ciudad, haciendo una entrada teatral en el cuarto de Padre, ¿aún pertenecería al mundo de los vivos? La realidad de la vida engañaba por lo menos tanto como la realidad de la muerte; Cristina muerta vivía en la casa sin duda con más intensidad que Erzsébet, sentada y ofendida en la cocina, o Albert, que campaba abajo, en la imprenta, en compañía de sus hijos, y que de vez en cuando solicitaba permiso para practicar con el piano, desde luego sólo piezas funerarias, y *pianissimo*, pues Albert era el tacto y la discreción hechos persona. También los muertos vivían, sólo ahora se daba cuenta; vivían con sujeción rigurosa a su jerarquía particular. Desde allí, desde la cama, los veía con mayor precisión: a los vivos y las sombras, los objetos y los recuerdos, todo cuanto significaba la obra, según el intrínseco orden de la misma. Desde la cama, veía asimismo con mayor precisión la ciudad. Le daba cuanto le debía, en nombre de los Garren vivos y muertos; luchaba por la ciudad y le regalaba su obra. Ni siquiera se atrevían a negar que les había hecho un regalo, fiel a las tradiciones de los Garren. Incluso este joven y algo impertinente Garren ponía sordina en la voz al referirse a la obra. Padre no había sido infiel a la tarea que los Garren venían acometiendo desde hacía siglos, frente a

la ciudad. En la vida de la ciudad volvía a acontecer algo gracias a un Garren. La familia, Eolo, Péter, Tamás y Anna, la disposición a resistir, el secreto y el modo de ensimismarse que él había enseñado a la ciudad, viviendo dentro de las puertas invisibles y conservando las cosas superiores frente a los extranjeros —y el comportamiento, los modales y ademanes con que los antiguos habían saludado y comido, las ocasiones en que, según el espíritu de la obra, se habían echado a reír o roto a llorar, y la amabilidad y la cortesía, Rousseau y la fuente, el recuerdo de ese baile que ya era una asignatura que se enseñaba en secreto en las escuelas privadas, como un recuerdo heroico de la historia—, todo esto, él lo regalaba a la ciudad, pues era un Garren y se lo debía a sí mismo. Pero ahora ya se sentía especialmente cansado y no pretendía dar ni tomar nunca nada más, como si ya no tuviera una relación auténtica con la ciudad y con la familia; desde luego, no lo formulaba con palabras, pero dentro de su cansancio, como de pasada, también él había intuido algo, como Tamás; a saber, que algo se había «dislocado» en la ciudad, que la tensión y la actitud de la resistencia se habían relajado, y que así no era extraño que los santos se cayeran de las torres, los cimientos de los edificios se hundiesen en el suelo y las personas antiguas y más nobles amenazaran con extinguirse. Los Garren habían regresado a su hogar, y esto era la señal de que era preciso acabar la obra, y que todo empezara a perecer. «¿Cómo será?», se preguntó Padre, y se incorporó un poco en la cama, apoyándose en un codo, mirando fijamente, parpadeando en la penumbra.

Su cuarto ya se había reorganizado un poco con vistas al objetivo común; dicho objetivo podía ser tanto la curación como la muerte. Todo en la habitación tenía el cariz de algo entre bastidores, como en un escenario o en un templo. El escritorio lo habían cambiado de sitio, la mecedora estaba cubierta con una lona y en el rincón brillaba una lámpara con

pantalla azul; encima de los armarios se amontonaban los aparatos eléctricos de Zorner, y en las estanterías de la biblioteca se veían esparcidos platos, tubos y frasquitos. «Todo esto ya no tiene arreglo», pensaba el enfermo. También allí se había iniciado ya el proceso. La descomposición había empezado simultáneamente en el riñón y la habitación, en el hígado y la catedral, en el corazón y la biblioteca episcopal, pero Zorner y Kenta ni con la mejor voluntad del mundo hubieran podido comprenderlo. Era preciso resignarse a que el mundo, con sus objetos e intenciones, continuase fluyendo y se llenara de gente nueva, siempre con aspecto de hacer deporte, como el joven Zorner, que tenía mucho talento; se llenaría de estilos nuevos y obras nuevas, y todo cuanto pertenecía al mundo antiguo se desplomaría sobre el polvo, deshonrado y violado. Era preciso resignarse; Padre ya no tenía ganas de discutir con ellos, con todos aquellos Zorner, generales del ejército o inspectores de Hacienda. Estaba cansado a la manera del nadador que, en un determinado momento, se acuesta sobre la ola y soporta que ese elemento blando lo levante y lo arrastre hacia desconocidas modalidades de la perdición, una isla de coral o el fondo del mar. Aún todos se agitaban y gritaban en torno a él, y los coches pasaban en silencio por delante de la casa, y se había informado repetidas veces al alcalde sobre su estado de salud, y todos pretendían salvarlo. Pero él ya no quería salvar a nadie ni a nada. Sin embargo, tenía que fingir su disposición a ayudarlos. Pero la muerte ya se hallaba instalada en el cuarto y Padre percibía su olor; olía como el aire a finales de febrero, cuando de golpe todo se llena de fermentación. Padre cerró los párpados y se puso a husmear la muerte. En aquellos meses, cada hora le había retrotraído algo de la vida, enseñándole por última vez las variantes, aquel contenido torcido y más auténtico que se escondía, al acecho, detrás de las vivencias y los síntomas. Padre sabía bien que

Anna resistía aún, y que la muerte se extendía impotente por la habitación, acechando con impaciencia el instante en que Anna se relajara. También los demás continuaban aún luchando, sin mucha confianza, como hace la gente de buena educación. Ahora que todo estaba en su sitio y Padre acababa de proceder a los últimos retoques, y se acercaba el momento en que todo cuanto había sido construido por los Garren iba a caer en pedazos: la casa, la familia, Eolo, el orden establecido por Sebestyén, los recuerdos y hasta las ceremonias y ritos... Ahora, a través del cansancio que lo mecía y lo hacía flotar, Padre todavía alargaba la mano y retocaba algo. Todo se hallaba tan maravillosamente en su lugar... También Albert ocupaba su puesto, con Marta, a la que Anna no quería. Padre miraba a Albert como pidiéndole perdón, a Albert, que se presentaba a las cuatro y media en punto, todas las tardes, con palabras idénticas, muy respetuoso y preocupado, sin la más leve apariencia de impacientarse, aunque con la mirada de quien pregunta con amabilidad: «Todo está muy bien así; no obstante, ¿qué será de nosotros?» Y Edgar, el pequeño Edgar, tan elegante, que entraba sólo raras veces; con esa mirada azul y distante, sincero e indiferente, como quien gustosamente ayudaría, pero sabe que, en realidad, no puede hacer nada, por eso no tiene tiempo, y, la verdad, no le desagradaría si ocurriera algo por fin, algo bueno o malo, pues a él, en el fondo, le daba lo mismo. Padre sabía bien poco acerca de Edgar. ¡Era tan elegante, tan fría y escrupulosamente elegante! Los Garren solían ser elegantes de una manera distinta, más lacia... Y aquella mujer joven a la que Edgar había encontrado en alguna parte y que ahora circulaba por la casa, curiosa y falta de todo tacto —«Ambos son jóvenes de una manera tan indiscreta», pensaba Padre con inquietud—, y todavía vivía en alguna parte del bajo mundo, fuera del círculo de los Garren, fuera de la acción de la enfermedad, y que siempre parecía

buscar algo; llegaba siempre al cuarto del enfermo como quien no quiere molestar y daba vueltas discretas en torno a un acontecer físico ajeno. Formaban un grupo bastante numeroso, y todos parecían esperar algo. Todos se hallaban en sus puestos respectivos, dispuestos, desesperados y apaciguados ya de antemano, y todos esperaban que Padre diera la señal, entonces ellos se esparcirían por el mundo, lanzando gritos de dolor, desorientados. Anna quizá conservará la casa un tiempo. Y Erzsébet irá al cementerio; mantendrá el orden entre las tumbas y organizará de vez en cuando una limpieza a fondo en la cripta, con aspiradores y alcanfor. Luego, un buen día, Anna y Erzsébet entregarán a los extranjeros lo poco que haya quedado de la casa y la obra. Y entonces ya dejará de existir Eolo, y el contenido de la ciudad se esfumará; ya no habrá nada, nada en absoluto.

Esto estaba pensando el enfermo. Kenta era del parecer de que no estaría de más lavar un poco los riñones, pero Lacta se oponía. Padre, de vez en cuando, suplicaba a Lacta en silencio, sólo con la mirada, que no consintiera que sus compañeros se excedieran a sus anchas, completamente olvidados de sí: que hicieran el favor de contentarse con los rayos, los análisis químicos y los remedios sencillos. Antes de que llegasen todos los Garren, Padre aún se defendía contra los médicos, como si todavía se aferrase —modestamente y con la buena educación de un distinguido amo de casa, pero, no obstante, se aferrase— a determinadas reservas. Aún no se había entregado completamente a merced de Kenta, y de vez en cuando, al no prestar atención Zorner, se protegía incluso contra los rayos y se escondía bajo la manta. Pero a medida que fueron llegando los Garren, uno por uno, e instalándose en la casa, y se inició el período de espera, poco a poco él mismo llegó a la convicción de que no merecía la pena aplazar aquel algo que ya estaba empezando. Con ojos escrutadores, a veces aún miraba a los

que entraban en la habitación y todo cuanto le llegaba desde la ciudad y Eolo. Luego, cerró los ojos, limitándose a escuchar y a pensar en jirones de ideas, más bien mediante imágenes y melodías. Las palabras mismas le parecían algo primitivas en aquellas últimas semanas. «Tienen mucha prisa», pensaba; o, mejor dicho, sólo lo sentía, como si en aquel período percibiera en notas musicales todo cuanto iba aconteciendo en torno a él. Esta afirmación le pareció algo dura, pero no ignoraba que ya no disponía de tiempo para ser más clemente.

Camping

Desde luego, ellos no sabían el porqué de tanta prisa. A lo mejor habrían puesto el grito en el cielo si un buen día Padre o Anna les hubieran echado en cara esa premura. Tenían la sensación de que se movían, dormían, conversaban y progresaban en sincronía con la enfermedad, tal como era preciso, sin premura, sumamente serios, con enérgica resistencia. Tenían la sensación de que obedecían a algo que estaba empezado. Observaron satisfechos que se comportaban exactamente como la situación y sus respectivos papeles les prescribían: eran enfermeros atentos e hijos cariñosos, repletos de tristeza y disposición para el bien.

Sin embargo, la tercera semana después de la llegada de Péter, Anna se dio cuenta de que se aburrían. Aquella observación la cogió por sorpresa. Anna, a veces, aún había acariciado esperanzas de que todo tomaría un cariz más suave, más piadoso, como si la familia se hubiera vuelto más solidaria, en el sentido de cómo Anna la inspiraba calladamente, pues animar con buenas palabras no servía para nada. Anna sabía

que cuanto más sistemática resultara la defensa, cuanto más densas fueran las filas de los guardias de corps con las que la familia y los amigos rodeasen a Padre, menos conseguirían la enfermedad, los extranjeros, Zorner, Kenta y el modesto Lacta contra Padre. A veces le parecía que rivalizaban en quién podría defender más y mejor a Padre con su propio cuerpo. Aquel servicio de guardias de corps y camareros que se había ido formando durante aquellas semanas aumentaba la ambición de los hijos de la familia; en la tercera semana, de día y de noche, un Garren se hallaba siempre de guardia en el cuarto del enfermo, mientras otro permanecía en el salón contiguo, desempeñando el papel de mensajero y camarlengo de servicio, para recibir a las visitas y comunicar al mundo lo que ocurría, sumamente serio, o en voz baja, acariciando esperanzas, tal como requería en cada momento la situación cambiante y los partes del día acerca de las últimas novedades. La situación comportaba algo majestuoso. La extraterritorialidad empezaba en el salón, a pocos pasos del cuarto del enfermo; el Garren que estaba de guardia solía permanecer allí sentado, en la mayoría de los casos con un libro en la mano —por ejemplo, Albert siempre leía algún libro «serio» que con sumo gusto enseñaba incluso a la visita de turno, como quien se prueba una corbata, como para indicar que no engañaba a nadie, que no estaba leyendo relatos verdes, sino que trabajaba con honradez, acorde al espíritu del momento y la situación, con las oraciones fúnebres de Bossuet en la mano—, y solía instalarse con la máxima incomodidad, renunciando a la butaca mejor, ocupando más bien la silla con respaldo en forma de lira, cerca de la puerta del cuarto del enfermo, dispuesto a saltar del asiento de un brinco en cualquier momento y transmitir en voz baja, o con un rápido ademán, alguna noticia o petición que llegaba del cuarto. Para aquellas horas de guardia, Albert se vestía con honestidad, por lo menos en la medida en que su

guardarropa de burgués le brindaba disfraces suficientes (Marta ya lo vestía un poco en tonos grises, como temiendo que unas prendas exageradamente singulares, sumado al mal ejemplo de Tamás, pudieran perjudicar las probabilidades de ascenso en el escalafón), y de vez en cuando se veía obligado a pedir prestada a sus hermanos alguna prenda más adecuada al objetivo piadoso, como una corbata oscura, que no obstante tuviera puntitos de color, con un tacto modesto y temiblemente consciente de sí, como si subrayara con los puntitos que aún no había abandonado por completo toda esperanza, aunque el color de base demostrara asimismo, con claridad, que la situación le parecía desesperante. «Entonces, a partir de las cuatro y media», decía Albert en el almuerzo, con unción y aplicación, como si aceptase un sacrificio importantísimo, superior a sus circunstancias personales, con natural disposición y generosidad. «Seré puntual», añadía aún con acento serio, mirando satisfecho por encima de la mesa, con ojos honrados y francos a los ojos de los comensales, abnegado y altruista. Estas declaraciones se recibían en la mesa con un silencio malhumorado. A Albert, desde luego, no se le podía prohibir ese servicio; tenía derecho divino y humano a aliviar a su manera la dolencia de Padre, de esa manera circunstancial y, no obstante, de buena fe, pues Albert obraba en efecto con la mejor fe del mundo, y aunque, según el horario originariamente previsto, sólo deseaba velar delante de la puerta del cuarto de Padre desde las cuatro y media a las seis y media y solicitaba preocupado a Edgar o a Péter que lo «relevasen» luego —pues aún tenía algo que hacer antes de la cena, en cuanto terminase su período de guardia—, a la hora del relevo no se presentaba nadie, y Albert continuaba velando y vigilando aún durante horas, espontáneamente y asustado, muy dispuesto y embobado, como quien desde luego desaprueba aquella falta de puntualidad, pero persevera en su

puesto con entusiasmo asustado, aun a costa de no comer ni beber durante noches enteras si con este sacrificio suyo podía ayudar a alguien. En realidad, la guardia, que era preciso «relevar» —según la expresión técnica algo absurda de Albert —, resultaba por completo superflua, y no ayudaba a nada ni a nadie. Pero Albert se aferraba a aquel servicio; sí, hasta Edgar, tan frío y suficiente, preguntaba a veces: «Bueno, ¿y cuándo me tocará el turno? Sólo tenéis que decírmelo...», añadía, como para animarlos. Y fueron «relevándose», a veces incluso a altas horas de la noche. En aquellas guardias había cierta mala fe, y excepto Albert, los otros se sentaban todos cabizbajos, evitándose la mirada entre ellos, como sabiendo que Padre no necesitaba de aquellas guardias, y que eran ellos quienes en realidad las necesitaban violenta y verdaderamente. Era una necesidad para todos y una justificación, por ser impotentes ante la muerte, y por lo demás, ante unos y otros, era preciso demostrar su disposición altruista, si ya no había nada que hacer. Era preciso llenar el tiempo de heroísmo. Por esta razón respiraron algo aliviados cuando, en la tercera semana, Albert prescribió el horario del servicio y las guardias nocturnas.

Todos, más o menos, respetaron en efecto aquel orden. La casa estaba llena de la enfermedad, como de una fiesta solemne. La enfermedad fue evolucionando poco a poco y vivía una existencia propia, casi con independencia del enfermo y de los que lo cuidaban. Éstos ya ni siquiera conversaban con los doctores del enfermo, sino de la enfermedad; este giro resultaba muchísimo más cómodo. Padre tal vez «tuviera la culpa» de su dolencia, o tal vez no; Zorner fue el único que se atrevió a dar vueltas a esta pregunta, una sola vez, con acento objetivo y astuto, como si, autor de hechos que prefería no nombrar, descargase toda responsabilidad, por cuanto había ocurrido y aún ocurriría, sobre él. Sin embargo, con púdica discreción, era mejor no tocar el problema de la

responsabilidad, como cuando un gran señor comete un crimen, y sus subordinados, los dignatarios de la corte, los empleados, camarlengos y funcionarios van debatiendo las circunstancias del delito de forma ordenada, como si estudiaran con precisión un acta de las prescripciones del enjuiciamiento civil, sin olvidarse del pormenor más insignificante, sólo que nunca mencionarán el nombre del delincuente: así ocurría con Zorner, Péter y Anna, que a veces aún se reunían para debatir lo que debían hacer con carácter inmediato, pero después de las indirectas ocasionales lanzadas por Zorner, rechazadas desde luego con delicadeza y tacto, a continuación evitaban cuidadosamente la responsabilidad. No era de buen tono referirse a la persona de Padre, y sobre todo hubiera sido chocante mencionar la «responsabilidad». Hablaban, pues, con tanta más saña, y sí, hasta con rabia y silbante odio, de la enfermedad. Ya nadie preguntaba cómo se encontraba Padre, cómo había pasado la noche y si estaba alegre o cansado, como si un velo especial cubriese todo cuanto se enlazaba con él. ¿Qué hacía la enfermedad?, se preguntaban entre sí familiares y médicos. Una vez más la enfermedad se portaba de una forma poco correcta. Renegaban de la fiebre, de la digestión, de las décimas de temperatura y sus tonalidades afectivas, y de las artimañas malignas de la enfermedad que, tras unos días bastante tranquilos y pacíficos, volvía a rondar más de cerca a Padre, le atacaba el corazón o desencadenaba un ataque alevoso contra los riñones, como si Padre ya ni siquiera estuviese allí. En la casa todos preferían hablar sólo de la enfermedad y no del enfermo. Y como todas las cosas que captan la atención de los oyentes, interesadamente y a menudo, la enfermedad, en efecto, empezaba a vivir; vivir en unas dimensiones desgarradas y desproporcionadas, y conforme Padre iba muriendo, tanto más florecía la enfermedad cuanto que Padre perdía fuerzas y hasta el interés en asuntos

paternales; así empezaba a vivir aquella otra enfermedad. Había anidado en casa, no se podía saber exactamente dónde. Según los médicos, era en los riñones, pero no era imposible que fuese en alguna de las habitaciones, o en el armario, y Anna no dejaba de mirar alguna que otra vez, desconfiada y distraída, hasta debajo del canapé... Y a la enfermedad era preciso alimentarla aparte; se le guisaba comida según normas especiales, y ahora ya sólo se alimentaba a la enfermedad, pues Padre, el pobre, se adelgazaba visiblemente y ya apenas comía. El servicio y la ceremonia ya no se referían a la persona de Padre, sino que se establecían en torno a la misma enfermedad, que planteaba exigencias impertinentes y vergonzosas a los de la casa y a los doctores. Hacia fines de la segunda semana perdieron ya la costumbre de preguntar por la salud de Padre; cómo se desarrollaba la enfermedad, si se había aliviado y si era lícito esperar que la enfermedad cambiase de repente, marchándose de casa: éstas eran las cosas que se preguntaban. La enfermedad cobraba características personales, como si hubiera tomado la figura de Padre. Y el verdadero Padre vivía en alguna parte, muy lejos, lívido y adelgazando, detrás de la enfermedad.

El día en que Anna notó que los hermanos, los criados, e incluso un poco los mismos médicos, tenían prisa —como si, según algún calendario desconocido, pero inexorablemente válido, hubiesen llegado a alguna fecha tope de la que no era discreto hablar, aunque tampoco era posible negar ni esconder la validez de aquella fecha límite—, cinco meses después del vendaval, y tres a partir de aquel día en que Padre se había quedado definitivamente en cama, los médicos hicieron su aparición oficial en la casa y se pusieron a dar órdenes, con ese tono tan rígido y descortés que en ellos podía ser la única delicadeza y cortesía posible durante aquellas semanas. De modo que, en realidad, cinco, y según Zorner, tres meses

después del comienzo oficial de la enfermedad, y tres semanas desde la llegada de Péter a la casa familiar, una noche, después de cenar, Anna lo notó. Edgar, que estaba precisamente de turno esa noche, se detuvo junto a la mesa antes de abandonar el comedor para empezar su guardia, dio un último trago de vino y, por encima del hombro, preguntó con voz baja y fría, encendiendo un cigarrillo:

—¿Qué os parece? ¿Cuánto tiempo puede durar esto todavía?

Por primera vez alguien se había atrevido a preguntarlo. De las posibilidades ya habían hablado con anterioridad, pero siempre en términos demasiado generales, como se habla de un terremoto o de la guerra, es decir, podía ocurrir, pues todos eran mortales y vivían en este planeta, pero podía no ocurrir. Tamás, de forma más bien retórica, sentimental, y no desde un punto de vista práctico, ya había preguntado qué ocurriría después, y por extensión, qué le ocurriría al mundo, si muriera Padre algún día... Pero aquel «algún día» no había quedado circunscrito en el tiempo; podía ser el instante siguiente, o dentro de un plazo de veinte años, y lo que no está definido en el tiempo no hace más que flotar en el infinito, no guarda la menor relación con la realidad, ni con las leyes de la gravitación, o eso les parecía. La pregunta de Edgar, en cambio, sonaba completamente práctica. Era una pregunta cruel, y lo que a Anna le causó un asombro inconfesable fue que en ese momento la pregunta sonaba honrada y actual. Por fin uno de los hermanos lo había planteado, y todos lo miraban muy serios, y la misma Anna se percataba de que la pregunta había madurado, y que acababa de sonar en el instante preciso, ni antes ni después, y que había sido necesario formularla así: «¿Cuánto tiempo puede durar esto todavía?» La voz de Edgar había sonado baja y serena, como si fuera un granjero preguntando cuándo madurará la semilla, o cuándo parará de llover. La pregunta era natural y legítima. Sin embargo, esa

discreción y delicadeza con que los Garren habían callado esa cuestión entre ellos y ante los demás; esos miramientos, no completamente desprovistos de mala fe, con los que habían soportado que la realidad flotase entre cielo y tierra, produjeron en aquel instante un efecto vergonzante sobre Anna, y la defensa, la resistencia y la lucha que Anna había estado organizando, sin palabras, pero con una inspiración tanto más intensa, quedó aniquilada en el acto, desvaneciéndose sin fuerza. Anna palideció y se levantó. Todos la miraron. Con la mano en la frente, miró en torno a ella, encima de la mesa, tan horrorizada como si fuese testigo de algún espectáculo espeluznante. Miraba sus caras una por una, con curiosidad minuciosa y sombría, como si ahora, por fin, hubiera comprendido algo de sus hermanos; como si acabase de descubrir su secreto, lo que eran en el fondo... como si en aquel instante se le hubiera revelado la naturaleza humana, la crudeza de la vida. Los demás no resistían aquella mirada. Péter, en cuanto el rayo de la mirada de Anna le tocó la frente, bajó los ojos.

Excepcionalmente, aquella noche habían acudido todos. Péter ocupaba el puesto principal, como de costumbre. La señora Erzsébet también aquella noche había rehusado sentarse entre Péter y Tamás, y se encontraba cerca de uno de los ángulos de la mesa, como en un segundo plano, llamando la atención, sentada en una posición incómoda, con un pañolón de seda negra en los hombros y el broche negro de esmalte en el cuello —el único objeto de adorno que llevaba desde la llegada de los Garren, haciendo gala de una terca ostentación —: «¡Una, a fin de cuentas, tiene un aprecio de sí!», parecían decir su mirada y el broche. Que los Garren, a quienes no conocía muy bien, y sobre todo Péter, cuya presencia le llenaba de miedo y desconfianza, se mostraran tan deferentes para con ella, le resultaba muy sospechoso, por eso, desde primera hora

de la mañana, la señora Erzsébet se aferraba al pañolón de seda negra y al broche. Sus modales irradiaban unas exigencias cerriles y una determinación testaruda, como quien sabe que su categoría en el seno de la familia aún no ha quedado definida del todo y está decidida a defender su título y el de los suyos, su dignidad y sus intereses. Y puesto que todos sabían que la desconfianza de la señora Erzsébet estaba del todo justificada —la cortesía con que le dirigían la palabra, aquella deferencia y amabilidad tan llamativas, podían ser en realidad una ofensa refinadamente planeada por parte de los hijos mayores Garren, como una especie de autodefensa, pues dentro del marco de una familia la cortesía siempre resulta sospechosa, y casi siempre no es más que una forma de ataque—, todos le hablaban desde la cima de una autodefensa callada y llena de mala intención. En fin, no se podía hacer como si Erzsébet no existiese. Al fin y al cabo, estaba allí, había dormido junto a Padre, en el período tardío, cuando la fuerza creadora de Gábor Garren ya había disminuido, y a lo mejor éste sentía nostalgia de un hogar rígidamente virtuoso y artificialmente puro, nostalgia de Cristina y de Lucy, de la tristeza dulce de una y de la aventura con acompañamiento musical de la otra. Quizá por esto Padre había dejado entrar en su vida a Erzsébet, como una especie de castigo poco severo, al estilo de diez Padrenuestros seguidos de un ayuno. Pero estaba allí, y había dado un hijo a Padre, Edgar. ¿Qué podían hacer con ella? Erzsébet bien sabía que era preciso defenderse, y estaba preparada, aunque el pañolón negro y el broche de esmalte a lo mejor no bastaban para la defensiva. Por esto comía en la cocina y, por regla general, desde la llegada de Tamás y Péter, siempre estaba enfrascada, con un celo sospechoso, limpiando con su delantal alguna silla, o rechazaba alguna deferencia, como diciendo «esto es suficiente para mí», o «¿para qué quiero esto ya?», o «dejadme, yo me contento con bien poco», pero todos sabían

que Erzsébet no hacía más que defender su título y su categoría de aquella forma, y tenía toda la razón al defenderse con soberbia y tercamente. Erzsébet provenía de una clase burguesa inferior a los Garren, pero no estaba falta de medios, pues, según Anna, guardaba en la ciudad cierta cantidad de dinero que había ido acumulando del dinero destinado a los gastos del hogar, y se dedicaba incluso a la usura, y si bien por su origen y sus atributos físicos y anímicos no podía medirse con el recuerdo de Cristina, desde un punto de vista moral era superior a Lucy... ¡Lucy, que había sido corista y fuego en invierno! Sin embargo, Erzsébet evitaba incluso a Tamás, como si aquella segunda generación todavía no hubiese aclarado la situación familiar de la dama advenediza y de los suyos. El padre de Erzsébet había sido platero, y por culpa de su falta de inteligencia y visión comercial había muerto pobre y encarcelado, pero tampoco los Garren podían vanagloriarse de sus bienes terrenales, más bien sólo tenían aires de grandeza, por no hablar de la fuente, pues Erzsébet siempre la había mirado con malos ojos y la llamaba «mero postín», desdeñándola un poco. Así pues, ¿no tenía razones suficientes para retirarse a comer a la cocina, sobre todo ahora que Edgar y Judit vivían en casa? Pero Judit sólo reía. Lo que más le gustaba hacer era reírse, siempre, cada vez que oía nombrar a Erzsébet, a Edgar, o a cualquier Garren.

—La jerarquía —decía Judit, y se llevaba la punta de su meñique a los labios, riéndose misteriosamente—. La jerarquía aún no es definitiva.

Después de que Edgar terminase de formular la pregunta, Erzsébet aguzó los oídos, y como si tuviera algo urgente que hacer, se acercó a la lámpara y se puso a arreglar algo en la pantalla. Éste era su comportamiento habitual, de Erzsébet y su vástago: decir algo que doliese, que los demás callaban, y luego mirar inocentemente la realidad evocada, como quien huye del

lugar de su delito. Péter observaba parpadeando como un miope las manos huesudas de Erzsébet, y luego miró el largo de la mesa, como pidiendo socorro; esa mesa puesta, con los restos de la cena, las tazas de café —en cuyos platitos los Garren, a los que la vida en el extranjero había hecho perder algo la buena educación, depositaban la ceniza de sus cigarros, a pesar de la prohibición de Anna y el reglamento de la casa—, las copas de vino, los palillos rotos en dos y unos animalitos asquerosos, hechos con migajas de pan amasadas y en breve enmohecidas, producto de la nauseabunda presteza escultural de Marta; esa mesa, que aparecía ahora desierta y severamente jovial, como después de una juerga improvisada. Edgar acababa de preguntar hasta cuándo podía durar aquello, y aún se hallaba en el umbral, dispuesto a pasarse al salón y ocupar su puesto de vigía ante la puerta del enfermo, pero dispuesto asimismo a escuchar la respuesta, atento y frío, y a prepararse para el acontecimiento que podía fijarse con palabras. Y Peter pensaba: «Pero en el fondo, tiene razón. Por esto nos hemos reunido. Siempre hablamos de otra cosa, de la enfermedad o de la magia, o de la necesidad de llamar a un médico nuevo, pero todos sabemos bien que sólo es una “cuestión de tiempo”, y que un día va a pasar, y es por ese desenlace o resolución que nos hallamos reunidos aquí, en esta casa. Es “cuestión de tiempo”. Depende de alguien... Tal vez de los médicos. Tal vez de la enfermedad, a lo mejor de Padre». Péter miró a Anna y vio que la hermana lo estaba mirando, asustada, lívida, ofendida, horrorizada y al mismo tiempo curiosa, como si esperase una respuesta de él. Todos estaban sentados allí como conspiradores que al mismo tiempo son sus propios jueces; jueces de sangre. Era preciso tomar una decisión. A Tamás le estaban reclamando sus negocios en Perú; desde luego, ningún negocio urgente, claro que no, pero no podía seguir indefinidamente en la habitación más hermosa del hotel, no

podía acudir indefinidamente al tratamiento de casa de Ábel, ni podía acechar en las calles de su ciudad natal a personas que, de vez en cuando, pudieran ayudarlo con regalos más bien modestos y satisfacer su necesidad de cariño. Y Albert y los de su familia, en aquellos últimos días, habían perdido ya toda la vergüenza y se habían puesto a veranear de verdad en medio de la espera general; por la tarde aún preguntaban por el análisis de sangre, pero al poco rato se ponían a jugar una partida de tenis de mesa, y Albert, a veces, con alusiones indirectas y penosas, solía hacer referencia a que la prolongación de su estancia en la casa perjudicaba considerablemente sus probabilidades de subir en el escalafón y, en última instancia, le costaba dinero. Albert hablaba de todo esto con voz algo cantarina, con una franqueza absoluta que desarmaba; ni siquiera era posible discutir con él. La imprenta, a pesar de las pesquisas laboriosas de Albert por toda la casa en busca de mobiliario, continuaba pareciendo, con las arañas «encontradas» y el piano, una vivienda transitoria, una especie de alojamiento veraniego, muy poco apta para que la familia de Albert permaneciera en ella mucho tiempo. Y a lo mejor aquel ambiente ni siquiera se adecuaba a la posición social de Albert y Marta. Péter suspiró. Desgraciadamente, era preciso contestar a Anna. Péter, por su propia naturaleza, odiaba estas situaciones, las había evitado toda su vida: esos momentos en que era inevitable contestar a alguien, asumiendo todas las consecuencias. Aunque también sabía que a veces no era necesario contestar con palabras. Hasta aquel momento la pregunta sólo había flotado en el aire, sin llegar a formularse, y ellos no la habían contestado. La casa, la empresa Eolo, se habían adaptado a la enfermedad como a una aventura puntual y temible, como si hubiera estallado una guerra en la ciudad, con los consiguientes alojamientos forzosos y heridos, y en la casa, los muebles se hubieran movido de sitio. La validez del

derecho a la propiedad ya no era la misma que antes de la ocupación y la enfermedad, y a lo mejor Albert ni siquiera había obrado injustamente al «encontrar» esos objetos por todos conocidos y catalogados en el catastro familiar: alfombras y espejos, jarras de plata y joyas; todo flotaba un poco indeciso en aquel orden jurídico inmoral, no escrito y provisional, esperando a su nuevo dueño verdadero. Como en todas las casas en que la enfermedad derriba las leyes de la convivencia, proclamando un nuevo orden de cosas parecido al orden sombrío y peligroso de los consejos de guerra, los objetos se tambaleaban un poco en su posición ancestral, esperando al ladrón o al heredero vergonzante, pero apretando los dientes con una voluntad fría, ávidos y malignos.

—*Camping!* —exclamó ahora Tamás, satisfecho, y levantó en el aire su pipa.

Anna no conseguía traducir con exactitud aquella palabra inglesa, pero comprendía su sentido. Péter miraba inquieto el damasco del mantel manchado de café. Un *camping* podía ser para Tamás la aventura moderna, con indios pacíficos y tiendas de campaña, con una gramola, resfriados y un amor relativamente libre. Péter miró la habitación, y comprendió la palabra de Tamás. *Camping* era la descomposición momentánea, el desorden, el acampar, la transición, los cubiertos de aluminio, el transitorio estado primigenio del objeto y del que es partícipe, fuera de las fronteras aduaneras civilizadas y apacibles de la ciudad y la humanidad. Tamás solía expresar en breves palabras extranjeras el talante general de todos, pero los Garren no comprendían su símil. Albert, por ejemplo, seguro que no lo entendía, y Marta miraba algo ofendida la lámpara, como siempre que no alcanzaba a comprender algo. Pero Anna lo comprendía. Y Péter asintió fríamente con la cabeza, como quien lo comprende pero intuye un amago de ofensa en aquella palabra y no la aprueba.

Pero no se podía negar que tenía razón; la casa, en aquellas semanas, se había descompuesto de forma insensible. Ya no era una casa, sino una tienda batida por el viento y la tempestad en medio de una aventura, una aventura horrible; una acampada ocasional, en lugar de un taller sagrado donde se fabricaba la obra, y donde se educaron los Garren. Los objetos se extraviaban y se sublevaban, ya no sólo en el cuarto del paciente, mezclados con los utensilios amenazadores y difíciles de comprender de la enfermedad: en el escritorio, junto a algún Rousseau encuadernado en piel, a veces se podía ver el orinal, y los aparatos de Zorner se acurrucaban pesadamente sobre los muebles, con cables y tubos, como si por la noche un ladrón se hubiera preparado para cometer un robo de forma misteriosa: quería horadar la caja fuerte donde se guardaba lo único de valor en la familia, pero lo habían interrumpido en su cometido alevoso, o bien había desconfiado de repente de su oficio, y se había asustado y retirado por un arranque de cobardía, olvidando en el lugar de autos sus instrumentos ridículamente misteriosos y temibles. En el cuarto del enfermo era comprensible el desorden, ¿pero qué hacía el ventilador eléctrico en el salón, encima de la vitrina, donde Anna lo había colocado en un momento de excitación y celo distraído, olvidándolo luego allí, pues al electricista mecánico, a quien se lo habían pedido prestado para refrescar un poco el cuarto de Padre, le daba vergüenza reclamar su propiedad al enfermo? La casa se había llenado con objetos inusitados, como si se pudiera impugnar la enfermedad no sólo mediante fe, voluntad, médicos, reglamentos y rayos X, sino también mediante objetos, ventiladores, neveras nuevas de tamaño reducido, cuentagotas olvidados en el atril, un termómetro eléctrico perdido entre los cojines del sofá; en una palabra, con todo cuanto yacía desparramado por doquier por toda la casa, contrariamente a toda ley y norma, y daba al traste al orden

antiguo, instaurando en su lugar los símbolos de hechicería de la enfermedad. Y contra el desorden las fuerzas de Anna ya resultaban insuficientes. Sí, aquella arbitrariedad y caos revolucionario eran ya la misma dolencia, el preludio de la destrucción y descomposición, signo y síntoma, algo parecido a la crisis o estrago que, al mismo tiempo, se fue verificando en el organismo de Padre y en los edificios públicos de la ciudad, construidos tiempo atrás, y que ahora de repente se destartalaban y desmoronaban. El orden había cesado en la casa, y como si se tratase del signo que demostraba que la enfermedad era, a pesar de todo, más poderosa que Anna, que la resistencia, los médicos y aquella protección peculiar para la cual se habían aliado sin palabras, todos se daban cuenta de que la destrucción, la muerte, había penetrado ya toda la casa, y que ya no era posible defenderse contra ella.

Edgar estaba aún esperando la respuesta. Péter se levantó entonces y atravesó la estancia con los brazos cruzados. Desde hacía tres semanas se hallaba a la cabecera de Padre, al acecho, tal como Ábel se lo había aconsejado; metódica y caprichosamente, con amor, con celos, sobresaltándose, conformándose y curioso. Padre jamás había sido tan distinguido y noble como durante aquellas semanas. Incluso en la madriguera nefasta de la enfermedad yacía muy pulido y pulcro, afeitado, con las uñas cuidadas, poniéndose todas las mañanas un camisón blanco y limpio, bien planchado, y luchando con agua de colonia, de manera delicada y conmovedora, contra el hedor del yodo, el éter y la enfermedad. Péter, con la carta de la baronesa en el bolsillo, varios párrafos de la cual volvía a leer periódicamente —sobre todo la posdata que daba cuenta de la muerte en la hoguera de Karola, noticia trágica que no le había sorprendido en absoluto, como si en el mismo instante en que había salido por última vez de la habitación de la bávara la hubiese abandonado a su

suerte, a merced de los peligros de la naturaleza, de leopardos y accidentes de tranvía—, y con el recuerdo de Karnak en el corazón, y el recuerdo de Edit y Emmanuel, con quienes soñaba todas las noches, midió ahora las reservas. Todos los miembros de la familia estaban sentados a su alrededor, todos cabizbajos. Tampoco Anna lo ayudaba. Anna sabía que aquél era el momento en que la familia se veía ante la necesidad de decidir acerca de la vida y la muerte; sabía que era el instante que no podía ser aplazado ni acelerado: o aceptaban la enfermedad, que luego tomaría posesión de la casa, como si diera brincos salvajes, con síntomas ruidosos, plumas y lanzas, en medio de cánticos guerreros; o continuaban luchando y protestando, cuidando al enfermo y rezando, suspirando y pasando las noches en vela durante algún tiempo, y estos ejercicios, uno por uno, a lo mejor, no ejercían la menor influencia sobre el sino de Padre, pero todos juntos, con la fuerza que se había condensado en la familia, con la intención que expresa la familia unida, podrían aplazar el destino. No para mucho tiempo; tal vez sólo unos años. La «curación» era para Anna un fenómeno transitorio, una forma de milagro sencillo y ocasional. La familia, la unión, ahora todavía podía decidir; todos juntos soportarían lo que Tamás acababa de llamar «*camping*», el desorden y el caos, y lucharían contra él, mediante horarios, servicio doméstico intensificado, curas nuevas y, sobre todo, con una concentración penosa y tensa de la atención. Y entonces Padre sonreirá por las mañanas, pedirá leche, se sentará en el jardín... y quién sabe si continuará la obra. O quizá acaben comprendiendo, en cambio, que no eran lo bastante fuertes, heroicos, ni piadosos para sublevarse contra lo bajo y alevoso que había irrumpido en la ciudad, en la obra y el cuerpo de Padre, habiéndose agotado lo que Anna llamaba, con una palabra genérica, para uso doméstico tan sólo, «cariño», y que su interpretación era una intención mucho más

dura, sí, más cruel y despiadada de lo que se creía generalmente: y entonces habrán entregado a Padre a su destino.

Péter se detuvo en el rincón del comedor, fijó la mirada en las hojas cubiertas de polvo de la palmera, y se volvió para mirar a Anna. Ahora, por vez primera en su vida, experimentaron que ellos dos tenían algo en común: el carácter, o la sangre, o la misma cantidad de secreción glandular, o ciertos recuerdos cuyo origen no se puede hallar remontando en el tiempo, e incluso cierta conexión sexual, un parentesco oculto, mucho más complicado que las relaciones familiares; con esta complicidad miraba Péter a Anna, cómplice y triste. Anna aceptaba la mirada, dura y fríamente. También ella se cruzó de brazos. «Ahora les toca a ellos», parecía decir su mirada. Luego, ronca y brutal, como si gritase en sueños, preguntó:

—¿Por qué no contestas? ¿Por qué calláis? Edgar desea saber hasta cuándo puede durar esto...

En aquel instante, como si se hubiesen sublevado, todos se pusieron a hablar a la vez. Erzsébet lloraba; Marta también, pero de forma desvergonzada y vulgar —a Anna, observadora perspicaz de aquel momento, se le grabó en la memoria ese llanto tan ordinario—, como quien acaba de darse cuenta de que le han robado el monedero en el tranvía, como si la descarga de alguna corriente desconocida acabara de sacudirla. Todos gritaban, lloraban, se levantaban de sus asientos; Judit y Erzsébet se abrazaban, gimiendo quedamente, y se secaban las lágrimas; Tamás golpeaba la mesa con ambas manos, lívido y pálido como la cera; Albert extendía los brazos y hacía unos alaridos agudos.

—¡Imposible! —gritaba Albert, con un impudor desenfrenado —. ¡No puedo soportar este dolor! ¡Pobrecito, pobrecito!

Anna parecía asentir con la cabeza, como si hubiera esperado

exactamente aquellas reacciones. Ahora ya sabía que Albert había abandonado toda esperanza respecto a Padre, a lo mejor ni siquiera en relación a Padre, sino más bien en lo tocante a la lucha, a la resistencia; él ya no protesta contra la enfermedad, se encoge de hombros, llora, grita, pero, a pesar de todo, lo acepta. En el barullo no se podían oír las palabras de Tamás. Más tarde ellos recordaron aquella escena como la declaración de un movimiento subversivo; Tamás afirmaba incluso haber visto un rayo en el cielo y oído truenos. Péter se abalanzó sobre la mesa, alargó un brazo hacia Anna y le dijo algo con los labios trémulos, protestando, pero tampoco a él se lo podía entender. Probablemente, las palabras acababan de perder en aquellos momentos su sentido consignado en el diccionario; como si todos estuvieran empleando un lenguaje primigenio y tribal que no se encuentra en ningún libro de texto, el lenguaje de los Garren, el que siempre utilizaban en situaciones decisivas o de peligro, cuando se trataba de decidir sobre algo: el destino de Robert *el Parlanchín*, o el rumbo a seguir, si debían dirigirse hacia el sur o el nordeste... También esta vez hablaron en aquella jerga durante algunos minutos, comunicándose más bien con signos y sonidos, en vez de palabras, y con mímicas extrañas, unas muecas horribles que acompañaban las sílabas sin melodía de la lengua primigenia. Nadie entendía las palabras del otro, y muchísimos años después, Tamás y Péter, cuando intentaron dilucidar el sentido racional de aquella escena, ya no recordaban ni una sola frase pronunciada. Pero todos decían exactamente lo mismo; se comunicaban mediante las claves taquigráficas de los pensamientos y los sentimientos, y decían todos lo mismo, gritaban todos lo mismo, estaban desesperados por no poder ayudar, por sentirse débiles y cansados, por tener algo que hacer, porque la casa, Padre y la obra estaban maduros para perecer, porque todos eran un poco traidores... porque eran

humanos. Por eso gritaban. Anna era la única que callaba.

—Asesinos —dijo ella luego, en el silencio brusco, con voz baja y tranquila.

Pero la palabra no dolía. Todos levantaron la mirada hacia ella, escrutando su cara; murmuraron algo y se tranquilizaron. La palabra acababa de hacer un clic en el aire, sin objetivo, como un disparo de fusil hecho al azar. Se miraron unos a otros, como palpándose de pies a cabeza, tratando de saber si alguien estaba herido. Después todos volvieron a ocupar sus asientos, jadeantes, mudos, respirando con dificultad. Anna acababa de pronunciar la palabra, acusándolos de asesinos. «¡Exagera, desde luego! La calificación es demasiado fuerte. Somos más bien la familia; ni más ni menos, la familia», pensaba Péter. Pero en aquel instante, con una punzada en el corazón, Péter sintió que la familia, en determinados momentos, pacta la vida o la muerte como una pandilla de criminales. Tamás bajó la cabeza, contemplando contrito la alfombra, como quien ni siquiera se defiende sino que virilmente lo confiesa todo. Albert pestañeaba cohibido, como quien no sabe qué es mejor; tal vez resultaría más oportuno darse golpes de mea culpa en el pecho, esperando su destino y confesar, humildemente, ¿o tal vez podría eludir las consecuencias si, antes de que fuese tarde, denunciaba a Anna por una calumnia tan vil? «No hay prueba alguna», pensó inmediatamente Albert, y su cara se serenó. No, Anna no podría probar jamás un cargo tan grave, pero todos se percataban de que Anna tenía razón: eran asesinos; el día antes aún no lo eran, pero, de algún modo, ahora ya lo eran. «Sí, peores que los asesinos; son una verdadera pandilla de criminales», pensaba Péter. Oficialmente, son los mejores hijos, esposas y nietos, con las palabras de la Luz Eterna en los labios; pero, en secreto, son una pandilla de ladrones y asesinos. Cada uno de ellos había escogido con los ojos algún armario, o

espejo de luna, y había elegido algunos libros de la biblioteca de Padre, o con el pensamiento tenía marcado algún que otro objeto de platería o unas copas de cristal de roca, el botín que un día, más tarde (después del asesinato, cuando la huida se hubiese llevado a cabo con éxito y nadie hubiera notado nada), haría enviar a su dirección particular. Desde luego, sólo como recuerdo. El valor material de aquellos objetos, ¡Dios mío! No, Albert sólo quería el piano como recuerdo —eran sus pretensiones mínimas— y Marta la cadena de oro que había pertenecido a Cristina; Tamás deseaba el bastón de Padre, con empuñadura de oro, sólo como recuerdo, y Péter había decidido que se llevaría a Karnak, como recuerdo, para Edit, el chal de seda chino de Cristina, y el gran armario biblioteca, con todos los Rousseau y unas primeras ediciones de libros franceses antiguos. Edgar codiciaba la casa, como recuerdo. El afán silencioso y terco de la presa latía ocultamente en el fondo de su alma, más fuerte que todo. Hacía semanas, durante las horas de la guardia y de los ritos, cuando estaban sentados en el salón, con algún libro serio y moral en la mano, dispuestos a sacrificarse por Padre, que se rompían la cabeza acerca del botín. Aquellas ideas y aquellos anhelos penosos insistían con una petulancia asquerosa, y Tamás, que en realidad no ansiaba bienes terrenales, venía luchando con desesperación contra el bastón con empuñadura de oro y contra una azucarera de plata inglesa muy antigua con forma de nido de pájaros. «Somos asesinos y ladrones; estamos hartos de la enfermedad y de la tensión fatigosa de estas semanas de espera y atenciones; nos hemos llenado hasta los bordes de deseos perniciosos, soñando con el sello de oro de Padre, y hablando de que Tamás obtendría incluso la vieja chistera del abuelo, y que acabaría sentado en el despacho de Eolo, detrás de la mesa de Padre, dando órdenes a Sebestyén, con la chistera en la cabeza y el sello de Padre en el anular. Asesinos y ladrones; cómplices que,

durante la guardia piadosa, meditan silenciosamente las probabilidades que tienen en el reparto», pensaba Péter. Albert lo hacía ya con toda franqueza, como un perito tasador; contemplaba los objetos y los muebles, tranquilamente, olvidándose de sí, y entretanto incluso hacía los cálculos de dinero en alemán, tal como se había acostumbrado en su oficina. Eran unos asesinos y ladrones, pero no era posible probarlo. Sin embargo, lo eran, aún sin pruebas. Ya habían entregado a Padre a su suerte, a traición, y se rompían la cabeza con el botín; querrían estar lejos, con cara inocente, huyendo, en el crepúsculo, cuando hay poco tránsito en las calles. «Son asesinos», pensaba Péter, pues es asesino todo aquel que no quiere suficiente. Acababa de cometerse un asesinato, y ya querrían subirse al tren; ya hacía días que habían enviado al sastre los trajes negros, pues en secreto ya habían comprado incluso guantes negros, y Albert, en su agenda de bolsillo, llevaba ya apuntados algunos nombres y direcciones, los de ciertas notabilidades, a quienes era preciso enviar la esquela mortuoria. «Así nos vamos asesinando», pensaba Péter, con hartazgo. Y se detuvo delante de la ventana, dando la espalda a la mesa y la familia; bajó la cabeza, miró a la ventana sombría y no contestó.

Entonces, como si acabasen de comprender que la intención que latía en ellos era más fuerte y cruel que todo cuanto pudieran simular y mentir en defensa propia, se pusieron a conversar pero en voz baja, tranquilos, indiferentes y objetivos. Edgar todavía se quedó un rato en el umbral de la puerta, en una actitud de cortesía atenta y cruel a la par; luego, como quien ha obtenido ya respuesta a su pregunta, se encogió de hombros y salió de la habitación. Anna volvió a sentarse a la mesa, pero nadie quiso discutir con ella. Ahora, después de formular esa acusación gravísima, también ella se tranquilizó. Estaba muy pálida, pero serena, pues sabía que la familia

acababa de fallar el juicio y la sentencia irreparable había sido pronunciada. Padre quedó entregado a su destino, y ella, sola, ya no podía hacer nada más. Aquella noche, y también las siguientes, todos charlaron en voz baja, y casi amistosamente, hasta la una.

Anna se vuelve guapa

Ahora, una vez pronunciado el fallo, todo iba a desarrollarse con una rapidez sorprendente. La enfermedad, como si sólo hubiese estado pendiente de su consentimiento, tomaba posesión de la casa de forma ruidosa e impaciente, con una premura chillona, con sorpresas maliciosas, compensando todo retraso y dejadez. Kenta ni siquiera acertaba a comprender aquellas prisas.

—No hay motivo para inquietarse —afirmó al día siguiente de la pregunta de Edgar y la respuesta de Anna—, no veo peligro inminente...

También Zorner conservaba la calma.

—Nada interesante, nada nuevo —decía con voz aburrida y quejumbrosa, y prometió que la semana siguiente cambiaría los rayos, alternando los ultravioletas con los infrarrojos.

Lacta se detuvo en el umbral, con las manos en los bolsillos y la cartera de contenidos sospechosos bajo el brazo; observó fijamente a Padre y luego empezó a actuar muy serio y malhumorado. A la pregunta de Anna contestó con evasivas:

—Es Kenta quien tendrá razón —murmuraba refunfuñando —, no hay motivo para inquietarse, y sería ridículo hablar de un peligro inminente. Palabras de profano... —observó enfadado, y dejó plantada a Anna en la escalera.

Desde luego, lo de «peligro inminente» era una fantasmagoría de profano, la vida en general comporta siempre cierto peligro, y desde luego, a veces la enfermedad puede ser peligrosa, en cualquier momento puede suceder algo, y mientras hablaba se ponía con nerviosismo los chanclos; sólo pasearse por la calle es peligroso, y quedarse tranquilamente sentado en casa, leyendo un libro, y no saber nada en absoluto de cuanto ocurre fuera en el mundo, acarrea grandísimos peligros, pues un buen día irrumpen en la habitación unos extranjeros, y se llevan o asesinan a esa persona que no sospechaba nada; de hecho, se han dado ya varios casos, añadía, casi furioso. Desde el punto de vista médico, el estado de Padre era, en general, tal como debía ser, teniendo en cuenta los riñones y el corazón. No obstante —observó Lacta, como de paso, con cierto rigor—, era como si los riñones mostrasen alguna inquietud. ¡Caramba con los riñones! Con la cabeza ladeada, miró a Anna con severidad burlona, y al despedirse la amenazó con el índice, como si dijera: «Esos riñones pícaros...». Luego dio media vuelta y con pasos algo inseguros, como si estuviese soñando, se alejó presurosamente.

Sin embargo, hora y media después, poco antes del almuerzo, Lacta volvió. En aquellos días solía presentarse también fuera de programa, en momentos insólitos del día y de la noche; por ejemplo, a las cuatro de la madrugada, o a las tres de la tarde. Entonces conversaba con Padre en un tono relajado, de igual a igual, y a Padre le sorprendía un poco aquel tono, ya que hacía tiempo que no lo escuchaba, pues Kenta y Zorner, a pesar de toda su experiencia y comprensión benévola, estaban acostumbrados a hablar con el paciente —aun cuando se tratase de un paciente distinguido— como un fiscal con un ladrón algo estúpido. Así pues, Lacta llegó furioso, y le dijo a Padre, con firmeza: «Que el demonio te lleve, amiguito, reacciona ya». Lacta, aquellos días, invitó a Zorner a que,

momentáneamente, suspendiera el tratamiento radiológico; vigiló la cocina para que, en el caldo prescrito por él, la señora Erzsébet no olvidase ninguno de los ingredientes, y rogó a Zorner que le administrara en persona, con sus manos jóvenes y experimentadas, las inyecciones intravenosas de azúcar de uva a Padre, pues sus manos, las de Lacta, ya eran viejas y temblaban, y por regla general sólo le gustaba dar inyecciones narcotizantes. No, de un peligro inminente no se podía hablar; sin embargo, Lacta luego se presentó a las cuatro de la madrugada, porque «no podía dormir», como confesó con cierto pudor; despertó a la enfermera, palpó y observó el pulso de Padre, asintió con la cabeza, abrió la ventana, tranquilizó el corazón del enfermo con compresas heladas y, en general, se comportó con cierta vivacidad, no con inquietud, precisamente. Y puesto que la enfermedad acababa de cambiar el ritmo, al día siguiente a la pregunta de Edgar y la respuesta de Anna, todos notaron que aquel proceso oculto, cobarde, vergonzante y pegajoso que se había iniciado por un resfriado, y había pasado luego a los riñones, parecía ahora suspenderse y disolverse en un peligro nuevo, anónimo e impalpable que a lo mejor aún no era inminente gracias a la calma de Kenta, pero que, de todos modos, a Lacta no dejaba de inquietarlo. Como si en el instante en que se había formulado la posibilidad de peligro, la enfermedad hubiera entrado efectivamente en crisis. El tiempo se había puesto a galopar de pronto; como si un vendaval atravesara la casa, los cortinajes revoleasen y las puertas fueran cerradas a golpes. Por lo demás, la primavera se anunciaba nevosa y ventosa. En las habitaciones olvidaban encender la calefacción, y varias veces se sentaron a almorzar con los abrigos puestos.

De peligro inminente, ni hablar; sin embargo, eran conscientes de que Padre agonizaba. Ellos se paseaban de un lado a otro de la casa cerrando las puertas a golpes. El teléfono

sonaba continuamente, y ahora era el general extranjero quien pedía información, el mismo que había organizado los bailes de los últimos años. Recibía la información con caballerosidad, un poco con esa caballerosidad algo rígida de quien está apenado, desde luego, pero en secreto siente cierta satisfacción, pues tendrá ocasión de demostrar ante todo el mundo que la muerte reconcilia a los adversarios distinguidos, y a escondidas, lleva ya redactado el texto de la cinta de la corona mortuoria, algo así como: «A mi gran adversario», o «A mi noble rival», o algún otro texto por el estilo, solemne e impresionante, que no nos obliga a nada. Telefoneó asimismo el alcalde, y el obispo había enviado a su secretario en busca de noticias. Todos querían informarse, como si fuera apremiante, como si ya fuese hora de que Padre muriera. «Apremiante, ¿para quién?», se preguntaba Péter. Y notó que lo era ya para todos. En el cuarto o quinto mes, la ciudad ya se había aburrido de la enfermedad de Padre, la espera prolongada la había vuelto indiferente, y todos querían matarlo. Todos estaban asesinando a la vez a Padre: Tókar y el alcalde, Kalb y Zerzen; todos telefoneaban, escribían cartas, paraban a Anna en la calle y se informaban, y su voz, sus suspiros y sus miradas revelaban claramente su impaciencia. Sus palabras consoladoras hacían entrever que ya tenían abandonado a Padre, y cuando decían «Por desgracia, la vida humana está supeditada a ciertas reglas», parecían proclamar una sentencia capital. «Todo parece indicar que no conseguimos soportar la enfermedad. Como si estar enfermo fuese un crimen, un delito que la civilización moderna no puede soportar más allá de cierto tiempo, y si ocurre en algún lugar, hay que hacer desaparecer con prisas sus huellas: que el enfermo se cure, o que se eche enseguida su cuerpo a la fosa, pues la dolencia es un mal ejemplo, y viene a ser una variedad del escándalo público», pensaba Péter. Y como si el propio padre se percatara de que ya habían llegado a aquella fase de la

dolencia en que, con suma discreción y cultura, es preciso rendirse, se daba prisa.

Ellos no podían saber cómo sería. Tampoco sabían cómo era preciso comportarse en tal situación, pero durante semanas sólo hablaban de ello, sólo se preparaban para ello, y ahora, al producirse lo descontado, estaban asombrados y boquiabiertos, como si se tratase de las consecuencias penosas de alguna dejadez criminal de la que alguien es responsable. Ocurrió bruscamente, de una noche a otra... Por la noche se acostaban siempre con la conciencia angustiosa de que si bien eran asesinos y ladrones, sólo lo eran en un sentido ideal y abstracto, y que ni el Código Penal ni la Ley de Enjuiciamiento podían contra ellos; y al despertarse a la mañana siguiente se daban cuenta de que el asesinato ya había sido cometido, pues la víctima lanzaba sus postreros estertores, y que ya podían repartirse el botín y huir corriendo. «El corazón», decía Lacta. Y ellos iban repitiendo, entre sí, mecánicamente, transmitiendo en la calle la noticia a los conocidos, y diciendo lo mismo por teléfono: «El corazón, ¡el corazón!» Y puesto que hasta entonces sólo había sido cuestión de los riñones, ahora se preguntaban escandalizados: «¿Cómo? ¿El corazón?...». Como si Kenta los hubiese engañado.

—Sí —decía Zorner—, suele ser así; a fin de cuentas es el corazón el que se subleva siempre.

—Todavía no está perdido todo —decía Kenta.

Y Lacta salía al recibidor y se sentaba en un banquillo, bajo los jarrones de mayólica, fumando su puro en silencio.

Padre, según los facultativos, agonizaba; sin embargo, precisamente aquellos días, tal como suele ser, se sentía bastante bien.

—Moriré —dijo Padre por la mañana a Anna—. Tal vez esta misma noche, tal vez sólo dentro de dos o tres días. Diles que los quiero ver. Que me visiten uno por uno, según su jerarquía;

sería algo teatral si viniesen todos a la vez.

Y no le dijo nada más. Recibía en silencio a los que desfilaban ante su cama; los miraba con los ojos brillantes, como si quisiera convencerse por última vez de sus formas físicas, de los signos y marcas que los enlazaban con la familia y la obra. Los contemplaba con ojos brillantes y respiraba aceleradamente, con suspiros breves, como si tuviese que subir a la cima por un sendero accidentado, hacia la luz, jadeante, excitado y feliz. Los ojos de Padre jamás habían brillado con una irradiación tan extraña, llameante y con un sentido tan secreto como aquellos días postreros. Se detenían frente a su cama, lo miraban a los ojos, le besaban la mano y, de puntillas, tal como habían entrado, abandonaban la habitación. Los Garren, con el abrigo puesto o el pañolón en los hombros, se entregaban de forma febril a actividades en extremo misteriosas. Ahora a todos les hubiera gustado ayudar, pero lo máximo que podían hacer era saltar de su asiento, correr a la estancia vecina, cambiar algún objeto de su sitio, o detenerse ante la ventana y mirar fijamente ante sí. No obstante, todos estaban «funcionando» en la casa. El timbre no paraba de tocar, como antes de una fiesta, cuando traen paquetes. Los médicos llegaban de forma arbitraria, administraban inyecciones a Padre, estrechaban las manos de los familiares, se quedaban un rato de pie en el recibidor, acompañados de alguno de los Garren, se miraban las uñas, y luego, tal como habían llegado, se iban otra vez. Padre agonizaba, pero en la casa todos correteaban de un lado a otro, como si alguien aún pudiera salvar la situación. A las cuatro de la tarde se encendían las luces del comedor y el salón; Marta almorzaba sobre aquella hora, lo hacía con los ojos enrojecidos, pero comía con esmero, con fundamento, sofocándose un poco, honrada y vulgarmente, desde luego, como quien no pierde la cabeza ni en medio del horror general, obedeciendo a un mandamiento tan vil, pero

sano, como es la propia vida, que —en palabras de Marta— «exigía sus derechos». Así comía, a la luz de las lámparas, a las cuatro de la tarde, dos bistecs de ternera con espinacas. A los niños se los acostaba en la imprenta. Los dos, sobre todo el niño glotón, sospechaban excitados que en la casa estaba ocurriendo algo; algo festivo, sin poder decir si era una fiesta alegre, o algo como cuando los adultos se ponen a cantar y llorar, pero de todas formas algo muy distinto de los días normales, y finalmente —ésta era la sensación que tenían— habría una comilona y se repartirían regalos. Albert no comía porque sentía vergüenza, pero se sentaba con el abrigo puesto al lado de Marta, contemplando los bistecs y las espinacas; a veces se frotaba la cara con los diez dedos, hasta que se volvía roja, y observaba en voz baja, de un modo mecánico: «¡Tan rápido! ¡Quién lo hubiera dicho!» El fenómeno que Albert experimentaba ahora, ayer fluía aún fuera del tiempo y con ritmo apenas perceptible, pero la casa, los muebles, los nervios de los Garren y la ciudad se llenaban de aquel ritmo precipitado, de aquel algo milagroso que no acertaban a comprender, que miraban asombrados, que resultaba más incomprensible que toda pesadilla y sueño confuso que lo habían precedido. Edgar, que la noche anterior aún preguntaba hasta cuándo podía durar aquello, ahora estaba sentado en el salón, pálido, con el cuello del abrigo alzado, fijando al techo su mirada con expresión ofendida, y tenía mucho frío. Ahora Edgar había dejado de ser frío, y ni siquiera era elegante, más bien era mudo y desgraciado; ahora ya sospechaba hasta cuándo podía durar todo y, de pronto, tiritando, se percataba de que el tiempo no era tan sólo un concepto, sino una realidad que tenía espacio propio y era capaz de ser tan estrecho como una celda en la que uno no puede ni volverse. Y como si armasen un formidable barullo en la casa, a veces se despertaba sobresaltado y miraba con nerviosismo en torno a

él. No, Edgar no era elegante en aquellos momentos. En su rostro fino y blanco ardían dos manchitas encarnadas, como si estuvieran pintadas, y las palmas de sus manos y su frente transpiraban.

En aquellos momentos Padre ya era un poco extranjero. Como si se hubiese sustraído a la ley de los Garren. Su pelo, su rostro demacrado, en aquella hora matinal incomprensible, descuidado y sin afeitar; su frente sudorosa, su nariz algo alargada y sus labios exangües, mostraban a una persona extraña que está viviendo una aventura desconocida e inexplicable, una aventura física, según los síntomas; la única aventura en que uno ya se ha quedado completamente solo, no piensa en la familia y, por vez primera en su vida, se olvida hasta de la obra, que ya le es indiferente. A veces Padre abría aún los ojos; miraba a Anna y asentía con la cabeza, como si aprobase algo. Anna se arrodillaba junto al lecho, cogiendo en sus manos la de Padre, una mano fina, ennoblecida por la aventura y la cultura, por la labor sin objetivo, y percibía el incalculablemente veloz latir de las venas azuladas; a veces le secaba la frente, lo observaba y daba órdenes en voz baja. «Naturalmente, ahora ya lo comprendo; la realidad es otra», pensaba Anna. La visión fantasmal de aquella hora no era «horripilante», ni siquiera dolorosa; el horror y el dolor todavía se escondían correctamente detrás del acontecer, cual dos monstruos en una leyenda de los Bajos Mundos, detrás de la acción muda; la realidad no era más que el pulso y el alcanfor, y la mirada con la que Padre aún percibía a veces a Anna, y los pasos de las otras personas en la habitación, y los comentarios de Lacta, que olía a tabaco, con manos trémulas, en torno a Padre... Y sobre todo las prisas, cuyo ritmo llenaba la habitación, e incluso los objetos, como si hubiesen olvidado hacer algo, y ahora, de repente, todo echara a correr alocadamente, todo cuanto formaba parte de Padre: recuerdos

y pulsaciones, aguja de cuadrante y pulmones jadeantes, todos corrían raudos, casi sin meta, como si se tratase de una carrera desprovista de objetivo y sentido, una especie de carrera de *amok*, sin moverse de sitio, cuyo fin, ya que no finalidad, era la muerte. Anna se daba cuenta de que corría ella misma con Padre; tenía la sensación de hacer una carrera de los nervios, o de la conciencia, una carrera anquilosada, una carrera contra algún rival indiferente y cruelmente decidido. El reloj de bolsillo de Padre, al que se daba cuerda con un llavín, estaba en la mesita de noche, y Anna podía ver de reojo que las agujas aún se movían. Aquel tictac, aquel signo terco y modesto de vida mecánica, todavía la tranquilizaba. «El reloj aún funciona, y el reloj no puede ser más fuerte que la vida», pensaba Anna.

Anna se detuvo bajo la luz intensa y miró en torno a ella, parpadeando, como quien sale a la luz desde la oscuridad, y como si percibiera una imagen inédita, una versión nueva del mundo que no dejara de sorprenderla. Con curiosidad y cierta reserva, miraba la fuente y el jardín que en aquellos instantes se estaba llenando de la acción solemne de la luz y las nubes. Ella lucía esbelta, como si hubiera adelgazado aquellos días, o tal vez aquellas últimas horas. Así, como si el sufrimiento y la angustia, esos maestros admirables, hubiesen palpado con dedos modeladores el talle de Anna, corrigiendo las proporciones de las curvas, aquel cuerpo joven se adentraba ahora en el jardín poseído de una frescura y una conciencia renovadas. Su cabellera, que siempre había llevado peinada tan esmeradamente, aplastada y lamida, con una raya en medio, le caía ahora en un desorden caótico sobre los hombros. Anna caminaba un poco como una hetaira, como si llegase de una orgía incomprensible, de la aventura de la corporeidad, de una noche de lujuria y ahora estuviera en contacto con una energía física y sensual, y arrastrara tras de sí su yo antiguo, como una joven oriental inmolada en un altar, consagrándolo con vistas a

su nuevo destino. Así cruzaba el jardín, tranquila, esbelta, con el pelo lacio, vestida con aquel uniforme liso y gris que parecía ser el distintivo de una Orden —la Orden de Anna—, uniforme mundano y piadoso a la vez, y también un poco disfraz, el de la enfermedad, de la muerte de Padre y el de servicio. En aquel instante oyeron las campanadas. La ciudad ya sabía la noticia. Tal vez Albert había mandado un aviso al sacristán, o quizá el obispo había pedido noticias, aunque a lo mejor ni siquiera había sido necesario transmitir el mensaje, a lo mejor a la ciudad le había llegado la información misteriosamente, como a los organismos amasados de materias afines, tal como lo habían sabido ellos mismos, sin palabras, ni signos, allí, en el banco, frente a la casita del jardín, delante de la fuente, en la casa y bajo el firmamento gris azulado, claro e inquieto. Las campanadas se oían arriba, en el monte, y más lejos, en el castillo abandonado, y detrás del monte, en la bahía; el tañido de las campanas se esparcía sobre el mar, y los pescadores en sus barcas soltaron las redes, se quitaron las gorras de piel, se persignaron y dijeron quedamente: «Garren, el viejo Garren, acaba de morir». O pensaban: «Ya no quedan muchos de los viejos».

Y en sus casas los habitantes autóctonos se fueron despertando; se sentaban en sus camas pensando en Padre, miraban el techo, respiraban el aire gastado del dormitorio, con ojos pegajosos, parpadeando, mirando a la penumbra, y también ellos se persignaban y murmuraban soñolientos: «Era un artista, a pesar de todo. Y ahora ya no vive ningún artista en la ciudad». Y se daban cuenta de que tampoco ellos iban a vivir aún mucho tiempo. El campanario estaba hundiéndose, así como el palacio episcopal, y las figuras de piedra de la catedral se desmoronaban; el casco antiguo de la ciudad iba desapareciendo lentamente de la tierra, y la tierra, esa tierra vieja, se llenaba de piedras y huesos, los huesos de los Garren y

de otros hombres de la ciudad, hombres que aún conservaban algo en su conciencia y en sus nervios de la obra de Padre: una reverencia, un saludo, un movimiento elegante. Algunas mujeres marchitas a las que en otras épocas en la época creadora, Padre había amado junto al mar, en el hotel de las persianas bajadas, se habían despertado bruscamente al oír las campanadas, y ahora rememoraban los viejos tiempos, evocando al difunto como sólo saben hacerlo las mujeres. También el obispo, insomne en su cama de campaña, había levantado la cabeza con el tañido de las campanas, y ahora se incorporaba, inseguro; con pasos vacilantes se acercó a la ventana, miró abajo, a la ciudad y al valle; escuchando el doblar de las campanas, pensaba en el adversario, y en que sin adversario la vida carecía de sentido; pensaba en Rousseau y también él se persignó. Luego se hincó de rodillas en el reclinatorio, inclinó la cabeza sobre sus manos juntas, y en silencio se puso a rezar.

Ahora que la casa, la ciudad, el monte y la bahía se llenaban con la noticia de la muerte, los hermanos permanecían sentados con pasividad, como cuando uno se detiene en una fase determinada de la vida, mira en torno a él y percibe que algo acaba de terminar y ya no tiene nada que hacer, así estaban: sentados allí, cansados, tiritando un poco bajo la luz del alba, y se acercaron más.

Permanecieron sentados así mucho tiempo; el sol ya les daba en la cara y sus cuerpos se enviaban mensajes, con estremecimientos y olas diminutas, pacíficamente y con timidez. Después Anna se levantó y se encaminó hacia la casa. Ellos lo siguieron en fila india.

Despedida y fiesta

El catafalco de Padre fue erigido en la nave central de la catedral por deseo expreso del obispo, pues quería pronunciar una oración fúnebre ante el catafalco. Éstas fueron sus palabras: «El hombre que reposa aquí tenía ambiciones elevadas. Quería salvar de su alma cuanto en ella había de inmortal. Vosotros, todos los que sois hijos de esta ciudad, lo habíais conocido. Lo hemos visto a menudo en las calles de nuestra ciudad, explicándose con la mano levantada, con su peculiar estilo amable y modesto, con unción. Dios ha querido que se fuera antes que yo, aunque soy mayor que él y ya estoy preparado para morir. Ya no vivimos muchos de los antiguos en esta ciudad. Ahora, a pesar de todo, soy yo quien lo despide, siendo mayor. Yo siempre he sentido mucho respeto y cariño por este hombre. Era parte de la ciudad y vivía por ella. Y vosotros que sois parte de nuestra ciudad, y vivís en ella según leyes divinas y humanas, sabed que es rarísima la persona que no peque de pensamiento contra la ley a cuya observancia la obliga su espíritu. Latía en su cuerpo el alma que había creado esta ciudad, llameaba en él el alma de los antepasados, el alma que siglos atrás había levantado esta catedral, construido los bastiones de la ciudad, llenado las casas con costumbres y tradiciones amables y generosas, con el espíritu de la cultura, con los ritos de la buena educación y un trato social agradable. Ésta era el alma que vivía en él. Formaba parte de la ciudad, y también la ciudad formaba un poco parte de él; era parte del todo, lleno de recuerdos, deberes y conciencia. También os digo que no era precisamente de los que van repitiendo, Señor, Señor. Él, no decía nada. Pero sentía y creaba. Todos lo hemos conocido, e incluso hemos llegado a adivinar su obra, que él iba creando y construyendo humildemente, tan humildemente que no ha quedado rastro de ella ni en la piedra, ni en la tela, ni sobre papel. Era un artista, tan modesto y generoso que ni siquiera pretendía fijar su obra en la materia. Nosotros que le

hemos conocido y conocíamos asimismo esta obra, guardaremos su recuerdo y respetaremos su obra. —Al llegar aquí, el obispo tuvo que toser y se llevó la mano, envuelta en la manga ancha del alba y con el pañuelo, a la boca, con un ademán senil y algo femenino—. Son muchos, en efecto, a quienes Dios da ricas prendas y que dejan un recuerdo en el mundo, un edificio o reflexiones profundas. Y hay otros que sólo viven por la misericordia del Señor, modestos y sin dejar rastro, y se sumergen en el anónimo, y ello no obstante, crean algo que les sobrevivirá en el mundo, y su obra tiene grandeza y moral, y el tiempo no conseguirá destruirla. Era un creador así este hombre que yace ante nosotros ahora, bajo la cúpula de este templo que sus antepasados ayudaron a construir, en esta ciudad que lo viera nacer, que él llenó de contenido artístico y en cuyo seno ahora pasa al reposo eterno. Contemplo esta vida y tengo el convencimiento de que fue redonda. Admiro al Señor. Esta vida ha sido veraz y piadosa en la medida en la que le fue posible serlo. Ha sido un pariente cercano de todos nosotros en un mundo que cada vez se vuelve más extraño, a veces hasta el punto de que ya no logramos reconocerlo. Latía en él energía y resistencia, conocía el poder del cariño, pero también el de la venganza, y yo os digo que encima de este féretro hay venganzas incluso morales. Volved a colocarlo en la tierra en que también volvieron al polvo sus antepasados. No poseía ningún rango mundano entre nosotros, pero, ahora, al enterrarlo, todos nos percatamos de que ha sido uno de los prohombres de la ciudad, de los de mayor valía». El obispo intercaló una breve pausa, luego, con voz baja y en latín, se puso a orar. Los demás no entonaron aún el canto, creyendo que iba a decir algo más. Sin embargo, al terminar la oración, el prelado extendió la mano por el hisopo de plata, y con gestos ligeros y sencillos, bendijo el cadáver. Entonces todos notaron y comprendieron que el obispo ya había dicho todo cuanto se

pudiera decir acerca de Padre y se pusieron a cantar, un poco turbados. Cantaron un buen rato, incluso en latín; cánticos fúnebres con los que desde hacía siglos en aquella región se acompañaba a los muertos en su último camino, pero los extranjeros no conocían aquellas melodías.

La catedral se había llenado de manera inquietante de extranjeros. La ceremonia había empezado hacia las tres y media, pero ya una hora antes las capillas estaban llenas de gente, e incluso delante de los altares laterales se apretujaba la multitud, en su mayoría hombres, con flores en la mano y ataviados festivamente. Los autóctonos casi se perdían entre los extranjeros, que esperaban de pie, muy serios, curiosos, formales, y con el pelo bien cortado, pues durante aquellos veinte años ya habían aprendido muchas cosas de la ciudad, y apenas hubo entre ellos dos o tres que calzaran zapatos de color, con cordones, llevando traje negro. Como si Padre, que en su vida apenas habría hablado dos o tres veces con los extranjeros —una vez, por la mañana, el día en que la ciudad fue ocupada y Padre protestó; otra vez, en la imprenta musical, cuando el funcionario de chaqué, con zapatos de color, le había ofrecido un pacto no completamente de buena fe, y quizá una vez más, al caer la gárgola desde el torreón de la catedral, en medio la muchedumbre excitada, cuando Padre dirigió unas cuantas palabras al oficial de policía—, hubiese ejercido una influencia contundente sobre ellos, y ahora se habían presentado en masa para volver a ver, o para ver por primera vez, en su muerte, al hombre del que no se habían preocupado mucho mientras vivía, sabiendo de él sólo que tenía algún comercio medio abandonado y anticuado en la plaza Mayor, que vivía en una casa de su propiedad y que en el escaparate de su tienda guardaba un arpa. «Era comerciante de arpas», murmuraban algunos de ellos, desorientados, con flores en la mano, y se ponían de puntillas, mirando hacia el féretro. En

efecto, no habían conseguido evitar a Padre, y sólo ahora, cuando aquel hombre extraño ya había muerto, se daban cuenta de que tenían algo que ver con él, que le debían algo. Habían acudido muchos, incluso los alguaciles ejecutores, casi corporativamente, separándose un poco de los demás, en la nave central, a pocos pasos por detrás de los oficiales del ejército. El general extranjero también asistió, a la cabeza de todo su Estado Mayor; el alcalde estaba a su lado, delante del féretro, vestido de gala, con una serie de condecoraciones extrañas y poco conocidas en el pecho, calzando guantes blancos y con expresión severa y satisfecha, como quien cumple caballerosamente con su deber, pues en la muerte no hay ya adversario que valga y los rivales hacen las paces. El general había enviado incluso una corona, tal como había planeado, una corona algo provocativa y simbólica, en cuyas cintas mandó escribir en letras de oro, después de meditarlo largo rato, estas palabras más bien modestas: «A un ciudadano ejemplar». La corona del general fue colocada aparte, a cierta distancia de las de la familia y los allegados más antiguos. En medio de la solemnidad de las coronas, se veían también ramilletes modestos, sin ningún adorno, sin cintas ni inscripciones, ramilletes de pensamientos y de violetas que coqueteaban con su modestia, a todas luces trenzadas por manos femeninas, para ofrecerlas al difunto. Las flores cubrían por completo el catafalco, con aquella abundancia con la que los vivos se apresuran a encubrir lo vergonzoso, lo sospechoso, la caída y la muerte. En la catedral se coagulaba ya un aroma denso, y la muchedumbre, que continuaba afluyendo aún después del discurso fúnebre del prelado, respiraba con dificultad. Fue preciso conducir afuera a varias mujeres con la tez pálida. La ceremonia se prolongaba. Después del discurso del obispo y la consagración, los húsares de luto tardaron en tocar el féretro; los asistentes habían dejado de cantar, y se

contentaban con quedarse allí, inmóviles, mirándose unos a otros, mirando a los miembros de la familia afligida, las flores y al difunto. A veces alguien, en solitario, se ponía en movimiento en medio de la muchedumbre; subiendo con expresión curiosa y aterrada los peldaños cubiertos de paño negro, se ponía de puntillas y miraba al féretro. Zerzen, el peletero, contempló largamente el rostro del muerto; luego, con ademanes meticulosos, sacó sus lentes, y volvió a mirarlo por última vez, como ampliado, bajo dimensiones mayores que las normales; y por fin movió la cabeza, y tal como había llegado, miopemente y con pasos cortos, se alejó de allí.

Péter se hallaba a la izquierda del féretro, junto al candelabro grande de plata, cuya llama de alcohol iluminaba el rostro de Padre y la muchedumbre enlutada con oscilaciones azuladas; estaba al lado de Anna y Tamás, un poco alejado, y se sentía un tanto avergonzado. Se sentía avergonzado desde hacía dos días, con una intensidad creciente y síntomas físicos, tal como uno se avergüenza de una enfermedad. Los tres hermanos se habían colocado sin decirse una sola palabra, sin hacer ningún gesto, casi formando un grupito, frente al otro bando de la familia, frente a Marta, que estaba hincada de rodillas, sumergida en sus velos negros, a la derecha del féretro, al lado de Albert, santiguándose continuamente. Marta exageraba el duelo, y Tamás, furioso y con un rictus desgarrado en las comisuras de los labios, hizo notar a Péter las proporciones incorrectas, ilegales y artificiosas de aquel luto. Marta parecía enlutada más allá del convenio familiar, más allá de su categoría, y en la catedral, donde había mucha gente que conocía a la perfección la jerarquía existente entre los Garren, muchos notaron aquel exceso y movían la cabeza. Albert estaba afligido; le hubiera gustado estar conforme a las reglas, exactamente de acuerdo con su jerarquía, tal como uno se casa, en igualdad de condiciones. De vez en cuando miraba en torno

a él, inquieto, escrutaba los rostros; parecía pedir auxilio y procuraba adivinar si su luto era correcto, si resultaba suficientemente solemne y severo, lo bastante modesto y, no obstante, consciente de sí, tal como le correspondía a un Garren, a un Garren (como lo experimentaba torturado en aquel momento) que no era de primerísima categoría. Pues la jerarquía que Judit, pocos días atrás, había observado atinadamente que aún no era «definitiva», en aquellos momentos, junto al féretro, se había constituido sin palabras ni discusiones, como si Péter hubiese sido algo degradado. Albert había quedado relegado a un segundo término, detrás de Edgar, y Anna ostentaba la presidencia, alta, cubierta de velos negros, sin lágrimas. Anna ocupaba el primer plano ante el féretro. Después de años de servicio, tras el ejercicio del dromedario y el desierto, al pie del féretro, ahora era ella la persona número uno, erguida y con adornos negros. La señora Erzsébet estaba sentada frente al catafalco, en la primera fila de bancos, pero como quien orgullosamente se hace a un lado; para ella, estará bien así. Edgar y Judit la flanqueaban, modestos e impresionados. Los niños no habían asistido al sepelio: se habían quedado en casa, pues el niño, a raíz de la excitación, había comido demasiado en el almuerzo que había precedido el entierro y se había empachado.

Sebestyén se hallaba detrás de Péter, justo un paso más atrás, a igual distancia de los hermanos, el féretro y el público, con un sentido admirable de las jerarquías; hasta los extranjeros podían notar que aquel caballero de edad que se hallaba cerca de los Garren no era uno más entre los asistentes afligidos, un hombre indiferente al que le sobraba tiempo, sino que debía de ser el dependiente y pariente. También él, con sus manos enfundadas en guantes de hilo negro, daba vueltas a una chistera, lo mismo que Tamás, quien ahora, por fin, podía ponerse incluso oficialmente aquel tocado exótico de pelos

brillantes; oficialmente esta vez, no sólo de noche, en las bocacalles. Ellos dos eran los únicos de la familia, y del público, que llevaban chistera, aunque Tokár, el abogado, se había presentado con su sombrero de copa en la mano, un sombrero de copa extraño, enorme, anticuado, un poco como el del alguacil ejecutor durante el embargo. Tamás miraba fijamente a Tokár, el rival enchisterado, con desconfianza y vergüenza. Pero Sebestyén sólo miraba a Padre. Como si lo viera por vez primera, olvidándose extrañamente de sí, contemplaba el rostro del difunto con curiosidad y totalmente absorto; de vez en cuando se ponía hasta de puntillas mirando hacia el féretro, pero sin adelantar ni un solo paso, permaneciendo a espaldas de Anna y Péter, a un paso de distancia, con un sentido instintivo del orden. En el ataúd, bajo el lienzo de seda negra que cubría el cadáver, Sebestyén había colocado en la mano de Padre el libro de Rousseau, encuadernado en piel, el *Contrato social*. Excepto Anna, nadie sabía nada de esto entre los concurrentes, ningún miembro de la familia. «Como los difuntos antiguos; como los difuntos de la Antigüedad, que se llevaban a la tumba todo cuanto iban a necesitar en el momento de la resurrección», pensó Péter, muchos años después, cuando se enteró de semejante excentricidad.

Durante aquellos días Sebestyén se había dirigido con tanta naturalidad a Anna, para exponerle cualquier problema, preocupación o duda, que parecía haberse proclamado solemnemente la nueva jerarquía de la señorita Garren; como si Anna, sin nada escrito, sin documento alguno, sólo a raíz de las fuerzas íntimas de la familia, hubiese subido al trono; ella, y no Péter, el mayor de los hermanos, sino Anna, la primera según la ley sálica, hija de Gábor y Cristina, y como si en el futuro fuese ella la única autorizada para decidir en cuestiones de inventario, negocio y demás asuntos de los Garren.

Tímidamente, Anna había aceptado la propuesta de Sebestyén con sumo respeto, y había aceptado que el libro preferido de Padre quedase escondido bajo el lienzo negro, entre los dedos del difunto, en el ataúd.

—Una idea algo sentimental —dijo con cortesía, pero fría.

—Él lo quería así —contestó Sebestyén, cabizbajo y terco.

Aquellos días anteriores al entierro, Anna se había comportado comedida, cruel y calmosa. Con esta fría superioridad, había recibido las visitas de pésame, y frente al prelado había mostrado una dignidad extrema, como si los miércoles por la tarde no le explicase todo, el secreto y el sueño, y se había dirigido a Erzsébet y a Albert con superioridad, como si acabase de obtener una condecoración, como si no fuese aquella Anna que, en otros tiempos —el sentido del tiempo funcionaba defectuosamente en todos ellos aquellas jornadas—, hacia las cuatro de la tarde, experimentaba un hambre ilícita e incorrecta, un apetito físico convulso que se apresuraba a satisfacer sin falta. Las horas de despedida —de Padre, de la casa, de aquel período de garrenidad que se cerraba— se habían llenado con la tonalidad inhumana y cruel de cierta solemnidad nunca antes experimentada. Los espejos se habían cubierto con crespones y todos los Garren se habían vestido de negro; sin embargo, más allá de aquellos decorados triviales del luto, todas sus palabras y cada uno de sus ademanes parecían recordar alguna fiesta no escrita y misteriosa, cierto aspecto dominguero y anónimo, pero, no obstante, más real y perceptible que cualquier fiesta señalada en números rojos en el calendario. Aquella fiesta los hacía más pálidos, les hacía erguir más la cabeza, confería más orgullo a su caminar, les hacía encargar minutas distintas y acostarse a horas poco habituales, pues periódicamente, pero sin regularidad, se sentían cansados. Tamás, por ejemplo, el primer día —pues a partir de la muerte de Padre, contaban de

modo diferente los días: hubo «primer día» y «segundo día», y más tarde, «primer año» y «segundo año», ¡como si el calendario gregoriano y, en general, el cálculo cristiano del tiempo hubiese perdido toda validez!—, ya el mismo «primer día» se había acostado a las once de la mañana, durmiendo casi hasta medianoche, hora en que se había despertado muy descansado y pedido alegremente de comer. Su petición no había causado molestia alguna en la casa, pues todos los miembros de la familia estaban despiertos, semidormidos en sus butacas, comiendo, vistiéndose —los criados habían trabajado incluso toda la noche, lavando, cosiendo y guisando —, escribiendo direcciones en las esquelas, sobre todo Albert, que había presentado una lista especial de direcciones, un poco avergonzado, pero,no obstante, satisfecho, pues, según Marta, «alguien debía pensar en todo». La casa se había llenado con la fiesta y la despedida, como si alguien estuviera pronunciando un discurso sin interrupción, o tocando melodías augustas en el piano. Y como si aquel presentimiento festivo se hubiese extendido incluso sobre la ciudad, ondeaban banderas negras por todas partes y los comerciantes —los viejos, los que todavía se dedicaban a su oficio en las tiendas abovedadas y no querían saber nada del estilo colonial ni de las vitrinas de vidrio— habían decidido que durante la hora del sepelio bajarían las cortinas metálicas de sus tiendas. Sebestyén se había paseado con ceremonia por la casa y la ciudad dando órdenes. Y, al final, sin el menor ruego y la menor turbación, duda o intención, se refugiaba junto a Anna, descansando a su lado. En la catedral, muchos la admiraban, esbelta y orgullosamente erguida al lado del ataúd, sin una lágrima, envuelta en largos velos negros, y los extranjeros se susurraban curiosos su nombre. «¡Anna Garren! Sí, ¡es ella!», decían. Como si más allá de la fiesta y la despedida, a Anna le hubiese ocurrido algo.

Ahora que el prelado hubo consagrado al difunto y el canto

hubo cesado sin que los húsares de luto se movieran, pues Sebestyén no les daba aún la señal convenida, los Garren estaban contemplando sin ceremonia a Padre. Lo estaban mirando con sumo pudor, con ese pudor dolorido e impresionado, con esa curiosidad aterrada con la que suelen mirar a un difunto, en presencia de extraños, todos los que guardan un parentesco de sangre con él. El rostro de Padre era severo en la muerte. «Jamás tuvo en vida una expresión tan severa», pensaba Péter. Aquel semblante parecía ahora algo sacerdotal, inexorable y un tanto irónico. Como si el cuerpo, en aquel momento cubierto de flores y pompas, sintiera vergüenza de que lo exhibieran delante de extraños; una situación, de todos modos, vergonzante y humillante. Y era como si comprendiera algo, pero ya ni siquiera Padre, sino el cuerpo, aquella sustancia tan peculiar que durante sesenta y siete años había venido sirviendo con obediencia el espíritu de Padre. Del rostro, pues, había desaparecido la ironía y la sonrisa, quedando sólo una indiferencia severa. Con aquel rostro ya no se podía discutir. No era sentimental, ni medroso; era escultural, más bien amarillento que grisáceo, y tan rígido y calmoso como los rostros de los santos de piedra en las iglesias, junto al altar y en los páramos exteriores. En aquel momento recordaba de manera aterradora al abuelo, a Matyas Garren, cuyo retrato colgaba en la pared de la sala de actos del ayuntamiento, como si todo cuanto el espíritu de Padre hubiese añadido a aquel rostro se hubiera esfumado, no permaneciendo más que la sustancia de Garren: la nariz grande, la barbilla, huesuda y angulosa, la frente abombada, y cierta melancolía suave en torno a los ojos hundidos y cerrados, una serie de rasgos físicos que estaban presentes en las caras de todos los Garren, que huían en vano ante ellos, detrás de barbas pobladas o viajes al extranjero, pues en el instante de la muerte aquellos rasgos se habían puesto a escandalizar con acento

acusador, cruelmente. En el semblante del difunto se ponía de relieve otra clase de garrenidad distinta de la que le habían conocido en vida, más dura y más perseverante. «Esto somos nosotros», pensaba Péter. Se ponía un poco de puntillas para mirar el cadáver con suma atención. Aquel mentón, aquella frente, sí. Todo lo demás sólo eran luces y sombras. Luego se cogieron del brazo, y se pusieron a un lado, pues los húsares de luto procedieron a colocar la tapa al ataúd.

Por orden del prelado las campanas debían doblar incesantemente todo el tiempo que durase el sepelio; desde luego, no sólo la campana de las ánimas, que despedía en general a los difuntos, sino todas las campanas: las de sonido argénteo en la torre mutilada de la catedral y en el piso superior del campanario, la campana grande de sonido hueco, aquella campana varias veces centenaria que, de vez en cuando, había sido fundida para hacer cañones, pero que al final volvía siempre a ser campana, y cuyo retumbar se oía hasta muy lejos, incluso más allá de la ciudad, en toda la bahía y sobre el mar. Al ponerse en movimiento la comitiva, las campanas empezaron a tocar con una sonoridad tan exagerada y aturdidora como sólo habían tañido por última vez en aquella mañana en que los extranjeros habían llegado a la ciudad y Padre había protestado a su manera.

La comitiva se formó lentamente, todos cuidaban de su precedencia jerárquica. Delante de la catedral un oficial superior de la policía —el mismo que tenía el mando aquella mañana de tempestad, cuando el vendaval había arrancado esa gárgola algo indecente desde el páramo de la torre— procuraba abrir camino, con voces de mando sofocadas, excitado y accionando con sus manos enguantadas de blanco, para el general, el nuevo alcalde y los alguaciles ejecutores, pues ahora, al sacar el féretro ante la catedral para colocarlo en el furgón, la muchedumbre se había apretujado en desorden en

torno al mismo. Las coronas y los ramos de flores no cabían en los furgones, y varios de entre los autóctonos ayudaban a llevarlas, por lo que llevó bastante tiempo que alrededor del furgón y el féretro se formase una especie de comitiva, según las jerarquías y demás reglas de agrupamiento, y por fin pudieran ponerse en camino.

El general, con sus oficiales y el alcalde, caminaba detrás de la primera presidencia, formada por la familia, a respetuosa distancia, acercándose sólo en la medida mínima en que lo exigía su jerarquía. Kalb, el usurero, caminaba cerca de Tamás, malhumorado, como quien tiene la sensación de que llegará un día en que él también necesitará consuelo, o cariño; pensaba que la usura sólo tenía sentido mientras vivieran personas a las que no sólo se puede, sino que incluso vale la pena, explotar. «La usura sencilla, por mera codicia, es cosa muy aburrida», pensaba mientras caminaba jadeante a causa de su corpulencia. El oficial de policía se rezagaba cada vez más; sin perder de vista a sus hombres, iba y venía entre los de la familia y el general con sus oficiales. Ahora que el furgón y la comitiva se habían puesto en marcha, abandonando la plaza desde la catedral, tomando, por así decirlo, forma, acabando por fin lo que, con la frase algo oscura de Padre, meses atrás había «empezado», había vuelto a reunirse alrededor de Padre y la catedral el gentío que meses atrás se había comportado con tanto nerviosismo, y el oficial de policía observaba algo inquieto a la gente que se agolpaba, susurraba, miraba con curiosidad y de vez en cuando se detenía. En todas las esquinas tenía policías al acecho, con uniforme de gala, casco tropical y porra. El general caminaba tan serio y distinguido como quien cumple con un deber, pero, tanto él como sus oficiales, se miraban de vez en cuando como para ratificar la conveniencia de la presencia de la fuerza armada, para hinchar aún más el pecho y continuar caminando con pasos marciales. Caminaban

lentamente, bajo una lluvia fina y tibia, como una ducha suave; luego salió el sol. Los árboles ya estaban llenos de hojas nuevas. Caminaban bañados por una luz fría y aguda.

Tal vez porque la ceremonia del entierro de Padre, por deseo expreso del prelado, había comenzado en la catedral; porque durante la marcha de la comitiva repiqueteaban todas las campanas de la ciudad, o a lo mejor, porque los comercios habían cerrado durante la hora del sepelio, el oficial de policía tenía una sensación extraña, como si en la plaza, o en la ciudad, ocurriera algo anormal. Los extranjeros se apretujaban curiosos en la comitiva, pero cuando en la plaza Mayor, no lejos de la casa Garren, la muchedumbre se desplegó en sus verdaderas proporciones, varios de ellos se retiraron cohibidos. Padre no había ostentado jerarquía oficial alguna —no había sido siquiera concejal—, nunca se había oído mentar ningún acto especial suyo, y todo lo que había llegado a oídos de los extranjeros, y de forma confusa, era que había sido «librero», y de pasada también «artista», legando a la ciudad alguna «obra»; esto, sumado a que todo lo que el discurso del obispo había contenido como alabanza o alusión les debía de haber parecido muy poco claro, hizo que, entre ellos, moviendo la cabeza, empezaran a comentar, en voz baja, si aquel sepelio semioficioso le correspondía verdaderamente a aquel difunto, y procuraban adivinar la parte de conspiración y misterio que podía haber en aquel entierro, midiendo a los autóctonos con miradas cobardes y hostiles, como si el sepelio de aquel hombre insignificante, sin título ni jerarquía, sólo fuese un pretexto para alguna confabulación e intriga difícil de probar, pero malintencionada. Los extranjeros, que se habían agolpado por mera curiosidad en torno al catafalco y la catedral a la hora de la ceremonia —pues habían oído hablar del Comité de Bienestar y de cierto Garren que «en otros tiempos organizaba bailes»—, se habían reunido porque no podían evitar a Padre,

opinaban de la misma manera que el general y el oficial de policía: observaban en voz baja que el sepelio no estaba desprovisto de peligros, y que podrían darse por satisfechos si todo acababa bien, siendo motivo de alegría si todo se desarrollaba sin infracción al orden y sin ruido. Y puesto que las campanas estaban ululando con un tañido inexorable y ensordecedor, como si acusasen, y comoquiera que el prelado, después de consagrar al difunto, se había retirado a sus habitaciones —sólo los sacerdotes de su cámara acompañaban al féretro hasta el cementerio— y el camposanto estaba lejos, y ya por lo demás estaban repletos de desconfianza y no se sentían a gusto, poco a poco los extranjeros abandonaron la comitiva. Al pasar ante la casa Garren, los autóctonos ya casi se habían quedado solos, a solas con el difunto y los miembros de la familia.

Todos caminaban pausadamente, estancándose, con un fluir inseguro, como si obedecieran a algún ritmo íntimo, todavía más lentos que de costumbre; como si no les apremiase la ceremonia, y ahora ya fuese preciso ir hasta el final, sin prisas ni rodeos, pues aquel camino era su camino, el de Padre y los autóctonos, y de vez en cuando era preciso detenerse y entonar cánticos, y si había alguien que no alcanzaba a comprender esto, que se apartase o se fuera. Las tiendas estaban cerradas y en la ciudad se respiraba una atmósfera un poco dominguera por esta razón, aunque también era como si la hubiesen saqueado. Los comerciantes, compañeros lejanos de Gábor Garren, caminaban en la comitiva, corporativamente, a pocos pasos detrás de los cereros, y precediendo a los pescadores. Naturalmente, Sebestyén había cerrado Eolo para todo el día, pero se le había olvidado bajar la persiana metálica; quizá no había pensado en ello, o acaso no le había parecido lícito hacerlo, y en el escaparate se veía el arpa, como último resto de unas existencias grandiosas, símbolo y recuerdo a la vez.

Tókar y Zorner discutían susurrando si el presidente del Comité de Bienestar había obrado bien al secuestrar aquella obra de arte, salvando el arpa; hablaban de una colecta y de organizarse.

La comitiva pasó por delante de la casa Garren, de la pared del jardín —la acacia ya florecía y su aroma dulzón e intenso se extendía por los alrededores— y dio una vuelta rumbo al Monte de los Cuervos y el cementerio; pasó por la carretera flanqueada de olmos, aquella carretera que conducía en línea recta al mar, y por la que Padre solía pasearse todos los días en tiempos de Cristina y Lucy. El tañido de las campanas fluía detrás de ellos, en oleadas densas y tupidas. Al rebasar las calles del suburbio, el general y las autoridades se subieron a varios coches, y siguieron a marcha lenta la comitiva. Para los de la familia, Sebestyén había encargado coches de alquiler; no obstante, todos siguieron a Padre a pie, incluso Judit, que se hallaba en el quinto mes y estas últimas semanas ya se sentía muy pesada. Los caballos con penachos de plumas negras en la cabeza se detuvieron frente a la entrada estrecha del cementerio; los Garren bajaron el ataúd —Péter y Tamás, a un lado, Albert y Edgar al otro, y Sebestyén los precedía, indicándoles el camino— y lo transportaron al camposanto. El ataúd pesaba poco. «Como un niño cansado al que uno coge en brazos», pensó Péter más adelante al recordarlo.

Se detuvieron frente a la cripta, descargaron el féretro que contenía el cuerpo de Padre, el *Contrato social* y aún algo más, sumamente misterioso, cuyo nombre ignoraban en aquel momento, y miraron en torno a ellos, cohibidos. Entonces se adelantaron los sacerdotes, entre ellos un canónigo corpulento en representación del prelado, débil y cansado; entonaron un cántico, rezaron en latín y el canónigo volvió a consagrar al difunto. La familia rodeaba el ataúd, esperando con expresión expectante, como si aún pudiera ocurrir algo. Allí, en la ladera

del monte, también los autóctonos rodearon la cripta y el féretro; aún eran muy numerosos, sumando varios centenares. Allí se alinearon los grupos de pescadores y comerciantes, y todos los miembros antiguos y jefes del Comité de Bienestar, y los concejales antiguos, o sea, por decirlo así, todos los que habían nacido en la ciudad y conocido personalmente a Padre. Sólo los que eran realmente muy ancianos no pasaron de la puerta del cementerio, como Zerzen y Lacta; éstos se volvieron atrás en la última parte de la carretera flanqueada de olmos, pues no resistían la subida a la ladera. Lacta, por lo demás, no era amigo de los entierros; caminaba malhumorado, deteniéndose de vez en cuando para mirar hacia atrás. «El diagnóstico. Sí, ha muerto porque no lo resistía más, porque algo se había ofendido en él», pensaba Lacta carraspeando; y meditabundo, daba golpes con su bastón a las espinacas silvestres de la cuneta. Una persona muere en cuanto se hiere en su fuero interno lo que es objeto de su fe, lo que tiene importancia para ella, lo que es su dignidad y su obra en el mundo. «¿Quién lo habrá herido? ¿Los extranjeros? ¿Los niños? ¿Las mujeres? ¿O tan sólo la vida, con esta palabra genérica, tal como se suele designar este fenómeno en las novelas y en los libros de medicina, fenómeno y proceso que, en el fondo, no posee un contenido que sea posible fijar con palabras?», se preguntaba Lacta cavilando. Lacta era incapaz de contestar a aquellas preguntas, y continuaba caminando con pasos lentos, del brazo del viejo Zerzen, que aprovechaba la ocasión para quejarse con prolijidad senil de sus zumbidos de oído, para ver si de pasada conseguía un consejo médico gratis. «Ahora están junto a su ataúd Kenta y Zorner, dos colegas excelentes. Son verdaderamente excelentes. ¡Cuántas cosas saben! ¡Qué lástima que yo no sepa nada! —pensaba Lacta, sintiéndolo en el alma —. Y allí están todos, todos los antiguos, que todavía se encuentran de vez en cuando, junto a algún ataúd, pero cuyo

número va disminuyendo a diario; da igual que me llamen a mí, o al extraordinario Kenta y al joven Zorner, tan simpático él; todo es en vano. Cada vez son menos, y un buen día la ciudad se quedará allí sin ellos, y luego también la ciudad se irá gastando, hasta las casas desaparecerán... Y a lo mejor tenía razón Anna Garren, al decir que no era tan sencillo determinar el diagnóstico como parecía creer Kenta. Pero la joven Judit Garren espera una criatura. ¡Prepárate, viejo galeno! Prepárate también a morir».

Así caminaba Lacta, junto con el pesado de Zerzen, hacia la ciudad. El sol aún brillaba; debían de ser alrededor de las cuatro y media de la tarde, y el cielo de mayo estaba pletórico, de un azul cálido. En torno a la cripta, los familiares y el resto del séquito se sentían desamparados; nadie tenía ganas de atreverse a dar una señal, y sólo miraban a su alrededor, contemplando las flores. Finalmente, Sebestyén se decidió. En aquel instante, Tamás rompió a llorar; lloraba avergonzado, como quien no ha podido evitarlo, pues lo había intentado todo para salvar la dignidad y hasta ahora se había ido defendiendo bien, pero ahora habían llegado al final de una manera tan inconcebible que ya no lo resistía más. Así lloraba, vergonzante, con la chistera en la mano. Los Garren le volvieron la espalda, fijando la mirada en las puntas de sus zapatos, o contemplando terriblemente cohibidos el féretro. Los pescadores no lloraban, sólo se habían quitado las gorras de piel, y se hurgaban la barba con los dedos con ademán vacilante. El ataúd desapareció en el interior de la cripta, y los sepultureros cerraron la puerta de la reja. Entonces el gentío se puso en movimiento y se fue formando una fila larga; desfilaban a paso lento ante la cripta, acercándose uno por uno a la reja, tirando flores por encima de la misma sobre el ataúd de Gábor Garren, persignándose.

El general, un poco alejado de la muchedumbre, en el

semicírculo de sus oficiales y los funcionarios, contemplaba maravillado aquel desfile. En realidad, conocía muy poco a aquella familia. Ahora tenía la sensación de saber algo acerca de ellos, y no sólo acerca de la familia, sino también de la ciudad, de aquella provincia extraña, ocupada pero no completamente conquistada, y aquello que iba aprendiendo lo cohibía. Se estaba estirando los guantes, y se volvió a un lado para conversar en voz baja con su edecán, con sumo tacto, como quien no quiere molestar en una escena de familia. Pasó mucho tiempo hasta que los autóctonos, los viejos miembros de la familia, los pescadores, los comerciantes y todos cuantos habían conocido a Gábor Garren, oído hablar de la obra y respetado en él al artista, terminaron de desfilar ante la cripta. Duró muchísimo el desfile, pero los Garren y algunos autóctonos seguían allí pasadas las cinco de la tarde, despidiendo a Gábor Garren a su manera. Desde allí, desde el Monte de los Cuervos, se podía ver con suma plasticidad la ciudad; el general volvió la espalda al gentío, contemplando el paisaje con ojos de miope, serio y cohibido. Luego hizo una seña a sus oficiales, se llevó la mano a la visera, saludó a Anna, Erzsébet y los Garren, y se dirigió a su coche.

En el camino de vuelta, el edecán callaba, muy correcto y cortés. Al llegar a la entrada de la ciudad, el general miró aún por última vez en dirección al cementerio y observó amablemente:

—Le han hecho un entierro muy hermoso.

—En efecto, estas familias antiguas... —señaló el edecán—. Ya no quedan muchas. Parece que son muy solidarias entre sí. Un buen día habrán desaparecido todas —dijo, como quien se da ánimos.

—Pero los muertos seguirán aquí —le comentó el general.

Y con su mano enguantada hizo una seña hacia el cementerio y el Monte de los Cuervos, que ahora, en la refracción del sol

poniente, parecía ganar volumen; ahora ya parecía una verdadera montaña, abovedándose muy alto por encima de la ciudad, llena de ataúdes, piedras de mármol y recuerdos, de todo cuanto constituía la ciudad y que no era posible conquistar nunca por completo. El edecán callaba, sumamente respetuoso. ¿Los muertos? ¿Acaso podían hacer algo los muertos?, pensaba, y sintió una punzada de angustia. No se atrevió a formular en voz alta la pregunta; se la calló, en lo más hondo de las profundidades de su ser, como solemos hacer siempre todos cuando sabemos la respuesta. Con los brazos cruzados, los dos se adentraron en silencio en la ciudad, que entretanto había recobrado su aspecto habitual; las campanas habían cesado de tocar, y en el silencio brusco que se produjo, como ante una señal muda, los dependientes habían subido ágilmente las cortinas metálicas.

El alma mira atrás

Gábor Garren murió sobre las siete de la tarde. Su alma quedó flotando en la estancia mortuoria, diseminándose sobre todo cuanto pertenecía a los Garren.

Mucho tiempo después del entierro todavía se notaba su presencia en la casa. Desde luego, no era un fantasma; no cerraba de golpe las puertas, ni hacía revolotear los cortinajes de la ventana. Sólo se percataban de su presencia, tal como se siente la del sol o el hálito de la noche. El alma de los padres permanece un tiempo entre los que había amado en vida: las habitaciones se llenan de ella, y se comunica con las almas de sus seres queridos. Este contacto es mucho más sutil de lo que podrían creer los espiritistas desesperados, los hechiceros

desencantados: el alma de un padre, desde luego, no hace bailar mesitas, no contesta a preguntas estúpidas, no transmite deseos piadosos. Ya no interviene de ningún modo en los asuntos terrenales de los seres humanos; no puede curar enfermedades y no influye en la formación de los caracteres. Sólo permanece presente cierto tiempo en la casa en la que vivía y donde ahora los miembros de la familia se visten de luto, humillados y aliviados, despojados y curiosos, abriendo cajones, hurgando en bolsillos, buscando el secreto del alma que ha pasado a mejor vida; investigan incansables, como si todo ser humano hubiera guardado y escondido algo en su vida que sólo había sido suyo, única y exclusivamente, y como si aquel tesoro extraño ahora cayera bajo dominio público y fuera botín de todos. Al alma no le molesta esta curiosidad. El odio y el enfado ya son pasiones desconocidas para ella. Ya es incapaz de hablar a los vivos, sólo está presente en la estancia mientras ellos están hurgando y buscando; se extiende por encima de las camas, cuando le lloran hasta vencerles el sueño, y a veces aparece en sus sueños, llevando uno de sus vestidos habituales, con mirada seria y amonestadora.

Durante unos días, los familiares se dan cuenta de su presencia y hablan con sordina. El alma, después de la muerte, experimenta las sensaciones de manera completamente distinta que antaño, cuando aún formaba una unidad con el cuerpo: de forma más fina y con cierta indiferencia. Ya no le interesan las palabras ni los actos: se pone en contacto con lo que en los vivos es la realidad auténtica e invisible, con la esencia de las almas, con su personalidad. Gábor Garren, en la media hora que siguió a su muerte, veía con alegría cómo se embellecía Anna y cómo la hermana y los dos hermanos acabaron por encontrarse en aquel beso extraño, no del todo inocente, pero no obstante impecable y fecundo, el beso fraterno que sellaba el comienzo del capítulo nuevo de su vida, pues todas las fases

de la vida, como esta misma, se inician por un beso. Gábor Garren echó una mirada retrospectiva sobre su vida, sobre la familia, la ciudad y la obra, y con aquella admiración delicada con que sólo las almas de los difuntos, y a lo sumo las flores de septiembre y las fieras más nobles, son capaces de maravillarse, se dio cuenta de que la obra no había perecido por completo, sino que continuaba viva en los tres hermanos: Anna, Péter y el raro de Tamás. Aquella constatación lo llenaba de satisfacción y de una tranquilidad peculiar.

A la casa y a sus habitantes, y a la ciudad, desde luego, el alma no era capaz de ayudarlos en nada, igual que no podía ayudar a nadie en el mundo. Sólo los estaba contemplando, y así pudo notar cómo en el instante mismo de su muerte se había iniciado entre ellos aquella descomposición misteriosa que siempre se produce al morir un padre: aún estaban juntos, pero ya estaban separados; aún estaban repartiéndose los objetos de la herencia, pero en su alma ya estaban derribando la casa, y de poder hacerlo ya les hubiera gustado quitar incluso las ventanas y las pizarras del tejado. Así fueron derribando y empaquetando todos los recuerdos; se repartían entre ellos las fotografías y cucharitas de plata, y apretujaban en maletas recuerdos de frases y escenas. Pero el edificio y la obra que la familia había sido en la vida de Padre, ya había empezado a destartalarse y descomponerse en el primer cuarto de hora que siguió a la muerte de Padre. Albert, en las primeras horas, ya empleaba otro tono al dirigirse a sus hijos; una voz paterna, la voz del verdadero padre, distinta de la de antes, como si acabase de crecerle de repente una barba cerrada. También Marta hablaba a Albert de un modo más atento, como si tácitamente le reconociera una nueva jerarquía y le acariciara con dedos humildes su barba invisible. Albert tomó posesión de determinadas estancias de la casa; de la imprenta de música se trasladó inmediatamente al piso, abrió el armario

ropero de Padre y —con los ojos empañados de lágrimas— cogió el abrigo de piel, el abrigo de invierno, un traje a cuadros de caza, el frac y un sombrero de paja. Más tarde, después del entierro, regresó otra vez al cuarto de Padre, y se metió en el bolsillo el reloj de oro y un cuchillo con mango de esmalte y sacacorchos. Mientras escogía sus objetos, solo en la habitación, rompió a llorar varias veces. El alma de Padre estaba viendo todo aquello, pero no se molestaba, pues Albert, mientras desvalijaba y lloraba, sólo obedecía a la ley que latía en su corazón. El alma ya no inquietaba a Edgar, que se mostraba bastante abatido e indiferente aquellos días; la noche siguiente al entierro había abandonado a su joven esposa en su habitación y se había ido a dormir al cuarto de Erzsébet, en un sofá, cerca de su madre... como quien se siente especialmente huérfano. El alma no era capaz de seguir el destino de las vidas, pero ahora ya acertaba a comprender cuánto puede haber de inmutable en los caracteres; y el destino, ahora ya lo adivinaba, no es más que consecuencia directa del carácter. Por eso el alma miraba a Edgar con cierta preocupación al verle dormir cerca de Erzsébet, en el sofá, estremeciéndose y gritando a veces en sueños. La joven Judit dormía tranquila, su corazón latiendo junto a la nueva vida, un nuevo Garren que ya poseía cerebro y corazón —sí, ya tenía un conato de carácter y destino—; dormía blandamente, como una extranjera en esa casa extraña que se había llenado de forma increíble, y se había vaciado de forma no menos increíble, la mismísima primera noche, cuando habían sacado el cadáver de Padre para llevarlo a la cripta: estaba llena de gárrenes, y, no obstante, era como si se hubiera desahuciado de las habitaciones a aquel algo que había sido el sentido secreto y contenido de la casa y la familia. «Venderán la casa bien pronto. Con toda probabilidad la comprará Kalb, en subasta pública, y luego la hará derribar para construir en su lugar algo de vidrio y cemento armado,

con jardín techado y calefacción central», pensaba el alma, y luego recordaba que aún le debía dinero a Kalb, aunque aquella deuda carecía ya de todo sentido e importancia. Sí, Albert se llevaría el abrigo de piel, y Edgar venderá la casa, reflexionaba. El hijo de Judit será pobre, y volverá a empezarlo todo desde el punto inicial. Este Garren aún guardará alguna relación con el arte; en vez de casa y abrigo de piel, tal vez herede el arte, la propensión artística de los Garren, y quizá —pensaba, esperanzada— sea el primero que consiga fijar, bajo alguna forma visible, aquella inclinación. Y pensaba con satisfacción en esta posibilidad.

«Tamás continuará vagabundeando por el mundo, tal como su carácter se lo ordena entre curioso y algo nervioso, buscando constantemente el hechizo, e insatisfecho, como un hombre que tiene una necesidad inagotable de cariño. De vez en cuando telefoneará desde el otro lado del océano a Péter, o a Ábel, y lo más seguro es que jamás se siente a la hora de comer a una mesa familiar... Hasta el fin de sus días sentará sus reales en habitaciones de hotel, y desgraciadamente ni siquiera siempre en el cuarto más bonito. Su carácter y sus nervios, algo débiles quizá, lo obligarán a buscar cariño por el mundo de forma un poco violenta», seguía pensando el alma. Padre sentía lástima de Tamás, pero no podía ayudarlo en nada. Ahora, la primera noche después del entierro, Tamás dormía en su habitación de hotel, tan desamparado y huérfano, gordinflón y encanecido, optimista e impotente, como quien sabe que todavía le queda mucho camino por recorrer, y que la vida le deparará muchísimas habitaciones de hotel y toda suerte de Perús, pero que debe esforzarse por encontrar, aun completamente solo y sin hechizo, el camino adecuado y, con angustia, se da cuenta de que no le resultará muy fácil. No, a Tamás ya no se lo podía ayudar; estaba acostado en la cama, asustado y transpirando, y en torno a él reinaba aquel orden

penoso que prescribía a todo objeto y a cada prenda su puesto preciso. La chistera, en medio de la mesa, con su pelo brillante, parecía un animal exótico domesticado. El alma pensaba en su madre, en Lucy, tan joven, que en pleno invierno se había hundido en el universo en compañía de un actor de cine, dejando como herencia a Tamás, sin cariño, con esa sensación sempiterna de que le faltaba algo. «Ya está encaneciendo. Péter y Anna aún podrán ayudarlo de vez en cuando, pero sólo como uno tiende un vaso de limonada a un moribundo, sólo de ese modo. No, no se puede ayudar a nadie», pensaba el alma.

Péter y Anna no consiguieron conciliar el sueño aquella primera noche. Se quedaron reunidos con Sebestyén en el salón verde; tenían los ojos enrojecidos y bebían café, un café muy cargado, pues Anna tenía la sensación de que también ella necesitaba algún tipo de droga fría, un poco de ánimo o embriaguez. Hablaban en voz baja del presente y el futuro, del entierro, de Edgar, de la criaturita que aún no había nacido, de Tamás, que, al final, por desgracia, había roto a llorar. Sebestyén presentaba las cuentas y enseñaba todas las fotografías y documentos. «La situación que presenta la herencia no podría llamarse mala», observó éste cautelosamente y con cierta inseguridad. Y todos bajaron la vista, mirando la alfombra, callando delicadamente, como si se percatasen de la presencia del alma y no quisieran zaherir su susceptibilidad ni con una sola palabra. No, «la situación de la herencia», como decía Sebestyén, no era especialmente mala; según toda probabilidad, tampoco era especialmente buena, y sospechaban de forma confusa que entre lo bueno y lo malo debía de existir aún otro tercer estado, la nada, y más valía no hablar de ello. Por esto se contentaban con callar. Péter pensaba en Karnak, en Emmanuel, en la vida extranjera que derivaba de su carácter, y en que algo acababa de terminar, y algo iba a empezar; y sintió una punzada de curiosidad,

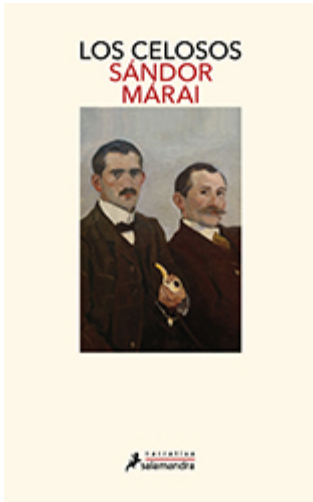
seguida de escalofríos. Anna estaba envuelta en un gran pañolón negro; tenía frío y estaba pensando en que ahora ya se había embellecido y le incumbiría a ella la tarea de salvar de la herencia garreniana todo cuanto aún era susceptible de salvarse: a lo mejor seguiría a Péter a Karnak, donde vestiría trajes de corte moderno, o se quedaría allí, guardando el arpa y el secreto de los Garren. Anna se sentía muy cansada y presa de una agitación peculiar. El alma escuchaba sus conversaciones con sordina y sabía que tampoco ellos podían hacer nada contra su carácter: Péter, en adelante, tendrá siempre dos patrias, y luchará, a su manera, contra Emmanuel, el inhumano; Anna todavía irrumpirá una vez más en la vida de Péter, y éste cruzará unas palabras incluso con la pequeña Judit, en un momento que resultará temible e inexorable para todos los participantes, y entonces le contará todo eso que él llama «el sueño». El alma sabía que la garrenidad continuaría acaeciendo, con infinitas variables, en el tiempo y el mundo, pero ella ya nada tenía que ver con estos conceptos de tiempo y mundo.

En aquellos instantes el alma aún conservaba cierta sensibilidad, y hubiera querido comunicar algo de la misma a los Garren que soñaban o velaban. Le hubiera gustado poner paz entre ellos, pero ya no disponía de los medios necesarios. Dormían y velaban, mientras lentamente el alma desaparecía de sus vidas. Tal cosa no ocurre en un minuto determinado; simplemente, una buena mañana se despertarían y se darían cuenta de que estaban solos. Entonces comenzarían a tiritar, a desperezarse, a mirar el techo y maravillarse: estaban solos, y seguían siendo Garren, pero de una manera distinta que hasta entonces. Se levantarían, se vestirían y se pondrían en camino hacia su existencia nueva: cada cual de la forma y con el rumbo que le prescribía su carácter peculiar y su destino. Más adelante la casa fue derribada, y Kalb, el usurero, adquirió en la subasta

el arpa y el solar. El arpa, cuando Kalb la tocó —con suma curiosidad, pues nunca en su vida había puesto la mano en un arpa—, se puso a sonar, pero una de sus cuerdas se rompió y soltó un sonido sonoro y agudo. Aquel sonido fue el último que dio noticia al mundo de la obra de Gábor Garren.

Pero esto ya no podía oírlo el alma.

Considerada *Los Buddenbrook* de la literatura húngara, *Los celosos* es una de las obras más ambiciosas de Sándor Márai



El patriarca de la dinastía Garren está en el lecho de muerte. Para los hermanos de la familia ha llegado la hora de volver a su ciudad natal y reunirse en el hogar de su infancia. Sin embargo, enseguida descubren que su único nexo de unión es la figura del padre y se preguntan entonces si su muerte significará el final de la familia.

Con un formidable despliegue de recursos técnicos, Sándor Márai nos guía de forma magistral a través de los pensamientos y emociones de sus personajes y disecciona la complejidad de las relaciones familiares en el escenario político y social de la Europa de entreguerras, marcada por la desintegración del imperio austrohúngaro, que dejó al país sin parte de su territorio y a una clase social, la burguesía, condenada a la

extinción.

«Uno de los momentos culminantes de la historia de la literatura húngara del siglo XX».
Deutsche Welle

«En tiempos de *desorden* mundial se demuestra la atemporalidad del género novelesco y sus personajes, que fracasan ante su presente. La maestría estilística de este escritor húngaro, fallecido en 1989 en California, que se sumerge una y otra vez durante páginas y páginas en la melancólica vida interior de sus personajes, sigue estando fuera de toda duda ocho decenios después de su publicación».
Wilhelmshavener Zeitung

«El estilo de Sándor Márai tiene una elegancia que asociamos a tiempos pasados. Pero estos tiempos no han acumulado polvo, esa es precisamente la elegancia de un gran escritor».
Frankfurter Neue Presse

Sándor Márai nació en 1900 en Kassa, una pequeña ciudad húngara que hoy pertenece a Eslovaquia. Pasó un periodo de exilio voluntario en Europa durante el régimen de Horthy en los años veinte, hasta que abandonó definitivamente su país en 1948 con la llegada del régimen comunista y emigró a Estados Unidos. La subsiguiente prohibición de su obra en Hungría hizo caer en el olvido a quien en ese momento estaba considerado uno de los escritores más importantes de la literatura centroeuropea. Así, habría que esperar varios decenios, hasta el ocaso del comunismo, para que este extraordinario escritor fuese redescubierto en su país y en el mundo entero.

Sándor Márai se quitó la vida en 1989 en San Diego, California, pocos meses antes de la caída del muro de Berlín.

Título original: *A féltékenyek*

Primera edición: marzo de 2023

© Heirs of Sándor Márai
Vörösvary Weller Publishing, Toronto
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Heredero de F. Oliver Brachfeld, por la traducción

Imagen de portada: St. Ingbert, Albert Weisgerber Museum/akg-images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19346-71-1

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraEd
Instagram: SalamandraEd

Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Los celosos

Los celosos

- Carta y viaje
- Karo y el dolor
- El lugar de autos
- «El sueño»
- Emmanuel
- Josua interrumpe
- La confesión de Edit
- Viento del norte
- La leyenda
- El inventario
- Tamás necesita cariño
- «¡Albert goza de buena salud!»
- El traidor
- Del camello y el desierto
- Los dos principiantes
- Rito y ejercicio

Los extranjeros

Acerca del terremoto
Los extranjeros
La vergüenza
Luto y venganza
Tamás se pone a investigar
Noticias de Karnak
El hechizo
Los peritos
El diagnóstico
Retoques
Camping
Anna se vuelve guapa
Despedida y fiesta
El alma mira atrás

Sobre este libro
Sobre Sándor Márai
Créditos